

LAS LOBAS DE MACHECOUL

ALEJANDRO DUMAS

EDITORIAL LORENZANA
BARCELONA

Distribución Exclusiva de
SELECCIONES EDITORIALES

Muntaner, 467 - Barcelona-6 (España)

©1969 by *Selecciones Editoriales*

1ª Edición: Mayo 1964 2ª Edición: Octubre 1968 3ª Edición: Julio 1969

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito legal: M. 16.127 -1969

PROLOGO

I

EL AYUDANTE DE CAMPO

Lector, si has ido alguna vez de Nantes a Bourgneuf, al llegar a San Filiberto habrás rodeado, por decirlo así, el ángulo meridional del lago de Grandlieu, y continuando tu camino habrás llegado a los primeros árboles de la selva de Machecoul después de una o dos horas de marcha.

Llegado allí, a la izquierda del camino y en un soto que parece formar parte del bosque, del que únicamente le separa la carretera, habrás descubierto las agudas puntas de dos estrechas torrecillas y el techo parduzco de un pequeño castillo perdido entre las hojas.

Las paredes agrietadas de aquella casa solar, sus ventanas destrozadas y su tejado invadido por los musgos parásitos, le dan, no obstante sus pretensiones feudales y de las dos torrecillas que la defienden, una apariencia tan mezquina, que no excitaría la envidia de los caminantes que la contemplan, a no ser por su deliciosa situación delante de los seculares árboles del bosque de Machecoul, cuyas verdes olas se confunden con el horizonte hasta donde puede alcanzar la vista.

Este pequeño castillo pertenecía, en 1831, a un antiguo hidalgo apellidado el marqués de Souday, cuyo nombre había tomado, y del cual vamos a ocuparnos después de haberlo hecho con su propiedad.

El marqués de Souday era el único representante a la vez que el último heredero de una antigua e ilustre familia de Bretaña, porque el lago de Grandlieu, el bosque de Machecoul y la ciudad de Bourgneuf, situados en la parte de Francia circunscrita hoy en el departamento del Loira Inferior, formaba parte de la provincia de Bretaña antes que aquella nación se dividiese en departamentos. Su familia había sido en otra época uno de esos árboles feudales de frondosas ramas cuya sombra se extiende sobre toda una provincia; pero los antepasados del marqués, a fuerza de gastar para ocupar dignamente un puesto en las carrozas reales, llegaron a talarlo poco a poco de tal modo, que la revolución de 1789 llegó, muy oportunamente para impedir que la mano del alguacil derribase su tronco carcomido, reservándole un fin más digno de su noble alcurnia.

Al sonar la hora de la Bastilla, al hundirse la antigua cárcel de los reyes, presagiando el hundimiento de la monarquía, el marqués de Souday, heredero ya, si no de los bienes — pues sólo quedaba de éstos la casa solariega de que hemos hablado— a lo menos del nombre de su padre, era primer paje de Su Alteza Real el conde de Provenza.

A los dieciséis años —ésta era la edad que entonces contaba el marqués— los acontecimientos no son más que accidentes; y, por otra parte, era casi imposible no volverse indiferente a todo en la corte epicúrea, volteriana y constitucional del Luxemburgo, donde el egoísmo reinaba con absoluta libertad.

A él fue a quien enviaron a la plaza de la Gréve para espiar el momento en que el verdugo apretaría la cuerda en torno al cuello de Favras y en que éste, exhalando el último suspiro, devolvería a Su Alteza Real la tranquilidad que momentáneamente había

perdido.

Entonces volvió a escape al Luxemburgo para decir:

—¡Monseñor, todo ha terminado!

Oído lo cual, Monseñor, con su voz clara y débil, dijo:

—¡A la mesa, señores, a la mesa!

Y todos cenaron tranquilamente, como si no acabase de ser ahorcado, como un asesino o un vagabundo, un honrado caballero que sacrificaba generosamente su vida por Su Alteza.

A este acontecimiento sucedieron los primeros días trágicos de la revolución, la publicación del Libro rojo, la retirada de Necker y la muerte de Mirabeau.

Cierto día, el 22 de febrero de 1791, una inmensa multitud acudió al Luxemburgo, rodeándolo por todos lados.

Debíase esto a los rumores que corrían de que Monseñor quería huir y juntarse con los emigrados que se reunían en el Rin.

Pero Monseñor apareció en el balcón y juró solemnemente no abandonar al rey.

Y, en efecto, el 21 de junio partió con éste, sin duda para no faltar a su palabra de no abandonarle.

No obstante, le abandonó, por fortuna para él, pues llegó con toda tranquilidad a la frontera de Bélgica con su compañero de viaje el marqués de Avaray, en tanto que Luis XVI era arrestado en Varennes.

Nuestro paje estimaba demasiado su reputación de joven a la moda para permanecer en Francia, donde, sin embargo, la monarquía iba a tener necesidad de sus más decididos defensores, por lo que emigró también; y como nadie reparó en un paje de dieciocho años, llegó sin contratiempo a Coblenza, en donde contribuyó a completar el cuadrado de los mosqueteros que volvía a formarse allende el Rin bajo las órdenes del marqués de Montmorin. En los primeros encuentros combatió con bravura a las órdenes de los tres Condé, siendo herido delante de Tionvila; pero, al fin, después de muchas decepciones, experimentó la más dolorosa de todas con el licenciamiento de los cuerpos de emigrados, medida que arrebató a muchos desgraciados, al par que sus esperanzas, el pan del soldado, que era su último recurso. Bien es verdad que aquellos soldados combatían contra Francia y que aquel pan estaba amasado por mano del extranjero.

El marqués de Souday dirigió entonces sus miradas a la Bretaña y a la Vendée, donde hacía dos años que se libraba el combate.

En el último de estos dos puntos, los principales jefes de la insurrección habían muerto o sido asesinados.

Cathelineau lo había sido en Vanes, Lescure en La Tremblaye, Bonchamps en Cholet, y de Elbée iba a ser fusilado en Noirmoytiers.

Por último, el llamado Grande Ejército había sido destruido en Mans.

Había vencido en Fontenay, en Saumur, en Torfou, en Laval y en Dol; alcanzando la victoria en sesenta combates; hechos frente a todas las fuerzas de la República, confiadas sucesivamente a Biron, a Kléber, a Westermann y a Marceau; había visto, rehusando el apoyo de Inglaterra, incendiar sus cabañas, asesinar a sus hijos y degollar a sus padres; tuvo por jefes a Cathelineau, Enrique de La Rochejaquelein, Stofflet, Bonchamps, Forestier, de Elbée, Lescure, Marigny y Talmont; había permanecido fiel a su Rey cuando éste se veía abandonado por el resto de Francia; había adorado a su Dios cuando

París proclamaba que éste no existía, y, finalmente, había merecido que Napoleón llamase un día a la Vendée la *Tierra de los Gigantes*.

Charrette y La Rochejaquelein habían quedado casi solos, con la sola diferencia que Charrette tenía un ejército y La Rochejaquelein no.

Y era que, en tanto el Grande Ejército se hacía destruir en Mans, Charrette, nombrado general en jefe del Bajo Poitou y secundado por el caballero de Couetus y Jolly, había reunido un ejército.

Charrette, al frente de este ejército, y La Rochejaquelein, seguido tan sólo por una docena de hombres, se encontraron cerca de Maulevrier.

Charrette, al ver llegar a La Rochejaquelein, comprendió que el que iba a incorporársele era un general y no un soldado; pero, como tenía conciencia de sí mismo y no quería compartir el mando con nadie, permaneció frío y altivo.

Iba a almorzar y no invitó siquiera a La Rochejaquelein a que le acompañara.

Aquel mismo día, ochocientos hombres abandonaban el ejército de Charrette y se pasaban a La Rochejaquelein.

Al día siguiente, Charrette dijo a éste:

—Parto para Montaña, y vais a seguirme.

—Hasta ahora —repuso La Rochejaquelein—, no he estado acostumbrado a seguir, sino a que me sigan.

Y marchó por su lado, dejando a Charrette que operase por el suyo como creyese más conveniente.

A éste es a quien seguiremos, pues sus últimos combates y su muerte son los únicos que se relacionan con nuestra historia.

Luis XVII había muerto, y el 26 de junio de 1795 Luis XVIII era proclamado rey en el cuartel general de Belleville.

El 15 de agosto de 1795, es decir, escasamente dos meses después de esta proclamación, un joven entregaba a Charrette una carta del nuevo monarca.

Aquella carta, fechada en Verona el 8 de julio de 1795, le confería el mando legítimo del ejército realista.

Charrette quería contestar al rey por conducto del mismo mensajero, dándole las gracias por la distinción que le otorgaba; mas el joven respondió que había vuelto a Francia para permanecer y combatir en ella, y pidió que el despacho de que había sido portador le sirviese de recomendación para con el general en jefe.

Charrette le colocó a su lado acto continuo.

El joven que había llevado aquella carta no era otro que el antiguo paje de Monseñor, el marqués de Souday.

Al retirarse para descansar de las últimas veinte leguas que acababa de andar a caballo, el marqués encontró al paso a un joven que tendría tres o cuatro años más que él y que, sombrero en mano, le miraba con afectuoso respeto.

Souday reconoció en él al hijo de uno de los colonos de su padre, con el cual había cazado en su juventud, y con quien le gustaba mucho dedicarse a aquella ocupación, pues nadie desviaba mejor un jabalí ni protegía tan bien a los perros cuando aquél había sido desviado.

—¡Hola! Juan Oullier —exclamó—, ¿eres tú?

—El mismo, para servirlos, señor marqués —repuso el aldeano.

—A fe mía, que no es de despreciar tu ofrecimiento. ¿Sigues siendo un buen cazador?

—¡Oh! sí, señor marqués; sólo que ahora cazamos otras piezas.

—No importa; si quieres cazaremos juntos como lo hacíamos antes.

—Con mucho gusto, señor marqués —respondió Juan Oullier.

Y desde entonces, Juan Oullier permaneció al lado del marqués de Souday, como éste permanecía al lado de Charrette; es decir, que Juan Oullier fue ayudante de campo del ayudante de campo del general en jefe.

Además de sus conocimientos como cazador, Juan Oullier era un hombre utilísimo para la vida del campamento, pues servía para todo, y el marqués de Souday no tenía que cuidarse de lo más mínimo, sin que en los días peores le faltase un pedazo de pan, un vaso de agua y un haz de paja, lo cual en la Vendée era un lujo de que no siempre gozaba el general en jefe.

Mucho nos complacería seguir a Charrette, y, por consiguiente a nuestro joven héroe, en alguna de las atrevidas expediciones intentadas por el comandante general y que valieron a éste el sobrenombre de primer guerrillero del mundo; pero la historia es una de las sirenas más engañosas, y cuando cometemos la imprudencia de obedecer la seña que nos hace para que la sigamos, ignoramos a dónde puede conducirnos.

En consecuencia, simplificaremos nuestro relato cuanto nos sea posible, dejando a otros el cuidado de narrar la expedición del conde de Artois a Noirmoutiers y a Ile-Dieu y de explicar cómo el Príncipe permaneció tres semanas a la vista de las costas de Francia sin tomar tierra, lo mismo que el desaliento del ejército realista al verse abandonado por aquellos mismos por quienes hacía más de dos años estaba combatiendo.

No por esto dejó de alcanzar Charrette algo más tarde la terrible victoria de los Cuatro Caminos, que fue la última que obtuvo.

Y es que la traición había empezado a ejercer su influjo. Couétus, que era el brazo derecho de Charrette, o mejor su personificación desde la muerte de Jolly, fue fusilado, víctima de un lazo que le tendieron.

En los últimos días de su vida, Charrette no pudo dar un paso sin que lo supiera su adversario, fuera éste Hoche o Travot.

Rodeado de tropas republicanas, cercado por todas partes, perseguido día y noche, batido de breña en breña, arrastrándose de zanja en zanja, sabiendo que más o menos tarde debe morir en algún encuentro o ser fusilado implacablemente si le cogen vivo; sin asilo, devorado por la calentura, muerto de sed y hambre, y sin atreverse a pedir en los cortijos que encuentra al paso un pedazo de pan, un vaso de agua ni un puñado de paja, sólo tiene a su lado treinta y dos hombres, entre los cuales figuran el marqués de Souday y Juan Oullier, cuando el 25 de marzo de 1795 le anuncian que cuatro columnas republicanas marchan a su encuentro.

—Bien —dice—; de ese modo, aquí es donde debemos combatir hasta la muerte y vender cara nuestra vida.

Esto tenía lugar en la Prelinière, en la parroquia de San Sulpicio.

Pero, teniendo treinta y dos hombres, Charrette no se contenta con esperar a los republicanos, sino que sale en su busca, y al llegar a la Guyonnière encuentra al general Valentín a la cabeza de doscientos granaderos y cazadores.

Charrette encuentra una posición favorable y se atrinchera en ella, sosteniendo durante

tres horas las cargas y el fuego de los doscientos republicanos.

Doce de sus soldados caen a su alrededor. El ejército, que se componía de veinticuatro mil hombres cuando el conde de Artois se encontraba en Ile-Dieu, consta hoy de veinte hombres.

Pero estos veinte hombres se mantienen firmes al lado de su jefe, y ni uno solo piensa en huir.

Por último, para acabar de una vez, el general Valentín coge un fusil y carga a la bayoneta al frente de ciento ochenta soldados que le quedan.

En esta carga, Charrette es herido de un balazo en la cabeza, cortándole de un sablazo tres dedos de la mano izquierda.

Va a ser hecho prisionero cuando un alsaciano llamado Peffer, que siente por él un verdadero fanatismo, toma su sombrero, adornado con plumas, le entrega el suyo y lanzándose hacia la izquierda, le grita:

—Escapaos por la derecha, pues van a perseguirme.

Y, efectivamente, los republicanos se encarnizan con él, mientras que Charrette se lanza por el lado opuesto con los quince últimos hombres que le quedan.

Toca ya a la selva de la Chabotterie cuando aparece la columna del general Travot.

Se traba una nueva y suprema lucha en la cual Charrette no se propone otro objeto que hacerse matar; pero, perdiendo la sangre por tres heridas, vacila y va a caer.

Un vendeano llamado Rossard, lo toma en hombros y lo lleva en dirección al bosque; pero, antes de llegar a él, cae atravesado por una bala.

Lo reemplaza otro llamado Laroche Davo, da cincuenta pasos, y cae a su vez en la zanja que separa el bosque de la llanura.

Entonces el marqués de Souday le toma en brazos, y mientras Juan Oullier mata con su escopeta a los dos soldados republicanos que le persiguen más de cerca, entra en el bosque con el general y siete hombres que le quedan.

A los cincuenta pasos, Charrette parece recobrar sus fuerzas.

—Souday —dice—, escucha mi última orden.

El joven se detiene.

—Déjame al pie de esta encina.

El marqués vacila en obedecer.

—Todavía soy tu general —dice Charrette con tono imperativo—, ¡obedéceme, pues!

Vencido el joven, obedece y le deja al pie de la encina.

—Bien —dice aquél—; ahora óyeme atentamente. Es necesario que el rey, que me nombró su general en jefe, sepa cómo ha muerto éste; vuelve, pues, al lado de Su Majestad Luis XVIII y cuéntale lo que has visto. ¡Lo quiero!

Charrette hablaba con tal solemnidad, que el marqués de Souday, a quien aquél tuteaba por primera vez, no pensó siquiera en desobedecer.

—No puedes perder un instante; huye, porque los azules están aquí.

En efecto, los republicanos aparecían a la entrada del bosque.

Souday tomó la mano que le alargaba Charrette.

—Abrazame —le dijo éste.

Abrazóle el marqués.

—Basta —repuso el general—; parte.

Souday dirigió una mirada a Juan Oullier.

—¿Vienes? —le preguntó.

Pero éste movió la cabeza con aire sombrío.

—¿Qué queréis que vaya a hacer allí abajo, señor marqués? —respondió—. Aquí, cuando menos...

—¿Qué harás aquí?

—Algún día os lo diré, si volvemos a vernos.

Y envió las dos balas de su escopeta a los dos republicanos más inmediatos, que cayeron en tierra.

Uno de ellos era un oficial superior, y los soldados se agruparon en torno suyo.

Juan Oullier y el marqués de Souday aprovecharon esta especie de descanso para internarse en la selva.

Después de andar cincuenta pasos, Juan Oullier, viendo un espeso matorral, se deslizó en él como una serpiente, haciendo un signo de despedida al marqués, el cual siguió su camino.

II

EL AGRADECIMIENTO DE UN REY

El marqués de Souday llegó a la orilla del Loira y encontró un pescador que le condujo a la punta de San Gildas.

Una embarcación cruzaba a la vista; era una fragata inglesa.

Por unos cuantos luises, el pescador llevó al marqués hasta la fragata.

Una vez allí, estaba salvado.

Algunos días después la fragata avistó un buque mercante que maniobraba para entrar en el canal de la Mancha.

Aquel buque era holandés.

El marqués de Souday manifestó deseos de pasar a su bordo, y el capitán inglés no tardó en complacerle.

La embarcación holandesa le dejó en Rotterdam, desde cuyo punto al marqués pasó a Blackenbourg, pequeña ciudad del ducado de Brunswick, que Luis XVIII había elegido para su residencia.

El objeto que le dirigía a aquel punto no era otro que cumplir el último encargo de Charrette.

Luis XVIII se hallaba a la mesa, y como la hora de comer era sagrada para él, el ex paje tuvo que esperar que Su Majestad hubiese acabado.

Terminada la comida, le introdujeron, y relató los sucesos que había presenciado, especialmente la última catástrofe, con una elocuencia tal, que Su Majestad a pesar de ser muy poco impresionable, se conmovió hasta el punto de decirle:

—Basta, basta, marqués; el caballero de Charrette era un buen servidor; lo reconocemos.

Y le hizo señal de que se retirara.

El mensajero obedeció; pero al hacerlo oyó que el rey decía con aspereza:

—¡Qué cosas viene a contarme ese imbécil de Souday cuando acabo de comer! Esto es capaz de impedirme la digestión.

El marqués no carecía de susceptibilidad, y le pareció que después de haber expuesto su vida durante seis meses por el rey, éste le recompensaba muy mal llamándole imbécil.

Guardaba aún un centenar de luises en el bolsillo, y aquella misma noche salió de Blackenbourg, diciendo:

—Si hubiese sabido que me habrían de recibir así, no me hubiera molestado en venir.

Nuestro antiguo paje volvió, pues, a Holanda y desde allí pasó a Inglaterra, en donde empezó una nueva fase de su existencia.

El marqués de Souday era uno de esos hombres a quienes las circunstancias modifican según sus necesidades; que son fuertes o débiles, animosos o pusilánimes según la situación en que los coloca la suerte. Durante seis meses se había puesto al nivel de aquella terrible epopeya que Napoleón denominaba la Guerra de los Gigantes; había teñido con su sangre las breñas y los incultos arenales del Alto y del Bajo Poitou; había soportado con una constancia estoica, no sólo los horrores de los combates sin cuartel,

sino también las innumerables privaciones que resultaban de aquella lucha de guerrillas, pasando la noche al sereno sobre la nieve, vagando sin pan, sin vestidos y sin asilo por los bosques de la Vendée, y todo esto sin proferir una queja ni exhalar un suspiro.

Pues bien; a pesar de estos antecedentes, aislado y sin apoyo en la gran ciudad de Londres, donde vagaba tristemente los días de lucha, el marqués se encontró sin energía cuando no tuvo en qué ocuparse, sin constancia ante el tedio y sin valor ante la miseria que le aguardaban en él destierro.

Aquel hombre que había desafiado la persecución de las columnas republicanas, no supo resistir las sugerencias de la ociosidad y buscó el placer en todas partes y a todo precio, para llenar el vacío que sentía en su existencia desde que no podía ocuparla con las peripecias de una lucha exterminadora.

Pero nuestro desterrado era demasiado pobre para buscar esos placeres en una esfera elevada; así es que, poco a poco, fue perdiendo la elegancia propia de su noble cuna, que no había podido borrar el traje de aldeano que vistiera durante seis meses, y con la elegancia la delicadeza de sus placeres, hasta el punto de comparar la cerveza con el champaña y de hacer caso de las emperifolladas ramerías de Grosvenor y de Haymarket, él que había podido escoger sus primeros amores entre las duquesas.

La facilidad de sus comienzos y las continuas necesidades de la vida no tardaron en hacerle obrar de un modo perjudicial a su reputación. Aceptó lo que no podía pagar, erigió en amigos a sus compañeros de disolución a pesar de pertenecer a una clase inferior a la suya, de lo cual resultó que sus compañeros de emigración fueron apartándose de él; y, siguiendo el curso natural de las cosas, cuanto más aislado se vio, más fue adelantando por la perniciosa senda en que había entrado.

Dos años hacía que llevaba esta vida, cuando el acaso le hizo encontrar en un garito de la Cité, del cual era uno de los más asiduos parroquianos, a una joven costurera a quien una de las odiosas mujeres que pululan en Londres había arrancado de su guardilla y presentaba allí por primera vez.

A pesar de las variaciones que su adversa suerte había producido en el marqués, la pobre niña descubrió en él un resto de nobleza, y se arrojó a sus pies llorando y pidiéndole que la librase de la vida infame a que querían dedicarla y para la cual no había nacido.

Aquella joven era hermosa, y el marqués le preguntó si quería seguirle.

La joven se arrojó a su cuello, prometiendo darle todo su amor y consagrarle todo su afecto; de manera que, sin tener el menor propósito de ejecutar una buena acción, el marqués hizo fracasar la especulación fundada en la hermosura de Eva, que tal era el nombre de la desventurada niña.

Ésta cumplió su palabra, y el marqués fue su primer y último amor.

Por otra parte, aquella resolución fue acertada para ambos, pues el marqués empezaba a cansarse de las riñas de gallos, de los ingratos vapores de la cerveza, de las reyertas con los agentes de la autoridad y de las aventuras callejeras. La ternura de aquella joven le sosegó; la posesión de aquella niña, blanca como los cisnes, que han sido el emblema de la Gran Bretaña, su patria, satisfizo su amor propio; poco a poco, cambió su modo de vivir, y sin llegar a los hábitos de un hombre de su categoría, a lo menos la conducta que adoptó fue la de un hombre honrado.

Refugióse con Eva en un desván de Piccadilly; la joven sabía coser primorosamente y encontró trabajo en una lencería; el marqués dio lecciones de esgrima.

Desde aquel momento, cifraron ambos su existencia, no tanto en el módico producto de

las lecciones del marqués y del trabajo de Eva, como en la felicidad que encontraban en un amor bastante profundo para dorar su indigencia.

Y a pesar de todo, este amor, como todas las cosas del mundo, llegó a gastarse con el tiempo.

Por fortuna para Eva, las emociones de la guerra vendean y los placeres desenfrenados de los infiernos de Londres habían absorbido la energía superabundante del marqués, y éste había envejecido antes de tiempo.

En efecto, el día que Souday se dio cuenta de que su amor a Eva era únicamente, si no un fuego apagado ya, a lo menos un fuego próximo a apagarse; el día que los besos de aquella joven fueron impotentes, no sólo para saciar, sino también para excitar sus pasiones, la costumbre había tomado tal ascendiente sobre su alma, que aun cuando hubiese cedido a la necesidad de buscar otras distracciones, no hubiera tenido fuerza ni valor para romper unos lazos en los cuales su egoísmo encontraba las monótonas satisfacciones del momento.

Aquel antiguo noble, cuyos antepasados habían ejercido por espacio de tres siglos el derecho de alta y baja justicia en su condado, aquel *ex salteador* ayudante de campo y compañero del *salteador* Charrette, pasó, pues, durante doce años, la existencia triste, miserable y llena de privaciones de un modesto empleado o de un artesano más modesto todavía.

El cielo permaneció mucho tiempo sin querer bendecir aquella unión ilegítima, pero, al fin, oyó los votos que hacía doce años formaba Eva, y esta pobre mujer dio a luz dos gemelas.

Pero Eva sólo gozó durante algunas horas de la dicha que tanto había anhelado, pues murió de sobrepeso.

Su ternura para con el marqués de Souday era tan viva y tan profunda después de aquellos doce años como durante los primeros días de sus relaciones; no obstante, su amor, por grande que fuese, no había sido un obstáculo para conocer que la frivolidad y el egoísmo constituían en el fondo el carácter de su amante, razón por la cual murió dominada por el pesar de dar su eterno adiós a aquel hombre tan querido, al propio tiempo que por el espanto de ver en sus frívolas manos el porvenir de sus dos hijas.

La muerte de Eva produjo en el marqués de Souday impresiones que reproduciremos minuciosamente, porque creemos que retratan con toda exactitud a aquel personaje, destinado a representar un papel importante en la historia que vamos a referir.

El marqués empezó por llorar formal y sinceramente a su compañera, porque no podía menos de pagar este tributo a sus buenas cualidades y de reconocer la dicha que debió a su cariño; porque, en fin, se abre siempre una pequeña llaga en el corazón, por más que éste se halle endurecido y dominado por el egoísmo, cuando ve interponerse la eternidad entre él y el corazón que durante mucho tiempo ha palpitado con sus propias pulsaciones.

Una vez calmado este primer dolor, experimentó en cierto modo una alegría igual a la del estudiante que se ve libre de sus trabas. Podía llegar un día en que su nombre, su clase y su cuna hiciesen necesario romper aquellos lazos, y por consiguiente el marqués no lamentaba mucho que la Providencia se hubiese encargado de aquel cuidado, que hubiera sido muy doloroso para él.

Pero esta satisfacción duró poco: la ternura de Eva y los continuos cuidados de ésta habían acostumbrado tan mal al marqués, que, faltándole de repente, le parecieron absolutamente necesarios. Su guardilla, desde el instante en que la voz pura y fresca de la

inglesa no estuvo allí para animarla, se convirtió en lo que era realmente, un espantoso tabluco; al paso que su cama no fue más que un camastro, desde el momento en que buscó inútilmente sobre la almohada la sedosa cabellera de su amiga, repartida en rubios y abundantes rizos.

¿Dónde hallaría en lo sucesivo los dulces mimos y las tiernas atenciones que durante doce años le había rodeado Eva?

Llegado a este período de su aislamiento, el marqués comprendió que los buscaría en vano; en consecuencia, empezó a llorar de nuevo a su amante, y cuando le fue preciso separarse de sus dos hijas, que confiaba a una nodriza de Yorkshire, encontró en su dolor rasgos de ternura, que conmovieron profundamente a la aldeana que se las llevaba.

Cuando se hubo separado de cuanto le ligaba con el pasado, el marqués de Souday sucumbió bajo el peso de su aislamiento; volvióse sombrío y taciturno, apoderóse de él el disgusto de la vida, y como su fe religiosa no era de las más firmes, hubiera probablemente acabado por arrojarse al Támesis, si la Catástrofe de 1814 no hubiese llegado oportunamente para distraerle de sus lúgubres pensamientos.

De regreso en su patria, que no esperaba volver a ver, el marqués de Souday fue naturalmente a pedir a Luis XVIII, a quien nada pidiera en todo el tiempo que duró su destierro, el precio de la sangre que había vertido por él; pero los príncipes muchas veces no buscan más que un pretexto para mostrarse ingratos, y Luis XVIII tenía tres.

El primero, era la manera intempestiva como su antiguo paje había ido a anunciarle la muerte de Charrette, anuncio que le impidió efectivamente la digestión.

El segundo, su partida inconveniente de Blackenbourg, que había acompañado con palabras más inconvenientes todavía.

El tercero, y último, la irregularidad de su vida durante la emigración.

Tributáronse grandes elogios al valor y a la adhesión del marqués, pero al mismo tiempo le hicieron comprender con la mayor afabilidad que, debiendo echarse en cara semejantes escándalos, no podía tener la pretensión de servir un empleo público.

Dijéronle que el rey ya no era un dueño absoluto, sino que debía contar con la opinión pública; sucedía a un reinado de inmoralidad, y debía dar el ejemplo de una era nueva.

Hiciéronle presente cuan digno sería por su parte coronar una vida de constante sacrificio con el sacrificio de sus veleidades ambiciosas hecho a las necesidades de la situación, y, por último, le indujeron poco a poco a contentarse con la cruz de San Luis y el grado y retiro de jefe de escuadrón, yéndose a comer el pan del rey en su castillo de Souday, único resto que el pobre emigrado recogiera de la inmensa fortuna de sus antepasados.

Pero lo más notable que hubo en esto fue que semejantes decepciones no impidieron al marqués cumplir su deber en 1815, abandonando por segunda vez su pobre castillo, cuando Napoleón verificó su maravilloso regreso de la isla de Elba.

Destituido Napoleón, por segunda vez, el marqués de Souday regresó de nuevo a Francia en pos de sus príncipes legítimos; pero entonces, más prudente que la vez primera, se contentó con pedir el empleo de montero mayor del distrito de Machecoul, que era gratuito, por cuya razón le fue concedido en seguida.

Privado durante toda su juventud de un placer que su familia había idolatrado siempre con una pasión hereditaria, el marqués empezó por entregarse con furor a la caza; y como la vida solitaria, para la cual no había nacido, le tenía siempre disgustado, al paso que sus recientes percances políticos le habían vuelto más misántropo aún de lo que era naturalmente, la posesión de un empleo, que le daba el derecho de recorrer a su antojo los

bosques del Estado, por insignificante que a primera vista hubiese parecido aun a los mismos que se le concedieron, le causó una satisfacción mayor aún que la que había experimentado al recibir del ministro su cruz de San Luis y su diploma de jefe de escuadrón.

Hacía ya dos años que el marqués de Souday vivía en su pequeño castillo, batiendo los bosques día y noche con sus seis perros, únicos que le permitía su escasa renta, viendo a sus vecinos tan sólo lo necesario para que no le tuvieran por un oso, y acordándose lo menos posible de los disgustos y glorias pasadas, cuando al salir una mañana para explorar el lado norte del bosque de Machecoul, se cruzó en el camino con una aldeana que llevaba en cada brazo una niña de tres a cuatro años.

El marqués de Souday reconoció a aquella aldeana y se sonrojó.

Era la nodriza de Yorkshire, a la cual hacía treinta y seis o treinta y ocho meses que no pagaba la pensión de sus dos hijas.

La buena mujer había ido a Londres, dirigiéndose muy acertadamente a la Embajada para averiguar el paradero del marqués; de manera, que llegaba a éste por conducto del ministro, el cual no dudaba que se consideraría muy dichoso al volver a encontrar a sus dos hijas.

Lo más extraño del caso es que el ministro no se había engañado por completo.

Aquellas niñas recordaban tan perfectamente a la pobre Eva, que el marqués se sintió conmovido en el primer instante; abrazólas con una ternura, que nada tenía de fingida, dio su escopeta a la nodriza para que se la llevase, tomó en brazos a sus dos hijas, y llevó a su casa aquel inesperado botín, con grande asombro de la cocinera nantesa, que constituía toda su servidumbre, y que le abrumó de preguntas acerca de tan singular hallazgo.

Semejante interrogatorio espantó al marqués.

Éste sólo contaba treinta y nueve años y pensaba vagamente en casarse, pues miraba como un deber no dejar extinguir en su persona una familia tan ilustre como la suya, a la vez que no le hubiera disgustado encargar a una esposa los cuidados domésticos, que le eran altamente desagradables.

No obstante, la realización de este proyecto se hacía difícil si las dos niñas permanecían a su lado.

Comprendiólo así, pagó generosamente a la inglesa, y la hizo partir al siguiente día.

Durante la noche había tomado una resolución que le pareció conciliarlo todo, y de la cual nos informaremos en el capítulo siguiente.

III

LAS DOS GEMELAS

El marqués de Souday se acostó, repitiéndose interiormente este antiguo axioma:

La almohada es la mejor consejera.

Enseguida se había dormido con la esperanza de aconsejarse con ella.

Durmiendo, había soñado en sus pasadas guerras de la Vendée, a las órdenes de Charrette, cuyo ayudante de campo fue, y en aquel valiente hijo de un colono de su padre, que había sido su ayudante.

Soñó en Juan Oullier, de quien no se había vuelto a acordar, y al cual no viera desde el día en que, próximo a expirar Charrette, se habían separado en el bosque de la Chabotterie.

Según creía, antes de reunirse al ejército de Charrette, Juan Oullier vivía en la aldea de la Chevrollière, cerca del lago de Grandlieu.

El marqués de Souday hizo montar a caballo a un hombre de Machecoul, que, ordinariamente, le servía de recadero, escribió una carta, y le encargó que fuera a Chevrollière a informarse de si un tal Juan Oullier vivía aún y habitaba allí.

Si era así, debía entregarle la carta de que era portador y regresar con él al castillo.

Si vivía en las inmediaciones, debía ir a encontrarle donde estuviese.

Si vivía demasiado lejos para hacer esto último, debía informarse del punto en que habitaba.

Si había muerto, debía volver para decírselo al marqués.

Juan Oullier no había muerto, ni vivía en un país lejano, ni siquiera en los alrededores de la Chevrollière, sino en la Chevrollière, misma.

He aquí lo que había sucedido después que se separó del marqués de Souday.

Juan Oullier permaneció oculto en el matorral, desde donde podía verlo todo sin que nadie le viera.

Desde allí vio cómo el general Travot hacía prisionero a Charrette, tratándole con todos los miramientos que con semejante prisionero podía tener un general como él.

Pero, según parece, no era esto todo lo que quería ver, pues aún después que hubieron colocado a Charrette en unas parihuelas y que se lo llevaron, Juan Oullier permaneció en el mismo sitio.

Bien es verdad que habían quedado en el bosque un oficial y una avanzada de doce hombres.

Una hora después de haber sido colocada allí aquella avanzada, un labrador vendeano pasó a diez pasos de Juan Oullier y respondió al quién vive del centinela republicano con la palabra «amigo», contestación extraña en boca de un aldeano realista, dirigiéndose a soldados republicanos.

Luego, cambió una contraseña con el centinela, que le dejó pasar, y por fin se acercó al oficial, que con una especie de repugnancia, imposible de describir, le entregó una bolsa llena de oro.

Enseguida el aldeano desapareció.

Según todas las probabilidades, el oficial y los doce soldados no habían sido enviados allí con otro objeto que aguardar a aquel vendeano, porque, apenas éste hubo desaparecido, aquéllos se reunieron, desapareciendo a su vez.

Según todas las probabilidades también, Juan Oullier había visto cuanto deseaba ver, porque salió del matorral de igual manera que había entrado, es decir, a rastras, púsose de pie, arrancó la escarapela blanca de su sombrero, y con la indiferencia del hombre que hace tres años juega diariamente su vida, se internó en la selva.

Aquella misma noche llegó a la Chevrollière.

Encaminóse al sitio en que creía encontrar su casa; pero en lugar de ésta sólo encontró una ruina ennegrecida por el humo.

Sentóse en una piedra y lloró.

En aquella casa había dejado una esposa y dos hijos.

Juan Oullier oyó ruido de pasos y levantó la cabeza.

Un aldeano pasaba por allí; Juan Oullier le reconoció a pesar de la oscuridad que reinaba, y le llamó:

—¡Tinguy!

Acercóse el aldeano.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—Soy Juan Oullier —repuso.

—Dios te guarde —respondió Tinguy.

Y trató de seguir su camino.

Juan Oullier le detuvo.

—Necesito que me contestes —le dijo.

—¿Eres valiente?

—Sí.

—Entonces pregunta y te contestaré.

—¿Mi padre?

—Muerto.

—¿Mi mujer?

—Muerta.

—¿Mis dos hijos?

—Muertos.

—Gracias.

Juan Oullier sentóse de nuevo; ya no lloraba.

Un momento después, dejóse caer de rodillas y oró.

Ya era tiempo, pues iba a blasfemar.

Oró por los que habían muerto, y, hecho esto, fortalecido por la esperanza de encontrarles en un mundo mejor, pasó la noche en aquellas tristes ruinas.

Al día siguiente, al despuntar la aurora, hallábase trabajando tan tranquilo y decidido, como si su padre hubiese estado guiando el arado, su mujer sentada junto a la chimenea y sus hijos jugando delante de la puerta.

Solo, y sin pedir ayuda a nadie, volvió a construir su cabaña, donde vivió con el producto de su humilde trabajo; y quien le hubiese aconsejado que solicitara de los Borbones el premio de lo que, con razón o sin ella, consideraba su deber, se hubiera expuesto a herir la sencillez llena de grandeza del pobre aldeano.

Ya se comprenderá que con un carácter semejante, Juan Oullier no se haría esperar al recibir una carta del marqués de Souday, en que éste le llamaba su antiguo compañero y le pedía que fuese al castillo acto continuo.

Cerró la puerta de su casa, guardóse la llave en el bolsillo, y como vivía solo, no teniendo persona alguna a quien avisar, se puso en marcha sin pérdida de momento.

El mensajero quiso cederle su caballo, o, cuando menos, hacerle montar a la grupa; pero Juan Oullier movió la cabeza y repuso:

—A Dios gracias, tengo buenas piernas. Y, apoyando la mano en el cuello del caballo, indicó con una especie de paso gimnástico el que aquél debía tomar. Era un trote corto, con el cual podían andarse dos leguas por hora.

Aquella misma tarde Juan Oullier llegaba al castillo de Souday.

El marqués le recibió con visible contento, pues durante todo el día le había atormentado la idea de que Juan Oullier se hallara ausente o hubiera muerto.

Huelga decir que la ausencia o muerte del vendeano no le daba que sentir por éste, sino por sí mismo, pues ya hemos indicado a nuestros lectores que el marqués de Souday era un tanto egoísta.

Lo primero que hizo el marqués, fue llamar a parte a Juan Oullier y confiarle su posición y las dificultades que de ella se originaban.

Juan Oullier, a quien habían asesinado sus dos hijos, no sabía comprender que ningún padre se separase voluntariamente de los suyos; no obstante, aceptó la proposición que el marqués le hizo de confiarle sus dos hijas, hasta que éstas llegasen a la edad de ir al colegio, a cuyo fin debía buscar en la Chevrollière o en sus alrededores alguna mujer honrada que reemplazara a su madre, si hay en el mundo algo que pueda reemplazarla.

Aun cuando las dos gemelas hubiesen sido feas y antipáticas, Juan Oullier hubiera aceptado; pero eran tan lindas y graciosas, y tenían una sonrisa tan atractiva, que el buen vendeano las había amado desde luego, como saben amar las gentes de su clase, llegando al extremo de decir que con sus caritas blancas y sonrosadas y sus cabellos largos y ensortijados le recordaban largos y ensortijados le recordaban tan fielmente los ángeles que en otro tiempo rodeaban la Virgen del altar mayor de Grandlieu, que al verlas por primera vez había estado tentado de arrodillarse ante ellas.

En consecuencia, se acordó que al día siguiente Juan Oullier se llevaría las niñas; pero por desgracia había estado lloviendo desde que se marchó la nodriza hasta que llegó aquél, y el marqués, confinado en el castillo y dándose cuenta de que empezaba a aburrirse, había llamado a sus dos hijas, con las cuales se puso a jugar para distraerse.

Poniendo a una de ellas a horcajadas en su cuello y sentando a la otra en sus lomos, se había paseado a gatas alrededor del aposento, a imitación de Enrique IV; sólo que, perfeccionando los pasatiempos que el Bearnés proporcionaba a sus hijos, el marqués de Souday imitaba alternativamente con la boca el sonido del cuerno y los ladridos de toda una jauría.

Esta cacería, en el interior de su casa, recreó extraordinariamente al marqués, pareciéndonos excusado decir que sus hijas nunca habían reído tanto, y que se aficionaron desde luego a la ternura acompañada de toda clase de caricias que durante

aquellas pocas horas les prodigó su padre, probablemente con el objeto de atenuar los remordimientos que su conciencia sentía a causa de aquella separación tan pronta, después de una tan larga ausencia.

Así es que las dos niñas manifestaban al marqués un cariño fatal y una gratitud peligrosa para sus proyectos; de modo que cuando el calesín se situó a las ocho de la mañana delante de la puerta del castillo, y aquéllas comprendieron que iban a llevárselas, empezaron a prorrumpir en gritos de desesperación.

Berta se arrojó sobre su padre, abrazó una de sus piernas, y agarrándose de las ligas enredó en ellas sus manecitas con tanta fuerza, que el desventurado marqués temió romperle los puños si trataba de desasirla.

En cuanto a María, se había sentado en una de las gradas y se contentaba con llorar, pero con tal expresión de dolor, que Juan Oullier se sintió más conmovido por aquel pesar mudo que por la ruidosa desesperación de Berta.

El marqués de Souday empleó toda su elocuencia en persuadir a sus dos hijas que subiendo al carruaje tendrían muchas más golosinas y mayor placer que quedándose a su lado; pero cuando más hablaba, más sollozaba María y más pataleaba Berta, estrechándole ésta rabiosamente.

El marqués empezaba a impacientarse, y viendo que nada podía la persuasión iba a emplear la fuerza, cuando, levantando los ojos fijó su mirada en la de Juan Oullier.

Dos gruesas lágrimas resbalaban por las bronceadas mejillas del aldeano, yendo a perderse en las pobladas patillas rojas que circuían su rostro.

Aquellas lágrimas eran, al mismo tiempo, un ruego para el marqués y un reproche para el padre.

El marqués de Souday hizo una seña a Juan Oullier para que desenganchara el caballo, y mientras Berta, que la había comprendido, bailaba de contenta, dijo al oído a su colono:

—Mañana partirás.

Como aquel día hacía un tiempo espléndido, el marqués quiso aprovechar la permanencia de Juan Oullier en el castillo, yendo a cazar con él, por lo cual le llevó a su cuarto, a fin de que le ayudara a vestirse el traje de caza. El aldeano quedó sorprendido al ver el espantoso desorden que reinaba en el pequeño aposento de su amo, lo que le dio ocasión a éste para comentar sus confianzas íntimas, quejándose de su criada, la cual, al paso que era muy diligente en todo lo relativo a la cocina, mostraba una negligencia insufrible en los demás cuidados domésticos, y, sobre todo, en lo que se refería a la ropa del marqués. Baste decir que éste debió pasar más de diez minutos para encontrar una chupa que no careciese de todos sus botones, y unos calzones que no presentaran una solución de continuidad demasiado indecorosa.

El marqués, no obstante su empleo de montero mayor, era demasiado pobre para tener un criado a quien confiar los perros, por cuyo motivo guiaba él mismo su pequeña jauría; de modo que debiendo cuidar de aquéllos y disparar al propio tiempo contra el venado, eran raras las veces que no volvía al castillo rendido de cansancio.

Pero, yendo acompañado de Juan Oullier, fue distinto.

El vigoroso aldeano, que se hallaba con toda la fuerza de la edad, trepaba las cuestas más escarpadas del bosque con la ligereza de un corzo, saltaba por encima de los jarales, cuando el rodeo le parecía demasiado largo, y, gracias a sus jarretes de acero, no se separó ni un palmo de los perros. Finalmente, en dos o tres ocasiones los apoyó con tan buena suerte, que el jabalí que perseguían, conociendo que con la fuga no se

desembarazaría de ellos, acabó por esperarles y hacerles cara en una maleza, donde el marqués tuvo el placer de matarle a pie firme, lo que jamás le había sucedido.

El marqués llegó a su casa transportado de júbilo y dando las gracias a Juan Oullier por el delicioso día de que le era deudor. Durante la comida, mostró un humor excelente, y, concluida aquélla, inventó nuevos juegos para hacer partícipes de éste a sus dos hijas.

Por la noche, cuando el marqués de Souday entró en su aposento, halló a Juan Oullier sentado en un rincón, con las piernas cruzadas a imitación de los turcos o de los sastres. Elevábase delante de él un montón de trajes, y tenía en la mano unos calzones viejos de terciopelo, que zurcía con entusiasmo.

—¿Qué diablo estás haciendo? —le preguntó el marqués.

—El invierno es frío en este país llano, especialmente cuando el viento sopla de la parte del mar, y al estar en mi casa se me helarían las piernas con sólo pensar que el cierzo podía llegar a las vuestras por semejantes aberturas —repuso Juan Oullier, enseñando a su amo un rasgón que iba desde la cintura a la rodilla en los calzones que estaba remendando.

—Así, pues, ¿eres sastre? —le preguntó el marqués.

—¡Ay! —respondió el vendeano—, ¿acaso no sabe uno un poco de todo cuando hace más de veinte años que vive solo? Además, el que ha sido soldado jamás se apura.

—Pues, qué, ¿no lo he sido yo también?

—No; vos habéis sido oficial, y esto ya es otra cosa.

El marqués de Souday miró a Juan Oullier con admiración y se acostó, durmiéndose en seguida y roncando, sin que esto interrumpiera en lo más mínimo el trabajo del antiguo chuán.

A media noche despertóse el marqués.

Juan Oullier seguía trabajando.

El montón de trajes no había disminuido de una manera sensible.

—Aún que trabajes hasta que sea de día, no vas a acabar, mi buen Juan —le dijo el marqués.

—Mucho lo temo.

—Entonces, ve a acostarte, amigo mío; no te marcharás hasta que hayas puesto un poco de orden en ese batiburrillo, y mañana cazaremos, como lo hemos hecho hoy.

IV

JUAN OULLIER SE QUEDA EN CASA DEL MARQUÉS

La mañana siguiente, antes de ir a cazar, el marqués quiso abrazar a sus hijas, para lo cual subió al aposento de éstas; pero no fue poca su admiración al encontrar allí a Juan Oullier, que le había precedido y estaba lavando la cara y las manos a las dos niñas con una conciencia y una obstinación dignas de la mejor aya.

El pobre hombre, a quien esta ocupación recordaba los hijos que había perdido, parecía complacerse en ella extraordinariamente.

Al verle, la admiración del marqués se trocó en respeto.

Las cacerías, cada vez más agradables y productivas, se sucedieron sin interrupción durante ocho días, durante los cuales y en las horas que aquéllas le dejaban libres, Juan Oullier no sólo trabajó sin descanso para remendar los vestidos de su amo, sino que, además, puso en orden toda la casa.

El marqués de Souday, lejos de tener ya la idea de apresurar su marcha, pensaba, aterrado, que iba a serle preciso separarse de tan precioso servidor.

Desde la mañana hasta la noche, y en ocasiones desde la noche hasta la mañana, estaba recapacitando cuál de las cualidades del vendeano le admiraba más.

Juan Oullier poseía el olfato de un sabueso para descubrir la vuelta de los animales al monte al amanecer, por medio de los espinos rotos o de la hierba humedecida por el rocío.

En los caminos áridos y pedregosos de Machecoul, de Bourgneuf y de Aigrefeuille, indicaba sin vacilar la edad y el sexo del jabalí cuyo rastro parecía imperceptible.

Jamás picador alguno a caballo había apoyado los perros como Juan Oullier sabía hacerlo montado en sus dos largas piernas.

Por último, los días en que la fatiga les obligaba a conceder un descanso a la pequeña jauría, nuestro vendeano no tenía igual para adivinar las cercas llenas de becasas y acompañar, a ellas a su amo.

—¡Llévese el diablo el matrimonio! —exclamaba en voz alta el marqués algunas veces, cuándo todos le creían ocupado pensando en otra cosa—; ¿qué iría yo a hacer en esa galera donde he visto remar tan desconsoladamente a los hombres más honrados? ¡Por vida de Dios! ya no soy ningún joven, pues voy a cumplir cuarenta años, y no me hago la ilusión de seducir a nadie con mis gracias personales; con mis tres mil libras de renta, de la cual la mitad se extinguirá conmigo, sólo me es dado esperar conquistar alguna viuda vieja; tendré una marquesa de Souday regañona, caprichosa e indigesta, que quizá me prohibirá la caza, que ese buen Oullier sirve tan bien, y que seguramente no gobernará la casa mejor de lo que él lo hace. Y, sin embargo —continuaba, enderezándose y moviendo la cabeza—, ¿estamos en tiempos en que sea permitido dejar perder esas grandes extirpes, sostenes naturales de la monarquía? ¿No me sería muy grato tener un hijo que restableciera el honor de mi familia? Y, por el contrario, cuando nadie me ha conocido una esposa, legítima a lo menos, ¿qué dirán mis vecinos al ver junto a mí esas dos niñas?

Estas reflexiones, que de ordinario ocurrían al marqués los días de lluvia, es decir, cuando el mal tiempo le impedían entregarse a su placer favorito, le sumían algunas

veces en crueles perplejidades, de las que salió como salen de semejante situación todos los temperamentos indecisos, todos los caracteres débiles, todos los hombres irresolutos: permaneciendo en un estado provisional.

En 1831, Berta y María contaban ya diecisiete años, y este estado duraba todavía.

Y, no obstante, a pesar de lo que en contrario pudiera creerse, el marqués de Souday aún no se había decidido a conservar junto a sí a sus dos hijas.

Juan Oullier, que había colgado de un clavo la llave de su casa de la Chevrollière, no tuvo en catorce años la idea de descolgarla.

En un principio, aguardó pacientemente que su amo le mandara volver a su casa, y como desde su llegada al castillo éste estaba limpio y aseado; como el marqués no había experimentado otra vez los inconvenientes de los trajes sin botones; como las botas de caza se hallaban siempre convenientemente engrasadas; como las escopetas se conservaban ni más ni menos que en la mejor armería de Nantes; como, mediante ciertos procedimientos coercitivos, cuyo conocimiento debía a uno de sus compañeros en el ejército de *salteadores*, Juan Oullier había quitado, poco a poco, a la cocinera la costumbre de hacer soportar al marqués su mal humor; como los perros estaban siempre en buen estado, ni demasiado gordos, ni demasiado flacos, pero capaces de sostener cuatro veces por semana una carrera de ocho a diez leguas, terminándola siempre con un jabalí; como la conversación y el donaire de las dos niñas, lo mismo que su ternura expansiva, minoraban la monotonía de su existencia, como sus conversaciones con Juan Oullier acerca de la anterior guerra, pasada ya al estado de tradición, pues se remontaba a treinta y cinco o treinta y seis años, aligeraban las largas veladas y los días de lluvia, el marqués, encontrando nuevamente los buenos cuidados, la agradable tranquilidad y la dicha sosegada de que gozara junto a Eva, con más el embriagador placer de la caza, había diferido de día en día, de mes en mes, de año en año, el separarse de las dos gemelas.

Por su parte, no le faltaban a Juan Oullier motivos para no provocar esta resolución.

Privado de sus propios hijos, sintió desde luego por Berta y María, según ya hemos dicho, un afecto que en breve se trocó en ternura y que, con el tiempo, llegó a convertirse en un verdadero fanatismo. Al principio, no se explicó con mucha exactitud la diferencia que el marqués quería establecer entre la situación de aquellas niñas y la de los hijos legítimos que, para perpetuar su nombre en el Bajo Poitou, esperaba obtener de un matrimonio cualquiera; pues, cuando se ha seducido a una mujer honrada, no hay más que una reparación posible, el matrimonio, y a Juan Oullier le parecía lógico que, pues su amo no podía legitimar sus relaciones con Eva, no desconociese al menos la paternidad que ésta le había legado al morir. En consecuencia, a los dos meses de permanecer en el castillo, habiendo hecho estas reflexiones, pesándolas en su entendimiento y ratificándolas en su corazón, el vendeano hubiera recibido con mucho disgusto la orden de marcharse, y a pesar del respeto que profesaba al señor de Souday, le habría expuesto claramente su pensamiento acerca de este punto si hubiese llegado aquel caso extremo.

Por fortuna, el marqués no inició a su servidor en las perplejidades de su espíritu, de modo que Juan Oullier pudo tomar por resolución definitiva lo que no era más que un estado provisional, y creer que aquél consideraba la permanencia de sus hijas en el castillo como un derecho de éstas al mismo tiempo que como un deber de su parte.

En la época a que hemos llegado al terminar estos preliminares, tal vez un poco largos, Berta y María cuentan, pues, de diecisiete a dieciocho años.

La pureza de la estirpe del marqués de Souday ha hecho prodigios al mezclarse con la sangre de la plebeya sajona, y las hijas de Eva son dos hermosas jóvenes de facciones puras y delicadas, de talle esbelto y delgado, de aspecto noble y distinguido.

Se parecen como todos los gemelos, sólo que Berta es morena como su padre, y María rubia como su madre.

Desgraciadamente, la educación que ambas han recibido, al paso que ha desarrollado cuanto era posible sus cualidades físicas, no ha cuidado lo bastante de las necesidades de su sexo. Bien es verdad que no podía suceder de otra manera viviendo al lado de su padre, con la indiferencia de éste y su resolución de gozar de la vida sin pensar en mañana.

Juan Oullier fue el único maestro de las hijas de Eva, de igual modo que había sido su única aya.

El digno vendeano les había enseñado todo cuanto sabía: a leer, a escribir, a contar, a orar con tierno y profundo fervor a Dios y a la Virgen; a hacer correrías por los bosques, a trepar por las rocas, a atravesar las malezas de acebo, de zarzas y de espinos, todo sin cansancio, sin miedo y sin desmayar; a detener con una bala un pájaro en su vuelo o un corzo en su carrera, y, finalmente, a montar en pelo los indomables caballos de Mellerault, tan salvajes en sus praderas y en sus incultos arenales como los de los gauchos en sus pampas.

El marqués de Souday había visto todo esto sin ocurrírsele siquiera la idea de dar otra dirección a la educación de sus hijas ni de contrariar el placer que éstas experimentaban con aquellos ejercicios viriles, pues el buen hidalgo se consideraba bastante dichoso con encontrar en ellas valerosos compañeros de caza, que reunían a una ternura respetuosa para con su padre una alegría, un arrojo y un ardor cinegético que doblaban el encanto de sus cacerías.

No obstante, para ser justo, debemos decir que el marqués había añadido algo de su cosecha a las lecciones de Juan Oullier, pues cuando Berta y María cumplieron catorce años y comenzaron a acompañar a su padre en sus excursiones al bosque, los juegos infantiles que en otro tiempo ocupaban las noches en el castillo, perdieron su atractivo, y para llenar aquel vacío, el marqués de Souday enseñó el *whist* a sus dos hijas.

Por su parte, éstas completaron lo mejor que pudieron su educación moral, tan bien desarrollada por Juan Oullier bajo el aspecto físico.

Jugando al escondite en el castillo, había descubierto un aposento que, según todas las probabilidades, hacía por lo menos treinta años que no había sido abierto. Era la biblioteca, en la que encontraron cerca de un millar de volúmenes, de entre los cuales escogió cada una de ellas los que más se acomodaban a sus inclinaciones.

La sentimental y dulce María otorgó la preferencia a las novelas; la turbulenta y positiva Berta, a la historia. Después lo habían reunido todo: María contando el Amadis y Pablo y Virginia a Berta, ésta contando Mézeray y Véli a María. Estas lecturas truncadas proporcionaron a las dos jóvenes nociones harto equivocadas de la vida real y de las costumbres y exigencias de un mundo que nunca habían visto y del cual apenas habían oído hablar.

Cuando tuvo lugar la primera comunión de las dos niñas, el cura de Machecoul, que las quería por su piedad y buen corazón, aventuró algunas observaciones sobre la singular existencia que se les preparaba educándolas de aquella manera; pero sus amistosas advertencias se estrellaron contra la indiferencia egoísta del marqués de Souday, y Berta

y María continuaron recibiendo la educación que hemos descrito, y que les hizo contraer hábitos que, gracias a su posición, muy falsa ya de sí, les valieron una pésima reputación en toda la comarca.

En efecto, el señor de Souday estaba rodeado de algunas gentes que le envidiaban extraordinariamente lo esclarecido de su nombre y que solamente buscaban una ocasión favorable para devolverle el desdén que los antepasados del marqués habían, probablemente, manifestado a los suyos; así es que cuando le vieron conservar en su castillo y dar el nombre de hijas a los frutos de una unión ilegítima, comenzaron a publicar a son de trompeta la vida que durante su destierro había llevado en Londres; exageraron sus faltas; presentaron como una mujer perdida a la pobre Eva, a quien un milagro de la Providencia había preservado de la triste suerte a que estaba destinada, y pronto los hidalgüelos de Beauvoir, Saint-Leger, Bourgneuf, San Filiberto y Grandlieu se apartaron del marqués pretextando que envilecía la nobleza, de cuyo lustre se dignaban ocuparse a pesar del origen sobradamente plebeyo de la mayor parte de ellos. En breve, no fueron solamente los hombres los que desaprobaban la conducta presente del marqués de Souday y calumniaron su conducta pasada, pues la belleza de las dos hermanas sublevó contra ellas a todas las madres y a todas las hijas de diez leguas a la redonda, y esto, como se comprenderá, agravó mucho más su posición.

Si Berta y María hubiesen sido feas, el corazón de aquellas caritativas señoras y de aquellas piadosas señoritas, naturalmente inclinado a la indulgencia cristiana, habría perdonado acaso su paternidad inconveniente al marqués; pero era imposible no indignarse al ver que aquellas dos pécoras ofuscaban con su distinción, su nobleza y sus gracias a las jóvenes mejor nacidas de los alrededores, por cuyo motivo desde aquel momento no hubo perdón ni misericordia para tan insolentes superioridades.

La indignación manifestada contra las dos pobres niñas era tan general, que, aun cuando éstas no hubiesen ofrecido el menor blanco a la maledicencia o a la calumnia, la calumnia y la maledicencia las hubieran rozado con la punta de su ala; júzguese, pues, lo que debió suceder y sucedió con las costumbres viriles y excéntricas de las dos hermanas.

En breve, fue un clamoreo de reprobación universal el que se levantó contra ellas, pasando del departamento del Loira Inferior a los de la Vendée y de Mena y Loira; por manera que, a no ser por el mar, que lame las costas de aquél, seguramente hubiera recorrido tanta extensión hacia la parte de Occidente como hacia el Sur y el Este.

Nobles y plebeyos, habitantes de las poblaciones y del campo, todos se ocuparon de las dos gemelas.

Los jóvenes, que apenas habían encontrado al paso a Berta y a María y que casi no las habían visto, hablaban de las hijas del marqués de Souday con una sonrisa insolente, llena de esperanzas cuando no de recuerdos.

Las beatas santiguábanse al oír pronunciar su nombre, y las ayas amenazaban con su presencia a los niños cuando no querían obedecer.

Los más indulgentes se limitaban a atribuir a las dos gemelas las tres virtudes de *Arlequín* con que, de ordinario, se honra a los discípulos de San Huberto, cuyos gustos mostraban, es decir, el amor, el juego y el vino. Otros afirmaban con la mayor gravedad que cada noche el castillo de Souday era teatro de orgías cuyo origen se encontraba en las memorias de la Regencia. Finalmente, algunos románticos, sobrepujando a los demás, obstinábanse en vez en una de las torrecillas que flanqueaban el castillo y que se hallaba abandonada a los inocentes amores de unos cuantos palomos, una reminiscencia de la famosa torre de Neslé, de lujuriosa y homicida memoria.

Por último, tanto se habló de Berta y María, que por muchas que hubiesen sido y que, en realidad, fuesen aún la pureza de su vida y la inocencia de sus acciones, se convirtieron en un objeto de horror para todo el país.

Este odio comunicóse al populacho por medio de los criados de los castillos, de los obreros que se relacionaban con la clase media y de las mismas gentes a quienes ellas ocupaban; de manera que, exceptuando algunos pobres ciegos o algunas buenas viejas impotentes a quienes las huérfanas socorrían directamente, toda la clase baja se hacía eco de los cuentos absurdos inventados por la nobleza de las cercanías, y no había un leñador ni un almadreño de Machecoul, ni un labrador de San Filiberto de Aigrefeuille, que no se hubiese creído deshonrado descubriéndose ante ellas.

Por último, los aldeanos habían dado a Berta y a María un apodo que, llegado a las regiones superiores, se declaró caracterizar perfectamente las pasiones y desórdenes que se atribuían a las dos jóvenes.

Llamábanlas *las lobas de Machecoul*.

UNA CAMADA DE LOBEZNOS

El marqués de Souday permaneció indiferente en absoluto a estas manifestaciones de la animadversión pública; hizo más, pareció no sospechar siquiera que ésta existiese, y cuando advirtió que no le devolvían las contadas visitas que de tarde en tarde se creía obligado a hacer a sus vecinos, se restregó alegremente las manos, considerándose libre de aquellos cumplidos, que le eran odiosos, y que sólo hacía a instancias de sus hijas o de Juan Oullier.

Algunas de las calumnias que circulaban sobre Berta y María llegaron vagamente a oídos del marqués; pero éste era tan dichoso con su factórum, sus hijas y sus perros, que creyó comprometer la dicha de que gozaba si prestaba alguna atención a aquellas absurdas conversaciones, de manera que continuó con toda tranquilidad persiguiendo diariamente las liebres, corriendo de vez en cuando los jabalíes y jugando por las noches al *whist* en compañía de las dos pobres calumniadas.

Juan Oullier no se mostró, ni con mucho, tan filósofo como su amo; bien es verdad que su posición le permitía informarse mucho mejor de lo que acerca de las dos gemelas se decía.

La ternura que profesaba a éstas se había convertido en fanatismo. Pasábase los días mirándolas, ya estuviesen sentadas en el salón del castillo sonriendo con dulzura, ya galopasen a su lado, inclinadas sobre el cuello de sus caballos, con los ojos chispeantes, animado el rostro, y los cabellos sueltos, flotando a merced del viento bajo sus sombreros de anchas alas y ondulante pluma. Al verlas tan hermosas y al mismo tiempo tan buenas y tan tiernas para con su padre y con él, su corazón latía de orgullo y de felicidad, pareciéndole que, por su parte, había contribuido en cierto modo al desarrollo de aquellas admirables criaturas, y preguntándose cómo era posible que todo el mundo no doblase la rodilla ante ellas.

Así es que los primeros que se aventuraron a hablarle de los rumores que circulaban en el país, fueron recibidos con tanta aspereza, que los demás se retrajeron de hacerlo; pero Juan Oullier, verdadero padre de Berta y María, no necesitaba que hablasen de ello para saber lo que se pensaba de los objetos de su ternura, pues en una sonrisa, en una mirada, en un ademán, en una seña, adivinaba los malos pensamientos de todos, y esto con una sagacidad que le hacía verdaderamente desgraciado.

El desprecio que así los pobres como los ricos no se tomaban la molestia de disfrazar para con las huérfanas, le afectaba hondamente; y si se hubiese dejado llevar por los impulsos de la sangre, hubiera armado una contienda a cualquiera cuya actitud le pareciese poco respetuosa. Pero su buen juicio le hacía comprender que Berta y María necesitaban otra rehabilitación, y que algunos golpes dados o recibidos no lograrían justificarlas, al paso que por otra parte temía, y éste era su mayor cuidado, que, a consecuencia de cualquiera de aquellos lances que con tanto placer hubiera provocado, las dos jóvenes se enterasen de cuál era la opinión pública respecto de ellas.

El pobre Juan Oullier doblaba, pues, la cabeza ante aquella injusta reprobación, y sus amargas lágrimas, al propio tiempo que las fervientes súplicas que dirigía a Dios, supremo enderezador de los entuertos y de las injusticias de los hombres, eran las únicas

manifestaciones de su pena. Esto produjo en él una profunda misantropía, y como en torno suyo no veía más que enemigos de sus queridas niñas, no pudo menos de odiar a los hombres y prepararse, soñando en futuras revoluciones, para devolverles el mal que de ellos recibía.

La revolución de 1830 llegó, sin dar ocasión de realizar sus malos deseos a Juan Oullier, que, en cierto modo, contaba con ella; pero, como los motines, que diariamente se sucedían en París, podían en un tiempo dado llegar a las provincias, aguardó pacientemente.

Una hermosa mañana de septiembre, el, marqués de Souday, sus hijas, Juan Oullier y la jauría, que a pesar de haber sido renovada varias veces desde que hablamos de ella, no había aumentado en número, hallábanse cazando en el bosque de Machecoul.

El marqués de Souday había esperado con impaciencia aquella jornada, de la cual hacía tres meses se prometía un gran regocijo, pues se trataba nada menos que de apoderarse de una camada de lobeznos, cuya guarida había descubierto Juan Oullier, cuando no tenían abiertos los ojos, y que, desde entonces, había cuidado, conservado y contemplado con todos los cuidados propios de un buen cazador.

Esta última frase exige, quizás, algunas explicaciones para aquéllos de nuestros lectores que no estén familiarizados con el noble arte de la caza.

Siendo niño, el duque de Biron, decapitado en 1602 por orden de Enrique IV, decía a su padre:

—Dame cincuenta jinetes y destruiré, desde el primero hasta el último, aquellos doscientos hombres que van a forrajear, con lo cual la ciudad se verá precisada a rendirse.

—¿Y después?

—¡Toma! después, se rendirá.

—Y el rey no necesitará más de nosotros; no, es preciso hacernos *necesarios*, tonto.

Los doscientos forrajeadores no fueron muertos, la ciudad no fue tomada, y Biron y su hijo continuaron siendo *necesarios*, es decir, que siguieron gozando del favor del rey y continuaron al servicio de éste.

Pues bien; sucede con los lobos lo mismo que con los forrajeadores de que tanto cuidaba el padre de Biron, pues si no hubiese lobos dejaría de haber montero mayor. Y, por este motivo, se debe perdonar a Juan Oullier que mostrara alguna ternura con los lobeznos, en lugar de matarlos a ellos y a su madre, como hubiera hecho con un lobo viejo.

Pero hay más. Así como la caza de un lobo viejo es impracticable soltando los perros, a la vez que monótona y cansada batiendo el monte, la de los lobeznos de cinco o seis meses es fácil, agradable y divertida; y por esto Juan Oullier, a fin de proporcionar a su amo tan agradable pasatiempo, cuando hubo descubierto la camada de lobeznos, se guardó muy bien de asustar ni incomodar a la loba; antes al contrario, sin cuidarse de los carneros ajenos, que ésta debía necesariamente destruir, para alimentar a sus hijuelos, los visitó con afectuoso interés para asegurarse de que nadie los incomodaba en lo más mínimo, no siendo poca su alegría el día que no los encontró en su guarida, y comprendió que su madre se los había llevado en sus excursiones.

Por último, un día, juzgando que ya estaban en disposición de servir para el objeto que se proponía, los había emboscado en una corta de algunos centenares de hectáreas, soltando sobre uno de ellos los seis perros del marqués de Souday.

El desventurado animal, que no sabía lo que significaban aquellos ladridos y sonidos de

trompa, perdió la cabeza; y abandonando inmediatamente el recinto donde dejaba a su madre y sus hermanos, y en el cual tal vez aún hubiera podido salvarse, ganó otro cuartel, se hizo perseguir durante media hora, revolviéndose como una liebre, hasta que al fin, rendido por aquella carrera furiosa, a que no estaba acostumbrado, y viendo que se le entorpecían las patas, se sentó tranquilamente sobre su cola, y aguardó.

No debió aguardar mucho tiempo, para saber lo que querían de él, porque *Dominó*, hermoso perro vendeano, de pelo fuerte y color gris, llegando casi inmediatamente, le partió los lomos de un bocado.

Juan Oullier reunió de nuevo sus perros, y diez minutos después, el padre del lobezno estaba fuera de la guarida y la pequeña jauría le perseguía de cerca; pero, más prudente que su hijo, no abandonó las cercanías; de manera que los frecuentes cambios de los lobeznos que quedaban vivos y los de la loba, que se entregaba voluntariamente a los perros, retardaron el momento de su muerte. Pero Juan Oullier conocía hartó bien su obligación para no dejar que el éxito de la jornada se comprometiese con tales equivocaciones; así es que, en cuanto la cacería tomaba el sesgo vivo y directo que caracteriza el paso de un lobo viejo, desviaba los perros, los volvía al sitio donde habían padecido la equivocación, y tornaba a ponerlos en el buen camino.

Por último, acosado demasiado cerca por sus perseguidores, el pobre lobezno quiso variar de dirección, y retrocediendo, salió tan impremeditadamente del bosque, que fue a dar con el marqués y sus hijas. Sorprendido y sin saber lo que hacía, intentó escaparse por entre las piernas de los caballos; pero el señor de Souday se inclinó sobre el cuello del suyo, y cogiéndole vivamente por la cola, lo arrojó a los perros que lo habían seguido.

Estos dos halalís sucesivos, habían divertido maravillosamente al marqués de Souday, que, no queriendo darse aún por satisfecho, discutía con Juan Oullier si para dar caza a los lobeznos que quedaban volverían a atacar las cortas o dejarían ventear a los perros.

Pero la loba, que tal vez conocía que se trataba de acabar con el resto de sus hijuelos, atravesó el camino a diez pasos de los perros, cuando Juan Oullier y el marqués estaban engolfados en lo más fuerte de la discusión, y al ver al animal, la pequeña jauría, que no habían vuelto a atraillar, se lanzó sobre sus huellas, ebria de ardor y dando un solo ladrido.

Esfuerzos, gritos desesperados, latigazos, todo fue inútil para contenerla.

Juan Oullier echó a correr para alcanzarla, y el marqués y sus hijas pusieron sus caballos al galope para detenerla.

Pero ya no era un lobezno tímido y vacilante lo que los perros perseguían, sino un animal valiente, vigoroso y osado, que avanzaba con seguridad, atravesando el bosque, sin cuidarse de las cañadas, de las rocas, de las montañas ni de los torrentes que hallaba al paso, y esto, sin sobresalto ni precipitación, rodeado de tiempo en tiempo por la pequeña jauría que iba persiguiéndole, trotando en medio de los perros y dominándolos con su mirada oblicua, y, sobre todo, con los chasquidos de sus formidables mandíbulas.

Después de haber atravesado tres cuartas partes de la selva, la loba desembocó en la llanura como si se dirigiese al bosque, del gran arenal.

Juan Oullier conservaba su distancia, y merced a la elasticidad de sus piernas, permanecía a tres o cuatrocientos pasos de los perros, a pesar de que los barrancos le obligaban a seguir las veredas y caminos; el marqués y sus hijas habían quedado rezagados.

Cuando éstos últimos hubieron llegado al extremo del bosque y subido la ladera que domina la pequeña aldea de la Marne, media legua delante de ellos, entre Machecoul y al

Baillardière, y en medio de las aliagas sembradas entre este lugar y el barbecho, divisaron a Juan Oullier, sus perros y la loba, que conservaban siempre el mismo paso y seguían la línea recta en la misma posición. Las escenas precedentes y la rapidez de la carrera habían enardecido al marqués de Souday.

—¡Voto a sanes! —exclamó—, daría diez días de mi vida por hallarme en este momento entre San Estevan Demess-Morts y la Guimarière y poder enviar una bala a esa pícara loba.

—Sin duda se dirige al bosque de los grandes arenales —contestó María.

—Sí —dijo Berta—; pero, seguramente, volverá a su guarida, pues, como sus hijuelos no la han abandonado, no puede seguir apartándose de ella de este modo.

—Efectivamente, valdría más volver allí que perseguirla más lejos —dijo María—. Recordad, padre mío, que el año pasado seguimos un lobo que nos hizo perder diez horas y andar quince leguas inútilmente, de modo que volvimos al castillo con los caballos rendidos, los perros estropeados, y avergonzados nosotros de haber errado el golpe.

—Ta, ta, ta... aquel lobo no era lo mismo que esa loba —replicó el marqués—. Regresad, si queréis, a la guarida, niñas; en cuanto a mí, voy a apoyar los perros, pues no quiero que se diga que he fallado a un halalí.

—Iremos a donde vayáis, papá —dijeron a la vez las dos jóvenes.

—Adelante, pues —exclamó el marqués de Souday, acompañando sus palabras con dos vigorosos espolazos, y lanzando su caballo en la pendiente.

El camino en el cual acababa de entrar el marqués, era pedregoso y cortado por los impracticables surcos cuya tradición conserva religiosamente el Bajo Poitou. A cada instante, botaban los caballos; a cada paso hubieran caído, si no los hubiesen contenido vigorosamente; en una palabra, tomaran la trocha que quisieran, era imposible llegar al bosque de los grandes arenales antes que la loba.

El señor de Souday, mejor montado que sus hijas, podía manejar su caballo con más rapidez que ellas, y se las había adelantado algunos centenares de pasos. Exasperado por las dificultades del camino y viendo delante de sí un campo abierto, lanzó en él su caballo y cruzó la llanura sin avisar a las gemelas.

Berta y María, creyendo siempre que seguían a su padre, continuaron su peligrosa marcha a lo largo del camino.

Haría un cuarto de hora poco más o menos que iban separadas del marqués, cuando se hallaron en un sitio en que el camino se hallaba profundamente encajonado entre dos repechos cubiertos de zarzas, cuyas ramas se cruzaban por encima de sus cabezas.

Una vez allí, se detuvieron de pronto, creyendo oír a corta distancia los ladridos de sus perros.

Casi al mismo tiempo, sonó un tiro a pocos pasos de ellas, y una hermosa liebre con las orejas gachas y ensangrentadas, salió del seto y cayó en el camino, al mismo tiempo que en el campo que dominaba a éste oíanse furiosos gritos de: «¡Sus, perros, sus!»

Las dos hermanas creían haber penetrado en la propiedad de alguno de sus vecinos, e iban a retirarse discretamente, cuando, por el boquete que había abierto la liebre vieron aparecer, aullando con todas sus fuerzas, primero a *Palurdo*, uno de los perros de su padre, y en pos de aquél a *Señorísimo*, *Bettau*, *Dominó* y *Clarín*, sucediéndose todos sin intervalo y persiguiendo a la desventurada liebre como si en todo el día no hubiesen encontrado más noble caza.

Pero apenas acababa de saltar por aquella abertura el último perro, cuando apareció en ella una cabeza humana.

Era el semblante de un joven, pálido y azorado, con los cabellos desgredados y la mirada hosca, que hacía esfuerzos sobrehumanos para que su cuerpo pasara por el estrecho agujero, y que, mientras luchaba con las zarzas y las espinas, lanzaba los gritos que Berta y María habían oído, poco después del escopetazo disparado hacía cinco minutos.

VI

LA LIEBRE HERIDA

En los setos del Bajo Poitou, formados con ramas entrelazadas, a semejanza de los de Bretaña, el que haya pasado una liebre, y tras ella seis galgos corredores, no es un motivo para que el boquete que les ha dado paso se convierta en una puerta cochera; así es que, por más que el desdichado joven se esforzara, encorvándose las manos y la cara, le fue imposible avanzar ni una pulgada.

Sin embargo, lejos de desanimarse por esto, el joven cazador seguía luchando desesperadamente, cuando de pronto unas estrepitosas carcajadas fueron a sacarle de la preocupación en que se hallaba sumido.

Volvió la cabeza y descubrió a las dos Amazonas, que, inclinadas sobre el cuello de sus caballos, no trataban siquiera de disimular su buen humor ni la causa que lo originaba.

Avergonzado de haber excitado la hilaridad de aquellas dos hermosas jóvenes, y comprendiendo lo grotesco de su situación, nuestro adolescente —podemos llamarle así, porque apenas tenía veinte años—, quiso retroceder; pero estaba escrito que aquel malhadado seto le sería fatal hasta en su retirada, pues las espinas se habían enredado tan bien en sus vestidos y las ramas en su morral, que le fue imposible lograr su propósito y quedó preso en el vallado como en una trampa.

Al verlo, la risa de las dos gemelas no fue ya estrepitosa, sino convulsiva.

Entonces, el pobre joven trató otra vez de desenredarse, pero no ya con la vigorosa energía que hasta entonces había demostrado, sino con verdadera rabia; y fue tal la desesperación que se retrató en su rostro al hacer aquel nuevo y supremo esfuerzo, que María no pudo menos de sentirse conmovida.

—Callémonos, Berta —dijo a su hermana—, pues ya ves que le estamos apesadumbrando.

—Es cierto —respondió Berta—; pero ¿qué quieres? no lo puedo remediar.

Y, sin dejar de reír, se apeó y corrió hacia el pobre joven para auxiliarle.

—Caballero —le dijo—, creo que para salir de aquí no os vendrá mal que os ayuden un poco. ¿Queréis aceptar el auxilio que mi hermana y yo estamos prontas a ofreceros?

Pero la risa de las dos jóvenes había herido el amor propio del cazador, más que las zarzas su cuerpo; así es que por mucha que fuese la cortesía de las palabras de Berta, éstas no pudieron hacerle olvidar las burlas de que había sido objeto. Continuó, pues, guardando silencio, y decidido a salir del apuro en que se hallaba, sin aceptar el auxilio de persona alguna, intentó un último esfuerzo.

Enderezóse para ello sobre sus puños y trató de avanzar, imprimiendo a la parte anterior del cuerpo la fuerza diagonal que hace andar a los animales de la clase de las serpientes; pero, por desgracia, al hacer aquel movimiento, su frente chocó con tal fuerza contra una rama de manzano silvestre cortada en forma de cuña, que le cortó la piel como hubiera podido hacerlo la navaja mejor afilada; y al sentirse gravemente herido, lanzó un grito, al mismo tiempo que la sangre, brotando en abundancia, le inundaba el rostro.

Al ver el accidente, cuya causa involuntaria habían sido, las dos hermanas se precipitaron hacia el joven, le asieron por los hombros, y, aunando sus esfuerzos con un vigor que no

se hubiera encontrado en mujeres vulgares, lograron sacarle del seto y sentarle en el repecho.

No pudiendo darse cuenta de la poca gravedad que en realidad tenía la herida y juzgándola por la apariencia, María se puso pálida y temblorosa; en cuanto a Berta, menos impresionable que su hermana, no perdió la serenidad ni un solo instante.

—Corre a ese arroyo —dijo a aquélla—, y moja en él tu pañuelo, para que podamos limpiar la sangre que ciega a ese desgraciado.

Luego, volviéndose hacia el joven, en tanto que María se dirigía al arroyo:

—¿Sufrió mucho, caballero? —le preguntó.

—Perdonad, señorita —respondió aquél—; pero son tantas las cosas que en este instante me preocupan, que no sé a punto fijo si es dentro o fuera de la cabeza donde siento el mal.

En seguida, prorrumpiendo en sollozos, que difícilmente había podido contener hasta entonces:

—¡Ah! —exclamó—. El Cielo me castiga por haber desobedecido a mamá.

A pesar de que el que así hablaba era muy joven, pues ya hemos dicho que apenas había cumplido veinte años, el acento infantil con que acababa de pronunciar sus últimas palabras contrastaba de tal modo con su estatura y con su traje de cazador, que, no obstante la compasión que su herida había excitado en las dos hermanas, éstas no pudieron contener una nueva carcajada.

El pobre joven les dirigió una mirada lastimera y suplicante a la vez, y al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas brillaban en sus párpados, arrancó con visibles muestras de impaciencia el pañuelo mojado en agua fresca que María le había puesto en la frente.

—¿Qué hacéis? —le preguntó Berta.

—Dejadme —exclamó la joven—, no quiero recibir servicios que se me hacen pagar con crueles burlas. ¡Cuánto me arrepiento de no haber huido, como fue mi primera idea, aunque hubiese debido herirme más gravemente!

—Sí, pero ya que habéis sido bastante razonable para no hacerlo —respondió María—, sedlo ahora para dejar que os vuelva a vendar la frente.

Y, recogiendo el pañuelo, se acercó al herido con tal expresión de interés, que aquél, moviendo la cabeza, no en ademán de resistencia, sino de abatimiento, repuso:

—Haced lo que queráis, señorita.

—Vaya —dijo Berta, a quien no había escapado ninguno de los movimientos del joven—, me parece que para ser cazador sois muy susceptible.

—En primer lugar, señorita, no soy cazador, y, después de lo que acaba de sucederme, me siento menos dispuesto que nunca a serlo.

—A mi vez debo pedirlos que me disculpéis —repuso Berta, con el mismo acento de burla que había irritado al joven—; pero, a juzgar por la obstinación con que queráis pasar a través de las zarzas y los espinos, y, sobre todo, por el entusiasmo con que azuzabais nuestros perros, debí suponer que, cuando menos, aspirabais a aquel título.

—¡Oh! no, señorita; no hice más que ceder a un impulso que no comprendo ya, ahora que he recobrado mi sangre fría y que conozco con cuánta razón calificaba mi madre de ridículo y bárbaro un pasatiempo cuyo placer y vanidad se funda en la agonía y muerte de un pobre animal indefenso.

—Tened cuidado, caballero, pues a nuestros ojos, que cometemos la ridiculez y la barbaridad de complacernos con este pasatiempo, vais a pareceros a la zorra de la fábula.

En este momento, María, que había ido a mojar otra vez su pañuelo en el arroyo, se disponía a anudarlo de nuevo en torno de la frente del joven; pero, rechazándole éste:

—En nombre del Cielo, señorita —le dijo—, no me prodiguéis vuestros cuidados, pues ya veis que vuestra hermana continúa burlándose de mí.

—Vaya, os lo ruego —dijo María con dulce acento.

Pero él, sin dejarse reducir por la amabilidad de su voz, se incorporó sobre una rodilla, con visible intención de alejarse.

Esta obstinación, más propia de un niño que de un hombre, exasperó a la irascible Berta, cuya impaciencia, aunque inspirada por un sentimiento de humanidad muy loable, se manifestaba por medio de expresiones demasiado enérgicas para su sexo.

—¡Voto a! —exclamó al igual que lo hubiera hecho su padre en semejantes circunstancias—, ese chiquillo no quiere hacerse cargo de la razón; cúrale, María, en tanto que yo le sujeto las manos, y lléveme el diablo si logra moverse.

En efecto, asiendo Berta las muñecas del herido con una fuerza muscular que hizo inútiles todos los esfuerzos de éste para desasirse, logró facilitar la operación confiada a María, la cual pudo entonces colocar el pañuelo sobre la herida.

Cuando ésta última hubo asegurado de un modo conveniente las ligaduras, con una destreza que hubiera honrado un discípulo de Dupuytren o de Jobert:

—Ahora, caballero —dijo Berta—, os encontráis ya en estado de regresar a vuestra casa, y, por consiguiente, podéis realizar vuestro primer pensamiento y alejaros de aquí sin necesidad de darnos siquiera las gracias; os dejamos en libertad.

Pero, a pesar del permiso que se le daba y de la libertad que se le devolvía, el joven continuó inmóvil.

Parecía a la vez extraordinariamente sorprendido y profundamente humillado de haber caído, él, que era tan débil, en manos de dos mujeres tan fuertes; y sus miradas dirigíanse alternativamente a Berta y a María, sin que le ocurriese una palabra que contestarles, no encontrando, por último, otro medio para librarse de su confusión, que ocultarse el rostro entre las manos.

—¡Dios mío! —dijo María con zozobra—; ¿os sentís indispuerto?

El joven no contestó.

Berta separó entonces las manos con que éste se ocultaba el rostro, y viendo que estaba llorando, mostróse en seguida tan amable y compasiva como su hermana.

—¿Vuestra herida es, acaso, más grave de lo que parecía, y os causa un dolor muy vivo, cuando lloráis de esa manera? —le preguntó—; si es así, montad en mi caballo o en el de mi hermana, y os acompañaremos hasta vuestra casa.

Por toda contestación, el joven se apresuró a hacer con la cabeza una seña negativa.

—Vamos a ver —insistió Berta—, basta ya de niñadas; es cierto que os hemos ofendido, pero ¿acaso podíamos suponer que bajo vuestro traje de caza encontraríamos el cuerpo de una delicada niña? Sea de esto lo que quiera, reconocemos que hemos obrado mal y os pedimos que nos perdonéis. Tal vez os parecerá que nuestro ofrecimiento no va acompañado de todas las fórmulas de estilo; pero es preciso que os hagáis cargo de lo especial de la situación, y que consideréis que la sinceridad es lo único que puede esperarse de dos jóvenes bastante desgraciadas para dedicar todo su tiempo a esa

distracción ridícula que tiene la desgracia de desagradar a vuestra señora madre.

—No, señorita —respondió el joven—, sólo estoy disgustado contra mí mismo.

—¿Y por qué?

—No sé qué decir; puede que esté avergonzado de haber sido más débil que vos; puede que me inquiete solamente la idea de tener que volver a mi casa; porque, ¿qué diré a mi madre, para explicar esta herida?

Las dos hermanas se miraron, pues, a pesar de su sexo, no se hubieran inquietado por tan poco; pero esta vez, por muchas que fueran las ganas que de reír tenían, se abstuvieron de hacerlo al ver cuan grande era la susceptibilidad nerviosa de que estaba dotado el desconocido.

—Pues bien —dijo Berta—, si en efecto no nos guardáis rencor, dadnos un apretón de manos, y separémonos como nuevos pero buenos amigos.

Y, diciendo esto, tendió la mano al herido, como un hombre hubiera podido hacerlo a otro.

Seguramente iba aquél a responder por su parte con el mismo gesto, cuando María hizo seña de que guardaran silencio, llevándose un dedo a los labios.

—¡Chito! —dijo Berta, a su vez.

Y escuchó como su hermana, permaneciendo con la mano tendida hacia el joven.

Oíanse a lo lejos, pero acercándose rápidamente, fuertes y prolongados ladridos, como los de los perros que sienten que se aproxima la presa.

Era la jauría del marqués de Souday, que, no teniendo las mismas razones que las dos hermanas para permanecer en el camino, se había lanzado en pos de la liebre y la traía otra vez en dirección a aquel sitio, persiguiéndola de cerca.

Berta se arrojó sobre la escopeta del joven, la cual tenía el cañón derecho descargado.

Al verlo, aquél hizo un gesto como si hubiese querido precaver una imprudencia; pero la sonrisa de Berta le tranquilizó.

La joven introdujo rápidamente la baqueta en el cañón cargado, como hace todo cazador prudente, cuando va a servirse de una escopeta que no ha cargado él mismo; y viendo que se hallaba bien preparada, adelantó algunos pasos, manejándola con una soltura que probaba la costumbre que tenía de servirse de aquella clase de armas.

Casi en el mismo instante, la liebre, volviendo por el lado opuesto, salió del seto con la intención probable de seguir el camino; pero, al descubrir a nuestros tres personajes, dio una vuelta rápida para retroceder.

Por rápido que hubiese sido aquel movimiento, Berta había tenido tiempo de apuntar a la liebre; y disparado, la hirió con tanto acierto, que rodó por el repecho y quedó muerta en medio del camino.

Mientras tanto María había ocupado el puesto de su hermana y tendido la mano al joven, quedando ambos con las manos enlazadas durante algunos segundos, mientras esperaban lo que iba a suceder.

Berta fue a recoger la liebre, y, aproximándose de nuevo al desconocido, que tenía aún cogida la mano de María:

—Aquí tenéis vuestra disculpa, caballero —le dijo.

—¿Cómo es esto? —interrogó el joven.

—Diréis que la liebre se ha levantado a vuestros pies y que la escopeta se ha disparado a

pesar vuestro, y daréis una satisfacción a vuestra madre, jurándole, como nos lo habéis jurado hace poco, que no os volverá a acontecer. La liebre se encargará de hacer valer las circunstancias atenuantes.

El joven movió la cabeza con desaliento.

—No —dijo—; nunca me atreveré a confesar a mi madre que la he desobedecido.

—Así, pues, ¿os ha prohibido formalmente que cacéis?

—Muy formalmente.

—¿Y vos cazáis furtivamente? —dijo Berta—; preciso es reconocer que empezáis por donde los demás acaban; confesad, por lo menos, que no os falta vocación.

—No os moféis, señorita; habéis sido tan buena conmigo que ya no os sabría poner mala cara, y el pesar que me causaríais sería doble.

—Siendo así, no tenéis más que una alternativa —dijo María—; mentir, lo que no queréis hacer ni nosotras aconsejaros, o confesar francamente la verdad. Creedme, cualquiera que sea la opinión de vuestra madre sobre la distracción que habéis tomado sin su consentimiento, vuestra franqueza la desarmará, pues, al fin y al cabo, el haber matado una liebre no es un gran crimen.

—¿Vuestra madre es, pues, muy terrible? —preguntó Berta.

—Al contrario, señorita, es muy buena y tierna; se anticipa a todos mis deseos y se adelanta a todos mis caprichos; pero, en punto a dejarme tomar una escopeta, es intratable, lo cual se concibe fácilmente —dijo el joven exhalando un suspiro—, si se tiene en cuenta que mi padre murió en una cacería.

Las dos jóvenes se estremecieron.

—Siendo así —dijo Berta, cuya gravedad igualaba en aquel momento a la de su interlocutor—, nuestras bromas han sido más inconvenientes todavía y, por consiguiente, es mayor nuestro pesar; ¿podemos esperar que olvidéis aquéllas y os acordéis sólo de éste último?

—Sólo me acordaré, señorita, de las atenciones que habéis tenido a bien prodigarme, y yo soy quien espero que olvidéis mis temores pueriles y mi necia susceptibilidad.

—Al contrario —repuso María—, nos acordaremos de ellos para no cometer con nadie más las faltas que con vos hemos cometido y cuyas consecuencias han sido tan desagradables.

Mientras María hablaba de este modo, Berta había vuelto a montar a caballo.

El joven tendió de nuevo la mano a María con la mayor timidez, y aquélla, después de tocarla con la punta de los dedos, saltó ligeramente sobre la silla.

Enseguida, llamando los perros, que al oír su voz fueron a reunirse en torno suyo, las dos hermanas espolearon sus caballos y se alejaron rápidamente.

El herido permaneció mudo e inmóvil, contemplándolas hasta que un ángulo del camino las ocultó a sus ojos, después de lo cual dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

Quedémonos junto a este nuevo personaje, con el cual necesitamos trabar un conocimiento más íntimo.

VII

EL SEÑOR MICHEL

Los sucesos que acabamos de referir habían producido en el joven una impresión tan viva, que cuando las dos gemelas hubieron desaparecido, le pareció que despertaba de un sueño.

En efecto, nuestro desconocido estaba en esa época de la vida en que aun los destinados a ser más tarde hombres positivos pagan su tributo a lo fabuloso, y su encuentro con aquellas dos jóvenes tan diferentes de las que veían ordinariamente le transportó al mundo fantástico de las primeras ilusiones, en el cual su imaginación pudo errar a su antojo y buscar esos castillos levantados por la mano de las hadas, que van desplomándose a uno y otro lado del camino de la vida a medida que avanzamos por él.

Lejos de nosotros querer dar a entender con esto que hubiese ya sentido amor por alguna de las dos amazonas; pero aquella mezcla de distinción, de hermosura, de maneras elegantes y de costumbres caballerescas y viriles le pareció tan extraordinaria, que sentíase estimulado por una curiosidad suprema y se prometió hacer todo lo posible para volver a ver a las dos desconocidas o, cuando menos, averiguar quiénes eran.

El cielo pareció por un instante querer satisfacer acto continuo su curiosidad, pues habiéndose puesto en marcha para regresar a su casa, quinientos pasos poco más o menos del sitio en que había tenido lugar la anterior escena entre él y las dos jóvenes, se cruzó con un hombre que, calzado con grandes polainas de cuero, una trompa de caza y la carabina cruzadas por encima de la blusa y un látigo en la mano, andaba de prisa y con visible mal humor.

Sin duda, era algún picador que acompañaba a las dos jóvenes, por lo que nuestro desconocido, poniendo la cara tan risueña como le fue posible:

—Amigo mío —preguntóle—, ¿buscáis a dos señoritas, montadas una en un caballo castaño y .otra en una yegua rodada?

—En primer lugar —contestó ásperamente el hombre de la blusa—, yo no soy amigo vuestro, ni os conozco siquiera; después, no busco a dos señoritas, sino a mis perros que un imbécil ha desviado hace poco de las huellas de un lobo que perseguían, para hacerles seguir la pista de una liebre que el muy chambón acababa de errar.

El joven mordióse los labios.

El hombre de la blusa, en quien nuestros lectores habrán conocido, sin duda, a Juan Oullier, continuó:

—Sí, veía todo esto desde las alturas del Benate, de donde bajaba después del percance sufrido con nuestro animal, y de buena gana hubiera cedido mis derechos a la prima que el señor marqués me concede, por hallarme entonces al alcance de aquel mal educado.

Aquel a quien estaba hablando no juzgó del caso vindicar al final de esta escena los ultrajes que desde su principio le había hecho con sus calificativos, y de todo el apostrofe de Juan Oullier, que dejaba pasar como si nada tuviese que contestarle, no recogió más que una palabra.

—¡Ah! —dijo—, ¿estáis al servicio del señor de Souday?

Juan Oullier miró de reojo a su malhadado interlocutor.

—Estoy a mí propio servicio —replicó—; guío los perros del marqués, y nada más; y esto tanto por mi propio gusto como por el suyo.

—Pues, señor —dijo el joven como hablándose a sí mismo—, en seis meses que hace que he vuelto a casa de mi madre, no había oído decir que el marqués de Souday fuese casado.

—Pues yo os lo hago saber, y si tenéis algo que replicar a ello, os enseñaré también otra cosa, ¿lo oís?

Y luego de haber pronunciado estas palabras con un acento amenazador, en que el joven pareció no reparar, Juan Oullier, sin cuidarse más de la disposición de ánimo en que le dejaba, volvió la espalda y puso fin a la conversación, emprendiendo nuevamente el camino de Machecoul.

Cuando hubo quedado solo, el desconocido dio algunos pasos más por el sendero que había tomado al separarse de las dos gemelas, y volviendo luego a la izquierda, entró en un campo en que se veía un aldeano guiando el arado.

Aquel aldeano, que podía contar unos cuarenta años, se distinguía de los potevinos, sus compatriotas, por el semblante ladino y astuto peculiar de los normandos; tenía el color encendido y la mirada era viva y penetrante, pareciendo constantemente ocupado en disminuir su audacia por medio de un pestañeo continuo, con lo cual creía indudablemente dar a su fisonomía la expresión de imbecilidad o cuando menos de bondad natural que aleja toda desconfianza; pero su picaresca boca, cuyos extremos se hundían de un modo muy pronunciado a imitación de la del dios Pan, revelaba, a despecho de sus esfuerzos, una astucia de las más refinadas.

Aun cuando el joven se dirigía visiblemente hacia él, el aldeano no suspendió su trabajo, pues conocía perfectamente el esfuerzo que en caso contrario deberían hacer los caballos para proseguir su interrumpida tarea en aquella tierra fuerte y arcillosa. Así, pues, siguió sosteniendo la reja, y sólo cuando, llegado al extremo del surco, hubo hecho dar la vuelta a la yunta y tuvo el arado en disposición de emprender otra vez su labor, sólo entonces, repetimos, se mostró dispuesto a entablar conversación con el recién llegado, en tanto que los caballos descansaban.

—¡Qué tal! —le dijo con acento casi familiar— ¿se ha cazado mucho, señor Michel?

El joven desprendió de sus hombros el morral, y, sin responder una palabra, la dejó caer a los pies del aldeano, que a través del espeso tejido de la red pudo descubrir el pelo amarillento y sedoso de la liebre.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó—, ¡un capuchino! bien se ve que no perdéis el tiempo, señor Michel.

Y diciendo esto, sacó la liebre del morral, la examinó como hombre conocedor, y le apretó ligeramente el vientre, como si en punto a su conservación no se hubiese fiado por completo de las precauciones que podía haber tomado un cazador tan joven e inexperto como parecía ser su interlocutor.

—¡Voto al chápuro! —exclamó luego de haberla examinado atentamente—, lo que menos vale son tres francos y medio; ¿sabéis, señor Michel, que ha sido un golpe maestro, y que, sin duda, debe haberos parecido mejor perseguir las liebres que leer vuestros libracos, como lo hacíais cuando os he visto hace una hora?

—No, por cierto, Courtin —respondió el joven—; prefiero mis libros a vuestra escopeta.

—Tal vez tengáis razón, señor Michel —dijo Courtin, por cuyo rostro pasó una ligera sombra de descontento—, y acaso le hubiera valido más a vuestro difunto padre pensar

como vos; pero, a pesar de todo, si en lugar de verme obligado a trabajar doce horas al día, tuviera una posición desahogada, no me contentaría con cazar de noche.

—Conque, ¿seguís cazando al acecho? —preguntó el joven.

—Sí, de vez en cuando, para distraerme.

—Algún día tendréis un disgusto con los gendarmes.

—¡Bah! los gendarmes son unos haraganes, y se levantan demasiado tarde para atraparme.

Luego, dando a su rostro toda la expresión de astucia que de ordinario trataba de disimular:

—Yo lo entiendo más que ellos —dijo—; en toda la comarca no hay más que un Courtin, y el único medio para impedirme que cazara al acecho, sería hacerme guarda como a Juan Oullier.

Pero el señor Michel no respondió a esta proposición indirecta, y como ignoraba quién era Juan Oullier, se limitó a alargar la escopeta al aldeano, diciéndole:

—Aquí tenéis vuestra escopeta, Courtin; os agradezco me la hayáis prestado, pues vuestra intención era buena y no tenéis la culpa de que la caza no me divierta como a los demás.

—Es preciso ir tomándole el gusto poco a poco, señor Michel; los mejores perros son los que lo demuestran mas tarde, y he oído decir a algunos sujetos que se comen treinta docenas de ostras para almorzar, que hasta la edad de veinte años no las podían ver siquiera. Salid del castillo con un libro en la mano, como habéis hecho esta mañana, pues de esta manera nada sospechará la señora baronesa; venid a buscarme en mi campo, mi escopeta estará siempre a vuestra disposición, y si el trabajo no urge mucho, os batiré los matorrales; mientras tanto voy a guardar la escopeta en el armero.

El armero de Courtin no era otro que el vallado que separaba su campo del inmediato.

Deslizó en él la escopeta, ocultándola entre las hierbas, y enderezó las zarzas y los espinos de modo que la hicieran invisible a las miradas de los transeúntes al propio tiempo que la resguardaran de la lluvia y de la humedad dos cosas que, por otra parte, no preocuparan a todo buen cazador mientras haya cabos de vela y pedazos de lienzo.

—Courtin —dijo el señor Michel, aparentando la mayor indiferencia—, ¿sabíais que el señor de Souday fuese casado?

—No, por cierto —repuso el aldeano—; no lo sabía.

La aparente ingenuidad de éste engañó al joven, que prosiguió:

—¿Y que tuviese dos hijas?

Courtin, que daba la última mano a su operación entrelazando algunas zarzas rebeldes, alzó vivamente la cabeza y miró con una fijeza tal a su interlocutor, que aun cuando éste le había dirigido aquella pregunta guiado solo por una vaga curiosidad, no pudo menos de ponerse colorado como una cereza.

—¿Habéis encontrado a las Lobas? —pregunto Courtin—; en efecto, he oído la bocina del antiguo chuán.

—¿A quién dais el nombre de Lobas? —pregunto Michel.

—¡Toma! a las bastardas del marqués.

—¿Llamáis las Lobas a aquellas dos jóvenes?

—¡Diablo! así es como las llaman en toda la comarca, sólo que, como vos hace poco que

habéis llegado de París, no podéis saberlo.

La grosería con que Courtin se expresaba al hablar de las dos gemelas, afectó de tal modo al tímido joven, que, sin saber por qué, contestó mintiendo.

—No —dijo—, no las he encontrado.

Por el modo como pronunció estas palabras, Courtin dudó de su veracidad.

—Tanto peor para vos —repuso—, porque son dos jóvenes que da gozo verlas.

Luego, mirando al joven con su acostumbrado pestañeo:

—Dicen —añadió—, que les gusta demasiado reír; pero esto es siempre una buena circunstancia, ¿no es cierto, señor Michel?

Sin que pudiera explicarse la verdadera causa de aquella sensación, el joven sintió que el corazón se le oprimía al oír la indulgencia insultante con que el grosero aldeano hablaba de las dos encantadoras Amazonas, de las cuales él se había separado con un sentimiento de profunda admiración y agradecimiento.

Su malhumor se reflejó en su fisonomía.

Courtin no dudó ya que el señor Michel había encontrado a las Lobas, como él las llamaba, y la negativa de aquel encuentro le hizo ir acerca de sus resultados mucho más lejos de la realidad.

Algunas horas antes, el señor de Souday se hallaba en los alrededores de la Logerie, y como Berta y María abandonaban raramente a su padre cuando éste iba a cazar, le pareció más que probable que el joven las hubiese visto. Acaso había hecho más que verlas: quizás había hablado con ellas, y gracias a la opinión de que gozaban en la comarca las dos hermanas, una conversación con las señoritas de Souday no podía ser otra cosa que el principio de una intriga.

De deducción en deducción, Courtin, que era hombre lógico, acabó por deducir que tal era la situación de su joven amo.

Llamamos así a Michel, porque aquél beneficiaba uno de sus campos.

Pero a Courtin no le convenía el oficio de labrador, sino que ambicionaba el empleo de guarda particular del señor Michel, y debido a esto, el astuto aldeano procuraba por todos los medios posibles establecer una solidaridad cualquiera entre él y su amo.

Habiendo fracasado cuando trató de inducir a éste a desobedecer las órdenes de su madre relativas a la caza, y pareciéndole muy útil para sus intereses y su ambición entrar en el secreto de sus amores, trató de ganar el terreno perdido, desde el instante que por las muestras de desagrado que advirtió en el rostro del señor Michel comprendió que había ido desacertado al hacerse eco de la maledicencia general acerca de las dos Amazonas.

Ya hemos visto cómo modificó la mala opinión que principió manifestando acerca de éstas, y siguiendo la misma táctica:

—Por otra parte —añadió con toda la ingenuidad de que era capaz—, siempre se exagera, sobre todo cuando se trata de dos jóvenes hermosas; la señorita Berta y la señorita María...

—¿Se llaman Berta y María? —preguntó, interrumpiéndole, el joven.

—Sí; la señorita Berta es la morena, y la señorita María la rubia.

Y mirando al señor Michel con toda la perspicacia de que era capaz, creyó observar que al oír el nombre de María el joven se había sonrojado ligeramente.

—Decía, pues —prosiguió el aldeano—, que a la señorita María y a la señorita Berta les

gustan mucho la caza, los perros y los caballos; pero esto no es una razón para que dejen de ser honradas, pues las misas que decía el difunto cura de la Benate, que era un gran cazador, aprovechaban lo mismo que las otras, aunque tuviera el perro en la sacristía y la escopeta debajo del altar.

—El caso es —replicó Michel, olvidando que contradecía su primer aserto—, el caso es que parecen muy amables y bondadosas, sobre todo María.

—Y lo son, en efecto, señor Michel; cuando el año pasado la comarca se vio contagiada por aquella especie de calenturas, debidas a los pantanos, que causaron la muerte a tantos desgraciados, ¿quién asistió a los enfermos, sin moverse de su lado, siendo así que los médicos, los boticarios y hasta los albéitares habían huido todos? Las Lobas, como se han empeñado en llamarlas. ¡Ah! ellas no practican la caridad a son de trompeta, sino que visitan ocultamente las casas de los desgraciados; siembran limosnas y recogen bendiciones, y por esto si los ricos las aborrecen y los nobles tienen celos de ellas, puede decirse, sin reparo, que los pobres están en su favor.

—Siendo así, ¿cuál es la causa de que se las tenga en tan mala opinión?

—Esto no se sabe ni nadie se preocupa de averiguarlo. Los hombres, salva la comparación, son como los pájaros, que cuando uno está enfermo todos van a arrancarle las plumas. De cualquier modo, lo cierto es que los de su clase les vuelven la espalda y son los primeros en despreciarlas; y si no, aquí tenéis a vuestra mamá, por ejemplo, que, a pesar de ser muy buena, estoy seguro de que, si la hablaseis de ellas os diría, como todo el mundo, que son unas perdidas.

A pesar del completo cambio operado por Courtin, el señor Michel no parecía dispuesto a entrar en una conversación más íntima; y como aquél, por su parte, creyó que por entonces bastaba lo dicho para preparar la intimidad que anhelaba, viendo que su amo se disponía a marcharse, le acompañó hasta el extremo de su campo.

Entonces, pudo observar que sus miradas se dirigían frecuentemente hacia el lado de donde se destacaba la sombría masa del bosque de Machecoul.

VIII

LA BARONESA DE LA LOGERIE

Abría Courtin respetuosamente la barrera móvil que cerraba su campo para que pasara su amo, cuando se dejó oír detrás del seto una voz femenina que llamaba a Michel.

Al oírla, estremeciéndose éste y se detuvo.

Inmediatamente, la persona que le había llamado apareció delante de la escalera que servía de comunicación entre el campo de Courtin y el inmediato.

Era ésta una señora, cuyo retrato trataremos de hacer a nuestros lectores: podía tener de cuarenta a cuarenta y cinco años; su rostro carecía de expresión, y su único rasgo característico era una altanería estudiada, que contrastaba con su aspecto vulgar; era de baja estatura y regordeta; llevaba un vestido de seda, rico en demasía para ir por el campo, e iba tan compuesta, que, a no ser por su sombrero, cuya batista cruda y flotante le caía sobre la cara y el cuello, hubiera podido creerse que venía de hacer alguna visita en la Chaussée-d'Antin o en el arrabal de San Honorato.

—¡Cómo! —exclamó—, ¿estás aquí, Michel? En verdad que eres muy poco razonable y no tienes a tu madre las consideraciones debida, pues hace más de una hora que la campana del castillo te ha llamado para comer, y, no obstante saber cuan enemiga soy de que me hagan aguardar y cuánto me gusta el arreglo en la comida, te encuentro hablando tranquilamente con ese aldeano.

Michel trató de balbucear una disculpa; pero casi al mismo instante su madre descubrió lo que Courtin no había visto o había aparentado no ver, esto es, que la cabeza del joven se hallaba ceñida con un pañuelo lleno de manchas de sangre, que las anchas alas de su sombrero de paja no lograban ocultar por completo.

—¡Dios mío! —exclamó, levantando la voz, ya de por sí bastante fuerte—; estás herido. ¿Qué te ha sucedido? Habla, desdichado... ¿No ves que me estoy muriendo de inquietud? Y subiendo la escalera con una impaciencia y sobre todo con una rapidez que no hubiera podido esperarse en su edad ni de su corpulencia, se acercó al joven y le quitó el sombrero y el pañuelo, antes que aquél pudiera oponerse a ello.

Renovada la herida al arrancarle aquella especie de vendaje, empezó a sangrar de nuevo.

El señor Michel, como le llamaba Courtin, estaba tan distante de esperar aquel pronto desenlace, que quedó cortado y sin saber qué contestar; pero el astuto aldeano conoció en la turbación del joven que, si bien éste no quería confesar a su madre su desobediencia, vacilaba, no obstante, en mentir, para disculparse, y como por su parte no tenía los mismos escrúpulos, acudió en su auxilio, cargando resueltamente su conciencia con el pecado que su amo no osaba cometer.

—La señora baronesa no debe asustarse —dijo—; eso no es nada, absolutamente nada.

—Pero, en fin, ¿cómo ha sucedido? Decídmelo vos, Courtin, ya que el caballerito se obstina en no contestarme.

En efecto, el joven seguía guardando silencio.

—Vais a saberlo, señora baronesa —repuso Courtin—: tenía aquí un haz de escamondaduras que pesaba demasiado para cargármelo en hombros yo solo, el señor Michel ha tenido la bondad de ayudarme, y una maldita rama le ha hecho en la frente ese

arañazo que veis.

—Es que pasa de arañazo, y hubierais podido saltarle un ojo. Otra vez, haceos ayudar por vuestros iguales, pues además del daño que podíais causar a este pobre niño, lo que habéis hecho es una gran inconveniencia.

Courtin bajó humildemente la cabeza, como si conociese toda la gravedad de su falta; pero esto no fue un obstáculo para reparar en el morral, que había quedado sobre el césped, ni para dar un puntapié diestramente calculado, que le envió a hacer compañía a la escopeta oculta en el seto.

—Vámonos, Michel —dijo la baronesa cuyo malhumor— no parecía haberse calmado a pesar de la sumisión del aldeano—; vámonos y haremos que el médico reconozca tu herida.

Y volviéndose, después de haber dado algunos pasos:

—A propósito, Courtin —dijo—, todavía no habéis pagado la pensión que vencía el día de San Juan, y, sin embargo, vuestro arrendamiento expira por la Pascua; acordaos de ello, porque estoy decidida a no tener arrendatarios que dejen de cumplir exactamente sus compromisos.

El semblante de Courtin se puso aún más lastimoso de lo que era algunos minutos antes; pero se serenó cuando el joven, aprovechando el instante en que su madre atravesaba el seto con mucha mayor dificultad que la vez primera, le dijo en voz baja estas dos palabras:

—Hasta mañana.

Así es que, a pesar de la amenaza que la baronesa acababa de dirigirle, tomó otra vez el arado y se puso a trabajar alegremente mientras sus amos se encaminaban al castillo, y durante todo el resto de la tarde animó a sus caballos cantándoles *La Parisiense*, himno patriótico que en aquella época estaba muy de moda.

Mientras Courtin lo está cantando con gran contentamiento de su yunta, digamos algunas palabras sobre la familia Michel.

La baronesa era viuda de uno de los varios negociantes que habían sabido hacer a costas del Estado una fortuna rápida y considerable, abasteciendo a los ejércitos imperiales, y a los que designaban los soldados con el apodo expresivo y característico de *Arroz, pan y sal*.

Este negociante se llamaba Michel y era oriundo del departamento de Mayena, hijo de un pobre labrador y sobrino de un dómine de aldea, que añadiendo algunas nociones de aritmética a las lecciones de lectura y escritura que daba gratuitamente, decidió del porvenir de su sobrino.

Habiéndole tocado la suerte de soldado en la primera quinta de 1791, el aldeano Michel llegó a la 22ª media brigada con muy poco entusiasmo; y es que aquel hombre que con el tiempo debía llegar a ser un distinguido calculista, había medido ya las probabilidades que tenía de morir o llegar a ser general. Como el resultado de este cálculo no le había satisfecho del todo, hizo valer con mucha destreza su hermoso carácter de letra, logrando que le incorporasen a las oficinas del cuartel general, por cuyo favor se mostró más satisfecho de lo que hubiera estado otro al obtener un ascenso.

Allí fue donde Michel hizo las campañas de 1792 y 1793; pero a mediados de este último año el general Rossignol, enviado a la Vendée para pacificarla o destruirla, se puso casualmente en contacto con él en las oficinas, y habiendo sabido que era natural de aquel país y que todos sus amigos se hallaban en las filas de los vendeanos, procuró utilizar

aquella circunstancia providencial. Al efecto, hizo conceder a Michel la licencia absoluta, y le mandó a su casa con la única condición de que se alistara en las filas de los chuanes y, de vez en cuando, hiciera por él lo que el señor de Maurepas había hecho por Luis XVI, es decir, que le enterase de cuanto sucediera.

Michel, que había reportado grandes beneficios pecuniarios de este compromiso, lo cumplió con escrupulosa fidelidad, no sólo con el general Rossignol, sino también con sus sucesores; y se hallaba en lo más seguido de aquella correspondencia histórica con los generales republicanos, cuando Travot fue enviado a la Vendée.

Nuestros lectores saben ya cuáles fueron los resultados de las operaciones de este general, pues han sido objeto de uno de los primeros capítulos de este libro, por cuya razón nos limitaremos a resumirlos aquí.

El ejército vendeano había sido derrotado, Jolly muerto, Couetus caído en un lazo que le tendió un traidor cuyo nombre quedó oculto para siempre, y por último Charrette, hecho prisionero en el bosque de la Chabotterie y fusilado en la plaza de Viarme, en Nantes.

¿Qué papel desempeñó Michel en las peripecias sucesivas de aquel terrible drama? Esto es lo que acaso sabremos más adelante; lo cierto es que, algún tiempo después de haber tenido lugar aquel sangriento episodio, Michel, recomendado siempre por su hermosa letra y su infalible aritmética, entraba en calidad de dependiente en el escritorio de un famoso asentista, donde hizo una rápida carrera.

En 1805, le hallamos suministrando por cuenta propia parte de las fornitureas del ejército de Alemania.

En 1806, sus zapatos y sus polainas tomaron una parte activa en la heroica campaña de Prusia.

En 1809, obtuvo todo el suministro del ejército, que entraba en España.

En 1810, contrajo matrimonio con la hija única de uno de sus colegas, doblando de este modo su fortuna y alargando al propio tiempo su nombre, lo que en aquella época constituía la principal ambición de cuantos tenían un apellido plebeyo.

He aquí cómo se verificó esta adición tan ambicionada.

El suegro del señor Michel se llamaba Bautista Dulaud, era del lugar de la Logerie, y para distinguirse de otro Dulaud, con quien se había encontrado muchas veces, hacía llamar Dulaud de La Logerie. Tal era, por lo menos, el pretexto que para ello daba.

Dulaud había hecho educar a su hija en uno de los mejores colegios de París, en el cual la habían inscrito al ingresar con el nombre de Estefanía Dulaud de La Logerie.

Casado con la hija de su colega, le pareció a Michel que el nombre de su mujer sentaría bien al final del suyo, y se hizo llamar Michel de La Logerie.

Por último, durante la Restauración un título del Santo Imperio, adquirido a peso de oro, le permitió llamarse el barón Michel de La Logerie, pasando de esta manera a ocupar un puesto en la aristocracia del dinero y en la de la sangre.

Algunos años después de haber regresado los Borbones, es decir, en 1819 ó 1820, falleció el señor Bautista Dulaud dejando a su hija, y por consiguiente a su yerno, su hacienda de La Logerie, que, como ha podido comprenderse por los pormenores referidos en los capítulos precedentes, se hallaba situada a cinco o seis leguas del bosque de Machecoul.

El señor barón decidió ir a tomar posesión de su hacienda.

Era hombre de talento y deseaba sentarse en la Cámara, lo que sólo podía lograr siendo elegido; y como su elección dependía de la popularidad de que gozase en el departamento

del Loira Inferior, trató desde aquel instante de adquirirla.

Aldeano por nacimiento, y habiendo vivido con ellos hasta la edad de veinticinco años, a excepción de los dos o tres que pasó en la oficina, sabía cómo debía obrar para captarse las simpatías de los lugareños y hacerse perdonar la ventura que disfrutaba.

Así, pues, estrechó amistosamente la mano a algunos de sus compañeros en las pasadas guerras de la Vendée a quienes encontró allí; habló con los ojos arrasados de lágrimas del pobre Jolly, del buen Couetus y del apreciable Charrette; informöse de las necesidades de la población, que no conocía; hizo construir un puente que estableció importantes comunicaciones entre el departamento del Loira Inferior y el de la Vendée; costeó el arreglo de tres caminos vecinales y ordenó reconstruir una iglesia; dotó un hospicio de huérfanos y un hospital de ancianos; recogió muchas bendiciones, y se complació tanto con aquel papel de patriarca que había tomado a su cargo, que anunció que, en adelante, sólo pasaría seis meses en la capital, permaneciendo los seis restantes en el castillo de La Logerie.

Su esposa, que se había quedado en París, no explicándose la desmedida afición al campo que se había apoderado de él, le escribía una carta tras otra para apresurar su regreso, hasta que al fin el barón Michel, cediendo a sus ruegos, decidió que aquél tendría lugar el lunes siguiente, pues el domingo debía llevarse a cabo una gran batida de lobos en los montes de la Pauvraire y en el bosque de los grandes arenales, que estaban infestados por aquellos animales.

Era una nueva obra filantrópica que llevaba a cabo el barón de La Logerie.

Éste siguió desempeñando en aquella batida su papel de rico generoso; hizo seguir la comitiva por dos carretas cargadas con otras tantas barricas de vino, del cual podían beber cuantos quisieran; dispuso para el regreso unas verdaderas bodas de Camacho, a las que convidó a dos o tres aldeas enteras; rehusó el puesto de honor que le habían ofrecido en la batida; se obstinó en que la suerte decidiera cuál había de ocupar, como si se tratara del más humilde cazador, y habiéndole tocado el extremo de la línea, aceptó su mala suerte con un buen humor que dejó encantado a todo el mundo.

La batida fue magnífica; de cada cerca salían animales; de cada línea brotaba un fuego tan nutrido, que hubiera podido creerse que era una guerrilla; y en breve los lobos y jabalíes comenzaron a amontonarse en las carretas al lado de las barricas del barón, sin contar la caza de contrabando, tal como liebres y corzos, que se mataron en aquella batida como en todas con el pretexto de destruir los animales dañinos, y que los cazadores ocultaron discretamente con el propósito de ir a buscarlos cuando hubiese anochecido.

Fue tal la embriaguez producida por el buen éxito de la jornada, que hizo olvidar al héroe de ésta, de modo que sólo después de los últimos ojeos advirtieron que el barón Michel no había vuelto a aparecer desde la mañana. Preguntaron por él, pero nadie le había vuelto a ver desde que la suerte le envió al extremo de la línea, y todos creyeron que, cansado de aquella diversión, o llevando hasta el último grado su solicitud para con sus huéspedes, habría vuelto a la pequeña ciudad de Legé, donde por orden suya, se había dispuesto la comida.

Pero, al llegar los cazadores a Legé, no le hallaron; algunos, más indiferentes que los demás, se sentaron a la mesa; pero cinco o seis, atormentados por funestos presentimientos, volvieron a los montes de la Pauvraire y salieron en su busca provistos de antorchas y linternas.

Por último, después de dos horas de investigaciones infructuosas, le encontraron cadáver

en la zanja de la segunda cerca que habían batido.

Una bala le había atravesado el corazón.

Esta muerte dio mucho que hablar; el tribunal de Nantes instruyó la causa; capturóse al cazador colocado inmediatamente después del barón, pero declaró que, alejado ciento cincuenta pasos de éste y separado de él por un ángulo del bosque, nada había visto ni oído; probóse, además, que el aldeano encausado no había descargado su escopeta en todo el día, y, por último, desde el sitio en que se hallaba colocado, el cazador sólo podía herir a la víctima en el lado derecho, y Michel por el izquierdo.

En consecuencia, la causa se dio por sobreseída, atribuyéndose a la casualidad la muerte del barón, y suponiéndose que una bala perdida, como sucede con bastante frecuencia en las cacerías, le había alcanzado, sin mala intención por parte del cazador que la disparó.

Sin embargo, corrió por la comarca un vago rumor suponiendo que la muerte del barón obedecía a una venganza. Decíase, pero en voz muy baja, como si cada mata de retama hubiese podido ocultar la escopeta de un chuán, decíase que alguno de los antiguos soldados de Jolly, de Couetus y de Charrette, había hecho expiar al desgraciado negociante su traición y la muerte de aquellos tres esclarecidos jefes; pero eran harto numerosas las personas interesadas en el secreto, para que pudiese formularse nunca una acusación directa.

Así, pues, la baronesa Michel quedó viuda con un hijo.

La baronesa era una de esas mujeres de virtudes negativas, que tanto abundan en el mundo, sin tener el menor vicio ni conocer remotamente ninguna pasión. Uncida al yugo del matrimonio a la edad de diecisiete años, había seguido la senda conyugal, sin desviarse a uno ni a otro lado, ni pensar siquiera que pudiese existir otro camino, y cuando se vio desembarazada del yugo, tuvo miedo de su libertad, e instintivamente buscó nuevas cadenas. Encontrólas en una devoción exagerada, y como todas las inteligencias limitadas, empezó a vegetar en una devoción falsa, exagerada, y, no obstante, concienzuda.

La baronesa Michel se creía nada menos que una santa. Asistía a los oficios divinos, observaba las vigiliass, cumplía los preceptos de la Iglesia, y si le hubiesen dicho que, a despecho de todo esto, pecaba siete veces al día, no hubiera podido menos de asombrarse. Sin embargo, nada era más cierto, pues bastaba acusar su humildad para sorprenderla a cualquier hora del día en fragante desobediencia a los preceptos del Salvador del mundo, porque, por injustificado que fuese, llevaba hasta la locura el orgullo que su nobleza le inspiraba.

Tal era el motivo por que el artero aldeano, que sin el menor cumplido había llamado al hijo, señor Michel, no había dejado de dar ni una sola vez a la ir adre el tratamiento de baronesa.

Como era natural, la señora de La Logerie odiaba el mundo y el siglo y no leía en los periódicos un solo extracto de las causas instruidas por el tribunal de policía correccional, que no acusase a ambos, mundo y siglo, de la inmoralidad más abyecta. Según ella, la edad de fuego databa de 1800, por cuya razón su mayor cuidado había sido preservar a su hijo del contagio de las ideas del día, educándole lejos del mundo y de sus riesgos. Jamás quiso oír hablar de educación pública; hasta los establecimientos de los jesuitas le parecieron sospechosos por la facilidad con que aquellos Padres transigían con las obligaciones sociales de los jóvenes confiados a su cuidado; y si Michel recibió lecciones de algún extraño, al que fue necesario recurrir en cuanto a las ciencias y artes

indispensables a la educación de un joven, fue siempre en presencia de su madre y ajustándose a un programa aprobado por ésta, que quería dirigir por sí misma sus ideas, sus trabajos y, sobre todo, la parte moral de su educación.

Preciso fue que Dios hubiese dotado de una inteligencia muy privilegiada a aquel joven, para que saliese sano y salvo de la tortura a que durante diez años había estado sometido; y aunque salió de ella, fue, según se ha visto, careciendo de la fuerza y de la resolución que caracterizan al hombre, es decir, al representante de la inteligencia, de la resolución y de la fuerza.

IX

ALEGRO Y GALÓN DE ORO

Como Michel había temido desde un principio, fue severamente reprendido por su madre. Ésta no se había dejado engañar por la explicación de Courtin y se dio cuenta de que la herida de su hijo no era un arañazo hecho con un espino; pero, ignorando el interés que Michel podía tener en ocultarle la verdadera causa de ella, y convencida de que aun cuando le interrogase no lograría conocer la verdad, se contentaba con mirar de vez en cuando la misteriosa herida, moviendo la cabeza, dejando escapar un suspiro y arrugando su frente maternal.

El joven estuvo intranquilo durante toda la comida, bajando la vista y no comiendo casi; pero, preciso es decirlo, el incesante examen de su madre no era la única causa de su turbación.

Entre sus párpados bajos y la mirada de la baronesa, veía flotar constantemente como dos sombras.

Era el recuerdo de Berta y de María.

No podía menos de pensar en Berta con cierta impaciencia. ¿Quién era aquella amazona que manejaba la escopeta como pudiera hacerlo el mejor cazador, que vendaba las heridas como un cirujano, y que, cuando encontraba resistencia en el paciente, le retorció los brazos con sus manos blancas y delicadas cual hubiera podido hacerlo Juan Oullier con las suyas, robustas y callosas?

Pero al mismo tiempo, ¡cuán encantadora era María con sus cabellos rubios y sus hermosos ojos azules! ¡cuán dulce su voz, cuán persuasivo su acento! ¡con qué suavidad le había tocado la herida, limpiado la sangre y vendado la frente!

A decir verdad, Michel no lamentaba haberse herido cuando pensaba que sin esta circunstancia no habría podido esperar que las dos jóvenes le hablaran ni siquiera se ocuparan de él.

Cierto es que tenía que deplorar una cosa mucho más grave que la herida, cual era el mal humor que ésta había causado a la baronesa y las dudas que podía dejarle; pero el enojo de su madre se calmaría, mientras que nunca se borrarían de su corazón los pocos segundos que estuvo estrechando la mano de María.

Como todos los corazones que empiezan a amar, pero que dudan aún de su amor, nuestro joven necesitaba estar solo; en consecuencia, en cuanto hubo acabado de comer, aprovechando la ocasión en que su madre estaba hablando con un criado, se alejó sin oír lo que aquélla le decía, o mejor dicho, sin darse cuenta de sus palabras.

Sin embargo, éstas no carecían de importancia.

La baronesa de La Logerie prohibía a su hijo que se encaminara hacia la parte de San Cristóbal del Lignerón, donde, según acababa de referirle el criado, reinaban unas calenturas malignas, y disponía que se organizara un cordón sanitario en torno del castillo para que no pudiera entrar en él ningún habitante de la aldea infestada.

Esta última orden debía ejecutarse sin pérdida de tiempo respecto de una joven que se había presentado para pedir a la baronesa que socorriera a su padre, atacado de calenturas.

Si la preocupación de Michel no hubiera sido tan grande, seguramente le hubieran llamado la atención las palabras de su madre, porque el enfermo era el colono Tinguay, marido de su nodriza, y la que iba en busca de auxilio, su hermana de leche Rosina, a la cual conservaba un cariñoso afecto; pero en aquel instante todas sus miradas se dirigían al castillo de Souday, y no pensaba más que en la encantadora *Loba* llamada María.

En breve llegó a perderse en la parte más profunda y espesa del parque; y aunque aparentó leer hasta llegar al extremo de la arboleda, si le hubiesen preguntado el título del libro que tenía en la mano, sin duda se habría visto apurado para contestar.

Cuando hubo llegado allí, se sentó en un banco y se puso a reflexionar.

¿En qué estaba pensando?

La respuesta no es difícil.

¿Cómo volvería a ver a María y a su hermana?

La casualidad le había favorecido haciendo que las encontrara por primera vez; pero esto no aconteció hasta seis meses después de haber regresado él al castillo, y en el estado en que se hallaba su corazón, no podía exponerse a tener que aguardar otro tanto tiempo.

Ponerse en relaciones con el castillo de Souday no era cosa fácil, pues no mediaba la mayor simpatía entre el marqués, emigrado de 1790, y el barón Michel de La Logerie, noble del Imperio.

En cuanto a Juan Oullier, en las pocas palabras que había dicho al joven, no le había dejado entrever grandes deseos de trabar conocimiento con él.

Quedaban las dos hermanas, que le habían manifestado cierto interés, brusco por parte de Berta y cariñoso por la de María; pero ¿cómo llegar hasta ellas, que aun cuando cazaban dos o tres veces cada semana, no obstante lo hacían siempre en compañía de Juan Oullier?

Michel se prometía leer todas las novelas que encontrara en la biblioteca del castillo, esperando descubrir en ellas algún ingenioso medio, que desconfiaba de hallar si se reducía a sus propias inspiraciones, cuando sintió que le tocaban suavemente en el hombro. Volvióse estremecido.

Era Courtin, cuya cara manifestaba una satisfacción que no se tomaba el trabajo de ocultar.

—Perdonad, señor Michel —dijo el colono—, pero, viendo que estabais inmóvil como un tronco, he creído que era vuestra estatua la que tenía delante.

—Y, no obstante, ya veis que soy yo mismo.

—De lo cual me alegro mucho, porque deseaba saber cómo habíais quedado con vuestra señora madre.

—Me ha regañado un poco.

—Ya me lo figuro; ¿Le habéis hablado de la liebre?

—Me he guardado muy bien de tal cosa.

—¿Y de las Lobas?

—¿De qué Lobas? —preguntó él joven, a quien no disgustaba dar aquel giro a la conversación.

—De las Lobas de Machecoul; me parece que ya os he dicho que éste era el nombre que daban a las señoritas de Souday.

—Mucho menos, como podéis comprender, pues creo que los Souday y los Logerie no

hacen buenas migas.

—Lo cual no será un obstáculo —repuso Courtin con el aire picaresco que no siempre era dueño de disimular a pesar de sus esfuerzos—, para que podáis cazar con sus perros siempre que os plazca.

—¿Qué queréis decir?

—Mirad —prosiguió Courtin, tirando hacia sí y haciendo entrar hasta cierto punto en escena dos sabuesos atraillados.

—¿Qué es esto?

—¡Toma! *Galón de oro y Alegre*.

—Pero ¿quiénes son *Galón de oro y Alegre*?

—Los perros de ese truhán de Juan Oullier.

—Y ¿por qué os habéis apoderado de ellos?

—Es que no se los he tomado; no he hecho más que embargárselos.

—¿Con qué derecho?

—Con dos: como propietario y como corregidor.

Debemos hacer constar que Courtin era corregidor del lugar de La Logerie, compuesto de unas veinte casas, y que estaba muy orgulloso con aquel título.

—¿Queréis explicarme vuestros derechos, Courtin?

—En primer término, los confisco como corregidor porque cazan en tiempo de veda.

—No sabía que hubiese veda para cazar lobos; y como el señor de Souday es montero mayor...

—Conforme; si es montero mayor, que cace los lobos en el bosque de Machecoul y no en la llanura; además —agregó Courtin con su maliciosa sonrisa—, ya habéis visto que lo que perseguían era una liebre, y que ésta la ha matado una de las Lobas.

El joven estuvo a punto de decir a Courtin cuanto le desagradaba que diese a las señoritas de Souday el apodo de Lobas, y que le suplicaba se abstuviera de hacerlo en lo sucesivo; pero no se atrevió a formular su pensamiento tan claramente.

—La señorita Berta la ha matado —dijo—; pero yo soy el único culpable, porque le había tirado y herido antes.

—¡Bueno! ¡bueno! ¿Cómo entendéis esto? ¿Acaso le hubierais tirado si no la hubiesen levantado los perros? En consecuencia, éstos tienen la culpa de que vos le hirierais y la matase la señorita Berta, y por esto, en mi calidad de corregidor los castigos de que, so pretexto de perseguir a los lobos, hayan cazado una liebre. Pero no es esto todo; luego de haberlos castigado como corregidor, lo hago como propietario, pues no les he dado permiso para que cacen en mis tierras.

—¿En vuestras tierras, Courtin? —dijo Michel lanzando una carcajada—; me parece que os equivocáis y que es en las mías, o mejor, en las de mi madre, donde estaban cazando.

—Es lo mismo, señor barón, supuesto que las tengo arrendadas; por otra parte, ya no nos hallamos antes de mil setecientos ochenta y nueve, en que los señores tenían derecho de pasar con sus jaurías a través de los sembrados de los aldeanos, destrozándolos, sin indemnizarles. No, señor Michel, ya estamos en mil ochocientos treinta y dos; cada cual es dueño de lo suyo, y la caza pertenece al que la mantiene; así, pues, toda vez que comía el trigo que he sembrado en las tierras de vuestra madre, yo soy quien debo comer la liebre cazada por los perros del marqués de Souday, herida por vos y matada por la Loba.

Michel hizo un movimiento que no pasó desapercibido a Courtin; pero no se atrevió a manifestar su desagrado.

—Lo que me admira —dijo el joven—, es que esos perros que tiran de la cuerda con toda su fuerza y que parecen seguiros con la mayor repugnancia, hayan dejado que les dierais alcance.

—¡Oh! —dijo Courtin—, no me ha costado ningún trabajo, pues cuando he vuelto de abriros la barrera a vos y a la señora baronesa, los he encontrado devorando la liebre que había ocultado en el seto, pues, según parece, en el castillo de Souday los dejan morir de hambre y cazan por cuenta propia. Mirad cómo han dejado *mi* liebre.

Y dichas estas palabras, sacó del bolsillo de la chupa el cuarto trasero de la liebre que constituía el cuerpo del delito.

La cabeza y el cuarto delantero habían desaparecido por completo.

—¡Cuando pienso que lo han hecho mientras iba a acompañaros! ¡Ah! —añadió Courtin dirigiéndose a los perros—, para que se me olvide será preciso que *nos* hagáis matar algunas otras.

—Permitidme que os haga una advertencia, Courtin —observó el barón.

—Hablad sin el menor reparo.

—Como corregidor que sois, debéis respetar doblemente la legalidad.

—La tengo grabada en el corazón: libertad, legalidad, orden público, ¿por ventura, no habéis visto estas tres palabras escritas sobre la puerta del corregimiento?

—Razón de más para que os diga que lo que hacéis no es legal y redundante en perjuicio de la libertad y del orden público.

—¡Cómo!— exclamó Courtin—, ¿acaso los perros de las *Lobas* no perturban el orden público cazando en mis tierras en tiempo de veda, y no soy libre de embargarlos?

—No perturban el orden público, Courtin, sino que lastiman intereses privados, y, por consiguiente, no tenéis derecho de embargarlos y sí solamente de instruir una sumaria.

—¡Ah! esto es demasiado largo, y si hemos de dejar que los perros cacen y contentarnos con instruirles sumarias, no deberemos decir que los hombres son libres, sino los perros.

—Courtin —replicó el joven con la gravedad propia del que ha ojeado el Código—, incurris en un error muy común, confundiendo la libertad con la independencia: la independencia es la libertad de los hombres que no son libres, amigo mío.

—Entonces, ¿en qué consiste la libertad, señor Michel?

—La libertad, amigo Courtin, es el abandono de la independencia personal en provecho de todos; en este fondo general de independencia es donde los pueblos enteros y cada uno de los ciudadanos hallan su libertad; en una palabra, somos libres pero no independientes.

—Yo no entiendo esos distingos —dijo Courtin—; soy corregidor y propietario, tengo en mi poder los mejores perros del marqués, *Galón de oro* y *Alegro*, y no los suelto; que venga a buscarlos si quiere, y le preguntaré lo que va a hacer en las reuniones de Torfou y Montaigu.

—¿Qué queréis decir?

—Ya me entiendo.

—Pero yo no.

—Vos no necesitáis entenderme, puesto que no sois corregidor.

—Pero habito en el país y tengo interés en saber lo que sucede.

—Pues no es difícil verlo: sucede que los señores vuelven a conspirar.

—¿Los señores?

—Sí, los nobles... esos... Me callo, por más que vos no pertenecéis a esa nobleza.

Michel enrojeció hasta el blanco de los ojos.

—¿Decís que los nobles conspiran, Courtin?

—Si no fuese así, ¿por qué se reunirían de noche? Que se reúnan de día para comer y beber, santo y bueno, pues está permitido, y la autoridad nada tiene que ver en ello; pero cuando se reúnen de noche no puede ser con buena intención. Sin embargo, que se anden con cuidado, porque no les pierdo de vista, y si no tengo derecho para embargar los perros, lo tengo para mandar a los hombres a la cárcel; sé muy bien lo que el Código dispone acerca del particular.

—¿Y el señor de Souday frecuenta aquellas reuniones?

—Pues no faltaría más sino que dejase de frecuentarlas, un antiguo chuán, un ayudante de campo de Charrette; que venga a reclamarme sus perros, y le mandaré a Nantes con sus Lobas para que expliquen éstas lo que van a hacer de noche por los bosques.

—Pero —observó Michel con una vivacidad, acerca de cuya causa no era posible equivocarse—, vos mismo me habéis dicho que iban a socorrer a los pobres enfermos.

Courtin retrocedió un paso, y, señalando con el dedo a su amo, al mismo tiempo que le asomaba al rostro su acostumbrada sonrisa:

—¡Vaya —dijo—, ya os he atrapado!

—¡Cómo! —dijo el joven, ruborizándose.

—¡Os han robado el corazón!

—¿A mí?

—Sí, sí. ¡Oh! no os lo echo en cara; antes por el contrario, aunque sean *unas señoritas*, me guardaré muy bien de decir que no son guapas. Vaya, no os sonrojéis de esa manera, pues no salís del seminario, ni sois presbítero, ni diácono, ni vicario, sino un arrogante joven de veinte años. Seguid adelante, señor Michel, pues no dudo que les gustaréis, como ellas os gustan a vos...

—Pero, querido Courtin —dijo Michel—, aun cuando fuese éste mi propósito, que no lo es, ¿las conozco acaso? ¿Conozco al Marqués? ¿Basta haber encontrado a dos jóvenes a caballo para presentárseles?

—¡Ah! ¡ya lo entiendo! —dijo Courtin con aire de zumba—; no tienen un cuarto, pero hay que irles con muchos cumplidos: sería menester una ocasión, un motivo, un pretexto. Buscad, señor Michel, buscad; sois un sabio, habláis el latín y el griego, habéis estudiado leyes, y no podréis menos de hallarla.

Michel movió la cabeza.

—¡Ah! —dijo Courtin—, ¿lo habéis buscado ya en vano?

—No digo esto —respondió vivamente el Barón.

—Pero lo digo yo; a los cuarenta años no es uno tan viejo que no se acuerde de cuando tenía veinte.

Michel guardó silencio y quedó con la cabeza baja, conociendo que el aldeano tenía fija en él su mirada.

—Conque, ¿no habéis encontrado medio alguno? Pues bien, yo tengo ya uno.

—¿Vos? —exclamó vivamente el joven, volviendo a levantar la cabeza.

Pero inmediatamente, comprendiendo que acababa de revelar su más secreto pensamiento.

—¿Quién os ha dicho que quería ir al castillo? —dijo encogiéndose de hombros.

—He aquí en qué consiste este medio —prosiguió Courtin, como si su amo no hubiese tratado de negar el deseo que la animaba.

Michel aparentaba la mayor indiferencia, pero escuchaba atentamente.

—Figuraos que me decís: «Courtin, os equivocáis acerca de vuestros derechos; ni como corregidor ni como propietario, podéis embargar los perros del marqués de Souday; lo único que podéis hacer es reclamar una indemnización, y ésta la arreglaremos amigablemente entre los dos». A lo cual yo os respondo: «Con vos no quiero regatear, señor Michel, pues conozco vuestra generosidad». Entonces añadís: «Courtin, dadme los perros, y lo demás corre por mi cuenta». Oído esto: «Aquí tenéis los perros, os digo; respecto a la indemnización, ¡qué diantre! con una o dos amarillitas ya basta para ver la buena voluntad». En seguida escribís una esquelita al marqués diciéndole que habéis recogido sus perros, y para que no esté con cuidado, se los mandáis con Pelicofre o Comadreja, en vista de lo cual, no puede menos de daros las gracias e invitaros a que vayáis a verle, si es que no se los lleváis vos mismo, para mayor seguridad.

—Perfectamente, Courtin —dijo el Barón—; dadme los perros y se los mandaré al marqués, no para que me invite a que vaya al castillo, pues no hay una palabra de cierto en cuanto suponéis, sino porque debemos portarnos bien con los vecinos.

—De ese modo, haced cuenta que nada he dicho. Al fin y al cabo, lo mismo da, las señoritas de Souday son dos pimpollos; y en cuanto a la indemnización...

—Es muy justo —interrumpió sonriendo el barón—; tomad esto por los perjuicios que os han causado los perros pasando por mis tierras y comiéndose la mitad de la liebre que había matado Berta.

Y entregó al colono todo el dinero que llevaba, es decir, tres o cuatro luises.

Afortunadamente, no llevaba más, pues sentíase tan satisfecho de que Courtin hubiese encontrado el medio que él buscaba inútilmente, que, a tenerla en el bolsillo, le habría dado una cantidad diez veces mayor.

Courtin lanzó una ojeada al dinero para apreciar el importe de la *indemnización* que acababa de recibir, y se alejó después de haber puesto la trailla en manos del barón; pero aproximándose de nuevo cuando ya había dado algunos pasos:

—A pesar de todo —le dijo—, no os juntéis mucho con esas gentes, pues ya sabéis lo que os he contado de las reuniones que celebran en Torfou y Montaigu, y antes de que pasen quince días habrá alguna pelotera.

Y en seguida se alejó, tarareando la *Parisiense*, por cuyo himno sentía una afición verdadera.

El barón se quedó solo con los perros.

LA REALIDAD Y LAS HIPÓTESIS DEL BARÓN MICHEL

En un principio, el joven pensó seguir el consejo de Courtin, mandando los perros al castillo de Souday con Pelicofre o Comadreja, dos criados que se ocupaban indistintamente en los quehaceres domésticos y en las labores del campo, y que debían los apodos con que Courtin les había designado, el primero al color exagerado de su pelo, y el segundo a la semejanza de su rostro con el hocico del animal que ha servido a Lafontaine para representar la obesidad en una de sus más bonitas fábulas.

Pero, meditándolo mejor, había pensado que el marqués de Souday podría contentarse con darle sencillamente las gracias en una carta, sin dirigirle invitación alguna, y si, por desgracia, sucedía así, no sería fácil hallar otra ocasión como la que se habría perdido, pues éstas no se presentarían todos los días.

Si, por el contrario, llevaba él mismo los perros, era indudable que el marqués le recibiría, pues no se debe permitir que un vecino ande cinco o seis kilómetros para devolver en persona unos perros que se creían perdidos y a los que se tiene algún afecto, sin invitarle a entrar a descansar unos minutos, y hasta, si es tarde, a pasar la noche en el castillo.

Michel sacó el reloj; eran poco más de las seis.

Creemos haber dicho que la baronesa de La Logerie había conservado la costumbre de comer a las cuatro, y debíamos decir que la había tomado, pues en casa de su padre comían al mediodía.

El barón tenía tiempo de ir al castillo si se decidía a hacerlo; pero esto era una resolución un tanto atrevida, y ya hemos dicho a nuestros lectores que la decisión no era la virtud dominante en Michel.

En consecuencia, perdió un cuarto de hora vacilando; pero en los primeros días de mayo el sol no se pone hasta las ocho, y, por consiguiente, aún le quedaba una hora y media de sol.

Por otra parte, hasta las nueve podía presentarse en el castillo sin ser indiscreto.

Pero, ¿quién sabe si las jóvenes se habrían acostado temprano, cediendo a la fatiga consiguiente a un día de caza?

El barón no iba al castillo para ver al marqués de Souday, por quien no hubiera andado seguramente seis kilómetros, al paso que para ver a María le parecía que era capaz de andar cien leguas.

Decidióse, pues, a ponerse en marcha sin pérdida de momento.

Sólo entonces advirtió que no tenía sombrero; pero como para ir a buscarlo era preciso regresar al castillo y exponerse a encontrar a la baronesa, la cual no podría menos de preguntarle a dónde iba y de quién eran aquellos perros, le pareció mejor partir sin él, sobre todo cuando podía disculpar su falta con lo precipitado de su salida, o diciendo que el viento se lo arrebató o que una rama se lo hizo caer en un barranco, y que no pudo ir a buscarlo a causa de los perros.

El joven partió, pues, sin sombrero, llevando los perros atraillados.

Apenas había dado algunos pasos, dióse cuenta de que, para ir a Souday, no necesitaría

los setenta y cinco minutos que había creído; pues, en cuanto los perros hubieron reconocido el camino que les hacía seguir, lejos de tener que hostigarlos, se vio obligado a contenerlos.

Como husmeaban la perrera, tiraban con tanta fuerza de la cuerda, que si hubieran estado uncidos a un carruaje ligero, el barón habría andado el camino en media hora.

Yendo a pie y con su auxilio, emplearía en él tres cuartos de hora si andaba al trote largo, cuyo paso adoptó, pues la impaciencia de los perros igualaba a su suya.

Al cabo de veinte minutos, llegaba al bosque de Machecoul, que debía atravesar por el tercio de su anchura con objeto de adelantar camino.

Al entrar en el bosque fue preciso subir una cuesta algo rápida.

El barón la subió a paso gimnástico; pero al llegar a la cumbre necesitó respirar.

Como los perros habían respirado al propio tiempo que andaban, no sintieron la misma necesidad y manifestaron deseos de continuar su camino.

Su conductor se opuso a ello tirando hacia atrás, mientras que los perros tiraban hacia adelante.

Dos fuerzas iguales se destruyen, según los principios de mecánica, y por lo tanto, como el joven barón tenía una fuerza superior, hizo más que destruir la de los perros.

Cuando hubo logrado detenerlos, aprovechó aquel descanso para sacarse el pañuelo del bolsillo, y limpiarse el sudor que brotaba de su frente; y mientras lo hacía, gozando del agradable fresco de la tarde que iba a acariciar su rostro, creyó oír un grito que llegaba hasta él en alas del viento.

Galón de oro y Alegre lo oyeron también, y, contestándolo con el triste y prolongado aullido que dan los perros extraviados, comenzaron a tirar de la cuerda con toda su fuerza.

Su conductor había descansado y limpiándose la frente, y como ya no tenía motivo alguno que le hiciera oponerse al deseo que de volver a ponerse en marcha manifestaban *Galón de oro y Alegre*, volvió a tomar el trote corto.

Apenas habría andado trescientos pasos cuando se oyó un segundo grito, más cercano y, por consiguiente, más distinto que el primero, al que contestaron los perros con un aullido más prolongado y un esfuerzo mayor que la vez primera.

El joven comprendió que estaban buscando los perros y que los llamaban.

Medio kilómetro más adelante, dejóse oír por tercera vez el mismo grito, y entonces *Galón de oro y Alegre* tiraron de la cuerda con una fuerza tal, que, arrastrado por ellos su conductor, se vio forzado a pasar del trote corto al trote largo y de éste al galope.

Apenas haría cinco minutos que seguía este paso, cuando un hombre apareció al extremo del bosque, saltó por encima de la zanja, y, plantándose en medio del camino, cortó el paso a nuestro joven.

Este hombre era Juan Oullier.

—De modo que, ¿no os contentáis con hacer perder a mis perros las huellas del lobo que estoy cazando, para hacerles perseguir la liebre que cazáis vos, sino que además os tomáis el trabajo de atraillarlos?

—Caballero —replicó el joven, pudiendo respirar apenas—, si lo he hecho ha sido para tener el honor de llevárselos en persona al señor marqués de Souday.

—¡Ah! ya; ¡así, sin sombrero y de cualquier modo! no os molestéis de ese modo, señor

mío, pues ya que me habéis encontrado, yo mismo podré llevármelos.

Y antes que el barón pudiera oponerse a ello, ni aun adivinar su intención, le había arrancado de la mano la trailla, echándola sobre el cuello de los perros, como se hace con la brida a los caballos.

Al verse en libertad, los perros partieron a escape en dirección al castillo, seguidos por Juan Oullier, que no corría menos que ellos, y que hacía chasquear el látigo, gritándoles:

—¡A la perrera! ¡a la perrera!

Esta escena había sido tan rápida, que Juan Oullier y sus perros encontráronse a un kilómetro del barón antes que éste hubiese vuelto en sí de su sorpresa.

Michel quedó anonadado en medio del camino.

Haría diez minutos que permanecía allí, con la boca abierta y la mirada fija en la dirección que Juan Oullier y los perros habían seguido al desaparecer, cuando dejóse oír junto a él una voz dulce y cariñosa:

—¡Dios mío! —dijo aquella voz—, ¿qué estáis haciendo a estas horas, sin sombrero y en medio del camino real, señor barón?

Difícil hubiera sido al joven responder a esta pregunta. ¿Qué hacía? miraba cómo sus esperanzas huían en dirección al castillo, y no se atrevía a correr tras ellas.

Michel volvió la cabeza para ver quién le hablaba, y reconoció a su hermana de leche, la hija del colono Tinguy.

—¡Ah! eres tú, Rosina —le dijo—, ¿de dónde vienes?

—¡Ay! señor barón —repuso la niña sollozando—, vengo del castillo de La Logerie, donde la señora baronesa me ha recibido muy mal.

—¿Cómo es esto, Rosina? Bien sabes que mi madre te quiere y te protege.

—Sí, en los tiempos ordinarios, pero hoy no es lo mismo.

—¿Por qué dices que hoy no es lo mismo?

—Porque hará una hora cuando más, que me ha hecho poner en la calle.

—¿Por qué no me hiciste llamar?

—He preguntado por vos, y me han contestado que no estabais en el castillo.

—¡Cómo que no estaba, si ahora vengo de allí! Por muy ligera que hayas andado, no habrás ido tan de prisa como yo.

—Bien puede ser, señor barón, porque aun cuando al verme rechazada por vuestra madre he pensado ir a encontrar a las *Lobas*, no me he decidido a ello desde luego.

—¿Qué tienes que pedir a las *Lobas*?

Michel tuvo que violentarse para pronunciar este nombre.

—Lo mismo que iba a pedir a la señora baronesa, que socorrieran a mi pobre padre que está muy malo.

—¿Y qué tiene?

—Unas calenturas que ha contraído en los pantanos.

—¿Unas calenturas? —repitió Michel—, ¿son malignas, intermitentes o tifoideas?

—Lo ignoro, señor barón.

—¿Qué ha dicho el médico?

—¡Ay! el médico vive en Legé, y somos demasiado pobres para pagarle los cinco francos que pide por cada visita.

—¿No te ha dado dinero mi madre?

—¡Cuando os digo que ni siquiera me ha querido ver! «¡Calenturas!» ha exclamado; «¡se atreve a venir al castillo estando su padre atacado de calenturas! ¡Que la echen en seguida!»

—Es imposible que haya dicho esto.

—Yo misma lo he oído, señor barón, de tal modo gritaba. Además, la prueba de que lo ha dicho es que me han echado.

—Espera, espera —dijo vivamente el joven—; yo te daré dinero.

Y se registró los bolsillos.

Pero fue en vano, pues, según se recordará, había dado a Courtin todo el que llevaba.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡no tengo un cuarto! vuelve conmigo al castillo, y te daré lo que necesites.

—¡Oh! no —dijo la joven—; por todo el oro del mundo no volvería al castillo; ya que me había decidido a ello, me dirigiré a las *Lobas*; son caritativas, y no pondrán en la calle a una pobre niña que va a pedirles auxilio para su padre que se está muriendo.

—Pero —replicó el joven, con tono vacilante—, he oído decir que no son ricas.

—¿Quiénes?

—Las señoritas de Souday.

—Es que a ellas no se les va a pedir dinero, porque no dan limosna; hacen mucho más, bien lo sabe Dios.

—¿Qué es lo que hacen?

—Van en persona a donde las necesitan, y cuando no pueden curar al enfermo, consuelan al moribundo y lloran con los que le sobreviven.

—Esto será cuando se trata de una enfermedad común pero tratándose de una fiebre pernicioso...

—¿Acaso se preocupan de ello? ¿Por ventura hay calenturas perniciosas para los buenos corazones? ¿Veis que ahora voy al castillo?

—Sí.

—Pues bien, si permanecéis aquí, dentro de veinte minutos me veréis pasar con una de las dos hermanas, que vendrá conmigo para cuidar a mi pobre padre. Hasta después, señor Michel. ¡Ah! ¡jamás hubiera creído que la señora baronesa hubiese hecho arrojar de su casa, como si fuese una ladrona, a la hija de la que os crió!

Y se alejó sin que el joven encontrara una palabra que contestarle.

Pero Rosina había pronunciado una frase que se grabó en su corazón.

—Si permanecéis aquí —había dicho— dentro de veinte minutos me veréis pasar con una de las dos hermanas.

Michel estaba decidido a quedarse, pues la ocasión que había perdido por un lado, podía volver a encontrarla por otro.

¡Si diera la casualidad que fuese María quien acompañase a Rosina!

Pero, ¿cómo suponer que una joven de dieciocho años, la hija del marqués de Souday, saliera de su casa a las ocho de la noche para ir a legua y media de distancia a socorrer a un pobre aldeano atacado de una fiebre pernicioso?

No era probable ni siquiera posible que hiciera tal. Indudablemente, Rosina suponía a las

dos hermanas mejores de lo que eran en realidad, así como los demás las suponían peores.

Por otra parte ¿cómo era posible que su madre, un alma devota que pretendía poseer todas las virtudes, se hubiese conducido en aquella ocasión peor que dos jóvenes de quienes tanto mal se decía en toda la comarca?

Si realmente sucedía lo que había anunciado Rosina, ¿no serían aquellas jóvenes las verdaderas almas según los preceptos de Dios?

Pero, no había que dudarlo, ninguna de las dos iría. Era la décima vez que se repetía esto en un cuarto de hora, cuando vio aparecer dos sombras en el ángulo del camino por donde Rosina se había alejado.

No obstante la oscuridad que reinaba, reconoció a su hermana de leche; pero en cuanto a la otra le fue imposible, pues iba cubierta con un manto.

Su alma hallábase tan perpleja y su corazón tan conmovido, que no tuvo fuerzas para salir al encuentro de las dos jóvenes y esperó que éstas se le acercasen.

—Y bien, señor barón —dijo envanecida Rosina—, ¿qué os había dicho?

—¿Qué le dijiste? —interrogó su compañera.

Michel dejó escapar un suspiro; en el acento firme y resuelto de ésta había reconocido a Berta.

—Le dije que no me arrojarían de vuestra casa, como lo habían hecho en el castillo de La Logerie.

—¿Ya has manifestado a la señorita de Souday cuál es la enfermedad de tu padre? —interrogó Michel.

—Según los síntomas que me ha descrito —respondió Berta—, me parece que es una fiebre tifoidea, por cuya razón convendrá no perder un instante. Esta clase de enfermedades se las debe combatir en su origen. ¿Venís con nosotras, señor Michel?

—¡Pero, señorita, la fiebre tifoidea es contagiosa! —dijo el joven.

—Unos dicen que sí y otros que no —replicó con indiferencia Berta.

—¡Pero —insistió Michel—, la fiebre tifoidea es mortal!

—En muchos casos, sí; pero hay ejemplos de lo contrario.

El joven atrajo hacia sí a Berta.

—¿Y vais a exponeros a semejante peligro? —le preguntó.

—Seguramente.

—¿Por un desconocido, por un extraño?

—El que es un extraño para nosotros —repuso Berta con mucha dulzura—, es para otros un padre, un hermano, un esposo. En el mundo no hay ningún extraño, señor Michel. ¿Por ventura Tinguy lo es para vos?

—No; es el marido de mi nodriza —balbuceó Michel.

—Ya veis que tenía razón —añadió Berta.

—Por esto —observó aquél—, ofrecí a Rosina que viniese conmigo al castillo, donde le hubiera dado dinero para que fuese en busca de un médico.

—¿Y tú has rehusado, prefiriendo dirigirte a nosotras? —dijo Berta—. Gracias, Rosina.

El joven sentíase sobrecogido; había oído hablar mucho de la caridad, pero nunca la había visto, y súbitamente se le aparecía personificada en Berta.

Entonces siguió a las dos jóvenes, pensativo y cabizbajo.

—Si venís con nosotras, señor Michel —díjole Berta—, tened la bondad da ayudarnos, llevando esta cajita, que contiene algunos medicamentos.

—Es que indudablemente el señor barón no vendrá con nosotras, pues sabe que su madre tiene mucho miedo a las fiebres.

—Te engañas Rosina —dijo el joven—; os acompaño.

Y tomó de las manos de Berta la caja que ésta le presentaba.

Una hora después, llegaban los tres a la cabaña del padre de Rosina, que estaba situada poco más o menos a un tiro de fusil de la población y que comunicaba con un pequeño bosque por medio de una puerta trasera.

El buen Tinguy, como de ordinario llamaban al padre de Rosina, era un antiguo chuán que, siendo niño aún, hizo la primera guerra de la Vendée con los Jolly, los Colletus, los Charrette y los Rochejaquelein.

Habiéndose casado, tuvo dos hijos, el primero de los cuales, que era varón, había muerto; el segundo era Rosina.

Al nacer cada uno de ellos, la mujer de Tinguy había tomado un hijo de leche, como hacen generalmente las aldeanas pobres.

El primero, que era el último vástago de una familia noble de Anjou, y se llamaba Enrique de Bonneville, aparecerá en breve en esta historia; el segundo, que era Michel de La Logerie, es uno de sus principales actores.

Enrique de Bonneville tenía dos años más que Michel, y ambos niños habían jugado con frecuencia juntos en el umbral de la puerta que Michel iba a pasar entonces en compañía de Rosina y Berta.

Más tarde se habían vuelto a ver en París, donde la baronesa de La Logerie fomentó cuanto estuvo en su mano la amistad de su hijo con aquel joven que, merced a su fortuna y a su noble cuna, ocupaba una posición muy distinguida en las provincias del Oeste.

Aquellas dos criaturas habían proporcionado algunas comodidades a la familia del colono; mas como los aldeanos de la Vendée no quieren confesar nunca su bienestar, Tinguy se fingía pobre a costa de su propia vida, y por muy enfermo que estuviese, no habría enviado a Legé en busca de un médico, cuya visita le hubiera costado tres francos.

Por otra parte, los aldeanos, especialmente los de la Vendée, no creen en la medicina ni en los médicos; a causa de esto Rosina se había dirigido desde luego al castillo de La Logerie, donde tenía entrada en su calidad de hermana de leche de Michel, acudiendo, al ser arrojada de allí, a las señoritas de Souday.

Al oír el ruido que los tres jóvenes hicieron al entrar, el enfermo se incorporó penosamente; pero, en seguida, volvió a caer sobre la cama, exhalando un doloroso gemido.

Una vela de cera amarilla, cuya escasa luz era insuficiente para disipar las tinieblas en que se hallaba sumido el aposento, dejaba ver tendido sobre un miserable camastro a un hombre de unos cuarenta años, luchando con el terrible demonio de la fiebre. Su rostro estaba pálido, su mirada era vítrea y abatida, y, de tiempo en tiempo, experimentaba un sacudimiento total, como si le hubieran puesto en contacto con una pila galvánica.

El joven estremeciósese al verle y comprendió que su madre, presumiendo el estado en que se hallaba el enfermo, hubiese vacilado en dejar entrar a Rosina, pues ésta debía estar impregnada de los miasmas febriles que, cual átomos invisibles, flotaban alrededor del

lecho del moribundo y en el círculo luminoso que le rodeaba.

Entonces pensó en el alcanfor, en el cloro, en todos los preservativos, para decirlo de una vez, que pueden aislar del enfermo a los que le rodean; y como carecía de ellos, se quedó junto a la puerta para estar en comunicación con el aire exterior.

Berta, que no pensaba en nada de esto, dirigióse enseguida a la cama del enfermo, y tomó su mano abrasada por la fiebre.

El joven hizo un movimiento para detenerla y abrió la boca para dar un grito; pero permaneció petrificado hasta cierto punto por aquella atrevida caridad, y quedó lleno de terror y admiración al mismo tiempo.

Berta interrogó al enfermo, el cual le hizo el relato que sigue:

Al levantarse el día antes por la mañana se sintió tan fatigado, que cuando bajó de la cama le flaquearon las piernas; era un aviso que le daba la Naturaleza; pero las gentes del campo pocas veces siguen los consejos de ésta, y en lugar de volver a acostarse y de enviar en busca del médico, Tinguy acabó de vestirse, bajó a la bodega, subió un jarro de sidra y se cortó un pedazo de pan, pues a su entender sólo necesitaba *cobrar fuerzas*.

Sin embargo, aun cuando bebió con gusto la sidra, no pudo tragar siquiera el primer bocado de pan.

Entonces, encaminóse al campo para dedicarse a su acostumbrada tarea.

Durante el camino experimentó un fuerte dolor de cabeza, y aumentó de tal modo su debilidad, que se vio obligado a sentarse dos o tres veces; encontró dos manantiales y bebió con avidez; pero en lugar de apagarle la sed se le aumentó tanto, que la tercera vez tuvo precisión de beber en un charco.

Por último llegó a su campo; pero, no sintiéndose con fuerzas para continuar el trabajo interrumpido la víspera, permaneció de pie durante algunos instantes, apoyado en la azada, hasta que, sintiendo que se le desvanecía la cabeza, se tendió o mejor cayó al suelo sumido en una postración absoluta.

Así permaneció hasta las siete de la tarde, y hubiera quedado allí toda la noche, si la casualidad no hubiese querido que pasara a pocos pasos de él un labrador de Legé, el cual, viendo un hombre tendido, le llamó. Tinguy no tuvo fuerzas para responder, pero hizo un movimiento; acercósele el labrador y le reconoció.

Entonces trató éste de acompañarle a su casa, lo que pudo conseguir a costa de grandes trabajos, pues el enfermo se hallaba tan débil, que necesitó más de una hora para andar un cuarto de legua.

Rosina esperaba a su padre llena de inquietud, y asustada al verle, quiso ir corriendo a Legé en busca de un médico; pero aquél se lo prohibió terminantemente y se acostó diciendo que aquello no sería nada y que al día siguiente se hallaría curado; pero, como lejos de calmársela la sed iba siempre en aumento, encargó a Rosina que pusiera un cántaro de agua sobre una silla al lado de la cama.

Tinguy pasó la noche devorado por la fiebre y bebiendo incesantemente, sin que pudiese apagar el fuego que le abrasaba. Por la mañana, trató de levantarse; pero apenas pudo incorporarse en la cama, pues además de desvanecersele la cabeza, en la que sentía horribles punzadas, se quejaba de un fuerte dolor en el costado derecho.

Rosina había insistido de nuevo en ir a buscar al señor Roger —tal era el nombre del médico de Legé—; pero Tinguy volvió a prohibírselo terminantemente, y la pobre niña se quedó entonces junto al lecho, pronta a obedecer los deseos de su padre y a ayudarle en

sus necesidades.

Lo que más necesitaba Tinguy era beber, y cada diez minutos pedía agua.

Así permanecieron hasta las cuatro de la tarde; a esta hora, el enfermo, meneando la cabeza, dijo:

—Ya veo que estoy atacado de unas fiebres perniciosas, y será preciso que vayas en busca de algún auxilio a los castillos inmediatos.

Ya hemos visto el resultado de esta resolución.

Luego de haber tomado el pulso al enfermo y escuchado la relación que hizo con gran dificultad y entrecortada voz, Berta, que contó hasta cien pulsaciones por minuto, conoció que el buen Tinguy era víctima de una fiebre violenta.

Pero, ¿a qué clase pertenecía aquella fiebre? Esto es lo que no podía decir Berta, pues carecía de los conocimientos necesarios para ello.

No obstante, como el enfermo estaba continuamente quejándose de sed, partió un limón, lo hizo hervir en una gran cafetera de agua, endulzó ligeramente aquella limonada y se la dio a Tinguy en lugar de agua pura.

Pero, cuando trató de endulzarla, Rosina le dijo que no tenían azúcar, pues éste es para los aldeanos un lujo supremo.

Entonces, Berta, que sospechándolo ya lo había llevado a prevención, buscó la caja de medicamentos y vio que la tenía el joven bajo el brazo, manteniéndose de pie junto a la puerta.

Berta le hizo seña de que se acercase; pero antes de que aquél se hubiera movido de su puesto, le hizo otra en sentido contrario, siendo ella la que se le aproximó, al mismo tiempo que se llevaba un dedo a la boca.

—El estado en que se halla este hombre es muy grave —le dijo en voz baja, para que el enfermo no la oyera—, y nada me atrevo a disponer por mí misma; es indispensable la presencia de un médico y hasta temo que llegue demasiado tarde. Mientras propino al enfermo algunos calmantes, corred a Legé en busca del doctor Roger, señor Michel.

—Pero, ¿y vos? —preguntó ansiosamente el joven.

—Yo me quedo aquí, pues tengo que hablar de cosas importantes con el enfermo.

—¿De cosas importantes? —replicó admirado Michel.

—Sí —respondió Berta.

—No obstante... —insistió el joven.

—Os digo —prosiguió aquélla sin dejarle acabar— que toda tardanza puede ser perjudicial. Combatidas a tiempo, esta clase de fiebres son mortales muchas veces, y en el estado actual lo son casi siempre; partid, pues, sin perder un instante, y traed al doctor.

—Pero —preguntó el joven—, ¿y si la fiebre es contagiosa?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Berta.

—¿No corréis peligro de contraerla?

—Amigo mío —respondió Berta—, si pensábamos en esto, la mitad de nuestros aldeanos morirían abandonados; partid y dejad a Dios el cuidado de velar por mí.

Y, diciendo esto, tendió la mano al mensajero.

Tomóla el joven, y arrebatado por la admiración que le causaba el ver en una mujer aquel valor tan sencillo y grande al mismo tiempo, y del cual él no se sentía capaz, la llevó a sus labios con una especie de pasión.

Este movimiento fue tan pronto e inesperado, que Berta se estremeció, púsose pálida y lanzó un suspiro, diciendo:

—Id, amigo mío, id.

Esta vez no tuvo necesidad de repetir la orden, pues Michel se precipitó fuera de la choza. Un fuego desconocido circulaba por todo su cuerpo, cuya potencia vital doblaba; sentíase animado por una fuerza extraña, y era capaz de realizar imposibles.

Parecíale que, como el Mercurio antiguo, acababan de nacerle alas en la cabeza y en los pies. Si un muro le hubiese cortado el paso, lo habría escalado, sin titubear; si un río se hubiese interpuesto en su camino, lo habría atravesado a nado, sin pensar siquiera en despojarse de sus vestidos.

Sentía que fuese tan fácil lo que Berta le había pedido, y hubiera querido hallar obstáculos, dificultades y hasta imposibles que vencer.

¿Qué gratitud podía inspirar a Berta el que anduviera a pie cinco cuartos de legua para ir en busca de un médico?

En vez de andar dos leguas y media, Michel hubiera deseado ir al fin del mundo; hubiera querido darse a sí mismo alguna prueba de heroísmo que le permitiera comparar su valor con el de Berta.

Ya se comprenderá que en el estado de exaltación en que se hallaba nuestro joven no le arredraba el cansancio; así es que anduvo en menos de media hora los cinco cuartos de legua que le separaban de Legé.

El doctor Roger era uno de los amigos del castillo de La Logerie, del cual Legé distaba una legua escasa; de modo que apenas se hubo nombrado el barón, aquél, ignorando aún que el enfermo fuese un simple aldeano, saltó de la cama y dijo desde su alcoba que dentro de cinco minutos estaría dispuesto.

En efecto, a los cinco minutos estaba vestido y preguntaba al barón la causa de aquella visita nocturna e inesperada.

Con dos palabras, le puso Michel al corriente de la situación, y como el doctor no pudo menos de admirarse de que se interesara por un aldeano hasta el extremo de ir en su busca para que le socorriera, a pie, de noche, conmovido y cubierto de sudor, el barón hizo valer la circunstancia de ser Tinguy el marido de su nodriza.

Interrogado por el doctor acerca de los síntomas que presentaba la enfermedad, le repitió fielmente cuanto había oído, suplicándole que llevara consigo los medicamentos precisos, pues el villorrio en que habitaba Tinguy aún no se hallaba civilizado hasta el punto de tener boticario.

Al ver al barón cubierto de sudor, y oyendo que había ido a pie, el doctor, que había hecho ya ensillar su caballo, cambió la orden y dispuso que lo engancharan al calesín.

Michel no quería, en modo alguno, admitir el cambio, y sostenía que iría a pie más de prisa que el doctor a caballo, y como el señor Roger insistiese, terminó la discusión precipitándose fuera del aposento y gritando:

—Venid lo más pronto que podáis; yo me adelanto para anunciaros.

El doctor creyó que el hijo de la baronesa de La Logerie se había vuelto loco, y creyendo que lo alcanzaría fácilmente, ratificó la orden de enganchar el caballo.

La idea de presentarse a Berta en un calesín había exasperado a Michel.

Parecíale que la joven quedaría mucho más satisfecha de su celeridad al verle venir corriendo y abrir la puerta de la cabaña gritando: «Aquí estoy, el doctor me sigue», que si

le veía llegar en un calesín al lado de éste.

Si hubiese podido llegar montado en un brioso corcel con las crines flotando a merced del viento, lanzando fuego por las narices y anunciando su llegada con sus relinchos, ya hubiera sido otra cosa; ¡pero en un calesín!...

Era mil veces preferible ir a pie.

Los primeros amores son tan poéticos, que odian profundamente todo lo que es prosa.

¿Y qué diría María, cuando su hermana le contara que había enviado al barón en busca del señor Roger, y que aquél había regresado en un calesín al lado del doctor?

Ya lo hemos dicho, valía mil veces más volver a pie.

Michel comprendía el buen efecto que había de producir tratándose de un primer amor, presentarse cubierto de polvo, con la frente bañada de sudor, los ojos encendidos, el pecho jadeante y los cabellos desordenados por el viento.

Por lo que hace al enfermo, había quedado poco menos que olvidado. Preciso es confesarlo; en la excitación febril que experimentaba el barón, no se acordaba de él, sino de las dos hermanas; no era por Tinguy por quien corría de aquella manera; era por Berta y por María.

La causa principal del gran cataclismo fisiológico, que se producía en nuestro héroe habíase trocado en un accesorio, y lejos de ser ya el fin, era tan sólo un pretexto.

Si Michel se hubiese llamado Hipómenes y disputara el premio de la carrera a Atalante, para alcanzarlo no habría necesitado dejar caer las manzanas de oro en el camino.

Reíase de una manera desdeñosa al pensar que el doctor aguijaba su caballo con la esperanza de alcanzarle; y el aire frío de la noche, que helaba el sudor de su frente, le hacía experimentar un placer infinito.

¡Antes morir que ser alcanzado por el doctor!

Para ir a Legé había empleado media hora; para regresar le bastaron veinticinco minutos.

Como si hubiese podido adivinar aquella velocidad imposible, Berta estaba aguardando al mensajero en el umbral de la puerta; sabía que racionalmente debía tardar media hora, cuando menos, y, no obstante, escuchaba con atención.

Parecióle oír a lo lejos un ruido de pasos casi imperceptible.

Era imposible que fuera el joven, y no obstante ni un instante dudó que fuese él.

Y, en efecto, un instante después, le vio aparecer, dibujándose en la oscuridad, en tanto que él, con la mirada fija en la puerta y dudando de lo que veía, la descubría, por su parte, inmóvil y con la mano en el corazón, que la joven sentía latir por primera vez con una fuerza inusitada.

Al llegar a Berta, el joven, cual otro Griego de Maratón, no podía hablar ni respirar siquiera, y poco faltó para que cayese, si no muerto como aquél, a lo menos, sin sentido.

Michel sólo pudo articular estas palabras:

—El doctor me sigue.

Y apoyó la mano en la pared para no caerse. Si hubiese podido hablar, habría exclamado:

—¿Diréis a la señorita María que por su amor y el vuestro he recorrido dos leguas y media en cincuenta minutos?

Pero como no podía hablar, Berta debió creer y creyó que sólo por ella había hecho aquel esfuerzo.

Sonrióse de alegría y se sacó el pañuelo del bolsillo.

—¡Dios mío! —dijo, limpiándole con suavidad el rostro, y procurando no tocarle la herida de la frente—; cuánto siento que hayáis tomado tan a pecho mi encargo de que fuerais aprisa. En qué estado os halláis...

Luego, regañándole, como pudiera hacerlo una madre cariñosa, añadió, con acento de infinita dulzura y encogiéndose de hombros:

—¡Qué niño sois!

Esta palabra «niño» fue pronunciada con un tono de tan indecible ternura, que hizo estremecer a Michel.

Este asió la mano de Berta. Estaba húmeda y trémula.

En aquel momento, se dejó oír en la carretera el ruido del calesín.

—¡Ah! el doctor —dijo Berta, rechazando la mano de Michel.

Este la contempló asombrado; ¿por qué rechazaba su mano?

Michel no podía explicarse lo que pasaba en el corazón de la joven, pero conocía de un modo instintivo que si ésta había obrado de aquella manera, no era por odio, por aversión ni por enojo.

Berta volvió a entrar en la cabaña, sin duda para anunciar al enfermo la llegada del doctor.

Michel se quedó en la puerta, aguardando a éste.

Al verle llegar en aquel calesín de mimbres que le traqueaba de un modo tan ridículo, Michel se felicitó más que nunca de haber regresado a pie.

Bien es verdad que si Berta hubiese entrado en la choza al oír el calesín, como acababa de hacerlo, no le hubiera visto en aquel prosaico vehículo.

Pero, en cambio, si no hubiese visto a Michel, no habría aguardado hasta que le viera.

Michel se dijo interiormente que esto era más que probable, y sintió en su corazón si no la vehemente satisfacción del amor, a lo menos la complacencia del orgullo.

XI

NOBLEZA OBLIGA

Cuando el doctor Roger entró en el aposento del enfermo, Berta había vuelto a ocupar su puesto a la cabecera del lecho.

Lo primero que llamó la atención del doctor, fue aquella forma graciosa, parecida a los ángeles de las leyendas alemanas, que se inclinan para recibir las almas de los moribundos; pero enseguida reconoció a la joven, pues hubiera sido extraño que visitara la cabaña de un pobre aldeano, sin hallar a Berta o a su hermana interpuestas entre la muerte y el moribundo.

—Doctor —dijo aquella—, venid venid pronto, pues el pobre Tinguy está delirando.

En efecto, el enfermo manifestaba una agitación intensa.

El doctor se acercó.

—Amigo mío —le dijo—, tranquilizaos.

—Dejadme —decía el enfermo—, dejadme; necesito levantarme, pues me están esperando en Montaigu.

—No, mi querido Tinguy —le dijo Berta—; no os aguardan... todavía...

—Sí, por cierto, señorita; ésta es la hora señalada; ¿quién irá a llevar la noticia de castillo en castillo, si yo no me encuentro allí?

—Callaos, Tinguy, callaos —dijo Berta—; recordad que estáis enfermo y que tenéis a vuestra cama al doctor Roger.

—El doctor Roger es de los nuestros, señorita, y podemos hablar delante de él, pues sabe que me están aguardando, que es necesario que me levante sin pérdida de tiempo y que debo ir a Montaigu.

Él doctor Roger y Berta cambiaron una rápida mirada.

—*Massa* —dijo el doctor.

—*Marsella* —repuso Berta.

Y obedeciendo ambos a un movimiento espontáneo, se tendieron y estrecharon la mano.

Berta se dirigió otra vez al enfermo.

—Sí, es cierto —le dijo, inclinándose a su oído—; el doctor Roger es de los nuestros; pero hay aquí cerca alguien que no lo es: y éste —añadió, bajando todavía más la voz, para que sólo Tinguy pudiese oírla— es el barón de La Logerie.

—¡Ah! es verdad; no le digáis nada, porque Courtin es un traidor; pero si no voy a Montaigu, ¿quién irá?

—Juan Oullier.

—¡Oh! si Juan Oullier va —dijo el enfermo—, no necesito ir yo, pues tiene buenas piernas y buen ojo, y sabe tirar perfectamente un escopetazo.

Y lanzó una carcajada.

Pero pareció haber agotado todas sus fuerzas en aquella risa, y volvió a caer sobre el lecho.

El Barón había escuchado todo este diálogo, que, sin embargo, no pudo comprender, pues

sorprendió solamente algunas palabras sueltas.

No obstante, había oído: «Courtin es un traidor»; y como por la dirección de la mirada de Berta adivinó que hablaban de él, conociendo que se trataba de algún secreto en que no estaba iniciado, aproximóse a la joven con el corazón oprimido:

—Señorita —le dijo—, si os sirvo de estorbo o no necesitáis de mí, decídmelo y me retiraré.

Estas palabras fueron dichas con tal acento de tristeza, que Berta no pudo menos de sentirse conmovida.

—No —dijo—, quedaos; todavía os necesitamos, pues vais a ayudar a Rosina a preparar lo que el doctor ordene, mientras que yo hablaré con él del tratamiento que es necesario hacer seguir al enfermo.

Y dirigiéndose en seguida al doctor:

—Doctor —le dijo—, ocupadles en algo, y mientras tanto nos comunicaremos lo que sepamos.

Luego, volviendo a Michel:

—¿No es cierto, amigo mío —le dijo con dulce acento—, no es cierto que ayudaréis a Rosina?

—Haré cuanto queráis, señorita —repuso el joven—; mandad y seréis obedecida.

—Ya lo veis, doctor —dijo Berta—; tendréis dos ayudantes, que os servirán con la mejor voluntad del mundo.

El doctor dirigióse corriendo a su carruaje, del que sacó una botella de agua de sedlitz y un saquito de mostaza.

—Tomad —dijo al joven, presentándole la botella—, destapadla y haced beber al enfermo medio vaso cada diez minutos.

Luego, dando la mostaza a Rosina:

—Deslíe esto en agua hirviendo —le dijo—, y lo pondremos a los pies de tu padre.

El enfermo había vuelto a caer en la atonía que precediera al instante de exaltación que Berta había logrado calmar con la promesa de que Juan Oullier le reemplazaría.

El doctor le dirigió una mirada, y viendo que gracias a la postración en que se hallaba sumido, podía confiarle momentáneamente a los cuidados del barón, se acercó rápidamente a Berta.

—Señorita de Souday —le dijo—, ya que tenemos las mismas ideas, servíos decirme lo que sepáis.

—Sé que Madame salió de Massa el 21 de abril último y que debió llegar a Marsella del 29 al 30; y como hoy estamos a 6 de mayo, supongo que debe haber desembarcado y que el Mediodía se habrá insurreccionado ya a la hora presente.

—¿Es esto todo lo que sabéis? —interrogó el doctor.

—Sí, todo —respondió Berta.

—¿No habéis leído los periódicos del 3 por la tarde?

Berta se sonrió.

—En el castillo de Souday no recibimos ningún periódico —repuso.

—Pues bien —prosiguió el doctor—, todo se ha perdido.

—¡Cómo! ¿Se ha perdido todo?

—La empresa de Madame se ha frustrado.

—¡No es posible... Dios mío! ¿Qué me estáis diciendo?

—La pura verdad. Después de una feliz travesía a bordo del *Carlos Alberto*, Madame ha desembarcado en la costa a algunas leguas de Marsella; un guía la aguardaba y la ha conducido a una casa solitaria, rodeada de bosque y de rocas; sólo seis personas la acompañaban...

—Proseguid, proseguid.

—En seguida envió un emisario a Marsella para que dijera al jefe de la conspiración que había desembarcado y que esperaba el resultado de las promesas que la habían llevado a Francia.

—¿Y qué más?

—Por la tarde, regresó el mensajero con una carta, felicitando a la Princesa por su llegada, y anunciándole que Marsella se levantaría el día siguiente.

—¿Y bien?...

—A la mañana siguiente tuvo lugar la sublevación; pero Marsella no tomó en ella ninguna parte, de modo, que ha fracasado por completo.

—¿Y Madame?

—Se ignora dónde se encuentra; pero se cree que habrá vuelto a embarcarse en el *Carlos Alberto*.

—¡Cobardes! —murmuró Berta—. ¡Oh! soy mujer, pero si Madame hubiese venido a la Vendée, juro a Dios que habría dado el ejemplo a algunos hombres. Adiós, doctor; os doy las gracias.

—¿Nos dejáis?

—Conviene que mi padre sepa estos detalles, pues esta noche debía celebrarse una reunión en el castillo de Montaigu. Vuelvo a Souday, y os recomiendo a mi pobre enfermo. Dejad una receta en forma, y mi hermana o yo vendremos a pasar la noche próxima al lado de éste, si no lo impide algún nuevo acontecimiento.

—¿Queréis tomar mi carruaje? Yo me marcharé a pie, y mañana podréis enviármelo con Juan Oullier o con cualquier otro.

—Gracias; no sé dónde estará mañana Juan Oullier, y, por otra parte, prefiero andar, pues me estoy ahogando y el aire de la noche me sentará bien.

Berta tendió la mano al doctor, estrechó la de éste con fuerza varonil, se echó el manto sobre los hombros y salió; pero, al llegar a la puerta, tropezó con Michel, que aun cuando no oyera la conversación, no había perdido de vista a la joven, y adivinando que ésta iba a marcharse, se le había adelantado.

—¡Ah! señorita —dijo Michel—, ¿qué es lo que sucede; qué es lo que os han dicho?

—Nada —repuso Berta.

—¡Nada!... si así fuese no os habríais marchado sin acordaros de, mí, sin despediros siquiera.

—¿Y por qué despedirme, si vais a acompañarme? Ya tendré tiempo de hacerlo al llegar al castillo de Souday.

—Pues que, ¿permitís que os acompañe?

—¿Por qué no? Después de cuanto habéis hecho esta noche, tenéis derecho a ello, a no ser que os sintáis demasiado cansado.

—¡Cansado yo, tratándose de acompañaros! ¡Si con vos o con la señorita María iría hasta el fin del mundo!... ¡Cansado! ¡Oh! ¡nunca!

Berta se sonrió, y mirando oblicuamente al joven:

—¡Qué lástima —murmuró— que no sea de los nuestros!

Pero en seguida añadió sonriendo:

—¡Bah! con su carácter, será lo que se quiera.

—Parece que me habláis —dijo Michel—, y sin embargo, no oigo lo que me decís.

—Esto depende de que os hablo en voz baja.

—¿Por qué lo hacéis así?

—Porque lo que os digo no puede decirse en voz alta, a lo menos por ahora.

—¿Y más tarde? —interrogó el joven.

—Puede que sí.

El joven movió los labios a su vez, pero sin que su boca articulase ningún sonido.

—¿Qué significa esa pantomina? —preguntó Berta.

—Que también yo os hablo en voz baja, con la diferencia de que si me atreviera os lo repetiría en voz alta ahora mismo.

—Yo no soy una mujer como las otras —dijo Berta con una sonrisa casi desdeñosa—, y lo que me dicen en voz baja, pueden decírmelo en voz alta.

—Pues bien, decía que veo con profundo pesar que os exponéis a un peligro tan cierto como inútil.

—¿De qué peligro habláis, querido vecino? —preguntó la joven con acento ligeramente burlón.

—Del mismo de que os hablaba hace poco el doctor Roger; se está preparando un levantamiento en la Vendée.

—¡De veras!

—Creo que no lo negaréis.

—¡Yo! ¿Por qué había de negarlo?

—Vos y vuestro padre tomáis parte en él.

—Olvidáis a mi hermana —dijo Berta riendo.

—¡Oh! no, a nadie olvido —replicó Michel suspirando.

—Bien, ¿y por qué?

—Permitid que como amigo tierno y afectuoso, os diga que hacéis mal.

—¿Por qué hago mal, amigo tierno y afectuoso? —preguntó Berta con un ligero acento de burla, de que no podía prescindir completamente.

—Porque la Vendée de 1832 no es la de 1793, o, mejor dicho, porque la Vendée ya no existe.

—¡Tanto peor para ella! pero afortunadamente todavía existe una nobleza, caballero; y hay una cosa que quizás vos no sabéis todavía, pero que vuestros descendientes sabrán dentro de cinco o seis generaciones, y es que nobleza obliga.

El joven hizo un movimiento.

—Hablemos de otra cosa si os place —dijo Berta—, pues nada más os contestaría acerca de este punto, porque, como decía el pobre Tinguy, no pertenecéis a nuestro partido.

—Pero —dijo el joven, desesperado al ver el rigor con que Berta le trataba—, ¿de qué queréis que os hable?

—De cualquier otra cosa: hace una noche espléndida; la luna nos ilumina con su plateada luz; las estrellas brillan como chispas de fuego sobre el cielo, puro y transparente; habládme de la noche, de la luna, de las estrellas, del cielo...

Y la joven quedóse con la cabeza levantada y los ojos fijos en el diáfano azul del firmamento.

Michel exhaló un suspiro, y siguió andando al lado de Berta sin pronunciar una palabra. Ante el espectáculo de aquella hermosa naturaleza cuya reina parecía la joven, ¿qué hubiera podido decirle él, que, educado en las ciudades, solamente sabía lo que leyerá en los libros? ¿Acaso había estado desde su infancia, como ella, en contacto con todos los milagros de la creación? ¿Había visto todas las gradaciones por qué pasa la aurora que nace y el sol que se oculta? ¿Conocía los misteriosos rumores de la noche? ¿Sabía lo que decía la alondra cuando anunciaba el despertar de la aurora? ¿Comprendía lo que estaba diciendo el ruiseñor cuando llenaba de armonía las tinieblas? No; Michel sabía todas las ciencias que ignoraba Berta; pero Berta sabía todas las cosas de la naturaleza que ignoraba Michel.

¡Ah! ¡si Berta se hubiese dignado hablar, con que religiosa atención la habría escuchado!

Pero la joven permaneció silenciosa: tenía el corazón lleno de esos pensamientos que no se traducen con palabras, sino con miradas y suspiros.

Por su parte, Michel estaba sumido en una profunda meditación.

Parecíale que caminaba al lado de la dulce María y no de la severa Berta; en lugar del aislamiento que ésta buscaba, sentía a María languideciendo poco a poco y apoyándose en su brazo. ¡Oh! entonces sí que la palabra le parecía fácil; entonces sí que hubiera tenido mil cosas que decirle de la noche, de la luna, de las estrellas y del cielo.

Con María hubiera sido el maestro y el señor. Con Berta era el discípulo y el esclavo.

Hacía como un cuarto de hora que los dos jóvenes caminaban uno al lado de otro guardando silencio, cuando de repente Berta se detuvo, indicando a Michel que hiciera lo mismo.

El joven obedeció, pues con Berta no podía hacer otra cosa.

—¿Oís? —le preguntó Berta.

—No —contestó Michel, moviendo la cabeza.

—Pues yo sí —añadió aquélla, fija la mirada y el oído atento.

Y siguió escuchando. —Pero, ¿qué oís?

—El paso de mi caballo y el de María; puesto que me buscan, debe haber sucedido algo.

Y volvió a escuchar.

—María es quien me busca —añadió.

—¿En qué lo conocéis? —interrogó el joven.

—En el modo de galopar los caballos; doblemos el paso.

El ruido iba acercándose rápidamente, y al cabo de cinco minutos vieron destacarse en la oscuridad un grupo compuesto de dos caballos y una mujer que, cabalgando en uno de ellos, guiaba al otro por la brida.

—Ya os decía que era mi hermana —dijo Berta.

En efecto, el joven había reconocido a María, no tanto por la figura de ésta, visible

apenas en medio de las sombras, como por los precipitados latidos de su corazón.

Por su parte, María le reconoció también, no pudiendo contener un gesto de admiración al verle al lado de su hermana, a la cual creía hallar sola o con Rosina.

Michel vio la impresión que su presencia había producido en la joven, y adelantándose hacia ella:

—Señorita —le dijo—, he encontrado a vuestra hermana que iba a socorrer a Tinguy, y la he acompañado para que no fuese sola.

—Habéis hecho perfectamente, caballero —respondió María.

—No le entiendes —dijo riendo Berta—; cree que necesita justificarme, o tal vez justificarse a sí mismo; es preciso disimularle algo, pobre joven, pues su madre le va a regañar de lo lindo.

Después, apoyándose en el arzón de la silla de María:

—¿Qué sucede? —preguntó a ésta.

—La tentativa de Madame se ha frustrado.

—Ya lo sé; Madame se ha vuelto a embarcar.

—Aquí está el error.

—¡Cómo! ¿Acaso no es cierto?

—No; Madame ha declarado que, pues se hallaba en Francia, no volvería a salir de ella.

—¡Será posible!

—De modo que, a la hora presente, se dirige a la Vendée, si es que no ha llegado ya.

—¿Por quién has sabido esto?

—Por un emisario que ha llegado esta noche al castillo de Montaigu mientras se celebraba la reunión y cuando todos desesperaban ya.

—¡Alma valerosa —exclamó Berta, dejándose arrebatarse por su entusiasmo.

—De manera que nuestro padre ha vuelto al galope tendido, y cuando ha sabido dónde te hallabas, me ha ordenado que tomara los caballos y fuera a buscarte.

—Aquí me tienes —dijo Berta.

Y puso el pie en el estribo.

—¿No te despidas de tu pobre caballero? —le preguntó María.

—Sí, por cierto.

Berta tendió la mano al joven, que se aproximó a ella lenta y tristemente.

—¡Ah! ¡señorita Berta —murmuró al tomarle la mano—, soy muy desgraciado!

—¿Por qué? —le preguntó aquélla.

—Porque no soy de los vuestros, como decíais ahora poco.

—¿Quién os lo impide? —le preguntó María, tendiéndole a su vez la mano.

El joven se precipitó sobre aquella mano y la besó con amor y agradecimiento.

—Sí, sí —murmuró en voz bastante baja para que sólo María pudiese oírle—; por vos y con vos.

Pero la mano de María fue, en cierto modo, arrancada de entre las del joven por el brusco movimiento que hizo el caballo de aquélla. Berta, al espolear el suyo, había dado un latigazo al de su hermana, y ambos partieron al galope, perdiéndose en la oscuridad como dos sombras.

El joven quedó solo e inmóvil en medio del camino.

—¡Adiós! —gritóle Berta.

—¡Hasta la vista! —dijo María.

—¡Ah! sí, sí —exclamó Michel, tendiendo los brazos hacia las dos jóvenes—; ¡hasta la vista! ¡hasta la vista!

Las dos hermanas siguieron su camino sin cambiar una sola palabra, y al llegar a la puerta del castillo:

—María —dijo Berta—, vas a burlarte de mí.

—¿Por qué? —preguntóle María, estremeciéndose a pesar suyo.

—Le amo —dijo Berta.

Un grito de dolor estuvo próximo a escaparse del pecho de María; pero ésta logró ahogarlo.

—¡Y yo que le he gritado; hasta la vista! —murmuró para sí—, quiera Dios que no vuelva a verle.

XII

LA PRIMA DE TOLOSA

El día siguiente en que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de relatar, es decir, el 7 de mayo de 1832, celebrábase en el castillo de Vouillé el aniversario del nacimiento de la condesa de aquel nombre, que cumplía veinticuatro años.

Acababan de comer la sopa los veinticinco o veintiséis invitados sentados a la mesa, entre los cuales se hallaban el prefecto de Poitiers y el corregidor de Châtellerault, parientes más o menos lejanos de la condesa, cuando aproximándose un criado al oído del señor de Vouillé, le dijo algunas palabras en voz baja.

El señor de Vouillé se las hizo repetir dos veces, y dirigiéndose después a los convidados: —Dispensadme un instante —dijo—; pero a la verja del castillo hay una dama que acaba de llegar en la posta y que, según parece, desea hablarme. ¿Me permitís que vaya a ver lo que desea?

Concedióse unánimemente al conde el permiso que solicitaba; solamente la señora de Vouillé siguió con la vista a su esposo hasta la puerta, manifestando cierta inquietud.

El conde corrió a la verja: un coche se hallaba, en efecto, parado delante de la puerta.

En su interior se veían una señora y un caballero, y al lado del postillón estaba sentado un lacayo que vestía librea azul celeste con galones de plata.

Al ver al señor de Vouillé, al cual parecía estar aguardando con impaciencia, el lacayo saltó con agilidad del pescante.

—¿Acabarás de llegar, posma? —le gritó en cuanto creyó que podía oírle.

El señor de Vouillé detúvose asombrado, o mejor diremos estupefacto. ¿Qué lacayo era aquel que se permitía apostrofarle de semejante modo? Acercósele para hacerle pagar cara su osadía; pero, echándose a reír de pronto:

—¡Cómo! ¿Eres tú, de Lussac? —le preguntó.

—Sí, por cierto.

—¿Qué significa ese disfraz?

El supuesto criado abrió la portezuela y ofreció el brazo a la señora para ayudarla a bajar del coche.

—Querido conde —dijo inmediatamente—, tengo él honor de presentarte a la señora duquesa de Berry.

Y dirigiéndose después a ésta:

—Señora Duquesa —dijo—, tengo el honor de presentaros al conde Vouillé, uno de mis mejores amigos y de vuestros más fieles servidores.

El conde retrocedió dos pasos.

—¡La señora duquesa de Berry! —exclamó estupefacto—; ¡Su Alteza Real!

—La misma, caballero —repuso la duquesa.

—¿Supongo que estarás contento y ufano de volver a verla? —preguntó de Lussac.

—Tanto como pueda estarlo el más ardiente realista; pero...

—¿Cómo! ¿Hay un pero? —interrogó la duquesa.

—Pero hoy es el cumpleaños de mi esposa, y tengo a la mesa veinticinco convidados.

—No le hace, caballero; y pues dice el refrán que donde hay para dos hay para tres, vos lo modificaréis diciendo que donde hay para veinticinco habrá para veintiocho, pues os advierto que el señor barón de Lussac, a pesar de la calidad de lacayo de que le veis ahora revestido, piensa comer con nosotros.

—No te asustes —dijo el barón—, ya me despojaré de la librea.

El señor de Vouillé mesóse los cabellos con las manos, casi hasta arrancárselos.

—¿Cómo hacerlo? —exclamaba—, ¿cómo hacerlo?

—Vamos a ver —díjole la duquesa—, hablemos razonablemente.

—¡Sí, hablemos razonablemente! —repitió el conde—; ¡buena ocasión es ésta para hacerlo! Estoy medio loco.

—Me parece que no será de alegría —observó aquélla.

—Es de terror, señora.

—Exageráis la situación.

—¡Es que ignoráis que el prefecto de Poitiers y el corregidor de Châtellerault están en casa!

—Pues bien, me presentaréis a ellos.

—Pero, ¿con qué título, Dios mío?

—Decid que soy prima vuestra. ¿No tenéis ninguna prima lejos de aquí?

—¡Ah! ¡qué idea, señora!

—¡Pongámosla, pues, en práctica!

—Sí, tengo en Tolosa una prima, la señora de La Myre.

—Esto es, precisamente, lo que necesitamos; yo soy la señora de La Myre.

En seguida, volviéndose hacia el coche y tendiendo el brazo a un anciano de sesenta a sesenta y cinco años, que esperaba para dejarse ver a que estuviese acabada la discusión:

—Venid, señor de La Myre —dijo—; hemos querido sorprender a nuestro primo llegando el mismo día del cumpleaños de su esposa; vamos, primo —agregó dirigiéndose al señor de Vouillé.

Y apoyó alegremente su brazo en el del conde,

—¡Vamos! —dijo éste, resuelto a probar la aventura que la duquesa comenzaba tan alegremente—, ¡vamos!

—¿Y yo? —exclamó el barón de Lussac, quien, subido al carruaje, que transformaba en tocador, cambiaba su librea azul celeste con un redingote negro—, ¿no se acuerda nadie de mí?

—Pero, ¿quién diablos serás tú? —interrogó el señor de Vouillé.

—¡Pardiez! seré el señor de Lussac, y si Madame lo permite, el primo de tu prima.

—¡Hola! ¡hola! señor barón —exclamó el anciano que acompañaba a la duquesa—, me parece que os tomáis muchas libertades.

—¡Ah! ¡ah! —intervino la duquesa—, en el campo...

—En campaña, querréis decir —observó de Lussac.

Y habiendo terminado ya su transformación:

—¡Vamos! —dijo a su vez.

El señor de Vouillé, que iba delante, se dirigió atrevidamente al comedor.

La curiosidad de los convidados y la inquietud de la dueña de la casa habían subido de punto al ver que la ausencia del conde se prolongaba más de lo regular; así es que, cuando volvió a abrirse la puerta, todas las miradas fijáronse en los recién llegados. Pero por muy difícil que fuese el papel que debían representar, éstos no se desconcertaron lo más mínimo.

—Amiga mía —dijo el conde a su esposa—, con frecuencia te he hablado de una prima que vive en las cercanías de Tolosa...

—¿La señora de La Myre? —dijo vivamente la condesa.

—La misma. Pues bien, aquí la tienes; va a Nantes, y no ha querido pasar por delante del castillo sin conocerte. La casualidad ha querido que llegue un día de fiesta, y espero que esto será de buen agüero para ella.

—¡Querida prima! —exclamó la condesa, abriendo los brazos a la duquesa.

Las dos señoras se abrazaron. Respecto a los dos hombres, el señor de Vouillé se contentó con decir en voz alta:

—El señor de La Myre; el señor de Lussac.

Los invitados saludaron.

—Ahora —dijo el conde— se trata de encontrar sitio para los recién llegados, pues me han confesado que estaban muertos de hambre.

Como la mesa era grande y los convidados hallábanse colocados con holgura, no era difícil encontrar tres puestos.

—¿No me habéis dicho que teníais a la mesa al señor prefecto de Poitiers, querido primo? —interrogó la duquesa.

—Sí; es aquel honrado ciudadano, que veis a la derecha de la condesa, con anteojos, corbata blanca y la cinta de oficial de la Legión de Honor.

—¡Oh! presentadme a él.

El señor de Vouillé, que había empezado audazmente aquella comedia, creyó que era preciso seguirla hasta el final, por lo que avanzando hacia el prefecto, que estaba majestuosamente apoyado en su silla:

—Señor prefecto —le dijo—, os presento a mi prima, que llevada de su tradicional respeto a la autoridad, cree de una presentación general es insuficiente por lo tocante a vos, y quiere seros presentada particularmente.

—Y hasta oficialmente —añadió la duquesa.

—General, particular y oficialmente —repuso el galante funcionario—, seréis siempre bien llegada.

—Acepto el augurio, caballero —dijo la duquesa.

—¿Vais a Nantes, señora? —interrogó el prefecto, para decir algo.

—Sí, y de allí a París; por lo menos, así lo espero.

—¿Es ésta la primera vez que vais a la capital?

—No; he vivido en ella doce años.

—¿Y la abandonasteis?

—¡Oh! muy a pesar mío.

—¿Hace mucho tiempo?

—El mes de julio hará dos años.

—Me explico perfectamente que cuando uno ha vivido doce años en París...

—Deseé volver allí; me alegro mucho de que lo comprendáis.

—¡Oh! ¡París, París! —dijo el prefecto.

—Tenéis razón, es el paraíso del mundo —asintió la duquesa.

Y volvióse rápidamente, porque sentía que una lágrima humedecía sus párpados.

—¡Vaya, vaya! a la mesa —dijo el señor de Vouillé.

—Querido primo —dijo la duquesa, mirando el puesto que le habían destinado—, os suplico que me dejéis al lado del señor prefecto, pues éste acaba de hacer votos tan sentidos por lo que más deseo en el mundo, que desde ahora queda inscrito en el número de mis amigos.

Encantado de aquel cumplido, el prefecto apartó vivamente su silla, y la duquesa se sentó a su izquierda, en perjuicio de la persona a quien estaba destinado aquel puesto de honor. El barón de Lussac y el anciano se colocaron sin la menor objeción en el sitio que se les había destinado, y en breve se ocuparon, sobre todo el primero, en hacer honor a la comida. Todos siguieron el ejemplo del señor de Lussac, y por un momento reinó el silencio solemne que sólo puede encontrarse al principio de una comida aguardada con impaciencia.

La duquesa fue la primera que rompió el silencio, pues su espíritu aventurero era como las aves marinas, que nunca están mejor que cuando hay tempestad.

—Me parece —dijo— que nuestra llegada ha interrumpido la conversación; no hay nada tan triste como una comida muda, y os advierto, querido conde, que las aborrezco, pues se parecen a los convites de etiqueta, a las comidas de las Tullerías, en que, según dicen, nadie hablaba hasta que el Rey lo había hecho. ¿De qué se hablaba antes que llegáramos?

—El señor prefecto —repuso el conde de Vouillé— tenía la bondad de referirnos algunos pormenores oficiales de la *cascabelada* de Marsella.

—¡Cascabelada! —repitió la duquesa.

—Es el nombre que le ha dado.

—Y el que en realidad merece —observó el prefecto—. ¿Comprendéis una expedición de esta índole, tan mal dispuesta, que para frustrar el golpe basta que un subteniente del 13^o. de línea prenda a uno de los jefes del motín?

—¡Ah! señor prefecto —replicó melancólicamente la duquesa—, en los grandes acontecimientos hay siempre un instante supremo en que el destino de los príncipes y de los imperios vacila como la hoja azotada por el viento. Si, por ejemplo, cuando Napoleón salió de Lamure, al encuentro de las tropas enviadas contra él, un subteniente cualquiera le hubiese asido por los faldones, el regreso de la isla de Elba tampoco hubiera sido más que una cascabelada.

Al oír el acento de profunda convicción con que Madame pronunció estas frases, todos guardaron silencio, hasta que, volviendo a tomar ella misma la palabra:

—¿Se sabe —interrogó—, lo que ha sido de la duquesa de Berry?

—Ha vuelto a embarcarse en el *Carlos Alberto*.

—¡Ah!

—Creo que era lo único que podía hacer racionalmente —añadió el prefecto.

—Esta es mi opinión —dijo el anciano que acompañaba a la duquesa, y que hablaba por

primera vez; y si hubiese tenido el honor de estar al lado de Su Alteza, y ésta me hubiera concedido alguna autoridad, le habría dado con toda sinceridad este consejo.

—No hablo con vos, esposo mío; hablo con el señor prefecto, y le pregunto si está bien seguro de que Su Alteza Real ha vuelto a embarcarse.

—Señora —dijo el prefecto, con uno de esos gestos de admiración que no admiten réplica—, el Gobierno ha recibido la noticia oficial.

—¡Ah! —repuso la duquesa—; siendo así, nada hay que objetar a ello; pero —añadió aventurándose en un terreno más resbaladizo aún que el seguido hasta entonces—, había oído decir otra cosa.

—¡Señora! —exclamó el anciano con un ligero acento de queja.

—¿Qué habíais oído decir, prima? —interrogó el señor de Vouillé, que, por su parte, se interesaba también en la situación.

—Sí, ¿qué habéis oído decir, señora? —dijo el prefecto.

—Advertid —prosiguió la duquesa— que no tiene ningún carácter oficial, pues sólo me refiero a rumores que tal vez carecen de sentido común.

—¡Señora! —interrumpió el anciano.

—¡Caballero! —respondió la duquesa.

—¿Sabéis —insistió el prefecto— que vuestro esposo me parece muy contradictor? Apostaría que es él quien no os permite volver a París.

—Justamente; no obstante, espero ir, a pesar suyo, porque, cuando quiere la mujer...

—¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres! —exclamó el funcionario público.

—¿Qué? —preguntó la duquesa.

—Nada, señora —repuso aquél—; espero que tengáis la bondad de enterarnos de esos rumores de que nos estabais hablando hace un momento.

—Es una cosa muy sencilla: había oído decir, pero no olvidéis que es sólo un rumor vago, había oído decir que la duquesa de Berry, no queriendo hacer caso de observación alguna, se había negado a embarcarse otra vez en el *Carlos Alberto*.

—Si así fuese, ¿dónde se encontraría? —dijo el prefecto.

—En Francia.

—¡En Francia! ¿Con qué objeto?

—Ya sabéis, señor prefecto, que el principal objeto de Su Alteza Real era la Vendée.

—Indudablemente; pero desde el momento que ha fracasado en el Mediodía...

—Razón de más para que trate de triunfar en la Vendée.

El prefecto se sonrió de una manera desdeñosa.

—¿Es decir que creéis que Madame ha vuelto a embarcarse?

—Puedo afirmaros —dijo aquél— que en este momento se halla en los Estados del rey de Cerdeña, al cual la Francia va a pedir explicaciones.

—¡Pobre rey de Cerdeña! Dará una muy sencilla.

—¿Cuál?

—Estaba seguro de que mi prima era una loca —dirá—; pero ignoraba que lo fuese hasta el punto de hacer lo que ha hecho.

—¡Señora, señora! —exclamó el anciano.

—Señor de La Myre —dijo la duquesa—, espero que si contrariáis mi voluntad, a lo menos me haréis el favor de respetar mis opiniones, que, por otra parte, estoy convencida de ello, son las del señor prefecto. ¿No es verdad? —añadió, dirigiéndose a éste.

—El caso es —repuso riendo aquel funcionario— que a mi entender Su Alteza Real ha obrado en este asunto con la mayor ligereza.

—¿Pues qué diríais si los rumores se realizaran y Madame fuese a la Vendée.

—Pero, ¿por dónde iría? —preguntó el prefecto.

—¡Toma! por la prefectura inmediata, por la vuestra, por cualquiera: dícese que la han visto y reconocido en Tolosa, en una carretela descubierta, cuando mudaban los caballos a la puerta de la casa de postas.

—¡Cáspita! esto sería demasiado.

—Demasiado, no; pero sí mucho.

—Tanto —observó el conde— que el prefecto no lo cree.

—Ni una palabra —asintió éste, recalcando el acento.

En aquel momento se abrió la puerta, y uno de los criados del conde anunció que un portero de la prefectura deseaba entregar al primer funcionario del departamento un despacho telegráfico que acababa de llegar de París.

—¿Permitís que entre? —interrogó el prefecto al conde de Vouillé.

—Por supuesto —respondió éste.

El portero entró y entregó un despacho cerrado al prefecto, quien se inclinó pidiendo permiso a los convidados, como lo había hecho con el anfitrión.

Reinaba un silencio profundo en el comedor, y todas las miradas se fijaban en el prefecto. Madame cambiaba algunas señas con el señor de Vouillé, que reía por lo bajo con el barón de Lussac, que reía fuerte, y con su fingido esposo, que observaba una seriedad imperturbable.

—¡Oiga! —exclamó el funcionario público, mientras su rostro manifestaba la mayor sorpresa.

—¿Qué sucede? —preguntó el señor de Vouillé.

—Sucede, que la señora nos decía la verdad respecto de Su Alteza Real, pues ésta no ha salido de Francia y se dirige a la Vendée por Tolosa, Liburna y Poitiers.

Y, al decir esto, el prefecto se levantó.

—¿A dónde vais? —le interrogó Madame.

—A cumplir mi deber, por muy penoso que sea, y a dar órdenes oportunas para que Su Alteza Real sea detenida, sí, como me anuncia el despacho de París, comete la imprudencia de pasar por mi departamento.

—Id, señor prefecto, id —repuso la señora de La Myre—; no puedo menos de aplaudir vuestro celo, y os prometo acordarme de él, cuando llegue la ocasión.

Y alargó la mano al prefecto, quien se la besó con galantería después de haber pedido permiso con una mirada al señor de La Myre.

XIII

PERICO

La noche del día siguiente al que tuvieron lugar en el castillo de Vouillé los sucesos en el capítulo precedente, volvemos a encontrar a Berta y a Michel a la cabecera del pobre Tinguy, pues aun cuando con las visitas que el doctor Roger había prometido hacer al enfermo era completamente inútil la presencia de la joven en la cabaña, Berta, no obstante las observaciones de María, había querido seguir prodigando sus cuidados al vendeano. Quizás la caridad cristiana no era el único móvil que la llevaba a la choza de éste; pero sea de ello lo que fuere, y por una coincidencia muy natural, Michel, abandonando sus temores, había precedido a la señorita de Souday, y se encontraba ya en la cabaña cuando Berta llegó a ella.

¿Era a Berta a quien esperaba Michel? No nos atrevemos a decirlo. Tal vez había pensado que María desempeñaría aquella noche el cargo de hermana de la caridad; quizás esperaba vagamente que aquélla no dejaría escapar la ocasión que se le presentaba para acercársele, y su corazón palpité con violencia cuando vio dibujarse sobre una de las hojas de la puerta una sombra vaga, pero que, según su elegancia, sólo podía ser de una de las hijas del marqués de Souday.

Al reconocer a Berta, el barón experimentó una leve contrariedad; pero Michel, que en fuerza de su amor se sentía lleno de ternura por el marqués de Souday, de simpatía por el áspero Juan Oullier, de afecto por los perros, ¿podía dejar de amar a la hermana de María? ¿La inclinación que experimentaba por ésta, no debía acercarle a aquélla? ¿No sería una dicha para él oír hablar de la que se hallaba ausente? El barón se mostró, pues, lleno de atenciones y cumplidos con Berta, la cual le correspondió con una satisfacción que no se tomó la molestia de disimular.

Por desgracia para Michel, era difícil ocuparse de otra cosa que del enfermo, cuya situación empeoraba por momentos. Tinguy había caído en el estado de torpeza e insensibilidad que los médicos califican con el nombre de modorra, y que en las enfermedades inflamatorias caracteriza el período que precede a la muerte. No veía ya nada de lo que pasaba a su alrededor, ni contestaba cuando le dirigían la palabra; su pupila, espantosamente dilatada, permanecía fija y estaba casi constantemente inmóvil, y sus manos probaban de cuando en cuando acercar la manta a su rostro o asir objetos imaginarios que creía ver sobre el lecho.

Berta, que a pesar de sus pocos años había asistido más de una vez a tan tristes escenas, no podía hacerse ilusiones sobre el estado del pobre aldeano; y queriendo evitar a Rosina el pesar de asistir a la agonía de su padre, que debía comenzar de un momento a otro, la mandó en busca del doctor Roger.

—Si queréis, señorita —dijo Michel—, yo puedo encargarme de avisarle, pues iré más de prisa que esa pobre niña, a la cual, por otra parte, no es muy prudente exponer a que transite de noche y sola por esos caminos.

—No, señor Michel; Rosina no corre ningún peligro, y tengo motivos para desear que os quedéis a mi lado. ¿Acaso os desagrada esto?

—Todo lo contrario, señorita; lejos de eso, me considero tan dichoso con poder seros útil, que no quiero perder ninguna ocasión para ello.

—Descuidad, tal vez dentro de poco tiempo necesite más de una vez poner a prueba vuestra adhesión.

Apenas haría diez minutos que se había marchado Rosina, cuando el enfermo pareció experimentar una mejoría sensible y del todo extraordinaria; sus ojos perdieron su fijeza, empezó a respirar con más facilidad, y habiéndose aflojado sus crispados dedos, se los pasó varias veces por la frente para enjugar el sudor que la bañaba.

—¿Cómo os sentís, Tinguy? —preguntó la joven al aldeano.

—Mejor —respondió éste con voz débil—. ¿Querrá Dios que no deserte antes de la batalla? —añadió, tratando de sonreír.

—Puede que sí, pues también vais a combatir por él.

El aldeano movió tristemente la cabeza, dando Un profundo suspiro.

—Señor Michel —dijo Berta al joven, llevándole a un rincón del aposento, para que el enfermo no la oyera—; corred a casa del señor cura, decidle que venga y despertad a sus vecinos.

—¿No se encuentra mejor, señorita? Hace un momento que así os lo aseguraba.

—¿Qué niño sois! ¿No habéis visto nunca apagarse una lámpara? Su última llama es siempre la más viva, y lo mismo sucede con nuestro miserable cuerpo. Corred pronto, pues ese desgraciado morirá sin agonía; la fiebre ha agotado sus fuerzas, y su alma le abandonará sin lucha.

—¿Y vais a quedaros sola a su lado?

—Id en seguida, y no os preocupéis de mí.

Michel salió de la cabaña, y Berta se acercó a Tinguy que le alargó la mano.

—Gracias, buena señorita —le dijo.

—¿De qué, Tinguy?

—En primer lugar, por vuestros cuidados, y luego por la idea de mandar en busca del señor cura.

—¿Lo habéis oído?

Tinguy se sonrió.

—Sí —dijo—, aunque habéis hablado muy bajo.

—Sin embargo, la presencia del sacerdote no nos debe hacer creer que vais a morir, mi buen Tinguy; es preciso no amedrentaros.

—¡Amedrentarme! —exclamó el aldeano, tratando de incorporarse—, ¡amedrentarme! ¿Y por qué? He respetado a los ancianos y querido a los niños; he sufrido sin murmurar, he trabajado sin quejarme, loando a Dios cuando el granizo ha asolado mi pequeño campo, y bendiciéndole cuando la cosecha era abundante. Nunca he echado de mi casa a los mendigos, a quienes Santa Ana enviaba a ella, y he cumplido siempre los Mandamientos de la Ley de Dios y los de la Iglesia. ¡Oh, no, señorita! Para nosotros los pobres cristianos no hay día más venturoso que el de la muerte, pues, a pesar de mi ignorancia, conozco que es el que nos iguala con los grandes de la tierra. Si ha llegado para mí este día, si Dios me llama a sí, estoy pronto y compareceré ante su tribunal, lleno de esperanza en su infinita misericordia.

El semblante de Tinguy se había iluminado al pronunciar estas palabras; pero como el entusiasmo religioso del pobre aldeano acabó de agotar sus fuerzas, volvió a caer pesadamente sobre el lecho, balbuceando sólo algunas expresiones ininteligibles, entre

las cuales se distinguían aún el nombre de Dios y el de la Virgen.

En aquel momento entró el cura, y, habiéndole Berta señalado al enfermo, comprendió al momento lo que aquella deseaba y empezó la oración de los agonizantes.

Michel rogó a Berta que se retirara, y, accediendo a ello la joven, salieron ambos, después de haber orado por vez postrera junto al lecho del pobre Tinguy.

A medida que iban llegando los vecinos, se arrodillaban y repetían las letanías que rezaba el sacerdote.

Dos delgadas velas de cera amarilla, puestas junto a un crucifijo de latón, iluminaban aquella lúgubre escena. De pronto, y en el momento en que el sacerdote y los concurrentes recitaban, mentalmente, el *Ave María*, un grito de lechuza, partido de las inmediaciones de la cabaña, dominó el monótono murmullo que se oía en el interior de ésta.

Al oír aquel grito, todos los aldeanos se estremecieron, y el moribundo, que hacía algunos momentos tenía los ojos velados y la respiración entrecortada, levantó la cabeza.

—¡Aquí estoy! —exclamó—, ¡aquí estoy!... ¡Yo soy el guía!

Luego trato de imitar el canto del mochuelo, para contestar al grito que había oído; mas no lo pudo conseguir. Su apagada respiración no produjo más que una especie de sollozo; la cabeza se le dobló hacia atrás, y los ojos se le abrieron desmesuradamente. ¡Había muerto!

Entonces penetró en la cabaña un joven desconocido. Era un aldeano bretón, con sombrero de anchas alas, chaleco rojo con botones plateados, chupa azul bordada del mismo color que el chaleco y altas polainas de cuero, el cual llevaba en la mano un bastón herrado de los que se sirven los campesinos cuando van de viaje. Aunque pareció sorprenderse del espectáculo que se presentaba a su vista, nada preguntó; y después de arrodillarse y orar como los demás, se aproximó al lecho, contempló atentamente el rostro pálido y descolorido del pobre Tinguy, enjugó dos lágrimas que corrieron por sus mejillas, y salió tan silenciosamente como había entrado.

Los aldeanos, habituados a aquella práctica religiosa, según la cual nadie pasa por delante de una casa en que haya algún difunto, sin rezar una oración por su alma y dar una bendición a su cuerpo, no extrañaron la presencia del desconocido, ni fijaron atención en su salida. A pocos pasos de allí, el joven bretón encontró a otro aldeano de más baja estatura y más joven que él, el cual parecía su hermano e iba montado en un caballo enjaezado al estilo del país.

—Y bien, Ramo de Oro —preguntó el nuevo personaje—, ¿qué tenemos?

—Tenemos que no hay lugar para nosotros en la casa, pues ha entrado en ella un huésped que la ocupa toda.

—¿Qué huésped es ése?

—La muerte.

—¿Quién ha muerto?

—Aquél a quien íbamos a pedir hospitalidad. Yo os propondría que nos amparáramos a la sombra de esa misma muerte, que nos ocultáramos bajo la mortaja que nadie irá a levantar; pero he oído decir que Tinguy ha muerto de una fiebre tifoidea, y aunque los médicos digan que no es contagiosa, no quiero exponeros a semejante peligro.

—¿Estáis seguro de que no os han visto y reconocido?

—Es imposible. Alrededor del lecho estaban orando ocho o diez personas de ambos

sexos; he entrado, y arrodillándome, he orado también, como lo hubiera hecho en este caso cualquier aldeano bretón o vendeano.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —interrogó el más joven de los dos compañeros.

—Ya os dije que podíamos elegir entre el castillo de mi camarada y la cabaña de un pobre aldeano que debía servirnos de guía; entre los atractivos del lujo y de una morada digna de un príncipe, con mediana seguridad, y la pobre choza, el lecho incómodo y el pan de alforjón, con una seguridad completa. Dios ha resuelto la cuestión, y pues no podemos elegir, forzoso es que nos contentemos con lo primero.

—Pero, ¿no me habéis dicho que no estaríamos seguros en el castillo?

—Sí; éste es propiedad de uno de mis amigos de la infancia, cuyo padre, hoy difunto, fue hecho Barón en tiempo del Imperio. Nada temería si aquél estuviese solo, pues, aunque débil, tiene buen corazón; pero vive allí con su madre, a la cual creo egoísta y ambiciosa, y esto me produce alguna inquietud.

—¡Bah! por una noche... Veo que no sois atrevido, Ramo de Oro.

—Sí, por cierto, cuando solamente se trata de mí; pero respondo a la Francia, o cuando menos, a mi partido, de la vida de...

—¿De Perico, queréis decir? ¡Ah! Ramo de Oro, en dos horas que llevamos de marcha, ésta es la décima apuesta que me debéis.

—Será la última, seño... Perico, quiero decir; en lo sucesivo no os daré otro nombre que éste, ni os consideraré más que como mi hermano.

—¡Ea! vamos al castillo, pues estoy tan cansado, que me acogería en cualquier parte.

—Seguiremos un atajo, que nos llevará allí en diez minutos —dijo el joven—; acomodaos lo mejor que podáis sobre la silla, yo iré a pie, y no tendréis que hacer más que seguirme, pues de otra manera podríamos extraviarnos.

—Aguardad —dijo Perico.

Y se dejó deslizar del caballo.

—¿A dónde vais? —le preguntó Ramo de Oro, con inquietud.

—Habéis orado junto al lecho de ese humilde aldeano —dijo—, y yo debo hacer lo que vos.

—¿Pensáis en esto?

—Era un corazón valiente y honrado —insistió Perico—; y puesto que, si hubiese vivido, habría arriesgado su vida por nosotros, bien debo una oración a su pobre cadáver.

Ramo de Oro se descubrió, apartándose para dejar pasar a su compañero, quien, como lo había hecho aquél, entró en la cabaña, tomó una rama de boj, la mojó en agua bendita y la sacudió sobre el cadáver, después de lo cual se arrodillo al pie del lecho, oró un momento, volvió a salir sin que nadie reparara tampoco en su presencia, y fue a reunirse con su compañero.

Este le ayudó a montar a caballo, y precediéndole a pie, siguieron ambos a través de los campos el sendero casi invisible, que, como hemos dicho, era el camino más corto para ir al castillo de La Logerie.

Apenas habían andado quinientos pasos, Ramo de Oro se paró y detuvo al caballo de Perico.

—¿Qué sucede? —interrogó éste.

—Oigo ruido de pasos —respondió el joven—; arrimaos a ese zarzal, yo me quedaré

detrás de este árbol, y, de esta manera, el que se acerca pasará sin vernos.

Practicáronlo así con la rapidez propia de una maniobra estratégica y tan a tiempo, que apenas acababan de ocupar sus respectivos puestos, pudieron ver a un joven de veinte años que seguía, o mejor dicho, corría en la misma dirección que ellos. Como llevaba el sombrero en la mano y sus cabellos, flotando a merced del viento, le dejaban completamente descubierto el rostro, Ramo de Oro, cuyos ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad, le reconoció y dejó escapar un grito de sorpresa; pero como si, dudando aún, temiese engañarse en su deseo, dejó que el joven avanzara algunos pasos más, y cuando éste le hubo vuelto la espalda por completo, gritó:

—¡Michel!

El joven, que no esperaba oír pronunciar su nombre en medio de las tinieblas y en aquel paraje desierto, dio un grito de sorpresa, y con voz conmovida por el miedo:

—¿Quién me llama? —preguntó.

—Yo —dijo Ramo de Oro, quitándose el sombrero y una peluca que arrojó al pie del árbol, y adelantándose hacia su amigo sin otro disfraz que el resto de su traje bretón, que, por otra parte, no cambiaba en lo más mínimo su aspecto.

—¡Enrique de Bonneville! —exclamó el barón Michel en el colmo de la admiración.

—El mismo; pero no pronuncies mi nombre en voz tan alta, pues nos hallamos en un país y en una ocasión en que los zarzales, las zanjas y los árboles comparten con las paredes el privilegio de tener oídos.

—¡Ah! sí —exclamó asustado Michel—, y además...

—Sí, además... —dijo el Conde.

—¿Vienes, pues, con motivo de la sublevación de que se habla?

—Precisamente. Vamos a ver, ¿a qué partido perteneces?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Amigo mío —respondió Michel—, aún no tengo bien fijada mi opinión, pero te confesaré por lo bajo...

—Tan bajo como quieras, pero apresúrate.

—Pues bien, te confesaré que me inclino a Enrique V.

—Si es así, querido Michel —repuso alegremente el Conde—, esto es todo lo que necesito.

—Es que aún no me he decidido completamente.

—Tanto mejor, pues así tendré el placer de acabar tu conversión; y a fin de que pueda comenarla con mayores probabilidades de buen éxito, vas a albergarnos en tu castillo a mí y a uno de mis amigos que me acompaña.

—¿Dónde está tu amigo?

—Hele aquí —dijo Perico, avanzando y saludando al joven con una soltura y una gracia que contrastaban singularmente con su traje.

Michel examinó durante algunos momentos al aldeano, y acercándose a Ramo de Oro, o mejor dicho al conde de Bonneville:

—Enrique —le preguntó—, ¿cómo se llama tu amigo?

—Michel, faltas a las tradiciones de la hospitalidad antigua. Veo que te has olvidado de

la *Odisea*, amigo mío, y lo deploro. ¿Qué te importa el nombre de mi amigo? ¿No te basta saber que es un hombre bien nacido?

—¿Estás seguro de que es un hombre?

El Conde y Perico se echaron a reír a carcajadas.

—¿Deseas decididamente saber a quién vas a recibir en tu casa? —dijo el primero.

—No por mí, Enrique; pero en el castillo de La Logerie...

—¿Qué?

—Yo no soy el amo.

—Sí, ya sé que la baronesa es la dueña y así se lo he dicho a Perico; pero en lugar de quedarnos en el castillo, solamente pasaremos en él una noche. Nos llevarás a tu habitación, yo haré una visita a la bodega y a la despensa, que supongo estarán aún en el mismo sitio; mi compañero se acostará en tu cama, donde dormirá lo mejor que pueda; mañana, al despuntar la aurora, me pondré en busca de un asilo, y una vez hallado éste, lo que espero no será difícil, te libraremos de nuestra presencia.

—Es imposible, Enrique; no creas que tema a mi madre por mí, pero si te dejase entrar en el castillo, comprometería tu seguridad.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que todavía no se ha acostado y que me espera, y, por consiguiente, nos verá entrar; creo que podremos explicar tu disfraz, pero ¿cómo hacer otro tanto con el de tu compañero?

—Tiene razón —dijo Perico.

—Pero entonces, ¿qué haremos?

—Espera —dijo el joven mirando con inquietud en torno suyo—; alejémonos de este seto y de ese zarzal.

—¡Diablo!

—Se trata de Courtin.

—¿Quién es Courtin?

—¿No te acuerdas de Courtin, el colono?

—¡Ah! sí, ¿un buen muchacho, que siempre era de tu opinión contra todo el mundo, incluso tu madre?

—El mismo. Pues bien, Courtin es corregidor y, además, felipista acérrimo, y si te viese correr por los campos de noche y con este traje, te haría prender sin vacilar un momento.

—Esto ya merece más atención —dijo Enrique, que empezaba a mostrar cierta gravedad—; ¿qué pensáis de ello, Perico?

—Nada, querido Ramo de Oro, dejo que vos lo hagáis por mí.

—El resultado de todo esto es que nos cierras la puerta de tu casa —observó Bonneville.

—¿Qué os importa —respondió el barón Michel, cuyos ojos acababan de iluminarse con la luz de la esperanza—, qué os importa si os abro más segura que la del castillo de La Logerie?

—¿Cómo que qué nos importa! Al contrario, tiene mucho interés para nosotros, ¿no es cierto, Perico?

—En cuanto a mí, lo único que me interesa es encontrar dónde acogerme, pues debo confesar que estoy rendido de cansancio.

—Entonces, seguidme —repuso el Barón.

—Espera; ¿hemos de ir muy lejos?

—Cinco cuartos de legua escasamente.

—¿Tendréis fuerzas para ello? —preguntó Enrique al aldeano.

—Lo probaremos —respondió éste sonriendo—. Sigamos al barón Michel.

—Sigámosle —dijo Bonneville—. En marcha, Barón.

El pequeño grupo salió de la inmovilidad en que estaba hacía diez minutos, y se puso en marcha guiado por Michel; pero apenas había andado cincuenta pasos, su amigo le detuvo poniéndole la mano sobre el hombro.

—¿A dónde nos llevas? —le preguntó.

—Nada temas.

—Te sigo, a condición de que me prometas que Perico, que, como ves, es algo delicado, encontrará buena cena y mejor lecho.

—Tendrá lo que yo quisiera poderle ofrecer: el mejor plato de la despensa, el mejor vino de la bodega y el mejor lecho del castillo

Pusiéronse en marcha de nuevo.

—Me adelanto para que no tengáis que esperar —dijo el barón Michel.

—Un instante —dijo Enrique—, ¿a dónde vas?

—Al castillo de Souday.

—¿Al castillo de Souday?

—Sí; debes conocerle perfectamente, con sus torrecillas puntiagudas, con techos de pizarra, a la izquierda del camino, delante del bosque de Machecoul.

—¿El castillo de las *Lobas*?

—De las *Lobas*, si te place llamarle así.

—¿Y es allí a donde nos llevas?

—Sí.

—¿Has pensado bien lo que haces, Michel?

—Respondo de todo.

Y en la seguridad de que su amigo no necesitaba más explicaciones, Michel echó a correr en dirección al castillo de Souday con la velocidad de que había dado una irrecusable prueba el día, o mejor dicho, la noche que fue a buscar al médico de Legé.

—¡Y bien! —interrogó Perico—, ¿qué hacemos?

—Como no podemos escoger, es preciso seguirle.

—¿Al castillo de las *Lobas*?

—Sí.

—En este caso, querido Ramo de Oro —dijo el aldeano—, para que el camino me parezca más corto, decidme qué es eso de las *Lobas*.

—Os diré cuanto sé a ese respecto.

—No puedo exigir más.

Entonces el conde de Bonneville, con la mano apoyada en el arzón de la silla, refirió a Perico la especie de leyenda que en el departamento del Loira Inferior y en los inmediatos se refería sobre las dos herederas del marqués de Souday, las cacerías que

hacían de día, sus correrías de noche, y las jaurías y ladridos fantásticos con que perseguían a los lobos y jabalíes en medio de los bosques.

Estaba el conde en lo más dramático de la leyenda cuando descubrió las torrecillas del castillo de Souday, e interrumpiendo de improviso su relato, anunció a su compañero que habían llegado al término de su viaje. Perico, convencido de que iba a ver algo semejante a las brujas de Macbeth, procuraba revestirse de valor para llegar al terrible castillo, cuando al revolver el camino se encontró delante de la puerta abierta, viendo junto a ella dos sombras blancas que parecían esperarles, alumbradas por una antorcha que sostenía detrás de ellas un hombre de semblante tosco y traje del campo. Perico, dirigió una tímida mirada a Berta y a María, pues no eran otras las que, avisadas por el joven barón, habían salido a recibir a los dos viajeros; y no fue escasa su sorpresa al ver dos encantadoras jóvenes, rubia una, con los ojos azules y el rostro angelical, morena la otra, con los ojos y cabellos negros, y el rostro arrogante y resuelto; pero sonriendo ambas y retratándose en su cara la lealtad más absoluta.

Ramo de Oro y su compañero, que se apeó del caballo, se adelantaron hacia las jóvenes.

—Señoritas —dijo aquél—, mi amigo el barón Michel me ha hecho esperar que el señor marqués de Souday, vuestro padre, tendría a bien concedernos hospitalidad en su castillo.

—Mi padre se halla ausente, caballero —respondió Berta—, y sentirá mucho haber perdido esta ocasión de practicar una virtud que en nuestros días no puede ejercer con mucha frecuencia.

—No sé si Michel os habrá dicho, señorita, que esta hospitalidad puede seros peligrosa, pues mi compañero y yo estamos casi proscritos, y tal vez la persecución será el solo premio del asilo que nos ofrecéis.

—Venís en nombre de una causa que es la nuestra, caballero; si hubieseis sido extranjeros, os habríamos acogido; siendo proscritos y realistas, os recibimos con placer, aun cuando la muerte y la ruina de nuestro pobre hogar deban venir en pos de vosotros. Si mi padre estuviese aquí, os hablaría como yo lo hago.

—Como, sin duda, el barón Michel os ha manifestado mi nombre, sólo me falta deciros el de mi compañero.

—No os lo preguntamos, caballero; vuestra calidad vale para nosotros más que vuestro nombre, cualquiera que éste sea, pues sois realistas y os halláis proscritos por una causa por la cual, a pesar de ser mujeres, quisiéramos dar toda nuestra sangre. Entrad en esta casa; si no es rica ni suntuosa, a lo menos la encontrareis discreta y fiel.

Y con un gesto de suprema nobleza, Berta señaló la puerta a los jóvenes, invitándoles a entrar.

—Bendito sea San Julián —dijo Perico al oído del conde de Bonneville—; he aquí reunidos el castillo y la cabaña, entre los cuales queríais que escogiese. Mucho me agradan vuestras *Lobas*.

Y atravesó la puerta, haciendo con la cabeza un ligero y gracioso saludo a las dos gemelas. El conde de Bonneville le siguió. Berta y María hicieron a Michel una amistosa señal de despedida, y la primera le alargó la mano; pero Juan Oullier empujó tan bruscamente la puerta, que el pobre joven no tuvo tiempo de tomársela.

Durante algunos instantes, el joven estuvo mirando las sombrías torrecillas del castillo, que se dibujaban sobre el fondo oscuro del cielo, y las ventanas que se iluminaban sucesivamente, hasta que, por último, se alejó.

Cuando hubo desaparecido, los matorrales se separaron, dando paso a un personaje que

había asistido a aquella escena con un interés bien distinto del de los otros actores. Aquel personaje era Courtin, quien, luego de haberse asegurado de que estaba solo, tomó el camino por el cual su amo había desaparecido en dirección a La Logerie.

Eran las dos de la madrugada poco más o menos cuando el barón Michel llegó al final de la calle de árboles que conducía al castillo de su madre. La atmósfera estaba tranquila, y al majestuoso silencio de la noche, turbado sólo por el rumor de las hojas de los álamos, le había sumido en una profunda meditación. Inútil creemos decir que las dos gemelas y, en especial, María, eran el objeto que preocupaba a Michel.

Pero cuando a quinientos pasos de él y al final de la sombría calle de árboles que seguía, descubrió las ventanas del castillo, cuyos cristales reflejaban los rayos de la luna, desvaneciéronse los hermosos ensueños a que se entregaba, y sus ideas tomaron acto continuo una dirección más positiva. En lugar de las dos encantadoras jóvenes cuya imagen le había acompañado hasta entonces, su imaginación le presentó el rostro severo y amenazador de su madre. Nuestros lectores saben ya el miedo insuperable que la baronesa Michel inspiraba a su hijo.

Éste se detuvo.

Tan grande era su temor, que si hubiese sabido en las cercanías, o aunque hubiese sido a una legua de distancia, una casa o una posada donde encontrar albergue, no hubiera vuelto al castillo hasta el día siguiente. Aquélla era la primera vez, no que dormía fuera de casa, sino que se recogía tan tarde, y conocía instintivamente que su madre sabía que estaba ausente y le esperaba. Y ¿qué contestaría cuando le preguntase de dónde venía?

Courtin era el único que podía brindarle un asilo, pero para pedírselo era menester contárselo todo, y nuestro joven sabía cuan peligroso era tomar por confidente a un hombre como Courtin. Decidióse, pues, a arrostrar el enojo de su madre, pero al igual que el reo se decide a arrostrar el suplicio, esto es, porque no puede hacer otra cosa, y prosiguió su camino. No obstante cuánto más se acercaba al castillo, más sentía faltarle la resolución.

Cuando llegó al extremo de la avenida y debió marchar al descubierto a través del prado, cuando vio la ventana de la estancia de su madre, única que estaba abierta, destacarse sombría sobre la fachada, faltóle por completo el valor. Sus presentimientos no le habían engañado: ¡la Baronesa acechaba la vuelta de su hijo!

Entonces desvaneciése por completo la resolución del joven, según ya hemos dicho, y el miedo, desarrollando los recursos de su imaginación, le indujo a ensayar un ardid que podía, sino conjurar el enojo de su madre, a lo menos retardar sus demostraciones. Dirigióse hacia la izquierda, siguió un seto de ojaranzos oculto en su sombra, llegó a la tapia de la huerta, que escaló, atravesóla en toda su longitud, y pasó por la puerta de comunicación de la huerta al parque. Una vez allí, merced a los terraplenes, podía deslizarse hasta las ventanas del castillo; hasta entonces todo le había salido a las mil maravillas. Pero quedaba por realizar lo más difícil, o, mejor dicho, lo más casual. Tratábase de buscar una ventana que la negligencia de algún criado hubiese dejado abierta, y por la cual pudiese penetrar en la casa y llegar a su aposento.

El castillo de La Logerie consistía en un gran cuerpo principal, cuadrado, flanqueado por cuatro torrecillas de la misma forma. La cocina y demás dependencias estaban en los sótanos, las salas de recibo en el piso bajo, las de la baronesa en el principal y las de su hijo en el segundo.

Michel dio la vuelta a los tres lados del castillo, empujando con tiento todas las puertas y

ventanas, deslizándose a lo largo de los muros, andando de puntillas y conteniendo la respiración. Pero ni las puertas ni las ventanas se movieron.

Quedábale por examinar la fachada, que era la parte más peligrosa. Las ventanas de la baronesa se abrían, según hemos dicho ya, en esta parte del edificio, que no se hallaba rodeada de arbustos como el resto del castillo; y una de ellas, la que correspondía a la alcoba, estaba abierta. No obstante, Michel, pensando que, al fin y al cabo, lo mismo daba ser regañado dentro que fuera del castillo, se decidió a probar la aventura, y avanzaba ya la cabeza a lo largo de la torrecilla, disponiéndose a rodearla, cuando descubrió una sombra que se deslizaba a través del prado.

Aquella sombra suponía un cuerpo.

Michel se detuvo y fijó toda su atención en el recién llegado; no tardó en reconocer que era un hombre y que éste seguía el camino que él hubiera debido seguir si se hubiese decidido a entrar directamente en el castillo. El joven volvió a ocultarse en la sombra y se agazapó junto al resalto que formaba la torrecilla. Entretanto, el desconocido iba aproximándose, y cuando sólo distó del castillo unos cincuenta pasos, Michel oyó en la ventana la áspera voz de su madre, alegrándose entonces de no haber atravesado el prado, como lo hacía aquél.

—¿Eres tú, al fin; Michel? —preguntó la baronesa.

—No, señora —respondió una voz, que el joven pudo reconocer con admiración y temor a la vez por la del colono—; y honráis demasiado al pobre Courtin, confundiéndo-le con el señor barón.

—¡Gran Dios! —exclamó la baronesa—, ¿qué os trae a estas horas?

—¡Ah! ya sospecháis que es algo importante, ¿no es cierto, señora baronesa?

—¿Ha sucedido alguna desgracia a mi hijo?

El tono de profunda congoja con que su madre pronunció estas palabras conmovió tan vivamente al joven, que iba a adelantarse para tranquilizarla; pero la contestación de Courtin, que oyó casi en seguida, paralizó aquella buena disposición.

Michel volvió a entrar en la sombra que le servía de escondite.

—*Nequáquam* —respondió el colono—: el mocito, si puedo atreverme a llamar así al señor barón, está sano y salvo, a lo menos por ahora.

—¡Por ahora! —exclamó la baronesa—. ¿Corre tal vez peligro?

—¡Vaya si lo corre! —dijo Courtin—; será muy fácil que le suceda algún percance si sigue dejándose engatusar por esas gentes a quienes Dios confunda, y sólo para evitar esta desgracia me he tomado la libertad de venir a veros a media noche, sospechando por otra parte que, habiendo advertido la ausencia del señor barón, no os habríais acostado.

—Y habéis hecho muy bien, Courtin; ¿sabéis en dónde está ese desdichado?

Courtin miró a su alrededor.

—A fe mía me admira que no esté de vuelta —dijo—, he tomado a caso hecho el camino vecinal para dejarle libre el atajo, y éste es, por lo menos, un cuarto de legua más corto que aquél.

—Pero, en fin, ¿de dónde viene? ¿en dónde ha estado? ¿por qué corre por los campos de noche, a las dos de la madrugada, sin hacer caso de mi desasosiego, sin pensar que pone en peligro su salud y la mía?

—Señora baronesa —dijo Courtin—, ¿no opináis que son éstas muchas preguntas para que las pueda contestar al aire libre?

Luego, bajando la voz:

—Lo que tengo que contaros es tan grave —añadió—, que no estaría de más que me hicierais entrar en vuestro aposento para escucharos. Esto, sin contar con que, si el señor barón no está en el castillo, no puede tardar en llegar —agregó el colono, mirando de nuevo con inquietud en torno suyo—, y sentiría en el alma que supiera que le espío, aunque esto sea por su bien, y, sobre todo, para serviros.

—Entrad, pues —dijo la baronesa—; tenéis razón, entrad pronto.

—Dispensad, señora baronesa, pero ¿por dónde entraré?

—En efecto —dijo aquélla—; la puerta está cerrada.

—¿Queréis echarme la llave?

—Está en la cerradura.

—¡Diablo!

—Queriendo ocultar a los criados la conducta de mi hijo, les he mandado que se acostaran; pero esperad, voy a llamar a la doncella.

—No hagáis tal, señora —dijo Courtin—; no conviene que nadie se entere de nuestros secretos. Por otra parte, creo que las circunstancias son bastante graves para que hagáis caso de la etiqueta, y aun cuando ya sabemos que la señora baronesa de La Logerie no debe ir a abrir la puerta a un pobre aldeano como yo, una vez no hace costumbre. Si todos duermen en el castillo, tanto mejor; así no tendremos que temer a los curiosos.

—En verdad que me asustáis, Courtin —dijo la baronesa, contenida, efectivamente, por el sentimiento de pueril orgullo que no había escapado al colono—; no vacilo más.

La baronesa se retiró de la ventana, y algunos momentos después, Michel oyó rechinar la llave y los cerrojos de la puerta. Al principio, escuchó con sobresalto, pero pronto conoció que, por efecto de su preocupación, su madre y Courtin se olvidaban de cerrar aquella puerta que acababa de abrirse tan difícilmente.

El joven esperó algunos momentos, para dar lugar a que aquéllos llegaran al aposento de la baronesa, y deslizándose después a lo largo de la pared, subió la gradería exterior, empujó la puerta, que giró sin ruido sobre sus goznes, y se halló en el vestíbulo. Su primer proyecto había sido dirigirse a su alcoba y esperar los acontecimientos tal como se presentaran, fingiendo que dormía, pues en este caso no sabrían a punto fijo la hora a que había llegado y podría salir del paso aventurando una mentira; pero las cosas cambiaron completamente después de tomada aquella primera resolución, pues Courtin, que él había visto y seguido, conocía sin duda el asilo del conde de Bonneville y de su compañero.

Michel se olvidó un instante de sí mismo para no acordarse más que de la seguridad de su amigo, a quien el colono podía comprometer extraordinariamente. Así, pues, en lugar de subir al segundo piso, se detuvo en el primero, deslizándose con precaución por el corredor y escuchando con atención a la puerta del aposento de su madre.

—¿Creéis, pues, formalmente, Courtin —preguntaba la baronesa—, que mi hijo se ha dejado atrapar en el lazo por una de esas miserables?

—Sí, señora, estoy seguro de ello; y tan bien prendido, que temo os ha de costar mucho trabajo librarle de él.

—¡Unas muchachas que no tienen un céntimo!

—¡Diantre! Pertenece a una de las familias más antiguas del país —dijo Courtin, que quería conocer el terreno—; lo cual, según parece, ya es algo para vosotros los nobles. Salvo el respeto que os debo, señora baronesa, opino que el señor Michel no ha pensado

aún en todo esto, ni se explica la pasión que siente por las *señoritas*; pero de lo que estoy convencido es de que va a comprometerse gravemente por otro estilo.

—¿Qué queréis decir, Courtin?

—¡Toma! —repuso éste—, sería muy sensible para mí, que os aprecio y os respeto, hacer prender a vuestro hijo.

Michel se estremeció vivamente; pero, no obstante, la baronesa fue la que sufrió la más violenta conmoción.

—¡Prender a Michel! —exclamó, irguiéndose—; creo que os propasáis, Courtin.

—No, señora baronesa, no me propaso.

—No obstante...

—Es verdad que soy vuestro colono —prosiguió Courtin, haciendo con la mano un ademán para calmar a la orgullosa baronesa—, lo que me impone la obligación de daros cuenta exacta de las cosechas, cuya mitad os pertenece, y de pagaros puntualmente mi pensión, lo que hago del mejor modo posible a pesar de los malos tiempos que corremos; pero antes que vuestro colono, soy ciudadano y corregidor por añadidura, y en calidad de tal tengo asimismo deberes que cumplir, por más que lo sienta en el alma.

—¿Qué embrollo estáis armando! ¿Qué relación puede haber entre mi hijo, vuestra calidad de ciudadano y vuestro título de corregidor?

—El trato que el señor Michel sostiene con los enemigos del Estado.

—Sé perfectamente —replicó la baronesa—, que el marqués de Souday tiene opiniones muy exageradas; pero me parece que el amor pasajero que Michel pueda sentir por cualquiera de sus hijas, no puede constituir un delito.

—Este amor pasajero le llevará más lejos de lo que os figuráis, señora baronesa, os lo aseguro; sé perfectamente que aún no ha cegado del todo; pero tiene ya en los ojos una nube que no le deja ver claro.

—Dejad de una vez las metáforas y explicaos, Courtin.

—Pues bien; esta noche, después de haber asistido a la muerte de Tinguy, que, como sabéis, era un antiguo chuán, exponiéndose a traer la fiebre perniciosa al castillo, después de haber acompañado hasta su casa a la mayor de las *Lobas*, el señor barón ha servido de guía a dos aldeanos que eran tan aldeanos como yo un *señor*, y les ha acompañado al castillo de Souday.

—¿Quién os ha contado eso, Courtin?

—Mis ojos, señora baronesa; son fieles, y creo en su testimonio.

—Pero ¿quiénes opináis que eran aquellos dos aldeanos?

—¿Aquellos dos aldeanos?

—Sí.

—Apostaría la cabeza que uno de ellos era el conde de Bonneville, un chuán de cuerpo entero; ¡oh! no me cabe la menor duda, pues ha vivido aquí mucho tiempo y le he reconocido; en cuanto al otro...

—Terminad.

—En cuanto al otro, si no me engaño, ya era otra cosa.

—Pero, en fin, ¿cómo se llama?

—Basta, señora baronesa; si es preciso, y probablemente lo será, ya se lo diré a quien corresponda.

—¡A quien corresponda! ¿es decir, que vais a denunciar a mi hijo? —exclamó la baronesa, estupefacta al ver el tono de Courtin, que de ordinario se mostraba tan humilde con ella.

—Sí, por cierto —respondió Courtin con aplomo.

—No podéis pensar tal cosa.

—De tal modo lo pienso, señora baronesa, que ya me hubiera puesto en camino para Montaigu, y aun quizá para Nantes, si no hubiese deseado avisaros antes para que pusierais en salvo al señor Michel.

—Pero, aun suponiendo que mi hijo no salga complicado en este asunto —dijo vivamente la baronesa—, vais a comprometerme con mis vecinos, y acaso a atraer sobre La Logerie terribles represalias.

—Pues bien, defenderemos La Logerie, señora baronesa.

—Courtin...

—Aunque era muy pequeñuelo, recuerdo la pasada guerra; y por mi nombre que no deseo volver a verla, ni que mis veinte fanegas de tierra sirvan de campo de batalla a los dos bandos, ni que unos se coman mis mieses y los otros las incendien, ni mucho menos que se apoderen otra vez de los bienes nacionales, lo que no dejaría de suceder si triunfasen los blancos. De mis veinte fanegas, hay cinco de emigrados, bien compradas y bien pagadas, por supuesto; pero forman la cuarta parte de mis bienes, y... por último, el Gobierno cuenta conmigo, y quiero justificar su confianza.

—Pero, Courtin —dijo la baronesa, dispuesta a descender a la súplica—, estoy segura de que esto no es tan grave como creéis.

—Sí, pardiez, señora baronesa, es muy grave; yo soy un aldeano; pero esto no impide que sepa tanto como otro cualquiera, pues tengo buen oído y escucho con atención: la comarca de Netz se halla en fermentación, y explotará al primer escopetazo.

—Os engañáis, Courtin.

—No, señora baronesa; no; yo sé lo que sé: los nobles se han reunido tres veces, una en casa del marqués de Souday, otra en casa del que llaman. Luis Renaud, y la última en casa del conde de Saint-Arnaud. Todas estas reuniones huelen a pólvora, señora baronesa; y, a propósito de pólvora, el cura de Montberts tiene en su casa dos quintales, y algunos sacos de balas; por último, y esto es lo más grave, pues es preciso decirlo, sabed que se espera a la duquesa de Berry, la cual, según lo que he visto, puede que no se haga esperar mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque creo que ya está aquí.

—¡Gran Dios! ¿en dónde?

—¡Caramba! en el castillo de Souday.

—¿En el castillo de Souday?

—Sí, al cual el señor Michel la habría acompañado en tal caso.

—¡Michel!... ¡Ah! ¡Desgraciado! Pero vos nada diréis, ¿no es cierto, Courtin? Lo quiero, lo mando. Pero no, el Gobierno ha tomado sus medidas, y si tratase de venir a la Vendée, la prenderían antes de llegar.

—Sin embargo, está en ella, señora baronesa.

—Razón de más para que guardéis silencio.

—¡Oiga! ¡y perdería las glorias y las utilidades de una aprehensión como ésta, sin contar que hasta que otro proceda a su captura, si no la realizo yo, el país estará entregado a fuego y sangre! No, señora baronesa, es imposible.

—Pero ¿qué hacer, gran Dios, qué hacer?

—Oídmeme y os lo diré.

—Hablad, Courtin, hablad.

—Como al mismo tiempo que buen ciudadano quiero ser vuestro fiel y celoso servidor, como espero que en recompensa de lo que habré hecho yo por vos me dejaréis mi alquería con condiciones que podré aceptar, no pronunciaré el nombre del señor Michel, a condición de que procuréis que en lo sucesivo no se meta en semejantes trapisondas, pues por esta vez aún es tiempo de sacarle de ellas.

—Estad tranquilo, Courtin.

—Pero, señora baronesa —dijo éste.

—¿Qué?

—No me atrevo a daros un consejo, pues a mí no me corresponde.

—Decid, Courtin, decid.

—Pues bien, en mi opinión, el mejor medio para lograrlo sería obligarle de grado o por fuerza a abandonar La Logerie y a marchar a París.

—Tenéis razón.

—Sí; pero él se opondrá a ello.

—Cuando yo lo haya resuelto será preciso que no se oponga.

—Es que dentro de un año tendrá veintiuno, y entonces será mayor de edad.

—Os digo que partirá; pero ¿qué tenéis?

En efecto, Courtin escuchaba atentamente del lado de la puerta.

—Me parece que he oído andar en el corredor —repuso.

—Miradlo.

Courtin tomó la luz y se precipitó en el corredor.

—No hay nadie —dijo, volviendo a entrar—, y, no obstante, me parecía haber oído pasos.

—Pero ¿dónde pensáis que puede estar mi hijo a estas horas?

—Tal vez en mi casa, aguardándome; el barón tiene confianza en mí, y no sería ésta la primera vez que habría venido a contarme sus penas.

—Tenéis razón, Courtin, quizá se encuentre allí.

—Idos a vuestra casa, y, sobre todo, no olvidéis la promesa que me habéis hecho.

—Ni la vuestra, señora baronesa; si vuelve, no dejéis que se comunique con las *Lobas*, porque si vuelve a verlas...

—¿Qué?

—No me extrañaría que a lo mejor me dijese que había tomado las armas en favor del Pretendiente.

—¡Oh! moriría de pesar. ¡Qué mala idea tuvo mi marido de volver a este maldito país!

—Mala idea, sí; para él, sobre todo.

La baronesa inclinó tristemente la cabeza bajo el triste recuerdo que acababa de evocar

Courtin, quien se marchó después de haber explorado las cercanías, asegurándose de que nadie podía verle salir del castillo de La Logerie.

XIV

LA DIPLOMACIA DE COURTIN

Apenas había recorrido Courtin doscientos pasos en el camino que conducía a su cortijo, cuando oyó que se movían los matorrales junto a los cuales pasaba.

—¿Quién va? —preguntó, pasando al otro lado, y poniéndose en guardia con el bastón que llevaba en la mano.

—Gente de paz —repuso una voz juvenil.

Y el que así contestaba apareció en la orilla del camino.

—¡Calle, es el señor barón! —exclamó el colono.

—El mismo, Courtin.

—¡Pero, Dios mío! ¿a dónde os dirigís a esta hora? ¿qué diría la señora baronesa si supiera que estabais en los campos en plena noche? —dijo el colono, aparentando sorpresa.

—Es cierto, Courtin.

—¡Diantre! —dijo éste con aire picaresco, es de presumir que no os falten motivos para ello.

—Sí, ya lo sabrás cuando estemos en tu casa —repuso Michel.

—¡En mi casa! ¡vais a venir a mi casa! —exclamó Courtin, admirado.

—¿Te niegas a recibirme? —interrogó el joven.

—¡Justo Cielo! ¡yo negarme a recibirlos en una casa que, al fin y al cabo, es vuestra!

—De ese modo, no perdamos tiempo, pues es tarde; echa a andar y te seguiré.

Courtin obedeció, algo inquieto por el tono imperativo que contra costumbre mostraba su amo, y luego de haber dado un centenar de pasos, subió una escalera, atravesó el huerto y se encontró a la puerta del cortijo. Cuando hubo entrado en la pieza baja, que servía a la vez de salón y de cocina, reunió algunos tizones esparcidos por el hogar, sopló uno de ellos que estaba ardiendo aún, y encendió una vela de cera amarilla, que pegó a la chimenea. Sólo entonces pudo ver, gracias a la luz de aquella vela, lo que no había podido observar al resplandor de la luna, esto es, que Michel estaba pálido como un cadáver.

—¡Dios mío! —exclamó Courtin—, ¿qué tenéis, señor barón?

—Courtin —dijo el joven, frunciendo las cejas—, he oído tu conversación con mi madre.

—¡Cómo! —exclamó el colono, algo sorprendido.

Pero reponiéndose en seguida:

—Bien, ¿y qué?

—¿Deseas mucho renovar tu arrendamiento el próximo año?

—¿Yo, señor barón?

—Sí, tú, Courtin; mucho más de lo que aparentas.

—¡Canario! no me desagradaría, pero si no puede ser, no me moriré por esto.

—Yo soy el que he de renovártelo, pues cuando deba firmarse el contrato seré ya mayor

de edad.

—Es cierto, señor barón.

—Pero ya comprendes —prosiguió el joven, al cual su deseo de salvar al conde de Bonneville y de estar cerca de María daba una resolución enteramente ajena a su carácter—, ya comprendes que si delatas a mis amigos no te lo renovaré.

—¡Oh! ¡oh!.

—Es tal como te lo digo; y una vez fuera del cortijo, Courtin, será necesario que te despidas de él para siempre, pues no volverás.

—Pero ¿y el Gobierno? ¿y la señora baronesa?

—Nada tengo que ver con esto. Me llamo el barón Michel de La Logerie; la hacienda y el castillo me pertenecerán en virtud de donación de mi madre, en cuanto sea mayor de edad; dentro de once meses lo seré, y tu arrendamiento termina dentro de trece.

—¿Y si renuncio a mi proyecto? —preguntó el colono con aire malicioso.

—En este caso te lo renovaré.

—¿En idénticas condiciones que hasta aquí?

—En idénticas condiciones.

—Si no fuese por temor de comprometeros, señor barón... —dijo Courtin, yendo a buscar en el cofre una botellita llena de tinta, un pliego de papel y una pluma que dejó sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengáis la bondad de escribir lo que acabáis de decir; la vida y la muerte Dios la tiene en su mano, y yo, por mi parte, lo juraré sobre este crucifijo.

—No necesito de tus juramentos, Courtin, porque al salir de aquí volveré a Souday para avisar a Juan Oullier que esté alerta y a Bonneville que busque otro asilo.

—Razón de más —replicó Courtin, presentando la pluma a su amo.

Michel tomó la pluma de manos del colono y escribió:

«Yo, el abajo firmado, Augusto Francisco Michel, barón de La Logerie, me obligo a renovar el arrendamiento de Courtin en idénticas condiciones con que al presente lo tiene.»

Y cuando iba a poner la fecha:

—No —dijo el colono—, no lo fechéis, si lo tenéis a bien; ya lo haremos al día siguiente de vuestra mayor edad.

—Conforme —dijo Michel.

Y se limitó a firmar, dejando espacio suficiente para poner la fecha.

—Si queréis descansar más cómodamente que en este escabel y no os precisa volver al castillo antes que amanezca —dijo Courtin—, tengo arriba, a vuestra disposición, una cama que no es del todo mala.

—No —repuso Michel—, ¿no has oído que quiero volver a Souday?

—¿Para qué? pues he prometido que nada diría, tenéis tiempo sobrado.

—Lo que tú has visto pudo verlo otro; y si tú nada dices porque lo has prometido, otro no tendrá la misma razón para guardar silencio. Hasta la vista, Courtin.

—Como os plazca —dijo éste—; pero hacéis mal, muy mal, de volver a aquella ratonera.

—Bien está; agradezco tus consejos, pero debes saber que ya tengo edad para hacer lo

que quiero.

Y levantándose luego de haber pronunciado estas palabras, con una energía de que el colono no le hubiera creído capaz, se dirigió a la puerta y salió. Courtin le acompañó con la vista hasta que se hubo cerrado la puerta, y tomando después vivamente la promesa de arrendamiento que acababa de firmarle, volvió a leerla, la dobló cuidadosamente y la guardó en su cartera. En seguida, pareciéndole oír hablar en las inmediaciones del cortijo, se dirigió a la ventana, cuya cortina entreabrió, viendo al barón cara a cara con su madre.

—¡Hola! ¡Hola! señor mío —murmuró—. Conmigo hablabais muy alto; pero parece que ya habéis encontrado la horma de vuestro zapato.

En efecto, la baronesa, viendo que su hijo no volvía, había pensado que podía ser cierto lo que le dijo Courtin, y que no sería extraño que estuviese en casa de éste. Por un momento había vacilado, mitad por orgullo, mitad por temor de salir de noche; pero al fin triunfo la impaciencia maternal, y se dirigió al cortijo, del cual vio salir a Michel, cuando estaba a pocos pasos de la puerta. Entonces, libre ya de todo temor, al ver al joven sano y salvo, había recobrado su imperioso carácter, mientras que Michel, por su parte, aterrado a la vista de su madre, no pudo menos de retroceder un paso.

—Seguidme, caballero —le ordenó aquélla—; me parece que éstas no son horas de volver al castillo.

Michel no pensó siquiera en discutir ni en huir, sino que siguió a su madre como hubiera podido hacerlo un niño. Durante el camino, la baronesa y su hijo no cambiaron ni una palabra, prefiriendo Michel aquel silencio a una discusión en que su obediencia filial, o mejor su carácter débil, hubiera hecho que toda la desventaja estuviera de su parte. Cuando llegaron ambos al castillo, comenzaba a despuntar el día. La baronesa, guardando siempre el mayor silencio, acompañó al joven a su cuarto, donde aquél encontró puesta la mesa.

—Debes tener hambre y estar cansado —le dijo su madre.

Y señalándole sucesivamente la mesa y la cama: —Come y duerme —añadió.

Y se marchó, cerrando la puerta.

El joven se estremeció, al oír que la llave daba dos vueltas en la cerradura, y al considerar que estaba prisionero cayó anonadado sobre un sillón.

Los acontecimientos se precipitaban como un alud y hubieran vencido una organización más vigorosa que la de Michel, quien, por otra parte, tenía muy poca energía y acababa de gastarla con Courtin. Tal vez había contado demasiado con sus fuerzas al decir a éste que iba a volver al castillo de Souday.

Como había dicho la baronesa, Michel estaba cansado y tenía hambre; a su edad, la Naturaleza es una madre imperiosa que también reclama sus derechos. Además, nuestro joven se había tranquilizado algún tanto, pues las palabras de su madre al mostrarle la mesa y la cama daban a entender que no contaba volver al aposento de su hijo hasta que éste hubiese comido y dormido, lo cual suponía algunas horas de tranquilidad, antes que tuviese lugar ninguna explicación.

Michel comió apresuradamente, y, después de haber ido a la puerta para asegurarse de que estaba, realmente, prisionero, se acostó, durmiéndose en seguida.

Serían las diez de la mañana, cuando se despertó. Los rayos de un hermoso sol de mayo entraban alegremente en la habitación a través de los cristales. El barón abrió las ventanas, y llegó hasta él el dulce calor del astro de la mañana. Los pajarillos cantaban en las ramas cubiertas de verdes y tiernas hojas, las primeras flores se abrían, y las primeras

mariposas revoloteaban en el espacio. Parecía que en un día tan hermoso nadie podía ser desgraciado.

El joven encontró alguna fuerza en aquel nuevo vigor de la Naturaleza, y esperó más tranquilamente a su madre; pero en vano pasaron las horas, pues llegó el mediodía sin que la baronesa se presentara.

Michel observó con alguna inquietud que la mesa estaba servida con bastante abundancia no sólo para poder comer la víspera, sino también para almorzar y hasta comer aquel día. Entonces comenzó a temer que su cautiverio durase más de lo que había creído, temor que se confirmó a medida que fueron dando las dos y las tres de la tarde.

Al llegar a aquella hora, Michel, que estaba atento al menor ruido, creyó oír algunas detonaciones hacia la parte de Montaigu; pero, aun cuando aquéllas tenían la regularidad de los disparos hechos por pelotón, era imposible, no obstante, conocer exactamente si eran fusilazos.

Montaigu distaba dos leguas poco más o menos de La Logerie, y una tormenta lejana podía producir un ruido casi igual. Sin embargo, el cielo era puro. Aquellas detonaciones duraron aproximadamente una hora y después todo volvió a quedar en silencio.

La zozobra del barón era tan grande, que desde que almorzó por la mañana se había olvidado completamente de comer. Al fin, tomó una resolución: llegada la noche y cuando en el castillo estuvieran durmiendo todos, debía descerrajar con un cuchillo la puerta de su aposento y salir, no por la puerta que daba al parque y que probablemente estaría cerrada también, sino por una ventana cualquiera. Esta probabilidad de huir volvió el apetito al prisionero, el cual comió a la manera del que piensa que ha de pasar una noche borrascosa y cobra fuerzas para hacer frente a todos los percances que puedan sobrevenir.

Serían las siete cuando Michel acabó de comer, y como debía anochecer dentro de media hora, se tendió en la cama para esperar. Mucho hubiera deseado dormir, pues el sueño le habría hecho parecer más corto el tiempo; pero su inquietud era tan grande que por más que cerrase los ojos, su oído, siempre atento, percibía el ruido más ligero.

Admirábale en gran manera no haber visto a su madre en todo el día, pues la baronesa, por su parte, debía suponer que, llegada la noche, el prisionero haría cuanto estuviese en su mano para escaparse. Indudablemente, meditaba alguna cosa; pero ¿qué podía meditar?

De pronto, el barón creyó oír el ruido de los cascabeles que se ponen en las colleras de los caballos de posta. Corrió a la ventana y le pareció distinguir en el camino de Montaigu una especie de grupo, que se movía con bastante rapidez en la sombra con dirección al castillo de La Logerie. Al ruido de las campanillas se mezclaba el del trote de dos caballos. En aquel instante el postillón que montaba uno de éstos hizo chasquear el látigo, probablemente para anunciar su llegada. Ya no podía quedar la menor duda: era un postillón que llegaba con dos caballos de posta. Al mismo tiempo, obedeciendo a un movimiento instintivo, el barón dirigió la vista al patio y vio a los criados, que sacaban de la cochera la calesa de viaje de su madre. Un rayo de luz iluminó su cerebro.

Aquellos caballos de posta que venían de Montaigu, aquel postillón que hacía chasquear su látigo, aquella calesa de viaje que sacaban de la cochera, indicaban claramente que su madre iba a marchar y que se lo llevaba con ella. He aquí por qué le había encerrado y le tenía prisionero. Llegado el momento oportuno, iría a buscarle, le haría subir al carruaje y echarían a andar, pues la baronesa conocía demasiado el ascendiente que tenía sobre su

hijo para estar segura de que éste no se atrevería a oponérsele.

Esta idea de dependencia, de que su madre tenía una convicción tan profunda, exasperó tanto más a nuestro joven en cuanto éste conoció toda su realidad, pues él mismo no dudaba que cuando se hallase frente a la baronesa, no se atrevería a chocar de frente con ella. Pero le parecía imposible y sobre todo deshonroso abandonar a María, renunciar a la vida llena de emociones en que le habían iniciado las dos hermanas, y no tomar parte en el drama que iban a representar en la Vendée el conde de Bonneville y su compañero desconocido. ¿Qué concepto formarían de él las dos jóvenes?

Michel resolvió arriesgarlo todo antes que sufrir semejante humillación. Acercóse a la ventana y midió su altura: era de treinta pies poco más o menos. El barón permaneció pensativo un instante; era indudable que en su interior se libraba una lucha violenta. Al fin, pareció tomar su partido; fue a su papelera, sacó una cantidad de oro bastante considerable y llenó con ella sus bolsillos. En aquél momento le pareció oír ruido de pasos en el corredor, y volviendo a cerrar rápidamente la papelera, se tendió sobre su cama y esperó, pudiendo conocerse por la contracción poco habitual de los músculos de su cara, que había tomado una resolución.

¿Cuál era ésta?

No tardaremos en conocerla.

LA TABERNA DE ALAIN POCOGOZO

No cabía duda de que en la Bretaña y la Vendée se preparaba un levantamiento.

No obstante la fermentación general, y tal vez a causa de ella, la feria de Montaigu prometía ser brillante. Aun cuando aquella feria no tenga, de ordinario, más que una mediana importancia, la afluencia de aldeanos era aquel día considerable; los naturales de las comarcas de Mangis y de Retz se codeaban con los habitantes del Bocage y de la Plaine, y como un indicio de las disposiciones belicosas de aquellas poblaciones, observábase que en medio de aquel bosque de sombreros de anchas alas, apenas se veía gorra alguna.

En efecto, las mujeres, que generalmente constituyen la mayoría en aquellas reuniones comerciales, no habían ido aquel día a la feria de Montaigu.

Además, y esto hubiera bastado para indicar a los menos perspicaces que se trataba de una especie de comicio revolucionario, si bien los chalanes eran numerosos en la feria de Montaigu, en cambio faltaban por completo los caballos, las vacas, los carneros, la manteca y los granos con que de ordinario se comercia en ella.

Bien procediesen de Beaupreau o de Mortagne, bien de Bressuire, de Saint-Fulgens o de Machecoul, los aldeanos, en lugar de los géneros que acostumbran llevar al mercado, sólo habían traído sus garrotes de cornizo guarnecidos de cuero, y por el modo como los empuñaban no parecía probable que quisieran traficar con ellos.

La plaza y la grande y única calle de Montaigu, que servían de campo a la feria, presentaban un aspecto grave, solemne, casi amenazador, y completamente desacostumbrado en aquella clase de reuniones. Por más que algunos titiriteros, vendedores de drogas nocivas y sacamuelas armasen un ruido infernal con sus tambores, trompetas y platillos y espetasen sus más jocosos discursos, no lograban desarrugar el ceño a los aldeanos que pasaban por su lado con rostro inquieto, y que no se dignaban pararse a escuchar su música o su charla.

Generalmente, los vendeanos hablan poco, así como los bretones, con quienes confinan por el Norte; pero aquél día hablaban menos aún que de costumbre. La mayor parte de ellos estaban apoyados contra las casas, las tapias de los jardines y los travesaños de madera que rodeaban la plaza, permaneciendo inmóviles cual estatuas, con las piernas cruzadas, inclinada la cabeza bajo las anchas alas de sus sombreros, y las manos apoyadas en los garrotes. Otros habíanse reunido en pequeños grupos que parecían estar esperando y que, cosa extraña, guardaban también un profundo silencio.

En las tabernas la concurrencia era numerosa; la sidra, el aguardiente y el café se despachaban en ellas en cantidades prodigiosas; pero el temperamento de los aldeanos de la Vendée es tan robusto, que aquellas enormes cantidades de líquido no ejercían influencia sensible en su fisonomía ni en sus caracteres. La tez de los bebedores estaba algo más animada y sus ojos algo más brillantes que de costumbre; pero permanecían tanto más dueños de sí mismos, cuanto que, por lo general, desconfiaban de los dueños de las tabernas y de los vecinos de la ciudad a quienes podía encontrar en ellas.

Al ir a la feria de Montaigu, centro de población ocupado en aquel momento por una columna móvil de un centenar de hombres, los campesinos habían penetrado en medio de

sus adversarios, y como lo comprendían perfectamente, conservaban bajo su pacífica actitud la reserva y la vigilancia que el soldado conserva sobre las armas.

Una sola de las tabernas de Montaigu pertenecía a un hombre con quien podían contar los vendeanos, y con el cual se dispensaban, por consiguiente, de toda reserva. Estaba situada en medio de la ciudad, en el campo mismo de la feria, en el ángulo de la plaza y haciendo esquina a un callejón que desembocaba en el río Maine, que rodea la ciudad por el Sudoeste. Aquella taberna carecía de muestra; una rama de boj seco, fijada horizontalmente en una hendidura de la pared, y algunas manzanas que se descubrían a través de unas vidrieras tan llenas de polvo que podían pasar muy bien sin visillos, indicaban al público la clase a que pertenecía el establecimiento. En cuanto a los parroquianos, no tenían necesidad de indicación alguna.

El propietario de aquella taberna se llamaba Alain Pocogozo. Alain era su apellido, y Pocogozo un apodo que debía a la chancera prodigalidad de sus amigos. He aquí en que ocasión se lo habían dado éstos, pues por secundario que sea el papel que este nuevo personaje desempeña en esta historia, nos vemos obligados a decir dos palabras de sus antecedentes.

A los veinte años, Alain era tan delicado, débil y enfermizo, que la quinta de 1812 le había desechado como indigno de pertenecer al ejército. No obstante, en 1814 aquella misma quinta se había vuelto menos exigente y reclamó a Alain; pero éste, a quien el desdén que en un principio se había mostrado por su persona predispuso contra el servicio militar, resolvió burlar al gobierno, y fugándose, fue a refugiarse en uno de los bandos refractarios que infectaban el país.

Cuanto más escasos se hacían los hombres, más crueles se mostraban con los reacios los agentes de la autoridad. Alain, a quien la Naturaleza no había dotado de gran fatuidad, nunca se hubiera creído tan necesario al gobierno, si no hubiese visto con sus propios ojos el trabajo que éste se tomaba de irle a buscar hasta en medio de las selvas de Bretaña y de los pantanos de la Vendée, pues los gendarmes perseguían activamente a los refractarios.

En uno de los encuentros a que daba lugar aquella encarnizada persecución, Alain había combatido con un valor y una tenacidad que probaban que la quinta de 1814 no iba muy desacertada al quererle contar en el número de sus elegidos; pero una bala le había herido, dejándole por muerto en medio del camino.

Entre ocho y nueve de la noche, es decir, cuando ésta había cerrado ya por completo, una mujer de Ancenis pasó en un calesín por aquel camino, dirigiéndose a Nantes. Al llegar delante del cadáver, el caballo se estremeció, negándose a adelantar. La mujer zurriagó su caballo, pero éste se encabritó; insistió aquélla, y el animal volvió grupas, obstinándose en volver a Ancenis. La mujer, que no estaba acostumbrada a que su caballo obrara de aquel modo, se apeó del calesín, y todo se le explicó al ver el cuerpo de Alain que obstruía el camino. Entonces, sin amedrentarse lo más mínimo, ató su caballo a un árbol y se dispuso a arrastrar a Alain hasta una zanja, a fin de dejar libre el paso, no sólo a su calesín, sino también a los que podían venir detrás; pero, al tocar el cuerpo de aquel desgraciado, observó que palpitaba aún. El movimiento que le imprimió o quizás el dolor que el mismo le ocasionaba, hizo volver en sí a Alain, que exhaló un suspiro y movió los brazos, de lo cual resultó que, en vez de arrojarle en la zanja, la mujer le colocó en su calesín, y en vez de seguir su camino hacia Nantes, regresó a Ancenis.

Como aquella buena mujer era realista y devota, la causa en cuya defensa había sido herido Alain y el escapulario que encontró en el pecho de éste, no pudieron menos de

interesarla profundamente, y mandó a buscar al cirujano. El infeliz tenía las piernas rotas por una bala, y fue preciso amputárselas. La mujer cuidó a Alain, le veló con el desinterés propio de una hermana de caridad, y su buena obra la aficionó al que era objeto de ella, como sucede casi siempre; de modo que cuando Alain estuvo restablecido, oyó con profundo asombro que su enfermera le ofrecía la mano y el corazón. Consideramos inútil decir que el vendeano aceptó gustoso el ofrecimiento.

Desde entonces, con asombro de sus amigos, Alain fue uno de los modestos propietarios de la comarca; pero su felicidad duró poco. Al cabo de un año falleció su esposa, y aun que ésta le dejaba todos sus bienes en el testamento que había tenido la precaución de hacer, sus herederos legítimos lo atacaron por vicioso en la forma, y habiendo fallado a su favor el tribunal de Nantes, el desventurado refractario se encontró tan pobre como antes de casarse. Nos equivocamos; tenía las dos piernas menos.

A causa, pues, del poco tiempo que duró la opulencia de Alain, los habitantes de Montaigu, que, como se comprenderá, no había dejado de envidiarle su buena suerte y de alegrarse del infortunio que tan pronto le había sucedido; a causa de esto, decimos, fue que los habitantes de Montaigu bautizaron ingeniosamente a Alain con el apodo de Pocogozo.

Como los herederos que habían solicitado la declaración de nulidad del testamento pertenecían al partido liberal, Alain no pudo menos de hacer recaer sobre éste la ira que despertaba en él el haber perdido el pleito. Irritado por su achaque y enconado por lo que le parecía una horrible injusticia, profesaba a cuantos acusaba de su desgracia, adversarios, jueces y patriotas, un odio feroz que los acontecimientos habían mantenido, y que solamente esperaba un momento favorable para mostrarse exteriormente de un modo que su carácter sombrío y vengativo prometía ser terrible. Como a causa de su desgracia en la refriega, era imposible que Alain pensase en dedicarse de nuevo a las labores del campo, arrendando algún cortijo, como lo habían hecho su padre y su abuelo, no tuvo más recurso que ir a vivir entre aquellos mismos a quienes aborrecía, estableciendo con los restos de su pasajera opulencia la taberna en que le encontramos dieciocho años después de los acontecimientos que acabamos de referir. El partido realista no tenía en 1832 un satélite más entusiasta que Alain Pocogozo; bien es verdad que, sirviéndoles, no hacía más que satisfacer una venganza personal.

A pesar de sus piernas de palo, Alain se había convertido, pues, en el agente más activo de la sublevación que se preparaba. Centinela avanzada en medio del campo enemigo, instruía a los vendeanos de cuanto disponía el gobierno para defenderse, no tan sólo en el distrito de Montaigu, sino también en sus alrededores. Los mendigos nómadas, esos huéspedes de un día de los cuales nadie desconfía ni se preocupa, eran en sus manos prodigiosos auxiliares que movía diez leguas a la redonda, y que le servían a la vez de espías y de intermediarios con los campesinos. Su taberna era, naturalmente, el lugar a que concurrían los llamados chuanes, y el único donde no se creían obligados a reprimir su entusiasmo realista.

El día de la feria de Montaigu, la taberna de Alain Pocogozo no parecía a primera vista tan concurrida como hubiera podido suponerse, teniéndose en cuenta la afluencia considerable de gentes del campo. En la primera de las dos piezas de que se componía, pieza sombría y negra, cuyos únicos muebles consistían en un tosco mostrador, algunos bancos y otros tantos escabeles, se veían sentados en torno de las mesas una docena de aldeanos cuando más, que, por sus trajes aseados y casi elegantes, se conocía pertenecer a la clase acomodada de los colonos.

Una ancha vidriera adornada con visillos de algodón con grandes cuadros encarnados y blancos, separaba aquella primera pieza de la segunda, la cual servía, al mismo tiempo, de cocina, comedor, alcoba y gabinete de Alain, convirtiéndose además, en las circunstancias extraordinarias, en una dependencia de la sala común, en cuyo caso se recibía en ella a los amigos. El mobiliario de aquel aposento se resentía naturalmente del quíntuple objeto a que estaba destinado. En el fondo había una cama muy baja, con pabellón y cortina de jerga verde, que, a no dudarlo, era la del propietario. A su lado se veían dos enormes toneles, de los que sacaba la sidra y el aguardiente necesario para servir a los parroquianos. A la derecha conforme se entraba, hallábase la chimenea, alta y ancha cual las de las cabañas. En medio del aposento había una mesa de roble, con un banco de madera a cada lado, y frente la chimenea un aparador con sus platos y vasijas de estaño. Un crucifijo rodeado de una rama de boj bendito, algunos santos de cera y tres o cuatro estampas groseramente iluminadas, constituían todo el adorno del aposento.

El día de la feria de Montaigu, Alain Pocogozo había abierto a numerosos amigos lo que podía considerarse como su santuario. Si en la sala común tan sólo se veían diez o doce concurrentes, en cambio podían contarse más de veinte personas en la trastienda. La mayor parte de éstas se hallaban sentadas alrededor de la mesa, y bebían hablando con la mayor animación, en tanto que tres o cuatro vaciaban unos grandes sacos de galletas, amontonados en un ángulo de la estancia, contándolas y colocándolas en cestas, que entregaban ora a mendigos, ora a mujeres que aparecían en una puerta situada en otro ángulo del lado de los toneles. Aquella puerta se abría en un pequeño patio, el cual daba al callejón de que ya hemos hablado.

Alain Pocogozo estaba sentado en una especie de sillón de madera debajo de la campana de la chimenea; y a su lado veíase un hombre con un sayo de piel de cabra y gorro de lana negra, en el cual volvemos a encontrar a nuestro antiguo conocido Juan Oullier, con su perro sentado entre las piernas. Detrás de ellos, la sobrina de Pocogozo, joven y agraciada aldeana quien éste tenía en su compañía para ocuparla en los quehaceres domésticos, soplaba la lumbre y cuidaba de una docena de tazas negras, en las cuales se cocía lentamente al calor del hogar una bebida propia de los aldeanos de la Vendée. Alain hablaba animadamente, aunque en voz baja, a Juan Oullier, cuando ligero silbido que imitaba el grito de alarma o de reunión de las perdices, partió de la sala de la taberna.

—¿Quién llega? —preguntó Pocogozo, inclinándose para mirar a través de una abertura que previamente había practicado en las cortinillas—. El hombre de La Logerie, ¡cuidado!

Antes que esta advertencia hubiese llegado a aquellos a quienes iba dirigida, todo había entrado en su orden habitual en el aposento de Alain. La puerta que daba al patio habíase cerrado cuidadosamente; las mujeres y los mendigos habían desaparecido; los hombres que contaban las galletas habían atado los sacos, sentándose sobre ellos y fumando sus pipas con la mayor indiferencia; los bebedores se habían callado todos, durmiéndose tres o cuatro de ellos como por encanto, y finalmente, Juan Oullier se había vuelto de cara al hogar, de manera que a primera vista pudiese ocultar sus facciones a los que entrasen.

XVI

EL HOMBRE DE LA LOGERIE

Courtin, pues no era otro el que Pocogozo había designado con el epíteto de «el hombre de La Logerie», había entrado, en efecto, en la primera pieza de la taberna. A excepción del grito de alarma con que habían anunciado su llegada, grito tan bien imitado que cualquiera hubiera podido tomarlo por el de una perdiz mansa, su presencia no parecía haber hecho sensación alguna en la sala común. Los bebedores seguían hablando, sólo que la conversación, grave en un principio, había pasado a ser en extremo alegre y estrepitosa en cuando apareció Courtin. Éste miró en torno suyo, y no encontrando en la pieza de entrada el rostro que buscaba, abrió resueltamente la vidriera y asomó su cara de garduña en la trastienda. Tampoco allí pareció que nadie hiciera caso de su llegada. Sólo María Juana, la sobrina de Alain, ocupada en servir a los parroquianos, suspendió por un momento el afán con que cuidaba las tazas de sidra, y, enderezándose, preguntó a Courtin, como lo hubiera hecho con cualquier parroquiano del establecimiento de su tío:

—¿Qué queréis tomar, señor Courtin?

—Un café —repuso éste, reconociendo sucesivamente el rostro de cuantos ocupaban los bancos y los rincones de la sala.

—Bien está; tomad asiento —respondió María Juana—, y voy a servirlos al momento.

—¡Oh! no vale la pena —respondió Courtin con la mayor ingenuidad—; servídmelo en seguida, y lo beberé junto al hogar con los amigos.

Nadie pareció ofenderse del nombre que se daba Courtin, o mejor, del que daba a los concurrentes; pero tampoco nadie se movió para hacerle sitio, de modo que se vio obligado a adelantar otro paso.

—¿Cómo va de salud, amigo Alain? —preguntó dirigiéndose al tabernero.

—Ya podéis verlo —respondió éste, sin volver siquiera la cabeza hacia el que le interpelaba.

Courtin podía conocer fácilmente que la reunión no le recibía con mucha benevolencia; pero como no era hombre que se desconcertase por tan poco:

—Vaya, María Juana —dijo—, dame un escabel para que me siente al lado de tu tío.

—No hay ninguno, señor Courtin —repuso la joven—; a Dios gracias, tenéis buenos ojos para verlo.

—Entonces, tu tío tendrá que darme el suyo —prosiguió Courtin con atrevida familiaridad, aun cuando en el fondo se sintiese realmente muy poco animado con la actitud del tabernero y de sus parroquianos.

—Si es absolutamente preciso os lo daré —murmuró de mala gana Alain Pocogozo—, pues soy el amo de la casa, y no quiero que se diga que en la «Rama de Acebos» se ha negado una silla al que ha querido sentarse.

—Dadme, pues, vuestra silla, como la llamáis, parlanchín, pues allí veo al que busco.

—¿A quién buscáis? —preguntó, levantándose Alain, a quien ofrecieron acto seguido veinte escabeles.

—A Juan Oullier —respondió Courtin—, el cual me parece que está allí.

Al oír su nombre, Juan Oullier se levantó, y con acento casi amenazador:

—Veamos, ¿qué me queréis? —interrogó a Courtin.

—¡Vaya! ¡vaya! no hay que comerme por esto —respondió el corregidor de La Logerie—; lo que tengo que deciros os interesa más a vos que a mí.

—Señor Courtin —repuso Juan Oullier con voz grave—, a pesar de lo que ahora mismo habéis dicho, vos y yo no somos amigos; al contrario, ya sabéis que distamos demasiado el uno del otro para que hayáis venido aquí con buenas intenciones.

—En esto es en lo que os engañáis, querido Oullier.

—Señor Courtin —replicó Juan Oullier, sin hacer caso de las señas que Alain Pocogozo le hacía para recomendarle la mayor prudencia—, señor Courtin, desde que nos conocemos habéis sido azul, y poseéis bienes mal adquiridos.

—¿Bienes mal adquiridos? —repitió el Colono con su picaresca sonrisa.

—¡Oh! ya me entiendo, y vos también me entendéis. Os habéis juntado con los *patones* de las ciudades; habéis perseguido a los habitantes de las villas y aldeas, que habían confesado su fe en Dios y en el rey. ¿Qué puede existir pues, de común, entre vos que habéis hecho esto, y yo, que he hecho lo contrario?

—Es cierto —replicó Courtin—, es cierto que no he seguido el mismo camino que vos, querido Oullier; pero, aun cuando pertenezca a otro partido, los vecinos no han de quererse mal unos a otros, y por consiguiente os he buscado y vengo a prestaros un servicio; os lo juro.

—Nada tengo que hacer de él —repuso desdeñosamente Juan Oullier.

—¿Por qué? —interrogó el colono.

—Porque estoy seguro de que vuestros servicios ocultarían una traición.

—¿Es decir, que os negáis a escucharme?

—Me niego —contestó brutalmente el guardabosque.

—Haces mal —dijo a media voz el tabernero, a quien parecía desacertada la rudeza franca y leal de su compañero.

—¡Pues bien! siendo así —repuso lentamente Courtin—, si acontece alguna desgracia a los habitantes del castillo de Souday, no acuséis de ello a nadie más que a vos.

Era indudable que por el modo como Courtin había pronunciado la palabra «habitantes», había querido darle una significación más amplia que la ordinaria, comprendiendo a buen seguro en ella a los huéspedes. Juan Oullier no pudo equivocarse acerca de aquella intención, y a pesar de su habitual fuerza de ánimo, palideció visiblemente, sintiendo haberse adelantado tanto. Sin embargo, era peligroso abandonar su primera resolución, pues si Courtin abrigaba sospechas, aquel cambio debía precisamente confirmárselas. Juan Oullier se esforzó, pues, en ocultar su emoción, y se sentó otra vez, volviendo la espalda a Courtin, con el aire más indiferente del mundo. Su actitud era tan natural, que el colono no pudo menos de engañarse a pesar de su sutileza; así es que en vez de salir con la precipitación que naturalmente era de esperar después de sus últimas palabras, estuvo largo tiempo buscando en su bolso de cuero los cuartos con que debía pagar el café que había tomado. Pocogozo comprendió la tardanza y aprovechó aquel instante para tomar la palabra.

—Querido Juan —dijo dirigiéndose a Oullier con la mayor bondad—; querido Juan, hace mucho tiempo que somos amigos y seguimos las mismas huellas, como lo prueban mis dos piernas de palo; pues bien, no vacilo en decirte delante del señor Courtin que haces

mal en obrar como lo haces. Solo un loco pretendería saber lo que contiene una mano cuando está cerrada. Es cierto que el señor Courtin —continuó Alain, insistiendo en el tratamiento que daba al corregidor de La Logerie—, es cierto que el señor Courtin no pertenece a los nuestros; pero, en cambio, tampoco ha sido nuestro enemigo, y lo único que en realidad puede echársele en cara, es que haya mirado algún tanto su provecho. Por otra parte, hoy que se han acabado ya las disensiones, hoy que ya no hay azules ni chuanes, hoy que, a Dios gracias, nos hallamos bajo el benéfico influjo de la paz, ¿qué te importa el color de su escarapela? ¡Vive Dios! si el señor Courtin tiene algo útil que comunicarte, como dice, ¿por qué no le escuchas?

Juan Oullier se encogió de hombros con un gesto impaciente.

—¡Viejo zorro! —pensó Courtin, que conocía demasiado lo que estaba pasando para dejarse engañar por las flores retóricas con que Alain adornaba su pacífico discurso—. Tanto más —añadió, sin embargo—, cuanto que, lo que quería decirle, no tiene que ver con la política.

—¡Lo ves! —dijo Pocogozo—; nada impide que platiques con el señor corregidor. Vaya, vaya; hazle sitio a tu lado, y charlaréis a vuestras anchas.

Todo esto no decidió a Juan Oullier a poner mejor cara a Courtin, ni siquiera a volverse hacia él; pero no se levantó como era de temer, al sentir que el colono se sentaba junto a él.

—Querido Oullier —dijo Courtin, a manera de preámbulo—, me parece que si bebiésemos una botella, de vino, quizá facilitaría la conversación.

—Como queráis —respondió Juan Oullier, el cual, aunque sentía una profunda repugnancia en tener que brindar con Courtin, consideraba, no obstante, que aquel sacrificio era necesario a la causa a cuyo servicio se había consagrado.

—¿Tenéis vino? —preguntó Courtin a María Juana.

—¡Toma! ¡que si tenemos vino! —repuso ésta—; vaya una pregunta.

—Pero del bueno, quiero decir vino lacrado.

—También lo tenemos —dijo María Juana con un gesto de orgullo—; pero cada botella vale cuarenta sueldos.

—¡Bah! —repuso Alain, que había tomado asiento al otro lado de la chimenea por si podía coger al vuelo alguna palabra de lo que Courtin iba a decir al guarda—; el señor corregidor es persona acomodada, y cuarenta sueldos más o menos no le impedirán pagar su renta a la baronesa Michel.

Courtin sintió haberse adelantado tanto, pues si por desgracia volvían los tiempos de la gran guerra, acaso sería peligroso pasar plaza de hombre muy rico.

—¡Persona acomodada! —replicó—; ¡cómo lo decís, querido Alain! Es cierto que puedo pagar mi arrendamiento; pero creed que cuando lo he hecho me tengo por muy dichoso si logro quedar en paz. Esta es toda mi riqueza.

—Que seáis rico o pobre nada nos importa —repuso Juan Oullier—. Veamos lo que tenéis que decirme y despachemos.

Courtin tomó entonces la botella que le presentaba María Juana, limpió cuidadosamente el cuello con la manga de su blusa, vertió algunas gotas de vino en su vaso, llenó el de Juan Oullier y después el suyo, hizo chocar el uno con el otro, y saboreando lentamente el licor:

—No son muy dignos de lástima —dijo, haciendo castañetear la lengua contra el

paladar—, no son muy dignos de lástima los que lo beben igual todos los días.

—Sobre todo si lo hacen con la conciencia tranquila respondió el guarda—; porque, a mi entender, esto es lo que hace bueno el vino.

—Juan Oullier —siguió diciendo Courtin, sin hacer caso de la reflexión filosófica de su interlocutor, e inclinándose hacia el hogar, de manera que sólo pudiese oírle aquel a quien se dirigía—; Juan Oullier, me guardáis rencor y hacéis mal, ¡palabra de honor!

—Probadlo y os creeré; tal es la confianza que tengo en vuestra palabra.

—Pues bien, querido Oullier, en ese caso, os diré que el señor marqués es una persona a quien venero, y que siento mucho, muchísimo verle eclipsado por un ható de ricachos, siendo así que en otro tiempo él era el primero de la provincia.

—¿Qué os importa, si está contento con su suerte? —replicó Juan Oullier—: supongo que no le habéis oído quejar y que no os ha pedido dinero prestado.

—¿Qué diríais del que propusiera restituir al castillo de Souday toda la fortuna y todas las riquezas que tuvo en otra época? Veamos —añadió Courtin, sin hacer caso de la aspereza de su interlocutor—, ¿creéis que quien lo hiciera sería vuestro enemigo? ¿no os parece que el señor marqués debería estarle altamente agradecido? Responded con la misma franqueza que os estoy hablando.

—Seguramente que sí, si quería hacerlo valiéndose de medios honrosos; pero esto es lo que dudo.

—¡Valiéndose de medios honrosos! ¿acaso me atrevería a proponeros alguno que no lo fuese, Juan Oullier? Mirad, amigo mío, soy franco a más no poder y no me gusta andar con ambages; si quiero, puedo hacer que dentro de poco tiempo haya en el castillo de Souday más talegas que escudos de cinco libras tiene en la actualidad el marqués; pero...

—Pero... ¿qué? veamos. Aquí está el busilis, ¿no es cierto?

—Pero sería preciso que por mi parte reportase de ello alguna utilidad.

—Si el negocio es bueno, nada hay más justo, y se os recompensará.

—Conforme. Lo que pido no es gran cosa.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que pedís? —replicó Juan Oullier, que tenía ya curiosidad de saber lo que pensaba Courtin.

—¡Ah! ¡Dios mío! es una cosa sencillísima: en primer lugar, quisiera que se arreglaran las cosas de modo que no debiese renovar mi arrendamiento, ni pagar cosa alguna por el cortijo que debo ocupar todavía por espacio de doce años.

—Es decir, que os lo regalaran.

—Si tal fuese la voluntad del señor marqués, ya comprendéis que no podría oponerme a ello, pues no estoy tan reñido conmigo mismo.

—Pero ¿cómo podría arreglarse esto? El cortijo que tenéis arrendado pertenece al señor Michel o a su madre, y no he oído decir a nadie que quieran venderlo. ¿Cómo podríamos daros lo que no nos pertenece?

—¡Bien! —repuso Courtin—; es el caso que si yo tomase parte en el negocio que os propongo, quizás no tardaría mucho tiempo en perteneceros aquel cortijo, y entonces sería fácil dármelo. ¿Qué respondéis a esto?

—Digo que no os comprendo.

—¡Truhán! Es un gran partido nuestro joven. ¿Sabéis que además de La Logerie posee la hacienda de Coudraie, los molinos de la Ferronnerie y los bosques de Gervaise, lo cual un

año con otro produce ocho mil pistolas?... ¿Sabéis que heredera otro tanto, cuando muera la baronesa?

—¿Qué tiene que ver el barón Michel con el marqués de Souday —dijo Oullier—, ni qué interés puede tener para mi amo la fortuna del vuestro?

—Vaya, vaya, juguemos limpio, querido Oullier. ¡Voto a! es imposible que no os hayáis dado cuenta de que el señor Michel está enamorado perdido de una de vuestras señoritas. Ignoro cuál sea ésta; pero que hable una palabra el señor marqués, que me ponga en la mano un papelito concerniente a mi cortijo, y todo se arreglará. Las mujeres son muy ladinas, y cuando la niña se haya casado, obtendrá cuanto desee de su marido, que, por su parte, no querrá negarle algunas miserables fanegas de tierra para el hombre a quien tan reconocido estará, y entonces haremos vuestro negocio y el mío. Sólo tenemos un obstáculo, la madre; pero yo me encargo de removerlo —añadió Courtin, inclinándose hacia Juan Oullier.

Éste no contestó; pero miró fijamente a su interlocutor.

—Sí —añadió el corregidor de La Logerie—; cuando todos lo queramos, la señora baronesa no podrá negarse a ello. ¡Ah! mi querido Oullier —prosiguió, golpeando amistosamente la pierna de su interlocutor—, sé muchas cosas relativas al difunto señor Michel.

—Siendo así, ¿para qué necesitáis de nosotros? ¿Quién os impide pedirle a ella inmediatamente lo que ambicionáis?

—¿Quién me lo impide? es que al dicho de un niño que guardando sus ovejas oyó cerrar el trato, es preciso que pueda añadir el testimonio del que vio recibir el precio de la sangre en el bosque de la Chabottière; y este testimonio tú sabes perfectamente quién puede dármelo, querido Oullier. El día que nos juntemos, la baronesa se pondrá mansa como un cordero; aunque sea avara, es también orgullosa, y el temor de la deshonra pública y de las habladurías de la gente, la harán acceder a todo, pensado que al fin y al cabo la señorita de Souday, por pobre que sea, es muy digna de un barón Michel, cuyo abuelo era un aldeano y el padre un... basta. Vuestra señorita será rica, mi amo dichoso, y yo estaré acomodado. ¿Qué hay que oponer a esto? Sin contar que seremos amigos, querido Oullier, y sin alabarme de ello, aun cuando ambicione tu amistad, la mía vale también algo.

—¡Vuestra amistad!... —respondió Juan Oullier, a quien costaba trabajo contener la indignación que excitaba en él la singular proposición que Courtin acababa de hacerle.

—Sí, mi amistad —repitió éste—, por más que menees la cabeza. Ya te he dicho que estaba más informado que nadie de la vida del difunto barón Michel, y hubiera podido añadir que también lo estoy de lo relativo a su muerte, pues yo era uno de los ojeadores de la batida en que fue muerto, y precisamente estaba colocado frente a frente de él... Yo era muy joven entonces, pero ya tenía la costumbre, que Dios me conserve, de no hablar más que cuando me convenía. Y ahora, ¿crees que serían inútiles los servicios que tu partido podría esperar de mí cuando mi interés me pusiera de tu parte?

—Courtin —repuso Juan Oullier, arrugando el entrecejo—, no tengo ninguna influencia en las resoluciones del señor marqués de Souday; pero si la tuviera, por pequeña que fuese, nunca ese cortijo formaría parte de los bienes de su familia, y, aunque así fuese, jamás serviría para pagar una traición.

—Todo eso no son más que palabras —observó Courtin.

—No, por pobres que sean las señoritas de Souday, jamás querré que ninguna de ellas se

case con el joven de quien me habláis; y por rico que éste sea, aun cuando tuviera otro nombre que el que tiene, nunca se prestaría la señorita de Souday a comprar su alianza.

—¿Llamas a esto una bajaiza? yo sólo veo en ello un buen negocio.

—Puede que para vos no sea otra cosa; pero para mis señoritas, comprar la alianza del señor Michel por medio de un convenio con vos, sería peor que una bajaiza, sería una infamia.

—Vete con cuidado, Juan Oullier; no quiero hacer caso de tus palabras, pues he venido a verte con las mejores intenciones del mundo; pero procura que no cambie de modo de pensar cuando salga de aquí.

—El mismo caso hago de vuestras amenazas que de vuestros ofrecimientos; tenedlo entendido, Courtin.

—Por última vez te digo que me escuches, Juan Oullier; ya te he manifestado antes que deseo ser rico; éste es mi tema, como es el tuyo ser fiel como un perro a gentes que ningún caso hacen de ti. Había pensado que podría ser útil a tu amo, esperando al mismo tiempo que éste no dejaría de recompensar dignamente semejante servicio; pero ya que me dices que es imposible, no hablemos más de ello. No obstante, si los nobles a quienes sirves quisieran mostrarse agradecidos a mi modo de cobrar, preferiría servirles a ellos antes que a los otros.

—Porque creéis que os pagarían mejor, ¿no es cierto?

—Sin duda, mi pobre Oullier; contigo no me hago el generoso; lo has acertado completamente.

—No sirvo de intermediario en tales negocios, Courtin; y, además, sería tan insignificante la recompensa que os ofrecería, si debía ser proporcionada a lo que de vos podría esperarse, que no vale la pena de hablar de ello.

—¡Oh! ¡oh! ¿quién sabe? —repuso Courtin—. Tú no pensabas que yo supiera lo de la Chabottière, y quizás te admiraría mucho si te dijera todo lo que sé.

Juan Oullier temió dejar ver que se asustaba.

—Basta ya, Courtin; si queréis venderos, dirigíos a otros, pues semejantes negocios me repugnarían aun cuando me encontrase en situación de hacerlos. A Dios gracias, nada tienen que ver conmigo.

—¿Es ésta tu última resolución, Juan Oullier?

—La primera y la última; seguid vuestro camino, Courtin, y dejad que sigamos el nuestro.

—Pues bien, tanto peor —concluyó el colono—, pues a fe mía me hubiera gustado mucho que marcháramos de acuerdo.

Al terminar estas palabras, levantóse Courtin, hizo una seña con la cabeza a Juan Oullier y salió.

Apenas hubo pasado el umbral de la puerta, Alain Pocogozo se acercó al guarda.

—Has hecho una tontería —le dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Ese hombre puede perjudicarte; de otro modo, no habría venido a verte con tanta confianza.

—¿Qué debía hacer?

—Llevarle a Luis Renaud o a Gaspar, que lo habrían comprado.

—El mal está hecho, *¿qué* me aconsejas ahora?

—Que le sigas y le vigiles.

Juan Oullier meditó un instante, y levantándose después:

—A fe mía —dijo—, puede que tengas razón.

—Y, lleno de inquietud, salió de la taberna.

XVII

LA FERIA DE MONTAIGU

El estado de efervescencia en que estaban los ánimos en el oeste de Francia, no encontraba desprevénido al Gobierno. La fe política se había entibiado demasiado para que una insurrección que tenía por campo una extensión de territorio tan considerable, para que una conspiración en la que entraban tantos conjurados, permaneciese secreta largo tiempo. Mucho antes de que madame desembarcase en la costa de Marsella, se tenía conocimiento en París del movimiento que se preparaba, habiéndose, en su vista, tomado diferentes medidas de represión prontas y vigorosas; de modo que cuando se supo de un modo positivo que la princesa se había dirigido a las provincias del Oeste, sólo fue necesario ponerlas en planta, confiando su dirección a personas seguras e inteligentes.

Los departamentos en que era de temer la sublevación habían sido divididos en tantos distritos militares cuantas eran las subprefecturas que comprendían. Cada uno de aquellos distritos, mandados por otros tantos jefes de batallón, era el centro de varios cantones secundarios, puestos cada uno de ellos a las órdenes de un capitán y rodeados a su vez por otros destacamentos más insignificantes aún, que al mando de un teniente o subteniente, internábanse en el país tanto como lo permitía la facilidad de las comunicaciones. Montaigu, situada en el distrito de Closson, tenía también su guarnición, compuesta de una compañía del 32 de línea.

El día en que habían tenido lugar los sucesos que acabamos de referir, esta guarnición fue reforzada con dos escuadras de gendarmes llegados de Nantes aquella misma mañana, y veinte cazadores de caballería, que habían servido de escolta al teniente general Dermoncourt, al salir de dicha ciudad para pasar revista a los destacamentos.

Terminada la revista de la guarnición de Montaigu, Dermoncourt, antiguo soldado, tan inteligente como enérgico, pensó que no sería desacertado revistar igualmente a los que él llamaba sus antiguos amigos los vendeanos, a los cuales había visto apiñados en la plaza y en las calles de Montaigu, por lo que, despojándose del uniforme, se puso un traje de paisano y bajó en medio de la muchedumbre, acompañado de un miembro de la administración civil, que se hallaba en Montaigu al mismo tiempo que él.

Aunque sombría siempre, la población presentaba una actitud sosegada. La multitud se separaba para abrir paso a aquellos dos personajes; y aun cuando el aire marcial de Dermoncourt, su poblado bigote negro, a pesar de los sesenta y cinco años que contaba, y su rostro acuchillado le señalasen a la penetrante curiosidad del gentío e hiciesen casi inútil su disfraz, ni un grito, ni una manifestación hostil le acompañaron en su paseo.

—Vaya, vaya —observó el general—; mis antiguos amigos los vendeanos no han cambiado mucho, y vuelvo a encontrarlos tan poco comunicativos como los dejé hace cerca de treinta y ocho años.

—Observo en ellos una indiferencia que es de buen agüero —repuso el subprefecto, con aire de importancia—. Los dos meses que acabo de pasar en París, durante los cuales hubo un motín cada día, me han dado alguna experiencia en la materia, y creo poder asegurar que no presenta este aspecto el pueblo que se prepara para una insurrección. Mirad, mi querido general, no hay casi ningún grupo, no se ve ni un orador al aire libre, no se observa animación alguna, ni se oye el menor ruido, antes al contrario, reina la

mayor calma. No hay duda de que estas buenas gentes sólo se acuerdan de sus negocios, os respondo de ello.

—Tenéis razón, caballero; soy exactamente de vuestra opinión; estas buenas gentes, como vos las llamáis, no se acuerdan de nada absolutamente más de sus negocios; pero éstos ofrecen el modo más favorable de enumerar las balas de plomo y las hojas de sable que al presente constituyen los enseres de su tienda y con los cuales cuentan obsequiarnos tan pronto como puedan.

—¿Lo creéis así?

—No lo creo, estoy seguro de ello. Sí, por fortuna para nosotros, no faltasen el elemento religioso para esa nueva empresa, haciéndome pensar que no puede ser general, os contestaría resueltamente que no hay ni uno de estos pacíficos aldeanos que aquí veis, con chupa de paño burdo, calzones de lienzo y zuecos, que no tenga su puesto, su fila y su número en uno de los batallones de la insurrección.

—¡Cómo! ¿también estos mendigos?

—Sí, estos mendigos más que nadie. Lo que caracteriza esta guerra, amigo mío, es que tenemos que habérnoslas con un enemigo que está en todas partes y no está en ninguna. Le buscáis, y no veis más que un aldeano que os saluda, un mendigo que os tiende la mano, un buhonero que os ofrece sus mercaderías, un músico que os echa a perder el tímpano con su trompeta, un charlatán que vende sus drogas, un pastorcillo que os sonríe, una mujer que amamanta a su hijo en el umbral de su cabaña, o un matorral inofensivo que se inclina hacia el camino. Pues bien, pasáis sin la menor desconfianza, y aldeano, pastor, mendigo, músico, charlatán y buhonero, son otros tantos adversarios. Hasta el matorral lo es. Unos, os seguirán, como si fueran vuestra sombra, ocultos en las retamas, llenarán su cometido de espías infatigables, y al menor movimiento sospechoso que hagáis, avisarán a los que perseguís antes que pongáis sorprenderles; otros, habrán tomado en una zanja, debajo de los espinos, en un surco, o de entre la hierba de un erial, una escopeta enmohecida, y, si valéis la pena de que lo hagan, os seguirán como los primeros hasta que hallen una ocasión favorable, pues son muy avaros de su pólvora. El matorral os enviará un escopetazo, y si tenéis la suerte de que yerre el tiro, cuando lo registréis no encontraréis más que un zarzal, es decir, ramas, pinchos y hojas. Ved, pues, cuan inofensivos son los naturales de este país, amigo mío.

—¿No exageráis algún tanto? —preguntó el empleado con una sonrisa de duda.

—¡Diantre! podemos hacer la prueba, señor subprefecto. Nos hallamos en medio de un gentío completamente pacífico, y sólo tenemos a nuestro alrededor amigos, franceses, compatriotas; pues bien, haced prender tan sólo a uno de esos hombres.

—¿Qué sucedería si lo hiciera?

—Sucedería que uno de ellos a quien no conocemos, quizás este de la chupa blanca, tal vez aquel mendigo que está comiendo con tanto apetito en el umbral de aquella puerta, y que resultaría ser Pies de Plata, Brazo de Hierro, o cualquier otro jefe de banda, se levantaría y haría una seña; al verla, los mil o mil quinientos garrotes que ahora están quietos, se alzarían sobre nuestras cabezas, y antes que mi escolta hubiese podido venir en nuestra ayuda, estaríamos molidos como dos gavillas de trigo bajo el trillo. ¡Parece que no estáis convencido! Venid a hacer la prueba.

—Sí, por cierto, general, os creo —exclamó vivamente el subprefecto—; ¡fuera majaderías, demonio! Desde que me habéis desengañado acerca de sus intenciones, todas esas caras me parecen más sombrías, y les encuentro el aspecto de verdaderos bribones.

—¡Vaya, pues! son muy buenas gentes, sólo que es preciso saberlo entender, y, desgraciadamente, esto no es fácil a todos los que envían aquí —dijo el general, con picaresca sonrisa—. ¿Queréis tener una muestra de su conversación? Vos sois o habéis debido ser abogado; pues bien, apostarí a que nunca habéis encontrado entre vuestros colegas ninguno que fuese tan hábil como esas gentes para hablar sin decir nada. ¡Eh!, ¡mozo! —continuó el general, dirigiéndose a un aldeano de treinta y cinco a cuarenta años, que estaba inmediato a ellos, examinando curiosamente una galleta que tenía en la mano—; decidme dónde venden esas hermosas tortas, cuya sola vista me da ganas de comerlas.

—No las venden, caballeros, las dan.

—¡Pse! eso basta para decidirme; quiero una.

—Pues no deja de ser raro —dijo el subprefecto—, que regalen estas ricas tortas de trigo blanco, que podían vender a muy buen precio.

—Sí, es muy extraño; pero no lo es menos que el primer individuo a quien nos hemos dirigido, no sólo responda a nuestras preguntas, sino que se anticipe, además, a las que podríamos dirigirle. Enseñadme vuestra galleta, buen hombre.

El general examinó, a su vez, el objeto que le entregó el aldeano. Era una torta común, de harina y leche, sólo que, antes de cocerla, habían dibujado con un cuchillo una cruz y cuatro barras paralelas en la corteza.

—¡Diablo! es tanto más grato recibir un regalo como éste, en cuanto reúne lo útil a lo agradable. Este dibujo debe ser algún jeroglífico. Decidme, buen hombre, ¿quién os ha dado este pastel?

—No me lo han dado, pues desconfían de mí.

—¡Ah! ¿sois patriota?

—Soy corregidor de mi lugar y estoy a favor del Gobierno. He visto que una mujer las daba a algunos vecinos de Machecoul, sin que se las pidiesen ni le ofrecieran nada en cambio, y, habiéndole pedido entonces que me vendiese algunas, no se ha atrevido a negármelo. He tomado dos, me he comido una delante de ella, y me he guardado ésta en el bolsillo.

—¿Queréis cedérmela, amigo mío? Estoy formando una colección de jeroglíficos y éste me interesa.

—Puedo darla o venderla, como os plazca.

—¡Hola, hola! —dijo el general, mirando a su interlocutor con más atención de lo que lo había hecho hasta entonces—; creo comprenderlo; ¿puedes, acaso, explicarme estos jeroglíficos?

—Tal vez; pero, de todos modos, puedo proporcionaros otras noticias que no son de desdeñar.

—Pero ¿quieres que te las paguen?

—Sin duda —respondió descaradamente el aldeano.

—¿Esta es la manera que tienes de servir al Gobierno que te ha nombrado corregidor?

—¡Diantre! el Gobierno no ha puesto un techo de tejas a mi cortijo, ni ha cambiado sus tapias en paredes de piedra, sino que, por el contrario aquélla está cubierta de paja y construida con madera y tierra, y esto arde en seguida, sin dejar más que cenizas. Quien mucho arriesga, mucho ha de ganar; y toda mi fortuna puede perderse en una noche.

—Tienes razón. Vaya, señor subprefecto, esto atañe a vuestras atribuciones. A Dios

gracias, no soy más que un soldado, y la mercadería debe estar pagada cuando me la entreguen. Pagad, pues, y entregádmela.

—Despachaos —repuso el colono—, pues nos están observando por todas partes.

Los aldeanos, en efecto, se habían ido acercando poco a poco al grupo formado por nuestros tres personajes, sin otro motivo aparente que la curiosidad que excitan siempre los forasteros, acabando por formar un círculo bastante compacto en torno suyo.

Observólo el general.

—Amigo mío —dijo en voz alta, dirigiéndose al subprefecto—, no os aconsejo que os fiéis de la palabra de este hombre—: os vende doscientos sacos de avena a diecinueve francos el saco; pero aún falta saber si os los entregará. Dadle arras y que os firme un compromiso.

—No tengo papel ni lápiz —repuso el subprefecto, que comprendió la intención del general.

—¡Idos a la posada, voto a bríos! Veamos —continuó el general—, ¿hay aquí alguien más que tenga avena para vender?

Un aldeano contestó afirmativamente, y mientras el general regateaba el precio, el subprefecto y el hombre de la galleta pudieron alejarse sin llamar la atención. Nuestros lectores habrán comprendido ya que aquel hombre no era otro que Courtin.

He aquí los enredos que había fraguado éste desde por la mañana. Después de la conversación tenida con su amo, el colono había reflexionado detenidamente, pensando que una denuncia lisa y llana no era lo más conveniente para sus intereses, pues podía acontecer muy bien que el Gobierno dejase sin recompensa aquel servicio de uno de sus subalternos, y entonces aquel paso resultaba peligroso, sin provecho, pues Courtin atraía sobre sí la enemistad de los realistas, que tan numerosos eran en la comarca. Entonces fue cuando combinó el plan que hemos visto comunicar a Juan Oullier, creyendo que, sirviendo los amores del joven barón, y obteniendo un lucro razonable, se atraería el afecto del marqués de Souday, de quien suponía que no podía menos de ambicionar un casamiento semejante, y que por medio de aquel afecto lograría hacerse pagar muy caro un silencio que salvaría la vida que tan preciosa debía ser al partido realista, si él no se había equivocado.

Ya hemos visto el modo cómo Juan Oullier había recibido los ofrecimientos de Courtin, por cuyo motivo éste, no pudiendo hacer lo que le parecía un excelente negocio, había decidido contentarse con otro mediano, poniéndose de parte del Gobierno.

XVIII

EL MOTÍN

Media hora después de la conferencia del subprefecto con Courtin, un gendarme recorría los grupos en busca del general, a quien halló hablando con la mayor intimidad con un mendigo cubierto de harapos.

El gendarme dijo algunas palabras al oído del general, y éste volvió apresuradamente a la posada del *Caballo Blanco*. El subprefecto le aguardaba en la puerta.

—¿Y bien? —preguntó el general al ver el aire satisfecho del funcionario público.

—¡Ah!, general, tengo una gran noticia que comunicaros —repuso éste.

—Sepámosla.

—El hombre con quien he conversado es una verdadera alhaja.

—¡Gran noticia! aquí todos los son; el más torpe podría enseñar al señor de Talleyrand. ¿Qué os ha dicho vuestra alhaja?

—Que anteayer vio llegar al castillo de Souday al conde de Bonneville, disfrazado de aldeano y en compañía de un muchacho que le pareció una mujer.

—¿Y qué más?

—Pues bien, ya no cabe duda...

—Acabad, señor subprefecto; bien veis mi impaciencia —interrumpió con el acento más tranquilo el general.

—A mi juicio, no hay duda que esa mujer es la que buscamos, quiero decir la princesa.

—Que no haya duda para vos, corriente; pero para mí sí la hay.

—¿Por qué?

—Porque yo también he tenido confidencias.

—¿Voluntarias o involuntarias?

—¿Puede asegurarse esto, por ventura, tratándose de esas gentes?

—Pero, en fin, ¿qué os han dicho?

—Nada.

—Entonces...

—Cuando me dejasteis, seguí comprando avena.

—Sí; y ¿qué más?

—El aldeano a quien me he dirigido, me ha pedido que le diese arras, lo que era muy justo, y yo, por mi parte, le he exigido un recibo, lo cual era más aún. Para ello, quería entrar en una tienda cualquiera; pero yo le dije:

«¡Ca! tomad este lápiz, supongo que tendréis un pedazo de papel inútil, y mi sombrero podrá servir de mesa.»

Entonces rasgó una carta y medio el recibo que aquí veis. Leed.

El subprefecto tomó el recibo y leyó:

«He recibido del señor Juan Luis Robier la cantidad de cincuenta francos, a cuenta de

treinta sacos de avena, que me obligó a entregarle el día 28 de los corrientes.

»Montaigu, 14 de- mayo de 1832.

F. TERRIEN.»

—No veo aquí ninguna luz —observó el subprefecto.

—Volved el papel, si gustáis.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó el funcionario público.

El papel que éste tenía en la mano era parte de una carta rasgada por la mitad, en cuya vuelta leyó las líneas que siguen:

arques:

al instante la noticia

aquella a quien aguardamos

en Beaupays el 26 por la tarde

oficiales de vuestra división

presentados a madame

vuestra gente sobre las ar-

respetuoso.

oux.

—¡Diablo! —exclamó el subprefecto—, lo que me enseñáis es nada menos que el aviso de una toma de armas, pues es fácil suplir lo que falta.

—No puede serlo más —repuso el general.

—Quizá lo sea demasiado. Pero ¿qué me decíais de la astucia de esas gentes? —dijo el funcionario público—; yo creo, por el contrario, que tienen una inocencia increíble.

—Esperad —dijo el general—, no es esto todo.

—¡Ah!

—Luego de haber dejado al que me ha vendido la avena, me he acercado a un mendigo que parecía un idiota; le he hablado de Dios, de la Virgen, de los santos, del alforfón, de la cosecha de las manzanas —observad que éstas se hallan en flor—, y he acabado por preguntarle si nos quería servir de guía para acompañarnos a Lorveux, a donde recordaréis que hemos de ir a dar una vuelta.

»—No puedo —me ha contestado el idiota con aire malicioso.

»—¿Por qué? —le he dicho con el tono más indiferente que me ha sido posible.

»—Porque debo acompañar a una hermosa dama y dos caballeros como vos desde Puy-Laurent a la Flocetiére —me ha respondido.»

—¡Canario! me parece que la cosa se complica.

—Por el contrario, se va aclarando.

—Explicaos.

—Las confidencias que vienen sin buscarlas, en este país dónde es tan difícil obtenerlas cuando se buscan, me parecen lazos demasiado groseros para que pueda caer en ellos un zorro viejo como yo. La duquesa de Berry, si es que ha llegado, no puede estar a la vez en

Souday, en Beaupays, y en Puy-Laurent; ¿qué opináis de esto, querido subprefecto?

—¡Diantre! —respondió éste, rascándose la oreja—, creo que ha podido o podrá estar, sucesivamente, en las tres partes, y en cuanto a mí, sin preocuparme de los otros puntos, iría directamente a la Flocetiére, es decir, a donde vuestro idiota dice que estará hoy.

—Sois un mal sabueso, amigo mío —repuso el general—; la única noticia exacta que tenemos es la de ese buena pieza que nos ha dado la galleta y a quien habéis traído aquí.

—¿Y los otros?

—Apostaría mis charreteras de general contra la de un alférez, que los demás nos han sido enviados por algún lagarto que habrá visto que el corregidor conversaba con nosotros, y que tiene interés en chasquearnos. En marcha, pues, querido subprefecto, y ocupémonos de Souday, si no queremos que se nos escapen.

—¡Bien! —exclamó el subprefecto—; creía haber hecho una estupidez pero lo que decís me tranquiliza.

—¿Qué habéis hecho?

—Conozco el nombre de nuestro perillán; se llama Courtin, y es corregidor de una pequeña aldea llamada La Logerie.

—Ya sé cuál es; poco faltó para que nos apoderásemos en ella de Charrette, hace cerca de treinta y siete años.

—Pues bien, Courtin me ha indicado un individuo que puede servirnos de guía, y al cual de todos modos convenía arrestar para que no fuera al castillo a dar la señal de alarma.

—¿Y ese hombre?

Es el mayordomo del marqués, su guarda; aquí están sus señas.

El general tomó un papel y leyó lo que sigue:

«Cabellos grises y cortos; frente estrecha; ojos negros y vivos; cejas erizadas; una verruga en la nariz y algunos pelos en las ventanas de ésta; patillas en forma de barboquejo; sombrero redondo chupa de terciopelo; chaleco y calzones de lo mismo polainas y cinturón de cuero. Señas particulares; un perro de muestra braco, de pelo rizado, que responde al nombre de *Patou*; un morral de red a la espalda; el segundo diente de la izquierda roto.»

—¡Bravo! —exclamó el general—, es el mismo que me ha vendido la avena, ni más ni menos; el tío Terrien, que lo mismo se llama Terrien que yo Barrabás.

—Si queréis, podéis saberlo en seguida.

—¿Cómo?

—Estará aquí dentro de un momento...

—¿Aquí?

—Sin duda.

—¿Va a venir?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

—Voluntariamente o a la fuerza.

—¿A la fuerza?

—Sí; he dado orden de prenderle, y deben haberlo hecho ya.

—¡Mil rayos! —exclamó el general, sacudiendo en la mesa un puñetazo tan fuerte, que el subprefecto dio un salto en su sillón—; ¡mil rayos! ¡qué habéis hecho!

—Creo, general, que si era un hombre tan peligroso como han dicho, no había otro recurso que prenderle.

—¡Peligroso! ¡Ahora lo es mucho más que hace un cuarto de hora!

—¿Estando preso?

—No lo habrá sido bastante pronto para no dar el alerta, creedme; la princesa será avisada antes que nos encontremos a una legua de aquí, y no será poca nuestra dicha si no habéis conjurado a esta ruin población contra nosotros, siendo causa de que nos podamos distraer un solo hombre de la guarnición.

—Quizá sea tiempo aún de evitarlo —dijo el subprefecto, precipitándose hacia la puerta.

—Sí, corred... ¡Ah! ¡mil rayos! ya es tarde.

En efecto, oíase a lo lejos un rumor sordo, que fue aumentando paulatinamente, hasta convertirse en ese concierto terrible que forman las muchedumbres que se disponen al combate. El general abrió la ventana y vio a cien pasos de la posada a los gendarmes que llevaban a Juan

Oullier agarrotado en medio de ellos. Rodeábales la multitud, alborotada y amenazadora, por manera que sólo podían avanzar lentamente y con dificultad. Sin embargo, aún no habían hecho uso de las armas; pero no había un momento que perder.

—¡Vaya! estamos en el baile y es necesario bailar —dijo el general, quitándose el redingote y poniéndose apresuradamente el uniforme.

En seguida, llamando a su ayudante:

—¡Rusconi, mi caballo! —ordenó—. Vos, subprefecto, procurad reunir a los guardias nacionales, si los hay en la población; pero que no se dispare un tiro sin orden mía.

En aquel momento entró un capitán, enviado por el ayudante.

—Vos, capitán —continuó el general—, reunid a vuestros soldados en el patio; haced que monten a caballo unos veinte cazadores, dándoles provisiones para dos días, y veinticinco cartuchos por hombre, y estad pronto para salir a la primera señal que haga.

El anciano general, que había recobrado todo el fuego de la juventud, bajó al patio, y mandando a los infiernos a todos los paisanos, dispuso que abrieran la puerta cochera que daba a la calle.

—¡Cómo! —exclamó el subprefecto—, ¿vais a presentaros solo ante esos furiosos? es imposible que penséis tal cosa, general.

—Al contrario, esto es lo que quiero hacer, ¡voto a bríos! ¿Acaso no es forzoso que liberte a mis soldados? ¡Vaya! ¡paso! ¡paso! no es ésta ocasión de reparar en repulgos de empanada.

Así que se hubieron abierto las dos hojas, y la puerta, girando sobre sus goznes, le hubo dado paso, el general, lanzando vigorosamente el caballo con dos espolazos, se halló en medio de la calle y en lo más fuerte de la reyerta. Aquella súbita aparición de un anciano soldado de semblante enérgico y elevada estatura, con el uniforme bordado y cubierto de condecoraciones, al propio tiempo que la admirable audacia que mostraba, produjeron en la multitud el efecto de una conmoción eléctrica. Los clamores cesaron como por encanto, bajáronse los palos levantados, los aldeanos más próximos al general llevaron la mano al sombrero, abriéronse las filas compactas, y el soldado de Rívoli y de los Pirineos

pudo avanzar veinte pasos en dirección a los gendarmes.

—¿Qué tenéis, amigos míos? —exclamó con voz tan vibrante y poderosa, que se le oyó hasta en las calles que desembocaban en la plaza.

—Que acaban de prender a Juan Oullier —dijo una voz.

—Y que Juan Oullier es un hombre de bien —agregó otra voz.

—A los malhechores es a quienes se prende, y no a las personas honradas —dijo un tercero.

—Por cuyo motivo no permitiremos que prendan a Juan Oullier —replicó otro.

—¡Silencio! —ordenó el general con un tono de mando tan imperioso que todos se callaron.

Y dijo al cabo de un momento:

—Si Juan Oullier es un hombre de bien, como no lo dudo, se le soltará; pero, si es uno de los que tratan de engañaros, abusando de vuestros buenos y leales sentimientos, será castigado. ¿Creéis que sea injusto castigar a los que tratan de sumir de nuevo el país en los espantosos desastres de que los ancianos no puedan hablar a los jóvenes sin las lágrimas en los ojos?

—Juan Oullier es un hombre pacífico, que no quiere mal a nadie —observó una voz.

—¿Qué os falta, pues? —repuso el general, sin hacer caso de la interrupción—. Vuestros sacerdotes son respetados y vuestra religión es la nuestra. ¿Acaso hemos matado al rey, como en mil setecientos noventa y tres, o abolido a Dios, como en mil setecientos noventa y cuatro? No, éstos se encuentran bajo el amparo de la ley común, y jamás vuestra municipalidad ha estado más floreciente.

—Es cierto —dijo un aldeano joven.

—No deis, pues, oídos, a los malos franceses que para satisfacer sus pasiones egoístas no vacilan en atraer sobre el país todos los horrores de la guerra civil. ¿No os acordáis ya de lo que es ésta? ¿necesitaré traéroslo a la memoria? ¿Es preciso que os recuerde vuestros ancianos padres, vuestras esposas y vuestros hijos asesinados, vuestras mieses destruidas, vuestras cabañas incendiadas, la muerte y la ruina en vuestros hogares?

—¡Todo esto lo han hecho los azules!

—¡No, no han sido los azules! —replicó el general—, sino los que os han inducido a esta lucha insensata entonces, que hoy sería impía, porque, si en otro tiempo tenía un pretexto, no puede tenerlo hoy.

Hablando de este modo, el general adelantaba su caballo en dirección a los gendarmes, los cuales hacían, por su parte, todos los esfuerzos posibles para llegar hasta el general, lo que les era tanto más fácil cuanto que el discurso de éste, a pesar de lo soldadesco de sus formas, causaba una visible impresión en algunos aldeanos. De éstos, unos bajaban la cabeza y guardaban silencio, mientras que otros comunicaban a los que tenían al lado algunas reflexiones que, a juzgar por el modo como las hacían, debían ser de aprobación, pero, a medida que el general avanzaba en el círculo que rodeaba a los gendarmes y al preso, encontraba rostros cuya actitud denotaba disposiciones menos favorables, no pudiendo dudarse que aquéllos eran los jefes de la facción. Con ellos era inútil toda elocuencia, pues estaban decididos a no escuchar ni dejar que lo hicieran los demás, pudiendo decirse que no gritaban, sino que estaban aullando.

El general dióse cuenta de la situación y resolvió imponer a aquellos hombres por uno de esos actos de energía Corporal que tanto poder ejercen sobre las masas.

Alain Pocogozo se hallaba en la primera fila de los revoltosos, y aun cuando esto parezca extraño a primera vista, se explica, no obstante, fácilmente sabiendo que había reemplazado sus piernas de palo por otras dos de carne y hueso, haciendo servir de cabalgadura a un mendigo de talla colosal. En efecto, Pocogozo estaba sentado a horcajadas en los hombros de aquel mendigo, que, mediante las correas que sujetaban las piernas postizas del tabernero, le conservaba en aquella posición tan afianzado como el general en la silla de su caballo. Encaramado de aquel modo, Alain llegaba a la altura de la charretera del general, a quien perseguía con sus gritos frenéticos y sus ademanes amenazadores, hasta que alargando la mano hacía él, el general le cogió por el cuello de la chupa; lo levantó, al aire y lo tuvo algún tiempo suspendido sobre la muchedumbre, arrojándolo, por fin a un gendarme.

—Ponedme a buen recaudo a este polichinela —dijo—, pues acabaría por darme dolor de cabeza.

El mendigo, desembarazado de su jinete, alzó la cabeza, y el general pudo reconocer al idiota con quien había estado hablando aquella mañana, y que en aquel momento parecía más vivo que otro alguno. La acción del general provocó la hilaridad de la muchedumbre, pero ésta no duró mucho tiempo. En efecto, Pocogozo se hallaba entre los brazos de un gendarme, a cuya izquierda se hallaba Juan Oullier, y, sacando con tiento del bolsillo su cuchillo abierto, lo hundió hasta el mango en el pecho de aquél, gritando:

—¡Viva Enrique V! Escápate, Juan Oullier.

Al mismo tiempo el mendigo, que, por un legítimo sentimiento de emulación, quería sin duda corresponder dignamente a la acción hercúlea del general, se deslizaba debajo del caballo de éste y agarrando la bota a Dermancourt le arrojaba al otro lado con un brusco y vigoroso movimiento. El general y el gendarme cayeron al mismo tiempo, y aun cuando hubiera podido creerse que ambos estaban muertos, aquél volvió a levantarse en seguida, montando otra vez a caballo con la mayor destreza, y sacudiendo al propio tiempo un puñetazo tan fuerte en la cabeza del mendigo, que éste cayó de espaldas cual si tuviese el cráneo partido y sin lanzar un grito. Ni el gendarme ni el mendigo volvieron a levantarse: éste estaba desvanecido, aquél había muerto. Por su parte, Juan Oullier, aun cuando tenía las manos atadas, dio un golpe tan violento al segundo gendarme, que éste se tambaleó; y saltando por encima del cadáver del otro, se arrojó entre la muchedumbre. Pero el general, que miraba a todos lados, veía hasta lo que pasaba detrás de él, y revolviendo su caballo, que saltó en medio de aquella marea humana, asió a Juan Oullier como lo había hecho con Pocogozo, y le puso atravesado en el caballo. Entonces comenzaron a llover piedras y a recobrar sus posiciones ofensivas los aldeanos. Los gendarmes se mantuvieron firmes; rodearon al general y formaron a su alrededor una muralla, presentando las bayonetas a la multitud, que, no atreviéndose a atacarles cuerpo a cuerpo, se contentó con hacerlo a pedradas. De este modo, avanzaron hasta llegar a veinte pasos de la posada. Una vez allí, la situación del general y de los suyos se hacía crítica. Los aldeanos, que parecían decididos a no dejar a Juan Oullier en poder de sus enemigos, se mostraban cada vez más audaces; algunas bayonetas se habían teñido ya de sangre, y sin embargo, el ardor de los amotinados iba siempre en aumento. Por fortuna, los soldados se encontraban bastante cerca para poder oír la voz del general.

—¡A mí los granaderos del 32! —gritó éste.

Inmediatamente las puertas de la posada se abrieron, y los soldados se precipitaron en la calle con la bayoneta calada, rechazando a los aldeanos. El general y su escolta pudieron penetrar entonces en el patio, donde aquél encontró al subprefecto, que le estaba

esperando.

—Aquí tenéis a vuestro hombre —le dijo arrojándole a Juan Oullier como si fuera un lío—; caro nos ha costado, pero quiera Dios que nos aproveche.

En aquel instante se oyó una nutrida descarga en el extremo de la plaza.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendido el general.

Indudablemente será la guardia nacional, que he mandado reunir —respondió el subprefecto—, y que, conforme a mis instrucciones, ha debido rodear a los insurgentes.

—¿Y quién les ha dicho que hicieran fuego?

—Yo, general; era preciso libertaros.

—¡Mal rayo! bien veis que he sabido hacerlo yo solo.

Y meneando después la cabeza:

—No olvidéis nunca que en las guerras civiles —dijo—, derramar sangre inútilmente es más que un crimen, es una falta.

Un ordenanza entró al galope en el patio.

—Mi general —dijo—, los cazadores llegan, y los insurrectos huyen en todas direcciones; ¿es necesario perseguirlos?

—Que nadie se mueva—ordenó Dermaucourt—; dejad obrar a la guardia nacional; son amigos y se arreglarán.

Efectivamente, una segunda descarga anunció que los aldeanos y los guardias nacionales se arreglaban. Aquellas dos detonaciones eran las que el barón Michel había oído desde La Logerie.

—¡Ah! —dijo el general—, ahora sólo se trata de aprovechar esta triste jornada.

Luego señalando a Juan Oullier:

—Sólo una cosa puede salvarnos —añadió—, y es que este hombre sea el único que estuviese enterado del secreto. ¿Se ha comunicado con alguien desde que le arrestasteis gendarme?

—No, mi general, ni siquiera por señas, pues tiene las manos atadas.

—¿Le visteis hacer algún movimiento con la cabeza o decir alguna palabra? Ya sabéis que a esos perillanes les basta un gesto, para ellos una palabra lo dice todo.

—No, mi general.

—Pues bien; siendo así, probemos fortuna; haced que coman vuestros soldados, capitán; dentro de un cuarto de hora nos pondremos en marcha: los gendarmes y la guardia nacional bastarán para defender la ciudad, y me llevaré mis veinte cazadores para despejar el camino.

El general penetró en la posada, y los soldados hicieron sus preparativos para la marcha.

Durante este tiempo, Juan Oullier permanecía sentado en una piedra en medio del patio, guardado de vista por dos gendarmes. Su rostro conservaba su impassibilidad acostumbrada, y con las manos atadas acariciaba a su perro, que le había seguido y apoyaba la cabeza en las rodillas de su amo, lamiendo de vez en cuando sus manos, como para recordar al preso que en medio de su infortunio todavía conservaba un amigo. Juan Oullier le acariciaba suavemente con la pluma de pato silvestre que había encontrado en el patio, hasta que, aprovechando un instante en que sus dos guardias habían cesado de mirarle, la deslizó entre los dientes del perro, hizo una señal de inteligencia a éste, y se levantó, diciendo en voz baja:

—Anda, Patou.

El perro se alejó poco a poco y, mirando de vez en cuando a su amo, atravesó la puerta sin que nadie le viera y desapareció.

—¡Bueno! —dijo Juan Oullier—, éste llegará antes que nosotros.

Por desgracia, los gendarmes no eran los únicos que observaban al preso.

XIX

LOS RECURSOS DE JUAN OULLIER

Pocas son las carreteras que actualmente existen en toda la Vendée, y aun éstas han sido construidas después de 1832, es decir con posterioridad a la época en que tuvo lugar la historia que estamos refiriendo. Esta carencia de grandes vías de comunicación, es lo que constituyó principalmente la fuerza de los insurgentes de la gran guerra.

Digamos dos palabras de las que entonces existían, ocupándonos únicamente de las de la orilla izquierda, que son dos. La primera conduce de Nantes a La Rochela, pasando por Montaigu; la segunda de Nantes a Paimboeuf, por el Pélerin, siguiendo casi siempre las márgenes del Loira. Además de estos caminos principales, existen algunos secundarios o transversales en muy mal estado, los cuales van de Nantes a Beaupréau, por Vallet; a Mortagne, Cholet y Bressuire, por Clisson, de Olonne, por Legé, y a Challans, por Machecoul.

Para ir de Montaigu a Machecoul siguiendo estos caminos, era forzoso dar un rodeo considerable, pues debía irse hasta Legé, desembocar allí en el camino de Nantes en los Arenales de Olonne, seguirlo hasta donde se cruza con el de Challans, y subir en seguida hasta Machecoul. El general comprendió desde luego que todo el éxito de su expedición dependía de la rapidez con que la efectuase, para conformarse con una marcha tan larga. Por otra parte, aquellos caminos eran tan desfavorables para las operaciones militares como los atajos. Rodeados de fosos anchos y profundos o de matorrales y árboles, hundidos entre dos escarpas coronadas de setos, eran en casi toda su extensión muy favorables para las emboscadas, y como las pocas ventajas que ofrecían no compensaban en modo alguno sus inconvenientes, el general se decidió a seguir la trocha que conducía a Machecoul por Vieilleville y que ahorra cerca de una legua y media de camino.

El sistema de acantonamiento adoptado por el general, había familiarizado a las tropas con el país, proporcionándoles un conocimiento exacto de los caminos peligrosos. Hasta el río Boloña, el capitán que mandaba el destacamento de infantería conocía el camino por haberlo explorado, y cuando llegasen a aquel paraje, como era evidente que Juan Oullier se negaría a indicarles el que debían seguir, encontrarían un guía enviado por Courtin, quien no se había atrevido a tomar parte ostensiblemente en la expedición.

Al decidirse a seguir el atajo, el general había tomado sus precauciones para no ser sorprendido. Dos cazadores marchaban pistola en mano precediendo la columna, que una docena de hombres protegía por ambos lados del camino, de manera que pudiesen reconocer los matorrales y las retamas que lo rodeaban siempre y que algunas veces lo dominaban. El general marchaba al frente de su pequeño destacamento, en el centro del cual había colocado a Juan Oullier. Este, que iba a la grupa de un cazador, tenía las manos ligadas, y para mayor seguridad, se hallaba sujeto con una correa atada con una hebilla sobre el pecho del jinete, de manera que, aun cuando hubiese logrado romper las ligaduras que le privaban del uso de las manos, no habría podido escaparse del soldado. Dos cazadores más marchaban a ambos lados del primero, con el encargo especial de vigilar al preso.

Eran poco más de las seis de la tarde cuando salieron de Montaigu; tenían que recorrer cinco leguas, y suponiendo que empleasen en ellas cinco horas, debían llegar al castillo

de Souday a eso de las once. Esta hora parecía muy favorable al general para efectuar su golpe de mano. Si las noticias de Courtin eran exactas y sus presunciones no le habían engañado, los jefes de la sublevación vendeana debían encontrarse reunidos en Souday para conferenciar con la Princesa, y era posible que aún no se hubiesen retirado cuando la columna llegara al castillo. Si esto era realmente así, nada impediría que todos cayesen en la red al mismo tiempo.

Al cabo de media hora de marcha, es decir, a media legua de Montaigu y cuando la pequeña columna atravesaba la encrucijada de San Coentin, encontraron a una anciana andrajosa que estaba orando de rodillas delante de un calvario. Al ruido que hacían los soldados, volvió la cabeza y se levantó como impelida por la curiosidad, situándose a la orilla del camino para verlos desfilar y rezando entre dientes una de esas oraciones de que los mendigos se valen para pedir limosna; pero tanto los oficiales como los soldados, absorbidos en otros pensamientos y ensimismados a medida que iba oscureciendo, pasaron sin preocuparse de la vieja.

—¿No ha visto el general a esa mendiga? —preguntó Juan Oullier al cazador que iba a su derecha.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no le ha dado limosna. Que se ande con cuidado, pues quien rechaza la mano abierta debe temer la mano cerrada. ¡Va a sucederos alguna desgracia!

—Si lo dices por ti, creo que no te engañas, pues me parece que de todos nosotros tú eres quien corre más peligro.

—Sí; por esto quisiera conjurarlo.

—¿Cómo?

—Buscad en mi bolsillo y sacad de él algunas monedas.

—¿Para qué?

—Para dárselas a esa mujer, y repartiría sus oraciones entre yo, que le habré dado limosna, y vos que me habréis ayudado a dársela.

El cazador se encogió de hombros; pero la superstición se comunica muy fácilmente; sobre todo cuando se relaciona con las ideas de caridad. Así, pues, el soldado, aunque, aparentando no hacer caso de semejantes puerilidades, creyó que no debía negar a Juan Oullier el servicio que éste solicitaba, sino que, por el contrario, debía atraer sobre ambos la bendición celeste.

En aquel instante la columna doblaba a la derecha para internarse en el camino hondo que conducía a Vicillevique. El general había detenido su caballo y miraba cómo desfilaban los soldados, para asegurarse por sí mismo de que se cumplían exactamente sus órdenes, con lo cual pudo observar que Juan Oullier conversaba con el soldado más inmediato, y ver el ademán de éste.

—¿Por qué dejas comunicar al preso con los transeúntes? —preguntó al cazador.

Este le refirió lo que había sucedido.

—¡Alto! —gritó el general—; prended a esa mujer y registradla.

Obedecieronle en seguida, encontrando sólo a la mendiga algunas monedas de calderilla, que el general examinó con la mayor atención; pero, por más vueltas que les dio, nada sospechoso pudo descubrir en ellas. Sin embargo, no por esto dejó de guardárselas en el bolsillo, dando, en cambio, a la anciana una moneda de cinco francos. Juan Oullier contemplaba al general con una sonrisa burlona.

—Ya lo veis —dijo a media voz, pero de modo que la mendiga no perdiese ninguna de sus palabras—; la pobre limosna del preso (y recargó el acento en esta palabra) os habrá dado suerte, buena mujer, y éste es un motivo más para que no me olvidéis en vuestras oraciones. Una docena de *Ave Marías* que recéis por él, pueden serle muy provechosas.

Juan Oullier había levantado la voz al decir estas últimas palabras.

—Amigo mío —dijo el general dirigiéndose al vendeano cuando la columna se hubo puesto en marcha de nuevo—, en adelante os dirigiréis a mí cuando queráis hacer alguna limosna, y yo seré quien os recomiende a las oraciones de aquellos a quienes queráis socorrer; mi mediación no os perjudicará allá en lo alto, y puede evitaros muchos disgustos aquí abajo... Y vosotros —prosiguió con voz áspera el general dirigiéndose a los soldados—, no volváis a olvidar mis órdenes, porque sabrías lo que esto cuesta.

En Vicillevique hicieron alto para dar un cuarto de hora de descanso a los infantes. El vendeano fue colocado en medio del cuadro, de manera que quedase aislado del gentío que había acudido y rodeaba, lleno de curiosidad, a los soldados. El caballo en que iba Juan Oullier, estaba desherrado, y como se cansaba mucho con el doble peso que llevaba, el general designó para substituirle el que le pareció más robusto, que pertenecía a uno de los jinetes de la vanguardia. Este, que a pesar de los peligros que corría en su puesto de centinela avanzada, pareció ocupar de muy mala gana el de su compañero, era de baja estatura, rechoncho, robusto, de fisonomía agradable e inteligente, y no tenía el aire de calavera que distinguía a sus camaradas. Mientras se hacían los preparativos para este cambio, a la luz del farol que habían acercado para ver si las correas y las sogas estaban en buen estado, Juan Oullier pudo ver las facciones del que había de guardarle, observando que éste se sonrojó el mirarle.

La columna se puso en marcha de nuevo, redoblando las precauciones, pues a medida que iba adelantando, el camino se presentaba más favorable para una emboscada. La idea del peligro que podían correr y el cansancio consiguiente a tener que recorrer caminos que la mayor parte de las veces no eran más que torrenteras cubiertas de piedras enormes, no alteraba en lo más mínimo la alegría de los soldados, que comenzaron a considerar el peligro como una diversión, y que después de haber guardado un momento de silencio a la entrada de la noche, una vez llegada ésta se pusieron a hablar nuevamente con la indiferencia peculiar del carácter francés. Sólo el cazador a cuya grupa iba Juan Oullier, permanecía extraordinariamente sombrío y silencioso.

—¡Voto a sanes! Tomás —le dijo el que iba a su derecha—, nunca estás muy alegre que digamos, pero hoy parece que te lleve el diablo.

—¡Caramba! —observó el cazador de la izquierda—, es que, si el diablo no le lleva a él, me parece que él lo lleva a la grupa.

—Hazte cargo que es una paisana y no un paisano.

—Es cierto —dijo el segundo—; ¿sabes que eres medio chuán, Tomás?

—Di que es un chuán de cuerpo entero, ¿acaso no va a misa todos los domingos?

El cazador a quien se dirigían estas pullas no tuvo tiempo de contestar, pues el general ordenó romper filas y marchar por hilera. El camino era tan estrecho y las escarpas tan cercanas una de otra, que era imposible que marchasen de frente dos caballos.

Durante el instante de confusión que aquella evolución produjo, Juan Oullier se puso a silbar por lo bajo una canción bretona cuya letra empezaba de este modo:

«*Los chuanes son hombres de bien...*»

Al oír la primera nota, el jinete no pudo menos de estremecerse. Entonces Juan Oullier, libre de la vigilancia de los otros dos cazadores, uno de los cuales marchaba delante y el otro detrás, se acercó al oído del jinete silencioso:

—Aunque te calles —le dijo—, te he reconocido desde luego, Tomás Tinguy, como me has reconocido tú igualmente.

El soldado dio un suspiro e hizo con los hombros un movimiento como indicando que obraba contra su voluntad, pero nada contestó.

—¿Sabes a dónde vas, Tomás Tinguy? —prosiguió Juan Oullier—; ¿sabes a dónde llevas al antiguo amigo de tu padre? Al saqueo y destrucción del castillo de Souday, cuyos dueños han sido siempre los bienhechores de tu familia.

Tomás Tinguy suspiró de nuevo.

—Tu padre ha muerto —continuó Juan Oullier.

Tomás no contestó, pero se estremeció en su silla, pronunciando únicamente este monosílabo, que sólo Juan Oullier pudo oír:

—¡Muerto!

—Sí, muerto —murmuró el guardabosque—; y cuando el pobre anciano exhaló el último suspiro, se encontraban a su lado en compañía de tu hermana Rosina las dos señoritas de Souday, a quienes conoces perfectamente: Berta y María, que no pudiendo prolongar la existencia de tu padre, endulzaron su agonía, como dos ángeles, con peligro de su propia vida, pues aquél murió de una fiebre contagiosa. ¿Y dónde está ahora tu hermana, que carecía de asilo? En el castillo de Souday. ¡Ah! Tomás Tinguy, prefiero ser el pobre Juan Oullier a quien quizás van a fusilar en un rincón, que el que le lleva agarrotado al suplicio.

—Cállate, Juan, cállate, por Dios —dijo Tomás Tinguy, con voz entrecortada por los sollozos—, todavía no hemos llegado... y veremos.

En tanto tenía lugar este diálogo entre Juan Oullier y el hijo de Tinguy, la pequeña columna había llegado a un punto en que la torrentera que seguían tenía una pendiente rápida, por la cual se bajaba a uno de los vados del Boloña. La noche, que había cerrado por completo, era sombría y oscura, no viéndose una sola estrella en el firmamento; y aquella oscuridad, que podía contribuir al éxito de la expedición, podía, por otra parte, originar graves inconvenientes para la marcha, en aquel país agreste y desconocido.

Al llegar a la orilla del río, la columna encontró allí a los dos cazadores que formaban la vanguardia, y que, pistola en mano siempre, se habían parado recelosos, pues en lugar de hallar el agua pura y cristalina saltando sobre los guijarros, como se ve comúnmente en los sitios vadeables, la habían encontrado cenagosa y estancada, azotando suavemente las rocas entre las cuales corre el Boloña. Aunque miraron a todos lados, no vieron al guía que Courtin había prometido enviar. El general dio un grito.

—¿Quién vive? —preguntaron desde la otra orilla.

—Souday —contestó el general.

—Vosotros sois los que estoy esperando.

—¿Estamos en el vado del Boloña?

—Sí.

—¿Cómo están tan altas las aguas?

—Ha habido mucha creciente a causa de las últimas lluvias.

—Pero, ¿podremos pasar?

—¡Caramba! nunca he visto tan alto el río, y creo que sería más prudente...

El guía se calló de pronto y pareció que su voz se perdía en un doloroso gemido, oyéndose luego el ruido de una lucha sorda.

—¡Rayos! —exclamó el general—, están asesinando a nuestro guía.

Un grito de agonía respondió a esta exclamación del general, viniendo a confirmar sus palabras.

—Que monte un granadero a la grupa de cada jinete —ordenó el general—; el capitán conmigo; los dos tenientes con el resto de la tropa, el preso y sus tres guardas que no se muevan de aquí. ¡Vivo!

En un momento los diecisiete cazadores, uno de los cuales era Tinguy, quedaban en la orilla derecha del Boloña. La orden se ejecutó con la rapidez del pensamiento; el general entró en el cauce del río, seguido de sus cazadores con otros tantos granaderos en la grupa. Al llegar a veinte pasos de la orilla los caballos perdieron el pie, pero nadaron durante algunos momentos, llegando a la orilla opuesta sin el menor percance. Los granaderos apeáronse acto continuo.

—¿Veis algo? —interrogó el general, tratando de penetrar la oscuridad que le rodeaba.

—Nada, mi general —contestaron a una los soldados.

—Sin embargo, aquí debe ser donde ha respondido el guía —dijo aquél, como hablando consigo mismo—; registrad los matorrales; pero sin separaros los unos de los otros, y tal vez encontréis su cadáver.

Los soldados obedecieron, buscando en un radio de unos cincuenta metros alrededor del general; pero al cabo de un cuarto de hora volvieron sin haber descubierto nada y un tanto acobardados por la repentina desaparición de su guía.

—¿No habéis encontrado nada?... —preguntó el general.

Un sólo granadero se adelantó con un gorro de algodón en la mano.

—He hallado este gorro de algodón —dijo.

—¿Dónde?

—Colgado de los pinchos de un matorral.

—Es el gorro de nuestro guía —observó el general.

—¿Por qué? —preguntó el capitán.

—Porque los que le han atacado debían llevar sombrero —respondió aquél sin titubear.

El capitán guardó silencio, no atreviéndose a preguntar más; pero era evidente que la explicación del general no le había satisfecho. El general se dio cuenta de ello.

—Es muy sencillo —dijo—; los que acaban de asesinar a nuestro guía nos siguen indudablemente desde que hemos salido de Montaigu, con el objeto de apoderarse de nuestro preso; parece que la plegaria de aquella vieja tiene más importancia de la que en un principio creí. Los que nos siguen estaban en la feria, y debían llevar sombrero, como sucede siempre que van a la ciudad, mientras que, por el contrario, el guía a quien el hombre que debía enviarnoslo habrá hecho levantar de la cama de improviso, debe haberse puesto lo primero que habrá tenido a mano, o mejor conservar el gorro que llevaba para dormir; he aquí explicado el misterio del gorro de algodón.

—¿Y creéis, general —preguntó el capitán—, que los chuanes se hayan atrevido a

aventurarse tan cerca de nuestra columna?

—Van de guardia con nosotros desde Montaigu y no nos han perdido de vista un solo momento. ¡Voto a!... todo el mundo se queja de lo inhumano de esta guerra, y a cada paso puede uno convencerse a su costa de que no lo es lo bastante. ¡Soy un necio!

—Cada vez os comprendo menos, general —dijo riendo el capitán.

—¿Os acordáis de la mendiga que se nos aproximó al salir de Montaigu?

—Sí, mi general.

—Pues ella es quien ha puesto a esos pícaros sobre nuestras huellas. Quise enviarla con una escolta a la ciudad, y he hecho mal en no seguir mi inspiración, pues con ello hubiera salvado la vida a ese pobre diablo.

—¡Ah! ya lo comprendo; éstos son los *Ave Marías* que el preso pedía para su salvación antes de llegar al castillo de Souday. Pero, ¿creéis que se atreverán a atacarnos?

—Si fuesen en número bastante para ello ya lo habrían hecho, pero son cinco o seis cuando más.

—¿Queréis que haga pasar los soldados que han quedado en la otra orilla, general?

—Aguardad; nuestros caballos han perdido pie, y los infantes se ahogarían. Por aquí cerca debe haber otro vado más practicable.

—¿Lo creéis así, mi general?

—Estoy convencido de ello.

—¿Es que conocéis el río?

—No.

—¿En qué os fundáis entonces?

—¡Ah! capitán, bien se conoce que no tomasteis parte en la gran guerra, como yo, en aquella guerra de salvajes, en la cual era necesario proceder siempre por inducción. Cuando hemos llegado a la otra orilla, es indudable que esos hombres no estaban emboscados en ésta.

—Para vos no, general.

—Para nadie, pues si hubiesen estado aquí, habrían oído llegar al guía, que venía sin la menor desconfianza, y no hubieran aguardado a que llegáramos nosotros para apoderarse de él o matarle. De aquí deduzco que marchaban a nuestro lado.

—Efectivamente, es probable que así fuese.

—Han debido llegar a la orilla del Boloña momentos antes que nosotros, y el intervalo que ha mediado entre nuestra llegada y el ataque del guía, ha sido demasiado corto para que hayan podido dar un largo rodeo en busca de otro vado.

—¿Por qué no pueden haber pasado por el mismo que nosotros?

—Porque la mayor parte de los aldeanos no saben nadar, sobre todo los que son del interior. Por fuerza ha de estar aquí cerca el otro vado. Que suban el río cuatro hombres y lo bajen otros cuatro hasta una distancia de quinientos pasos. ¡Vaya! pronto, si no vamos a morir aquí... ¡Estamos hechos una sopa!...

Al cabo de diez minutos el oficial se hallaba de vuelta.

—Tenéis razón, mi general —dijo—; a trescientos pasos de aquí y en medio del río hay un islote unido con ambas orillas por medio de dos árboles.

—¡Bravo! —exclamó el general—, el resto de nuestra tropa podrá pasar sin mojar un

cartucho siquiera.

Luego, dirigiéndose a los soldados que se habían quedado en la otra orilla:

—¡Eh! teniente —gritó—, subid el Boloña, hasta que halléis un árbol echado a través el río, y vigilad al preso.

Durante cinco minutos, poco más o menos, los dos grupos subieron paralelamente las dos orillas del río, hasta que, llegados al punto indicado por el capitán, el general dio la voz de alto.

—Adelante un teniente y cuarenta hombres —dijo.

Cuarenta hombres y un teniente bajaron al río y lo atravesaron con agua hasta los hombros; pero pudiendo sostener en lo alto sus fusiles y municiones, que no se mojaron. Llegados a la orilla opuesta, se formaron en batalla.

—Ahora —ordenó el general—, haced pasar al preso.

Tomás Tinguy entró en el río, llevando siempre un cazador a cada lado.

—A la verdad, Tomás —le dijo Juan Oullier con voz baja y penetrante—, si yo me hallara en tu puesto, temería que el espectro de mi padre se levantase ante mí por haber vacilado entre salvar la vida de su mejor amigo y desatar una mala hebilla.

El cazador se pasó la mano por la frente sudorosa e hizo la señal de la cruz. En aquel instante los tres jinetes estaban en medio del río, separados algún tanto por la corriente.

De repente, un gran ruido como el que produce un cuerpo pesado al hundirse en el agua, probó que Juan Oullier no había evocado en balde para el pobre Tomás, la venerada imagen del que le diera el ser. El general no se engañó ni un momento acerca de la causa que producía aquel ruido.

—¡El preso se escapa! —gritó con voz de trueno—. Encended las antorchas, dispersaos sobre la orilla y disparad si le veis. En cuanto a ti —añadió dirigiéndose a Tomás, que sin tratar siquiera de huir tomaba tierra a dos pasos de él—, en cuanto a ti, no irás más lejos.

Y sacando de las fundas una de sus pistolas: —Mueran así todos los traidores —dijo.

Y disparó.

Tomás Tinguy cayó mortalmente herido.

BUSCA, *PATOU*, BUSCA

Los soldados, obedeciendo con una rapidez que probaba cuan persuadidos se hallaban de la gravedad de la situación, se habían lanzado, en efecto, a lo largo del río para seguir su corriente. Una docena de antorchas encendidas en ambas orillas del Boloña, proyectaban sobre las aguas su sangriento resplandor.

Juan Oullier, libre de su principal ligadura desde el instante en que Tomás Tinguy había consentido en soltar la correa que le sujetaba, se había dejado deslizar del caballo, sumergiéndose en el río y pasando por entre las piernas de la cabalgadura del jinete de la derecha.

Acaso se pregunten nuestros lectores cómo se arreglaba Juan Oullier para nadar con las manos atadas; pero a esto contestaremos que fiaba tanto en la influencia que sus palabras habían de ejercer en el hijo de su antiguo camarada, que, apenas hubo anochecido, empleó en roer la cuerda que le sujetaba todo el tiempo que no dedicó en convencer a Tomás Tinguy, y como tenía buenos dientes, al llegar al Boloña la cuerda estaba convertida en un hilo, por manera que le bastó un pequeño esfuerzo para librarse de ella completamente.

Al cabo de algunos segundos, Juan Oullier necesitó respirar, viéndose obligado para ello a subir a la superficie del agua; pero en seguida se dejaron oír diez disparos en ambas orillas, y otras tantas balas fueron a cubrir de espuma al fugitivo. Por milagro, ninguna le alcanzó; pero, como había sentido junto a él el silbido de los proyectiles, le pareció que no era prudente exponerse, por segunda vez, y volvió a sumergirse. Habiendo entonces encontrado fondo, en vez de seguir bajando el río, como había empezado a hacerlo, lo subió, conteniendo la respiración cuanto le era posible y evitando, siempre que debía subir a la superficie, penetrar en las líneas luminosas que las antorchas proyectaban a los dos lados del río. La estratagema engañó efectivamente a sus enemigos, pues, no presumiendo que añadiese una nueva dificultad a las que le ofrecía ya su fuga, los soldados continuaron buscándole río abajo, teniendo los fusiles preparados para hacerle fuego en cuanto pareciera.

Cinco o seis granaderos solamente recorrieron la orilla superior del Boloña, llevando una sola antorcha. Ahogando cuanto le era posible el ruido de su respiración, Juan Oullier logró llegar a un sauce cuyas ramas descendían a flor de agua. El vendeano cogió una de aquellas ramas, la pasó entre sus dientes y mantuvo la cabeza echada hacia atrás, de modo que sólo le quedasen fuera del agua la boca y las narices. Apenas acababa de recobrar la respiración, cuando oyó un aullido lastimero que salía del punto en que la columna había hecho alto y él había entrado en el río. Juan Oullier reconoció en seguida aquel aullido.

—*¡Patou!* —murmuró—, *¡Patou* aquí, y yo le había mandado al castillo de Souday! Sin duda, le habrá sucedido alguna desgracia cuando no ha llegado allá. ¡Dios mío —agregó con un increíble fervor y una fe suprema—, ¡ahora es más necesario que nunca que no vuelvan a apoderarse de mí!

Los soldados, que habían visto el perro de Juan Oullier en el patio de la posada, lo reconocieron igualmente.

—¡Aquí está su perro! ¡aquí está su perro! —exclamaron.

—¡Bravo! —dijo un sargento—; el perro nos ayudará a encontrar a su amo.

Y trató de apoderarse de *Patou*; pero aun cuando éste parecía andar con bastante dificultad, se le escapó, arrojándose al río de haber husmeado en dirección a la corriente.

—Por aquí, camaradas, por aquí —gritó el sargento a los soldados que exploraban las márgenes del río alargando el brazo en la dirección que había tomado el perro—. Poco a poco, *Patou*, poco a poco.

En cuanto Juan Oullier reconoció el ladrido de *Patou*, sacó la cabeza fuera del agua sin preocuparse del peligro a que se exponía, y viendo que aquél atravesaba diagonalmente el río dirigiéndose hacia él en derechura, comprendió que estaba perdido si no tomaba una resolución suprema; tal era para Juan Oullier sacrificar a su perro. Si solamente se hubiese tratado de su vida, el vendeano se habría perdido o salvado con *Patou*, o cuando menos hubiera vacilado en salvarse a costa de éste; pero se trataba de la existencia de otras personas demasiado queridas para que pudiese titubear. Así, pues, se sacó con tiento el sayo de piel de cabra que cubría su chaleco, y le puso a flor de agua, empujándole hacia el medio de la corriente. *Patou* estaba sólo a cinco o seis pasos de él.

—Busca, *Patou*, busca —le dijo por lo bajo Juan Oullier, mostrándole la dirección que debía seguir.

El perro sentía que le iban faltando las fuerzas y vacilaba en obedecer.

—Busca, *Patou*, busca —repitió el vendeano con voz imperiosa.

Patou se lanzó en dirección al sayo de pelo, que se había alejado ya unos veinte pasos.

Viendo que su ardid tenía éxito, Juan Oullier respiró con todas sus fuerzas y se sumergió otra vez en el mismo instante en que los soldados llegaban al pie del sauce. Uno de ellos se encaramó rápidamente en el árbol, y, alargando la antorcha, iluminó todo el cauce del Boloña. Entonces pudieron ver el sayo arrastrado con velocidad por la corriente, y a *Patou* que nadaba junto a él, aullando tristemente cual si se lamentara de que sus agotadas fuerzas no le permitieran cumplir la orden de su amo. Los soldados, que seguían los movimientos del perro, bajaron de nuevo por la orilla del río, alejándose de Juan Oullier, y viendo uno de ellos el sayo que flotaba a flor de agua, exclamó:

—Aquí, amigos míos, aquí está el bandido.

E hizo fuego contra el sayo.

Granaderos y cazadores corrieron en tropel a lo largo de las dos orillas, alejándose cada vez más del sitio en que se había puesto a salvo Juan Oullier, y acribillando con sus balas la piel de cabra hacia la cual nadaba constantemente *Patou*, a pesar de sentir que sus fuerzas iban agotándose cada vez más. Durante algunos minutos los soldados sostuvieron el fuego con tanta viveza, que para nada se necesitaban las antorchas, pues el resplandor de la pólvora inflamada que brotaba de los fusiles iluminaba el agreste paraje de donde corre el Boloña, en tanto que las rocas, reproduciendo las detonaciones, aumentaban el estruendo de la fusilería. El general fue el primero que advirtió la equivocación de los soldados.

—Mandad que pare el fuego —dijo al capitán que iba a su lado—; esos imbéciles han dejado la presa para correr tras la sombra.

En aquel momento brilló un relámpago en la punta de una roca inmediata al río, dejése oír un agudo silbido por encima de la cabeza de los dos oficiales, y una bala fue a clavarse a pocos pasos de ellos en el tronco de un árbol.

—¡Hola! ¡hola! —exclamó el general con la mayor sangre fría—, nuestro perillán había pedido una docena de *Ave-Marías*, pero creo que sus amigos van a darle algo más.

En efecto, oyéronse tres o cuatro detonaciones más, y algunas balas rebotaron en la margen del río. Oyóse el grito de un hombre.

—Cornetas —gritó el general—, tocad a reunirse, y vosotros apagad las luces.

Luego, dirigiéndose al capitán:

—Haced pasar el vado a los cuarenta hombres que han quedado en la otra orilla —añadió en voz baja—, pues es probable que muy pronto necesitemos toda nuestra gente.

Los soldados, alarmados por aquel ataque nocturno, estuvieron agrupados en un instante en torno de su jefe. Cinco o seis relámpagos, salidos de puntos apartados entre sí, brillaron aun en la cresta de la quebrada colina, iluminando la sombría bóveda del cielo. Un granadero cayó examine; el caballo de un cazador se encabritó derribando a su jinete; una bala le había herido en mitad del pecho.

—¡Adelante con mil demonios! —gritó el general—, y veamos si esas aves nocturnas se atreven a espetarnos.

Y poniéndose a la cabeza de sus soldados, empezó a subir la quebrada con tanto ardor, que, a pesar de la oscuridad, que hacía más difícil la subida, y de las balas que rebotaban en medio de los soldados e hirieron a dos más, la pequeña columna llegó a lo alto en un momento. Entonces, se apagó como por encanto el fuego de los enemigos, y si algunas matas de retama que se movían aún no hubiesen atestiguado la reciente presencia de los chuanes, hubiera podido creerse que éstos se habían hundido bajo tierra.

—¡Triste guerra! —murmuró el general—. No hay remedio, nuestra expedición ha de ahorrarse ya forzosamente; pero no importa, probemos. Además, Souday se halla en el camino de Machecoul, y sólo en Machecoul podemos hacer descansar a nuestras tropas.

—Pero, ¿dónde hallaremos un guía —preguntó el capitán.

—¿Veis aquella luz a quinientos pasos de aquí?

—¿Una luz?

—Sí, allí.

—No, mi general.

—Yo sí la veo. Aquella luz supone una cabaña, y hombre, mujer o niño, será necesario que quien la habite nos guíe a través del bosque.

Y con un tono que era de mal agüero para el habitante de la cabaña, el general mandó reanudar la marcha, después de haber procurado colocar las avanzadas tan lejos como le permitía la seguridad individual de sus soldados.

Aún no habían abandonado la altura, cuando salió del agua un hombre que, después de haberse detenido un instante para escuchar detrás del tronco de un sauce, se deslizó a lo largo de los matorrales con la intención evidente de seguir el mismo camino que habían tomado los soldados. Al agarrar con la mano un matorral para trepar más fácilmente a lo alto del peñasco, dejóse oír un débil gemido a pocos pasos de él. Juan Oullier, pues aquel hombre no era otro que nuestro fugitivo, se dirigió al sitio de donde había salido el gemido, que se reproducía más dolorosamente a medida que aquél iba aproximándose. Bajóse, alargó la mano, y sintió que una lengua suave y caliente se la lamía.

—¡*Patou!* ¡mi pobre *Patou!* —dijo el vendeano.

Era, en efecto, *Patou*, que, gastando las pocas fuerzas que le quedaban, había llevado a la orilla la piel de cabra de su amo, tendiéndole encima de ella para morir allí. Juan Oullier

sacó el sayo de debajo del perro y llamó a éste. El pobre animal lanzó un prolongado quejido, pero no se movió. El guardabosque le tomó en brazos para llevárselo, pero el perro no se movió. La mano con que el vendeano le sostenía, se mojaba de un líquido tibio y viscoso. Juan Oullier llevóse la mano a la boca y reconoció el gusto empalagoso de la sangre. Entonces trató de separar los dientes del perro y no pudo lograrlo. *Patou* había muerto salvando a su amo, a quien el azar llevaba allí para recibir su última caricia. Pero, ¿había sido herido por una de las balas de los soldados, o lo estaba ya cuando se arrojó al río para reunirse con Juan Oullier? El haberse detenido *Patou* junto al río y las pocas fuerzas con que nadaba, todo hacía suponer al vendeano que lo último era lo más probable.

—¡Está bien —dijo—, mañana lo sabré, y ¡ay! del que haya muerto a mi pobre *Patou*!

Y, hablando de este modo, dejó el cadáver del perro en un capellón, y lanzándose hacia la colina, desapareció entre los matorrales.

A QUIÉN PERTENECÍA LA CABAÑA

La cabaña, cuya luz había visto brillar en las tinieblas el general, y que había enseñado al capitán, estaba habitada por dos familias, cuyos jefes eran hermanos y se llamaban el mayor José y el menor Pascual Picaut.

El padre de aquellos dos hermanos había formado parte, en 1792, de los primeros somatenes de la comarca de Retz, uniéndose el sanguinario Souchet como el piloto al gobernalle, como el chacal al león, y tomando una parte muy activa en los espantosos asesinatos que señalaron el principio de la insurrección en la margen derecha del Loira. Cuando Charrette ejecutó a aquel Carrier realista, Picaut, cuyo apetito sanguinario se había desarrollado extraordinariamente, recibió de mal talante al nuevo jefe, que a sus ojos tenía el grave defecto de no querer sangre más que en el campo de batalla, abandonó su división y pasó a la que mandaba el terrible Joly, antiguo cirujano de Machecoul, el cual se hallaba, por lo menos, a la altura que deseaba el exaltado Picaut. Pero Joly, reconociendo cuan precisa era la unidad y adivinando el genio militar del jefe de la Baja Vendée, se acogió a las banderas de Charrette, y Picaut, que no había sido consultado, no consideró oportuno consultar a su comandante para abandonar de nuevo a sus camaradas. Cansado, por otra parte, de aquellas continuas mutilaciones y profundamente convencido de que el tiempo nada podría contra el odio que profesaba a los asesinos de Souchet, buscó un general a quien no pudiesen seducir las hazañas de Charrette, y no encontró ninguno mejor que Stofflet, cuyo antagonismo contra el héroe de la comarca de Retz se había mostrado ya en circunstancias frecuentes.

El 25 de febrero de 1796, Stofflet fue hecho prisionero en la granja de Poitevinière con dos ayudantes de campo y dos cazadores que le acompañaban. El jefe vendeano y los dos oficiales fueron fusilados, enviándose a sus cabañas a los dos cazadores. Picaut, que era uno de éstos, hacía dos años que no había visto su casa, y al llegar a ella divisó en el umbral de la puerta dos mozos robustos y bien formados, que se arrojaron a su cuello y le abrazaron. Eran sus hijos, el mayor de los cuales tenía diecisiete años y el otro dieciséis. Picaut dejó gustoso que le acariciaran, y en cuanto hubieron acabado, empezó a contemplar sus formas atléticas y a tentar sus musculosos miembros con visible satisfacción. Picaut había dejado en su casa dos niños y encontraba dos soldados, sólo que éstos se hallaban completamente desarmados, lo mismo que él, pues la República habíale despojado de la carabina y el sable que debía a la munificencia inglesa.

Sin embargo, Picaut no sólo contaba que la República se los volvería, sino que pensaba que sería, además, bastante generosa para armar a sus dos hijos, con objeto de indemnizarle del perjuicio que le había causado. Bien es verdad que no pensaba consultarla para ello. En consecuencia, al día siguiente mismo mandó a los dos jóvenes que tomaran sus palos de manzano silvestre, y se puso en camino para Torfou, donde había media brigada de infantería.

Cuando Picaut, que andaba de noche y que, desdeñando los caminos abiertos, caminaba constantemente a través de los campos, descubrió a media legua de distancia un sin número de luces que le daba a conocer que se hallaba próximo a la ciudad y le indicaba que había llegado al término de su viaje, mandó a sus hijos que continuasen siguiéndole,

pero imitando todos sus movimientos y permaneciendo inmóviles en el sitio donde se encontraban al oír el canto del mirlo despertado sobresaltadamente. No hay cazador alguno que no sepa que el mirlo a quien despiertan de improviso, se escapa lanzando tres o cuatro gritos rápidos y repetidos que ningún otro pájaro puede imitar.

Entonces, en lugar de seguir caminando como hasta allí, Picaut empezó a arrastrarse, siguiendo siempre la sombra de los setos, dando la vuelta a la ciudad y subiendo de veinte en veinte pasos con la mayor atención. Por último, llegó hasta él el rumor de una marcha lenta, acompasada y monótona, que por precisión debía ser de un hombre solo. Picaut se tendió en el suelo y continuó avanzando en dirección al punto de donde salía aquel ruido, levantándose sobre los codos y las rodillas. Imitáronle sus hijos. Al llegar al extremo del campo que seguía, Picaut apartó un poco las ramas del seto, miró a través de la abertura, y, satisfecho del resultado de su examen; agrandó aquélla, pasó la cabeza, y sin cuidarse de los pinchos que su cuerpo encontraba, se deslizó como una serpiente por entre las ramas. Llegado al otro lado, imitó el grito del mirlo espantado, y sus hijos, oyendo la señal convenida, se detuvieron, incorporándose para observar por encima del vallado lo que hacía su padre.

La porción de terreno que se extendía al otro lado del seto, y a la cual había pasado Picaut, era un prado cuya hierba alta y espesa se mecía al soplo del viento. Al extremo del prado, es decir, a cincuenta pasos poco más o menos, se veía el camino, por el cual se paseaba un centinela, situado a cien pasos de una casa que servía de cuerpo de guardia y en cuya puerta había otro. Cuando Picaut se halló sólo a dos pasos del camino, se detuvo detrás de un pequeño matorral. El soldado paseábase de arriba abajo, y siempre que volvía la espalda a la ciudad, su uniforme y sus armas rozaban las ramas del zarzal, no pudiendo menos de estremecerse los dos hermanos al pensar el peligro que corría su padre. De repente y cuando el viento se dejaba sentir con alguna mayor fuerza, percibieron un grito ahogado, y gracias a sus ojos acostumbrados a ver a través de la oscuridad de la noche, descubrieron sobre la línea blanca del camino, una masa negruzca que se agitaba. Eran Picaut y el soldado, al cual aquél estaba ahogando para rematarle, después de haberle herido de una puñalada.

Un momento después el vendeano volvía al lado de sus hijos, y a la manera que tras la carnicería la loba reparte el botín a sus hijuelos, Picaut repartía a aquéllos el fusil, el sable y la cartuchera del soldado. De este modo pudieron procurarse el segundo equipo más fácilmente que el primero, y el tercero más que el segundo.

Pero a Picaut no le bastaba tener armas, sino que le era preciso además encontrar ocasión favorable para servirse de ellas; así, pues, miró a su alrededor, pero como en Autichamps, Scepeaux, Puisaye y Bourmont, que combatían aún, no encontró ningún jefe que se pareciera ni con mucho a Souchet, que era el tipo que Picaut buscaba, antes que verse mandado a disgusto, prefirió erigirse en capitán y mandar a los demás. En consecuencia, reclutó algunos descontentos como él y se constituyó jefe de una partida que, aun cuando poco numerosa, no por esto dejó de acreditar el odio profundo que profesaba a la República.

La táctica de Picaut era de las más sencillas. Casi siempre habitaba en los bosques; durante el día dejaba descansar a sus soldados, y al llegar la noche salía de su escondite, emboscaba a su pequeño ejército a lo largo de los setos, y cuando pasaba algún convoy o alguna diligencia, los atacaba o se apoderaba de ellos. Cuando los convoyes eran raros o las diligencias llevaban una escolta demasiado fuerte, Picaut se desquitaba fusilando las avanzadas e incendiando los cortijos de los patriotas. Después de una o dos expediciones,

sus compañeros le habían dado el sobrenombre de *Sin Cuartel*, y Picaut, que anhelaba merecer con justicia aquel título, no dejaba nunca de hacer prender, fusilar o descuartizar a todos los republicanos, varones o hembras, paisanos o militares, ancianos o niños, que caían en sus manos.

Picaut siguió operando de este modo hasta el año 1800, pero, como en esta época la Europa concedió algún descanso al primer cónsul, o mejor, lo concedió a la Europa, Bonaparte, que, sin duda, había oído ponderar las hazañas del terrible *Sin Cuartel*, decidió consagrarle sus ratos de ocio y envió contra él, no un cuerpo de ejército, sino dos chuanes reclutados en la calle de Jerusalén, y dos compañías de gendarmes. Picaut recibió sin desconfianza en su cuadrilla a los dos falsos adeptos, y pocos días después cayó en un lazo. Él y la mayor parte de su gente fueron presos. Picaut pagó con la vida el sangriento renombre que había adquirido, y como más que un soldado era un bandolero, en lugar de ser fusilado le condenaron a la guillotina, a la cual subió con el mayor valor y sin pedir misericordia.

José, su hijo mayor, fue enviado a presidio con los demás presos, y Pascual, que se había librado de la emboscada, volvió a los bosques y continuó salteando con el resto de las facciones. Pero aquella vida salvaje no tardó en hacérsele odiosa; así es que fue acercándose a las ciudades, hasta que un día entró en Beaupréau, entregó su sable y su fusil al primer soldado con que tropezó, y se hizo acompañar a casa del comandante de la ciudad, al cual contó su historia. El comandante, que era jefe de un regimiento de dragones, se interesó por aquel pobre diablo, y por consideración a su juventud y a la confiada sencillez con que había obrado respecto de él, le ofreció admitirle en su regimiento. Caso que se negase a aceptarlo, el comandante se veía obligado a entregarle a la autoridad judicial. En vista de esta alternativa, Pascual Picaut, que, habiendo sabido la suerte de su padre y de su hermano, no tenía el menor deseo de volver a su país, Pascual Picaut, decimos, no podía vacilar y no vaciló, vistiendo en consecuencia el uniforme.

Catorce años más tarde, los dos hijos de *Sin Cuartel* volvieron a encontrarse al ir a tomar posesión de la pequeña herencia que les había dejado su padre.

La vuelta de los Borbones había abierto a José las puertas del presidio y licenciado a Pascual, que de bandido de la Vendée había pasado a bandido del Loira. José, al salir del presidio, volvía a su cabaña más exaltado que jamás lo había sido su padre, y ardiendo en deseos de vengar en los patriotas la muerte de éste y los tormentos que él había padecido. Pascual, por el contrario, volvía con ideas completamente distintas de las que tenía en un principio, cambiadas por el mundo nuevo que había visto, y sobre todo por el contacto con gentes para quienes el odio a los Borbones era un deber, la caída de Napoleón un dolor y la entrada de los aliados una humillación, sentimientos que conservaba en su corazón la vista de la cruz que adornaba su pecho.

Sin embargo, a pesar de la disidencia de opiniones que producía constantes disputas, y de la mala inteligencia habitual que reinaba entre ellos, los dos hermanos no se habían separado, habitando juntos la casa que su padre les dejara, y cultivando por mitad los campos que la rodeaban. Ambos se habían casado, José con la hija de un pobre aldeano, y Pascual, a quien su cruz y su pensión, por pequeña que fuese, hacían gozar de cierta consideración en la comarca, con la hija de un vecino acomodado de San Filiberto, patriota como él.

La presencia de las dos mujeres en la casa común, mujeres que, una por envidia y la otra por odio, exageraban los sentimientos de sus maridos, no pudo menos de aumentar las malas disposiciones de éstos; no obstante, los dos hermanos siguieron viviendo juntos

hasta 1830.

La revolución de julio, en favor de la que se declaró Pascual, despertó la fanática exaltación de José, y como, por otra parte, el suegro de su hermano fue nombrado corregidor de San Filiberto, el vendeano y su mujer desahogáronse en injurias contra los Patones, hasta el extremo de que la esposa de Pascual declarase a éste que no quería vivir más con dos desalmados como aquéllos, en medio de los cuales no se creía segura. Pascual, que no tenía hijos, se había aficionado extraordinariamente a los de su hermano, sobre todo a un niño rubio y colorado como un madroño, del cual no podía prescindir, pues su mayor, su única distracción, consistía en hacerle saltar sobre sus rodillas durante horas enteras. Pascual sintió que el corazón se le oprimía a la sola idea de alejarse de su hijo adoptivo; a pesar de los agravios que recibiera de su hermano, no había dejado de quererle; veía que éste se había empobrecido con los gastos que le había ocasionado la manutención de su numerosa familia; finalmente, temía que su marcha le sumiese en la miseria, y se negó a lo que le pedía su mujer. En consecuencia, cesaron únicamente de comer juntos, y como la casa se componía de tres piezas, Pascual dejó dos a su hermano y se retiró a la otra después de haber hecho tapiar la puerta de comunicación.

La noche del día en que Juan Oullier había sido hecho prisionero, la mujer de Pascual Picaut estaba muy inquieta. Su esposo había salido de casa a eso de las cuatro, es decir, a la misma hora en que la columna del general salía de Montaigu, diciendo que iba a ajustar una cuenta con Courtin de La Logerie, y aun no había regresado a pesar de ser cerca de las ocho. Su inquietud se había aumentado al oír algunos disparos en las orillas del Borgoña, a unos trescientos pasos de la casa; así es que le aguardaba presa de la mayor zozobra, dejando de tiempo en tiempo su torno colocado junto a la chimenea, para ir a escuchar a la puerta; pero, cuando hubieron cesado las detonaciones, sólo oyó el rumor del viento que agitaba las copas de los árboles y los aullidos de un perro que se quejaba lastimosamente a lo lejos.

Al oír los disparos, Periquillo, el niño a quien tanto quería Pascual, fue a preguntar si su tío había vuelto; pero apenas asomó en la puerta su cabecita rubia y sonrosada, cuando la voz de su madre, que le llamaba ásperamente, le hizo desaparecer.

Hacía algunos días que José se había vuelto más altivo y amenazador, y aquella misma mañana, antes de partir para la feria de Montaigu, había tenido con su hermano una escena que, a no ser por la paciencia de éste, hubiera terminado con una pendencia; así es que la esposa de Pascual no se atrevió a ir a comunicar sus cuidados a su cuñada. De súbito, oyó un rumor de voces que cuchicheaban misteriosamente en el huerto que precedía la cabaña, y levantándose tan precipitadamente que derribó el torno, se encaminó hacia la puerta. Ésta se abrió al mismo tiempo, apareciendo José Picaut en el umbral.

DE QUÉ MODO MARIANA PICAUT LLORO A SU MARIDO

La presencia de su cuñado, a quien Mariana Picaut no esperaba ciertamente en aquel momento y un vago presentimiento que se apoderó de ella al verle, produjeron en la pobre mujer una impresión tan violenta, que cayó aterrorizada en una silla. Entretanto, José adelantaba lentamente y sin proferir una palabra, hacia la esposa de su hermano, que le miraba como hubiese podido hacerlo con una aparición. Llegado junto a la chimenea, José, silencioso siempre, tomó una silla, se sentó y se puso a remover la ceniza del hogar con el garrote que llevaba en la mano. Como había entrado en el círculo luminoso que proyectaba el hogar, Mariana pudo observar su extrema palidez.

—¡Dios mío! José —preguntóle—, ¿Qué tenéis?

—¿Quién ha venido a vuestra casa esta tarde, Mariana? —dijo el chuán, contestando con una pregunta a la de su cuñada.

—Nadie ha venido —respondió ésta moviendo la cabeza para dar más fuerza a su contestación.

Y al cabo de un momento:

—José —preguntó a su vez—, ¿no habéis encontrado a vuestro hermano?

—¿Quién le había hecho salir, pues, de casa? —le preguntó el chuán, que parecía haber tomado el partido de preguntar sin querer responder nunca.

—Nadie tampoco; a las cuatro de la tarde se marchó para ir a pagar al corregidor de La Logerie el alforfón que le compró para vos la semana pasada.

—¿El corregidor de La Logerie? —replicó José Picaut frunciendo el ceño—. ¡Ah! ¡sí, Courtin, otro pícaro! Sin embargo, hace mucho tiempo que decía a Pascual, y esta misma mañana se lo he repetido: No tientes al Dios de quien reniegas, pues te acontecerá alguna desgracia.

—¡José! ¡José! —exclamó Mariana—, ¿os atrevéis a mezclar el nombre de Dios con estas palabras de odio a vuestro hermano que os quiere tanto a vos y a vuestra familia que se quitaría el pan de la boca para dárselo a sus sobrinos? Si la desgracia quiere que haya luchas en nuestra desventurada patria, ¿es ésta una razón para que las introduzcáis en nuestra cabaña? Tened vuestras ideas y dejad a él con las suyas; éstas son inofensivas y las vuestras no; su escopeta permanece colgada en la chimenea, no toma parte en ninguna conspiración ni amenaza a ningún partido, en tanto que hace seis meses salís todos los días armado hasta los dientes y no hay amenaza que no hayáis proferido contra las gentes de las ciudades, donde vive mi familia, o contra nosotros mismos.

—Vale más salir con la escopeta en la mano y atacar frente a frente a los enemigos, como yo lo hago, que vender cobardemente a aquéllos con quienes se vive, que traer en medio de nosotros a los nuevos azules, y que servirles de guía cuando invaden nuestros campos para ir a saquear los castillos de los que han conservado la fe.

—¿Quién ha servido de guía a los soldados?

—Pascual.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Esta tarde, en el vado de Pontfarcy.

—¡Dios mío! ¡De aquel lado venían los disparos! —exclamó Mariana.

De pronto, la mirada de la pobre mujer se volvió inmóvil y esquiva; acababa de fijarse e las manos de José.

—¡Tenéis las manos ensangrentadas! —exclamó—. ¿De quién es esa sangre, José? Decidme, ¿de quién es esa sangre?

El primer movimiento del chuán fue ocultar las manos; pero, llevando luego su audacia al colmo, repuso con el rostro rojo de ira:

—Esta sangre es la de un traidor a su Dios, a su patria y a su Rey; es la sangre de un hombre que, olvidando que los azules llevaron a su padre al patíbulo y a su hermano a presidio, no ha vacilado en servirles hoy.

—¡Habéis matado a mi marido! ¡Habéis asesinado a vuestro hermano! —exclamó Mariana, incorporándose delante de José con una violencia increíble:

—No, yo no he sido —contestó José.

—Mientes.

—Os juro que no he sido yo.

—¡Pues bien, si es así, júrame igualmente que me ayudarás a vengarle!

—¡Ayudaros a vengarle yo! ¡Yo, José Picaut! No, no —repuso el chuán con voz sombría—, porque, aun cuando no le he puesto la mano encima, los que le han herido merecen mi aprobación, y si me hubiese encontrado en su lugar, juro a Dios que le hubiera matado también a pesar de ser mi hermano.

—¡Repite lo que acabas de decir! —exclamó Mariana—, porque creo haberlo oído mal.

El chuán repitió una por una las mismas palabras.

—¡Maldito seas, pues, como los maldigo a ellos! —exclamó Mariana levantando la mano con un ademán terrible, por encima de la cabeza de su cuñado—; esta venganza que rehúsas y en la cual te comprendo, fratricida de intención si no de hecho, seremos dos para cumplirla. Dios y yo; y si Dios me falta, no importa, yo sola bastaré.

Luego, con una energía que dominó completamente al chuán:

—¿Dónde está? —añadió Mariana—, ¿qué han hecho de su cuerpo los asesinos? ¡Habla, habla de una vez! Me darás su cadáver, ¿no es cierto?

—Cuando he llegado al oír los disparos —dijo José—, aun respiraba, y le he tomado en brazos para traerlo aquí; pero ha muerto por el camino.

—Y entonces lo has arrojado a una zanja como un perro, ¿no es cierto, Caín? ¡Oh! yo que, cuando lo leía en la Biblia, no quería creer que éste hubiese existido...

—No —dijo José—, lo he dejado en el huerto.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó la pobre mujer, cuyo cuerpo se agitó con un temblor convulsivo—. Acaso te has engañado, José; quizás respira aún, quizás podríamos salvarle. Ven conmigo, José, ven; y si le encontramos vivo, te perdonaré el que seas amigo de los asesinos de tu hermano.

Diciendo esto, descolgó la lámpara y se lanzó hacia la puerta; pero, en lugar de seguirla, José Picaut, que hacía algunos momentos escuchaba atentamente los rumores que se oían a lo lejos, conociendo que eran producidos por una partida de soldados que iban aproximándose, esperó a que el reflejo de la lámpara que llevaba su cuñada no iluminase la puerta, y saliendo de la habitación, dio la vuelta a la choza, transpuso el seto que la

separaba de los campos, y se lanzó en dirección al bosque de Machecoul, cuya sombría masa dibujábase sobre él horizonte a cincuenta pasos de distancia. La pobre Mariana por su parte recorrió el huerto en todas direcciones; desatinada, como loca, movía la lámpara a su alrededor, y sin acordarse de fijar sus miradas en el círculo luminoso que proyectaba sobre el césped, le parecía que para encontrar el cadáver de su marido sus ojos penetrarían las tinieblas. De repente, y al pasar por un sitio por donde había cruzado ya dos o tres veces, tropezó, faltándole poco para caerse, y al dirigirse sus manos hacia el suelo, encontraron un cadáver arrimado a la cerca. Entonces arrojó un grito espantoso, se precipitó sobre el cadáver, le abrazó estrechamente, y tomándole en brazos como en otras circunstancias hubiera podido hacerlo con un niño, lo llevó a la cabaña y lo dejó sobre el lecho.

Por grande que fuese la desavenencia que remaba entre ambos hermanos, la esposa de José se levantó y corrió a casa de Pascual. Al ver el cadáver de su cuñado, cayó de rodillas al pie de la cama, prorrumpiendo en sollozos. Mariana tomó la luz que su cuñada había traído, pues la suya había quedado en el sitio donde halló a Pascual, y contempló el rostro de su marido. Éste tenía la boca y los ojos abiertos como si viviese aún, y al verlo, Mariana le puso vivamente la mano sobre el corazón; pero éste no latía ya.

Entonces, volviéndose hacia su cuñada, que seguía orando deshecha en lágrimas, la viuda de Pascual Picaut, cuyos ojos se habían puesto encendidos y chispeantes como los tizones del hogar, exclamó:

—He aquí lo que han hecho de mi marido los chuanes; he aquí lo que José ha hecho de su hermano. Pues bien, sobre este cadáver juro no descansar hasta haber hecho pagar a los asesinos la sangre que han derramado.

—Y no tendréis que aguardar mucho tiempo, buena mujer, o perderé mi nombre —dijo una voz varonil, detrás de las dos mujeres.

Éstas volvieron la cabeza, y vieron a un oficial embozado en una capa, que había entrado sin que ellas le oyesen. Veíanse brillar las bayonetas en la sombra, junto a la puerta, y se oía relinchar los caballos, que aspiraban en la brisa el olor de la sangre.

—¿Quién sois? —preguntó Mariana.

—Un soldado viejo, como vuestro marido; un hombre que ha peleado lo bastante para tener el derecho de deciros que a los que como él mueren por la patria, no hay que llorarlos, sino vengarles.

—No lloro, caballero —replicó la viuda, levantando la cabeza y sacudiendo sus cabellos sueltos—; ¿quién os trae a nuestra cabaña al mismo tiempo que la muerte?

—Vuestro esposo debía servirnos de guía en una expedición muy importante para nuestra desventurada patria, y que impedirá que la sangre corra a mares, por una causa perdida, ¿no podríais proporcionarme quién le reemplazara?

—¿Encontraréis chuanes en vuestra expedición? —preguntó Mariana.

—Es probable —repuso el oficial.

—Pues bien, siendo así, yo misma os serviré de guía —exclamó la viuda, descolgando la escopeta de su esposo, colocada en la campana de la chimenea—. ¿Adonde queréis ir? Yo os acompañaré y vos me pagaréis con cartuchos.

—Debemos ir al castillo de Souday.

—Está bien; conozco el camino y os guiaré.

Y, mirando por última vez el cadáver de su marido, la viuda de Pascual Picaut salió de la

cabaña seguida por el general. La esposa de José quedó orando junto a su cuñado

EN QUE EL AMOR DA OPINIONES POLÍTICAS A LOS QUE NO LAS TIENEN

Dejamos al barón Michel a punto de tomar una gran resolución, añadiendo que, cuando iba a tomarla, había oído ruido de pasos en el corredor, y que entonces se había echado en la cama con los ojos cerrados, pero con el oído atento. Aquellos pasos se habían alejado, volviendo a oírse un momento después delante de la puerta, sin detenerse. Así, pues, no eran los pasos de su madre, ni le buscaban a él. El Barón abrió de nuevo los ojos, y tomando una posición semivertical, se puso a reflexionar, sentado en la cama.

Sus reflexiones eran graves.

Era preciso romper con su madre, cuyos menores deseos eran leyes para él; renunciar a las ideas ambiciosas que aquélla alimentaba para su hijo, y que, en algunas ocasiones, no habían dejado de seducir la vacilante imaginación de éste; prescindir de los honores que la Monarquía de Julio prometía prodigar al joven millonario; lanzarse en un desatino que, indudablemente, debía de ser sangriento, en pos del cual vendría el destierro, la confiscación y la muerte, y que, no obstante, Michel conocía en su recto juicio que ningún resultado podría dar; era preciso todo esto a resignarse a olvidar a María. Preciso es decirlo: Michel reflexionó un momento, pero no vaciló. La obstinación es la primera consecuencia de la debilidad, que algunas veces la lleva hasta la fiereza. Por otra parte, las razones que aguijoneaban al barón, eran demasiado poderosas para que resistiese a ellas, pues el honor le obligaba a avisar al conde de Bonneville los peligros que podían correr él y la persona a quien acompañaba, echándose en cara el haber tardado tanto en hacerlo. En consecuencia, luego de reflexionar algunos momentos, nuestro joven tomó su partido.

No obstante las precauciones de su madre, el barón Michel había leído bastantes novelas para saber que en caso de necesidad un par de sábanas pueden servir muy bien de escalera de mano, y esto fue, naturalmente, lo primero en que pensó; pero las ventanas de su aposento se hallaban encima de las de la repostería, desde donde debían por precisión verle suspendido en el aire cuando acabara su descenso, aunque, como ya hemos dicho, empezaba a anochecer. Además, el barón temía caerse, y su ventana distaba tanto del suelo, que, a pesar de su resolución de conquistar, aun a costa de mil peligros, el corazón de la mujer que amaba, nuestro héroe sentía que un sudor frío bañaba todo su cuerpo a la sola idea de encontrarse suspendido por un objeto tan frágil sobre aquel abismo.

Enfrente de sus ventanas había un enorme álamo del Canadá, cuyas ramas avanzaban hasta cuatro o cinco pies del balcón. Parecíale a Michel cosa fácil bajar por el tronco de aquel árbol, a pesar de lo poco acostumbrado que estaba a los ejercicios corporales; pero para ello era preciso alcanzar las ramas, y el joven no contaba bastante con la elasticidad de sus jarretes para probarlo. La necesidad despertó su inventiva. Registrando el aposento encontró todos los arreos de pescar, que en otra época le habían servido para ensayarse contra las carpas y los gobios del lago de Grandlieu, placer inocente que el afán maternal, por exagerado que fuese, había creído deber autorizar. Michel tomó una de las cañas de pescar, puso en uno de sus extremos un anzuelo, y dejándolo junto a una ventana, tomó una sábana de su cama, ató al extremo de ella un candelero, primer objeto pesado que le vino a mano, lo arrojó de modo que cayese al otro lado de una de las ramas mayores del

álamo, cogió con la caña la punta de la sábana que quedaba colgando, la atrajo hacia sí y la ató fuertemente junto con la otra en la barandilla del balcón. De esta manera logró tener Michel una especie de puente colgante, sobre el cual se puso a horcajadas, como los marineros sobre las vergas, y avanzando poco a poco, llegó en breve a la rama, luego al tronco y por último al suelo. Entonces, sin cuidarse de si le veían o no, atravesó corriendo el prado y se dirigió al castillo de Souday, cuyo camino conocía mejor que nadie.

Cuando llegó a la altura de la Roche-Serviére, oyó un fusilero que le pareció salir de entre Montaigu y el lago Grandlieu. La emoción que experimentó fue viva y profunda. Cada detonación que llegaba hasta él en alas de la brisa, producía en su corazón una conmoción dolorosa al pensar que acaso indicaba el peligro o quizás la agonía de aquellos a quienes amaba. Este pensamiento le helaba de terror, y cuando pensaba que María podía acusarle y atribuirle las desgracias de que no habría sabido librar a ella, a su padre, a su hermana y a sus amigos, se le inundaban de lágrimas los ojos. Así fue que, en vez de detenerse a oír aquellos disparos, sólo pensó en redoblar la velocidad de su marcha, y dejando de andar para correr, llegó en breve a los primeros árboles del bosque de Machecoul. Una vez allí, en lugar de seguir el camino, lo cual le hubiera hecho llegar al castillo algunos minutos más tarde, tomó una vereda que más de una vez había seguido ya con el mismo propósito de economizar tiempo.

Caminando bajo la sombría bóveda que formaban los árboles, cayendo de vez en cuando en alguna zanja, tropezando con las piedras y enganchándose en los zarzales, tan grande era la oscuridad y tan estrecha la vereda, el barón logró llegar al llamado Valle del Diablo. Vadeaba el arroyo que corre por su fondo, cuando, saliendo de sopetón un hombre de detrás de una mata de retama, se arrojó sobre él y le agarró tan precipitadamente, que le hizo caer de espaldas en el cauce fangoso del arroyo.

—Silencio o vas a morir —le dijo, apoyando en su frente el cañón de una pistola.

Aquella posición tan horrible para el joven, prolongóse durante un minuto, que le pareció un siglo. El desconocido, que le había apoyado una rodilla contra el pecho, le conservaba en el suelo, permaneciendo por su parte inmóvil, como si esperase a alguien, hasta que por último, viendo que no llegaba el que estaba aguardando, dio un grito como el de una lechuza. Respondióle un grito idéntico, salido del interior del bosque, dejóse oír el paso precipitado de un hombre, y llegó al lugar de la escena un nuevo personaje.

—¿Eres tú, Guérin? —interrogó el que tenía bajo su rodilla al Barón.

—No, no soy Guérin —respondió el otro—; soy yo.

—¿Quién eres tú?

—Yo, Juan Oullier —contestó el recién llegado.

—¡Juan Oullier! —exclamó el primero con tanta alegría, que se incorporó algún tanto, dejando casi en libertad a Michel—; ¿verdaderamente eres tú? ¿Te has podido librar, al fin, de los soldados?

—Sí, gracias a vosotros, amigos míos —respondió el guardabosque—; pero no tenemos un minuto que perder, si queremos evitar desgracias sin número.

—¿Qué debemos hacer? Ahora que estás libre y con nosotros todo irá bien.

—¿Cuántos hombres tienes contigo?

—Cuando salimos de Montaigu éramos ocho; pero como por el camino se nos han reunido los de Vieilleville, debemos ser de quince a dieciocho.

—¿Cómo están de escopetas?

—Todos tienen.

—Bien, ¿dónde les has dejado?

—A la entrada del bosque.

—Es necesario reunirles a todos.

—Corriente.

—¿Sabes la encrucijada de Rayhons?

—Sí.

—Pues bien, aguardaréis en ella a los soldados, no emboscados, sino a descubierto; cuando se hallen a veinte pasos de vosotros, mandarás hacer fuego; matad cuantos podáis, pues toda esa gentuza habrá menos.

—¿Y luego?

—Cuando hayáis descargado las armas, os dividiréis en dos partidas: una huirá por el sendero de la Cloutière y la otra por el camino de Bourgineux; por supuesto, iréis disparando mientras huyáis, pues es preciso hacer de modo que os persigan.

—Para desviarles de su camino, ¿no es cierto?

—Precisamente.

—Sí, pero, ¿y tú?

—Yo corro a Souday, donde es preciso que esté dentro de diez minutos.

—¡Oh! ¡oh! Juan Oullier —dijo el aldeano con acento de duda.

—¿Qué? ¿Por ventura se desconfía de mí?

—No digo que desconfíen de ti, sino que, por el contrario, no se fían de nadie más.

—Te repito que es forzoso que dentro de diez minutos esté en Souday, y cuando yo lo digo, es así. Lo único que te pido es que entretengas media hora a los soldados.

—¡Juan Oullier! ¡Juan Oullier!

—¿Qué?

—¿Y si nuestra gente rehúsa esperarles a descubierto?

—Sé lo mandarás en nombre de Dios.

—Si fueses tú quien se lo mandaras, obedecerían; pero yo... sobre todo encontrándose entre nosotros José Picaut, que ya sabes obra siempre a su antojo.

—Pero, si no voy a Souday, ¿quién irá por mí?

—Yo, si queréis, señor Juan Oullier —dijo una voz que parecía salir de la tierra.

—¿Quién es el que habla? —interrogó el guardabosque.

—Un prisionero que acabo de hacer —respondió el chuán.

—¿Cómo se llama?

—No se lo he preguntado.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó con aspereza Juan Oullier.

—Soy el barón de La Logerie —respondió el joven logrando sentarse, pues el vendeano le había soltado.

—¡Ah! ¡Michel! ¿Vos aquí? —murmuró Juan Oullier a media voz y en tono rudo.

—Sí; cuando este aldeano me ha detenido, iba cabalmente a Souday para avisar a mi amigo Bonneville y a Perico que habían descubierto su asilo.

—¿Cómo lo sabíais?

—Lo supe ayer tarde escuchando una conversación habida entre mi madre y Courtin.

—Siendo así, ¿cómo habéis tardado tanto en avisar a vuestro amigo? —observó Juan Oullier con acento de duda y de ironía a la vez.

—Porque la baronesa me había encerrado en mi aposento, que se encuentra en el segundo piso, y del cual sólo he podido salir esta noche, y aun por la ventana a riesgo de matarme.

Juan Oullier reflexionó algunos segundos. Su prevención contra cuanto salía de La Logerie era tan grande, y tan profundo su odio contra todos los que llevaban el nombre de Michel, que le repugnaba aceptar el más insignificante servicio del joven, pues, no obstante su acento de ingenua franqueza, el desconfiado vendeano se preguntaba todavía si su buena voluntad no ocultaba alguna traición. No obstante, comprendía que Guérin tenía razón, que sólo él sabría en un caso extremo infundir a los chuanes bastante confianza en sí mismos para dejarse atacar por sus enemigos, y que sólo él también podría tomar las medidas convenientes para entorpecer la marcha de éstos. Por otra parte, se decía interiormente que Michel sabría explicar al conde de Bonneville, mejor que ninguno de los aldeanos, el peligro que le amenazaba; y, por último, se resignó, no sin pesar, a deber un favor al hijo de Michel, murmurando entre, dientes:

—¡Ah! ¡cachorro! Bien se conoce que no tengo otro recurso... En fin, id —dijo—; pero, ¿correréis mucho al menos?

—Volaré.

—¡Hum! —dijo Juan Oullier.

—Si la señorita Berta estuviese aquí, os respondería de ello.

—¿La señorita Berta? —repitió Juan Oullier, cuyo entrecejo se frunció.

—Sí; yo soy quien fui a buscar al médico a Legé para el pobre Tinguay, y sólo empleé cincuenta minutos para andar dos leguas y media.

Juan Oullier movió la cabeza con un gesto de duda.

—Ocupaos de vuestros enemigos —observó Michel—, y contad conmigo; necesitabais diez minutos para ir a Souday y yo estaré allí dentro de cinco, os respondo de ello.

El joven sacudió el lodo de que estaba cubierto y se dispuso a partir.

—¿Conocéis el camino? —le preguntó Juan Oullier.

—¿Que si lo conozco? Como los del parque de La Logerie.

Y lanzándose en dirección al castillo de Souday:

—¡Buena suerte, señor Juan Oullier! —gritó el vendeano.

Juan Oullier quedó un instante pensativo; el conocimiento que el Barón tenía de los alrededores del castillo de su amo le contrariaba evidentemente.

—¡Bien! ¡bien! —dijo, al fin, refunfuñando—, ya arreglaremos todo esto cuando haya tiempo para ello.

Después, dirigiéndose a Guérin:

—¡Ea! —dijo—, llama a tu gente.

El chuán se quitó uno de sus zuecos, y llevándoselo a la boca, sopló de modo que imitase el aullido de un lobo.

—¿Crees que te oirán? —preguntó Juan Oullier.

—Seguramente; me he puesto a barlovento para reunirles, si era preciso.

—Entonces es inútil que los aguardemos aquí; vámonos a la encrucijada de Rayhons,

mientras marchamos podrás llamarlos, y mientras adelantaremos todo este tiempo.

—¿Qué ventaja llevas a los soldados? —preguntó Guérin internándose en las malezas detrás de Juan Oullier.

—Media hora larga, pues han hecho alto en el cortijo de la Pichardiere.

—¿En la Pichardiere? —preguntó Guérin pensativo.

—Sí; Pascual Picaut, a quien habrán despertado, les habrá servido de guía; ¿no es capaz de esto, por ventura?

—Pascual Picaut no servirá ya de guía a nadie ni volverá a despertarse —dijo Guérin con voz sombría.

—¡Ah! —exclamó Juan Oullier—, ¿conque era él quien hace poco?...

—Sí; él era.

—¿Y le has matado?

—Se resistía y pedía socorro, los soldados estaban a medio tiro de fusil de nosotros, y ha sido preciso.

—¡Pobre Pascual! —dijo Juan Oullier.

—Sí —repuso Guérin—; aunque patón, era un hombre de bien.

—¿Y su hermano? —interrogó Juan Oullier.

—¿Su hermano?

—Sí, José.

—Estaba presente.

Juan Oullier se agitó como un lobo que recibe en los ijares una descarga de postas; aquella naturaleza vigorosa había aceptado todas las consecuencias de una lucha espantosa, como lo son de ordinario las guerras civiles, pero no había previsto aquella, que le hacía estremecer de horror. Para ocultar su emoción a Guérin, apresuró el paso, intentando penetrar en la oscuridad y salvando los capellones con la misma rapidez con que lo hacía cuando apoyaba los perros. Guérin, que, por otra parte, se detenía de vez en cuando para imitar el aullido del lobo por medio de uno de sus zuecos, le seguía difícilmente. De pronto, oyó que silbaba por lo bajo para que se detuviera.

Acababan de llegar a un paraje del bosque conocido con el nombre de el Salto de Baugé, y, por consiguiente, se hallaban a corta distancia de la encrucijada de Rayhons.

EL SALTO DE BAUGÉ

Llamado por el silbido que hemos dicho, Guérin llegó a donde estaba Juan Oullier, y encontró a éste vacilando. He aquí la causa.

El Salto de Baugé es un pantano sobre el cual sube casi perpendicularmente el camino que conduce a Souday, que es uno de los tajos más escarpados de aquel montuoso bosque. La columna de soldados debía cruzar ante todo el pantano y subir después aquella rápida pendiente. Juan Oullier había llegado al punto en que el camino se extiende por medio de fajinas a través del pantano para subir luego a la colina. Ya hemos dicho que, al llegar allí, había silbado, y que Guérin le encontró meditando.

—¿En qué piensas? —le preguntó Guérin.

—Pienso —respondió Juan Oullier—, que quizás valdría más situarnos aquí que en la encrucijada de Rayhons.

—Tanto más —observó aquél—, cuanto que hay una carreta detrás de la cual podríamos emboscarnos.

Juan Oullier, que no lo había visto o que no había fijado en él la atención, examinó el objeto que le indicaba su compañero. Era un pesado vehículo cargado de leña que sus conductores habían abandonado durante la noche al lado del pantano, sin duda porque, sorprendidos por la oscuridad, no habían osado aventurarse en el estrecho camino que atravesaba a manera de puente aquel cenagal.

—Tengo una idea —dijo Juan Oullier mirando alternativamente la carreta y la colina, que se alzaba como una sombría muralla al otro lado del pantano—, pero sería necesario que...

Y Juan Oullier miró en torno suyo.

—¿Qué sería menester?

—Que llegasen los nuestros.

—Helos aquí —repuso Guérin—. Mira, aquí está Patry, los dos hermanos Gambier, la gente de Vicillevique y José Picaut.

Juan Oullier volvió la cabeza para no ver a este último. Los chuanes llegaban, en efecto, de todos lados, saliendo uno de detrás de cada matorral. Pronto estuvieron reunidos todos.

—Amigos míos —les dijo Juan Oullier—, desde que la Vendée es Vendée, es decir, desde que está peleando, nunca se han visto sus hijos más obligados que hoy a demostrar su valor y su fe; creo que, si no detenemos a los soldados de Luis Felipe, va a sobrevenir una gran desgracia; una desgracia tal, hijos míos, que bastará para ofuscar toda la gloria de que se ha cubierto nuestro país. En cuanto a mí, estoy completamente decidido a perder la vida en el Salto de Baugé, antes que permitir que esta infernal columna vaya más lejos.

—¡Nosotros también, Juan Oullier! —exclamaron todos a una voz.

—¡Bien! No esperaba menos de los que me han seguido desde Montaigu para librarme, y que lo han logrado. Veamos, para empezar, ¿rehusaríais ayudarme a llevar esta carreta a

lo alto de la cuesta?

—Probemos —dijeron los vendeanos.

Juan Oullier se puso a su cabeza, y el pesado carruaje, que unos empujaban por detrás, mientras ocho o diez lo tiraban por las varas, atravesó sin estorbo el pantano y fue subido, mejor que arrastrado, a lo alto de la escarpa. Cuando Juan Oullier lo hubo calzado con piedras, de modo que no volviese a bajar por sí solo y arrastrado por su propio peso aquella pendiente que tanto le había costado subir:

—Ahora —dijo—, vais a emboscaros a ambos lados del pantano, la mitad a la derecha y la otra mitad a la izquierda, y cuando llegue el momento, es decir, cuando yo grite: ¡Fuego! Dispararéis. Si los soldados se vuelven y os persiguen, batíos en retirada poco a poco hacia el lado de Grandlieu, siempre de modo que los llevéis en vuestra persecución y dejando libre a Souday, a donde quieren llegar. Si, por el contrario, continúan su camino a escape, entonces iremos a aguardarles, cada uno por nuestro lado, a la encrucijada de Rayhons, y allí será donde necesitaremos mantenernos firmes y morir en nuestros puestos.

Los chuanes fueron a situarse a ambos lados del pantano, y Juan Oullier volvió a quedarse solo con Guérin. Entonces se tendió, aplicando el oído al suelo.

—Se acercan —dijo—; siguen el camino de Souday como si lo conocieran. ¿Quién diablos puede guiarles si Pascual Picaut ha muerto?

—Sin duda, hallarían en el cortijo algún aldeano a quien habrán obligado a que les acompañe.

—Entonces, será necesario privarles también de él cuando hayan llegado al interior del bosque de Machecoul. Sin guía, no volverá ni uno a Montaigu.

—¡Calla! ¿no tienes armas, Juan Oullier?

—Tengo una —repuso el vendeano—, que hará caer más soldados que tu carabina; y si todo va como yo espero, dentro de diez minutos no faltarán fusiles en el Salto de Baugé.

Al terminar estas palabras, Juan Oullier púsose de pie, y subiendo la pendiente, que había bajado para hacer tomar a sus hombres la posición conveniente, se acercó a la carreta. Ya era tiempo, pues cuando acababa de llegar a lo alto, oyó en la pendiente opuesta el ruido de las piedras que rodaban bajo los cascos de los caballos, y vio dos o tres chispas que éstos hacían brotar de los guijarros con las herraduras.

—Ve en seguida a reunirte con nuestra gente — dijo Guérin—, yo me quedo aquí.

—¿Para qué?

—Pronto lo verás.

Guérin obedeció. Juan Oullier deslizóse bajo la carreta y esperó. Apenas Guérin había ocupado su puesto junto a sus compañeros, cuando les dos cazadores que iban de vanguardia estuvieron a orillas del pantano.

—¡Derecho siempre! —gritó una voz enérgica, aunque con acento femenino—. ¡Derecho siempre!

Los dos cazadores internáronse en el pantano, y gracias al camino trazado por las fajinas, lo atravesaron sin ningún percance, después de lo cual empezaron a subir la cuesta, acercándose cada vez más a la carreta y, por lo tanto, a Juan Oullier. Cuando sólo distaron veinte pasos de él, éste se deslizó bajo la Carreta, y agarrándose con las manos al eje y con los pies a la barra delantera, permaneció completamente inmóvil. Pronto llegaron los dos cazadores de vanguardia a la altura del vehículo, que examinaron

atentamente desde sus caballos; pero no viendo en él nada que pudiera despertar su desconfianza, siguieron su camino.

El cuerpo de la columna llegaba entonces al borde del pantano. La viuda pasó delante, precediendo al general y tras éste los cazadores, en pos de los cuales pasaron los granaderos, atravesándolo en este orden; pero en el momento que llegaban al pie de la pendiente, un ruido semejante al estallido del trueno partió de lo alto de la cuesta que iban a subir los soldados, la tierra se estremeció bajo sus pies, y una especie de alud bajó la cumbre de la colina con la rapidez del rayo.

—¡Apartaos! —gritó el general con voz que dominó aquel espantoso ruido.

Y asiendo a la viuda por el brazo, clavó las espuelas en los ijares de su caballo, que dio un salto y se lanzó a los matorrales. El general había pensado ante todo en su guía, pues entonces era lo que más necesitaba. El y su guía se habían salvado. Pero la mayor parte de los soldados no tuvieron tiempo de cumplir la orden de su jefe: sorprendidos por el ruido extraño que oían, no sabiendo con qué nuevo enemigo tenían que habérselas, cegados por la oscuridad y comprendiendo que estaban rodeados de peligros, permanecieron en medio del camino, y la carreta, pues era ésta la que Juan Oullier había lanzado en el declive, cayó en medio de ellos y los dividió como hubiera podido hacerlo un enorme proyectil, matando a los que se encontraban bajo sus ruedas e hiriendo a cuantos alcanzaba con sus pedazos.

Un instante de estupor siguió a aquella catástrofe; pero ésta nada pudo en el general, que gritó con voz firme:

—¡Adelante, soldados! ¡adelante! y salgamos de este atolladero.

Pero, simultáneamente, una voz, no menos firme que la del general, gritó también:

—¡Fuego! muchachos.

Brilló un relámpago en cada matorral del pantano, y una lluvia de balas fue a caer sobre la pequeña columna.

La voz que había mandado el fuego se había dejado oír delante de ésta, y los disparos se efectuaron detrás; el general, tan astuto como Juan Oullier, comprendió la estratagema: tratábase de apartarle de su camino.

—¡Adelante! —gritó—; no perdáis tiempo en contestar. ¡Adelante! ¡adelante siempre!

La tropa adelantó a la carrera, y a pesar de los disparos, llegó a lo alto de la colina. Al mismo tiempo que el general y los soldados ejecutaban esta operación, Juan Oullier, ocultándose detrás de los matorrales, descendía rápidamente la colina y se reunía con sus compañeros.

—¡Bravo! —le dijo Guérin—. ¡Ah! si hubiésemos tenido tan sólo diez brazos como los tuyos y algunas carretas de leña como ésta, a estas horas nos hallaríamos libres de esos malditos soldados.

—¡Bah! —respondió Juan Oullier—, yo no estoy tan satisfecho como tú, pues esperaba que retrocedieran, y me parece que siguen su camino. ¡A la encrucijada de Rayhons, pues, tan de prisa como sea posible!

—¿Quién dice que los soldados continúan su marcha? —preguntó una voz.

Juan Oullier aproximóse al punto de donde había salido aquella voz, y reconoció a José Picaut que, con una rodilla en el suelo y la escopeta al lado, vaciaba escrupulosamente los bolsillos de tres soldados que el enorme proyectil de Juan Oullier había aniquilado. El guardabosque volvió la cabeza con repugnancia.

—Escucha a José —le dijo Guérin, habiéndole al oído— porque ve de noche como un gato, y sus consejos no son de despreciar.

—Yo digo —prosiguió José Picaut, guardando su botín en una alforja de cuero que llevaba siempre consigo—, yo digo que desde que han llegado a lo alto de la montaña no se han movido. ¿Acaso estáis sordo para no oír que patalean allá arriba como un rebaño de carneros en su coto? Si vosotros no lo oís, yo sí.

—Convendría asegurarse de ello —dijo Juan Oullier a Guérin, evitando de este modo contestar a José.

—Tienes razón —respondió Guérin—; yo mismo voy.

Y, al decir esto, atravesó el pantano, se metió en el cañaveral y subió la mitad de la cuesta; una vez allí, se tendió en el suelo, arrastrándose como una serpiente a lo largo de las rocas, y deslizándose con tanto tiento por entre los matorrales, que éstos se movían apenas. De este modo llegó hasta las dos partes de la colina.

Cuando sólo distó unos treinta pasos de la cumbre, en lugar de permanecer en la posición en que había avanzado, volvió a levantarse, puso su sombrero en la punta de una rama y la agitó por encima de su cabeza. Acto seguido, una bala, salida de la altura, hizo volar el sombrero de Guérin a veinte pasos de éste.

—Tienes razón —dijo Juan Oullier, que oyó desde abajo el tiro—; pero ¿por qué renuncian a su proyecto? ¿Acaso les hemos matado el guía?

—No se lo hemos matado —repuso José Picaut con aire siniestro.

—¿Le has visto? —preguntó una voz, pues Juan Oullier parecía decidido a no dirigir la palabra a Picaut.

—Sí —contestó el chuán.

—¿Has podido reconocerle?

—Sí.

—Entonces —murmuró Juan Oullier, hablando consigo mismo—, esto es que no les aguardan las honduras, y que el aire de los pantanos les parece poco saludable; detrás de estas rocas están al abrigo de nuestras balas, y sin duda van a permanecer allí hasta que amanezca.

En efecto, como para justificar la palabra del vendeano, viéronse brillar en lo alto de la colina algunas luces pálidas al principio, pero que fueron avivándose paulatinamente hasta convertirse en cuatro o cinco hogueras, cuyo sangriento fulgor iluminaba los secos matorrales que brotaban en los intersticios del peñasco.

—Es muy extraño, si aun tienen el guía —dijo Juan Oullier—, En fin, puede ser, y como si cambian de idea deben pasar de todos modos por la encrucijada de Rayhons...

Juan Oullier miró en torno suyo, y viendo a Guérin que había vuelto a su lado:

—Irás allí con tu gente, Guérin —añadió.

—Está bien —dijo éste.

—Si siguen su camino, ya sabes lo que has de hacer; pero, si por el contrario han establecido decididamente su campamento en el Salto de Baugé, dentro de una hora podrás dejarles tiritar tranquilamente alrededor de sus hogueras, pues será inútil atacarles.

—¿Por qué? —interrogó José Picaut.

Interpelado directamente como jefe, y sobre una orden que él había dado, Juan Oullier se vio en la precisión de contestar.

—Porque es un crimen exponer inútilmente la vida de los valientes.

—Decid sencillamente, Juan Oullier...

—¿Qué? —interrogó el guarda, interrumpiendo con viveza a José Picaut.

—Decid porque vuestros señores, los nobles a quienes servís, no tienen ya necesidad de ella, y así diréis la verdad.

—¿Quién dice que Juan Oullier ha mentado alguna vez? —preguntó el guardabosque, frunciendo el ceño.

—Yo —repuso José Picaut.

Juan Oullier apretó los dientes; pero se contuvo; parecía resuelto a no tener amistad ni pendencia con el presidiario.

—Yo —repitió éste—; y que pretendo que no es por el cuidado de nuestras vidas por lo que queréis privarnos de aprovechar la victoria, sino porque sólo nos habéis hecho batir para impedir que los soldados saquearan el castillo de Souday.

—José Picaut —replicó con calma Juan Oullier—, aunque llevamos la misma divisa, ni seguimos igual camino ni nos proponemos el mismo fin. Yo siempre he pensado que, cualesquiera que fuesen sus opiniones, los hombres eran hermanos, y no me agrada ver derramar inútilmente la sangre de éstos. En cuanto a mis relaciones con mis señores, siempre he mirado la humildad como la primera ley del cristiano, sobre todo cuando éste es un pobre aldeano como vos y yo; por último, siempre he considerado la obediencia como el primer deber del soldado. Sé que no pensáis así; pero tanto peor para vos. En otras circunstancias quizás os hubiera hecho arrepentir de lo que acabáis de decir; pero en este instante no me pertenezco... ¡Dadle gracias a Dios!

—Pues bien —dijo burlándose José Picaut—, cuando volváis a perteneceros, ya sabéis dónde encontrarme, ¿no es cierto, Juan Oullier? No tendréis que buscarme mucho tiempo.

Luego, volviéndose a los aldeanos:

—Ahora, dijo —si alguno de vosotros piensa que es una locura esperar la liebre al paso, cuando puede agarrarse en la cama, que venga conmigo.

Y, hablando así, hizo un movimiento para alejarse.

Nadie se movió ni respondió siquiera. José Picaut, viendo el silencio general que acogía su proposición, hizo un gesto de cólera y se internó en la maleza. Juan Oullier tomó sus palabras por una fanfarronada y se contentó con encogerse de hombros.

—¡Vaya! ¡vaya! vosotros —dijo a los chuanes—, a la encrucijada de Rayhons. ¡Vivo! Seguid el cauce del arroyo hasta el taller de los Cuatro Vientos, y dentro de un cuarto de hora habréis llegado.

—¿Y tú, Juan Oullier? —interrogó Guérin.

—Yo corro a Souday —respondió el guarda—; quiero asegurarme de que Michel ha cumplido su encargo.

Los chuanes se alejaron obedientes, siguiendo, como les había indicado Juan Oullier, el cauce del arroyo. El guardabosque quedó solo. Durante algunos minutos escuchó el ruido del agua que los chuanes agitaban en su marcha; pero este ruido no tardó en confundirse con el de las pequeñas cascadas que formaban el arroyo. Juan Oullier volvió entonces la cabeza del lado de los soldados.

Las rocas en que se había detenido la columna formaban una pequeña cadena que iba de Oriente a Occidente, en dirección al castillo de Souday. Al Este, a unos doscientos pasos

del paraje en que había tenido lugar lo que acabamos de referir, terminaba por una pendiente suave que iba a parar al arroyo, cuyo curso seguían los chuanes para dar la vuelta al campamento de los soldados; y por el Oeste se prolongaba como una media legua, siendo más escarpada, más alta y más árida a medida que avanzaba por la parte de Souday. Por este lado terminaba en un verdadero precipicio formado de enormes rocas perpendiculares, que avanzaban sobre el arroyo que corría por su pie.

Sólo una o dos veces en su vida, Juan Oullier se había atrevido a bajar el precipicio para ganar en velocidad al jabalí que los perros perseguían, lo cual había efectuado por un sendero perdido entre las matas de retama, que tenía escasamente un pie de ancho, conocido con el nombre de Camino de las Cabras. Sólo algunos cazadores conocían aquel sendero, y el mismo Juan Oullier lo había bajado con tantas dificultades y arrojando tales peligros, que le parecía imposible que nadie pensara en pasar por allí de noche. Si el jefe de la columna enemiga quería continuar su movimiento agresivo contra Souday, debía, pues, seguir aquel camino y hallar por consiguiente a los chuanes por la encrucijada de Rayhons, o tomar la pendiente practicable, es decir, retroceder y seguir el arroyo que los vendeanos acababan de subir. Pero el arroyo recibía a pocos pasos de distancia un aumento considerable, transformándose en un torrente rápido y profundo, cuyas orillas estaban llenas de zarzas que las hacían impenetrables. Así, pues, tampoco había ningún peligro que temer por aquel lado; no obstante, por una especie de presentimiento, Juan Oullier no estaba tranquilo, pues le parecía muy extraño que el general hubiese renunciado tan pronto a su propósito de ir a Souday.

En vez de alejarse, como había dicho, Juan Oullier miraba, pues, las alturas, con aire pensativo e inquieto, cuando le pareció que las hogueras se amortiguaban y que el fulgor que proyectaban en las rocas que les servían de abrigo, iba palideciendo gradualmente. No tardó en tomar su partido, lanzándose por el mismo camino que había seguido Guérin, y observando la misma táctica que éste; sólo que en lugar de detenerse como él, al llegar a las dos terceras partes de la pendiente, continuó arrastrándose hasta que llegó al pie de los peñascos que coronaban la altura. Una vez allí, escuchó atentamente, pero nada oyó; levantóse entonces con tiento y miró por el intervalo que dejaban entre sí dos enormes rocas, pero nada vio. El paraje estaba desierto, las hogueras abandonadas, y las ramas de retama que habían servido para alimentarlas chisporroteaban solas, apagándose en medio del silencio. Juan Oullier trepó por un lado de las rocas, dejóse deslizar por el otro y llegó al sitio en que suponía a los soldados. Estos habían desaparecido. Entonces lanzó un grito terrible, grito de rabia llamando a sus compañeros, y con la ligereza del gamo perseguido por el cazador, se lanzó a lo largo de la cadena de rocas que iba en dirección a Souday. Ya era imposible dudar: el guía desconocido de José Picaut, había dirigido a los soldados por el lado del Camino de las Cabras.

Juan Oullier resbalaba sobre los peñascos medio ocultos por el musgo como otras tantas lápidas funerarias, tropezaba con las rocas de granito que se alzaban entre los matorrales a manera de centinelas avanzadas, y se enredaba los pies en las zarzas que le desgarraban las carnes; pero, por muchas que fuesen las dificultades que la naturaleza del terreno oponía a su marcha, en menos de diez minutos recorrió la colina en toda su extensión. Cuando hubo llegado a su extremo, subió un último montecillo que dominaba el valle, y descubrió a los soldados. Estos acababan de salvar el declive de la colina; contra lo que era de esperar, se habían aventurado en el Camino de las Cabras, y a la luz de las antorchas que habían encendido para alumbrarse, se les veía serpentear a lo largo del abismo. Juan Oullier asióse de la enorme piedra sobre la cual había subido, y la sacudió esperando removerla y hacerla rodar sobre sus cabezas; pero los esfuerzos de su loca

rabia fueron impotentes, y una risa sarcástica contestó a las imprecaciones con que los acompañó. El vendeano volvió la cabeza, pensando que sólo Satanás podía reír de aquel modo, y vio a José Picaut.

—¡Y bien, Juan! —exclamó éste, saliendo de una mata de retama—, me parece que mi escondite era mejor que el vuestro; sólo que me habéis hecho perder el tiempo, y he llegado demasiado tarde, lo cual podrá pesar a vuestros amigos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó Juan Oullier, mesándose los cabellos—; ¿quién ha podido llevarles por el Camino de las Cabras?

—La que les ha llevado —dijo José Picaut— no volverá a hacerlo ni por esté camino ni por ningún otro. Mírala bien ahora, Juan Oullier, si es que quieres verla viva.

Juan Oullier inclinóse de nuevo. Los soldados habían atravesado el arroyo y se reunían alrededor del general: en medio de ellos, a cien pasos apenas, pero separada de los dos hombres por un abismo, veíase una mujer con los cabellos desgredados, que con el dedo indicaba al general el camino que debía seguir.

—¡Mariana Picaut! —exclamó Juan Oullier.

El chuán nada respondió, pero apoyó la culata de la escopeta en su espalda y tomó pausadamente la puntería. Juan Oullier se había vuelto al oír el ruido que hizo el gatillo al levantarse, y en el instante en que José Picaut iba a disparar, apartó bruscamente el cañón de la escopeta.

—¡Desgraciado! —le dijo—, a lo menos, déjale tiempo para sepultar a tu hermano.

El tiro salió y la bala fue a perderse en el espacio.

—¡Toma! —gritó furioso José Picaut, tomando la escopeta por el cañón y descargando con la culata un golpe terrible en la cabeza de Juan Oullier, que no esperaba semejante ataque—; ¡toma! a los blancos como tú, les trato como si fueran azules.

A pesar de su fuerza hercúlea, el vendeano cayó primero sobre sus rodillas y después, no pudiendo siquiera mantenerse en aquella posición, rodó a lo largo del peñasco. En su caída trató de sostenerse con una mata de brezo que su mano había cogido instintivamente; pero, poco a poco, sintió que cedía bajo el peso de su cuerpo. Aun cuando se hallaba aturdido, Juan Oullier no había perdido por completo el conocimiento, y esperando que de un momento a otro se rompieran entre sus dedos las frágiles ramas que le sostenían sobre el abismo, encomendaba su alma a Dios, seguro de que iba a perecer. En aquel instante, oyó algunas detonaciones en el espacio, y a través de su mal cerrados párpados vio brillar algunas chispas. Creyendo que eran los chuanes que llegaban guiados por Guérin trató de gritar; mas le pareció que tenía la voz encerrada en el pecho y que no podía levantar la mano de hierro que contenía su respiración. Hallábase como preso de una espantosa pesadilla, y el dolor que le causaba la ansiedad que sentía era tan violento, que, olvidando el golpe que había recibido, le parecía que desde la frente le caía sobre el pecho un sudor sangriento. Poco a poco, las fuerzas le abandonaron, soltáronsele los dedos, aflojáronsele los músculos, y la angustia que experimentaba fue tanto más terrible, cuanto que le pareció que abandonaba las ramas que le sostenían en el espacio. Pronto se le figuró que una fuerza irresistible le atraía hacia el abismo, y sus manos abandonaron su último apoyo; pero en el instante mismo que esperaba oír el aire arremolinarse y silbar a su paso, cuando iba a sentir su cuerpo desgarrado por las agudas puntas de las rocas, un brazo vigoroso le agarró, transportándole a una pequeña plataforma que se extendía a pocos pasos del precipicio. ¡Se había salvado! Pero aquel brazo le sacudía demasiado brutalmente para ser de un amigo.

LA CÓLERA DEL MARQUÉS DE SOUDAY

Al día siguiente de haber llegado el conde de Bonneville y su compañero al castillo de Souday, el marqués había regresado de su expedición, o mejor dicho, de su conferencia. Al apearse del caballo, el buen hidalgo manifestó un humor endemoniado; reprendió a sus hijas, que no habían ido a recibirle, a lo menos hasta la puerta; echó pestes contra Juan Oullier, que se había tomado la libertad de ir a la feria de Montaigu sin su permiso, y regañó a la cocinera, que, en ausencia de su mayordomo, había ido a tenerle el estribo, y que en vez de asir la correa de la derecha, tiraba con todas sus fuerzas de la de la izquierda, lo cual obligó al marqués a apearse por el lado opuesto a las gradas del castillo.

Al penetrar en el salón, el señor de Souday continuó manifestando su cólera con monosílabos tan enérgicos, que por muy habitadas que Berta y María estuviesen al lenguaje libre que se permitía su padre, no sabían qué aspecto guardar. En vano pusieron en juego sus más dulces caricias para desarrugar el sombrío ceño del marqués, pues no pudieron conseguirlo; aquél siguió golpeándose las botas con el látigo que tenía en la mano, mientras se calentaba los pies en la chimenea, y parecía muy disgustado de que las tales botas no fuesen algunos sujetos a quienes nombraba, dirigiéndoles los más ofensivos epítetos. Evidentemente, el marqués estaba furioso.

En efecto, hacía algún tiempo que se fastidiaba de los placeres de la caza y que se había sorprendido a sí mismo bostezando al jugar el *whist* acostumbrado. Los goces de un hombre ilustre le parecían insípidos, y la mansión de Souday nauseabunda. Al mismo tiempo y por una singular contraposición, hacía diez años que sus piernas no habían tenido tanta elasticidad, ni respirado tan fácilmente su pecho, ni mostrándose tan activa su imaginación. El marqués entraba en ese período de la vida en que el espíritu despide un resplandor más vivo antes de palidecer pasa siempre, al mismo tiempo que su cuerpo reúne todas sus fuerzas como si se preparara para la postrera lucha; y encontrándose más fuerte y mejor dispuesto que no lo había estado en muchos años, cansado del estrecho círculo en que le encerraban sus ocupaciones ordinarias, que no bastaban para él, y sintiéndose poco a poco presa del fastidio, había pensado que una nueva guerra sentaría perfectamente a su nueva juventud, no dudando ni un momento que en la vida agitada de la campaña volvería a hallar las gratas fruiciones cuyo solo recuerdo endulzaba su existencia.

En consecuencia, el marqués de Souday acogió con entusiasmo la noticia de un próximo levantamiento, y una conmoción política de aquella clase llegada a tiempo le probaba una vez más lo que ya había supuesto con bastante frecuencia en su plácido e ingenuo egoísmo, a saber, que el mundo entero había sido creado y se movía para la más completa satisfacción de un hidalgo tan digno como él. Pero había encontrado en sus correligionarios políticos una tibieza y un deseo de demorar toda manifestación, que le había exasperado: unos pretendían que el espíritu público no estaba preparado, otros decían que era imprudente intentar cosa alguna sin estar seguros de que el ejército les ayudaría, otros suponían que el entusiasmo religioso y político de los campesinos se había enfriado extraordinariamente y que sería difícil conducirles al combate, y el heroico marqués, que no podía comprender que la Francia entera no estuviese dispuesta cuando una nueva campaña le parecía a él un pasatiempo de todo punto agradable, cuando Juan

Oullier le había limpiado su mejor carabina y cuando sus hijas le habían bordado una banda y un corazón de color de sangre, habíase separado bruscamente de sus amigos, regresando a su castillo sin querer escuchar una palabra más.

María, que sabía hasta qué punto respetaba su padre las tradiciones hospitalarias, aprovechó el mal humor que mostraba el digno hidalgo para anunciarle cariñosamente la presencia del conde de Bonneville en el castillo de Souday, esperando así calmar el enojo que manifestaba el irascible anciano.

—¿Bonneville? —murmuró el marqués de Souday—, ¿quién es ese Bonneville? algún hidalguillo o algún abogado; alguno de esos oficiales a quienes han dado la charretera sin saber cómo ni por qué, o algún valentón de los que todo lo matan con la lengua; quizás algún pisaverde que querrá probarnos que es menester esperar y dejar que Felipe pierda su popularidad, como si, dado caso que la popularidad sea precisa, no fuese mucho más sencillo y más fácil conquistársela a nuestro rey.

—Ya veo que el señor marqués está en favor de una pronta sublevación —dijo una voz dulce y débil junto al señor de Souday.

Volvióse éste y vio a un joven de pocos años, vestido de aldeano, que, apoyado como él en la chimenea, se calentaba también los pies en el hogar. El desconocido había entrado, sin hacer el menor ruido, por una puerta lateral; y el marqués, que, por otra parte, le daba la espalda cuando entró, en el ardor de sus imprecaciones no había hecho caso alguno de las señas con que sus hijas trataban de avisarle la presencia de uno de sus huéspedes. Perico, pues no era otro el recién llegado, aparentaba de dieciséis a dieciocho años; pero era tan delgado y débil, que su aspecto no correspondía a aquella edad. Su rostro era pálido, y los largos bucles de cabellos negros que lo rodeaban, hacían resaltar más aún su blancura; sus grandes ojos azules acusaban una extraordinaria inteligencia; sus labios delgados y ligeramente hundidos en los ángulos, se animaban con una sonrisa maliciosa; su barba muy prominente indicaba una fuerza de voluntad poco común; por último, su nariz ligeramente aguileña completaba una fisonomía cuya distinción contrastaba notablemente con su traje.

—El señor Perico —dijo Berta tomando la mano del recién llegado y presentándole a su padre.

El marqués hizo una profunda reverencia, a lo cual correspondió el joven aldeano con uno de los más graciosos saludos. El traje y el nombre de Perico sólo llamaban medianamente la atención del antiguo emigrado, pues la gran guerra habíale acostumbrado a ver que las personas de ilustre cuna trataban de ocultar bajo un apodo y un disfraz cualquiera su nobleza y calidad; pero lo que le preocupaba sobre todo era la excesiva juventud de su huésped.

—Las señoritas de Souday me han dicho, caballero, que anoche tuvieron la dicha de poderos servir de alguna utilidad a vos y a vuestro amigo el señor conde de Bonneville; esto me hace lamentar doblemente el haberme hallado ausente de mi casa, pues a no ser por el desagradable viaje que esos señores me han hecho hacer, hubiera tenido el honor de abriros personalmente las puertas de mi pobre castillo; pero, en fin, confío en que esas bachilleras habrán comprendido que tenían el deber de reemplazarme convenientemente, y que no habrán perdonado ninguno de los medios que nuestra mediana posición nos ofrece para haceros soportable esta incómoda vivienda.

—Siendo ejercida por tan graciosas intermediarias, vuestra hospitalidad debía ser mejor por precisión —repuso galantemente Perico.

—¡Hum! —dijo el marqués sacando el labio superior—, en otros tiempos hubieran podido dedicarse a proporcionar alguna distracción a sus huéspedes, pues Berta sabe desviar como nadie un jabalí, y María, por su parte, no tiene quien le iguale a conocer los cercados que frecuentan las becasas; pero, dejando a parte cierta perfección en el *whist*, que me deben a mí, las considero absolutamente impropias para hacer los honores de un salón, lo que es tanto más de sentir en cuanto nos vemos obligados a permanecer algún tiempo frente a frente con los tizones —añadió el señor de Souday juntando los de su chimenea con un puntapié que demostraba que aun no le había abandonado su cólera.

—Creo que muy pocas damas de la Corte poseen tantas gracias y tanta distinción como estas señoritas, y os aseguro que ninguna reúne las cualidades a la nobleza de corazón y de sentimientos de que nos han dado pruebas vuestras hijas, señor marqués.

—¿La Corte? —dijo éste con sorpresa y examinando a Perico.

Perico se sonrojó, riendo como un actor que se pierde delante de un auditorio benévolo.

—Hablo por presunción, señor marqués —dijo con un embarazo excesivo para no ser ficticio—, y digo la Corte porque allí es donde por su nombre debieran estar vuestras hijas, y donde yo quisiera verlas.

El marqués de Souday avergonzóse de haber hecho sonrojar a su huésped, pues casi involuntariamente acababa de atentar al incógnito en que éste quería permanecer, y su extremada cortesía se reprochaba amargamente aquella falta.

Perico se apresuró a tomar la palabra de nuevo.

—Cuando estas señoritas me han hecho el honor de presentarme a vos, os decía, señor marqués, que me parecíais ser de los que anhelan una pronta sublevación.

—Sí, ¡voto al chápiro! bien, puedo confesároslo a vos que parecéis de los nuestros.

Perico inclinó la cabeza con un movimiento afirmativo.

—Sí, esta es mi opinión —continuó el marqués—; pero por más que diga y haga, no creerán al antiguo hidalgo cuyo cutis se ha abrasado con el terrible fuego que aniquiló este país desde mil setecientos noventa y tres a mil setecientos noventa y siete; se dará oídos a un hato de charlatanes, de abogados sin pleitos, de señoritos delicados que temen dormir al aire libre y desgarrarse el traje con las zarzas, de gallinas mojadas, de... —agregó el marqués volviendo a patear de nuevo sobre los tizones, los cuales se vengaban lanzando millares de chispas sobre sus botas.

—Padre mío —dijo dulcemente María, que había reparado en la sonrisa que se escapaba a Perico—, padre mío, calmaos.

—No, no me calmaré —repuso el fogoso anciano—. Todo estaba dispuesto; Juan Oullier me había asegurado que mi división ardía en entusiasmo, y he aquí que del catorce de mayo se nos ha aplazado para las calendas griegas.

—Paciencia, señor marqués —repuso Perico—, ya llegará la hora.

—¡Paciencia! ¡paciencia! esto es fácil de decir para vos —exclamó suspirando el marqués—, pues sois joven y aún tenéis tiempo; pero ¿quién sabe si Dios me dará aún vida suficiente para ver desplegar la antigua bandera por la cual he combatido con tanta alegría?

La queja del anciano conmovió a Perico.

—Pero ¿acaso no habéis oído decir como yo, señor marqués —le preguntó—, que la insurrección sólo se había demorado por la incertidumbre en que se estaba de que hubiese llegado la princesa?

Estas palabras parecieron aumentar el mal humor del marqués.

—Dejadme en paz, joven —dijo éste con acento profundamente irritado—. ¿creéis que no conozco esta antigua farsa? ¿acaso durante cinco años que he peleado en la Vendée, han cesado de prometeros la llegada de esa espada real que debía reunir en torno suyo todas las ambiciones? ¿por ventura, no era yo de los que el dos de octubre aguardaban al conde de Artois en Ile Dieu? En mil ochocientos treinta y dos no veremos a la princesa, como en mil setecientos noventa y seis no vimos al príncipe; pero esto no impedirá que me haga matar por ellos.

—Señor marqués de Souday —dijo Perico con voz singularmente conmovida—, os juro que aun cuando la duquesa de Berry no hubiese tenido a su disposición más que una cáscara de nuez, habría atravesado el mar para venir a vengarse a la sombra de la bandera que Charrette llevaba con valiente y noble mano; os juro que vendrá, sino a triunfar, a lo menos a morir con los que se levantarán para defender los derechos de su hijo.

El acento de Perico tenía una energía tal, y era tan extraño que semejantes palabras saliesen de la boca de un aldeano de dieciséis años, que el marqués de Souday contempló a su interlocutor con profunda sorpresa.

—¿Quién sois, pues—le dijo cediendo a su admiración—, quién sois, pues, para hablar así de las resoluciones de Su Alteza Real y comprometeros por ella, joven, o mejor niño?

—Creí, señor marqués, que al presentarme a vos las señoritas de Souday me habían hecho el honor de deciros mi nombre.

—Es cierto, señor Perico —dijo confuso el marqués—; os pido mil perdones. Pero —continuó, dirigiéndose con mayor interés a su interlocutor, al cual suponía hijo de algún personaje—, ¿sería indiscreto preguntaros vuestra opinión acerca de la oportunidad de la toma de armas? A pesar de ser muy joven, habláis tan razonablemente, que no os ocultaré mi deseo de conocerla.

—Os comunicaré con tanto mayor gusto mi opinión, en cuanto se parece mucho a la vuestra.

—¡De veras!

—Mi parecer, si puedo permitirme manifestarlo...

—¿Y por qué no? Comparado con esos necios señores a quienes he oído hablar esta noche, me parecéis uno de los siete sabios de Grecia.

—Sois demasiado indulgente, señor marqués. Opino, pues, que es muy sensible que no hayamos podido salir de nuestros chiribitiles la noche del trece al catorce de mayo, como estaba convenido.

—Lo veis... ¿Qué les decía yo? ¿Cuáles son las razones en que os apoyáis?

—Helas aquí. Los soldados estaban acantonados en la aldea, alojados en las casas de los habitantes, dispersados, apartados unos de otros, sin dirección y sin bandera; nada era más fácil que sorprenderles y desarmarles en el primer momento de la sorpresa.

—Es muy cierto; pero ¿ahora?

—Hace dos días que se ha dado orden de evacuar los pequeños cantones, de estrechar la red militar que cubre el país, y de agruparse, no ya por compañías, sino por batallones y regimientos. Al presente necesitamos una batalla campal para alcanzar el resultado que antes hubiéramos logrado con una noche de sueño.

—Estas razones son concluyentes —exclamó con entusiasmo el marqués—; ¡lo que me aflige es que entre las treinta y seis razones que he dado a mis adversarios no he pensado

en ésta! Pero —prosiguió—, ¿estáis seguro de que se ha dado a las tropas la orden que decís?

—Segurísimo, caballero —repuso Perico con la expresión más modesta que pudo dar a su fisonomía.

El marqués miró estupefacto a su huésped.

—Es sensible —dijo—, muy sensible; en fin, como decíais, mi joven amigo —permitidme que os dé este título—, lo mejor es tener paciencia y esperar que la nueva María Teresa venga a rodearse de sus nuevos húngaros, bebiendo entretanto a la salud de su real hijo y de la bandera inmaculada. Para esto sería preciso que estas señoritas se ocupasen de nuestro desayuno, toda vez que Juan Oullier se halla ausente por no haber faltado quien se haya permitido enviarle a Montaigu sin orden mía —agregó dirigiendo una mirada algo colérica a sus hijas.

—Yo soy quien le he enviado —dijo Perico con un acento cuya cortesía no carecía de firmeza—, y os pido que me dispenséis el que haya dispuesto así de uno de vuestros servidores; pero urgía saber a qué atenernos acerca de los aldeanos reunidos en la feria de Montaigu.

La voz dulce y suave del joven tenía un acento de seguridad natural tan grande y vibraba en ella una conciencia tal de la superioridad del que hablaba, que el marqués quedó cortado; y recordando interiormente todos los personajes ilustres a quienes había conocido en otra época, para adivinar de cuál sería hijo aquel joven, sólo pudo balbucear algunas palabras manifestando su conformidad.

En aquel momento entró en el salón el conde de Bonneville. Perico, en su calidad de conocido antiguo del marqués, reclamó la honra de presentar él mismo su amigo a su huésped. La fisonomía abierta, franca y alegre del conde sedujo en seguida al marqués de Souday, encantado ya de su joven compañero. Así es que, abandonando su mal humor, juró no pensar más en la cobardía de sus futuros compañeros de armas, y al invitar a sus huéspedes a que pasaran al comedor, se prometió hacer uso de toda su habilidad para obtener del conde de Bonneville que vendiera el incógnito de Perico.

En esto, volvió a entrar María y anunció a su padre que el almuerzo estaba servido.

EL MARQUÉS DE SOUDAY LAMENTA QUE PERICO NO SEA HIDALGO

Los dos jóvenes, a quienes el marqués de Souday había hecho pasar delante de él, detuviéronse en el umbral del comedor. El aspecto que presentaba éste era formidable. En su centro se alzaba, como las ciudadelas antiguas que dominaban toda la ciudad, un majestuoso pastel de jabalí y corzo; un sollo de unas quince libras, tres o cuatro gallinas adobadas, una verdadera torre de Babel de chuletas y una pirámide de gazapillos en salsa, flanqueaban aquella ciudadela por los cuatro puntos cardinales; y como quiera que, para servir de puestos avanzados, la cocinera del señor de Souday los había rodeado de una doble hilera de platos, que se tocaban unos con otros y que guarnecían las inmediaciones de viandas de todas clases, tales como principios, intermedios, legumbres, ensaladas, frutas y conservas, casi amontonado todo y agrupado con una confusión poco pintoresca, pero llena no obstante de encantos para aquéllos, cuyo apetito había abierto el excitante aire de los bosques de la comarca de Mauges.

—¡Caramba! —exclamó Perico retrocediendo, como hemos dicho, a la vista de aquellas vituallas—; a la verdad, señor de Souday, tratáis con demasiados cumplidos a unos pobres campesinos como nosotros.

—Nada tengo que ver con esto, amigo mío, nada absolutamente, y, por lo tanto, no debéis agradecermelo ni quejaros conmigo; esto es cosa de mis hijas; pero, de cualquier modo creo ocioso deciros que me consideraré dichoso si honráis mi mesa.

Y así diciendo, el marqués hizo pasar delante de él a Perico, para que fuera a tomar asiento en aquella mesa a la cual parecía que temía aproximarse. Perico cedió a la presión, pero no sin hacer antes toda clase de protestas.

—No me atrevería a asegurar que voy a corresponder dignamente a lo que de mí esperáis, señor marqués —dijo el joven—; porque, os lo confieso con franqueza, soy poco gastrónomo.

—Comprendo —dijo el marqués—; estáis acostumbrado a platos más exquisitos. En cuanto a mí, como soy un verdadero campesino, prefiero a todas las golosinas de las grandes mesas los alimentos sustanciosos y cargados de salsas que reparan convenientemente las fuerzas del estómago.

—He oído discusiones muy graves respecto a este asunto entre el rey Luis XVIII y el marqués de Avaray.

El conde de Bonneville tocó a Perico con el codo.

—¿Habéis conocido al rey Luis XVIII y al marqués de Avaray? —preguntó el señor de Souday, en el colmo de la admiración y mirando fijamente a Perico, como para asegurarse de que éste no se burlaba de él.

—En mi infancia, sí mucho —repuso con la mayor sencillez Perico.

—¡Hum! —dijo el marqués—. ¡Enhorabuena!

Habíanse sentado alrededor de la mesa, y todos, incluso Berta y María, comenzaron a atacar el formidable almuerzo. Pero por más que el marqués de Souday le ofreció uno después de otro todos los platos que llenaban la mesa, Perico se negó a probarlos y dijo que, si su huésped lo tenía a bien, se contentaría con una taza de té y un par de huevos

frescos, puestos por las gallinas que había oído cacarear alegremente aquella madrugada.

—Por lo que hace a los huevos frescos —repuso el marqués—, será cosa fácil, y María irá a buscarlos enseguida al gallinero para que estén calientes aún; pero, en cuanto al té, dudo que lo haya en casa.

María no había esperado a que le dieran el encargo que su padre quería confiarle, para levantarse y disponerse a salir; pero al oír la duda que el marqués manifestaba respecto del té, se detuvo tan confusa como aquél. Era indudable que no había té en el castillo.

Perico vio la confusión de sus huéspedes.

—¡Oh! —dijo—, no os molestéis; el señor Bonneville tendrá la bondad de ir a buscar en mi neceser un poco de té, pues como me he acostumbrado a tomarlo, lo llevo siempre conmigo a donde quiera que voy.

Y, al decir esto, entregó al conde de Bonneville una llavecita, que sacó de un manajo colgado de una cadena de oro. El conde de Bonneville apresuróse a salir por un lado, mientras que María lo hacía por el otro.

—¡Lléveme el diablo! —exclamó el marqués, engullendo un pedazo de carne de venado—, sois una verdadera mujercilla, amigo mío; y a no ser por la opinión que habéis expuesto hace poco, y que yo encuentro demasiado profunda para haber salido de una cabeza femenina, casi dudaría de vuestro sexo.

—¡Bah! —repuso—, ya veréis cómo me porto, cuando nos encontremos frente a frente los soldados de Felipe, señor marqués, y entonces espero que rectificaréis la mala opinión que ahora habéis formado de mí.

—¡Cómo! ¿seréis de los nuestros? —interrogó el marqués, cada vez más admirado.

—Así lo espero —respondió el joven.

—Y yo os aseguro que le veréis siempre a mi lado —dijo Bonneville, entrando otra vez y devolviendo a Perico la llave que éste le había dado.

—Mucho me alegraré de ello, amigo mío— dijo el marqués—; pero esto no me extrañará lo más mínimo, pues creo que Dios no ha dado el valor a medida del cuerpo, y durante la gran guerra vi a una de las señoras que seguían a Charrette, tirar pistoletazos con un arrojo sin igual.

En aquel instante, volvió a entrar María, llevando en una mano la tetera y en la otra un plato con un par de huevos.

—Gracias, hermosa niña —dijo Perico con un tono de galante protección, que no pudo menos de recordar al señor de Souday los nobles de la antigua Corte—; perdonadme el que os haya ocasionado tanta molestia.

—Hace un instante hablabais de Su Majestad Luis XVIII y de sus opiniones culinarias —dijo el marqués—, y en efecto he oído decir muchas veces que era muy delicado en materia de comida.

—Es cierto —dijo Perico—; Su Majestad tenía una manera especial de comer los hortelanos y las chuletas.

—Sin embargo, me parece que no puede haber dos maneras de comerlas —dijo el marqués de Souday, clavando el diente a una chuleta.

—Y es el que vos ponéis en práctica, ¿no es verdad, señor marqués? —preguntó riendo Bonneville.

—¡Sí, a fe mío! En cuanto a los hortelanos, cuando Berta y María se dedican por capricho a la caza menor, y traen, no precisamente aquellos pájaros, sino alondras y becafigos, los

tomo por el pico, les echo un poco de sal y pimienta y me los meto enteros en la boca, cortándoles con los dientes el pico al nivel de los ojos. De este modo son magníficos, y uno es capaz de comerse dos o tres docenas.

Perico lanzó una carcajada. Las palabras del marqués le recordaban el cuento de aquel suizo de la guardia real, que había apostado comerse de una sola vez un becerro de seis semanas.

—He hecho mal en decir que Luis XVIII tenía una manera especial de comer los hortelanos y las chuletas —respondió—; mejor hubiera dicho un modo de hacerlos cocer, y así habría sido más exacto.

—¡Diantre! —dijo el marqués—, creo que los hortelanos se cuecen en el asador y las chuletas en las parrillas.

—Es cierto —dijo Perico, que se complacía visiblemente con aquellos recuerdos—, pero Su Majestad Luis XVIII había perfeccionado la materia. En cuanto a las chuletas, el repostero mayor de las Tullerías hacía que cocieran entre otras dos las que debían tener el honor de ser comidas por el rey, como decía él, de manera que la del medio se cociera con el jugo de las otras. Lo mismo hacía con los hortelanos: los que debían tener el honor de ser comidos por Su Majestad, los metía dentro de un tordo, que a su vez era metido dentro de una becada. Cuando el hortelano se hallaba cocido, la becada no podía comerse; pero el tordo era excelente y el hortelano magnífico.

—A la verdad —dijo el marqués de Souday, recostándose en el respaldo de su asiento y contemplando a Perico en el colmo de la admiración, cualquiera que os oyera diría que habéis presenciado las proezas del buen Luis XVIII.

—Y las he presenciado, en efecto —repuso aquél.

—¿Luego teníais un empleo en la Corte? —preguntó riendo el marqués.

—Era paje —contestó el joven.

—¡Ah! esto me lo explica todo —dijo el marqués—. ¡Voto a...! mucho habéis visto para ser tan joven.

—Sí —respondió Perico, dando un suspiro—; demasiado.

Las dos hermanas dirigieron una mirada profundamente simpática al joven. En efecto, después de un atento examen, cualquiera hubiera dicho que Perico tenía más edad de la que a primera vista representaba, y que la desgracia había impreso en su semblante sus profundas huellas.

El marqués intentó dos o tres veces reanudar la conversación; pero Perico, sumido en sus pensamientos, parecía haber dicho ya cuanto tenía que decir, y bien fuese que no oyera las diversas teorías que el marqués desarrollaba sobre la carne de volatería y la de montería y acerca de las diferencias que existían entre la caza de bosque y la de corral, bien que no considerase oportuno aprobarlas o refutarlas, es lo cierto que guardó un obstinado silencio. Esto no obstante, cuando se levantaron de la mesa, el marqués de Souday, a quien la satisfacción de su apetito había vuelto muy expansivo, hallábase encantado de su joven amigo. Volvieron todos al salón; pero en lugar de reunirse con las dos hermanas, con el conde de Bonneville y con el marqués alrededor de la chimenea, donde ardía una lumbre que demostraba que, gracias a la proximidad del bosque, había abundancia de leña en el castillo, Perico, inquieto o pensativo, se dirigió en derechura a la ventana y apoyó la frente en los cristales.

Al cabo de un momento y cuando el marqués de Souday dirigía al conde de Bonneville un sin fin de cumplidos acerca de su joven compañero, el nombre del conde, pronunciado

con voz breve y acento imperativo, le hizo estremecer. Era Perico que le llamaba.

Bonneville se volvió apresuradamente, y corrió, mejor que fue a donde se hallaba el aldeano. Durante algunos momentos éste le habló en voz baja y cual si le diera órdenes. A cada frase de las que pronunciaba Perico, Bonneville se inclinaba en forma de asentimiento, y cuando aquél hubo concluido, éste tomó el sombrero, saludó y salió.

Perico se adelantó entonces hacia el marqués.

—Señor de Souday —le dijo—, acabo de asegurar al conde de Bonneville que no os desagradaría que tomara uno de vuestros caballos para ir a todos los castillos de las cercanías con el objeto de citar para esta noche en el vuestro a los mismos con quienes tan disgustado os mostrabais esta mañana. Sin duda, les encontrará reunidos aún en San Filiberto, y por esta razón le he mandado que se diera prisa.

—Pero —dijo el marqués—, tal vez algunos de esos señores me guarden rencor por el modo cómo esta mañana les he hablado, lo que quizá sea motivo para que encuentren alguna dificultad en venir a mi casa.

—Una orden decidirá a aquéllos para quienes una invitación no sea bastante.

—¿Una orden de quién? —interrogó admirado el marqués.

—De la duquesa de Berry, de la cual el señor de Bonneville ha recibido amplias facultades. ¿Acaso —preguntó Perico, con cierta perplejidad—.teméis que semejante reunión en el castillo de Souday tenga funestas consecuencias para vos y vuestra familia? Si es así, marqués, decid una sola palabra; el conde de Bonneville no ha partido aún.

—¡Voto al chápiro! —exclamó el marqués—, que parta, y al galope, aun cuando deba reventar mi mejor caballo.

Apenas había pronunciado el marqués estas palabras, que, como si las hubiese oído y aprovechase el permiso que se le daba, el conde de Bonneville cruzaba a escape por delante de las ventanas del salón, y atravesando la puerta cochera se lanzaba en dirección a San Filiberto.

El marqués encaminóse a la ventana de enfrente para seguirle más tiempo con la vista, y no se volvió hasta que hubo desaparecido completamente.

Entonces buscó con los ojos a Perico; pero éste había desaparecido, y cuando el marqués preguntó por él a sus hijas, éstas le contestaron que se había ausentado, diciendo que subía a su aposento para escribir algunas cartas.

—¡Diantre de muchacho! —murmuró el marqués.

XXVII

LOS VENDEANOS

Aquel mismo día, a las cinco de la tarde, el conde de Bonneville estaba de vuelta, después de haber visto a cinco de los principales jefes que debían hallarse en el castillo de Souday entre ocho y nueve de la noche. El marqués, hospitalario siempre, mandó a la cocinera que se arreglara a su antojo con el corral y la despensa, con tal que tuviera dispuesta una cena tan abundante como le fuese posible. Los cinco jefes a quienes el conde había visitado y que debían reunirse en el castillo al anochecer, eran Luis Renaud, Pascal, Corazón de León, Gaspar y Aquiles.

Aquellos de nuestros lectores que se hallen algo familiarizados con los acontecimientos de 1832, reconocerán fácilmente los personajes de que se trata y que se ocultaban bajo aquellos diferentes nombres de guerra, destinados a paralizar la acción de la autoridad, dado caso que fuese sorprendida su correspondencia.

En consecuencia, como a las ocho de la noche Juan Oullier no había vuelto aún al castillo, con gran disgusto del marqués, púsose la puerta de aquél al cuidado de María, que sólo debía abrirla a los que llamaran de un modo determinado. El salón fue el lugar destinado para la celebración de la conferencia, luego de haber cerrado los postigos y corrido las cortinas. A las siete de la noche, cuatro personas esperaban ya en aquel salón: eran el marqués de Souday, el conde de Bonneville, Perico y Berta.

María, ya lo hemos dicho, vigilaba desde un reducido aposento, cuya ventana daba a la carretera y a través de cuya reja podía verse quién llamaba, no abriendo hasta haberse asegurado de su identidad.

De las personas reunidas en el salón la más impaciente era Perico, en quien la cachaza no parecía ser la virtud dominante; y a pesar de que la cita era para las ocho y el reloj acababa apenas de dar las siete y media, aquél iba sin cesar a la puerta entreabierta, para escuchar si llegaba alguno de los personajes a quienes esperaba. Por fin, a las ocho en punto oyeron llamar a la puerta, y en los tres golpes espaciados de cierto modo reconocieron que el que llamaba era uno de los jefes convocados.

—¡Ah! —exclamó Perico dirigiéndose apresuradamente a la puerta.

Pero el conde de Bonneville le detuvo con un ademán y una sonrisa respetuosa.

—Es cierto —dijo el joven.

Y fue a ocultarse en el ángulo más oscuro del salón, casi al mismo tiempo que aparecía en el umbral de la puerta el que acababa de llamar.

—El señor Luis Renaud —dijo el conde de Bonneville en voz bastante alta para que Perico le oyese y pudiese, por el nombre de guerra, conocer el suyo verdadero.

—El marqués de Souday salió al encuentro del recién llegado con tanta mayor prontitud cuanto que reconoció en él a uno de los que habían opinado por la sublevación inmediata.

—¡Ah! venid, querido conde —le dijo—; sois el primero que llegáis, y esto es de buen agüero.

—Si soy el primero en llegar, querido marqués —repuso Luis Renaud—, estoy seguro de que esto no se debe a que me haya apresurado más que mis compañeros, sino a que habito más cerca de aquí y, por consiguiente, he tenido que andar menos.

Al decir estas palabras, el que se daba a conocer con el nombre de Luis Renaud, aun que vestido con un sencillo traje de aldeano bretón, presentábase con una gracia juvenil tan perfecta y saludaba a Berta con un desembarazo tan aristocrático, que estas dos cualidades, convertidas en defectos, le hubieran estorbado mucho si hubiese tenido que afectar, aun cuando sólo fuera momentáneamente, las maneras y el lenguaje de la clase cuyo traje había tomado. Luego de haber cumplido aquel deber de cortesía con el dueño de la casa y con Berta, tocóle la vez al conde de Bonneville; pero éste, conociendo la impaciencia que Perico, no por estar oculto en un rincón, dejaba de mostrar con movimiento que sólo aquél podía interpretar, abordó de frente el asunto.

—Mi querido conde —dijo a Luis Renaud—, ya conocéis la amplitud de mis poderes, pues habéis leído la carta de Su Alteza Real, y sabéis que, a lo menos momentáneamente, soy su intermediario cerca de vos. ¿Qué es lo que pensáis de la situación?.

—Esta mañana he manifestado ya mi opinión, que tal vez no sea igual a lo que voy a exponer ahora; pero aquí, donde sé que estoy con el acérrimo partidario de madame, puedo aventurar toda la verdad.

—Sí, la verdad entera —dijo Bonneville—; esto es lo que conviene sobre todo que sepa la duquesa, y no abriguéis la menor duda, querido conde, de que cuánto me digáis será como si ella misma lo oyera.

—Pues bien, mi opinión es que no hagamos nada antes de que llegue el mariscal.

—¡El mariscal! —exclamó Perico—. ¿Acaso no está en Nantes?

Luis Renaud, que no había reparado aún en el joven, volvió hacia él la cabeza al oír esta interpelación, saludó y repuso.

—Hoy, al volver a mi casa, he sabido que al tener noticia de los acontecimientos del Mediodía, el mariscal, había salido de Nantes, sin que nadie conociera el camino que había seguido ni la resolución que había adoptado.

Perico dio un golpe con el pie con ademán de impaciencia.

—Sin embargo —exclamó—, el mariscal era el alma de la empresa, y su ausencia va a perjudicar el levantamiento y a disminuir la confianza de las tropas; ausente él, todos los derechos serán idénticos, y veremos renacer entre los jefes las rivalidades que tan fatales fueron al partido realista durante las primeras guerras de la Vendée.

Al ver que Perico se había apoderado de la conversación, el conde de Bonneville se apartó, dejando descubierto al joven, que dio dos pasos hacia delante y penetró en el círculo luminoso que proyectaba la lámpara.

Luis Renaud miró con asombro a aquel joven, casi niño, que acababa de hablar con tanta seguridad y precisión.

—Es una demora y nada más —dijo—; no dudéis que en cuanto el mariscal se haya asegurado de que madame se halla en la Vendée, se apresurará a volver a su puesto.

—¿Pues, no os ha dicho el señor de Bonneville que la duquesa se había puesto en camino y estaría cuanto antes en medio de sus amigos?

—Sí, por cierto, y esta noticia me ha causado una viva alegría.

—¡Una demora! ¡una demora! —murmuró Perico—. Me parece que había oído decir que en vuestro país los sublevamientos debían tener lugar siempre durante la primera quincena de mayo, para poder disponer más fácilmente de los habitantes del campo, que, de otra manera, estarían ocupados en sus labores. Estamos a catorce de mayo, y, por lo tanto, nos hemos retardado ya. En cuanto a los jefes, están convocados, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Luis Renaud con cierta gravedad triste—, diré más; y es que casi sólo podéis contar con ellos.

Y luego añadió, suspirando:

—Y aun no con todos, según ha podido ver esta mañana el señor de Souday.

—¿Qué estáis diciendo de la tibieza de los vendeanos —exclamó Perico—, cuando nuestros amigos de Marsella, y os hablo de ellos a propósito pues acabo de llegar de allí, cuando nuestros amigos de Marsella se hallan furiosos contra sí mismos y no piden más que tomar el desquite?

Una pálida sonrisa asomó en los labios de Luis Renaud.

—Sin duda, sois del Mediodía —dijo al joven— aun cuando no tengáis el acento de aquel país.

—Es cierto —repuso Perico—; ¿y qué?

—Es preciso no confundir el Mediodía con el Oeste y los marseleses con los vendeanos. Una proclama levanta el Mediodía y un descalabro le abate. Cuando habréis permanecido algún tiempo en la Vendée, veréis que ésta, por el contrario, es grave, fría y silenciosa; aquí todo proyecto se discute pausada y minuciosamente, exponiéndose sucesivamente todas las probabilidades de desgracia y de fortuna; después éstas parecen prevalecer sobre las otras, el vendeano tiende la mano, dice que sí y muere, si preciso es, para cumplir su promesa. Pero como sabe que un sí y un no son para él palabras de vida y de muerte, tarda en pronunciarlas.

—¡Pero, y el entusiasmo, caballero! —exclamó Perico.

El jefe se sonrió.

—Sí, el entusiasmo —repuso—, he oído hablar de él en mi juventud; es una divinidad del siglo pasado, que descendió de su altar cuando dejó de cumplirse a nuestros padres el sinnúmero de promesas que se les había hecho. ¿Sabéis lo que ha sucedido esta mañana en San Filiberto?

—En parte, sí; el marqués me lo ha contado.

—¿Y luego de haber marchado el marqués?

—No.

—Pues bien, de los doce jefes que debían mandar las divisiones, siete han protestado en nombre de su gente, y deben haberlos despedido ya a estas horas, declarando todos ellos que si bien se hallaban dispuestos a sacrificarse personalmente por madame, no querían, sin embargo, contraer ante Dios la terrible responsabilidad de complicar a sus paisanos en una empresa que tenía trazas de no ser más que una sangrienta e inútil refriega.

—Entonces —dijo Perico—, será preciso renunciar a toda esperanza y a toda tentativa.

La misma sonrisa triste asomó en los labios del joven.

—A toda esperanza, quizá sí; a toda tentativa, no. Madame nos ha hecho escribir que la comisión de París la incitaba y que ella tenía ramificaciones en el ejército: probemos; acaso un motín en París, tal vez una deserción en el ejército demuestre que va más acertada que nosotros. Si nada intentáramos en su favor, la duquesa se retiraría convencida de que si hubiésemos probado algo habríamos triunfado, y es preciso que no le quede ninguna duda.

—¿Supongo que vos no seréis de los que han despedido a su gente? —interrogó Perico.

—Sí, por cierto, caballero; pero soy también de los que han jurado morir por Su Alteza

Real. Por otra parte —añadió el joven—, tal vez se ha dado ya principio a la insurrección, y no tendremos otro mérito que el de seguirla.

—¿Cómo es esto? —preguntaron simultáneamente Perico, Bonneville y el marqués.

—Hoy se han disparado algunos tiros en la feria de Montaigu.

—Y en este instante se oyen algunos hacia el vado del Boloña —dijo una voz desconocida y que salía del lado de la puerta, en cuyo umbral acababa de presentarse un nuevo personaje.

XXVIII

LA ALARMA

El que acababa de entrar en el salón del marqués de Souday era el comisario general del futuro ejército vendeano, que había cambiado su nombre, muy conocido en los tribunales de Nantes, con el pseudónimo de Pascal. Con frecuencia había ido al extranjero a conferenciar con madame, y la conocía perfectamente. Apenas hacía dos meses que había ido por última vez a Génova, llevando a Su Alteza Real noticias de Francia, recibiendo, en cambio, sus órdenes, y regresando a la Vendée para dar la señal de que estuviesen todos dispuestos.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó el marqués de Souday con cierto movimiento de labios que daba a entender que no sentía una profunda admiración por los abogados—. El señor comisario general Pascal.

—Quien, según parece, os trae noticias —dijo Perico con la intención evidente de llamar sobre sí la atención del recién llegado.

En efecto, al oír el sonido de la voz que acababa de pronunciar estas palabras, el comisario civil se estremeció, volviéndose hacia Perico, el cual le hizo con los ojos y los labios una señal imperceptible, pero que, no obstante, pareció ser suficiente para indicarle lo que debía hacer.

—Noticias... sí —respondió.

—¿Buenas o malas? —preguntó Luis Renaud.

—De todas hay. Pero comencemos por la buena.

—Decid.

—Su Alteza Real ha atravesado felizmente el Mediodía, llegando sana y salva a la Vendée.

—¿Estáis seguro?... —preguntaron simultáneamente el marqués de Souday y Luis Renaud.

—Tan seguro como estoy viendo a los cinco en este salón con buena salud —repuso Pascal—. Ahora pasemos a las otras.

—¿Habéis sabido algo de Montaigu? —preguntó Luis Renaud.

—Hoy ha habido allí una escaramuza —contestó Pascal—; la guardia nacional ha disparado algunos tiros, resultando algunos aldeanos muertos y heridos.

—¿Cuál ha sido la causa? —pregunto Perico.

—Una riña que se promovió en la feria y que no tardó en degenerar en motín.

—¿Quién manda en Montaigu? —preguntó Perico.

—Un capitán —respondió Pascal—; pero, con motivo de la feria, están allí el subprefecto y el general de la subdivisión militar.

—¿Sabéis cómo se llama ese general? —interrogó Perico.

—Dermoncourt.

—Y, ¿quién es el general Dermoncourt?

—Un hombre de sesenta o sesenta y dos años, de esa raza de hierro que ha hecho todas

las guerras de la revolución y del imperio, que permanecerá a caballo día y noche y no nos dejará un momento de reposo.

—Bien está —respondió Luis Renaud—; procuraremos fatigarle, y como sólo tenemos la mitad de su edad, seremos muy desgraciados o muy torpes si no lo logramos.

—¿Y su carácter?

—¡Oh! en cuanto a esto, es la lealtad personificada. No es un Amadis ni un Galaor; pero es un Ferrago, y si la duquesa tuviera la desgracia de caer entre sus manos...

—¡Eh! ¿qué estáis diciendo, señor Pascal? —preguntó Perico.

—Soy abogado —respondió el comisario civil, y en calidad de tal, preveo todas las eventualidades de un litigio. Así, pues, repito que si la duquesa tuviera la desgracia de caer entre sus manos, podría juzgar de su cortesía.

—Siendo así —dijo Perico—, es un enemigo tal como lo hubiera elegido madame, fuerte, valiente y leal. Señores, tenemos suerte. Pero habéis hablado de disparos en el vado del Boloña.

—A lo menos, presumo que los que acabo de oír en el camino inmediato a la...

—Tal vez convendría que Berta saliera a practicar un reconocimiento, y podría enterarnos de lo que sucede.

Berta se levantó.

—¡Cómo! —dijo Perico—, ¿la señorita?

—¿Por qué no? —preguntó el marqués.

—Porque creo que esto es propio de un hombre y no de una mujer.

—Amigo mío —dijo el señor de Souday—, en cuanto a esto sólo me fío de mí mismo, después de mí de Juan Oullier, y después de éste de Berta o de María. Yo deseo estar a vuestro lado, y el pícaro de Juan Oullier está ausente, permitid, pues, que vaya Berta.

Ésta se dirigió a la puerta; pero al llegar a ella halló a su hermana, que le dijo algunas palabras en voz baja.

—Aquí está María —dijo Berta.

—¡Ah! —exclamó el marqués—, ¿has oído los disparos, hija mía?

—Sí, padre —contestó aquélla—, se están batiendo.

—¿Dónde?

—En el salto de Baugé.

—¿Estás segura de ello?

—Sí; los disparos proceden del pantano.

—Ya lo veis —dijo el marqués—, es explícito. ¿Quién guarda la puerta durante tu ausencia?

—Rosina Tinguy.

—Escuchad —dijo Perico.

En efecto, llamaban a la puerta con redoblados golpes.

—¡Diablo! —dijo el marqués—, no es ninguno de los nuestros.

Todos escucharon con más atención.

—¡Abrid! —gritaba una voz—, abrid, no hay que perder un momento.

—Es su voz —dijo vivamente María.

—¿Su voz? —repitió el marqués.

—Sí; la voz del barón Michel —dijo Berta, que, lo mismo que su hermana, le había reconocido.

—¿Y qué viene a hacer aquí ese hidalguillo? —dijo el marqués, dando un paso hacia la puerta, como para oponerse a que entrara.

—Dejadle que entre, marqués, dejadle que entre —díjole Bonneville —Nada hay que temer, y yo respondo de él.

Apenas había pronunciado estas palabras, se oyó el ruido de los pasos rápidos de alguien que se precipitaba hacia el salón, viéndose aparecer a Michel, pálido, jadeante, cubierto de fango y bañado en sudor, el cual sólo tuvo fuerzas para decir:

—¡No hay que perder un instante, huid, vienen!

Y cayó sobre sus rodillas, apoyando una de las manos contra el suelo. Faltábale la respiración y sus fuerzas se hallaban agotadas, pues, según lo prometiera a Juan Oullier, había andado media legua en seis minutos.

Reinó en el salón un momento de confusión suprema.

—¡A las armas! —gritó el marqués.

Y arrojándose sobre su fusil, señaló con la mano un armero colocado en uno de los ángulos del salón, en el cual había tres o cuatro carabinas y escopetas. El conde de Bonneville y Pascal, obedeciendo al mismo impulso, se arrojaron delante de Perico, como para defenderle. María se lanzó hacia el joven barón para levantarle y socorrerle, si era preciso. Berta corrió a la ventana que daba al bosque, y la abrió. Entonces se oyeron algunos fusilazos más cercanos, pero algo distantes todavía.

—Están en el Camino de las Cabras —dijo Berta.

—¡Ca! Es imposible que pasen por allí.

—Están, padre —insistió Berta.

—Sí, sí —murmuró Michel—; les he visto; llevaban algunas antorchas encendidas; una mujer les guiaba, caminando delante, y el general la seguía.

—¡Maldito Juan! —exclamó el marqués—, ¿por qué no estás aquí?

—Se está batiendo, señor marqués —dijo el barón—, y como no podía venir me ha enviado a mí.

—¡Eh! —dijo el marqués.

—Pero yo ya venía, señorita, yo ya venía. Desde ayer sabía que debían atacar el castillo; pero me encontraba prisionero, y he tenido que saltar por una ventana del segundo piso.

—¡Gran Dios! —exclamó María, palideciendo.

—¡Bravo! —dijo Berta.

—Señores —dijo tranquilamente Perico—, creo que urge tomar un partido. Si debemos combatir, es menester armarnos, cerrar las puertas del castillo y ocupar nuestros puestos. Si, por el contrario, debemos huir, creo que aún hay menos tiempo que perder.

—Defendámonos —dijo el marqués.

—Huyamos —dijo Bonneville—. Cuando Perico esté en seguridad, nos defenderemos.

—Y vos ¿qué decís, conde? —preguntó Perico.

—Digo que no hay nada dispuesto y que no podemos batirnos. ¿No es verdad, señores?

—Siempre puede uno batirse —dijo un nuevo personaje, dirigiéndose al mismo tiempo a

los que se hallaban en el salón y a otros dos jóvenes que le seguían, a los cuales había, sin duda, encontrado en la puerta.

—¡Ah! ¡Gaspar! ¡Gaspar! —exclamó Bonneville.

Y avanzando hacia el recién llegado, le dijo algunas palabras al oído.

—Señores —dijo Gaspar—, el conde de Bonneville tiene razón: en retirada.

Luego, dirigiéndose al Marqués:

—Señor de Souday —dijo—, ¿hay en vuestro castillo alguna puerta secreta o alguna salida excusada? No tenemos tiempo que perder. Los últimos disparos que hemos oído desde la puerta Aquiles, Corazón de León y yo, solamente distaban de aquí quinientos pasos.

—Señores —dijo el marqués de Souday—, os encontraréis en mi casa, y a mí me toca responder de todo. Silencio, escuchadme y obedecedme hoy; mañana obedeceré yo.

Todos guardaron un silencio profundo.

—María —dijo el marqués—, manda cerrar la puerta del castillo, pero sin atrancarla, a fin de que puedan abrirla así que llamen. Tú, Berta, dirígete al subterráneo, sin perder un momento; yo y mis hijas recibiremos al general, haciéndole los honores de la casa, y mañana, en cualquier parte que estéis, hacédnoslo saber e iremos a reunirnos con vosotros.

María salió del salón para ejecutar la orden de su padre, en tanto que Berta, haciendo a Perico señal de que la siguiera, salía por la puerta opuesta, atravesaba el patio, penetraba en la capilla, tomaba dos cirios de encima del altar, los encendía en una lámpara, los entregaba a Bonneville y Pascual, y apretando un resorte que hacía girar sobre sí mismo el frente del altar, dejaba al descubierto una escalera que conducía a los subterráneos que en otro tiempo habían servido de panteón a los señores de Souday.

—No podéis perderos —dijo Berta—, al otro extremo hallaréis la puerta, que da al campo, y cuya llave está en la cerradura.

Perico tomó la mano de Berta, la estrechó vivamente y se lanzó al subterráneo detrás de Bonneville y Pascual, que alumbraban el camino. Luis Renaud, Aquiles, Corazón de León y Gaspar, siguieron a Perico. Berta cerró de nuevo la puerta, apenas hubieron pasado, no sin observar antes que el barón Michel no se encontraba entre los fugitivos.

EL COMPADRE LORIOT

El marqués de Souday, luego de haber seguido con la vista a los fugitivos hasta que éstos hubieron desaparecido en la capilla, prorrumpió en una de esas exclamaciones que indican que el pecho se ha librado del peso que le oprimía, y volvió a entrar en el vestíbulo; pero en vez de pasar de éste al salón, se encaminó a la cocina.

Una vez allí, contra su costumbre y con gran admiración de la cocinera, se acercó a las hornillas, levantó con cierta solicitud la cobertura de las cacerolas, se aseguró de que ninguno de los guisados se había pegado, hizo retirar los asadores, para que el fuego no fuese a deshonorar los asados; volvió a subir al vestíbulo, pasó de éste al comedor, inspeccionó las botellas, hizo doblar sus hileras, miró si la mesa estaba dispuesta conforme a las reglas, y satisfecho de lo que acababa de ver, regresó al salón.

Allí encontró otra vez a sus dos hijas, pues la puerta del castillo había sido confiada a Rosina, cuya misión se reducía, por otra parte, a tirar del cordón al primer aldabazo que sonara. Las dos gemelas estaban sentadas una a cada lado de la chimenea; María estaba inquieta, Berta pensativa. Ambas pensaban en Michel; María creía que el barón había seguido al conde de Bonneville y a Perico, y se preocupaba extraordinariamente de los trabajos que iba a experimentar y de los peligros que iba a correr; Berta, por su parte, hallábase completamente entregada al placer que siente el alma al vernos correspondidos por el ser a quien amamos. Parecíale que en las miradas del barón había descubierto la certidumbre de que era por ella por quien el pobre joven, tan medroso, tan tímido, tan indeciso, había vencido su propia debilidad y desafiado los peligros; medía la intensidad del amor que le suponía, por la importancia de la revolución que aquel amor había causado en el carácter de Michel; levantaba mil castillos en el aire y se echaba amargamente en cara el no haberle obligado a entrar de nuevo en el castillo, cuando notó que no seguía a aquellos a quienes su desprendimiento había salvado. Después, se sonreía, porque, de repente, un pensamiento cruzaba por su espíritu: creía que se había quedado en el castillo, que se había ocultado en algún rincón para verla a hurtadillas, y que si recorría los patios o el parque, le vería aparecer de súbito ante ella y le oiría decir: «Ved de lo que soy capaz para alcanzar de vos una mirada».

El marqués acababa apenas de sentarse en su sillón, y aun no había tenido tiempo de notar la preocupación de sus hijas, que, por otra parte, podía atribuir a cualquiera otra causa antes que a la verdadera que la producía, cuando sonó un aldabazo.

Estremecióse el marqués de Souday, no porque no esperase que llamaran, sino porque no lo habían hecho como él creía. En efecto, el aldabazo que acababa de oírse era tímido, casi obsequioso, y, por consiguiente, nada había en él de militar.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó el marqués—, ¿qué es esto?

—Creo que ha llamado —dijo Berta, saliendo de su meditación.

—Sí, han dado un aldabazo —agregó María.

El marqués movió la cabeza como quien se dice mentalmente: «No son ellos»; pero que, creyendo que en tales circunstancias es necesario enterarse de todo personalmente, se decide, sin embargo, a ver quién es. Así, pues, salió del salón, cruzó el vestíbulo y se adelantó hacia las gradas exteriores; pero al llegar allí, en vez de los sables y bayonetas

que esperaban ver brillar en la sombra, y en lugar de los rostros marciales y bigotudos, con quien creía que iba a trabar conocimiento, el marqués de Souday sólo vio la cúpula de un inmenso paraguas azul que avanzaba hacia él con la punta por delante, subiendo una a una las gradas del edificio. Como aquel paraguas, avanzando siempre cual si fuera la concha de una tortuga, amenazaba saltarle un ojo con la contera, que salía de su centro como la punta de un broquel antiguo, el marqués lo levantó con la mano, y se halló frente a frente de un hocico de garduña, superado por dos pequeños puntos brillantes como otros tantos carbunclos y coronado por un sombrero de copa altísima, de alas muy estrechas y que, a fuerza de tanto cepillarlo, brillaba en la oscuridad como si estuviera barnizado.

—¡Voto a cien diablos! —exclamó el marqués de Soudy—, es el compadre Lorient.

—Siempre dispuesto a serviros, si le consideráis digno de semejante honor —dijo el recién llegado con una voz de falsete que se esforzaba inútilmente por hacer agradable.

—Bien venido seáis, compadre Lorient —dijo el marqués con voz jovial, y como si se prometiera algún placer con la presencia de aquel a quien acogía con tal cordial saludo—. Esta noche espero numerosas visitas, y en vuestra calidad de notario mío me ayudaréis a hacer los honores del castillo. Venid mientras tanto a saludar a mis hijas.

Y el antiguo hidalgo precedió a su huésped en el salón con un desembarazo que probaba hasta qué punto estaba convencido de la distancia que mediaba entre un marqués de Souday y un notario de aldea. Verdad es que el compadre Lorient mostraba un cuidado tan prolijo en limpiarse los pies en el felpudo situado a la puerta de aquel santuario, que la cortesía que el marqués hubiera podido mostrar quedándose detrás de él, habría sido una verdadera molestia.

Aprovechando el instante en que cierra su paraguas y se limpia los pies, alumbrado por la luz que pasaba por la puerta entreabierta, bosquejemos su retrato, si es que nuestras fuerzas alcanzan a llevar a cabo esta empresa.

El compadre Lorient, notario de Machecoul, era un hombrecillo flaco y endeble, que parecía mucho más exíguo aún a causa del hábito que había tomado de hablar siempre encorvado y con la actitud del más profundo respeto. Una nariz larga y afilada le servía de rostro, pues al desarrollar excesivamente aquella parte de su fisonomía, la Naturaleza había querido indemnizarse en el resto y con una increíble parsimonia le había escatimado tanto todo lo que no pertenecía a la parte saliente de su cara, que era preciso mirarle de cerca y con mucha atención, para advertir que el compadre Lorient tenía ojos y boca como los demás hombres; pero, en cambio, cuando habían llegado a descubrirse, echábase de ver que sus ojos estaban llenos de vivacidad y que su boca no carecía de sutileza.

Efectivamente, el compadre Lorient, como le llamaba el marqués de Souday, que, en su calidad de cazador, era algún tanto ornitológico, el compadre Lorient, decimos, cumplía exactamente las promesas que dejaba entrever su fisonomía, y era bastante hábil para hacer producir cuando menos treinta mil francos a una escribanía que a duras penas había bastado para vivir a sus predecesores. Para llegar a aquel resultado, considerado hasta entonces como imposible, el señor Lorient había estudiado, no el Código, sino a los hombres, y deduciendo de sus estudios que la vanidad y el orgullo eran sus predisposiciones dominantes, trató de hacerse agradable a estos dos vicios y en breve llegó a ser necesario para los que los tenían. Así, pues, y corrió consecuencia de este sistema, el compadre Lorient, más que cortés era obsequioso; no saludaba, sino que se postraba, y al igual que los faquires de la India, había acostumbrado tan bien su cuerpo a

ciertos movimientos, que se habituó materialmente a aquella actitud. Era un paréntesis constantemente abierto, en el cual tenían cabida los títulos de sus clientes, que repetía con inagotable abundancia, pues siempre que su interlocutor era marqués o barón o siquiera hidalgo, el notario no le hablaba más que en tercera persona. Además, manifestábase lleno de agradecimiento humilde y expansivo a la vez por los miramientos que le tenían, y como al mismo tiempo mostraba un celo exagerado por los intereses que le confiaban, había sabido merecer tantos elogios, que poco a poco adquirió una clientela considerable entre los nobles de la comarca.

Lo que había contribuido, sobre todo, a la reputación del señor Lorient en el departamento del Loira Inferior, y hasta en los otros inmediatos, era lo exaltado de sus opiniones políticas, pues figuraba en el número de aquéllos a quienes podía llamarse con razón más realista que el mismo rey.

Sus diminutos ojos grises chispeaban cuando oía pronunciar el nombre de un jacobino, y para él lo eran todas las facciones del partido liberal, desde Chateaubriand hasta Lafayette. Nunca quiso reconocer la Monarquía de Julio, y jamás dio a Luis Felipe otro nombre que el de duque de Orleans, no concediéndole siquiera el título de Alteza Real, que el mismo Carlos X le había otorgado.

El señor Lorient era una de las personas que visitaban más a menudo el castillo de Souday. Entraba en su táctica mostrar el más profundo respeto por aquellos ilustres restos del antiguo orden social, que merecía todas sus simpatías, y había llevado su deferencia hasta el punto de conceder algunos préstamos, cuyos intereses se olvidó de pagarle muchas veces el marqués de Souday, que, según hemos dicho ya, era muy descuidado en materia de dinero. El marqués acogió con placer al compadre Lorient, en primer lugar a causa de estos mismos préstamos; luego después, porque la vanidad del antiguo hidalgo no podía mostrarse insensible a la adulación, y, finalmente, porque viviendo completamente aislado a causa de haberse ido enfriando poco a poco sus relaciones con sus vecinos, el propietario de Souday acogía gustoso cuanto quitaba a su vida su habitual monotonía.

Cuando el notario estuvo convencido de que no había quedado en sus zapatos ningún resto de lodo, entró en el salón, y después de saludar de nuevo al señor de Souday, comenzó a cumplimentar a las dos jóvenes; pero el marqués no le dejó la satisfacción de acabar sus cumplidos.

—Lorient —le dijo—, siempre tengo mucho gusto en veros.

El notario se inclinó hasta el suelo.

—Sin embargo, me permitiréis que os pregunte qué os puede traer a nuestro desierto a las nueve de la noche y con un tiempo semejante. Ya sé que, teniendo un paraguas como el vuestro, siempre se ve la bóveda celeste de color azul.

Lorient consideró oportuno no dejar pasar la broma del marqués sin una carcajada y sin murmurar:

—¡Bien! ¡muy bien!

Luego, respondiendo directamente:

—Helo aquí —dijo—: a las dos de la tarde he recibido orden de llevar algún dinero a la dueña del castillo de La Logerie, y habiendo ido a llevárselo, he salido de allí muy tarde; regresaba a mi casa a pie, como de costumbre, cuando he oído en el bosque un ruido de mal agüero, que me ha confirmado lo que sabía ya del motín de Montaigu; y temiendo tropezar con las tropas del duque de Orleans si seguía adelante, he pensado que el señor marqués se dignaría concederme hospitalidad por una noche.

Al oír el nombre de La Logerie, Berta y María habían levantado la cabeza como dos caballos que, súbitamente, oyen a lo lejos un cañonazo.

—¿Venís de La Logerie? —preguntó el señor de Souday.

—Tal como he tenido el honor de decírselo al señor marqués —repuso el compadre Lorient.

—¡Toma! ya hemos visto alguien de allí esta noche.

—¿Al señor barón, tal vez? —preguntó el notario.

—Sí.

—Precisamente es a él a quien busco.

—Lorient —dijo el marqués—, me admira que vos, cuyos principios considero de los más sólidos, podáis prostituir de tal manera, juntándolo con el nombre de Michel, un título que tanto respetáis generalmente.

Al oír a su padre pronunciar esta frase con un desdén supremo, María palideció y Berta se puso lívida. El marqués no echó de ver la impresión que sus palabras habían producido en sus hijas; pero el ojo perspicaz del notario no pudo menos de observarla. Lorient quiso hablar, pero la mano del marqués le dio a entender que aún no había concluido.

—Además —prosiguió—, ¿cómo vos, a quien tratamos con bondad y benevolencia, creéis necesario valeros de un subterfugio para entrar en nuestra casa?

—Señor marqués... —balbuceó Lorient.

—Venís a buscar a Michel, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué mentís?

—Suplico al señor marqués que me dispense. La madre de ese joven —a la cual me he visto obligado a tomar por cliente, en atención a que lo era ya de mi antecesor—, se hallaba muy inquieta, pues su hijo se había fugado por una de las ventanas del segundo piso, con peligro de su vida, y despreciando las órdenes maternas, por lo cual la señora Michel me encargó que...

—¡Ah! ¡ah! —exclamó el marqués de Souday—, ¿con que ha hecho todo eso?

—Literalmente.

—Pues bien; esto me reconcilia algún tanto con él. No del todo, entendámonos, pero un poco.

—Si el señor marqués tuviera a bien indicarme dónde encontrarle —dijo Lorient—, le acompañaría a La Logerie.

—Lléveme el diablo si sé cómo ni por dónde se ha escurrido. ¿Lo sabéis vosotras? —interrogó el marqués, dirigiéndose a sus dos hijas.

Berta y María hicieron una señal negativa.

—Ya lo veis, compadre Lorient —dijo el marqués—, no podemos seros útiles. Pero ¿por qué diablos había secuestrado a su hijo la tía Michel?

—Según parece, el joven, tan complaciente, tan dócil y tan obediente hasta ahora, se ha enamorado de repente.

—¡Ah! ¡ah! ha mordido el anzuelo —dijo el marqués—, ya sé qué cosa es esto. Pues bien, compadre Lorient, si su madre os pide vuestro parecer, decidle que le suelte la brida y le deje el campo libre, lo cual es preferible a tratar de enfrentarlo. En realidad, según lo poco que he visto, me ha parecido que tenía trazas de un buen muchacho.

—Tiene un corazón excelente, señor marqués, y además es hijo único, con más de cien mil libras de renta —observó el notario.

—¡Hum! —exclamó el señor de Souday—, si no tiene más que esto, será muy poco para compensar las villanías del nombre que lleva.

—¡Padre mío! —exclamó Berta, en tanto que María se contentaba con suspirar—, ¿olvidáis, por ventura, el servicio que nos ha prestado esta noche?

—¡Eh! —murmuró para sí Lorient, mirando a Berta—, ¿si tendrá razón la baronesa? ¡A fe mía, sería un magnífico contrato!

Y se puso a contar los honorarios que podría valerle el contrato matrimonial del barón de La Logerie con la señorita Berta de Souday.

—Tienes razón, hija mía —repuso el marqués—; dejemos, pues, a Lorient que busque el gatito de la tía Michel, y no nos preocupemos más de ello.

Luego, volviéndose hacia el notario:

—Id, pues, en su busca, señor escribano —le dijo.

—Señor marqués, si tenéis a bien permitírmelo preferiría...

—Hace poco me dabais por excusa vuestro temor de hallar a los soldados —interrumpió el marqués—, lo que me hace creer que les teméis extraordinariamente. ¿Cómo es esto, siendo vos uno de los nuestros?

—No les temo —replicó Lorient—, el señor marqués puede creerme; pero los malditos azules me causan una aversión tan profunda, que cuando descubro uno de sus uniformes, se me contrae el estómago y estoy veinticuatro horas sin poder tomar alimento.

—Esto me explica el que estéis tan flaco, compadre, y lo que es más triste, me obliga a despediros.

—El señor marqués quiere burlarse de su humilde servidor.

—Nada de ello; pero no deseo vuestra muerte.

—¿Cómo así?

—Si la vista de un soldado os causa veinticuatro horas de desfallecimiento, no podríais menos de moriros de hambre en seguida, si debieseis permanecer bajo el mismo techo con un regimiento durante toda una noche.

—¡Un regimiento!

—Evidentemente; he invitado a un regimiento a cenar en el castillo, y la amistad que os profeso me obliga a haceros marchar en seguida: pero al hacerlo, tomad algunas precauciones, pues al veros correr por los bosques a tales horas, esos pícaros podrían tomaros por lo que no sois, o, mejor dicho, por lo que sois en realidad.

—¿Y qué?

—Si así fuese, no dejaría de honraros con algunos escopetazos —dijo el marqués—, y todos los fusiles del duque de Orleáns están cargados con bala.

El notario palideció visiblemente y murmuró algunas palabras ininteligibles.

—¡Vaya! decidíos; podéis escoger entre morir de hambre o de un tiro pero no podéis perder tiempo, porque oigo los pasos de una partida de tropa, y según todas las probabilidades, el que llama a la puerta es el general.

Efectivamente, acababa de oírse en la puerta exterior un aldabazo, que por esta vez era muy fuerte y tal como convenía al huésped cuya llegada anunciaba.

Al lado del señor marqués —dijo Lorient—, me siento con fuerzas para vencer mi repugnancia, por invencible que ésta sea.

—Bien; siendo así, tomad este candelero y venid a recibir a mis invitados.

—¿A vuestros invitados? Verdaderamente, señor marqués, no puedo creer...

—Venid, venid, Tomás Lorient; vais a verlo, y luego creeréis.

Y el marqués de Souday, tomando otro candelero, se adelantó hacia la gradería exterior. Berta y María le siguieron; ésta pensativa, inquieta aquélla, y mirando ambas hacia lo más oscuro del patio, para ver si descubrían a aquel en quien pensaban constantemente.

**EL GENERAL GOZA DE UNA COMIDA
QUE NO HABÍA SIDO PREPARADA PARA ÉL**

Conforme a las instrucciones del marqués, que María había transmitido a Rosina, al primer aldabazo se abrió la puerta a los soldados, que invadieron el patio y apresuráronse a rodear la casa. Cuando el anciano general se apeaba, descubrió al marqués y al notario con el candelero en la mano y detrás de ellos a las dos jóvenes medio ocultas en la sombra, avanzando todos hacia él en ademán diligente y gracioso, que le sorprendió.

—¡A fe mía, general! —exclamó el marqués, bajando hasta el último escalón, para salir al encuentro del anciano militar—, casi desconfiaba de veros, a lo menos por esta noche.

—¿Decís que desconfiabais, señor marqués? —replicó el general, estupefacto con aquel exordio.

—Lo repito. ¿A qué hora habéis salido de Montaignu? ¿a las siete?

—A las siete en punto.

—Esto es; había calculado que para venir necesitabais un poco más de dos horas, y por consiguiente os esperaba a las nueve y cuarto o nueve y media; sin embargo, son ya más de las diez, y no podía menos de preguntarme si habría acontecido algún percance que me privase de recibir a tan valiente y apreciable militar.

—Conque ¿me esperabais, caballero?

—¡Diantre! Presumo que será ese maldito vado de Pontfarcy el que os habrá retardado; ¡qué país tan abominable es éste, general, cruzado de riachuelos que, por poco que llueva, se convierten en torrentes impracticables, y con unos caminos que no merecen otro nombre que el de barrancos! Pero ya debéis saberlo, porque supongo que os habrá costado algún trabajo pasar el maldito Salto de Baugé, que no es más que un mar de fango en que se hunde uno hasta la cintura, cuando no lo hace hasta la cabeza. No obstante, confesad que todo esto no es nada al lado del Camino de las Cabras, donde, cuando joven, yo, que era un cazador de los más audaces, no me aventuraba sin estremecerme. A la verdad, general, cuando pienso el trabajo y la fatiga que os habrá costado el honor que me dispensáis, no sé cómo manifestaros mi gratitud.

El general vio que por entonces tenía que habérselas con uno más astuto que él, y se decidió a aceptar francamente la cuestión tal como se la presentaba el marqués.

—Creed, señor de Souday —respondió—, que siento haberme hecho esperar, y que no ha sido culpa mía la tardanza que me atribuí; de todos modos, procuraré aprovechar la lección que me dais, y otra vez llegaré como exigen las reglas de la más rigurosa urbanidad, a pesar de los vados, de los saltos y de los caminos.

En aquel instante un oficial se acercó al general para recibir sus órdenes relativas a la pesquisa que debía efectuarse en el castillo.

—¡Cómo es esto! —exclamó el marqués—, con orden o sin ella, mi castillo está por completo a vuestra disposición, general, y podéis mandar en él como si os perteneciera.

—Me lo ofrecéis con demasiada buena voluntad para que lo rehúse —dijo el general haciendo una cortesía.

—¿Qué aturdidadas sois, señoritas! —exclamó el marqués dirigiéndose a sus hijas—; ¡no me hacéis observar que tengo a estos caballeros a la puerta, con el tiempo que hace y habiendo cruzado el vado de Pontfarcy! Entrad, general; entrad, señores; he hecho encender un excelente fuego en el salón, y podréis secar en él vuestros uniformes, que el agua del Boloña debe forzosamente haber puesto insoportables.

—¿Cómo podremos corresponder jamás a la delicadeza de vuestro proceder! —dijo el general mordiéndose los bigotes y algún tanto los labios.

—¡Oh! vos haríais otro tanto por mí, general —replicó el marqués precediendo a los oficiales en el salón, en tanto que el notario, más modesto que él, iluminaba los flancos de la columna—; pero permitidme —agregó en seguida dejando el candelabro sobre la chimenea, operación que imitó exactamente el compadre Loriot—, permitidme que llene una formalidad por la cual hubiera debido tal vez comenzar, presentándoos a mis dos hijas, las señoritas Berta y María de Souday.

—A fe mía, señor marqués —dijo con galantería el general—, esos agradables rostros valen la pena de que se arriesgue cualquiera a constiparse pasando el vado de Pontfarcy, a hundirse en el fango del Salto de Baugé y hasta a romperse la crisma en el Camino de las Cabras.

—¡Vaya! señoritas —añadió el Marqués—, para hacer servir de algo esos hermosos ojos, como dice el general, id a aseguraros de que la comida, después de haber esperado a estos caballeros, no se hará aguardar a su turno.

—Verdaderamente, marqués —dijo el general volviéndose a sus oficiales—, estamos confundidos por vuestras bondades, y nuestra gratitud...

—Se compensa por la distracción que vuestra visita nos proporciona; como debéis comprender, general, yo, que estoy habituado a los dos agradables rostros a los cuales dirigíais tan bellos cumplidos y que soy además su padre, encuentro en ocasiones mi pobre castillo muy pesado y monótono; juzgad, pues, cuál ha debido ser mi alegría cuando un duende ha venido a decirme al oído: «El general Dermoncourt ha salido de Montaigu a las siete de esta tarde para venir a visitaros en vuestro castillo con su estado mayor».

—¿Conque es un duende quien os ha avisado?

—Sí, por cierto; ¿acaso no hay uno en cada castillo y en cada cabaña de este país? En fin, la perspectiva de la agradable velada que iba a deberos, general, me ha prestado una actividad de que hacía mucho tiempo carecía ya; he dado prisa a todo el mundo; he impuesto al gallinero la oportuna contribución; he interesado a mis hijas; he retenido al compadre Loriot, notario de Machecoul, para que tuviera la satisfacción de trabar conocimiento con vos y, por último, ¡lléveme el diablo! he echado yo también mi cuarto a espadas, y de la mejor manera que nos ha sido posible hemos logrado disponer la comida que os espera y la que servirán a vuestros soldados, a los cuales no podía olvidar quien, como yo, lo ha sido también.

—¿Habéis sido militar, señor marqués? —interrogó el general.

—Puede ser que no haya servido en las mismas filas que vos, por lo cual en lugar de decir que he sido militar, diré solamente que me he batido.

—¿En este país?

—Precisamente; a las órdenes de Charrette.

—¡Ah! ¡ah!

—Era su ayudante de campo.

—Siendo así, no es ésta la primera vez que nos vemos, señor marqués.

—¿De veras?

—Sin duda alguna; he hecho las dos campañas de 1795 y 1796 en la Vendée.

—¡Bravo! esto me colma el placer que me causa vuestra visita —exclamó el marqués—. A los postres hablaremos de las hazañas de nuestra juventud. ¡Ah! general —agregó con cierto aire melancólico—, tanto en un partido como en el otro, empiezan ya a ser pocos los que pueden hablar de aquellas campañas. Pero aquí están mis hijas, que vienen a anunciarnos que la cena nos espera. ¿Queréis servir de caballero a una de ellas? el capitán lo servirá a la otra.

Luego, dirigiéndose a los dos oficiales:

—Señores —dijo—, ¿queréis seguir al general y pasar al comedor?

Sentáronse a la mesa: el general sentóse entre María y Berta, el marqués entre los dos oficiales.

El señor Lorient se sentó al lado de Berta, no desconfiando de poder decir en voz baja algo de Michel durante la cena, pues había decidido ya para sí que el contrato matrimonial se firmaría en su despacho.

Durante algunos momentos, todos permanecieron silenciosos, oyéndose únicamente el ruido de los platos y de los vasos. Los oficiales, arrastrados por el ejemplo de su general, se prestaban con complacencia al desenlace imprevisto de su expedición. El marqués, que comía comúnmente a las cinco y aquel día se había retardado cerca de seis horas, indemnizaba a su estómago del retardo sufrido.

María y Berta, sumidas en sus pensamientos, no sentían haber hallado en la repulsión que les inspiraban las escarapelas tricolores un pretexto para guardar silencio. Era evidente que el general meditaba en la manera de tomar el desquite: comprendía perfectamente que el señor de Souday había sido prevenido de su llegada, pues acostumbrado a aquella clase de guerra, conocía la facilidad y rapidez con que se transmiten las noticias entre una y otra población. Admirado en un principio de la espontaneidad de la recepción que le hizo el Marqués, recobró poco a poco su sangre fría; y volviendo a su costumbre de observarlo todo minuciosamente, en cuanto pasaba a su alrededor, así en las atenciones de su huésped como en la profusión de la cena, demasiado espléndida para haber sido dispuesta en obsequio de unos enemigos, encontraba un no sé qué que confirmaba sus sospechas; pero calmoso, como debe serlo todo buen cazador, y persuadido de que si la ilustre presa que codiciaba había huido, como todo lo hacía creer, sería inútil que intentara perseguirla de noche, decidió esperar a más tarde para empezar las investigaciones formales, no dejando escapar, entretanto, ninguno de los indicios que pudiera ofrecerle lo que a su lado se efectuaba. El fue el primero en romper el silencio.

—Señor marqués —dijo levantando el vaso—, la elección de un brindis sería difícil para ambos; pero hay uno que no incomodará a nadie y que debe ser preferido a todos los demás. Permitidme que beba a la salud de las señoritas de Souday, dándoles las gracias por haberse asociado al atento recibimiento con que nos habéis honrado.

—Mi hermana y yo os damos las gracias, señor general —repuso Berta—, y nos consideramos dichosas por haber podido complaceros conformándonos con la voluntad de nuestro padre.

—Lo cual quiere decir —observó sonriendo el general—, que sólo por Obedecer nos ponéis buena cara, y que únicamente debemos estar agradecidos al marqués. ¡En hora

buena! me gusta esta franqueza militar, que del campo de vuestros adoradores me obligaría a pasar al de vuestros amigos, si creyera que había de ser recibido en él con la escarapela que llevo.

—Los elogios que de mi franqueza acabáis de hacer me animan, caballero —dijo Berta—, y, por consiguiente, me atreveré a confesaros que los colores de vuestra escarapela no son los que me gusta que lleven mis amigos; pero si, realmente, ambicionáis este título, os lo concederé gustosa confiada en que algún día podréis llevar los míos.

—General —dijo a su vez el marqués rascándose la oreja—, la reflexión que habéis hecho ahora poco era muy exacta. ¿Cómo, sin que ninguno de los dos nos comprometamos, podré contestar al benévolo brindis que habéis dirigido a mis hijas? ¿Sois casado, general?

Este deseaba confundir al marqués.

—No —dijo.

—¿Tenéis alguna hermana?

—No.

—¿Y madre?

—Sí —repuso el general, que parecía haberse emboscado y esperar al marqués—; tengo a Francia, nuestra madre común.

—¡Bravo! brindo por la Francia y porque continúen para ella los ocho siglos de gloria y esplendor que debe a sus reyes.

—Permitidme que agregue —dijo el general—, el medio siglo de libertad que debe a sus hijos.

—Esto no sólo es una adición, sino una modificación —dijo el marqués.

Y al cabo de un momento de silencio:

—¡Por vida mía! —exclamó—, acepto el brindis. ¡Bien sea blanca o tricolor su bandera, Francia es siempre Francia!

Todos los invitados alargaron sus vasos, y el mismo Lorient, dominado por el ejemplo del marqués, admitió el brindis de éste modificado por el general, y vació su vaso. Lanzada en aquella pendiente y humedecida con tanta abundancia, la conversación tomó un giro tan pronunciado, que al llegar a las dos terceras partes de la comida, comprendiendo Berta y María que no podían permanecer en la mesa hasta los postres, se levantaron y pasaron al salón. El compadre Lorient, qué parecía haber ido al castillo tanto por las dos jóvenes como por el marqués, se levantó con el propósito de seguirlas.

QUE NO ACABA COMO HABÍAN PRESUMIDO MARÍA Y MICHEL

Como acabamos de decir, el compadre Lorient aprovechó inmediatamente el ejemplo que le daban las señoritas de Souday, y dejando al marqués y a sus huéspedes que evocasen con toda libertad los recuerdos de la guerra de los gigantes, se levantó de la mesa y siguió a las dos jóvenes al salón, a donde se encaminó restregándose alegremente las manos.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó Berta—, parece que estáis muy contento, señor Lorient.

—Señoritas —repuso éste—, he hecho cuanto he podido para secundar el ardid de vuestro padre, y espero que si es necesario no os negaréis a justificar la astucia y sangre fría de que he dado pruebas en esta ocasión.

—¿De qué ardid habláis, mi querido señor Lorient? —interrogó riendo María—. Ni Berta ni yo sabemos lo que queréis decir.

—¡Dios mío! —repuso el notario—, lo ignoro lo mismo que vos; pero me figuro que el señor marqués debe tener poderosas razones para tratar como antiguos amigos, y aún mejor, a los horribles soldadotes a quienes ha admitido en su mesa. Las atenciones de que colma a esos secuaces del usurpador me han parecido tan extrañas, que no he podido menos de suponer que tenían algún objeto.

—¿Cuál? —preguntó Berta.

—¡Cáspita! el de inspirarles tanta confianza, que no cuidaran de su seguridad, y aprovechar su descuido para hacerles sufrir la suerte...

—¿Qué suerte?

—La suerte de... —repitió el notario.

—¿De quién?

El notario hizo ademán de cortar la cabeza.

—¿De Holofernes acaso? —exclamó Berta soltando una carcajada.

—Esto mismo —dijo Lorient.

María no pudo menos de imitar a su hermana. La hipótesis del notario había excitado la hilaridad de las dos jóvenes hasta un extremo imposible de describir.

—¿De modo que nos destináis el papel de Judit? —dijo Berta dejando de reír.

—¡Cáspita! señoritas.

—Señor Lorient, si se encontrase aquí mi padre, podría incomodarse de que le hayáis supuesto capaz de obrar de este modo, a. mi modo de ver demasiado bíblico; pero no temáis, nada le diremos, como tampoco al general, que seguramente quedaría muy poco satisfecho del entusiasmo con que aceptáis nuestra fidelidad.

—Señorita —replicó Lorient—, dispensad si mi celo político y el horror que profeso a todos los partidarios de esas malhadadas doctrinas me han conducido algo lejos.

—Quedáis perdonado —dijo Berta—, y para que no estéis expuesto a semejantes equivocaciones, voy a ponerlos al corriente de lo que pasa. Sabed, pues, que el general Dermoncourt, a quien miráis como el Anticristo, ha venido para practicar en el castillo un reconocimiento, como lo ha hecho en los inmediatos.

—Pero, entonces —preguntó el notario, que cada vez comprendía menos la situación—, ¿por qué tratarlos con tanto fausto? porque éste es el verdadero nombre. La ley es terminante.

—¿Cómo la ley?

—Sí: la ley prohíbe a los magistrados y a los empleados civiles y militares encargados de cumplimentar los mandatos de la autoridad judicial, apoderarse, tomar o apropiarse cualquier objeto que no sea de los designados en el mandato. Y, ¿qué hacen esas gentes con los manjares, viandas y vinos de todas clases de que estaba llena la mesa del señor marqués de Souday? Se los a... pro... pian.

—No obstante, señor Lorient, me parece que mi padre es libre de convidar a comer a quien bien le parezca.

—Hasta a los que vienen a ejercer... a representar en su casa... un poder tiránico y odioso; es cierto, señorita; pero me permitiréis que mire esto como una cosa poco natural y que suponga que se hace con algún objeto.

—Es decir, que veis en ello un secreto que tratáis de penetrar.

—¡Oh! señorita...

—Pues bien, yo os lo confiaré o poco menos, señor Lorient, si por vuestra parte queréis decirme cómo ha sido que debiendo buscar al señor Michel de La Logerie, habéis venido para ella directamente al castillo de Souday.

Berta articuló estas palabras con voz firme y acentuada, y el notario, a quien iban dirigidas, las escuchó con mucho más embarazo del que mostraba su interlocutora. En cuanto a María, se había aproximado a su hermana, apoyando su brazo en el de ésta y la cabeza en su hombro, y esperaba la respuesta de Lorient con una curiosidad que no trataba de disimular.

—Pues bien, señorita, ya que deseáis saber el motivo...

El notario se interrumpió como para que le alentaran, lo cual hizo Berta con la cabeza.

—He venido —prosiguió el compadre Lorient—, porque la señora baronesa de La Logerie me había indicado el castillo de Souday como el lugar en donde se habría acogido su hijo después de su fuga.

—¿Y en qué apoyaba su suposición la señora de La Logerie? —preguntó Berta con la misma mirada interrogadora y la voz igualmente firme y acentuada.

—Señorita —repuso el notario cada vez más embarazado—, después de lo que hace poco he dicho a vuestro padre, no sé si a pesar de la recompensa que habéis ofrecido a mi franqueza, tendré valor para llegar hasta el fin.

—¿Por qué no? —prosiguió Berta con el mismo aplomo—. ¿Queréis que os ayude? Habéis dicho que era porque creía que el objeto del amor de su hijo se hallaba en el castillo de Souday.

—Esto mismo, señorita.

—Conformes. Pero lo que yo deseo saber es la opinión que la señora de La Logerie tiene formada de este amor.

—Debo confesaros que no es muy favorable, señorita.

—He aquí un punto respecto al cual mi padre y la baronesa se hallan de acuerdo —dijo riendo Berta.

—Pero —prosiguió con intención el notario—, dentro de algunos meses el señor Michel

será mayor de edad y, por lo tanto, libre de sus acciones y dueño de su inmensa fortuna.

—Si lo es de sus acciones, tanto mejor para él —dijo Berta—, pues esto podrá serle útil.

—¿Para qué, señorita? —preguntó con acento malicioso Lorient.

—Para rehabilitar el nombre que lleva y hacer olvidar la triste memoria que su padre dejó en esta comarca. Respecto a la fortuna, si yo fuese aquella a quien el señor Michel honra con su cariño, le aconsejaría que hiciera de ella un uso tal, que pronto no hubiera en la provincia un hombre más honroso ni más respetado que el suyo.

—¿Qué le aconsejaríais, señorita? —preguntó admirado el notario.

—Que la devolviese a aquellos a quienes se supone que la tomó su padre, restituyendo a sus propietarios los bienes nacionales que éste había adquirido.

—Pero, ¿en este caso —dijo Lorient admirado—, arruinaríais al que tendría el honor de amaros!

—¿Qué importaría, si le quedaba la estimación de todos y la ternura de la que le habría aconsejado aquel sacrificio?

En aquel instante, Rosina apareció en la puerta, pasando la cabeza por entre las dos hojas.

—Señorita —dijo, sin dirigirse particularmente a Berta ni a María—, ¿queréis hacer el favor de venir?

Berta deseaba proseguir la conversación con el notario; estaba ansiosa de conocer lo que la baronesa pensaba de ella, más aún tal vez que lo que pensaba su hijo; en una palabra, se juzgaba dichosa con poderse ocupar, por vagamente que fuese, de los proyectos que hacía algún tiempo formaban el tema invariable de sus reflexiones, por lo cual dijo a María que fuese a ver lo que se ofrecía. Pero María, por su parte, no dejaba el salón sin pensar; asustábase al ver hasta qué punto se había desarrollado el amor de Berta por Michel desde pocos días a la fecha; cada palabra de su hermana resonaba con dolor en su alma; creía estar segura de poseer por completo el amor de Michel, y pensaba con terror cuál sería la desesperación de Berta cuando descubriese que se había engañado por completo; pero, como a pesar del inmenso afecto que profesaba a su hermana, el amor había derramado ya en su corazón una pequeña parte del egoísmo que le acompaña siempre, María era dichosa bajo otro punto de vista con lo que oía, y se reservaba para sí el papel que su hermana destinaba a la mujer amada por Michel. Así es que, Berta necesitó repetirle por segunda vez que fuese a ver para qué les llamaba Rosina.

—Vaya, hija mía —dijo Berta posando los labios en la frente de su hermana—: ve a ver lo que quiere Rosina, y al mismo tiempo ocúpate del aposento del señor Lorient, pues temo que con este trastorno se hayan olvidado de prepararle una cama.

María hallábase acostumbrada a obedecer, y obedeció, pues era la más dócil y flexible de las dos. Al llegar a la puerta encontró a Rosina.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

Aquella no contestó, y como si hubiese temido que la oyeran desde el comedor, donde el marqués estaba contando en aquel momento la última jornada de Charrette, asió del brazo a María y la llevó a la escalera situada al otro extremo del vestíbulo.

—Señorita —le dijo—, tiene hambre.

—¿Tiene hambre? —repitió María.

—Sí, acaba de decírmelo en este momento.

—Pero, ¿a quién te refieres, y quién es el que tiene hambre?

—Él, ¡pobre muchacho!

—¿Y quién es él?

—¡Toma! el señor Michel.

—¿Cómo! ¿el señor Michel está aquí?

—¿Lo ignorabais, por ventura?

—No.

—Hace dos horas que ha entrado en la cocina, después de haber regresado al salón vuestra hermana, y un poco antes de que llegasen los soldados.

—Así, pues, ¿no se ha marchado con Perico?

—No.

—¿Y dices que ha entrado en la cocina?

—Sí; estaba tan cansado que daba lástima. «Señor Michel, le he dicho, ¿cómo es que no vais al salón? —¡Cáspita! Rosina —ha contestado—, porque nadie me ha dicho que me quedara en él!» Entonces ha querido irse a Machecoul a pasar la noche, pues como parece que su madre trata de llevárselo a París, por nada del mundo quiere volver a La Logerie; pero yo no he consentido que vaya de noche por esos caminos.

—Has hecho bien, Rosina. ¿Dónde está?

—Le he conducido al cuarto de la torrecilla, pero como los soldados han ocupado la parte baja de ésta, sólo se puede ir allí por el corredor que hay al extremo del granero, y os he llamado para que me deis la llave.

La primera idea de María fue avisar a su hermana: aquella idea era la buena; pero no tardó en sucederle otra que, preciso es confesarlo, era menos generosa: María quiso ser la primera en ver a Michel, y quiso verle sola. Rosina le dio un pretexto para seguir esta última idea.

—Aquí tienes la llave —le dijo María.

—¡Oh! señorita —repuso Rosina, os suplico que vengáis conmigo, pues hay tantos hombres en el castillo, que no me atrevo a ir sola, y me moriría de miedo si debiese subir allí, mientras que a vos, que sois la hija del señor marqués, todo el mundo os respetará.

—Pero, ¿y provisiones?

—En esta cesta las llevo.

—Entonces, ven.

Y María encaminóse a la escalera con la ligereza propia de los corzos que perseguía en los peñascos del bosque de Machecoul.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Al llegar al segundo piso, María detúvose delante del aposento que Juan Oullier ocupaba en el castillo, pues allí era donde estaba la llave que necesitaba. En seguida abrió una puerta que desde aquel piso daba a la escalera de caracol, por la que se subía a la parte superior de la torrecilla, y adelantando en algunos escalones a Rosina, a la cual estorbaba la cesta, continuó rápidamente su ascensión, bastante peligrosa gracias al estado de ruina casi completa en que se hallaba la escalera de aquella pequeña torre poco menos que abandonada. En lo más alto de ésta y en un pequeño aposento situado debajo del tejado era donde Rosina y la cocinera reunidas en junta consultiva, habían alojado al barón de La Logerie.

Si bien la intención de las dos jóvenes había sido excelente, su ejecución no había, en modo alguno, correspondido a su buena voluntad, pues era imposible imaginar un asilo más pobre o un lugar donde fuese más difícil descansar por poca que fuera la fatiga. En efecto, aquella estancia servía a Juan Oullier para guardar las simientes del jardín y las herramientas de carpintería necesarias para el desempeño del sinnúmero de atribuciones que le estaban confiadas, y sus paredes estaban literalmente cubiertas de matas de habichuelas, tronchos de berzas, lechugas y cebollas, conteniendo una infinidad de variedades de cada clase y expuesto todo al aire, con objeto de que las semillas pudiesen secarse convenientemente. Por desgracia, todas aquellas muestras botánicas habían absorbido una cantidad tal de polvo en seis meses que estaban esperando el instante de ser sembradas, que al menor movimiento que se hacía en el pequeño aposento, se desprendían millares de átomos de aquel conjunto de leguminosas, enrareciendo desagradablemente la atmósfera.

Todo el mueblaje de aquel cuarto se reducía a un banco de carpintero, asiento bastante incómodo por cierto; de modo que Michel, que en un principio se había resignado a aceptarlo como tal, no tardó en cambiarlo por un montón de avena de una especie nueva, a la cual su rareza había valido los honores de ser guardada en el gabinete de los granos preciosos. Sentóse, pues, en el centro del montón, y a lo menos allí, exceptuando algún inconveniente (¿qué sillón, por cómodo que sea, no los tiene?), encontró bastante elasticidad para descansar algún tanto de la fatiga que le tenía rendido. Pero Michel no tardó en cansarse de estar tendido sobre aquel sofá móvil y punzante.

Cuando Guérin le había hecho caer en el arroyo, se llenó la ropa de barro, de modo que la humedad le llegó hasta el interior, no bastando para hacerla desaparecer su breve permanencia junto al hogar de la cocina. Entonces empezó a pasearse arriba y abajo de la torrecilla, maldiciendo su necia timidez, que era la causa del frío y el cansancio que experimentaba y del hambre que empezaba a sentir, y que le privaba de la presencia de María, lo cual era lo peor; de modo que se lamentaba de no haber sabido aprovecharse de lo que con tanto arrojo había emprendido, y de que le faltara el valor en el momento de acabar lo que tan bien había comenzado. Apresurémonos a decir, para no falsear el carácter que hemos dado a nuestro héroe, que la conciencia de su falta no le hacía más valiente, y que en medio de las quejas que contra sí mismo formulaba, no se le ocurrió un instante siquiera la idea de bajar y de pedir francamente hospitalidad al marqués. En esto, habían llegado los soldados, y Michel, a quien el ruido que hicieron al entrar atrajo a la

reducida lumbrera que daba a la parte de atrás del castillo, vio pasar a las señoritas de Souday, el general, los oficiales y el marqués a través de las ventanas profusamente iluminadas del cuerpo principal del edificio.

Entonces fue cuando divisando a Rosina al pie de la torrecilla cuya parte alta ocupaba, juzgó a propósito atraer de nuevo hacia sí el interés que los nuevos huéspedes le habían robado; y con toda la modestia de su carácter pidió a la nueva comensal del castillo de Souday un pedazo de pan, petición que no estaba ciertamente en armonía con el hambre que sentía y que de ligera habían convertido en canina las contrariedades así morales como físicas que experimentaba. Al oír en la escalera el ruido de pasos ligeros que se aproximaban a su cárcel, Michel experimentó un profundo agradecimiento, pues aquellos pasos le anunciaban dos cosas, la una cierta y la otra probable: la cierta era que iba a satisfacer su apetito; la probable, que oiría hablar de María.

—¿Eres tú, Rosina? —interrogó cuando oyó que intentaban abrir la puerta.

—No; no es Rosina, señor Michel; soy yo.

Michel reconoció la voz de María, pero no podía dar crédito a sus oídos.

La voz prosiguió:

—Sí, soy yo; yo, que estoy furiosa contra vos.

Mas, como el acento de la joven contrastaba con sus palabras, Michel no se asustó mucho de aquel furor.

—¡Señorita María! —exclamó—, ¡señorita María! ¡Dios mío!

Y se apoyó contra la pared para no caer al suelo. Entretanto, la joven abrió la puerta.

—¡Sois vos! —exclamó Michel—; ¡sois vos, señorita María! ¡Oh! ¡cuan dichoso soy!

—No tanto como aseguráis.

—¿Por qué?

—Porque en medio de vuestra dicha confesáis que os morís de hambre.

—¿Quién os ha dicho esto, señorita? —replicó Michel sonrojándose hasta el blanco de los ojos.

—Rosina —prosiguió María—, ven al momento, deja el farol encima del banco y destapa en seguida la cesta; ¿no ves que el señor Michel lo está devorando con la vista?

Estas palabras de la burlona María hicieron avergonzar algún tanto al barón de la necesidad vulgar que había confesado a su hermana de leche. Michel no pudo menos de pensar que sería una declaración muy galante tomar la cesta de Rosina; meter de nuevo en ella los comestibles que ésta había sacado ya, poniéndolos sobre la mesa; arrojarlo todo por la ventana con peligro de matar a un soldado, y caer a los pies de la joven, diciéndole con voz patética y puestas las manos en el corazón: «¿Puedo, por ventura, acordarme de mi estómago cuando es tan feliz mi corazón?» Pero, como Michel podía pensar esto, siendo sin embargo incapaz de realizarlo, dejó que María le tratara como verdadero hermano de leche de Rosina, y accediendo a su invitación, sentóse de nuevo en su sofá de avena, y encontró muy agradable comer las viandas que iba sirviéndole la blanca mano de la joven.

—¡Oh! cuan niño sois —le decía María—. Después de haber llevado a cabo un acto tan valeroso, después de haber venido aquí para prestarnos un servicio tan importante, exponiendo para ello vuestra vida, ¿por qué no habéis dicho a mi padre, como era natural hacerlo? «Caballero, me es imposible regresar esta noche al lado de mi madre; servíos permitirme que me quede aquí hasta mañana.»

—Es que jamás me hubiera atrevido a ello —exclamó Michel dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo, como quien oye una proposición en la cual nunca se hubiera atrevido a pensar.

—¿Por qué no? —preguntó María.

—Porque vuestro padre me inspira un sentimiento de timidez que trato de vencer inútilmente.

—¿Mi padre? ¡Si es el hombre más bueno del mundo! Y además; ¿acaso no sois amigo nuestro?

—¡Oh! cuan buena sois, señorita, al darme este título.

Luego, aventurándose a dar un paso hacia adelante:

—Pero ¿es verdad —preguntó—, que lo he ganado ya?

María se sonrojó ligeramente. Algunos días antes no habría vacilado en contestar a Michel que tan era su amigo, como que eran pocos los momentos del día y hasta de la noche que no pensaba en él; pero desde aquellos pocos días el amor había modificado singularmente sus sentimientos, dándole un pudor instintivo que, a causa de su inocencia, no había hasta entonces sospechado siquiera que existiese. A medida que se había sentido mujer, por la revelación de las sensaciones que hasta entonces fueron desconocidas para ella, diose cuenta de cuan insólitos eran los modales, las costumbres y el lenguaje que debía a la extraña educación que había recibido; y con la facultad de intuición que caracteriza a las mujeres, comprendió exactamente la reserva que debía mostrar para llegar a obtener las cualidades que le faltaban, y cuya necesidad le hacía conocer el sentimiento que dominaba en su alma. Así es que, María, a quien hasta entonces no había ocurrido nunca la idea de disimular ninguno de sus pensamientos, empezó a comprender que las jóvenes debían, en ocasiones, si no mentir, eludir la verdad, y se limitó a contestar:

—Me parece que habéis hecho lo necesario para ello.

Y en seguida, sin dar tiempo al barón para continuar una conversación tan embarazosa para ella:

—Vaya —continuó—, probadnos que tenéis tanto apetito como decíais ahora poco, comiéndos esta otra gallina.

—¡Pero, señorita, si me estoy ahogando! —respondió ingenuamente Michel.

—¡Qué poco comedor sois! —dijo la joven—. ¡Vaya! obedecedme, o de lo contrario, como sólo he venido aquí para servirlos, voy a marcharme en seguida.

—¡Oh! no seréis tan cruel, señorita —exclamó Michel, tendiendo hacia María las manos, en una de las cuales tenía un tenedor y un pedazo de pan en la otra—. ¡Si supierais cuan triste estaba y cuan infeliz he sido las dos horas que he permanecido aquí!

—Es natural —replicó riendo María—, ¡como que teníais hambre!

—¡Oh! no, no era por esto sólo; figuraos que desde aquí os veía pasar con todos los oficiales.

—Vos tenéis la culpa de ello, pues en vez de refugiaros en esta torre como un búho, podíais permanecer en el salón, acompañarnos al comedor, y comer sentado en una silla y delante de una mesa como un lord, oyendo contar a mi padre y al general Dermoncourt hazañas que os hubieran hecho estremecer, y viendo comer al compadre Lorient, lo cual, seguramente, no es menos terrible.

—¡Dios mío! —exclamó Michel.

—¿Qué tenéis? —interrogó María sorprendida por la exclamación del joven.

—¿El señor Lorient de Machecoul?

—El mismo.

—¿El notario de mi madre!

—¡Ah! sí, es cierto —dijo María.

—¿Está aquí? —pregunto el joven.

—Seguramente, aquí está. Y, a propósito —continuó riendo María—, ¿sabéis a lo que viene, o mejor a lo que venía?

—No

—Venía en busca vuestra.

—¿En busca mía?

—Sí, por cierto; de parte de la baronesa.

—Pero, señorita —dijo aterrado Michel—, yo no quiero volver a La Logerie.

—¿Por qué?

—Porque me encierran allí, me secuestran y me quieren retener lejos de... de mis amigos.

—No obstante —observó María—. La Logerie no está muy distante de Souday.

—No; pero París lo está de La Logerie —repuso el joven—, y mi madre quiere llevarme allí. ¿Habéis dicho, acaso, al señor Lorient que yo me encontraba aquí?

—Me hubiera guardado bien de hacerlo.

—¡Ah! ¡cuánto os lo agradezco!

—Hacéis mal, pues no sabía...

—Pero, ahora que lo sabéis...

Michel titubeó.

—¿Qué?

—Es preciso que no se lo digáis, señorita —replicó Michel, avergonzado de su propia debilidad.

—A fe mía, señor Michel —declaró María—, no puedo menos de confesaros una cosa.

—Decid, señorita, decid.

—Pues bien, creo que si yo fuese hombre, me preocuparía muy poco el señor Lorient.

Michel pareció reunir todas sus energías como para tomar una resolución.

—Tenéis razón —dijo—; y voy a declararle que jamás volveré a La Logerie.

En aquel instante los dos jóvenes se estremecieron. La cocinera llamaba a gritos a Rosina.

—¡Dios mío! —exclamaron simultáneamente, casi tan trémulos el uno como el otro.

—¿Oís, señorita? —dijo Rosina.

—Sí.

—Me llaman.

—¡Dios mío! —exclamó María levantándose y disponiéndose a huir—, ¿sospecharán que nos hallamos aquí?

—Aun cuando lo sospechen, aun cuando lo sepan, esto no es ningún mal.

—Indudablemente; pero...

—No —dijo Rosina—: escuchad.

Los tres guardaron silencio.

La voz de la cocinera se alejó.

—Ahora me llama en el jardín —dijo Rosina.

Y se dispuso a bajar.

—Pues qué —le dijo María—, ¿vas a dejarme sola?

—Me parece que no lo estáis, encontrándose aquí el señor Michel —respondió sencillamente Rosina.

—No; pero, para volver abajo... —balbuceó María.

—¡Vaya! —exclamó admirado Rosina—, ¿acaso os habéis vuelto cobarde, vos que sois siempre tan valiente y que vais por los bosques lo mismo de noche que de día?

—No importa, Rosina, quédate.

—¡Vaya! para lo que os sirvo en media hora que hace que estoy aquí, tanto vale que me marche.

—Sí; pero no es por esto.

—Entonces, ¿por qué es?

—Deseaba decirte...

—¿Qué?

—El señor Michel no puede pasar aquí la noche.

—¿Dónde la pasará, pues?

—Lo ignoro; pero es necesario buscarle un aposento.

—¿Sin decírselo al señor marqués?

—Es verdad; ¡y mi padre que lo ignora! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué hacer? ¡Ah! señor Michel, vos tenéis la culpa de todo esto.

—Señorita —dijo Michel—, estoy dispuesto a marcharme si lo exigís.

—¿Quién os dice esto? —exclamó vivamente María—; al contrario, quedaos.

—Tengo una idea, señorita —observó Rosina.

—¿Cuál? —preguntó la joven.

—¿Queréis que se lo diga a la señorita Berta?

—No —repuso María, con una viveza de que ella misma se admiró—; yo misma se lo diré al bajar, cuando el señor Michel haya terminado su malhadada cena.

—Entonces, me voy —dijo Rosina.

María no se atrevió a retenerla más tiempo, y aquélla se ausentó, dejando solos a los dos jóvenes.

QUE ACABA AL REVÉS DE LO QUE ESPERABA MARÍA

El reducido aposento de que nos ocupamos estaba iluminado únicamente por el resplandor del farol, cuya luz se reflejaba por completo sobre la puerta de entrada, dejando poco menos que en la oscuridad el resto de la estancia si es que puede darse este nombre a la especie de palomar donde se hallaban los dos jóvenes.

Michel continuaba sentado siempre sobre el montón de avena; María estaba arrodillada delante de él y buscaba en la cesta, tal vez con más embarazo que amor al prójimo, si encontraba alguna golosina que pudiese acabar la comida que Rosina había improvisado para el pobre prisionero. Sin embargo, habían pasado tantas cosas, que Michel, ya no tenía apetito. Apoyaba la cabeza en la mano y el codo en las rodillas, contemplaba cariñosamente el dulce y agradable rostro de la joven, que se le presentaba con un escorzo que aumentaba los encantos de sus hermosas facciones, y aspiraba con delicia las perfumadas emanaciones de sus largos y rubios rizos, que el viento que penetraba por la ventana agitaba dulcemente y acercaba de vez en cuando a sus labios. Aquel contacto y aquel perfume hacían circular rápidamente la sangre por sus venas, sintiendo latir las arterias de sus sienes y experimentando un estremecimiento que se comunicaba de sus miembros a su cerebro. Dominado por aquellas sensaciones, tan nuevas para él, nuestro joven sentía animársele el corazón con aspiraciones desconocidas, y comenzaba a tener voluntad: quería encontrar el modo de decir a María que la amaba. Pero, por más que buscó, ninguno encontró más sencillo que el de tomarle la mano y acercarla a sus labios, lo que hizo de improviso y sin tener siquiera conciencia de lo que hacía.

—¿Qué hacéis, señor Michel? —dijo María, más admirada que colérica.

Y se levantó rápidamente.

Michel comprendió que se había adelantado demasiado y que era preciso ya decirlo todo. Entonces tomó a su vez la posición que antes tenía María, es decir, que cayó de rodillas, logrando con aquel movimiento tomar de nuevo la mano de la joven, que, por su parte, no trató de retirarla.

—¿Os he ofendido, acaso? —exclamó Michel—. ¡Oh! si así fuese me tendría por muy desgraciado y os pediría perdón humildemente de rodillas.

—¡Señor Michel!... —repuso la joven, sin saber lo que decía.

Pero el barón, temiendo que se le escapase aquella delicada mano, la tomó entre las suyas, y como tampoco sabía lo que estaba diciendo, prosiguió:

—¡Ah! si he abusado de las bondades que habéis manifestado conmigo, señorita, os ruego que me digáis que no por ello estáis enfadada.

—Os lo diré cuando os hayáis levantado, caballero —dijo María haciendo un ligero esfuerzo para retirar la mano.

Pero aquel esfuerzo era tan débil, que solamente logró probar a Michel que la joven no sentía que se la tuviera agarrada.

—No, no —repuso Michel, obedeciendo a la exaltación creciente que produce la esperanza al convertirse casi en realidad—; no, dejad que siga a vuestros pies. ¡Oh! ¡si supierais cuántas veces he soñado que estaba así desde que os conozco; si supierais cuan

gratas sensaciones, cuan deliciosas congojas producía en mí aquel ensueño, seguramente me dejaríais gozar de semejante dicha, que en este momento es una realidad!

—Pero, señor Michel —respondió María, cada vez más conmovida, porque sentía acercarse el momento en que ninguna duda podría quedarle acerca del afecto que el joven le profesaba—; pero, señor Michel, tened presente que sólo debe uno arrodillarse así ante Dios y los santos.

—A la verdad —dijo el joven—, no sé delante de quién se arrodillan, ni por qué lo hago yo delante de vos. Lo que experimento en este instante dista tanto de lo que había experimentado hasta ahora, incluso la ternura que siento por mi madre, que no sé con qué comparar el sentimiento que me hace adoraros, y lo único que puedo asegurar es que, como decíais ahora poco, se parece en algo a la veneración con que nos arrodillamos ante Dios y los santos. Para mí reasumís toda la creación, y adorándoos me parece que la adoro.

—Michel, amigo mío; no me habléis así, por piedad.

—¡Oh! no, no, dejadme tal como estoy; dejad que os suplique que me permitáis consagrarme a vos con toda mi alma. ¡Ay! lo conozco, y creed que no me equivoco, desde que he visto a los que son verdaderos hombres, por poco que valga el sacrificio de un pobre niño débil y tímido como yo, me parece, sin embargo, que debe ser una dicha tan grande sufrir, verter su sangre y hasta si fuese preciso morir por vos, que para alcanzarlo encontraría la fuerza y el valor que me faltan.

—¿Por qué habláis de sufrimiento y de muerte? —repuso María con voz dulce—. ¿Creéis que la muerte y el sufrimiento son absolutamente necesarios para probar que un afecto es verdadero?

—¿Por qué hablo de ellos, señorita María? ¿por qué les llamo en mi auxilio? Porque no me atrevo a esperar otra dicha; porque vivir dichoso, tranquilo y pacífico a vuestro lado y con vuestra ternura, en una palabra, llamaros mi esposa, me parece un sueño superior a todas las esperanzas humanas, y creo que no me es permitido soñarlo siquiera.

—¡Pobre niño! —exclamó María con acento en que se notaba, cuando menos, tanta compasión como ternura—. ¿Me amáis mucho, pues?

—¿De qué sirve decíroslo y volvéroslo a repetir? ¿Acaso no lo conocéis? Pasad la mano por mi frente bañada en sudor, ponedla luego sobre el corazón palpitante, ved el temblor que agita todo mi cuerpo, y no necesitaréis preguntármelo.

La febril exaltación que tan de repente transformara al joven, se había comunicado a María, que estaba tan conmovida y trémula como él; había olvidado todo: el odio que su padre profesaba al apellido Michel, la repugnancia que por su familia sentía la señora de La Logerie, y hasta las ilusiones que Berta se había forjado acerca del amor del barón, y que ella se había prometido interiormente respetar, pues la pasión más que la reserva que desde algún tiempo había creído conveniente imponerse. Iba ya a abandonarse a la ternura que rebosaba de su corazón y a corresponder a aquel apasionado amor con otro quizá más apasionado, cuando un ligero ruido que oyó hacia el lado de la puerta le hizo volver la cabeza. Entonces pudo ver a Berta que permanecía de pie e inmóvil en el umbral. El cristal del farol, según dijimos ya, estaba vuelto hacia la puerta, de manera que la luz que aquél despedía se hallaba completamente concentrada en el rostro de Berta, y María pudo, por consiguiente, ver cuan pálida estaba su hermana y cuánto dolor y cólera a la vez indicaban sus cejas fruncidas y sus labios contraídos con violencia. Tanto fue lo que espantó a la joven aquella aparición inesperada y casi amenazadora, que rechazó al

barón, cuya mano no había abandonado la suya, y se dirigió hacia su hermana; pero ésta, que por su parte penetraba en la torrecilla, no hizo caso de María, y, separándola con la mano, como hubiera podido hacerlo con un obstáculo inerte, se encaminó directamente a Michel.

—Caballero —le dijo con voz vibrante—, ¿no os ha dicho mi hermana que el señor Loriot, notario de la señora Baronesa, viene a buscaros de parte de ésta y quiere hablaros? Michel balbuceó algunas palabras.

—En el salón le hallaréis —dijo Berta con el mismo tono con que hubiera podido formular una orden.

Michel, vuelto a su timidez, y recobrando su miedo habitual, se levantó vacilando y tan preocupado, que no pudo encontrar una palabra para responder, encaminándose a la puerta como él niño que, sorprendido en el acto de cometer una falta, obedece sin tener valor para discutir. María tomó la luz para alumbrar al pobre joven; pero Berta se la arrancó de las manos y la entregó a aquél, haciéndole seña de que saliera.

—¿Y vos, señorita? —se atrevió a preguntar Michel.

—Nosotras conocemos la casa —repuso Berta.

Después, dando un golpe con el pie con ademán impaciente, al ver que Michel miraba a María:

—¡Idos —le dijo—, idos!

El joven desapareció, dejando a las dos hermanas sin otra luz que el pálido resplandor que penetraba en la torrecilla por la pequeña ventana, y que era debido a los amortiguados rayos de la luna, velada a cada momento por las nubes.

Al quedar sola con su hermana, María esperaba que aquélla le echaría en cara la inconveniencia de estar hablando a solas con Michel, inconveniencia que entonces ella comprendía claramente. No obstante, se engañaba, pues apenas el joven hubo bajado algunas vueltas de la escalera, y Berta hubo oído que se alejaba, tomó la mano de María, y oprimiéndola con una fuerza que denotaba la violencia de sus sensaciones:

—¿Qué te decía arrodillado a tus pies? —preguntó con voz ahogada.

Pero por toda respuesta María se arrojó al cuello de su hermana, y a pesar de los esfuerzos que ésta hacía para rechazarla, la rodeó con sus brazos, besándola y mojando el rostro de Berta con las lágrimas que le asomaban a los ojos.

—¿Por qué estás enfadada conmigo, hermanita? —le preguntó.

—No creo que sea estarlo —repuso Berta—, el preguntarte qué te decía ese joven.

—¿Por ventura, es así cómo me hablas de ordinario?

—¿Qué tiene que ver el modo cómo te hablo con lo que te pregunto? Lo que quiero, lo que exijo, es que me respondas.

—¡Berta! ¡Berta!

—¡Vaya, habla! ¿qué te decía? Te pregunto lo que te decía —exclamó Berta, sacudiendo tan violentamente la muñeca de su hermana, que ésta lanzó un grito y se dejó caer como si fuera a desmayarse.

Aquel grito restituyó a Berta su sangre fría. Su carácter impetuoso y violento, pero de una bondad extraordinaria, cedió ante la expresión del dolor y desesperación que causaba a su hermana; así es que no la dejó caer al suelo, y recibéndola en sus brazos, la levantó, como hubiera podido hacerlo con una niña, y la acostó sobre el banco, manteniéndola

estrechamente abrazada. Por último, la llenó de besos, y algunas lágrimas que brotaron de sus ojos como chispas de un brasero, fueron a caer sobre las mejillas de María. Berta lloraba como María Teresa: sus lágrimas, en vez de salir de sus ojos, brillaban como relámpagos.

—¡Pobre hija mía! —decía Berta, hablando a su hermana como a una niña a quien por descuido se ha hecho daño—; perdóname, te he ofendido, te he causado un dolor, lo que es mucho peor. ¡Perdóname!

Luego, sobreponiéndose a sí misma:

—Perdóname —añadió—, yo también tengo culpa, pues hubiera debido abrirte completamente mi corazón antes de darte a conocer que el extraño amor que siento por ese hombre, o mejor diré por ese niño —repuso con un ligero desdén—, me ha dominado por entero y me ha podido hacer sentir celos de la que quiero más que todo en el mundo, más que mi vida, más que a él; en una palabra, de ti. ¡Oh! si supieras, pobre María, si supieras cuántos pesares me ha acarreado ya este amor insensato, cuántas luchas he tenido que sostener antes de sufrirlo, cuan amargamente he deplorado mi debilidad... No reúne ninguna de las circunstancias que yo aprecio, ni lo ilustre del linaje, ni la fe, ni el entusiasmo, ni la fuerza, indomable, ni el valor indómito; y, a pesar de esto, ¿qué quieres? le amo, le amé al verte; le amo tanto, que algunas veces, bañada en sudor, jadeante y víctima de una inexplicable congoja, exclamo, como pudiera hacerlo una loca: ¡Dios mío, quitadme la vida, pero dejadme su amor! Desde que por mi desgracia le vimos por primera vez, hará algunas semanas, su recuerdo no me ha abandonado un solo instante. Siento por él una cosa inexplicable, que, seguramente, debe ser lo que la mujer siente por su amante; pero que se parece mucho más a la efusión de la madre por su hijo. Cada día, mi vida se concentra más y más en él, y le consagro no sólo todos mis pensamientos, sino también todos mis sueños y mis esperanzas. ¡Ah! ¡María! ¡María! hace un instante te pedía que me perdonases, y ahora te digo que me compadezcas y que tengas piedad de mí.

Y, delirante y sin saber lo que hacía, Berta estrechó a su hermana entre sus brazos.

La pobre María había escuchado, temblando, la pasión casi salvaje que debía sentir una organización tan potente y absoluta como la de Berta; cada uno de sus gritos, de sus palabras y de sus frases disipaba las hermosas nubes de color de rosa que por algunos momentos había vislumbrado en el porvenir, y la voz impetuosa de su hermana las barría como el huracán lo hace con los copos de vapor que flotan en la atmósfera después de la tormenta. A cada palabra, corrían sus lágrimas más amargas y abundantes; pero a cada palabra también conocía cuánto el cariño que a Berta profesaba hacía imperioso el sacrificio que más de una vez había presentado ya, sin atreverse a persuadirse de él. Mas su dolor y alucinamiento eran a la vez tan grandes durante las últimas palabras de Berta, que sólo cuando ésta calló, conoció que debía contestarle. Entonces únicamente, fue cuando hizo un esfuerzo sobre sí misma y procuró dominar sus sollozos.

—¡Dios mío! —dijo—, se me parte el corazón al verte así, hermana mía, y mi dolor es tanto más grande cuanto que yo tengo en parte la culpa de lo que ha pasado esta noche.

—¡Oh! no —exclamó Berta, con su acostumbrada violencia—, yo era quien debía informarme de lo que había sido de él, cuando salí de la capilla. Pero, en fin —prosiguió con la insistencia que caracteriza a los que se hallan dominados por una idea fija—, ¿qué te decía? ¿por qué estaba a tus pies?

María observó que Berta se estremecía al pronunciar estas últimas palabras. Sentíase por su parte presa de una dolorosa congoja; pensaba en lo que iba a responder, y le parecía

que las palabras con que explicaría a Berta lo que acababa de suceder, la abrasarían los labios al salir del corazón.

—¡Ea! —repuso Berta, llenos los ojos de lágrimas, que conmovieron a María más aún de lo que lo había hecho la cólera de su hermana—; ¡ea! habla, hija mía, ten lástima de mí; la ansiedad en que me hallo, es cien veces más cruel de lo que pudiera serlo el mismo dolor. Di, di pronto, ¿supongo que no te hablaba de amor?

María no sabía mentir, o, cuando menos, el cariño que profesaba a su hermana no le había enseñado aún a hacerlo.

—Sí —dijo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Berta, apartándose de María y lanzándose de cara a la pared, con los brazos abiertos y tendidos.

Era tal el acento de desesperación que aquellas exclamaciones encerraban, que María no pudo menos de asustarse, y olvidó a Michel, olvidó su amor, lo olvidó todo, para no acordarse más que de su hermana, y emprendió decididamente y con una abnegación sublime el sacrificio, que su corazón proyectaba ya desde el momento que supo que Berta amaba a Michel.

—¡Qué loca eres! —exclamó, arrojándose al cuello de Berta—; déjame terminar.

—¡Oh! ¿no me has dicho ya que te hablaba de amor? —replicó, lastimada, Berta.

—Indudablemente; pero no te he dicho quién era el objeto de su amor.

—¡Oh! ¡María! ¡María! ¡ten piedad de mi pobre corazón!

—¡Berta! ¡Querida Berta!

—¿Era de mí de quien te hablaba?

María no se atrevió a contestar, e hizo con la cabeza una señal afirmativa. Berta respiró con fuerza y se pasó repetidas veces la mano por su abrasada frente. El sacudimiento había sido demasiado profundo para que volviese a entrar inmediatamente en su estado normal.

—María —dijo a su hermana—, lo que acabas de decirme me parece tan extraño, tan imposible, tan insensato, que necesito que me tranquilices con un juramento. Júrame que...

La pobre joven titubeó.

—Te juraré cuanto quieras, hermana mía —dijo María, que por su parte anhelaba también interponer entre su corazón y su amor un abismo que no pudiese salvar.

—Júrame que no amas a Michel y que él tampoco te ama a ti...

Y apoyó la mano en el hombro de María.

—Júramelo por la tumba de nuestra madre.

—Por la tumba de nuestra madre —dijo decidida y solemnemente María—. Por el sepulcro de nuestra madre, te juro —dijo resuelta y solemnemente María—, que nunca seré suya.

Arrojóse a los brazos de su hermana, buscando en sus caricias la recompensa de tan grande sacrificio.

Calmóse Berta al oír este juramento, y suspirando insensiblemente como si su corazón se libertará de un enorme peso, contestó:

—¡Gracias, mil gracias, bajemos!

María supo hallar un pretexto para ir a su aposento, y encerróse en él para orar y

desahogarse llorando.

Los moradores del castillo aún no se habían levantado de la mesa, cuando Berta atravesó el Vestíbulo para pasar al salón; oyó una ruidosa conversación; no entró, en el comedor, encaminóse al salón, y vio en él al notario, hablando con el barón Michel, a quien trataba de convencer que volviese a La Logerie; mas tan elocuente era el silencio del joven, que Lorient habló en balde durante media hora, llegando a agotar todos sus argumentos. Seguramente, no se encontraba en menor embarazo Michel, pues recibió con tanta satisfacción a Berta, deseando saber cómo había concluido la escena con su hermana; pero no quedó poco sorprendido cuando Berta le tendió la mano, oprimiéndole la suya con cariño. Berta había interpretado de forma muy diferente al movimiento del barón, y su jovialidad se había trocado en regocijo. Michel se alegró tanto de este cambio, que serenándose, contestó, por último, al señor Lorient:

—Decid a mi madre, que el hombre de corazón recto, encuentra en sus opiniones políticas verdaderos e imprescindibles deberes, y que sabré morir, si es necesario, para cumplirlos.

¡Pobre joven! ¡Confundía el deber con el amor!

LOS DUENDES DE DERMONCOURT

Las dos de la madrugada serían, próximamente, cuando el marqués de Souday invitó a sus huéspedes a pasar al salón, a lo cual accedieron con el buen humor y la afabilidad que produce siempre una excelente comida, un amable anfitrión y un buen apetito, particularmente, habiendo animado el banquete una alegre y curiosa conversación.

El marqués mandó a Rosina y a la cocinera que le siguiesen, llevando algunas botellas de licores y vasos necesarios, para terminar dignamente aquel improvisado festín; salió del comedor tarareando la canción de *Ricardo Corazón de León*, y aparentando no oír al general, que le contestaba con el estribillo de la *Marsellesa*, canto revolucionario que los nobles artesanos de Souday oirían por vez primera, y luego de llenar los vasos con mucha calma disponíase a empezar de nuevo una interesante discusión a propósito del tratado de Saunais, cuando el general le señaló el reloj, contestándole que, indudablemente, quería adormecer a sus enemigos en las delicias de Capua; mas aparentando tomar el marqués la chanza con exquisito tacto e indiferencia, apresuróse a acceder a los deseos de sus huéspedes, a quienes acompañó a sus respectivos aposentos, retirándose después al suyo.

Animado y belicoso por demás, se hallaba el marqués con la conversación que sostuvo aquella noche, y su mente acalorada no soñó más que combates. Imaginóse que se encontraba en una descomunal batalla y que en medio de una granizada de balas y metralla llevaba su división al asalto de un inexpugnable reducto, cuando al clavar en él la bandera blanca con gran terror y aturdimiento de sus enemigos, de pronto le despertaban algunos golpes que con más fuerza que discreción daban en la puerta de su aposento. Aquel ruido le parecía al buen marqués el estampido de los cañones; pero poco a poco recobró sus sentidos, abrió los ojos, y en vez del campo de batalla, encontróse acostado en su mullido lecho. En esto, llamaron de nuevo a la puerta; frotóse los ojos, gritó «adelante», y vio aparecer al general a quién dijo afablemente:

—A tiempo llegáis; si hubierais tardado dos minutos más, erais muerto.

—¡Hombre!

—Ni más ni menos: os dividía de un mandoble.

—¡Por supuesto me quedaba el desquite! —contestó el general, alargándole la mano.

—¡No faltaba más! Pero o mucho me equivoco o la sencillez de mi aposento os ha sorprendido. Sin duda hay mucha diferencia entre esta habitación desmantelada y sin alfombras a los lujosos aposentos donde moran los grandes señores de la Corte. Pero, veamos, ¿qué os trae tan de mañana?

—Vengo a despedirme de vos.

—¡Tan pronto! Mirad lo que son las cosas: deploro en el alma que os marchéis, y, sin embargo, ayer estaba bastante mal prevenido contra vos.

—¿De veras? ¿Pues por qué me obsequiabais tanto?

—¿No habéis estado en Egipto? —replicó riendo el marqués.

—Sí, por cierto.

—¿No habéis recibido jamás ningún balazo en un oasis verde y tranquilo? Allí es donde los árabes preparan sus más terribles emboscadas; pues tengo la franqueza de haber sido

anoche bastante árabe, y creed que experimento un verdadero pesar de ver que nos abandonéis tan pronto.

—¿Será porque aún no me habéis mostrado el paraje de vuestro oasis?

—No, sino porque vuestra franqueza, vuestra lealtad, y los peligros que ambos hemos corrido, bien que en opuestos campos, me han inspirado por vos, sin saber cómo y de pronto, un sincero y profundo afecto.

—¿A fe de caballero?

—A fe de caballero y de soldado.

—Yo esperaba hallar en este castillo un viejo emigrado, lleno de malhumor y me he engañado.

—Ya habéis visto que un anciano hidalgo puede estar polvoriento sin tener preocupaciones.

—He visto un corazón franco y leal, un carácter amable, un humor jovial y unas maneras que no son por eso menos aristocráticas, lo cual ha acabado por conquistaros el aprecio de este regañón y curtido veterano.

—Mucho me alegro de ello, mi general, y voy, en consecuencia, a hablaros sin doblez; ¿queréis quedaros hoy aquí?

—Es imposible.

—Pero prometedme, al menos, que volveréis cuando se hagan las paces, sí los dos vivimos aún.

—¿Cómo las paces! ¿Estamos, por desgracia, en guerra? —replicó el general.

—Estamos entre la paz y la guerra.

—Ése es el justo medio.

—¿Citémonos entonces para después del justo medio?

—Convenido; os doy mi palabra.

—Aceptada.

—Hablemos claro —dijo el general, tomando una silla y aproximándose al pie de la cama.

—Conforme; pase por una vez.

—Si no me engaño sois aficionado a la caza.

—De un modo extraordinario.

—¿A cuál os dedicáis?

—A todas.

—Ya, pero; ¿cuál preferís?

—La del jabalí, porque me recuerda la caza de los azules.

—Mil gracias.

—No hay que darlas: los azules y los jabalíes se parecen en el golpe de gracia.

—¿Y qué me decís de la caza del zorro?

—¡Pse! —repuso el Marqués desdeñosamente.

—Pues os juro que es una hermosa caza.

—Ésa la dejo yo para Juan Oullier, que tiene un instinto maravilloso y una paciencia ilimitada para esperar los al acecho.

—Y... decid, Marqués: ¿Ese Oullier no acecha más que zorros?

—Sí, por cierto; creo que se dedica a toda clase de caza.

—¿Creeríais, marqués, que me he aficionado a la caza del zorro?

—¿Por qué?

—Porque no hay ningún clima tan idóneo para ello como Inglaterra, y barrunto que los aires de aquel país os convendrían tanto a vos como a vuestras hijas.

—¿De veras? —repuso el marqués sentándose en la cama.

—Y muy de veras.

—¿Es decir que me aconsejáis simplemente que emigre por segunda vez? Gracias.

—Si emigración llamáis a un viajecito de recreo, convengo en ello.

—Conozco esa clase de viajes, general; os digo con franqueza que preferiría dar la vuelta al mundo, por lo menos sabría el punto de partida y el día de regreso. Tengo que deciros algo...

—¿Y es?

—Que, como habréis visto esta mañana, tengo, no obstante mi edad, un razonable apetito y os prevengo que nunca he sufrido la menor indigestión.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que esa maldita niebla inglesa siempre se me ha indigestado.

—Entonces, id a Suiza, a España, a Italia o a donde os plazca; pero salid del castillo de Machecoul, en una palabra, de la Vendée.

—¡Hola, hola! ¿Según eso, estamos comprometidos?

—Si no lo estáis aún, lo estaréis dentro de poco.

—¡Acabaremos, por fin! —exclamó el Marqués sumamente gozoso, creyendo que la iniciativa del Gobierno decidiría, por último, a sus correligionarios a tomar las armas.

—Basta de bromas —repuso seriamente el general—; si sólo escuchase la voz de mi deber, tendríais dos centinelas a la puerta y un oficial sentado en la silla que yo ocupo.

—¿Cómo! —dijo el marqués algo formalizado.

—Ni más ni menos; pero comprendo que a vuestra edad y acostumbrado al aire libre y a la vida activa, sufriríais mucho encerrado en una cárcel.

—¿Y no creéis que esa indulgencia puede comprometeros?

—No me faltarían excusas. Un anciano gastado y casi impedido no puede ser muy peligroso.

—¿Gastado, casi impedido! —replicó el marqués, sacando de la cama sus huesosas piernas—, no sé cómo no he descolgado ya una de esas espadas y no os propongo jugar el desayuno a la primera estocada, como lo hacíamos hace cuarenta y cinco años, cuando yo era paje.

—Dejaos de tonterías, pues si me probáis que me he equivocado me pondréis en la dura precisión de llamar a los soldados.

Al decir esto, el general se puso en pie, y el marqués repuso inmediatamente:

—¡No, cáspita, no! Soy gastado, impedido, no a medias, sino del todo; soy todo lo que queráis que sea.

—Enhorabuena.

—¿Veamos? ¿Cómo y de qué manera estoy comprometido?

—Por vuestro criado Juan Oullier.

—¡Cómo!

—El cazador de zorros; vuestro criado Oullier, y anoche dejé de contároslo en la creencia de que ya lo sabrías, se ha puesto a la cabeza de una gavilla de facciosos, tratando de detener a la columna que venía al castillo, en varios encuentros nos ha hecho perder tres hombres, sin contar el que yo mismo he muerto, y que según presumo es de estos contornos.

—¿Cómo se llamaba?

—Francisco Tinguy.

—¡No alcéis tanto la voz, general! Su hermana está aquí, es la muchacha que nos ha servido en la mesa, y hace muy poco tiempo que murió su padre.

—¡Ah, maldita guerra civil! Yo me apoderé de ese Oullier y logró escaparse.

—Confesad que ha obrado como debía.

—Sí, pero que procure no volver a caer en mis redes.

—En verdad, general, no veo qué relación pueda haber entre mi conducta y la de mi guarda.

—Ayer me hablasteis de duendes que os contaron cuanto hice de las siete a las diez de la noche, y yo os declaro a mi vez que también tengo duendes y tan excelentes como los vuestros y me han contado cuanto se hizo en vuestro castillo en el día de ayer.

—Explicaos —repuso con incredulidad el señor de Souday.

—Anteayer recibisteis en el castillo a dos personas.

—Veo que dais más de lo que prometéis; os habíais ofrecido a relatarme lo que ayer sucedió, y empezáis por anteayer.

—Esas dos personas eran un hombre y una mujer.

—Eran dos hombres.

—Supongamos que fuesen dos hombres, bien que uno de ellos tenía de tal sólo el traje. Uno de estos personajes, es decir, el más bajo, pasó todo el día en el castillo, el otro recorrió estos alrededores, citando para esta noche a varios hidalgos, cuyos nombres podría manifestaros, por ejemplo el del conde de Bonneville.

El marqués no desplegó los labios, pues habría sido necesario confesar o mentir; pero, haciendo un esfuerzo supremo, repuso:

—¿Es esto todo?

—Esos hidalgos han acudido, se ha tratado de diversos asuntos, no encaminados, por cierto, a la prosperidad y la continuación del Gobierno de Julio.

—Si no es más que eso, no veo delito alguno.

—No hay delito alguno en recibir a esos huéspedes; pero hay en que celebren un conciliábulo para tratar de un alzamiento.

—¿Qué pruebas hay de ello?

—La presencia de los dos forasteros, uno de los cuales, el más bajito, el rubio o la rubia, que ostentaba una peluca negra, era nada menos que la princesa María Carolina, a quien vos apellidáis regente del reino, o sea Su Alteza Real la duquesa de Berry, como soléis llamarla cuando no la designáis con el nombre de Perico.

Esas palabras de Dermoncourt fueron un rayo de luz para el marqués, quien no cabía en

sí de gozo a la idea de haber recibido en su castillo a la duquesa, pero, como en este mundo no hay gozo completo, reprimió su júbilo preguntando:

—¿Es esto todo?

—A lo mejor de vuestra conversación se os presentó un muchacho a quien nadie hubiera creído de los vuestros, dándoos noticia de que veníamos hacia el castillo; y entonces, no lo negaréis, señor marqués, porque me consta, entonces vos opinasteis por la resistencia, y adoptándose después el parecer contrario, vuestra hija, la morenita...

—Berta.

—La señorita Berta, tomó una luz y salió seguida de todos, menos de vos, señor marqués, que, sin duda, considerasteis oportuno pensar en nosotros; antes de nuestra llegada, Berta atravesó el patio, entró en la capilla tocando un resorte oculto en el altar y en la pata izquierda de un cordero, trató de abrir una puerta falsa, y no pudiendo lograrlo, tomó la campanilla del altar y apretó con ella el resorte, con lo cual se abrió la trampa, descubriendo una escalera que conduce a un subterráneo. Entonces la señorita Berta tomó dos cirios, encendiólos, y entregándolos a dos de los que la acompañaban, bajaron la escalera todos, cerrando la puerta, y regresó acompañada de otra persona que se dirigió al parque. Hablemos ahora de los fugitivos. Al llegar éstos al extremo del subterráneo, que da a las ruinas del vetusto castillo que desde aquí se divisa, costóles algún trabajo abrirse paso por entre las piedras; uno de ellos resbaló y cayó, y bajando, al fin, al camino hondo que da la vuelta al parque, conferenciaron un poco. Luego tres de ellos tomaron el camino de Nantes a Machecoul, otros dos el atajo que conduce a Legé, y los dos últimos...

—¡Caramba! ¿Sabéis que me estáis refiriendo un cuento azul?

—Y vos me interrumpís en lo más interesante de mi relato; el sexto se cargó a cuestras al séptimo y así anduvieron hasta un arroyuelo que desagua en el arroyo que corre al pie del Camino de las Cabras; y os afirmo que ese fugitivo es el que tengo más deseos de alcanzar.

—General, me parece que todo esto sólo ha pasado por vuestra imaginación.

—Dejaos de chanzas, ¿no sois capitán de lobería?

—Sí.

—Conforme; cuando vierais impresas en la tierra las huellas de un jabato, ¿os dejaríais convencer de que aquellas señales sólo han existido en vuestra imaginación? Todo esto lo he visto, o mejor, lo he leído.

—¡Poder de Dios! —exclamó el marqués—, desearía saber de qué modo.

—Voy a explicároslo, pues aún me queda media hora; disponed que nos sirvan un pastel y una botella de vino, y os lo contaré mientras nos desayunamos.

—Debo imponeros una condición.

—¿Cuál?

—Que lo haremos juntos.

—¿Tan temprano?

—El buen apetito no conoce horas.

El marqués abandonó la cama, púsose apresuradamente los pantalones, tocó la campanilla, mandó poner la mesa, sentóse con ademán interrogador ante el general, quien al verse en la precisión de probar lo que acababa de decir, empezó su narración en la forma que sigue:

—Ante todo, querido marqués —dijo el general—, conste que no solicito me reveléis ningún secreto, pues tan convencido estoy y tan seguro de que han pasado las cosas como voy a contar, que ni siquiera os preguntaré si me equivoco o no. Mi única pretensión es probaros, porque así lo exige mi amor propio, que tenemos en nuestro campo tan buenas confianzas como en el de los sediciosos.

—Adelante, adelante —dijo el marqués con la mayor impaciencia.

—Ante todo, procedamos con orden. Yo sabía que anteanoche había entrado en vuestro castillo el conde de Bonneville, acompañado de un aldeanillo que tenía todas las apariencias de una mujer disfrazada, que sospechamos sería la Princesa. Confieso que, a pesar de vuestra galantería ladina, observé dos cosas bastante particulares; la primera, que de los diez cubiertos que en la mesa había, cinco tenían la servilleta rollada, claro indicio de que pertenecían a los huéspedes habituales del castillo, cosa que no dejaría de considerarse como una circunstancia atenuante si se formase causa sobre este negocio.

—¿Por qué?

—Porque si hubieseis conocido los verdaderos nombres de vuestros huéspedes, no habríais permitido que ellos mismos se doblasen las servilletas, pues los armarios del castillo no se hallan tan desprovistos de ropa blanca para que la señora duquesa de Berry no pueda tener servilleta limpia en cada comida.

—Continuad, continuad —repuso el marqués.

—Aquellas cinco servilletas probaron que la comida no se había dispuesto para nosotros, sino que nos regalabais con el festín preparado para el conde de Bonneville y su compañero, que, según se desprende, no creyera prudente compartirlo con nosotros.

—¿Y la segunda observación?

—Consiste en que la señorita Berta, a quien considero una joven muy fina y aseada, cuando tuve el honor de serle presentado llevaba encima una porción de telarañas, cosa que me extrañó tanto más cuanto que hasta las llevaba en su hermosa cabellera.

—¿Y qué dedujisteis de ello?

—Que, como no podía haber adoptado por coquetería un peinado tan ridículo, lógicamente tenía que haberlo motivado una causa muy poderosa, y poseído de una verdadera curiosidad, he recorrido esta mañana todo el castillo hasta dar con el sitio donde abundaban más los tejidos de tan laborioso insecto.

—¿Y lo habéis hallado?

—Sí, por cierto que no honra sobremanera lo que he observado a vuestros sentimientos religiosos, pues he visto en la puerta de vuestra capilla muchas arañas que con laudable laboriosidad estaban reparando el destrozo de la noche pasada, confiadas seguramente en que no volvería a suceder.

—Convenid, general, en que esos indicios son bastante vagos.

—Concedo; pero vago es el husmear de vuestro sabueso, y no obstante no dejáis de seguir sus huellas.

—Es cierto.

—Y tanto, que algunas he descubierto en vuestro sendero, donde, dicho sea entre paréntesis, no sobra la arena.

—¿Y dónde no hay huellas?

—No las hay en todas partes en número igual al de los actores del drama misterioso que yo estaba presenciando, y por añadidura, huellas de gente que corría con precipitación.

—¿Cómo habéis conocida que corrían?

—En que pisaban más con la punta que con el talón, y la tierra era rechazada en dirección contraria a la que seguían los pies. ¿Qué os parece, señor lobero?

—Magnífico —contestó el marqués, con aire de indiferencia.

—He observado todas las pisadas; y las había de hombre y de varias formas, como botas, borceguíes, zapatos clavateados y entre todos un pie femenino diminuto y delicado...

—Adelante, adelante.

—¿Por qué?

—Porque si os detuvierais más en esta descripción, vais a enamoraros del tal zapato.

—Mucho me alegraría de tenerlo en mi poder, pero con paciencia todo se alcanza; las huellas de lodo habían manchado los escalones y las baldosas de la capilla; además, encontré junto al altar y alrededor de un pie elegante que juraría ser el de la señorita Berta, un sin número de gotas de cera. Como precisamente en la parte exterior de la puerta había igualmente otras muchas iguales y en dirección vertical de la cerradura, calculé que vuestra hija llevaba la luz, y al inclinarse para abrir la puerta con la mano izquierda, había derramado aquellas gotas de cera en el suelo. Por otra parte, el destrozo hecho en las telarañas, y sus restos que en el peinado llevaba, acabaron de probarme que ella fue; en efecto, quien franqueó el paso a los fugitivos.

—Continuad, que me agrada vuestro cuento.

—Lo demás poco vale: sólo he notado que estos pasos se detenían ante el altar, que el cordero pascual tenía una pata rota, dejando descubierto un botoncito de acero que me indicó un resorte, pero al querer abrirlo, he tenido que luchar gran rato, como la señorita Berta, que, por más señas, se ha lastimado los dedos, manchando de sangre la madera; por último, todas las señales os las he clasificado anteriormente y las he seguido para poderóslo contar más claramente.

—No obstante, eso no puede acabar así.

—¿Por qué motivo?

—¿Cómo sabéis que uno de los viajeros llevaba en hombros a otro?

—Noto, señor marqués, que os habéis empeñado en dar demasiada importancia a mi perspicacia. El famoso piecenco, aquel elegante pie había desaparecido en dirección al arroyuelo y desde aquel sitio las huellas de Bonneville son mucho más profundas.

—¿Cómo sabéis que el señor de Bonneville corrió todo el día para citar a los vecinos?

—Vos mismo me dijisteis que no habíais salido de casa en todo el día y al ir a cerciorarme de si daban el pienso a mi caballo, me enseñaron el favorito vuestro, según me ha dicho la linda muchacha que ha tomado del diestro al mío; y, ciertamente, que no habríais confiado el caballo a un hombre que no os mereciera la mayor confianza.

—Permitid que os haga otra pregunta. ¿En qué apoyáis la hipótesis que el compañero del señor de Bonneville sea la augusta persona que no ha mucho habéis designado?

—Primero, en que siempre se le da la preferencia como lo demuestran las huellas del piecenco.

—¿Y conocéis en las huellas si una persona es morena o rubia?

—No, pero lo conozco en otra cosa.

—Decid, ¿en qué? Será la última pregunta y si respondéis a ella...

—Ya sabéis que me gusta complaceros y comprendo la que me ibais a hacer y os salgo al

encuentro. Recordad, querido marqués, que me habéis dispensado el honor de darme el mismo aposento que ayer ocupaba el compañero del señor de Bonneville.

—Lo ignoraba; continuad.

—Honra a la cual os estoy sumamente reconocido. Mirad, ahí tenéis un hermoso peine de concha que he encontrado a los pies de la cama. Confesad, buen marqués, que es demasiado lindo para pertenecer a un aldeano y, además, tenía y tiene aún algunos cabellos de un rubio oscuro que en nada se parece al rubio dorado de vuestra segunda hija, la única rubia del castillo.

—¡General! —exclamó el marqués arrojando el tenedor y levantándose de un salto—, hacedme prender una y mil veces si queréis; pero os doy palabra de honor de que no iré a Inglaterra.

—¡Bravo, bravo! ¿Qué mosca os ha picado?

—Habéis herido mi imaginación; cuando vengáis otra vez al castillo, como me lo habéis prometido, nada podré contaros que valga lo que vuestro interesante relato.

—Por última vez, os repito lo que os dije al principiar nuestro diálogo...

—No voy a Inglaterra.

—Vamos —prosiguió el general, mirando fijamente al marqués y poniéndole la mano en el hombro—; aunque vendeano, sois altivo como un gascón; ya sé que vuestras rentas son reducidas... ¡No hay por que fruncir el ceño! Dejadme acabar, ya podéis figuraros que yo nada os ofreceré que no aceptase en vuestro lugar. Digo que vuestras rentas son reducidas, y que en este maldito país no basta tenerlas sino cobrarlas. Si necesitáis dinero para pasar el canal, no soy rico, pues no tengo más que mi sueldo, pero he logrado con mil penalidades adquirir algunos centenares de lises; eso, viniendo de un camarada, puede muy bien aceptarse, ¿los aceptáis? Cuando llegue la paz, como vos decís, me los devolveréis.

—Basta, basta —repuso el marqués—, sólo me conocéis desde ayer y me tratáis como si fuésemos amigos de hace veinte años.

El viejo vendeano se rascó la oreja y dijo hablando consigo:

—¿Cómo podré pagaros vuestra solicitud?

—¿Es decir que aceptáis?

—No, no; rehúso.

—¿Pero partís?

—Me quedo.

—Entonces, quedad con Dios y él os proteja —repuso el general, impaciente—, ¡voto a Satanás! Si la casualidad nos coloca frente a frente, como hace treinta y seis años en Laval, os juro que os buscaré.

—¡Pues y yo haré otro tanto y si llego a alcanzaros, me alegraré de enseñar a esos barbilampiños lo que eran los hombres de la gran guerra!

—¡Ea! el clarín me llama, gracias por vuestra hospitalidad.

—Hasta la vista, general, y gracias por la amistad que me acabáis de demostrar y de la cual espero probaros que participo.

Estrecháronse la mano y salió el general de la pequeña estancia.

El marqués se asomó a la ventana, para ver desfilar la pequeña columna que se encaminaba al bosque.

A corta distancia, el general paró su caballo y saludó por última vez a su nuevo amigo en señal de despedida y desapareció.

Al cabo de un rato de seguir con los ojos a la partida que acababa de ocultarse en la espesura, retirábase el marqués de la ventana, cuando oyó que tocaban suavemente a la puertecilla de la alcoba que comunicaba con la escalera.

—¿Quién diablos será? —preguntóse, y al abrir le apareció Juan Oullier—. ¡Cómo! ¿Eres tú? Hoy empieza el día con favorables auspicios.

Hablando así, tendió las manos a Juan, quien se las apretó con indecible expresión de respeto y reconocimiento; luego metió una en el bolsillo y entregó a su amo una hoja de papel ordinario a manera de carta. Tomóla el marqués, y a medida que iba leyendo, mostraba su rostro un gozo indecible.

—Juan Oullier —dijo en seguida—, llama a mis hijas, reúne a todo el mundo; pero no; mejor será que a nadie llames; limpia las espadas, las pistolas, la carabina, todas mis armas, y da un buen pienso a *Tristán*; Oullier va a comenzar la campaña, va a empezar en seguida. ¡Berta! ¡María! ¡Berta!

—Señor marqués —contestó fríamente Juan—, yo la empecé ayer a las tres.

A los gritos que lanzaba el marqués, acudieron presurosas las dos hermanas; María con los ojos inflamados y Berta radiante de alegría.

—Niñas —dijo el marqués—, aproximaos y leed.

Berta tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Señor marqués de Souday:

»Interesa a la causa de Enrique V que anticipéis algunos días el alzamiento; apuntad cuantos hombres resueltos podáis de vuestra división, y aprestaos a obrar como antes.

»Creo que dos Amazonas no estarían de más en el ejército para estimular el amor propio de nuestros amigos, y de consiguiente, señor marqués, os ruego tengáis a bien darme vuestras dos bellas cazadoras para ayudantes de campo.

»Recibid, etc.

«PERICO.»

—¿Es decir que partimos? —preguntó Berta.

—¡Pues no! —contestó el marqués.

—Entonces, papá, permitidme que os presente un recluta.

—Con mucho gusto.

María permaneció silenciosa e inmóvil como una estatua; Berta salió y en seguida volvió a entrar, llevando de la mano a Michel.

—El señor barón Michel de La Logerie —dijo la joven, acentuando este título—, desea probaros que Su Majestad el rey Luis XVIII no se engañó al conferirle la nobleza.

El marqués frunció el ceño al oír aquel nombre, pero luego procuró poner buen semblante y dijo:

—Observaré con mucho interés los esfuerzos que el señor Michel haga para conseguirlo.

El laconismo del marqués dejó a todos admirados.

**EL DUEÑO DEL PIE MÁS DIMINUTO DE FRANCIA Y NAVARRA
DEPLORA NO LLEVAR CALZADO DE CAZADOR**

El lector nos permitirá que retrocedamos algunas horas para seguir en su fuga al conde de Bonneville y a Perico, que, como hemos visto, no son los personajes menos importantes de esta historia.

Harto fundadas eran las suposiciones del general, pues al salir del subterráneo, los nobles vendeanos deliberaron acerca del camino que convenía tomar. Gaspar opinaba que debían marchar juntos, no habiéndosele ocultado la emoción de Bonneville cuando Michel anunció la llegada de la columna, ni del importantísimo sentido de aquellas frases del conde: «Ante todo, salvemos a Perico»; de manera que desde entonces no cesó un momento de examinar el rostro del aldeanillo a la luz de los cirios, portándose con él de un modo reservado al par que altamente respetuoso.

—Habéis dicho, caballero —observó, dirigiéndose al de Bonneville— que importaba ante todo a la causa que defendemos la salvación de la persona que os acompaña. Bajo este supuesto, me parece muy natural que le sirvamos de escolta, a fin de que, si se presenta algún peligro, lo cual es muy fácil, podamos protegerle más eficazmente.

—Es cierto —contestó el conde de Bonneville—; mas ahora no se trata de pelear sino de huir, y creo que la fuga será tanto más fácil cuanto menor sea el número de los fugitivos.

—Tened en cuenta, conde, que para una cabeza de veintidós años es mucho cargar con la responsabilidad de un depósito tan precioso

—Tendré en cuenta —contestó el conde con altivez— que mi adhesión es el único juez en esta materia, y que procuraré hacerme digno de la confianza con que se me ha honrado.

Perico permanecía callado en medio del grupo, y juzgando que había llegado el momento de intervenir, habló de este modo:

—¿Es posible que el cuidado de proteger a un insignificante aldeanillo encienda la tea de la discordia entre los principales campeones de nuestra causa? Permitid que hable yo, a mi vez, para deciros que ésta no es ocasión para perder tiempo en discusiones inútiles. Ante todo —prosiguió con acento conmovido por el reconocimiento— os suplico que perdonéis el incógnito con que me he presentado a vosotros, con objeto de conocer con certeza vuestras opiniones. Perico las conoce ya, y la Regente obrará en consecuencia. Ahora, debemos separarnos; me bastará un albergue cualquiera para pasar la noche, y el señor conde de Bonneville, que conoce el país a palmos, sabrá hallarlo.

—¿Cuándo podremos conferenciar con Su Alteza Real? —interrogó Pascual, inclinándose.

—Cuando Su Alteza Real haya encontrado un palacio para Su Majestad proscripta, Perico os llamará, porque es incapaz de olvidar a sus amigos.

—Perico es un buen muchacho —dijo alborozado Gaspar—, y sus amigos le probarán que son dignos de él.

—Adiós, amigos míos —dijo Perico—, ha cesado ya el incógnito, y me alegro infinito, Gaspar, de que vuestro corazón no haya dejado engañarse por él; estrechémonos la mano

como buenos camaradas, y separémonos, que ya es tarde.

Todos besaron sucesivamente la mano de Perico les presentaba, y luego desaparecieron en distintas direcciones, dejando a Bonneville y a Perico solos en el camino.

—¿Y nosotros? —interrogó Perico.

—Vayamos en dirección opuesta a la suya.

—En marcha, pues.

—Aguardad; antes es necesario que Vuestra Alteza...

—¡Bonneville! olvidáis ya lo convenido.

—Es cierto; perdonad, señora.

—¿Otra vez? ¡Sois incorregible!

—Es necesario que Perico me permita llevarle en hombros.

—Con mucho gusto; ahí tengo una piedra que parece colocada a propósito, acercaos.

Perico colocóse a horcajadas sobre los hombros del conde.

—Lo hacéis admirablemente —dijo éste, echando a andar.

—En mi infancia tuve mucha afición a los juegos varoniles; decid, conde, si podemos hablar.

—Nadie lo impide.

—Entonces, vos que sois chuán viejo me explicaréis por qué voy sentada en vuestros hombros.

—Curiosilla sois.

—No lo creáis, pues he accedido a vuestros deseos sin replicar, a pesar de que esta postura es harto crítica para una Princesa de la casa de Borbón.

—No veo yo tal Princesa.

—Es cierto; mas no me explicáis por qué he de privarme de correr a mi sabor, impidiéndoos también de hacerlo.

—Preguntadle a vuestro pie por qué es tan diminuto.

—Diminuto podrá ser, pero es firme.

—No lo niego, pero es muy pequeño para no ser conocido.

—¿Por quién?

—Por los que no tardarán en seguirnos.

—¡Dios mío! —exclamó Perico con burlona tristeza—. ¡Quién había de decirme que llegaría la ocasión en que sentiría no tener el pie de la duquesa de ***!

—¡Pobre marqués de Souday! ¿Qué pensaría al oírlos hablar de los pies de las duquesas, él que tanto se admiraba de vuestros conocimientos en la Corte?

—Recuerdo haber dicho que había sido paje. Ya comprendo —repuso Perico— que no queréis que se conozcan mis huellas; pero, como no siempre podremos viajar así; este endiablado pie encontrará tarde o temprano un sitio donde estamparse.

—Descuidad, vamos a despertar los perros, siquiera por un rato.

Dicho esto, dirigióse el joven a la izquierda, donde se oía el murmullo de un arroyo.

—¿Qué hacéis? —interrogó Perico—. ¿Habéis perdido el camino? ¿Adonde vais con agua hasta las rodillas?

—Dejadme hacer; trabajo les costará si quieren seguirnos.

—¡Magnífico! Debíais haber nacido en una selva virgen o en la soledad de las Pampas: si necesitan una huella para dar con nosotros, difícil será que puedan dar con ésta.

—No lo toméis a broma; nuestro perseguidor está acostumbrado a todas estas tretas; ha combatido en la Vendée en los tiempos en que Charrette casi solo tenía a raya a todos los azules.

—¡Bien, muy bien! —dijo alegremente Perico—, siempre gusta más luchar con enemigos inteligentes.

A pesar de esta exclamación, Perico quedó pensativo, en tanto que Bonneville luchaba con los guijarros y las ramas atravesadas en la corriente que le impedían el paso, y así continuó andando largo trecho por el lecho del arroyo. Entonces torcía éste, mezclando sus aguas con la de otro más caudaloso, que era el que corría al pie del Camino de las Cabras; pero pronto llegó a Bonneville el agua hasta la cintura, y viose precisado a invitar a Perico a que se sentase sobre su cabeza, si quería ahorrarse una humedad incómoda. Como iba el lecho profundizándose, viose por último obligado a saltar a la orilla y a seguir andando por ella. Desgraciadamente, los dos fugitivos huyeron de Scila para dar en Caribdis, pues la ribera se hallaba cubierta de maleza, acabando por obstruirles el paso, y Bonneville tuvo que apearse a Perico, recomendándole que no le siguiese; mas, a pesar de la frondosidad de los espinos y de la oscuridad de la noche, se internó osadamente en el soto, avanzando hacia la derecha con la destreza de los prácticos en la vida de los bosques. Esta táctica fue coronada por un éxito completo, pues a los cincuenta pasos encontró una vereda.

—Me alegro —dijo al verla Perico—; aquí, por lo menos, podremos andar. ¿A dónde vamos?

—Entretanto creo hemos puesto en su laberinto a los que intentan seguirnos, podemos ir adonde os plazca.

—Ya sabéis que para la tarde de mañana he dado cita en la Cloutiere a nuestros amigos de París.

—Podemos ir allá sin salir de los bosques, en donde siempre nos encontraremos más seguros que en la llanura. Por un camino que conozco, iremos a la selva Convois, y de allí al gran Erial, a la derecha se encuentra la Cloutiere, aunque no creo llegar allí.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que dar un sin número de rodeos en menos de seis horas y es mucho andar en una noche; sin embargo, conozco un cortijo a una legua de la Benate, en donde seremos muy bien recibidos. Yo me adelantaré: tomemos la derecha.

Púsose en marcha Bonneville y siguióle su compañero. De cuando en cuando, el primero se detenía para reconocer el camino y para que descansase Perico, anunciándole de antemano todos los accidentes del terreno con una precisión que probaba el conocimiento que tenía de la selva de Machecoul.

—Ya veis —dijo de pronto, deteniéndose— que evitamos todo lo posible los senderos trillados, porque en ellos se buscarán nuestras huellas.

—¿Y éste es el más largo?

—Sí, pero es también el más seguro.

Anduvieron luego diez minutos sin decir palabra, pasados los cuales Bonneville hizo alto tomando el brazo de su compañero.

—¿Qué sucede? —preguntó éste.

—¡Silencio! hablad muy bajo. ¿Oís?

—No.

—Oigo voces.

—¿En dónde?

—A unos quinientos pasos de nosotros; y aún me parece ver luz entre el follaje.

—Es cierto.

—¿Qué podrá ser?

—Ésa es la pregunta que yo me hago.

—¡Diantre!

—Puede que sean carboneros.

—No es ésta la época de hacer carbón, y aunque lo fuese, no me atrevería a confiar en ellos.

—¿Conocéis otro camino?

—Hay otro, pero no quisiera tomarlo hasta el último apuro, porque se tiene que atravesar un pantano.

—¿Qué importa? ¡Si vos andáis por el agua como San Pedro! ¿Por ventura no conocéis el pantano?

—He cazado en él más de cien veces, pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero de día.

—Pues, si no queréis atravesarlo, arrostramos la hoguera de esas gentes; os declaro que no me vendría mal calentarme un poquito.

—Permaneced aquí mientras voy a ver quiénes son.

—Sí, pero...

—Nada temáis.

Y Bonneville desapareció cautelosamente en la sombra.

LA MEJOR CENA QUE, EN TODA SU VIDA, TUVO PERICO

Perico se apoyó en un árbol, y en esta actitud fijó su atención hacia el lado de la hoguera. De pronto, relinchó un caballo, y al instante percibióse un ligero ruido en la maleza, apareciendo luego una sombra. Era Bonneville que miraba a todos lados sin ver a su compañero: llamóle dos veces, y éste acudió presuroso.

—¡Alerta! —dijo el conde llevándole consigo—, no hay que perder un momento; venid.

Y echando a correr añadió:

—Era un vivac de cazadores. Si no hubiese habido más que hombres, me habría aproximado al fuego sin temor; pero un caballo me ha descubierto con su relincho.

—Lo he oído.

—Entonces ya comprenderéis que es cuestión de piernas.

Avanzaron cerca de quinientos pasos por el bosque, y al llegar a la espesura, dijo el conde a Perico:

—Deteneos un instante para cobrar aliento mientras trato de orientarme.

—¿Acaso nos hemos extraviado? —interrogó inquieto Perico.

—No; estoy buscando el medio de evitar el maldito pantano.

—¿Abreviaremos camino atravesándolo?

—Me parece que sí.

—Pues, guiad.

Echaron a andar en distinta dirección internándose en el soto, hasta que, al poco rato, empezó a ser menos densa la oscuridad; hallábanse entonces en el lindero del bosque, y oíase ya el murmullo de los arbustos de la ribera agitados por el viento.

—¡Hola! —exclamó Perico—, creo que ya hemos llegado.

—En efecto, pero debo advertiros que éste es el momento más crítico de nuestro penoso viaje.

Sacó el Conde del bolsillo un cuchillo que podía muy bien hacer las veces de puñal, cortó un arbusto, desmochólo, y con el mayor cuidado ocultó las ramas.

—Ahora, Perico, debéis resignaros a cabalgar nuevamente sobre mis hombros.

Perico obedeció, y ambos penetraron en el agua, por la cual anduvieron con suma dificultad, pues aunque Bonneville tanteaba con el palo un vado que no existía, el lodo le llegaba a las rodillas, sacando difícilmente los pies del cenagoso lecho, cual si el pantano se negase a restituir su presa.

—¿Queréis que os dé un consejo? —preguntó Perico.

Detúvose Bonneville y enjugóse el sudor.

—Si en vez de chapotear por el lodo anduviéseis por aquellos juncos, me parece que avanzaríamos mejor.

—Nadie lo duda; pero también sería más visible nuestra huella.

Un momento después agregó:

—No importa, tenéis razón.

Bonneville cambió de dirección, encaminándose a los juncos, que con sus entrelazadas raíces habían formado una especie de islotes en la superficie del agua. Luego de probar repetidas veces su solidez con el bastón, saltaba del uno al otro; mas como el peso de Perico disminuía notablemente su ligereza, resbalaba muy a menudo, y viendo, por último, que se iban a agotar sus fuerzas, rogó a su compañero que bajase por un instante.

—Estáis cansado, pobre Bonneville. ¿Es muy largo ese pantano?

—Faltan aún dos o trescientos pasos; después llegaremos pronto a la vereda de la Benate, que nos conducirá al cortijo donde debemos pernoctar.

—¿Podremos ir hasta allí? ¡Dios mío! ¡cuánto daría para llevaros a mi vez, o, por lo menos, andar a vuestro lado!

Al oír esas palabras, el conde se reanimó, y, renunciando a su segundo ensayo, volvió a andar por el lodo, el cual cada vez era más movedizo. De pronto, Bonneville resbaló, hundiéndose y viose casi cubierto de agua; y en aquel trance exclamó:

—Si me hundo por completo, inclinaos a la derecha o a la izquierda; los pasos peligrosos nunca son anchos.

Perico se inclinó a la derecha, no para salvarse, sino para librar de su peso a Bonneville, y con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas al ver aquel rasgo sublime de abnegación, dijo:

—Pensad en vos, amigo mío, lo quiero y... lo mando.

El agua llegaba ya a la cintura del conde, quien, por fortuna, pudo apoyar el bastón en los juncos, y con la ayuda de Perico logró salir del apuro. Más adelante el terreno hízose más sólido, y los fugitivos llegaron a la orilla del estanque.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Bonneville.

—¿Estaréis algo estropeado? —preguntó Perico.

—Estropeado no; pero sí cansado.

—¡Dios mío! pensar que no tengo para reanimaros, ni siquiera la calabaza del soldado y del peregrino ni el mendrugo del mendigo.

—No saco yo las fuerzas del estómago.

—¿De dónde, pues? Me agradecería saberlo

—¿Tenéis apetito?

—No me disgustaría comer algo.

—Ahora me hacéis experimentar una necesidad que no había sentido.

Perico se sonrió y chaceándose para animar al conde, le dijo:

—Bonneville, llamad al ujier y participad a los gentiles-hombres de mesa y boca que anhelo comer una de esas aves que ha poco he oído chillar a nuestro paso.

—Su Alteza Real está servida —dijo el conde hincando la rodilla y presentándole sobre la copa del sombrero un objeto que aquella tomó precipitadamente, exclamando en seguida:

—¡Pan!

—¡Pan! pan duro —dijo Bonneville.

—No importa, de noche todos los gatos son pardos.

Perico clavó sus hermosos dientes en el mendrugo que hacía dos días se estaba secando

en el bolsillo del conde, y dijo:

—¡Cuando pienso que en este instante el general Dermoncourt está despachando la cena que teníamos preparada en Souday! Pero disimula, querido guía, me olvidaba la mitad de mi cena.

—Gracias, mi apetito no llega hasta el punto de hacerme comer guijarros, pero voy a probaros cómo vuestra comida puede seros más agradable.

Y tomando el pan, lo hizo pedacitos, fue a remojarlo a una fuente que cerca de allí había, ofreciéndolo luego a su hambriento camarada.

—Verdaderamente, os confieso que desde hace veinte años no he cenado con tanto gusto: Bonneville, quedáis nombrado mi ayudante de campo.

—Y yo —repuso el conde—, vuelvo a ser vuestro guía. Dejaos de adulaciones y sigamos nuestro camino.

—Al momento —dijo Perico, levantándose con suma ligereza.

Emprendieron la marcha, atravesando el bosque y al cabo de media hora llegaron al margen de un arroyo por cuyo vado Bonneville probó su sistema acostumbrado; pero al primer paso llególe el agua a la cintura, al segundo al cuello y en aquel trance, viéndose arrastrado por la corriente, asió la rama de un árbol y volvió a la orilla para buscar un vado. Por casualidad, vio un árbol con todas sus ramas que el viento había derribado, dejándolo tendido de una a otra orilla, y dijo a su compañero:

—¿Os atreveríais a pasar por encima de este árbol?

—Si vos lo intentáis también, lo haré yo.

—Adelante —dijo el conde—, pero con cuidado; prescindid del amor propio y marchad con tiento, colocando el pie en terreno firme y no lo levantéis hasta tener el otro asegurado.

—Heme aquí... ¡Dios mío! ¡cuánta habilidad se necesita para andar por el campo! Nunca lo hubiera creído.

—No os distraigáis, dejaos de conversación. Aguardad un momento, voy a cortar una rama que os estorbaría.

Al inclinarse el joven conde para ejecutarlo, oyó a sus espaldas un débil quejido y él ruido de un cuerpo que caía al agua. Al volverse, Perico había desaparecido. Sin perder un momento, Bonneville se arroja al río por el mismo sitio, y, agarrando la pierna de Perico, llegó a nado a la opuesta orilla. El conde, poseído de una emoción sin límites al ver a Perico con la cabeza inclinada y sin movimiento, asióle los brazos, recostóle en la hojarasca, llamándole repetidas veces, y le meneó en todos sentidos. Perico permanecía mudo e inmóvil. El conde, desesperado, mesábase los cabellos exclamando:

—¡Dios mío! ¡Mía es la culpa! Me castigáis mi necio orgullo; confíe demasiado en mis fuerzas al responder de su vida. ¡Dios mío! ¡Mi vida por un suspiro, por un aliento suyo!

El aire fresco de la noche pudo más que todas las lamentaciones de Bonneville; que hablaba de no sobrevivir a aquélla cuya muerte había causado. Perico volvía en sí, y el conde en su desesperación no había observado los movimientos del joven, y al verle exhaló un grito de alegría y cayó de rodillas ante Perico, que había comprendido sus últimas palabras.

—Conde —dijo éste—, no me habéis dicho: ¡Dios os valga! Y acabo de estornudar.

—¡Viva! ¡viva! —gritó Bonneville.

—Sí, viva, gracias a Dios os juro no olvidaros jamás.

—Pero calada hasta los huesos.

—Sí, tengo llenos de agua los zapatos: os aseguro que me corre por el cuerpo de una manera desagradable.

—Y no tenemos fuego, ni con qué hacerlo.

—Ya entraremos en calor andando; hablo en plural, porque debéis estar tan mojado como yo, pues habéis tomado tres baños.

—No os preocupéis de mí, ¿podréis andar?

—Sí, por cierto, mas dejadme vaciar los zapatos.

Bonneville le ayudó en su tarea, quitóle la chaqueta, y después de retorcerla, le dijo:

—Ahora, vamos a la Beilate sin perder un momento.

—Buena la hemos hecho al alejarnos de aquella hoguera, que tan útil nos sería ahora.

—Sin embargo —contestó desesperado Bonneville—, no era prudente arriesgarnos.

—No os enfadéis por esa pequeña reflexión. ¿Sabéis que vuestro carácter es bastante particular? Continuemos adelante; desde que he comenzado a andar, me parece que va secándose la ropa; dentro de diez minutos voy a sudar.

Bonneville no necesitaba esa pequeña indicación, pues echó a andar con tanta celeridad que Perico a duras penas podía seguirle, y le llamaba en ocasiones para recordarle que tenía el paso más corto; pero Bonneville, en su turbación, había equivocado el camino y no acertaba a comprender cómo se había extraviado; deteníase en ocasiones, mirando alrededor suyo, y después reanudaba la marcha con frenético ahínco. Por último, Perico alcanzóle corriendo y le dijo:

—¿Qué sucede, mi querido conde?

—Que soy un torpe, confiando en mi conocimiento del país; me he ofrecido a guiaros, y...

—Y nos hemos extraviado.

—Mucho lo temo.

—Estoy seguro de ello; he aquí una rama que yo mismo he cortado; hemos pasado por aquí repetidas veces sin movernos del mismo círculo: ya veis cómo vuestras lecciones son aprovechadas —añadió Perico con un gesto de triunfo.

—¡Ah! —dijo Bonneville—, ya comprendo la causa de mi error, y es que, al salir del agua, estaba tan trastornado que he andado por el mismo camino por donde habíamos venido.

—¿De manera —prosiguió Perico, soltando una carcajada— que de nada nos ha servido el baño que acabamos de tomar?

—Señora, os ruego que no os burléis; vuestro gozo me traspasa el corazón.

—Ya; pero a mí me hace entrar en calor.

—¿Tenéis frío?

—Un poco; pero no es esto lo peor, media hora hace que no os atrevéis a confesar que nos hemos extraviado, y desde entonces tampoco me atrevo a confesaros que no puedo sostenerme en pie.

—¿Qué haremos en este trance?

—¿Será necesario que me encargue de vuestro papel para infundiros valor? Veamos: ¿cuál es vuestro parecer?

—Que nos es absolutamente imposible llegar esta noche a Benate.

—¿Qué haremos, pues?

—Conviene llegar antes del amanecer a la alquería más próxima.

—Corriente, pero, ¿cómo nos orientamos?

—No hay ninguna estrella en el cielo, ni luna siquiera.

—Ni brújula —dijo Perico, burlándose de su compañero para infundirle valor.

—¡Ah! ¡qué idea! A las cinco de la tarde he visto la veleta del castillo que el viento soplaba al Este.

Y, hablando de este modo, levantó el dedo mojado en saliva.

—¿Qué hacéis?

—Una veleta: el Norte está allí; siguiendo esta dirección, llegaremos a la llanura por el lado de San Filiberto.

—Sí; pero la dificultad está en andar.

—¿Queréis que pruebe a llevaros en brazos?

—Creo que haréis bastante con llevaros a vos mismo.

Hizo la duquesa un penoso esfuerzo para levantarse, pues durante esta conversación había estado sentada al pie de un árbol y añadió:

—No temáis; estas piernas obedecerán a mi voluntad, aunque se rebelen.

En efecto, dio algunos pasos; pero tan cansada estaba y sus miembros tan envarados por el baño que acababan de tomar, que vaciló como si la hubiera dado un vahído, y estuvo a punto de caer al suelo.

Bonneville se precipitó a sostenerla, en tanto que la duquesa exclamaba:

—Dejadme, conde, dejad a ese miserable cuerpo que Dios ha criado tan débil; yo llegaré a vencerle y haré que se coloque a la altura que le pertenece, obligándole a hacer mi voluntad.

Y echó a correr con tanta agilidad, que el conde apenas pudo alcanzarla; pero esa última tentativa acabó de agotar las fuerzas de Perico, de modo que, al llegar el conde a su lado, la encontró sentada, con el rostro oculto entre sus manos y llorando de enojo más que de dolor.

—¡Dios mío!... —exclamaba—, ¿por qué me habéis encomendado la tarea de un gigante, teniendo las fuerzas de una mujer?

Bonneville decidió hacer todo lo que estuviese a su alcance, y tomándola en brazos se puso a correr; conociendo ser imposible que un cuerpo tan delicado resistiese tantos contratiempos y que cada minuto que transcurría era un peligro más para su existencia, corría desalentadamente, sin advertir que se le caía el sombrero y sin pensar en las huellas que en pos de sí dejaba. Sólo sentía que el cuerpo de la duquesa se estremecía convulso, haciéndole dar el frío diente con diente, y atormentado por todas estas sensaciones corría loco, frenético; pero ese vigor ficticio cedió gradualmente, las piernas se le doblaron a pesar suyo, la respiración fue haciéndose dificultosa y el sudor se helaba inundando la frente, el pulso le latía violentamente, turbábasele la vista y tropezando a cada paso hizo un esfuerzo sobrehumano y continuó corriendo como pudo, hasta que Perico gritó:

—Deteneos, Bonneville; ¡deteneos, os lo mando!

—No, no quiero, todavía tengo fuerzas. ¿Cómo queréis, Dios mío, que me detenga, cuando llegamos al término de nuestro viaje y con otro esfuerzo puedo ponerlos en salvo?

Mirad, mirad allá a lo lejos.

En efecto: distinguíase al extremo de la vereda una ancha faja rojiza, que iba levantándose poco a poco en el horizonte, destacándose en ella algunas tintas negras con ángulos rectos que indicaban una casa. Apuntaba el día, y habían llegado a la llanura; pero, cuando Bonneville exhaló un grito de alegría, al ver el fin de su carrera, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas, y luego de espaldas, mientras que Perico se ponía en pie, tratando en vano de levantarlo. Bonneville llevó las manos a la boca, sin duda para hacer la señal de los chuanes pero faltábale aliento, y solamente tuvo fuerzas para decir a Perico: «Acordaos»... y se desmayó.

La casa que acababan de divisar, estaba un cuarto de hora; por lo tanto, decidióse Perico a dirigirse a ella a implorar auxilio para su infortunado compañero, y al atravesar una encrucijada vio a un hombre a cierta distancia; llamóle, mas como éste no volviese la cabeza, recordando Perico el aviso y las lecciones del conde, dio un grito semejante al del mochuelo. Detúvose en seguida el hombre, y retrocedió dirigiéndose a Perico, quien le dijo:

—Amigo mío, si queréis oro lo tendréis, yo os lo daré; pero antes, por el amor de Dios, ayudadme a salvar a un moribundo.

Y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, echó a correr, seguro de que el hombre le seguiría; llegóse a Bonneville, que continuaba desmayado, y al levantarlo la cabeza oyó la voz del desconocido, que decía a sus espaldas:

—No necesito oro para socorrer al conde de Bonneville.

Miróle Perico con más atención, y conociendo al guarda del marqués de Souday, exclamó en seguida:

—¡Juan Oullier! ¿Sois vos? ¿Podríamos encontrar un albergue cerca de aquí?

—No hay más que aquella casa en un radio de media legua.

Juan Oullier pronunció esas palabras con visible repugnancia, sin que Perico se diera cuenta de ello.

—Es preciso que nos acompañéis allí.

—¿A aquella casa?

—¿No son realistas sus moradores?

—Lo ignoro.

—Pongo nuestra vida en vuestras manos. Ya sé que puedo confiar en vos.

Juan Oullier tomó en hombros a Bonneville, que seguía desmayado, y dio la mano a Perico, encaminándose luego a la casa, que era la de José Picaut y su cuñada. Subió la escalera con tanta ligereza, como si en vez de llevar a Bonneville sólo hubiese llevado su zurrón; pero al llegar al huerto, empezó a andar con cierta precaución. Todos dormían en la casa de José, aun cuando en el aposento de la viuda brillaba una luz, y veíase pasar muy a menudo una sombra por detrás de las cortinas, Juan Oullier titubeó un momento y luego dijo para sí: —¿Qué haces? Pero... adelante.

Y dirigióse resueltamente a la habitación de Pascual. Abrió la puerta y al entrar vio el cadáver de Pascual tendido en el lecho, entre dos cirios, y a la viuda orando junto a él. Al oír el ruido, la viuda de súbito volvió la cabeza y se levantó; Juan Oullier sin soltar su carga ni la mano de Perico la dijo:

—Viuda Pascual, esta noche os he salvado la vida en el Camino de las Cabras.

Miróle la viuda con admiración, como tratando de recordar lo sucedido.

—¿Lo dudáis, acaso?

—No, Juan; sé que sois incapaz de mentir.

—Viuda Pascual, ¿queréis vengar a vuestro marido y enriqueceros al mismo tiempo?

—¿De qué modo?

—Ahí tenéis a la duquesa de Berry y al conde de Bonneville, a quienes he encontrado casi muertos de hambre y de fatiga, que vienen a pedirnos un asilo.

Mirólos la viuda asombrada y con el mayor interés, en tanto que Juan Oullier seguía diciendo:

—Esta cabeza vale tanto oro como pesa: si la entregáis, vengáis a vuestro marido y seréis rica.

—Juan Oullier —respondió la viuda con gravedad—, Dios nos ha señalado el camino de la caridad para todos, cualquiera que sea su alcurnia; han llamado a mi puerta dos desgraciados y no los rechazaré; me piden asilo dos proscriptos, antes se hundirá la casa que entregarlos.

Y con un sencillo ademán, al cual la acción le prestaba una grandeza sublime, agregó:

—Juan Oullier, entrad todos, y bien venidos seáis.

Entraron, y mientras Perico ayudaba a Oullier para colocar a Bonneville en una silla, el guarda díjole al oído:

—Señora, esconded los cabellos rubios que salen por debajo de vuestra peluca: lo que por ellos he adivinado y acabo de decir a esa mujer, no conviene que sea conocido de todos.

IGUALDAD ANTE LA MUERTE

Aquel mismo día, a las dos de la tarde, salía Courtin de La Logerie, so pretexto de ir a comprar en Machecoul un buey para la yunta, aunque en realidad su objeto era informarse de los acontecimientos de la noche anterior, los cuales fácilmente se adivina que para el digno alcalde tenían un interés especialísimo y nuestros lectores no dejarán de comprenderlo así.

Al llegar al vado de Pontfarcy halló a los mozos del molino que levantaban el cadáver de Tinguay, rodeados de algunas mujeres y niños que lo contemplaban con la curiosidad peculiar del sexo de unas y de la edad de los otros.

El alcalde de La Logerie dio un latigazo a su caballo y entró en el río; entonces todas las miradas se dirigieron a él y la conversación tan animada, fue interrumpida por éste, que se dirigió al grupo, diciendo:

—¿Qué sucede, muchachos?

—Un muerto —contestó uno de los molineros, con el laconismo propio del campesino vendeano.

Miró Courtin el cadáver, y viendo que llevaba uniforme, dijo:

—Por fortuna no es del país.

A pesar de sus opiniones felipistas, el alcalde de La Logerie no consideraba prudente mostrar simpatías por un soldado de Luis Felipe.

—Os engañáis, señor Courtin —contestó lacónicamente y con voz sombría un hombre que vestía chaqueta parda.

El tratamiento de señor que acababa de dársele con acento algo afectado, no halagó, ni mucho menos, al alcalde de La Logerie, pues sabía que en tales circunstancias y en boca de un vendeano, más que un testimonio de respeto, equivalía a una injuria o una amenaza; comprendiéndolo así, Courtin, resolvió ser muy circunspecto, y contestó con tono suave:

—Sin embargo, me parece que lleva el uniforme de cazador,

—¿Qué significa el uniforme? —contestóle el de la chaqueta parda—. ¿Ignoráis, acaso, vos que sois alcalde, que lo mismo entran en suerte nuestros hijos y hermanos que los demás?

Siguió a esas palabras una pequeña pausa, y no pudiendo soportar Courtin aquel silencio, agregó:

—¿Se sabe el nombre de ese pobre infeliz?

Al hacer esta pregunta hacía inauditos pero infructuosos esfuerzos para hacer asomar una lágrima a sus párpados. Nadie le respondió: el silencio era cada vez más significativo.

—¿Ha habido otras víctimas del país? ¿En qué paraje lo han muerto? He oído decir que habían disparado muchos tiros.

—No conozco otra víctima que la que está presente; pero puede que os refiráis al perro de Juan Oullier —repuso un aldeano, señalando el perro que estaba cerca del río.

Courtin se inmutó y dijo: —¿Qué diantre es aquello, un perro? ¡Ah, cuánto mejor sería

tener que llorar esa clase de víctimas; verteríamos pocas lágrimas, seguramente, y las reservaríamos para mejor ocasión.

—La sangre de un perro tiene también su valor, señor Courtin, y estoy convencido de que Juan Oullier tendrá presente la muerte alevosa de su *Patou*, pues le han disparado un escopetazo cargado de balines a la salida de Montaigu, y...

Inmediatamente desapareció el que había pronunciado estas palabras, y los molineros siguieron andando. Las mujeres y los niños continuaron acompañando al cortejo fúnebre, orando en voz alta. Courtin quedó solo en el camino; espoleó entonces a su corcel y dijo:

—Para que Oullier me haga pagar esta cuenta, mucho tendrá que trabajar, pues haré liará con deshacerse de los lazos con que le he sujetado.

En esto, pasaba Courtin junto a la cruz de la Berthaudière, en cuyo sitio empieza el camino que conducía a la casa de Picaut, y poseído de una verdadera curiosidad, muy natural atendido su carácter perverso, le ocurrió que nadie mejor que Pascual podía ponerle al corriente de los hechos, toda vez que la víspera había servido de guía al general.

—En menos de media hora, habré satisfecho mi curiosidad —dijo para sí.

Y dirigiéndose a la derecha, a los cincuenta minutos entraba en la casa en cuyo umbral de la puerta encontró a José sentado y fumando tranquilamente.

No cambió de postura al ver a Courtin, y como ya saben nuestros lectores que éste era perspicaz, fingió no verle, y atando su cabalgadura a una argolla de la pared, dijo a Picaut:

—¿Está en casa vuestro hermano?

—Sí, todavía está.

Parecióle a Courtin que José había pronunciado esta última palabra con un acento extraño. Picaut añadió en seguida:

—¿Queréis que vuelva a servir de guía a los soldados del castillo de Souday?

—Courtin se mordió los labios sin responder, diciendo para sus adentros:

—¿Por qué ese imbécil de Pascual habrá dicho a su hermano que yo le di tal encargo? Hace veinticuatro horas que todo el mundo me habla de lo mismo.

Ese monólogo no le dejó observar que la puerta de la habitación de Pascual se hallaba cerrada por dentro, contra la costumbre de los campesinos, y cuando se la abrieron, retrocedió, exclamando admirado:

—¿Quién ha muerto?

—Vedlo —repuso la viuda.

Courtin dirigió los ojos a la cama, y a pesar de que el cadáver estaba cubierto con una sábana, todo lo adivinó.

—¡Pascual! —gritó horrorizado.

—Creía que ya lo sabíais.

—¿Yo?

—Seguramente; vos habéis sido la causa de que lo hayan matado.

—¿Yo?—repitió Courtin, que recordando lo que José acababa de decirle, comprendió que le convenía disculparse—, os juro que hace más de ocho días que no he visto a vuestro difunto esposo.

—No juréis; Pascual no juraba ni mentía nunca.

—¿Quién os ha dicho que le había visto? ¡Por Dios que me extraña tal suposición!

—No mintáis ante un muerto, señor Courtin, podríais arrepentiros de ello.

—No miento —repuso balbuceando el alcalde.

—Salió de aquí para vuestra casa y vos le hicisteis servir de guía a los soldados.

Courtin hizo otro gesto negativo, y la viuda, mirando atentamente a una joven aldeana que lloraba en un rincón del aposento, añadió:

—No creáis que yo intente afear vuestra conducta; su deber era apoyar a los que tratan de impedir que el país sea devastado por otra guerra civil.

—Éste era también mi objeto —repuso Courtin, bajando de tal modo la voz, que la aldeana apenas podía oírle—; sería una gran ventura que el Gobierno acabase de una vez con todos esos nobles revolucionarios que durante la paz nos ultrajan con su riqueza y luego encienden la guerra para hacernos degollar como corderos. Ése es mi objeto, repito; pero es preciso no decirlo muy alto, pues esa gente es capaz de todo.

—No podéis quejaros si os acometen por la espalda —replicó la viuda con acento desdeñoso—, pues vos en cambio os ocultáis para atacarlos con más seguridad.

—¡Demonio! cada cual hace lo que puede; no todos son valientes como vuestro difunto esposo; pero os juro que le vengaremos.

—Gracias —contestó la viuda con airado acento— no os necesito para eso; hartos os habéis mezclado en los asuntos de este hogar desventurado; en adelante, reservad vuestros cuidados para otros.

—Como queráis. Yo apreciaba mucho a vuestro marido y si alguna vez necesitáis... Pero, ¿quién es esa joven?

—Una prima mía, que ha llegado esta mañana de Port-Saint-Pere, para ayudarme en el entierro de mi pobre Pascual.

—¿De Port-Saint-Pere esta mañana? Mucho andar es. La infeliz viuda no estaba acostumbrada a mentir, y al ver que Courtin no caía en el lazo le lanzó una colérica mirada, mas éste contemplaba un traje de aldeano que estaba secándose a la chimenea, entre cuyas prendas veíanse unos zapatos de forma elegante y una camisa de finísima batista, objetos no muy comunes en las chozas de los campesinos.

—¡Rica tela! —exclamó el alcalde al tocar la hermosa tela—, sin duda no lastimará el cutis de la persona que la usa.

La aldeana conoció que había llegado el momento de ayudar a la viuda que estaba en ascuas y cuyo enojo crecía por instantes y contestó:

—En efecto; la he comprado en Nantes a un ropavejero para hacer camisitas al sobrino de mi pobre prima.

—Y habéis hecho muy bien en lavarla antes —añadió Courtin, mirándola descaradamente—, pues las prendas viejas nadie puede saber quién las ha usado.

—Maese Courtin —dijo la viuda interrumpiéndote—, me parece que vuestro caballo se impacienta. Courtin se puso a escuchar y dijo:

—Si no oyera andar a vuestro cuñado por el granero, diría que es él quien le atormenta.

Al oír estas palabras, que daban otra prueba de la sagacidad de Courtin, la joven aldeana palideció, al oír que aquél decía, mirando pos los cristales:

—Sí, allí está el pícaro, aguijoneando con el látigo. ¿Quién hay, pues, en vuestro granero?

La desconocida iba a contestar que bien podía ser la mujer o el hijo de José, cuando la viuda replicó encolerizada:

—Maese Courtin, vuestras preguntas son más que impertinentes; tened entendido que odio a los espías, sea cual fuere el partido a que pertenezcan.

—¿Desde cuándo llamáis espionaje a una conversación entre amigos? Os habéis vuelto muy susceptible.

La joven miraba a la viuda para recomendarle la prudencia; pero ésta gritó, sin poder contenerse:

—Vuestros amigos debéis buscarlos entre pícaros y traidores como vos; salid en seguida de mi casa, y no turbéis más la tranquilidad de los que sufren.

—Está bien —contestó Courtin, fingiéndose afligido—; veo que os empeñáis en echarme la culpa de la muerte de vuestro marido, y mi presencia os es odiosa, debí haberlo notado antes. De todos modos, creed que lloro amargamente vuestra desgracia; no os enojéis, ya me retiro.

La viuda indicó con la vista a la aldeana una artesa que estaba detrás de la puerta y sobre la cual había un pupitre y algunos papeles. Allí se había escrito, indudablemente, la orden que Juan Oullier había llevado aquella mañana al marqués. La joven comprendió la seña, y pronta como un rayo se sentó encima del recado de escribir, en el cual afectó Courtin no reparar.

—Adiós, adiós, viuda Picaut —dijo éste— aunque no lo creáis, os aseguro que siento en el alma la muerte de vuestro marido y si alguien os molesta, sea quien fuere, no tenéis más que avisarme, pues no en balde tengo la vara.

La viuda no respondió, pues se había hecho el propósito de no hablarle, y menos prestarle atención; estaba mirando con los brazos cruzados la cama donde yacía su esposo, y Courtin, al marcharse dijo a la aldeana:

—Cuidad mucho a vuestra prima, hija mía; desde que ha muerto su marido se ha vuelto una fiera. ¡Está tan poco tratable como las lobas de Machecoul! Hilad, hilad, hija mía; pero por más vueltas que deis al huso, nunca haréis una tela tan fina como la de aquella camisa.

Después de esto, se decidió a salir, pero al llegar a la puerta pronunció estas palabras:

—¡Hermosa tela! ¡hermosa tela!

—¡Vamos, pronto! —dijo la viuda—, ocultad todos esos utensilios; va a volver.

La joven obedeció y cerró el pupitre; pero, por rápido que fue ese, movimiento, no dejó Courtin de advertirlo, y entreabriendo la puerta asomó el rostro y dijo:

—Perdonad si os he asustado; pero tenía que hacer una pregunta de interés: ¿cuándo son las exequias?

—Mañana, según creo...

Y la viuda la interrumpió dirigiéndose a Courtin con las tenazas levantadas en actitud de descargarlas.

—¿Te irás de una vez, granuja?

Courtin huyó asustado, y la viuda cerró la puerta con Violencia. El alcalde limpió con un puñado de hojas la silla de su cabalgadura, que el hijo de José, a quien su padre inculcaba el odio a los azules, había ensuciado a su antojo. Sin proferir ni una queja pasó por el huerto, con un aire de indiferencia; pero sin dejar de examinar con curiosidad los árboles y malezas del camino; al llegar a la Cruz de Berthaudière, donde empezaba el bosque de

Machecoul, espoleó el caballo y alejóse a toda brida.

—Por fin se ha ido —dijo la joven aldeana, que había seguido con la vista detrás de la ventana todos los movimientos del alcalde de La Logerie.

—Pero no hay que fiarse de él, señora —repuso la viuda.

—¿Y por qué motivo? ¿Teméis que vaya a denunciarnos?

—Le creo muy capaz de ello, pues aunque no acostumbro a dar fe a las hablillas del vulgo, no me inspira mucha confianza su rostro.

—En efecto —dijo la joven, que empezaba a tener serios temores—, no me ha gustado la cara de ese hombre.

—¡Pero, señora! ¿por qué no habéis hecho que se quedase Juan Oullier— ése sí que es todo un hombre.

—Porque tenía que enviar algunas órdenes al castillo de Souday, y ha de traernos caballos esta noche para salir de una casa donde sólo causamos molestia y pesadumbre.

La viuda no contestó; tapóse la cara con las manos y rompió a llorar.

—¡Pobre mujer! —dijo la duquesa—, vuestras lágrimas caen gota a gota sobre mi corazón y lo laceran. ¡Ay! terrible o inevitable consecuencia de las revoluciones.

—Considerad, señora —díjole la viuda—, que antes que podáis cumplir vuestros deseos, muchos infelices que sólo habrán cometido el crimen de amaros, dejarán de existir; ¡cuántas madre, cuántas viudas y cuántos huérfanos llorarán, como yo lloro la pérdida de mi amado esposo que tengo aquí presente!

—¡Dios mío, Dios mío! tened piedad de mí —exclamó la aldeana, cayendo de rodillas—, no permitáis que me equivoque, no me pidáis estrecha cuenta de tantos desgraciados que van a perecer por nuestra causa.

Y su voz entrecortada por la emoción, se apagó en un sollozo.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

De pronto, entreabriese una trampa del techo que comunicaba con el granero, y asomóse Bonneville, que había oído algunas palabras que acababa de pronunciar la viuda, preguntando:

—¿Qué sucede?

—Nada, nada —contestó la joven aldeana, apretando la mano de la viuda con energía.

Enseguida, trepó por la escala que conducía a la trampa del piso superior, y con acento cariñoso, dijo al conde:

—¿Y vos, cómo os encontráis?

La trampa se abrió por completo y apareció el conde, asomando su risueño semblante, diciendo:

—Pronto a empezar de nuevo, si así lo ordenáis; pero... decidme, ¿quién ha venido hace poco?

—Un aldeano, llamado Courtin, que no tiene trazas de ser muy amigo nuestro.

—¡Ah! ¿El alcalde de La Logerie?

—El mismo.

—Ya había hablado de él al barón Michel; es un hombre muy peligroso, y debierais haberlo hecho seguir.

—¿Por quién? nadie hay en la casa.

—¿Y el hermano de nuestra huéspeda?

—Ya habéis visto cuánta repugnancia parecía inspirar a Oullier.

—Y, no obstante, es un blanco —exclamó la viuda—, un blanco que ha estado contemplando cómo asesinaban a su hermano.

La aldeana y Bonneville se estremecieron de horror al oír esas palabras.

—Siendo así, vale más no inmiscuirle en nuestros negocios, pues seríamos de seguro desgraciados —dijo Bonneville y añadió—: pero, buena mujer, ¿no tendremos a quién colocar de centinela en las cercanías?

—Juan Oullier ha cuidado de ello —repuso la viuda—, y yo, por mi parte, he mandado a mi sobrino al erial de San Pedro, desde donde se descubren todos los alrededores.

—Si es un niño... —dijo tímidamente la aldeana.

—Un niño; pero que vale más que cientos de hombres.

—Después de todo —añadió Bonneville—, dentro de tres horas ya habrá anochecido y estarán aquí nuestros amigos con los caballos.

—¡Tres horas! —dijo la aldeana, que estaba muy afligida, reflexionando las palabras que le había dirigido la viuda—; en tres horas pueden suceder muchas cosas, querido Bonneville.

—¿Quién es ése que viene corriendo?—exclamó la viuda, dirigiéndose de la ventana a la puerta, que la abrió— ¿ah, eres tú, sobrinito?

—Sí, tía, sí —repuso el niño, casi sin aliento.

—¿Qué sucede?

—¡Tía! ¡tía! —exclamó el niño—, los soldados están allí arriba; han sorprendido al centinela y le han muerto.

—¡Los soldados! ¡los soldados! —repitió gritando José Picaut, que había oído las voces del niño.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bonneville.

—Esperarles —contestó la aldeana.

—¿Por qué no intentamos la fuga?

—Porque, si nos ha delatado el hombre que acaba de salir, ya deben estar cerca de la casa.

—¿Quién habla de huir? —interrogó la viuda—. ¿No os he dicho que esta casa está seguro? ¿No os he jurado que aquí nada teníais que temer?

En esto, apareció José Picaut, armado de su fusil, pues creyendo sin duda que los soldados iban a prenderle a consecuencia de los acontecimientos anteriores y atendidos sus antecedentes realistas, le pareció que en la casa de su cuñada estaba más seguro; pero, al ver a los dos desconocidos, dijo, retrocediendo asombrado:

—¿De modo que tenéis nobles en vuestra casa? Ya no me admira la venida de los soldados, vos los habéis vendido.

—¡Miserable! —contestó su cuñada, asiendo el sable de su marido, que colgaba de la chimenea, y acometiendo a José, que preparaba su fusil.

Bonneville se arrojó de la escala, mientras la joven aldeana se había colocado entre los dos cuñados, cubriendo con su cuerpo el de la viuda, y con acento enérgico, dijo:

—¡Abajo el fusil!

—Pero ¿quién sois para mandarme así? —preguntó José, a quien no agradaba obedecer a ninguna autoridad.

—Yo soy la que hasta ahora han estado esperando; yo soy la que tiene derecho a mandar, ¿lo entiendes?

Fueron tan inesperadas estas palabras y dichas con tan majestuoso acento, que José quedó atónito, y se le escapó el fusil de las manos.

—Ahora —prosiguió la aldeana—, vuelve arriba con el señor.

—¿Y vos? —preguntó Bonneville con ansiedad.

—Yo, me quedo.

—Pero...

—Nada de discusiones, y abreviad, obedeciendo.

Desaparecieron los dos y cerróse la trampa.

—En seguida la viuda se puso a deshacer la cama donde yacía su esposo y a colocarle en medio del aposento, y la joven preguntaba admirada:

—¿Qué estáis haciendo?

—Os preparo un asilo en el cual nadie vendrá a buscaros.

—No necesito ocultarme. ¿Cómo queréis que me conozcan con ese traje? Aquí les aguardaré.

—No quiero que les aguardéis —repuso la viuda dominando por completo la voz de su interlocutora—; ya habéis oído a ese hombre; si os prendieran en mi casa, dirían que yo

os he delatado.

—Sí, yo, que si os viese prisionera, no tardaría en acompañar en esta cama al cadáver que hoy la está ocupando.

Esas palabras no tenían réplica. La viuda levantó los colchones y el jergón en donde también ocultaron la camisa, y los zapatos que tanto habían llamado la atención de Courtin, indicando a la joven el sitio y el modo en que se podía colocar, dejando una abertura para la respiración. Apenas acababa de prepararse, se oyó un súbito ruido de armas y apareció en la puerta un oficial.

—¿Es aquí? —preguntó a otro que le acompañaba.

—¿Qué queréis? —dijo la viuda abriendo la puerta.

—Queremos ver los forasteros que tenéis en casa.

—¿En casa? ¿No me conocéis, por ventura? —replicó la viuda procurando separarse de la puerta.

—Sí, ¡pardiez! sois la mujer que nos ha servido de guía esta noche.

—Entonces, ¿si os serví de guía para perseguir a los enemigos del Gobierno, como queréis que los oculte en mi casa?

—¡Cáspita! —observó el subteniente dirigiéndose al capitán—, eso es lógico.

—No hay que fiarse de esa gente. ¿No habéis visto aquel chiquillo, que estaba al acecho y que, a pesar de nuestras amenazas, les ha advertido nuestra llegada?

—Por fortuna, no han tenido tiempo de escapar.

—¿Es posible?

—Ya lo veréis.

Volvióse en seguida a la viuda y le dijo:

—Nada temáis, vamos a registrar la casa.

—Como gustéis —contestó ésta poniéndose a hilar en un rincón con la mayor calma.

Hizo una seña el teniente a cinco o seis soldados, los cuales entraron, dirigiéndose a la cama; la viuda se puso pálida al ver que el oficial levantaba la sábana, y, poniéndose en pie apresuradamente, cogió el fusil de su marido, que estaba colgado en la pared, y apuntando al oficial, le dijo con tono decisivo:

—Os juro por mi honor que si tocáis ese cadáver, os mato infaliblemente.

Retrocedieron, los oficiales y, aproximándose la viuda a la cama por segunda vez, levantó las sábanas y dijo:

—Miradle, ese hombre es mi marido, que murió ayer sirviéndoos.

—¡Cielos! —exclamó el teniente—, es el guía que nos mataron en el vado de Pontfarcy.

—¡Pobre mujer! —agregó su compañero—, dejémosla tranquila.

—No obstante, la declaración de aquel hombre era muy categórica.

—Debíamos haberle traído.

—¿No hay otro cuarto en la casa?

—Allí está el granero, encima del establo.

—Registrad el granero y el establo, pero abrid antes todos los cofres y no olvidéis el horno.

Los soldados se esparcieron por la casa para ejecutar la orden.

Desde su terrible escondrijo, la aldeana temblaba por lo que podía acontecer a Bonneville, pues no había perdido ni una sílaba de la conversación; así es que cuando oyó bajar del granero a los soldados, respiró, pero no desahogadamente, porque si bien se había escapado casi por milagro al acercarse el teniente a la cama, temía, y con fundamento, que les encontraran en su escondrijo; pero al oír regresar a los soldados parecióle que le quitaban de encima un peso enorme.

Apoyóse en el arcón el primer teniente aguardando a que regresara su compañero el cual había dirigido las pesquisas en compañía de ocho o diez soldados.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada —repuso un cabo.

—¿Habéis removido la paja, el heno...

—Todo lo hemos sondeado con las bayonetas; si hubiera habido algún hombre en alguna parte, forzosamente habría tenido que quejarse al sentir la punta de las bayonetas.

—Corriente, registremos la casa de al lado; en alguna parte tienen que estar.

Salieron los soldados, pero, receloso el oficial, se volvió a mirar un tejadillo que sobresalía de la pared, proponiéndose hacerlo registrar después, cuando de súbito cayó a su lado un palillo que le hizo levantar la cabeza, y parecióle ver una mano que desaparecía entre dos cabrios del tejado.

—¿A mí, soldados? —gritó con voz estentórea; y añadió en seguida:

—¡Os habéis lucido... y habéis cumplido bien vuestra obligación!

—¿Qué sucede? —preguntaron todos admirados.

—Esos hombres están en el granero, bien podíais haber removido la paja; ¡id allá y alerta!

—¡Bien, por vida mía! —exclamó el teniente subiendo también la escala—; ya se va aclarando el negocio ¡ea! salid de vuestra madriguera u os sacaremos a la fuerza.

Oyóse entonces en el granero un animado coloquio, indicio evidente de que los sitiados no se hallaban acordes sobre el partido que les convenía tomar.

Veamos ahora lo que había sucedido.

Creyendo Bonneville y su compañero que los soldados investigarían con preferencia los montones de heno más altos, ocultáronse bajo una ligera capa del mismo que había junto a la trampa; y ya hemos visto cuan bien les salió la astucia.

Bonneville y el vendeano oían desde su escondrijo con el oído pegado al suelo lo que en el piso inferior decían, y al oír José Picaud la orden de registrar su casa, concibió vivos temores por cuanto tenía en ella un depósito de pólvora, de modo que, a pesar de las observaciones de Bonneville, quiso ir a acechar a los soldados por las rendijas que formaban las vigas entre el techo y la pared.

Cuando Bonneville oyó la voz del oficial y se dio cuenta de que él y José estaban descubiertos, sujetóle, reconviniéndole por la indiscreción que les perdía, de lo cual dimanó el cuchicheo que desde el cuarto de la viuda se oyera; pero ya era inútil toda reconvención y urgía tomar un partido.

—¿Los habéis visto? —interrogó el conde.

—Sí.

—¿Cuántos son?

—Unos treinta, poco más o menos.

—Entonces toda resistencia sería una locura, y cómo no han descubierto a madame, acaso nuestro arresto contribuya a salvarla.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó Picaut.

—Rendirmos.

—¡Jamás!

—¿Cómo jamás?

—Sí, jamás; me explico que vos os rindáis; pues sois noble y rico, y os darán cómoda y lujosa cárcel, pero a mí me enviarán a presidio, donde he pasado ya catorce años, y os juro que prefiero la fosa al petate del presidiario.

—Si luchando, sólo nos comprometiésemos nosotros, os juro que, tampoco me cogerían vivo; pero se trata de salvar a la madre de nuestro rey y no debemos consultar nuestros deseos.

—Entonces matemos los más que podamos, y Enrique V tendrá esos enemigos menos —replicó el vendeano colocando el pie sobre la trampa.

—Acabemos de una vez —dijo Bonneville—, ¿me obedecéis o no?

Lanzó Picaut una carcajada y dióle a Bonneville un puñetazo que le hizo medir el suelo. Al caer, se le fue de las manos el fusil y viendo delante de sí un tragaluz cerrado, ocurrióle la idea de dejar que el conde se rindiera y aprovechar la ocasión de huir. En efecto, mientras Bonneville levantaba la trampa, tomó su fusil, abrió el tragaluz, y cuando el conde bajaba los escalones gritando: ¡no tiréis! ¡nos rendimos! disparó el vendeano a los soldados y saltó en seguida al huerto, huyendo al bosque, no sin exponerse a las balas de dos o tres centinelas. La de José hirió gravemente a un soldado y al mismo tiempo le fueron apuntados a Bonneville diez fusiles, de manera que el desventurado mancebo, sin que Mariana llegase a tiempo para escudarle con su cuerpo, cayó acribillado de balazos a los pies de la viuda, gritando:

—¡Viva Enrique V!

Oyóse otro grito de que el teniente no se dio cuenta por impedírselo la barahúnda que en la casa reinaba; grito que parecía salido del pecho del cadáver, único espectador mudo e impasible de aquella escena terrible. Mientras los soldados se esparcían por la Casa para buscar al asesino, el teniente distinguió al través del humo a la viuda arrodillada abrazando fuertemente la cabeza de Bonneville, y preguntóla:

—¿Ha muerto?

—Sí —repuso la viuda con voz apagada.

—Pero vos estáis herida también.

En efecto, brotaban de su frente abundantes gotas de sangre.

—¿Yo herida? —contestó.

—Sí, os sale sangre de la frente.

—¿Qué importa mi sangre cuando ya no queda una gota en el cuerpo de aquel por quien juré que sabría morir?

En esto asomó por la trampa la cabeza de un soldado diciendo:

—Mi teniente, a pesar de haberse disparado varios tiros el otro ha escapado.

—Ese es el que más conviene apresar —dijo el teniente creyéndose que el fugitivo era Perico, y si no halla un guía, de seguro caerá en nuestras manos; vamos a perseguirle.

Reflexionando luego un poco agregó:

—Apartaos, buena mujer; registrad al muerto.— Ejecutada la orden, nada pudo encontrarse en los bolsillos de Bonneville, por la sencilla razón de que Mariana le había dado un traje de su esposo, en tanto que se secaba el suyo.

—¿Y ahora —dijo Mariana señalando el cadáver del conde—, puedo quedarme con él?

—Sí; pero dad gracias a Dios, que quiso que ayer nos sirviérais, pues a no haber sido así os habría enviado a Nantes para enseñaros cuan peligroso es dar asilo a los rebeldes.

Reunió el teniente a los soldados y siguió a buen paso la dirección en que había escapado el fugitivo; la viuda corrió a la cama y levantando el colchón encontró a la princesa desmayada.

Diez minutos después, Bonneville descansaba junto al cuerpo de Picaut, y las dos mujeres, la supuesta regente y la pobre aldeana, arrodilladas junto al lecho, oraban por las dos primeras víctimas de la insurrección de 1832.

LO QUE JUAN OULLIER OPINABA DEL BARÓN MICHEL

En tanto que en casa de Mariana se desarrollaban los tristes acontecimientos que acabamos de revelar, reinaba en el castillo de Souday gran movimiento y algazara.

El marqués no cabía en sí de gozo por ver llegado el tan ansiado momento, y vistiéndose su mejor traje de caza con una banda blanca, distintivo de jefe de división, que sus hijas le habían bordado; pendían de su pecho un corazón encarnado y en el ojal un rosario; y así vestido de gala, probaba el temple de su sable en todos los muebles de la casa. De vez en cuando ensayábase, mandando el ejercicio a Michel y al notario, a quien quería reclutar a todo trance, aunque éste, a pesar de sus opiniones, se negara a manifestarlas de un modo extralegal.

Berta siguió el ejemplo de su padre, vistiendo un traje belicoso, compuesto de una levita de terciopelo verde, que, abierta por el pecho, descubría una chorrera de deslumbrante blancura; hallábase adornada de alamares de seda negra y ajustada al talle, completando el traje unos anchos calzones de paño pardo y botas que le llegaban a la rodilla. La doncella no ostentaba la banda terciada al hombro, sino atada al brazo izquierdo con una cinta carmesí. Este traje hacía resaltar la esbeltez y elegancia de Berta, y su chambergo de fieltro ceniciento, con blancas plumas, sentaba maravillosamente a la varonil expresión de su rostro. Berta estaba encantadora, y como aunque no era coqueta, notó que había hecho honda impresión en el ánimo de Michel, pronto se puso tan gozosa y expansiva como el marqués su padre.

La verdad es que el barón, cuyo ánimo estaba también algo exaltado, no pudo menos de admirar la arrogante y caballerisca figura de Berta; pero su admiración debíase a que pensaba en la gracia de María cuando se pusiese un traje semejante, pues no dudaba de que acompañaría a su hermana en la expedición. Desde la escena de la torre, María manteníase seria y esquiva con él; así es que habiéndole instado Berta para que fuese a vestirse, subió la joven a su aposento con aire melancólico y abstraído que durante todo el día había contrastado con la alegría de todos.

El traje estaba ya preparado, mas María se sentó en el lecho sin tocarlo, y dos gruesas lágrimas le rodaron por sus mejillas. Por el cariño que profesaba a su hermana, la pobre niña se había impuesto un sacrificio superior a sus fuerzas, y al comenzar la lucha que consigo misma se empeñaba, sentía ya, si no vacilar su resolución, desfallecer sus bríos. Repetíase sin cesar: «No puedes ni debes amarle» y el corazón le contestaba: «¡le amas!» A cada instante se le desvanecía una esperanza o una alegría; el ruido y el movimiento, que tanto la había divertido en otros tiempos los ejercicios varoniles a que se había dedicado, las ideas políticas que la habían conmovido, todo huía de su corazón volando como una bandada de pajarillos a la vista del gavilán. Lo que más le acibaraba era el triste aislamiento en que se encontraría al llevar a cabo el tremendo sacrificio, midiendo por su dolor presente su dolor venidero.

Hacía una media hora que estaba entregada a tan tristes reflexiones, cuando se dejó oír junto a la puerta la voz de Juan Oullier, quien, con el cariñoso acento que sólo usaba con las hijas del marqués, le decía:

—¿Pero, qué tenéis, señorita María?

Estremeci6se 6sta como si despertara de un sue6o y, haciendo un esfuerzo para sonreírse, contest6 con visible embarazo:

—Nada, querido Juan, nada; te lo juro.

Contempl6la Juan Oullier atentamente y mene6 la cabeza con aire de duda, y acerc6ndose a ella la pregunt6 en tono de suave y respetuosa reconvenci6n:

—¿No ten6is confianza en Oullier? ¿dud6is, por ventura, de mi amistad?

—¡Yo! ¡yo! —exclam6 María.

—Se6orita, es preciso que vos dud6is cuando trat6is de engañarme.

María le tendió la mano y tom6ndola Juan Oullier entre las suyas, 6speras y endurecidas, la dijo mir6ndola tristemente:

—Creedme, se6orita, no hay lluvia sin nubes, ni llanto sin pesar. ¿Os acord6is de cuando erais ni6a todavía y llorabais porque Berta había arrojado vuestras conchas al pozo? ¿Os acord6is de que yo hice quince leguas de camino en una noche para traeros de la orilla del mar lo que tantas lágrimas costaba a vuestros lindos ojos?

—Sí, querido Juan —repuso con ternura María, que necesitaba desahogarse con alguien.

—Pues bien —dijo Juan Oullier—, aunque desde entonces he envejecido bastante, mi cari6o por vos ha crecido; decidme qué os apesadumbra, y si hay remedio lo encontraré; si no lo hay, dejadme llorar con vos.

Harto comprendía María que era muy difícil engañar a un servidor tan solícito y perspicaz; así es que al cabo de un momento de duda, ruboriz6se y sin confesar la causa de su dolor trat6 de explicarla diciendo:

—Lloro al pensar que esta guerra tal vez cueste la vida a todas las personas que amo.

¡Desdichada María! desde la noche anterior había aprendido a mentir.

Juan Oullier no cay6 en el lazo, y contest6 moviendo la cabeza:

—No, querida María, no es 6sa la causa de vuestras lágrimas. Cuando las personas de la edad del marqués y mía nos entusiasmos viendo sólo en el combate la victoria, no es admisible que un coraz6n joven y entusiasta como el vuestro prevea los desastres.

María se conmovió y repuso con embarazo:

—Sin embargo, Juan, te aseguro que es así.

Y tomando una actitud risueña, cuyos buenos efectos había experimentado varias veces con Juan Oullier, le mir6 de hito en hito; pero 6ste contest6, con mayor gravedad e inquietud que anteriormente:

—Os digo que no.

—Entonces, ¿qué es?

—¿Quer6is que os lo diga?

—Dilo, si lo sabes.

—Me es muy doloroso; pero, puesto que lo quer6is, os contestaré que la causa de vuestro pesar es ese picarillo bar6n Michel.

María se puso blanca como las cortinas de la cama y contest6 tartamudeando y llena de agitaci6n:

—¿Qué significan vuestras palabras?

—Que hab6is observado, como yo, y no con el mayor gusto, lo que pasa; con la única diferencia que como yo soy hombre, rabio, y como vos sois ni6a, llor6is.

María exhaló un sollozo al sentir que Juan Oullier ponía el dedo en la llaga y éste prosiguió diciendo como si hablara consigo mismo:

—No lo extraño. A pesar de que esos pícaros os llaman las *Lobas*, no dejáis por eso de ser mujeres y de las más excelentes que Dios ha criado.

—Os juro que no os comprendo.

—Al contrario, me comprendéis bien. ¡Qué demonio! para no haberlo visto habría sido necesario estar ciego, pues ella no lo disimula mucho que digamos.

—¿De quién hablas? concluye de una vez, ¿no ves que estoy sufriendo?

—¿De quién queréis que hable sino de la señorita Berta?

—¿De mi hermana?

—Sí, de vuestra hermana que se pavonea con ese barbilampiño y hasta quiere llevárselo a la guerra; diríase que lo ha cosido a su saya para que no se le escape; ni aun repara en las habladurías a que puede dar lugar entre los criados, ni en ese tuno de notario que lo observa todo con socarronería y en disposición de cortar la pluma para extender el contrato de bodas.

—Suponiendo que todo eso fuese cierto —contestó María, poniéndose muy colorada—, ¿qué mal haría en ello?

—¡Cómo! preguntáis que... Hacedme el obsequio de no hablarme más de ello, señorita; aun me hierve la sangre al recordar que he visto ahora mismo a la señorita Berta...

—Hablemos de ello, Oullier. ¿Qué decíais de Berta? —interrogó la joven, mirando ansiosamente al guarda, quien contestó irritado:

—La señorita Berta de Souday ataba la banda blanca al brazo de Michel... ¡Los colores que llevaba Charrette en el brazo del hijo de aquel que!... Vamos, señorita María, mejor es no recordarlo. Satisfecha puede estar vuestra hermana de que el marqués se halle enojado conmigo en este instante.

—¡Mi padre! ¿Le has hablado acaso?...

María no se atrevió a proseguir y Juan repuso:

—Sí, señorita.

—Cuándo.

—Esta mañana al darle una carta de Perico y después al entregarle la lista de los hombres de su división que marcharán con nosotros. La lista no es tan numerosa como creíamos; pero, en fin, se hace lo que se puede. ¿Sabéis lo que me ha contestado, cuando le pregunté si ese señorito era de los nuestros?

—No —respondió María.

—¡Vive Dios! —me ha contestado—, reclutas tan mal, que me veo obligado a darte auxiliares. Sí, el señor Michel será de los nuestros, y si no estás contento, quéjate a Berta, que lo ha alistado.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, y por lo mismo voy a hablar en seguida a la señorita.

—Cuidado que se lo digas, amigo Juan.

—¿Por qué motivo?

—Porque no es justo apesadumbrarlos y lastimar el amor propio de Berta, porque le ama —añadió María, con voz casi imperceptible.

—¿Así, pues, confesáis que le ama?

—No puedo menos de decirlo.

—Amar a un monigote que un soplo derribaría —continuó Oullier—. ¿Y es posible que vuestra hermana piense en cambiar su nombre, uno de los más antiguos y gloriosos del país, por el de un traidor, de un miserable?

—Juan —dijo María, con el corazón oprimido—, vas demasiado lejos, te prohíbo decir esas cosas.

—No será, os lo juro —continuó Juan Oullier, sin prestar atención a María, y paseándose agitadamente por el aposento—. No, no será, lo repito, pues si nadie vela aquí por vuestra honra, yo me encargaré de ella, y antes de ver mancillada la gloria de la casa de Souday, le...

Y como hiciese un gesto muy significativo, María exclamó, casi cayendo de rodillas y en tono suplicante:

—No, Juan, no lo harás.

El vendeano retrocedió espantado, diciendo:

—¿También vos, señorita, vos también?

María, sin darle tiempo a que terminara aquellas palabras, exclamó:

—Considerad, Juan, el disgusto que causaríais a mi pobre hermana.

Juan Oullier quedó asombrado y mirándola con recelo, cuando se oyó en aquel momento la voz de Berta, que encargaba a Michel que fuese a esperarla en el jardín, y casi en el mismo momento la joven abrió la puerta, diciendo a su hermana:

—¿Todavía estás así?

Miróla luego con más atención, y notando la alteración de su semblante, añadió:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? Y tú, Juan, ¿por qué estás tan conmovido? ¿Ocurre algo?

—Voy a decíroslo —contestó Oullier.

—No, no —exclamó María—, cállate, te lo ruego.

—¿Sabéis que me asustáis con esos preámbulos, y que el aire inquisitorial con que Juan me está mirando, parece acusarme de un gran crimen? Habla, amigo Juan, habla; estoy dispuesta a ser indulgente, pues hoy se realiza mi sueño dorado, el de compartir con vosotros el más hermoso privilegio de los hombres: la guerra.

—Sed leal, señorita Berta —replicó Oullier—. ¿Es éste el motivo de vuestra alegría?

—Ya comprendo —respondió Berta, entrando francamente en la cuestión—: el mayor general Oullier está quejoso de que yo le haya usurpado sus funciones.

Y volviéndose hacia María, le dijo:

—Apuesto que se trata del pobre Michel.

—Habéis dado en el *quid* —contestó Oullier, sin dar tiempo a María para que contestara.

—¿Y qué tenéis que decir? Mi padre está muy contento con un soldado más, y nada veo en esto que pueda provocar vuestro enojo.

—Diga lo que quiera vuestro padre, nosotros tenemos nuestra opinión.

—¿Cuál es?

—Que lo mejor sería que cada cual permaneciera en su campo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Michel no está en el suyo.

—¡Cómo! ¿Acaso no es realista? Me parece que desde hace dos días ha dado bastantes pruebas de adhesión.

—Lo concedo —dijo Juan Oullier—; pero nosotros, los aldeanos, acostumbramos decir: tal padre, tal hijo, y no podemos creer en el realismo del señor Michel.

—Ya os sabrá obligar a creerlo.

—No digo que no; pero, mientras tanto...

El vendeano frunció el entrecejo.

—Mientras tanto, ¿qué? acabad de una vez.

—Nadie conseguirá que veteranos como yo y algunos otros, vayan al lado de un hombre que no tiene simpatía.

—¿Y qué tenéis que reprobarle? —preguntó Berta, enojada.

—Todo.

—Eso no es decir nada.

—Su padre, su cuna.

—¡Siempre la misma tontería! Sabed, maese Oullier —repuso Berta—, que precisamente por ese motivo me intereso más por él.

—¿Cómo así?

—Sí, me indigna oír las injustas reconvenciones que se le hacen; estoy cansada de oír se le achaquen como una falta, una cuna que él no ha escogido, y un padre que no conoció jamás; delitos que, ni él ni su padre, tal vez, han cometido. Os repito que eso me indigna, Juan, y me disgusta extraordinariamente, y os añado que tengo por acción noble y generosa el animarle y ayudarle a reparar el pasado, si es necesario, de manera que en lo sucesivo se vea libre de toda calumnia.

—No obstante —contestó resueltamente Juan Oullier—, bastante le costará que yo respete su nombre.

—Lo respetaréis, cuando ese nombre sea el mío —replicó Berta con firmeza.

—¿Qué decís, señorita? Os escucho y no os creo.

—Preguntádselo a María —agregó Berta, señalando a su hermana, que estaba escuchando esta conversación con notable angustia—; preguntádselo a ella, pues se lo he confiado todo. Mirad, Juan, el disimulo me repugna; me alegro mucho que lo sepáis todo, y de poderos decir con absoluta franqueza que le amo.

—¡No lo repitáis, señorita Berta, no lo repitáis! Aunque pobre aldeano, cuando erais muy niña me disteis el derecho de daros el nombre de hija, y os he amado a las dos como un verdadero padre, pues bien; el anciano que veló junto a vuestra cuna, que os acariciaba en sus rodillas y que a nadie ama en el mundo tanto como a vosotras, os lo pide de rodillas; ¡no améis a ese hombre, señorita Berta!

—¿Y por qué? —preguntó ésta, impaciente.

—Porque os juro por la salvación de mi alma, que ese matrimonio es monstruoso, imposible.

—Tu cariño te hace exagerar las cosas; puedes estar convencido de que me ama de veras.

—Entonces —dijo Juan Oullier, con profundo desaliento—, al fin de mis años me veré obligado a buscar otro apoyo y otro albergue.

—¿Por qué?

—Porque Juan Oullier, a pesar de su pobreza, jamás se resignará a vivir junto al hijo de un renegado, de un traidor.

—Calla, Juan —exclamó Berta—, mira que yo también te puedo lacerar el corazón.

—Juan, callad, por Dios —añadió María.

—No —contestó Oullier—, quiero que sepáis cuál es el nombre que tanto empeño tenéis de cambiar por el Vuestro.

—¡Basta! —replicó Berta, con acento amenazador—; hasta ahora mi corazón ha vacilado para saber si amaba a ti más que a mi padre; pero, si vuelves a proferir una palabra injuriosa contra Michel, ya no serás para mí sino un...

—Un lacayo, ¿no es cierto? ¡Sí! un lacayo que toda su vida ha cumplido su deber, un lacayo que tiene el derecho de decir en voz alta: ¡maldito sea el nombre de quien vendió por oro a Charrette, como Judas a Cristo!

—¿Qué me importa lo que ocurrió hace treinta y seis años, dieciocho antes que yo naciera? Yo conozco al hijo y no al padre, y le amo; si su padre, que no lo creo, cometió semejante felonía, rodearemos de tanta gloria el nombre de Michel, que todos tengan que humillarse ante el que lo lleva; y tú me ayudarás a ello, Juan, porque le amo, y sólo la muerte podrá extinguir mi amor.

Exhaló María un débil gemido, que oyó Oullier, y encontrándose entre el dolor de María y la cólera de Berta, el viejo vendeano cayó anonadado en una silla, y tapóse el rostro con las manos, llorando con desesperación. Conmovióse Berta, y arrodillándose ante él, le dijo:

—Considera cuánto he de amarle, para que casi haya olvidado el cariño que te profeso.

Juan Oullier movió tristemente la cabeza, y Berta prosiguió diciendo:

—Me explico tu antipatía y repugnancia; paciencia, amigo mío, paciencia y resignación; sólo Dios podría quitarme ese amor, y quitármelo sería matarme; deja que el tiempo demuestre cuan injustas son tus prevenciones, y que el hombre que amo es muy digno de mí.

En esto, oyóse la voz del marqués, que llamaba a Juan Oullier, con acento de una gravedad inusitada.

—¡Cómo!—preguntó Berta, deteniendo a Juan—, ¿te vas sin contestarme?...

—El señor marqués me llama, señorita —repuso fríamente el vendeano.

—¡Señorita! —exclamó Berta—. ¡Señorita! Corriente; ten entendido que no quiero que de ninguna manera se insulte al señor Michel, y si algo le sucede, le vengaré, no en ti sino en mí misma; ya sabes, Juan, que acostumbro cumplir lo que prometo.

Aproximóse el anciano a Berta y la dijo, asiéndola por el brazo:

—Tal vez sería mejor eso, que ser su esposa.

Y como el marqués siguiese llamando, salió precipitadamente, dejando a Berta admirada de su tenacidad, y a María llena de terror ante la violencia del amor de su hermana.

**DE COMO EL BARÓN MICHEL LLEGÓ A SER
AYUDANTE DE CAMPO DE BERTA**

Juan Oullier bajó al patio precipitadamente, quizás con más deseos de dejar a la joven, que de acudir a la voz del marqués y encontró a éste hablando con un aldeano lleno de barro y bañado en sudor, que le participaba la entrada de los soldados en la casa de Picaut, limitándose a dar esta simple noticia, por haber sido apostado en el camino de la Sablonnière, con encargo de avisar al castillo de Souday si veía entrar tropa en la casa.

El marqués hallábase muy agitado y exclamaba en el mismo tono en que Augusto decía: ¡Varo, Varo!

—¡Oullier! ¡Oullier! ¿Por qué te fiaste de los demás? Si ha sucedido alguna desgracia, mi pobre casa está deshonrada.

Juan Oullier inclinó la cabeza sin contestar y quedóse taciturno y sombrío, actitud que exasperó al marqués.

—Mi caballo! ¡Pronto! —exclamó—. Si el personaje aquel que ayer llamé amiguito, ha caído prisionero, es preciso que muramos todos en su defensa para demostrarle que no éramos indignos de su confianza. ¡Cómo! ¿no quieres traerme el caballo? —añadió el marqués, viendo que Juan Oullier meneaba la cabeza.

—Y tiene razón— dijo Berta, que llegaba en aquel instante—; la precipitación podría echarlo a perder todo; y dirigiéndose al mensajero, le preguntó—: ¿Has visto salir de la casa a los soldados y llevarse a los prisioneros?

—No; sólo les he visto penetrar en el huerto.

—¿Puedes responder de la dueña de la casa? —preguntó Berta, dirigiéndose a Oullier.

Miróla éste severamente y le contestó:

—Ayer os dije que respondía de ella como de mí mismo; pero...

—Continúa, Juan.

—Pero hoy —agregó suspirando—, dudo de todo, señorita.

—Vamos, vamos —dijo el marqués—, no perder tiempo en vano; tráeme el caballo, y dentro de diez minutos sabré a qué atenerme.

Berta le detuvo, y él prosiguió encolerizado:

—¿Es éste el modo de obedecerme en casa? ¿Cómo queréis que los demás me respeten?

—Vuestras órdenes son sagradas, padre mío, sobre todo para vuestras hijas; pero vuestro celo os compromete demasiado: considerad que los dos personajes que tanta inquietud os causan, no son a los ojos del mundo más que dos sencillos aldeanos, y que si viesen al marqués de Souday preguntar por ellos con tanta solicitud, sus enemigos entrarían inmediatamente en sospechas.

—La señorita Berta tiene razón —añadió Oullier—; vale más que vaya yo.

—Ni vos tampoco —añadió Berta.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? porque os arriesgaríais demasiado.

—Más me he arriesgado esta mañana sólo para ver qué clase de proyectil había herido a mi pobre *Patou*.

—Os repito que, después de lo que ha pasado esta noche, no es prudente presentaros de nuevo a los soldados; necesitamos para esta comisión a un hombre que pueda llegar hasta ellos, e informarse de lo que ha acontecido, y, si es posible, de lo que ha de acontecer.

—Si ese Lorient no se hubiese obstinado en volver a Machecoul —dijo el marqués—; yo creo que tuve un presentimiento, cuando quise alistarle en mi división.

—Allí está el señor Michel —dijo Oullier irónicamente—, aunque haya diez mil hombres alrededor de la casa le dejarán entrar en ella, pues de fijo ni el más ladino sospechará el objeto que le lleva.

—Tiene razón —repuso Berta, aparentando no haber comprendido el tono en que hablaba el viejo guarda.

—¡Caramba! —repuso el marqués—; a pesar de sus apariencias un si es o no es afeminadas, convengamos en que ese mozo nos es utilísimo.

Mientras tanto, iba acercándose el barón y aguardaba respetuosamente las órdenes del señor de Souday; mas en cuanto vio que éste aceptaba la proposición de Berta, aproximóse a ésta con rostro radiante de júbilo, y la gozosa joven le dijo:

—¿Estáis dispuesto a hacer lo necesario para salvar a Perico?

—Señorita, estoy dispuesto a hacer cuanto os plazca, a fin de probar al señor marqués mi reconocimiento por la benévola acogida que se ha dignado dispensarme.

—Tomad un caballo, y sin arma alguna, partid a escape y entrad en la casa, como llevado por la curiosidad, y ved si nuestros amigos corren peligro...

Berta le interrumpió, diciendo:

—Si nuestros amigos se hallan en peligro, encended una hoguera en el grande erial; entretanto, Juan habrá reunido gente, y entonces volaremos en su auxilio.

—¡Bravo! —exclamó el marqués de Souday—; siempre he dicho que Berta es la mejor cabeza de la casa.

Satisfecha y llena de orgullo, la joven contemplaba al mancebo, que se alejaba en aquel momento en busca de un caballo, y dijo a su hermana que se acercaba lentamente:

—¿No cambias de traje, María?

—No, Berta.

—¿Por qué?

—Estoy bien así —observó María, sonriéndose tristemente—; en un ejército se necesita quien cuide de los heridos y moribundos, y quiero ser vuestra hermana de la caridad.

Berta miró a su hermana llena de admiración, e iba evidentemente a preguntarla el motivo de tan extraña resolución, cuando apareció Michel montado ya y dirigiéndose a Berta le dijo:

—No me habéis indicado, señorita, más que lo que debo hacer si ha sucedido alguna desgracia a nuestros amigos. ¿Y si Perico está sano y salvo?

—En tal caso, volved para tranquilizarnos —repuso el marqués.

—No —añadió Berta, con intento de encomendar a su amado un papel más brillante—, con tantas idas y venidas infundiría sospechas a la tropa de estos alrededores; mejor será que os quedéis en casa de Picaut o en sus cercanías, y que al cerrar la noche nos esperéis en la encina de Jailhay. ¿La conocéis?

—Sí, se encuentra en el camino de Souday.

Michel conocía todas las encinas de este camino.

—Bueno —dijo Berta—, nosotros estaremos escondidos por allí, y nos reuniremos con vos así que oigamos alguna señal, que consistirá en imitar tres veces el canto del búho y otra el de la lechuza.

—Conque en marcha, señor Michel.

—Saludó el barón al marqués y sus hijas, e inclinándose sobre el pescuezo de su cabalgadura, partió al galope. Era excelente jinete, y Berta echó de ver que al doblar la puerta cochera hizo dar al caballo un habilísimo cambio de mano.

—Parece imposible —decía el marqués, entrando en el castillo—, que de un rústico, se haga con facilidad un hombre hecho y derecho, interviniendo las mujeres, por supuesto. Me agrada ese mancebo.

—No se hacen con tanta facilidad los hombres de corazón —contestó Oullier.

—Juan —replicó Berta—, olvidáis mi recomendación.

—Os engañáis, señorita; por lo mismo que nada olvido, sufro tanto; hasta ahora, había tomado por presentimiento mi aversión a ese mozo, y desde hoy temo que se trueque en remordimiento.

—¿Vos un remordimiento, Juan?... ¿Qué tenéis que reprocharos?

—A él nada le he hecho —repuso Oullier con acento sombrío—; pero, a su padre...

—¿Qué le hiciste? —preguntó Berta, estremeciéndose.

—Un día cambié de nombre para él y me llamé *Castigo*.

—¿Cómo! —replicó la joven recordando lo que se contaba en el país a propósito del padre del barón—. ¿No le mataron en una cacería?

—No, lo maté yo, y bien podría ser que el hijo vengase a su padre pagándonos en la misma moneda.

—¿Por qué?

—Porque vos le amáis con delirio.

—¿Y qué?

—Estoy convencido de que él no os ama.

Berta, herida en el corazón, encogióse de hombros con desdén, experimentando casi un sentimiento de odio hacia el viejo vendeano.

—Mejor es que os ocupéis de reunir vuestra gente, pobre Juan.

—Obedezco, señorita —repuso Oullier dirigiéndose a la puerta.

Berta entró sin mirarle, y llamando Juan Oullier al aldeano que acababa de traer la noticia, le preguntó:

—¿Ha entrado alguien en casa de los Picaut antes que los soldados?

—Sí, el señor alcalde de La Logerie.

—¿En casa de José o de Pascual?

—En la de Pascual.

—¿Estás seguro de haberlo visto?

—Sí, de igual modo que os veo a vos.

—¿Hacia dónde se ha dirigido al salir?

—Ha tomado el camino de Machecoul.

—Por el cual han venido luego los soldados, ¿no es cierto?

—Sí, un cuarto de hora después de la salida del alcalde.

—Está bien —dijo Juan Oullier.

Y extendió el puño en dirección a La Logerie, exclamó:

—¡Courtin, Courtin, estás tentando a Dios! Ayer mataste a mi perro, y hoy has hecho una traición. Eso es demasiado, se me acaba la paciencia.

LOS CONEJOS DE MAESE JAIME

Al sur de Machecoul, extendíanse los bosques de Touvain, Grande-Lande y Roca-Serviere, formando triángulo alrededor del pueblo de Legé; bosques de escasa importancia, si por separado se consideran, pero que, situados a tres kilómetros unos de otros, se enlazan por medio de setos y campos de retama y aliaga, constituyendo así un espesísimo bosque, donde en tiempo de la guerra civil se encuentra la insurrección antes de extenderse a las comarcas circunvecinas. Patria del famoso médico Joly, la aldea de Legé fue casi siempre cuartel general de Charrette, el cual iba a refugiarse en ella a cada derrota para rehacer sus diezmadas filas y aprestarse para nuevos combates. A pesar de que en 1832 la carretera de Nantes a Sables-d'Olonne pasando por Legé modificase su situación estratégica, sus quebrados y frondosos alrededores constituían uno de los focos más ardientes del movimiento que se preparaba. En sus impenetrables setos de acebos y helechos entrelazados, ocultábanse pandillas de desertores que iban engrosando cada día y debían ser muy útiles a las divisiones insurrectas del país de Retz y de la Píame. Habiendo sido infructuosas las pesquisas practicadas por la autoridad en aquellos bosques, corría la voz de que los insurgentes habían abierto cuevas subterráneas a imitación de las que tenían los chuanes en las selvas de Gralla, y estos rumores no carecían de fundamento.

Al caer la tarde del día en que salió Michel del castillo de Souday dirigiéndose a la morada de los Picaut, cualquiera que se hubiese ocultado detrás de una de las hayas que rodean la casa de Folleron en la selva de Touvain, habría presenciado un curioso espectáculo. Descendía el sol a su ocaso, dorando las copas de los árboles y, entre la sombra que, esparciéndose ya por el soto, parecía subir de la tierra, hubiera visto venir de lejos a un personaje a quien con un poco de buena voluntad habría tomado por un ente fantástico, quien andaba lentamente y miraba cauteloso en torno suyo, tarea tanto más fácil, cuando a primera vista aparentaba tener dos cabezas para velar por su seguridad. Vestido con chupa y unos que pretendían ser calzones, cuyo paño primitivo había desaparecido a fuerza de remiendos y pedazos de varios colores, ese desarrapado personaje llevaba trazas de ser uno de los monstruos bucéfalos que ocupan un lugar distinguido entre los rarísimos fenómenos que la naturaleza crea en sus horas de insensata fantasía; y aunque unidas al mismo tronco, las dos cabezas no se parecían lo más mínimo, pues al lado de una cara estúpida picada de viruelas y con barba de zamarro, aparecía otro rostro menos repugnante, lleno de astucia y malicia en su fealdad, mientras el primero expresaba un idiotismo que a veces rayaba en bestialidad.

Ya se puede adivinar que esas dos fisonomías eran las de los dos personajes que conocimos en la feria de Montaigu, a saber: Alain Pocogozo, al tabernero, y perdónesenos el apodo acaso demasiado expresivo, pero bien aplicado; y el Trapacero Piojoso, el mendigo de fuerza hercúlea, que en el motín de Montaigu había hecho su papel, derribando al general de su caballo. Merced a un cálculo acertado. Pocogozo había encontrado un medio de completarse adhiriéndose a aquella especie de carga que felizmente había encontrado, y como Piojoso simpatizaba por la causa que ambos iban a pelear, se le hacía más llevadera la carga y de esta manera Pocogozo había vuelto a adquirir las dos piernas que dejó en el camino de Ancenis, pues contaba con unos

miembros infatigables que al momento obedecían, siendo suficiente para ello una pequeña señal, un golpe o una ligerísima presión en el hombro del mendigo. Prodigábale los más exquisitos cuidados, desmintiendo, en cierto modo, el idiotismo que con sobrada razón se le achacaba, y al llevarle en hombros, nunca se le ocurrió mirar si se le lastimaban los pies en algún guijarro o se los arañaban las zarzas y espinos, cuidando con el mayor esmero en apartar las ramas que pudieran lastimar a su compañero.

Al llegar nuestros dos hombres a la tercera parte del descampado, dio Pocogozo un golpecito en el hombro de Piojoso, y el gigante hizo alto. Sin decir palabra, entonces le indicó con el dedo una grandísima piedra que había al pie de una corpulenta haya, al ángulo derecho del claro: Piojoso se dirigió al haya, y tomando la piedra esperó órdenes.

—Da tres golpes —dijo Alain.

Diolos Piojoso pausadamente y, alzándose de pronto una trampa cubierta de musgo, cuya solución de continuidad nadie hubiera sabido encontrar, surgió de la tierra, como por encanto, una cabeza humana.

—¡Hola! —dijo Pocogozo—, ¿conque sois vos, maese Jaime, quien está en acecho en la gazapera?

—¡Diantre! es preciso estar alerta.

—Hacéis muy bien, pues no faltan fusiles en la llanura.

—¡Hombre! cuéntame algo.

—Con mucho gusto.

—¿Quieres entrar?

—No, Jaime; hace demasiado calor, ¿no es cierto, Piojoso?

El pordiosero dio un gruñido que podía muy bien interpretarse por una respuesta afirmativa.

—¿Toma? ¡ha hablado! ¿no decían que era mudo? Ha sido una gran suerte para ti, Piojoso, que Pocogozo te haya cobrado tanto cariño; pues ahora casi eres un hombre como los demás, sin contar que tienes el sustento asegurado como los perros de buena casa.

El mendigo abrió su enorme boca y dio un rugido que a no atajarlo Alain tenía trazas de no concluir jamás.

—Este animal siempre cree estar en la plaza de Montaigu —dijo Pocogozo.

—Ya que no quieres entrar —añadió maese Jaime—, haré salir los *conejos*, pues, según decíais, hace en el subterráneo un calor de dos mil demonios, y creo que algunos ya están achicharrados; no obstante, es necesario confesar que esos tunantes se quejan por costumbre.

—No son como éste —contestó Alain, descargando sobre la cabeza del elefante un tremendo puñetazo—; Piojoso nunca se queja.

Piojoso, al recibir aquella muestra de cariño, echóse a reír bestialmente, e hizo con la cabeza una señal como queriendo demostrar a Pocogozo su gratitud por la muestra de amistad que acababa de darle.

Maese Jaime, personaje nuevo que acabamos de presentar a nuestros lectores, tendría cincuenta o cincuenta y cinco años y todos le hubieran tomado por un colono de la comarca de Retz. Sus cabellos le flotaban por los hombros, llevaba la barba afeitada con el mayor esmero, una rica chupa de paño casi de moda, en comparación de las que se usaban en la Vendée; chaleco de lo mismo con anchas listas blancas y anteadas; calzones

de lienzo casero, únicas prendas que le asemejaban un tanto a sus camaradas. Las armas que en aquel instante llevaba eran dos pistolas cuyas relucientes culatas le levantaban la chupa. Tenía una apariencia bonachona y apacible fisonomía; era el jefe de una de las partidas más audaces del país y el chuán más temible de diez leguas a la redonda. Quince años hacía que empuñaba las armas, a pesar de que algunas veces se había visto en apuros, haciendo cara a brigadas enteras con dos o tres hombres; así es que su arrojo y buena fortuna habían originado entre el pueblo supersticioso del Bocage la idea de que era invulnerable a las balas de los azules; y a los pocos días de la revolución de julio, cuando anunció maese Jaime que volvía a entrar en campaña, todos los desertores fueron a agruparse en torno de su bandera, formando en muy poco tiempo una respetable partida. Luego de tener con Pocogozo el corto diálogo que acabamos de transcribir, inclinóse maese Jaime hacia la cueva y dio un extraño silbido, a cuya señal salió de las entrañas de la tierra un zumbido parecido al de las abejas cuando salen de la colmena, y algunos pasos más allá y entre dos espesos matorrales, levantóse verticalmente sobre cuatro pies un ancho zarzo cubierto como la trampa de césped y hojarasca, dejando ver la boca de una especie de silo del cual salieron uno tras otro hasta veinte hombres cuyos trajes y ademanes estaban muy lejos de alcanzar la pintoresca elegancia que caracteriza a los bandidos que salen de las cavernas de cartón de la Ópera Cómica, unos con uniformes parecidos al de Piojoso, y otros con chaquetas de paño o de lienzo. Notábase la misma variedad en el armamento, pues tres o cuatro llevaban fusiles de munición, otros con escopetas, y algunos solamente pistolas; en cuanto a las armas blancas, maese Jaime era el único que llevaba sable y veíanse, además, dos picas que procedían de la primera guerra y ocho o diez horquillas bien aguzadas.

Cuando todos esos valientes estuvieron reunidos en el claro, sentóse maese Jaime en el tronco de un árbol derribado, y Piojoso dejó a su lado a Alain, alejándose después a alguna distancia.

—Sí, amigo Alain —dijo maese Jaime—, los lobos están de caza, y me alegro que te hayas tomado la molestia de avisarme. ¡Cómo! —añadió de repente, con extrañeza—, ¿tú por aquí? ¿No caíste en el garlito al mismo tiempo que Oullier? Que él se escapara al atravesar el vado de Pontfarcy, no me admira, pero ¿cómo te escabulliste tú, sin piernas?

—Para algo sirven las de Piojoso —repuso Alain riendo—, pinché un poquillo al gendarme que me había apresado, y parece que entonces tuvo a bien soltarme, y, además, los puños de mi compañero Piojoso hicieron el resto. Y ¿quién os lo ha dicho, maese Jaime?

Encogióse éste de hombros con aire indiferente, y sin contestar a la pregunta que, sin duda, le parecía ociosa, agregó:

—¿Has venido, por ventura, para avisarme que se ha aplazado el movimiento para más tarde?

—No, sigue fijado para el día veinticuatro.

—Mejor, pues ya empezaban a impacientarme tantas dilaciones.

—Paciencia, no tendréis que aguardar mucho tiempo.

—¡Cuatro días!

—¿Qué queréis decir?

—Que con tres me sobran. Yo no soy tan afortunado como Juan Oullier, que anoche los ha descalabrado en la cuesta de Baugé.

—Ya me lo han referido.

—Por desgracia, se han desquitado de un modo cruel — dijo maese Jaime.

—¿Cómo?

—¿No lo sabíais?

—No; vengo de Montaigu. ¿Qué ha sucedido?

—Que han muerto en casa de Picaut a un bravo mancebo a quien apreciaba mucho, aunque simpatizo poco con los de su casta.

—¿A quién?

—Al conde de Bonneville.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo a las dos de la tarde.

—¿Cómo diablos lo habéis sabido?

—¿Acaso ignoro cuanto puede serme de alguna utilidad?

—Entonces no sé si vale la pena de deciros la causa de mi venida.

—¿Decid, por qué?

—Quizás ya lo sabéis.

—Probablemente.

—Quisiera estar seguro de ello.

—¿De veras?

—Sí, pues no necesitaría daros una embajada de la cual me he encargado muy a disgusto.

—¡Ah! ¿vienes de parte de *esos señores*? Entonces...

A esas palabras que maese Jaime pronunció con acento amenazador y despreciativo, Alain repuso:

—Sí, y Juan Oullier, a quien acabo de encontrar, me ha dado también un encargo para vos.

—¡Juan Oullier! Si vienes de su parte es distinto; ése ha realizado una acción que le ha conquistado todas mis simpatías.

—¿Cuál?

—Es un secreto; sepamos antes qué quieren esos señorones.

—El jefe de tu división es quien me envía.

—¿El marqués de Souday?

—El mismo.

—¿Qué desea el señor marqués?

—Se queja de que tus frecuentes salidas llaman la atención de la tropa e irritas con tus exacciones a los pueblos, paralizando de antemano el movimiento general, haciéndolo más difícil.

—Pero ¿por qué no lo verificaban antes? A Dios gracias, hace tiempo que estamos esperando ese movimiento, y, por mi parte, desde el treinta de julio...

—Además...

—¿Hay más aún?

—Te manda...

—¿Cómo! ¿me manda?

—Tú obedecerás o no, pero él te manda...

—Oye, Pocogozo, de antemano juro que desobedeceré.

—Pues, sabrás que te manda que te abstengas de detener diligencias y viajeros y permanezcas quieto hasta el día veinticuatro.

—Basta que lo haya mandado para que yo jure desvalijar al primero que caiga en mis manos esta noche. Quédate aquí, y mañana por toda respuesta irás a contarle todo lo que hayas visto.

—No hagas tal, Jaime.

—Vaya si lo haré.

—Reflexiona que vas a comprometer nuestra causa.

—Puede ser, pero así probaré a ese viejo, a quien no he nombrado jefe ni cosa que lo valga, que yo y los míos nada tenemos que ver con él. Ahora, si gustas, dime qué encargo traes de mi amigo Oullier.

—Le encontré a la altura del puente de Serviére; preguntándome él a dónde iba, le he contestado que venía a verte, y me ha dicho: «Dile a maese Jaime si podría desocupar su madriguera para ocultar en ella a cierto sujeto».

—¡Diantre! ¿acaso le ha nombrado?

—No, Jaime.

—No le hace; viniendo de parte de Oullier, será muy bien recibido, pues no es hombre que molesta a los demás sin necesidad; muy distinto de esa caterva de señorones que sólo sirven para meter ruido y enredar.

—Hay de todo —repuso filosóficamente Alain.

—¿Cuándo vendrá ese sujeto incógnito?

—Esta noche.

—¿Cómo le conoceré?

—Le acompañará Juan Oullier.

—¿Y nada más se le ofrece?

—Desearía que se alejase del bosque a toda persona sospechosa y que hicieseis dar una batida por todos estos alrededores, vigilando sobre todo el camino de Grandlieu.

—Ya lo ves, el jefe de división «manda» que no se detenga a nadie, y Oullier me pide que limpie el camino de importunos: razón de más para que cumpla la palabra que acabo de darte. ¿Cómo sabrá Juan Oullier si puede acercarse sin peligro?

—Yo le daré la señal.

—¿De qué modo?

—Colocando en la encrucijada de la Benate una rama de acebo con quince hojas.

—¿Te ha dado alguna otra seña?

—Sí; los que vengan dirán: «Vencer», y se les contestará «Vendée».

—Bien —repuso maese Jaime; y levantándose, fue al centro de la raza y llamando a cuatro hombres, les habló en voz baja, y al instante se alejaron en distintas direcciones. Mandó sacar de la cueva un cántaro de aguardiente, dio de beber a su compañero, y a los pocos momentos aparecieron cuatro hombres por los mismos puntos en cuya dirección se habían marchado los anteriores, lo cual indicaba un relevo de centinelas.

—¿Qué hay de nuevo? —interrogó Jaime.

—Nada —contestaron tres de ellos.

—¿Y tú, qué dices? —agregó dirigiéndose al cuarto—; tú tenías mejor puesto.

—Digo que la diligencia de Nantes iba escoltada por cuatro gendarmes.

—Veo que eres buen sabueso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pocogozo.

—Di a Oullier que no hay ningún pantalón rojo por estos contornos y que estoy a su disposición.

—Corriente —repuso Alain, quien durante el interrogatorio de los centinelas había preparado la rama de acebo—; enviaré a Piojoso.

—Volvióse luego a éste y le dijo—: Oye, Piojoso.

Maese Jaime le detuvo y agregó:

—¿Estás loco? ¿Qué harías sin piernas? ¿Acaso no hay aquí cuarenta hombres prontos a hacer lo que se les mande? ¡José Picaut!

Al oír su nombre, José, a quien ya conocemos, y que estaba durmiendo sobre la hierba, se incorporó de pronto.

—¡José Picaut! —repitió maese Jaime impaciente.

Levantóse éste refunfuñando, y llegóse a su capitán, quien le dijo:

—Toma esta rama de acebo, y sin quitar ninguna hoja, ve en seguida a dejarla en la encrucijada de la Benate, frente al Calvario, con la punta vuelta hacia Touvain.

Persignóse maese Jaime al pronunciar la palabra Calvario, y Picaut contestó de mal talante:

—Pero...

—¿Qué pero, ni qué?...

—Tengo molidas las piernas de tanto andar, acabo de correr cuatro horas y...

—José Picaut —replicó maese Jaime con voz estridente y sonora, como el sonido de un clarín—, has dejado tu hogar para alistarte en mi compañía, sin que yo haya ido a buscarte, y ten presente que a la primera observación hiero, y al primer murmullo mato.

Y diciendo esto, sacó maese Jaime una pistola y asestó un tremendo culatazo en la cabeza de Picaut, a quien se le dobló una rodilla. Fue tan fuerte el golpe, que, a no llevar el aldeano un sombrero grueso de fieltro, le hubiera partido el cráneo.

—Anda ahora —añadió maese Jaime, observando con la mayor tranquilidad que se le había derramado el cebo.

Levantóse José sin replicar, y después de seguirle Alain con los ojos hasta que hubo desaparecido, preguntó al capitán:

—¿Tenéis a ése en la compañía?

—¡No me hables!

—¿Hace mucho tiempo?

—Algunas horas.

—Mala adquisición.

—No diré yo lo mismo; es tan valiente como su difunto padre a quien conocí mucho; sólo necesita acostumbrarse a la subordinación y a la madriguera; es cuestión de tiempo.

—No diré que no; os pintáis sólo para educar a esa familia.

—Soy zorro viejo —y, avanzando un paso, añadió—: me ha llegado la hora de la ronda y tengo que dejarte. Ya sabes que Juan Oullier puede venir cuando le plazca, y tocante al jefe de división, esta noche tendrá mi respuesta. ¿Te ha encargado Oullier algo más? piénsalo bien.

—Nada más, amigo.

—Está bien; que venga, pues, a la cueva; mis *conejos* son como los ratones, que tienen varios agujeros. Conque hasta luego. Entretanto, come algo. ¡Hola! mucho me engaño o ya preparan la cena.

Bajó maese Jaime a la cueva, y habiendo subido luego con su carabina, cuyo cebo examinó cuidadosamente, desapareció entre los árboles.

Entretanto, habíase animado el claro, y ofrecía en aquel momento un aspecto de los más pintorescos. Habían encendido en el silo una grandísima hoguera, cuyo reflejo ascendía por la trampa e iluminaba los matorrales con extraños y fantásticos reflejos. Cocíase en aquel fuego la cena de los desertores esparcidos por el campo; unos estaban rezando el rosario, otros entonaban cantos nacionales, cuyas tristes y lánguidas melodías concordaban perfectamente con el carácter del paisaje. Dos bretones, echados de bruces junto a la boca del silo e iluminados por el fulgor que de él salía, jugaban a la taba algunas monedas, mientras un mozo, cuyo amarillento rostro desencajado por la fiebre que denotaba ser habitante de Marais, se afanaba en quitar el moho de una vieja carabina.

Habituado Alain a esta clase de escenas, no se preocupaba de ellas, y sentado en su lecho de hojarasca que Piojoso le había arreglado, fumaba tranquilo como en su taberna de Montaigu, cuando de repente oyó el lejano canto del búho, modulado de un modo siniestro y prolongado que indicaba un peligro. Alain silbó ligeramente para que los desertores guardaran silencio, y casi en seguida se oyó un tiro a unos mil pasos.

En un abrir y cerrar de ojos, apagaron el fuego con el agua que para semejantes casos tenían preparada, cerróse la trampa y los *conejos* de maese Jaime, incluso Alain, a quien su camarada se cargó a cuestras, se alejaron en todas direcciones, aguardando para obrar la señal de su capitán.

PELIGROS QUE SE PUEDEN HALLAR EN EL BOSQUE
CON UNA MALA COMPAÑÍA

Serían las siete de la tarde cuando, en compañía de Michel, salió Perico de la cabaña donde tan graves peligros corriera, en la que dejaba frío e inanimado al valiente conde, a quien tanto apreciaba a pesar de conocerle desde hacía poco tiempo; su animoso corazón se abatió, a la idea de que iba a correr sin Bonneville los peligros que durante cuatro o cinco días habían compartido, y si bien la causa real sólo perdió un soldado, Perico creyó haber perdido un ejército, y con el alma acongojada pensaba en los crueles horrores de las guerras civiles. Ese era el primer grano de la sangrienta semilla que iba a derramarse en la Vendée, y Perico se estremecía a la idea de que acaso no recogería más que duelos y pesares.

Perico se abstuvo de recomendar a la viuda el cuerpo de su compañero, pues había comprendido que, bajo su ruda corteza, le animaban los sentimientos más elevados y religiosos; cuando Michel llegó a la puerta conduciendo el caballo del diestro, advirtió a Perico que les eran preciosos los momentos, por estar aguardándoles sus amigos, y tendiendo éste la mano a la viuda, la dijo:

—¿Cómo podré agradeceros lo que por mí habéis hecho?

—Nada he hecho por vos —repuso la viuda—; he pagado una deuda y cumplido un juramento.

—¿Es decir —repuso Perico, con las lágrimas en los ojos—, es decir que ni siquiera queréis aceptar mi agradecimiento?

—Si os empeñáis en deberme algo, cuando roguéis por los que hayan muerto por vos, añadid algunas oraciones por los que hayan muerto por vuestra causa.

—¿Creéis —preguntó Perico, sonriendo en medio del llanto—, que Dios se dignará oír mis plegarias?

—Sí, porque os creo destinada a sufrir.

—A lo menos, aceptad esto —insistió Perico, quitándose del cuello una medalla pendiente de un cordoncito de seda negra—; es de plata, poca cosa; pero el Padre Santo la bendijo en mi presencia, diciéndome que Dios oiría los votos que ante ella se hicieran, siempre que fueran justos y piadosos.

La viuda tomó entonces la medalla, y dijo:

—Gracias; pediré al Señor que libre a nuestro país de la guerra civil y le conserve su grandeza y libertad.

—Bien; la última parte de vuestros ruegos estará conforme con los míos.

Dichas estas palabras, Michel le ayudó a montar a caballo, y haciendo una postrera señal de despedida a la viuda, ambos desaparecieron tras el vallado. Durante algunos minutos, Perico permaneció cabizbajo y sumido en melancólicas reflexiones; pero al fin, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y, a pesar del dolor que le oprimía, dijo a Michel, que a su lado caminaba:

—Caballero, sé de vos cosas que os han conquistado toda mi confianza; la primera, ayer

os debimos el aviso de la llegada de los soldados al castillo de Souday; la segunda, hoy venís en nombre del marqués y de sus amables hijas. Otra cosa desearía saber de vos, y es vuestro nombre, caballero, para no olvidarlo nunca.

—Os complaceré, señora; soy el barón Michel de La Logerie.

—¿De La Logerie? Creo que no es ésta la primera vez que oigo pronunciar este nombre.

—Efectivamente, señora; mi desventurado amigo Bonneville quiso un día acompañar a Vuestra Alteza a casa de mi madre.

—¿Qué estáis diciendo? —replicó Perico, interrumpiéndole—. ¿De qué Alteza habláis?

—Perdonad, Madame.

—¡Todavía!.

—Decía que mi pobre amigo Bonneville os acompañaba un día a casa de mi madre, y entonces tuve el honor y la dicha de poderos conducir al castillo de Souday.

—¿De modo que debo estar agradecido de vos por tres conceptos? No creáis que me arredre eso; acaso llegue el día en que pueda pagaros tan señalados servicios.

Balbuceó el joven algunas palabras, que no oyó Perico, y como las de éste le habían causado profunda impresión, conformándose desde entonces todo lo posible con la voluntad de su compañero, tocante al incógnito, tratóle, si era posible, con más miramientos y atenciones.

—Me parece recordar —continuó Perico, después de reflexionar un momento—, que según me dijo Bonneville, vuestra familia no es realista.

—En efecto, mad...

—Llamadme Perico o no me nombréis, y así saldréis del paso. ¿Así, pues, el honor de teneros por caballero lo debo a una conversión?

—Conversión fácil; a mi edad, las opiniones no son aún convicciones, sino sentimientos.

—¿Sois muy joven? —dijo Perico, examinando a su guía.

—Aun no he cumplido veintiún años.

—Hermosa edad para amar y combatir —exclamó Perico con un suspiro, al que contestó el barón con otro. Sonrióse al oírlo y agregó—: Ese suspiro, barón, habla muy alto acerca de vuestra conversión política; apostarí a que dos lindos ojos han contribuido a ello, y si los soldados de Luis Felipe os registrasen, probablemente os encontrarían una banda a la cual dan inestimable valor las manos que la bordaron, mejor que los principios de que es emblema.

—Os aseguro —dijo Michel, tartamudeando—, que no ha sido esta la causa de mi resolución.

—¡Vamos! ¡vamos! no lo neguéis, que esto es pura caballería; ya descendamos de ello, ya tratemos de imitarles, recordemos a los antiguos caballeros, que levantaban su dama casi a la altura de Dios y al nivel de su rey, incluyendo a los tres en la misma divisa; no hay de qué avergonzarse de vuestro amor: ése es el mejor título que tenéis a mis simpatías. ¡Vive el cielo como diría mi abuelo Enrique IV, con un ejército de enamorados me atrevería a conquistar la Francia, el mundo entero. ¿Se puede saber el nombre de vuestra dama, señor barón de La Logerie?

—¡Oh! —murmuró Michel, ruborizado.

—¡Hola! discreto sois y os felicito, pues es cualidad tanto más preciosa, cuanto de día en día va escaseando; pero, no obstante, a un compañero de viaje bien se le puede confiar un

secreto. Veamos; ¿queréis que os ayude a decirlo? ¿qué apostamos a que nos dirigimos hacia la dama de vuestros pensamientos?

—Lo habéis adivinado.

—¿Qué apostamos también a que es una hermosa amazona de Souday?

—¡Dios mío! ¿quién os lo ha dicho?

—Os felicito, amigo; a pesar de que las llamen las *Lobas*, las considero de excelente corazón y capaces de hacer feliz a un esposo. ¿Sois rico, señor de La Logerie?

—¡Ay, sí!

—¡Mejor y peor! pero podréis enriquecer a vuestra esposa, lo cual me parece una verdadera felicidad; no obstante, como en todos los amores suele haber algún obstáculo, si Perico puede seros de alguna utilidad, podéis disponer de él, contándose feliz al poder seros útil. Pero, si no me equivoco, alguien viene.

En efecto, se oían pisadas de un hombre a cierta distancia, que iba acercándose a ellos, y Perico añadió:

—Parece que es un hombre solo.

—Sí; pero conviene estar sobre aviso. ¿Permitís que monte a vuestro lado?...

—¿Por qué no? ¿Estaríais ya cansado?

—No; pero soy muy conocido en el país, y si me vieran llevar del diestro el caballo de un aldeano, como Aman guiaba el de Mardoqueo, esto podría infundir sospechas.

—¡Bravo! Hablasteis con mucho acierto. Voy viendo que nos seréis de algún provecho.

Apeóse Perico, montó Michel, y el primero saltó a la grupa. Apenas lo habían verificado, cuando vieron a cierta distancia al individuo que caminaba hacia ellos, y que se detuvo de pronto.

—¡Hola! —exclamó Perico—; parece que si nosotros tememos a los transeúntes, no nos temen ellos menos a nosotros.

—¿Quién va? —preguntó Michel en alta voz.

—¡Ah! si es el señor barón —contestó el hombre, adelantándose—. ¡Cómo diablo!... poco esperaba encontraros por el camino a estas horas.

—Razón teníais en decir que os conocen en el país —observó riendo Perico.

—Sí, por desgracia —repuso Michel, indicando con el tono que les amagaba un peligro.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Perico.

—Mi colono Courtin, de quien sospechamos que ha denunciado vuestra presencia en la casa de la viuda Picaut.

Y con tono imperioso, en el que se traslucía lo grave de la situación, agregó:

—Ocultaos detrás de mí. ¿Eres tú, Courtin? —preguntó luego, mientras Perico se hacía un ovillo.

—Sí, señor barón —repuso el colono.

—¿De dónde vienes?

—De Machecoul, a donde he ido a comprar un buey.

—¿Dónde está, pues, el buey, que no lo veo?

—No he podido hacer negocio; con el diablo de la política todo está paralizado —dijo Courtin, examinando el caballo del barón tanto como la oscuridad permitía—. Según parece, no vais a La Logerie, pues le volvéis las espaldas.

—No es extraño; voy a Souday.

—Pues equivocasteis el camino, permitidme que os lo diga.

—Ya lo sé; pero como temo hallar gente armada por el camino recto, doy un rodeo.

—En este caso, si vais a Souday, me atreveré a daros un aviso.

—Habla; pues un aviso leal siempre es bien recibido.

—Vais a hallar la jaula vacía.

—¡Será posible!

—Como os lo digo: tenéis que dirigiros a otra parte, si queréis encontrar al pájaro que tanto os hace correr.

—¿Quién te lo ha dicho, Courtin? —interrogó Michel, volviendo su caballo hacia su interlocutor y ocultando a Perico.

—¿Quién me lo ha dicho? mis ojos, toda la banda ha desfilado a mis pies en el camino de la Grande-Lande.

—¿Estaban por aquel lado los soldados? —preguntó el barón.

Perico consideró ociosa esa pregunta y no pudo menos de demostrarlo a Michel, pellizcándole en el brazo.

—¿Los soldados? —repitió Courtin—. ¿También vos los teméis? Si es así, os quiero dar un consejo; no vayáis por la llanura esta noche, pues no andaréis una legua sin encontrar bayonetas.

—¿Qué haré, pues?

—Venid conmigo a La Logerie; causaréis una grande alegría a vuestra madre, que está muy pesarosa de vuestra conducta.

—Maese Courtin —dijo Michel—, también yo voy a daros un consejo.

—¿Cuál, señor barón?

—Que calléis.

—No callaré —repuso el colono, fingiéndose muy conmovido—; siento, mucho, que os expongáis a tantos peligros por...

—¡Callad!

—Por una de esas malditas *Lobas*, que ni aun querría el hijo de un aldeano como yo.

—¡Miserable! —exclamó el barón, levantando el látigo.

A este ademán, provocado intencionadamente por Courtin, el caballo dio un paso adelante y el labriego vio dos jinetes.

—Perdonad, señor barón —dijo apesadumbrado—; pero hace dos noches que no duermo, pensando en esto.

Se estremeció Perico al notar en la voz del alcalde la misma entonación falsa y meliflua que había notado en casa de Mariana, donde ocurrieron poco antes tan tristes acontecimientos. Así es que tocó a Michel, como queriendo decirle: «Cueste lo que cueste, desembaracémonos de ese hombre».

—Corriente —repuso el barón—, andad con Dios y dejadnos pasar.

Haciendo Courtin como que reparaba entonces que su amo llevaba a alguien en la grupa, exclamó:

—¡Diantre! no vais solo; ahora comprendo por qué os han enojado mis palabras. Oid caballero, quienquiera que seáis, sed más razonable que vuestro amigo, y convencedle de

cuan engañado va desafiando al Gobierno e infringiendo las leyes por el gusto de complacer a esas *Lobas*.

—Por última vez —replicó Michel, con acento amenazador—, te mando que nos dejes en paz. Hago lo que quiero, y no has de ser tú quien califique mi conducta.

Sin embargo, mostrábase Courtin decidido a no apartarse, hasta ver el rostro del misterioso personaje que acompañaba a su amo, y con el tono de la más completa buena fe, dijo:

—Vamos, mañana haced lo que queráis; mas esta noche id a descansar en vuestro cortijo con la persona que os acompaña; os lo juro, señor barón, que esta noche es peligroso andar por el campo.

—No puede existir peligro alguno para mi compañero ni para mí, pues nada tenemos que ver con la política... ¿Qué diablos estáis haciendo en la silla? —prosiguió el barón, viendo en el colono un movimiento extraño.

—Nada, señor Michel, nada. ¿Con que no queréis acceder a mis ruegos ni oír mis consejos?

—No; seguid vuestro camino, y dejadnos en paz.

—Entonces —dijo el colono—, id con Dios; pero recordad que Courtin ha hecho cuanto ha estado de su mano para impedir que os sucediese una desgracia.

Diciendo eso; Courtin se resolvió a su pesar a hacerse a un lado, y entonces Michel espoleó el caballo, en tanto que Perico le decía:

—¡Al galope! ¡al galope! he conocido a ese hombre; es el que causó la muerte del desventurado Bonneville: corramos, su aparición es un mal agüero...

El barón aguijó de nuevo; mas a poco volcóse la silla y ambos jinetes cayeron. Perico se levantó primero y preguntó a Michel:

—¿Os habéis lastimado?

—No —repuso el barón, poniéndose de pie a su vez—; mas no sé cómo...

—¿Cómo hemos caído? no se trata de eso; el hecho es que caímos. Cinchad cuanto antes.

—¡Voto a Satanás! —exclamó de pronto el barón—, las cinchas se han roto a igual distancia.

—Decid que las han cortado —repuso Perico—; es una ocurrencia de ese maldito Courtin que nada bueno nos presagia. Mirad por ese lado.

Y a medio cuarto de legua avistó el barón en el valle tres o cuatro hogueras, que brillaban en la oscuridad.

—Es un campamento —contestó Michel.

—Si ese bribón abriga alguna sospecha, lo cual es indudable, nos echará otra vez encima los soldados.

—¿Le consideraréis capaz de semejante vileza sabiendo que estáis conmigo, con su amo?...

—Empecemos, pues, por dejar el camino trillado.

—En eso estaba pensando.

—¿Cuánto tiempo se necesita para llegar a pie, al paraje donde nos espera el marqués?

—Una hora larga; no tenemos que perder un instante. ¿Y el caballo?

—Dejémosle; volverá a la cuadra y si nuestros amigos lo encuentran, comprenderán que nos ha sucedido algo y nos buscarán. Pero ¡silencio!

—¿Qué ocurre?

—¿Oís algo?

—Sí; oigo pasos de caballos hacia el campamento.

—¿No os decía que aquel hombre cortó las cinchas con perversa intención? Vámonos, barón.

—Si dejamos el caballo aquí, nuestros perseguidores conocerán que no estamos lejos.

—Tengo una idea.

—¿Cuál? —preguntó el barón.

—Las corridas de los Barbieri de Italia; imítadme, señor Michel.

—Mandad lo que gustéis.

Perico púsose a romper con sus delicadas manos ramas de zarza y acebos, y como Michel hizo otro tanto, luego tuvieron dos haces.

—¿Qué vais a hacer? —interrogó Michel.

—Rasgad las iniciales de vuestro pañuelo y dádmelo.

Obedeció el barón, y rasgando Perico dos tiras del pañuelo, ató los haces, y prendió uno a la crin del caballo y otro a la cola. Al sentir el pobre animal las punzadas comenzó a dar saltos, y corcobos, y el barón cayó, al fin, en la cuenta.

—Ahora —dijo Perico—, quitadle la brida, para que no se desnude, y soltadlo.

Apenas viose libre el caballo, relinchó, sacudió furiosamente las crines y la cola y echó a correr desbocado, haciendo brotar de los guijarros millares de chispas.

—¡Magnífico! —exclamó Perico—; ahora recoged la silla y huyamos.

Saltaron a la otra parte del vallado, y agacháronse para escuchar. Oíase aún el galope del caballo.

—¿Oís? —dijo satisfecho el barón.

—Sí —contestó Perico—, y no somos los únicos que escúchanos, señor de La Logerie; ¿no oís también el eco?

XLIII

DONDE MAESE JAIME CUMPLE EL JURAMENTO HECHO A ALAIN POCOGOZO

En efecto, el ruido que Michel y Perico oyeron por la parte que había desaparecido Courtin, se trocaba en confuso tumulto, que iba aproximándose, y dos minutos después, pasaron a diez pasos de ellos doce jinetes, que volaban al alcance del fugitivo caballo, cuyos fuertes relinchos indicaban la dirección de su arrebatada carrera.

—Buen paso llevan —dijo Perico—; pero dudo de que lo alcancen.

—Tanto más —respondió Michel—, cuanto que van a pasar precisamente por el mismo paraje donde nuestros amigos nos están esperando, y el marqués es capaz de entorpecer su persecución.

—¡Entonces tendremos batalla! —exclamó Perico—: ayer en el agua, hoy en el fuego; prefiero esto último.

Y al decir estas palabras quiso arrastrar al barón hacia el punto donde le parecía que iba a trabarse la pelea.

—No, no —exclamó Michel, resistiéndose—; no vayáis, os lo ruego.

—¿No os seduce la idea de combatir a los ojos de vuestra dama? Ella está allí, barón.

—Lo creo —dijo melancólicamente el joven—; pero como los soldados cruzan la llanura en todas direcciones, al primer tiro que se oyerá, acudirían de todas partes, fácilmente podríamos tropezar con una de esas partidas, y si por desdicha terminase tan mal la misión que se me ha confiado, os juro que no me atrevería a presentarme al marqués.

—A su hija, querréis decir.

—Pues bien, sí, a su hija.

—Pues para no indisponeros con vuestra amiga, os prometo obedeceros.

—Gracias, gracias —repuso Michel, estrechando la mano de Perico.

Y al ver la imprudencia que cometía, retrocedió un paso, y dijo:

—¡Ah! perdonad...

—No hay de qué. ¿En dónde está el asilo que me ha proporcionado el marqués de Souday?

—En mi casa; en un cortijo de mi propiedad.

—¿Supongo que no será el de Courtin?

—No; otro completamente aislado y oculto en la arboleda, a la otra parte de Legé, aldea donde, como sabéis, vivía Tinguy.

—Sí; ¿pero conocéis el camino?

—Perfectamente.

—Os advierto que en Francia desconfío mucho de ese adverbio; el pobre Bonneville también conocía perfectamente los caminos, y sin embargo, se extravió.

Al decir estas palabras, Perico lanzó un suspiro.

—¡Pobre Bonneville! ¡Ay de mí! su extravío fue quizás la causa de su muerte!...

Al evocar Perico ese recuerdo, asaltáronle naturalmente las tristes ideas que le ocupaban cuando salió de casa de Picaut; en consecuencia, púsose taciturno y siguió a su nuevo guía, contestando con monosílabos a las pocas preguntas que le dirigía el barón, quien desempeñó sus nuevas funciones con mucho más acierto de lo que era de esperar; torció a la izquierda, y cruzando la llanura, llegó a un arroyo donde en su niñez pescaba con frecuencia truchas, el cual cruza el valle de la Benate en toda su extensión hacia el Sur, para descender al Norte y desembocar en el Boulogne cerca de la Columbin. Deslizándose entre dos prados, ofrecía el arroyo seguro y cómodo camino, y Michel lo siguió a trechos, llevando en hombros a Perico, como lo hiciera el malogrado Bonneville; y saliendo luego del arroyo a un kilómetro de distancia, torció de nuevo a la izquierda, subió a un collado y mostró a Perico la selva de Touvain, que en la oscuridad se divisaba al pie de la misma colina.

—¿Hemos llegado ya a vuestro cortijo? —preguntó Perico.

—No; nos falta atravesar la selva de Touvain; es cuestión de tres cuartos de hora.

—¿Es segura la selva de Touvain?

—Probablemente; los rojos saben perfectamente que de noche no hay que esperar nada de bueno en nuestros bosques.

—¿No teméis extraviaros?

—No, porque no nos internaremos en la espesura hasta que hayamos llegado al camino de Machecoul a Legé, y siguiendo la orilla de éste, debemos encontrarle de preciso.

—¿Y después?

—Después, bastará tomar este camino, y él mismo nos guiará.

—Adelante, pues —dijo Perico—; os prometo que daré buenos informes de vos, y no será culpa mía si vuestro rendido corazón no alcanza la recompensa que ambiciona. Pero aquí hay un camino casi intransitable. ¿Sería el que buscamos?

—Fácil es adivinarlo, pues debe haber un poste a mano derecha... Ahí está; este es el camino. Ahora, Perico, me atrevo a prometeros una buena noche.

—Bueno —dijo suspirando Perico—, pues os declaro que las terribles emociones de hoy me han dejado mal recobrado de las fatigas de anoche.

Dichas estas palabras, saltó al camino un hombre, que asiendo por el cuello a Perico, le dijo con voz atronadora:

—¡Alto, o sois muerto!

Lanzóse Michel en socorro de su amigo, asestando a la cabeza del agresor un recio golpe, con el puño de plomo de su látigo; pero por poco paga caro su generoso auxilio, pues sin soltar el otro a Perico, a quien sujetaba con la mano izquierda, sacó una pistola y la disparó contra el Barón. Por fortuna para éste, como a pesar de la debilidad de Perico, no estaba tan quieto como el agresor hubiera deseado, en cuanto vio el movimiento desvió tan oportunamente el brazo que apuntaba al corazón del baroncito, que la bala sólo le rozó el hombro. Volvía Michel a la carga y el agresor sacaba otra pistola del cinto, cuando salieron de los matorrales otros dos hombres que cogieron al barón por los hombros. Viéndole entonces su contrario en la imposibilidad de atacarle, dijo a sus auxiliares:

—Atad a ese perillán, y luego me desembarazaréis de éste.

—¿Con qué derecho nos prendéis? —interrogó Perico.

—Con éste —respondió el hombre señalándole la carabina que llevaba a la bandolera—.

La razón vais a saberla dentro de pocos momentos. Atad bien al del látigo; en cuanto a éste —agregó mirando desdeñosamente a Perico—, no creo que nos cueste mucho hacerle seguir

—¿A dónde nos lleváis? —interrogó Perico.

—¿Curiosillo sois, mancebo!

—¿Adonde?

—¡Ea! en marcha y menos palabras, ¡voto a bríos! Si tanto empeño tenéis en saberlo, luego lo veréis.

Y asiendo el brazo de Perico bajo el suyo, internóse en la espesura, en donde le siguieron los dos acólitos que empujaban a Michel, quien todavía forcejeaba; y de este modo anduvieron hasta que a los diez minutos llegaron a la rasa, donde se hallaba la gazapera de maese Jaime, quien, para cumplir fielmente la promesa hecha a Pocogozo, había detenido a los dos primeros caminantes que encontró, siendo su pistoletazo el que había puesto en alarma el campo de los desertores, como hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

**DONDE SE VE QUE NO TODOS LOS JUDÍOS SON DE JERUSALÉN
NI DE TÚNEZ TODOS LOS TURCOS**

—¡Hola! ¡*conejos!* —gritó maese Jaime al llegar al claro.

Obedientes a la voz de su capitán, salieron presurosos los *conejos* de los matorrales donde se ocultaran a la primera señal de alarma y apenas se lo permitió la oscuridad, examinaron cuidadosamente a los dos prisioneros.

Pero como la inspección hecha a oscuras no podía satisfacerles, uno de ellos bajó a la cueva, encendió dos teas, y volvió para alumbrar el rostro de Perico y su compañero. Maese Jaime había vuelto a sentarse en el tronco y conversaba tranquilamente con Alain, refiriéndole los pormenores de la presa que acababa de hacer, con la misma llaneza con que hubiera relatado un aldeano a su mujer la adquisición de una compra en el mercado.

Apenado Michel por la aventura y la herida que acababa de recibir, habíase tendido sobre la hierba, mientras Perico, de pie a su lado, examinaba atento y no sin repugnancia el aspecto de los bandoleros a quienes maese Jaime llamaba *conejos*, lo cual era tanto más fácil, cuanto que, satisfecha la curiosidad de aquéllos, volvieron a sus interrumpidas tareas, esto es, a sus cantares y juegos, a dormir o limpiar las armas, sin que por eso los despiertos perdieran de vista a los dos prisioneros, a quienes, para mayor seguridad, habían colocado en medio del raso. Apartando entonces Perico la vista de los bandidos para clavarla en su compañero, vio la sangre que le corría por el brazo y mano, exclamando:

—¡Cielos! ¿estáis herido?

—Creo que sí, *Mad...*

—Perico, ¡válgame Dios! Perico hasta nueva orden y ahora más que nunca. ¿Sufrís mucho?

—No; he creído sentir que me daban un porrazo en el hombro, y luego he quedado con el brazo entumecido.

—¿No podéis moverlo?

—¡Oh! como podéis ver, no tengo ningún hueso lisiado.

Y movió fácilmente el brazo.

—He aquí lo que os conquistará el corazón de vuestra amada; y si no basta vuestro noble proceder, os prometo interponer mi mediación congratulándome de antemano que mi influencia será eficaz.

—Cuan bondadosa sois; creed que, después de tal promesa, aunque hubiese de tomar yo solo una batería de cien cañones, atacaría el reducido sin vacilar. ¡Ah! si os dignaseis hablar al marqués de Souday, sería el más dichoso de los mortales.

—¡Ah! ¿conque el marqués es quien os intimida? pues bien, yo hablaré cuatro palabritas al terrible marqués, a fe de... Perico.

Pero, puesto que nos dejan en paz, hablemos de nuestros asuntos. ¿En dónde nos hallamos? ¿Qué gente es esa?

—Chuanes, a juzgar por sus trazas.

—¿Y los chuanes detienen a los viajeros inofensivos? Es imposible.

—A pesar de todo, no sería ésta la primera vez.

—¡Oh!

—Y si no, mucho me temo que hoy lo sea.

—¿Qué harán con nosotros?

—No tardaremos en saberlo, pues veo que se mueven para dispensarnos el honor de ocuparse de nosotros.

—¡Sería curioso —exclamó Perico—, que el peligro me viniese de mis parciales! En todo caso, ¡silencio!

No se engañó el barón, pues habiendo maese Jaime conferenciado un rato con Alain y algunos individuos de, la partida, mandó conducir a los presos a su presencia. Perico avanzó resueltamente hacia el capitán de los *conejos*; Michel no obedeció tan pronto, pues, herido y maniatado, apenas podía incorporarse y, observándolo Alain, hizo una seña a Piojoso, quien levantó al mancebo por la cintura como si fuese un niño de tres años y lo puso delante de maese Jaime en idéntica postura a la en que le encontraba; empujando adelante con fuerza las extremidades inferiores de Michel, dando una sacudida al centro de gravedad antes de dejarle sentado en el suelo.

—¡Bestia! —exclamó Michel, a quien el dolor hizo perder su timidez acostumbrada.

—Poco cortés sois —dijo maese Jaime—; sí, repito que no sois cortés, señor barón de La Logerie, pues la acción de un buen muchacho merecería otra reconvención; pero dejemos esto aparte y vamos al grano. No me equivoqué —dijo mirando de hito en hito al mozo—, sois el señor Michel de La Logerie, ¿no es cierto?

—Sí —repuso éste.

—Está bien. ¿Qué teníais que hacer en el bosque de Touvain a semejante hora?

—Podría contestaros que ninguna cuenta tengo que daros de mis acciones y que los caminos son libres.

—Pero vos, señor barón, no me daréis esa respuesta.

—¿Por qué?

—Porque, sin ánimo de ofenderos, responderíais una estupidez, y tenéis mucho juicio para ello.

—¿Cómo?

—Es natural, pues si no tuvieseis que darme cuenta, nada os preguntaría, y bien veis que los caminos no son libres, puesto que no habéis podido seguir el vuestro.

—Conforme, no tengo intención de discutir con vos. Iba a mi cortijo de la Bouleuvre que, como sabéis, se halla a un extremo del bosque de Touvain.

—Enhorabuena, señor barón; habladme siempre así y no reñiremos. ¿Cómo se explica que teniendo el señor barón de La Logerie tantos caballos y tan buenos carruajes camine a pie como un gañán?

—Teníamos un caballo, pero al caernos se nos ha escapado y no hemos podido alcanzarle.

—Bien, bien. Ahora, confío en que el señor barón tendrá la amabilidad de darnos algunas noticias.

—¿Yo?

—¿Qué sucede por allá, señor barón?

—¿En qué puede interesaros lo que ocurre entre nosotros? —preguntó Michel, pues ignoraba todavía con quien trataba.

—Hablad —replicó Jaime—, y no os preocupéis de lo que puede serme útil o indiferente. Veamos, tratad de recordarlo. ¿Qué habéis encontrado en el camino?

Michel miró perplejo a Perico, y notándolo maese Jaime, ordenó a Piojoso que se interpusiese entre los dos presos como la muralla del *Sueño de una noche de verano*.

—Hemos encontrado —continuó Michel—, lo que hace tres días se encuentra a todas horas y en todos los caminos de los alrededores de Machecoul: soldados.

—Seguramente os habrán hablado.

—No.

—¿Cómo que no? os han dejado pasar sin deciros palabra.

—Como viajamos por nuestros asuntos particulares, no nos convenía inmiscuirnos a pesar nuestro en lo que no nos interesa.

—Os aseguro; señor barón, que ningún asilo es más seguro que el que hallaréis entre nosotros. Por otra parte, no puedo permitir que os ausentéis sin daros antes una demostración de sincero aprecio.

—¡Malo! —murmuró entre dientes Perico.

—Hablad —repuso Michel.

—¿Sois adicto a Enrique V?

—Sí, mucho.

—¿Muy adicto?

—Ya os lo he dicho.

—Me lo habéis dicho y no lo dudo, en prueba de lo cual voy a facilitaros un medio para probar mi adhesión de un modo brillante. Ésos valientes —dijo maese Jaime, indicando a sus *conejos*—, esos cuarenta perillanes que más parecen bandidos de Callot que honrados aldeanos, desean morir en defensa de nuestro joven monarca y su heroica madre; y como por desgracia carecen de lo más precioso para lograr su objeto, pues no tienen armas para pelear, vestidos con que presentarse debidamente al combate, ni dinero para hacer más llevadera la vida del campamento, no permitiréis, señor barón, que para cumplir estos dignos servidores lo que juzgáis como un deber, se expongan a todas las enfermedades, constipados y fluxiones pectorales, que acarrea el rigor de las estaciones.

—¿Cómo diablo queréis que les proporcione todo eso?

—¡Por Dios, señor barón! ¿Creéis acaso que soy bastante torpe para fastidiar con tan prolijo cuidado a un hombre como vos? No, por cierto: tengo aquí un buen servidor —añadió indicando a Alain—, que os ahorrará esa molestia. Bastará que entreguéis el dinero necesario, y él cuidará de todo lo demás, mirando al propio tiempo por vuestros intereses.

—Si no es más que eso, con mil amores —exclamó Michel con el ímpetu y la irreflexión propios de la juventud y de las opiniones nacientes—. ¿Cuánto necesitáis?

—¡Bravo! ¡eso se llama hablar! ¿Os parece mucho pedir quinientos francos por cabeza? Ya comprenderéis que yo quisiera darles, no solamente un uniforme verde a semejanza del de los cazadores de Charrette, sino también una mochila bien provista. Quinientos francos son, poco más o menos, la mitad del precio que Luis Felipe paga por cada hombre que la Francia le suministra, y creo poder asegurar sin envanecimiento que cada

individuo de mi partida vale por dos soldados de Luis Felipe. Ya veis que soy razonable.

—Decidme con franqueza cuánto necesitáis, y acabemos.

—Conforme; mi partida consta de unos cuarenta hombres, incluso algunos ausentes con licencia, que deben volver a su puesto a la primera orden: total, veinte mil francos, una bagatela para un hombre tan rico como vos, señor barón. ¿Y ese muchacho que os acompaña, quién es?

Perico se apresuró a contestar antes que Michel, diciendo:

—Soy el criado del señor barón.

—¿De veras? —replicó maese Jaime—, pues permitid que os diga que sois muy *mal criado*, y, aunque soy un rústico, me repugna que un criado conteste por su amo, sobre todo cuando no se le pregunta.

Y dirigiéndose a Michel, agregó:

—¿Es decir que ese muchacho es vuestro criado? ¡Guapo mozo, a fe mía!

Y el jefe de la banda miró con profunda atención a Perico; en tanto que el bandido le acercaba una tea al rostro para facilitar su examen.

—Terminemos de una vez —exclamó Michel—. Si queréis mi bolsa, tomadla y soltadnos.

—¡Voto a bríos! —replicó maese Jaime—, si fuese un hidalgo como vos, os pediría satisfacción de tamaña ofensa. ¿Nos tomáis acaso por salteadores? Verdaderamente, me ofendéis, señor barón, y si no fuese por el temor de desagradaros, os revelaría mis títulos; pero vos sois extraño a la política, al contrario de vuestro padre, a quien tuve el gusto de conocer algún tanto, y por cierto que medró. Confieso que os tenía por adicto servidor de Su Majestad el rey Luis Felipe.

—Os habríais engañado—respondió muy irreverente Perico—; el señor barón es, por el contrario, uno de los más ardientes partidarios de Enrique V.

—¿De veras, mozuelo?

Y volviéndose Jaime a Michel, prosiguió:

—Veamos, señor barón, ¿es cierto lo que acaba de decir vuestro compañero, digo mal, vuestro criado?

—Es la pura verdad.

—¡Lo celebro infinito! ¡Y yo que creía habérmelas con blancos furibundos! ¡Cuánto me pesa el haberos tratado tan mal! ¡Cuántas satisfacciones os debo, cuántos perdones he de pedir! ¡Perdón mil veces, señor barón, y vos también, fiel y apreciable criado! Dadme ambos la mano, pues no soy vanidoso.

—¡Caramba! —prorrumpió Michel, cuyo malhumor crecía al ver la socarrona cortesía de Jaime—; demostradnos vuestra pesadumbre volviéndonos al paraje donde nos habéis detenido.

—De ninguna manera; no permitiré que nos dejéis de este modo; por otra parte, dos legitimistas como nosotros, señor barón, deben hablar juntos del gran levantamiento ¿No sois de este parecer, señor barón?

—Conforme; pero el interés de esta misma causa exige que yo y mi criado nos refugiemos cuanto antes en la Bouleuvre...

—¿Y el dinero?

—Está bien; dentro de cuarenta y ocho horas tendréis los veinte mil francos —dijo

Michel haciendo un gesto de despedida—; os doy mi palabra de honor.

—¡Cómo! ¡si no es eso, señor barón! Nosotros queremos evitaros toda molestia; en estos alrededores tendréis un amigo, un notario conocido que os adelantará la suma; os bastará escribir un billetito urgente y muy atento, y uno de mis hombres lo llevará a su destino.

—Con mucho gusto, dadme lo necesario para escribir y desatadme las manos.

—El tío Alain va a daros papel y pluma.

En efecto, Pocogozo sacaba ya el recado de escribir cuando Perico se adelantó un poco diciendo con voz firme:

—Deteneos, señor Michel, y vos, tío Alain, guardad vuestros avíos, pues no se hará lo que pedís.

—¡Hola! ¡hola! ¿Y por qué, señor criado? —preguntó Jaime.

—Porque se parece mucho a las hazañas de los bandidos calabreses, para ser ejecutado por unos hombres que se titulan soldados de Enrique V; porque, además, es una violencia y no quiero tolerarla.

—¿Vos amiguito?

—Sí, yo.

—Si os tuviese, en realidad, por lo que decís ser, os trataría como un lacayo insolente; pero como creo que tenéis algún derecho al respeto debido a las mujeres, no comprometeré mi reputación de galante tratándoos a la baqueta. Por ahora, pues, me limito a advertiros que en adelante no os metáis en lo que no os importa.

—Sabed, señor mío —replicó Perico con altivez—, que me importa mucho que no uséis el nombre de Enrique V para cometer tales fechorías.

—¡Diantre! mucho os interesáis por los negocios de Su Majestad, amiguito mío; ¿tendréis la bondad de decirme con qué derecho?

—Alejad a vuestros secuaces y os lo diré.

—¡Bueno, bueno! —repuso maese Jaime.

Y volviéndose luego a sus satélites, les dijo: —Alejaos un poco, *conejos*. No era necesario —prosiguió en cuanto éstos hubieron obedecido su orden—, y no tengo secretos para ellos; pero vos lo habéis pedido, y yo no sé negaros cosa alguna, ya lo veis. Ya estamos solos, despachad.

Perico avanzó hacia maese Jaime y le dijo:

—Os mando que soltéis a ese joven; quiero que nos deis una escolta para acompañarnos a donde nos dirigíamos y mandéis investigar dónde se encuentran unos amigos que estamos aguardando.

—¡Mandáis y ordenáis! A fe mía, tortolilla, que habláis como el rey en su trono. Y si me opongo, ¿qué diréis?

—Que os haré fusilar antes de veinticuatro horas.

—¡Oigan! así, pues, ¿tengo el honor de hablar con la señora regente del reino?

—Con ella misma.

Al oír estas palabras, maese Jaime prorrumpió en una grandísima carcajada, y los *conejos* se aproximaron para participar de su alegría.

—¡Oid! ¡oid! por vida mía —les dijo—; no puedo más. ¡Es delicioso! Cuando tanto os admirasteis al ver entre nosotros al hijo de Michel dándose por el más ardiente partidario de Enrique V, estabais lejos de aguardar la estupenda noticia que voy a comunicaros.

¿Sabéis quién es ese lindo aldeanillo que vosotros habréis tomado por lo que hayáis querido, pero que a mi entender era la querida del señor barón? Pues sabed que somos unos insignes mentecatos: todos nos hemos engañado, porque este misterioso mocito es nada menos que la madre de nuestro rey.

Tras esas palabras, sonó en las filas de los desertores un murmullo de irónica incredulidad.

—Y yo os juro —exclamó Michel—, que es cierto lo que acaban de deciros.

—¡Magnífico testimonio, por vida mía! —exclamó maese Jaime.

—Os aseguro... —interrumpió Perico.

—No es verdad —replicó maese Jaime—; lo que yo os afirmo, hermosa dama errante, es que si dentro de diez minutos no ha tomado vuestro caballero el partido que le he indicado como el único capaz de salvarle, irá a hacer compañía a las bellotas que cuelgan sobre vuestras cabezas. Con que, elegid y despachaos, o la talega o la cuerda; si no tengo la una, la otra no ha de faltarle.

—¡Es una infamia! —exclamó fuera de sí Perico.

—¡Asidle! —gritó maese Jaime.

Avanzaron cuatro hombres para ejecutar la orden.

—Veamos —dijo Perico—, quién será bastante osado para tocarme.

Y como Piojoso, sin hacer caso del majestuoso ademán y firme acento de Perico, seguía adelantándose, retrocedió éste al contacto de aquella sucia mano, y, despojándose a la vez del sombrero y peluca, exclamó:

—¡Cómo! ¿No habrá entre tantos bandidos un soldado que me conozca? ¿Es posible que Dios me abandone a merced de semejantes malhechores?

—No tal —exclamó una voz que se oyó detrás de maese Jaime—; no faltará quien venga a decirle que su proceder es indigno de un hombre que ostenta escarapela blanca, la que no tiene mancha.

Volvióse, Jaime con la rapidez del rayo y apuntó una pistola al recién venido, al paso que todos los bandoleros le asestaban sus carabinas. Berta, pues era ella, penetró por debajo de una bóveda de hierro en el círculo que rodeaba a los prisioneros.

—¡La Loba! ¡la Loba! —exclamaron algunos que conocían a la señorita de Souday.

—¿A qué venís? —la dijo con aspereza el capitán de la cuadrilla—. ¿Ignoráis acaso que no reconozco ni acepto la autoridad que se arroga vuestro padre sobre mi partida ni quiero pertenecer a su división?

—¡Punto en boca, canalla! —repuso Berta.

Dirigióse luego a Perico, e hincando la rodilla, dijóle:

—Os pido perdón, por esos hombres que os han ofendido y amenazado; vos que tanto derecho tenéis de ser respetado por ellos.

—Por fortuna —repuso Perico—, llegáis como llovía del cielo, pues nuestra posición empezaba a ser algo embarazosa. Ahí tenéis a ese pobre mozo que, indudablemente, os debe la vida. Si hubieseis demorado un poco vuestra venida, estábamos perdidos, pues se hablaba nada menos que de ahorcarnos.

—Sí, Dios mío —añadió Michel, a quien Alain acababa de desatar al ver el sesgo que tomaba el asunto.

—Y habría sido tanto más sensible —prosiguió Perico sonriéndose y señalando a

Michel—, cuando ese mancebo me parece muy digno de que se interese por él una buena realista como vos.

Sonrióse Berta, bajando los ojos.

—De consiguiente —continuó Perico—, vos os encargaréis de pagar la deuda de gratitud que con él tengo contraída, y, por vuestra parte, no tomaréis a mal que, para cumplir lo que le he prometido, me atreva a decir a vuestro padre algunas palabras sobre el particular.

Berta se inclinó, más para ocultar su rubor que para besar la mano de Perico.

En esto, maese Jaime, vuelto en sí de su equivocación, se acercó balbuceando algunas palabras para disculparse; y, a pesar de la gran repugnancia que aquel hombre le inspiraba, Perico comprendió que sería impolítico manifestar demasiado su resentimiento.

—Vuestras intenciones son quizá muy buenas —le dijo—, pero vuestro proceder es inicuo, y puede acreditaros de salteadores por el estilo de los antiguos compañeros de Jehú. Confío en que de hoy en adelante, variaréis de conducta.

Volviéndose en seguida, y como si para ella no existiese aquella gente, dijo a Berta:

—Contadnos cómo nos habéis encontrado.

—Vuestro caballo ha husmeado los nuestros—repuso la doncella—, y al pasar por nuestro lado le hemos agarrado, alejándonos luego apresuradamente, pues veíamos que la caballería le iba a los alcances; al ver el raro y significativo jaez de que iba adornado, comprendimos que le habíais soltado para huir, y entonces nos hemos dispersado, citándonos para la Boulevre, en donde hemos empezado a buscaros. Al cruzar el bosque, he visto luces y oído voces, y dejando el caballo por temor de que me descubriese algún relincho, me he acercado sin que nadie me viese ni oyere por la confusión que reinaba. Ya sabéis lo restante.

—Bien —respondió Perico—, si ahora el señor quiere darme un guía... a la Boulevre, querida Berta, pues os confieso que estoy muy cansada.

Berta inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Maese Jaime dispuso que diez de los suyos precedieran a la comitiva para despejar el camino, mientras él, con otros diez, acompañaba a Perico, montado en el caballo de Berta. Dos horas después y cuando Perico, Berta y Michel acababan de cenar, el marqués de Souday se alegró en extremo de encontrar en salvo al que llamaba su amiguito, si bien por más viva y real que fuese su alegría, a fuer de caballero del antiguo régimen, la templaba con los testimonios del más profundo respeto.

Aquella velada tuvo Perico con el marqués de Souday, sentados en un rincón de la sala, una larga plática que Berta y Michel observaban con vivísimo interés, el cual subió de punto cuando entró Juan Oullier en el cortijo. En seguida se acercó el marqués a los dos jóvenes, y tomó la mano de Berta diciendo al barón:

—El señor Perico acaba de asegurarme que aspiráis a la mano de mi hija Berta, y aunque tal vez hubiese formado otros planes respecto de ella, lo único que puedo contestar a sus graciosas instancias, es que después de la campaña, mi hija os dará la mano de esposa.

Michel quedó anonadado, como si hubiese caído un rayo a sus pies.

Mientras que el marqués colocaba la mano de Berta en la del barón, éste volvió el rostro a María como implorando su auxilio, mas ella le dijo al oído estas terribles palabras:

—No os amo.

Agobiado de dolor y mudo de asombro, tomó Michel maquinalmente la mano que el marqués le ofrecía.

**COMO SE VIAJABA EN EL DEPARTAMENTO
DEL LOIRA INFERIOR A MEDIADOS DE MAYO DE 1832**

A las cinco de la tarde del mismo día en que tenían lugar los referidos sucesos en casa de la viuda Picaut, en el castillo de Souday, en la selva de Touvain y en el cortijo de Bouleuvre, abrióse la puerta de la casa número 17 de la calle de Chateau-Arnault, dando paso al comisario civil Pascal, a quien hemos visto en el castillo de Souday, y a otro personaje de unos cuarenta años, rostro despejado e inteligente, nariz corta, dientes blancos, labios gruesos y sensuales, como suelen tenerlos las personas de imaginación; y a juzgar por su traje negro, la corbata blanca y la cinta de la Legión de Honor que ostentaba en el ojal, pertenecía a la magistratura; en efecto, era uno de los abogados más distinguidos de París, que llegó el día anterior a Nantes, alojándose en casa de su colega el comisario civil, llevando en el vocabulario realista el nombre de Marco, uno de los de Cicerón. A la puerta de la calle estrechó afectuosamente la mano del comisario y subió a un carruaje allí parado, mientras el cochero, ignorando la dirección que debía tomar, preguntó:

—¿A dónde he de condecir al señor?

—¿Ves aquel aldeano que está al extremo de la calle, montado en un caballo tordo? —le dijo el comisario civil.

—Sí, señor.

—Pues, síguele.

Apenas hubo hecho el comisario esta indicación, cuando el del caballo tordo, cual si hubiese oído sus palabras, siguió por la calle del Chateau, y se dirigió por la derecha para tomar la orilla del río, que estaba a la izquierda. Al mismo tiempo arreó el cochero a su caballo, y el desvencijado vehículo comenzó a saltar por el empedrado de la capital del departamento del Loira inferior, en pos siempre y como pudo de su misterioso guía. No bien el coche hubo doblado la esquina de la calle del Chateau, el viajero vio al jinete, quien, sin mirar atrás, se encaminaba al puente Rousseau, el cual atraviesa el Loira y sigue el camino de San Filiberto de Grandlieu, atravesó el puente y tomó el camino indicado, en tanto que el aldeano ponía su cabalgadura al trote corto para que el carruaje no quedase rezagado. Sin embargo, el guía nunca volvía la cabeza y seguía su camino afectando tal indiferencia, que parecía, no sólo ignorar lo que tras sí pasaba, sino también la misión que debía desempeñar; de manera que hubo momentos en que el viajero creyó ser el juguete de alguna burla. En cuanto al cochero, como ignoraba lo que hacía, no podía tranquilizarle; y al preguntarle el caballero: «¿Adonde vamos?» éste le respondió: «Voy siguiendo al aldeano del caballo tordo», el cual parecía no ocuparse de su guía así como el guía no se ocupaba de él.

Al cabo de dos horas de camino y cuando se ponía el sol, llegaron a San Filiberto de Grandlieu. El guía del caballo tordo hizo alto en la posada de la *Señal de la Cruz*, apeóse entregando la brida al mozo del mesón. A poco rato, se encontró en la cocina con el viajero y, haciendo como si no le conociera, con el mayor disimulo le puso un papelito en la mano. El viajero penetró en el comedor en el momento en que no había nadie en él, pidió luz y una botella de vino y antes de beber abrió el papelito y leyó lo que sigue:

«Voy a aguardaros en la carretera de Legé; seguidme a cierta distancia sin hablarme; el cochero se quedará en el mesón con el carruaje.»

El viajero quemó el papelito, llenóse un vaso de vino con el cual humedeció sus labios, y luego de citar al cochero para el día siguiente, salió de la posada sin que lo notara el mesonero ni que éste hiciese ninguna demostración de haberle observado. Al llegar al extremo de la población, vio a su guía muy atareado en cortar un palo de escaramujo y en seguida siguió su camino desgajando las ramas. Maese Marco le siguió cerca de media legua y, habiendo cerrado la noche, el aldeano entró en una casa solitaria, situada a la derecha del camino. El viajero aceleró el paso, de modo que ambos penetraron en ella casi al mismo tiempo. Al llegar a la puerta vio a una mujer en la pieza que daba a la carretera, y delante de ella, al aldeano que, sin duda, le aguardaba. En cuanto le vio entrar, dijo el guía a la dueña de la casa:

—Hay que acompañar a este caballero.

Y salió de la casa sin dar tiempo para que se le mostrase su gratitud de ningún modo.

Siguió el viajero con la vista, miró con asombro a la dueña de la casa, y después de haberle indicado ésta con un ademán que tomase asiento, siguió en sus quehaceres sin dirigirle la palabra. Transcurrió media hora de silencio y empezaba ya a impacientarse el viajero, cuando entró el dueño de la casa y, sin manifestar la menor sorpresa, le saludó con respeto y mirando a su mujer, le repitió textualmente las palabras del guía.

—Es preciso acompañar a este caballero.

Dirigióle el recién llegado una de aquellas miradas rápidas, investigadoras, manifestando recelo, peculiar a los vendeanos; pero, recobrando luego su aspecto acostumbrado, sencillo y bondadoso, adelantóse con el sombrero en la mano y le dijo:

—¿El señor desea viajar por este país?

—Sí, amigo; querría ir un poco más lejos.

—¿El señor trae, seguramente, sus documentos?...

—Por supuesto.

—¿En regla?

—En lo posible.

—¿Con su nombre de guerra o con su verdadero nombre?

—Con mi verdadero nombre.

—Perdonad, caballero; pero me veo en la precisión de preveniros que me los manifestéis.

—¿Es indispensable?

—¡Oh! sí, pues sólo después de haberlos visto podré deciros si podréis viajar por el país, con seguridad.

El viajero le alargó su pasaporte, fechado en 28 de febrero, tomóle el aldeano, observó si las señas eran exactas, y en seguida se lo devolvió diciendo:

—Magnífico; con éstos papeles podréis ir a donde os plazca.

—¿Os encargáis de hacerme acompañar?

—Sí, caballero.

—Desearía que fuese lo más pronto posible.

—Voy a ordenar que ensillen los caballos.

El dueño de la casa salió y a los diez minutos volvía a entrar.

—Ya están dispuestos los caballos —díjole.

—¿Y el guía?

—Os está esperando.

Salió el viajero y encontró a la puerta a un mozo de labranza montado, que tenía un caballo del diestro.

Marco comprendió que era su guía y su caballo; y en efecto, apenas tuvo aquél el pie en el estribo, su nuevo conductor se puso en camino tan silenciosamente como el primero.

Eran las nueve y la noche estaba oscura.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Al cabo de hora y media de camino durante la cual el viajero y su guía no desplegaron los labios, llegaron a la puerta de uno de aquellos edificios que tanto abundan en el país, y que son mitad cortijo y mitad castillo. Se detuvo el guía y, señalando al viajero que hiciese otro tanto, apeóse y llamó a la puerta que, a poco tiempo, fue a abrirla un criado.

—Este caballero —le dijo el guía—, desea hablar al señor.

—Es muy difícil —repuso el criado—; el señor está acostado.

—¿Ya? —dijo el viajero.

Aproximóse más el criado y añadió:

—El señor ha pasado la noche última en una cita y la mayor parte del día a caballo.

—No importa —insistió el guía—; es preciso que este caballero le vea; viene de parte de Pascal y ha de hablar con Perico.

—Eso es otra cosa—contestó el criado—; voy a despertar al señor.

—Preguntadle si puede proporcionarme un guía de confianza; no necesito más.

—No creo que el señor haga tal cosa —replicó el criado.

—¿Qué hará, pues?

—El mismo os acompañará.

Volvió a entrar el criado a la casa, y reapareció al instante, diciendo:

—El señor me encarga preguntaros si queréis tomar algo o preferís continuar la marcha sin deteneros.

—Decidle que ya he comido en Nantes y que, por consiguiente, prefiero continuar mi camino.

Entró de nuevo el criado, y un momento después salió de la casa un joven. Este ya no era criado, sino el dueño de la misma.

—En otras circunstancias —dijo—, insistiría en rogaros que me hicieseis el obsequio de honrar mi techo un momento. Seguramente, sois el sujeto llegado de París a quien espera Perico.

—El mismo, caballero.

—¿El señor Marco? Entonces partamos, pues, sin demora, que os esperan con impaciencia.

Volvióse en seguida al mozo de labranza, y preguntóle:

—¿Está cansado tu caballo?

—Desde esta mañana sólo ha andado legua y media.

—Siendo así, déjalo a mi servicio, pues los míos están derrengados. Dentro de dos horas estaré de regreso. Luis, haz los honores de la casa a ese camarada.

Haciendo este encargo, montó a caballo con sorprendente ligereza, cual si aquel día sólo hubiese hecho como su cabalgadura, legua y media de camino, y preguntó al viajero si estaba dispuesto, y habiéndole contestado éste afirmativamente, emprendieron en seguida la marcha.

Cerca de un cuarto de hora llevaban andando, sin que ninguno de los dos despegara los labios, cuando se oyó a corto trecho un grito extraño.

Marco, preguntó, estremeciéndose, cuál era su significado.

—Nuestro batidor pregunta a su modo si está libre el camino —contestóle el caudillo vendeano—. Escuchad, poco se hará esperar la respuesta; —y tocando ligeramente el hombro del viajero, enseñóle con el ejemplo lo que había de hacer, y detuvo el caballo. Efectivamente, no tardó en oírse a lo lejos un segundo grito, tan semejante al primero que parecía su eco.

—Podemos seguir adelante —dijo el caudillo poniendo su caballo al paso—; nada hay que temer.

—¿Es decir, que nos precede un batidor?

—Sí, y nos sigue otro a doscientos pasos de distancia, la misma que nos separa del que va delante.

—¿Quién contesta al de vanguardia?

—Los aldeanos cuyas cabañas se hallan a las orillas del camino. Prestad atención cuando pasemos por delante de alguna de ellas, y veréis abrirse una ventanilla y asomar cautelosamente una cabeza inmóvil como si fuera de piedra, la cual no desaparecerá hasta perdernos de vista. Si viese pasar en nuestro lugar los soldados de algún destacamento, ese hombre saldría en seguida por una puerta trasera, y si hubiera por los alrededores alguna partida de realistas, estaría prevenida un cuarto de hora antes de la llegada de la tropa.

Al decir esto, el caudillo se interrumpió exclamando:

—¡Escuchad!

Detuviéronse los dos jinetes y dijo el viajero:

—No he oído más que el grito del explorador. ¿Y vos?

—Tampoco. Nadie ha contestado.

—¿Qué significa eso?

—Que hay tropa por estas cercanías.

Dicho esto, puso su caballo al trote, el viajero hizo otro tanto, y al cabo de algunos segundos se oyeron pasos precipitados: era el hombre de retaguardia que se dirigía a ellos a todo correr.

Llegados a la encrucijada, hallaron al guía parado y perplejo. Como en aquel sitio había dos opuestas direcciones para tomar y en ninguna de ellas se había contestado a su grito, vacilaba en la elección. Entrambos podían conducir a un mismo punto a la corta o a la larga; pero el de la izquierda daba un gran rodeo. Después de deliberar un momento el jefe vendeano y el guía, internóse éste último por la espesura a la derecha, y cinco minutos después le siguieron el viajero y el caudillo, dejando en el mismo sitio a su cuarto compañero, que no tardó en imitarles. Seguían manteniéndose a igual distancia de su vanguardia y retaguardia; y así anduvieron unos trescientos pasos. De repente, los dos realistas encontraron otra vez al guía parado, quien les dijo en voz baja:

—Una patrulla.

Todos escucharon atentamente, y a lo lejos oyeron, en efecto, el ruido acompasado de una partida de tropa. Era una patrulla del general Dermoncourt que hacía la ronda de noche.

Hallábanse entonces en una de aquellas hondonadas que tanto abundan en la Vendée, y las cuales desaparecen merced a los caminos vecinales.

Eran tan escarpadas las pendientes, que hubiera sido imposible trepasen por ellas los caballos, y, por lo tanto, no quedaba más recurso que retroceder hasta un paraje descubierto para desviarse del camino. No obstante, existía el inconveniente de así como los dos jinetes habían oído a los soldados, podían éstos oír el paso de los caballos y ponerse en su persecución. De pronto, el batidor hizo una seña al caudillo vendeano. Gracias a un fugaz rayo de luz, había visto el reflejo de las bayonetas y mostraba con el dedo al viajero y al caudillo la dirección en que acababa de brillar. Púsose el primero sobre aviso, y reparó que, tratando los soldados de evitar el agua llovediza que suele correr por las quebras, en vez de seguir el estrecho camino, treparon por la cuesta de la izquierda. Los viajeros estaban parados, y casi sin atreverse a respirar, protegidos por las tinieblas, y sin sospecharlo los soldados pasaron casi a su lado. Hubiera bastado el relincho de un caballo para descubrirlos; pero cual si hubiesen comprendido la gravedad de la situación, los caballos permanecieron tan silenciosos, como sus dueños. Cuando se hubo extinguido por completo el ruido de las pisadas, los viajeros siguieron andando. Al cabo de un cuarto de hora, dejaron el camino y penetraron en el bosque, y una vez allí respiraron con desahogo, pues si la patrulla se arriesgaba a entrar de noche en la espesura, lo cual no era probable, seguiría las sendas que la cruzan, y por consiguiente, tomando uno de los caminos conocidos de la gente del país, nada debían temer. Apeáronse los jinetes, entregando los caballos a uno de los exploradores, mientras el otro desaparecía en la oscuridad mayor en aquel paraje a causa de las primeras hojas de mayo. El jefe vendeano y el viajero siguieron el mismo camino, y, apenas hubieron recorrido doscientos pasos, cuando oyeron el canto del búho.

El caudillo imitó el del mochuelo, y el primero fue repetido.

—Ya tenemos aquí a nuestro hombre —dijo el vendeano

Diez minutos después regresaba el guía acompañado de un individuo. Este era nuestro amigo Juan Oullier, único y, por lo tanto, primer picador del marqués de Souday, quien, abandonando momentáneamente el ejercicio de la caza, tomaba parte activa en los acontecimientos políticos que iban a tener lugar. En las dos presentaciones precedentes el viajero había oído siempre que el guía, al hablar a una tercera persona, decía:

«Este caballero tiene que hablar al señor.»

Aquella vez el caudillo vendeano dijo a Juan Oullier variando la fórmula:

—Amigo mío, este caballero desea hablar a Perico, a lo cual repuso Oullier:

—Que me siga.

Tendió el viajero la mano al caudillo, quien se la estrechó cordialmente, y luego llevóla al bolsillo con intención manifiesta de gratificar a los dos guías, pero el jefe vendeano, asiéndole del brazo, le indicó con una seña que se abstuviera de hacerlo, pues el leal aldeano lo tomaría por una ofensa. Maese Marco comprendió esa noble susceptibilidad, pagó al labriego con otro apretón de mano, y acto continuo Juan Oullier tomó el camino por donde había venido, pronunciando esta sola palabra:

—Seguidme.

Tan breve fue la invitación como la separación. El viajero empezaba a acostumbrarse a aquellas frases breves y misteriosas, insólitas para él, que si no denotaba conspiración flagrante, a lo menos indicaban insurrección próxima. Apenas había visto el rostro del jefe vendeano y de los dos guías, cubiertos como iban con anchos sombreros; y en la

espesura del bosque casi tampoco veía la forma de Juan Oullier, quien, poco a poco, acortó el paso hasta encontrarse a su lado. Conociendo vagamente que su guía tenía que decirle alguna cosa, prestó atención, y, efectivamente, oyó murmurar estas palabras:

—Nos sigue un espía; si desaparezco, no os dé cuidado; esperadme en el mismo sitio donde desaparezca.

El viajero contestó con un gesto que significaba: —Está bien; haced lo que os plazca.

A los cincuenta pasos, Oullier se internó de pronto en el bosque. Oyóse a la distancia de unos treinta pasos y en la espesura un rumor parecido al del corzo que se levantara espantado, rumor que fue alejándose por prados como si, en efecto, lo causara dicho animal. Oyóse asimismo el paso de Juan Oullier alejándose en la misma dirección. El viajero se había apoyado en una encina y a los pocos momentos dijo una voz junto a él:

—¡Adelante!

Estremecióse el viajero. Esa voz era la de Oullier, quien se había acercado sin hacer el menor ruido.

—¿Qué había? —preguntó el viajero.

—Un matorral vacío, un malvado que conoce el bosque a palmos, como yo.

—¿No habéis podido agarrarlo?

Juan Oullier movió la cabeza, como si le costara confesar que se le había escapado un hombre.

—¿No sabéis quién era?

—Lo sospecho —repuso Oullier, tendiendo el brazo hacia La Logerie—, pero sea quién fuere, es un pícaro.

Y al llegar a la linde del bosque, añadió:

—Ya estamos.

En efecto, Marco vio delante el cortijillo de la Bouleuvre. Juan Oullier miró atento entrambos lados del camino, y vio que estaban despejados en cuanto alcanzaba su vista. Siguiéron adelante y llegaron sin tropiezo a la puerta de un cortijo, la cual abrió Oullier diciendo:

—Entrad.

Marco cruzó el camino y desapareció bajo el soportal; cerróse tras sí la puerta, y apareció una forma blanca en la escalera.

—¿Quién va? —preguntó una voz robusta e imperiosa, aunque femenina.

—Yo, señorita Berta —repuso Oullier.

—¿Quién os acompaña?

—Un caballero de París que desea hablar con Perico.

Bajó Berta a recibir al viajero y le dijo:

—Seguidme, caballero.

Guióle a una pieza pobremente amueblada en la que ardía una buena lumbre junto a la cual estaba una mesa puesta con la cena servida.

—Sentaos caballero —dijo la joven con gran donaire y con el varonil ademán que tanta originalidad le prestaba; aquí tenéis con que satisfacer el apetito y la sed. Perico duerme, pero ha ordenado que le despertasen si venía alguien de París. Vos venís de allí, ¿no es cierto?

—Sí, señorita.

—Dentro de diez minutos estaré de regreso.

Berta desapareció como una visión. El viajero permaneció algunos segundos asombrado, pues era muy observador, y no recordaba haber visto tanta gracia unida a tanta energía: hubiera podido tomársele por el joven Aquiles vestido de mujer antes de ver brillar la espada de Ulises. Sumido en estas o semejantes ideas, no pensó el viajero en comer ni beber, y poco después entró la joven en la estancia, diciendo:

—Caballero, Perico os espera.

Salió Marco en pos de Berta, a quien daba de lleno en el rostro la luz de la vela que llevaba para alumbrar la escalera. Marco contemplaba con la mayor admiración sus hermosos cabellos, sus negros y rasgados ojos, su tez mate animada por el soplo de la juventud y de la salud, y su paso firme y majestuoso como el de una diosa. Sonrióse, y acordándose de Virgilio, murmuró:

*Incessu patuit dea*¹

La joven llamó a la puerta de un aposento.

—Entrad —contestó una voz femenina.

Abrióse la puerta, y la joven hizo una cortesía al pasar el viajero: conocíase fácilmente que no era la humanidad su principal virtud. Entró Marco, y la doncella cerró la puerta, quedándose fuera.

¹ “La Diosa se reveló por su andar”, verso de la Envida de Virgilio.

UN POCO DE HISTORIA

El viajero entró en un aposento muy vasto y de reciente construcción; las paredes eran muy húmedas y ligeramente estucadas, y se veía a trechos el enmaderamiento. En esta pieza, acostada en un tosco lecho de pino, había una mujer, y concentrando toda su atención en ella, vio maese Marco que era la señora duquesa de Berry.

Las sábanas de finísima batista eran lo único que indicaban la elevada categoría de la dama. Un mantón de cuadros verdes y encarnados servía de cobertor; una chimenea de hierro guarnecida de madera calentaba la estancia, y una mesa llena de papeles con dos pistolas encima, componían el ajuar. Junto a este mueble había una silla con un traje completo de aldeano y una peluca negra, y otra silla al pie de la cama, con los vestidos de la Princesa, quien llevaba una gorra de lana a usanza de las mujeres del país, y leía su correspondencia a la luz de dos bujías colocadas sobre un velador de palo de rosa muy deteriorado, resto evidente del antiguo ajuar del castillo.

Al parecer, la Duquesa esperaba con impaciencia la llegada del viajero, pues apenas le vio casi le salió de la cama, tendiéndole ambas manos. Marco se las tomó, besándolas respetuosamente, y la Princesa se apercibió de que una lágrima vertida de su fiel partidario caía sobre sus manos que permanecían entre las de su tierno amigo.

—¡Una lágrima! Caballero —dijo la Duquesa—, ¿me traéis, por ventura, malas noticias?

—Esta lágrima brota del corazón, señora; es la expresión del profundo dolor que experimento al veros sola y aislada en un cortijo de la Vendée, a vos, a quien he visto...

Las lágrimas le ahogaron la voz, y la Duquesa terminó la frase, diciendo:

—Sí, en las Tullerías, ¿no es cierto? y en las gradas del trono. Pero qué importa, querido amigo, estaba allí peor guardada y no tan bien servida como entre estos partidarios, pues aquí me sirve y custodia la lealtad que sabe sacrificarse, mientras que allí me servía el interés, que sólo obra por cálculo; pero vamos al grano, que ya me inquieta veros eludir la cuestión principal. ¡Enseguida! dadme noticias de París. ¿Son buenas?

—Creed, señora, que entusiasta como soy, siento en el alma haberme visto obligado a ser el mensajero de la prudencia.

—¿Es decir, que mientras mis fieles vendeanos se hacen matar por mi causa, mis amigos de París son prudentes? Ya veis con cuánta razón he dicho que estaba aquí mejor guardada y servida que en el palacio de las Tullerías.

—Mejor guardada, es posible; mejor servida, no. Hay momentos que de la prudencia depende el resultado.

—Yo también tengo noticias de París, caballero, y sé que allí es inminente una revolución.

—Señora —repuso el abogado con firme y sonora voz—, hemos pasado año y medio en continuas asonadas, y ninguna de ellas ha tomado el carácter de una revolución.

—Luis Felipe es impopular.

—Concedido; pero eso no prueba que Enrique V sea popular

—¡Enrique V! Mi hijo no se llama Enrique V, caballero, sino Enrique IV segundo.

—Permitid que os diga, señora, que aún es muy niño para que sepamos su verdadero nombre; y cuanto más adicto es un hombre a su jefe, tanto más debe decirle la verdad.

—¿La verdad? yo la deseo; la exijo entera y sin ambages.

—Pues escuchad, si queréis saberla. Desgraciadamente, la memoria del pueblo se ciñe a un limitado horizonte; para el pueblo hay dos grandes recuerdos de cuarenta y tres años de fecha el uno, y de diecisiete el otro; el primero es la toma de la Bastilla, es decir, la victoria del pueblo sobre la monarquía, victoria que dio a la nación la bandera tricolor; el segundo es la doble restauración de 1814 y 1815, victoria de la monarquía sobre el pueblo, la cual impuso al país la bandera blanca. En los grandes movimientos todo es simbólico, señora, la bandera tricolor es el lábaro de la libertad, y en sus pliegues se lee: *Con esta enseña vencerás*. La bandera blanca es la enseña del despotismo, y en ambos lleva escrito: *Con esta enseña fuiste vencido*.

—¡Caballero!

—¡Ah, señora, habéis exigido la verdad, y os la digo!

—Sea; pero cuando hayáis terminado os contestaré.

—Sí, Duquesa, me alegraré que vuestra respuesta llegue a convencerme.

—Proseguid.

—Señora, salisteis de París el 28 de julio, y no visteis la saña con que el pueblo destrozaba la bandera blanca y pisoteaba las flores de lis.

—¡La bandera de Denain y de Taillebourg! ¡Las flores de lis de San Luis y de Luis XIV!

—¡Por desgracia, señora, el pueblo no se acuerda sino de Waterloo, el pueblo no conoce otra cosa en Luis XVI, que una defección y una ejecución. ¿Sabéis, señora, cuál es la gran dificultad que preveo para vuestro hijo, último descendiente de San Luis y de Luis XIV? Precisamente la bandera de Denain y de Taillebourg. Si Su Majestad Enrique V, o Enrique IV segundo, como tan acertadamente le denomináis, entra en París con la bandera blanca, no pasará del arrabal de San Antonio, y antes de llegar a la Bastilla será muerto.

—¿Y si entra con la bandera tricolor?

—Peor que peor, señora: entonces, antes de llegar a las Tullerías estará deshonorado.

Sobresaltóse la Duquesa, y después de una corta pausa, dijo:

—Tal vez sea cierto; pero es amarga la verdad.

—Os la prometí pura, y cumplo la palabra.

Al cabo de un momento de silencio, replicó la duquesa:

—No son ésas las noticias que recibí de Francia, y que determinaron mi regreso.

—De eso no cabe duda, señora; pero no olvidéis que si a veces llega la verdad a oídos de los príncipes reinantes, nunca llegarán a saberla los príncipes destronados.

—Permitid que os diga, caballero, que, como buen abogado, sois algo paradójico.

—Efectivamente, señora, la paradoja es achaque de la elocuencia; mas con Vuestra Alteza Real no se trata de ser elocuente, sino verídico.

—Dispensad, ¿no habéis dicho que los príncipes destronados nunca llegan a saber la verdad? u os habéis equivocado, o me estáis engañando.

El abogado se mordió los labios: la Duquesa le hería con sus mismas armas.

—¿Dije nunca, señora?

—Nunca dijisteis.

—Pues supongamos una excepción y que yo lo sea.

—Dadlo por supuesto, y decidme, si os agrada, por qué no saben nunca la verdad los príncipes destronados.

—Porque mientras los monarcas reinantes suelen estar rodeados de ambiciosos satisfechos, los príncipes destronados lo están de ambiciosos por satisfacer.

«Verdad es, señora, que hay en torno vuestro algunos corazones generosos que se sacrifican con completa abnegación; pero también hay no pocas personas para quienes vuestro regreso es su medio de alcanzar fama, riquezas y honores; también hay descontentos que perdieron su posición y quieren recobrarla y vengarse de los que se la arrebataron. Toda esa gente ve mal los hechos y no aprecia debidamente la situación; convierte sus aspiraciones en esperanzas, y sus esperanzas en certezas; sueña incesantemente con una revolución que si llega a estallar, de seguro no será en el momento que se figura; esa gente se engaña, y os engaña; empieza por mentirse a sí misma y acaba por mentiros a vos, atrayéndoos al peligro a que quiere exponerse. De ahí el error fatal que os ha imbuido y que debéis reconocer, señora, ante la verdad irrevocable que acabo de manifestaros, tal vez con aspereza, pero de un modo franco y leal.»

—En resumen —interrumpió la Duquesa impaciente al ver que aquellas palabras confirmaban las que oyera en el castillo de Souday—; ¿qué traéis bajo los pliegues de vuestra toga, maese Cicerón? ¿La paz o la guerra?

—Como se cree que seguimos las prácticas Constitucionales, contestaré a Vuestra Alteza Real que en calidad de regente os toca elegir entre las dos.

—¡Comprendo! y mis cámaras se reservan el derecho de negarme subsidios si no resuelvo lo que quieren, ¿no es cierto? Conozco todas las presiones de vuestro sistema constitucional, cuyo principal inconveniente consiste en complacer a los que hablan más, pero no mejor. En fin, vos estaréis indudablemente encargado de trasmitirme la opinión de mis fieles y leales consejeros acerca de la oportunidad del levantamiento, decid: ¿Cuál es vuestra opinión y la de ellos? Mucho hemos hablado de la verdad; algunas veces es un espectro terrible. No importa; aunque mujer, no temo evocarlo.

—Jamás he dudado de vuestra resignación, señora; sino hubiese sabido que en vuestras venas circula la ilustre y poderosa sangre de veinte reyes, no me habría encargado de tan dolorosa misión.

—¡Ah! por fin: vamos, menos diplomacia, caballero Marco. Hablad con tesón, cual debe hacerse con un soldado.

Al decir estas palabras, observó la Princesa que el emisario se quitaba la corbata e intentaba descoserla y la Duquesa, impaciente de tanta tardanza, exclamó:

—Dádmela, dádmela; yo acabaré más pronto.

Era una carta escrita con cifras, y la Duquesa, después de examinarla, dijo devolviéndola a Marco:

—Leédmela; me sería difícil descifrarla y a vos os será fácil, pues debéis saber su contenido.

Tomóla el abogado y púsose a leer sin tropiezo lo que sigue:

«Las personas a quienes se ha honrado con tan distinguida confianza no pueden menos de lamentar los funestos consejos que han promovido la crisis actual, pues aunque no dudan del buen celo y laudables intenciones de los que la han causado, deben, por otra parte,

reconocer que éstos no conocen al actual orden de cosas, ni la disposición de los ánimos.

«Creer en la posibilidad de una revolución en París, es un absurdo; difícil sería encontrar mil doscientos hombres que por algunos escudos se prestaran a salir a la calle y luchar con la guardia nacional y una guarnición adicta al Gobierno.

»Tan equivocada es la idea que tienen de la Vendée, como la que se tuvo del Mediodía, pues aquel país clásico de la abnegación y de la generosidad ha sido devastado por un ejército numeroso y ayudado de los habitantes de las ciudades, casi todas anti-legitimistas, y si se hiciese una leva de aldeanos, se originaría el saqueo de las aldeas, fortificando al Gobierno con un fácil triunfo.

»Si la madre de Enrique V se encontrase en Francia, debería apresurarse a salir de ella, ordenando a los jefes de la rebelión que depusieran las armas y regresaran a sus hogares. De este modo, en vez de haber venido a organizar la guerra civil, habría venido a pedir la paz, lo cual le proporcionaría la doble gloria de ejecutar una acción heroica e impedir la efusión de sangre francesa.

»Los amigos circunspectos de la monarquía legítima, a quienes jamás se ha consultado acerca de semejantes proyectos, teniendo solamente noticias de los hechos ya consumados, declinan su responsabilidad sobre sus autores y consejeros: ni pueden merecer el honor ni contribuir al vituperio, en la suerte próspera o adversa.»

La Duquesa oyó esa lectura con extrema agitación. Su rostro, ordinariamente pálido, estaba encendido y pasábase una y otra vez la temblorosa mano por los cabellos echándose atrás la gorra. Ni una exclamación profirió durante la lectura; pero era fácil notar que aquella calma era precursora de la tormenta, y para conjurarla, Marco, entregándole la carta, dijo en seguida:

—No he sido yo, señora, quien ha escrito esta carta.

—No —repuso la Duquesa sin poderse contener—; pero el que la ha leído era muy capaz de escribirla.

Comprendiendo el viajero que nada ganaría en inclinar la cabeza ante aquel genio vivo e impresionable, irguió cuanto pudo la frente y dijo:

—Sí, y declara a Vuestra Alteza que si bien no aprueba ciertas explicaciones de ese escrito, está, por otra parte, conforme en absoluto con su espíritu y participa del sentimiento que lo ha inspirado.

—¿Qué sentimiento? Llamadlo egoísmo, prudencia; una prudencia muy semejante a la...

—A la cobardía, ¿no es cierto? ¡Cobarde llamáis al que lo abandona todo para arrostrar los azares de una situación que él no ha creado! ¡Egoísmo llamáis al que ha venido a deciros!: ¿Queréis saber la verdad, señora? ¡Oídla! Pues si queréis arrostrar una muerte tan inútil como segura, me veréis a vuestro lado.

La Duquesa permaneció callada un momento, y luego añadió con más suavidad:

—Aprecio vuestra adhesión, caballero; pero conocéis mal la Vendée, y no la juzgáis sino por lo que os han dicho los contrarios de la revuelta.

—Corriente. Aun suponiendo por un momento que la Vendée se levanta como un solo hombre, os rodea con sus batallones, y no escatima sangre ni sacrificios; la Vendée no es Francia.

—Luego de haberme dicho que el pueblo de París odia las flores de lis y desprecia la bandera blanca, ¿queréis decirme asimismo que Francia entera obraría de igual modo?

—¡Ay, señora! Francia es lógica; quien delira somos nosotros al soñar con una alianza

entre el derecho divino y la soberanía popular, palabras que se repelen una a otra.

—¡Entonces, vuestra opinión es que debo renunciar a todas mis esperanzas, abandonar a mis amigos comprometidos, y dentro de tres días, cuando corran a las armas, dejar que me busquen en sus filas para que un extraño les diga: María Carolina, por quien ibais a combatir hasta verter la última gota de sangre, ha desesperado de su suerte y ha retrocedido ante el destino; María Carolina ha tenido miedo! ¡Oh! ¡Nunca, nunca, caballero!

—Vuestros amigos no podrán haceros semejante reproche, porque no se reunirán.

—¿Ignoráis que el día 24 es el levantamiento?

—Vuestros amigos habrán recibido contraorden.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¡Hoy! —repitió la Duquesa incorporándose y frunciendo las cejas—. ¿Y de dónde ha procedido?

—De Nantes.

—¿Quién se la ha dado?

—Aquél a quien vos misma le ordenasteis obedecer.

—¿El Mariscal?

—El Mariscal ha seguido las instrucciones del comité de París.

—Pues y yo, ¿no soy nada?

—Por el contrario —repuso Marco hincando la rodilla y juntando las manos—, vos lo sois todo, y por esto queremos salvaros, y no queremos que os expongáis a un movimiento inútil; y temblamos al considerar que os vais a hacer impopular con una derrota.

—¡Dios mío! —exclamó la Duquesa tapándose los ojos, no ya con las manos, sino con los puños.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué ignominia!

Como si Marco la hubiese oído, o más bien cual si la resolución que debía darle a conocer fuese invariable, continuó diciendo:

—Están tomadas todas las precauciones para que Vuestra Alteza pueda salir de Francia sin el menor peligro; por la bahía de Bourgneuf cruza un buque, al cual puede Vuestra Alteza llegar en tres horas.

—¡Oh, noble país de la Vendée! —exclamó la Duquesa—, ¿quién hubiera dicho que me arrojarías de tu seno al implorar tu auxilio en nombre de tu Dios y de tu rey? ¡Yo que creía que sólo París era infiel e ingrato! ¡Nunca hubiera imaginado que este país, que tanta sangre ha vertido por la causa de Enrique V, se atreviese a negarme una tumba cuando venía a pedirle un trono! ¡No! ¡Jamás lo hubiera creído de ti!

—Partiréis, señora, ¿no es verdad? —dijo el mensajero sin abandonar su postura suplicante.

—Sí, partiré —dijo la Duquesa—, saldré de Francia para no volver, pues no quiero regresar con los extranjeros. Ya sabéis que sólo aguardan una ocasión tan favorable para coaligarse contra Luis Felipe, y en cuanto se presente, me pedirán a mi hijo, no porque se interesen más por él que en 1792 por Luis XVI y en 1813 por Luis XVIII, sino por tener un partido en París; pero no lo tendrán, os lo juro; antes lo llevaré a los montes de

Calabria. Si mi hijo ha de comprar el trono de Francia con la cesión de una provincia, de una ciudad, o de una fortaleza, de una casa, o choza, os doy mi palabra de regente y de madre, que nunca subirá al trono. He terminado. Id con Dios, caballero, y repetid mis palabras a los que os han enviado.

Levantóse el señor Marco y se inclinó ante la Duquesa, esperando que le tendiese su mano, pero ella conservó su ademán amenazador sin desarrugar el ceño, y juzgando aquel que no convenía esperar más, persuadido, con razón, de que mientras estuviese allí no cedería ningún músculo de aquella generosa organización, saludó a la Princesa, diciendo:

—Dios guíe a Vuestra Alteza.

No se engañaba el emisario, pues no bien hubo cerrado tras sí la puerta, cuando la Duquesa cayó en el lecho, quebrantada por el prolongado esfuerzo que tuvo que hacer en aquella penosa conversación, sin embargo de su reconocida fortaleza de ánimo, y prorrumpió en sollozos murmurando:

—¡Oh, Bonneville! ¡Desventurado Bonneville!

XLVIII

PERICO SACA FUERZAS DE FLAQUEZA

Terminada la escena tan interesante que acabamos de narrar, el abogado salió en seguida para Nantes; y a los pocos momentos bajó Perico, vestido de aldeano, a la sala baja de la granja, a pesar de que la noche no había llegado a las dos terceras partes de su carrera.

La sala en que se encontraba Perico, era vasta, sus paredes parduzcas desprovistas en varios parajes del yeso que las revocaron, y cuyas vigas ennegreciera el humo; había en ella un inmenso armario de roble pulido, cuya cerradura relucía en la oscuridad, y dos camas paralelas cubiertas de un cortinaje de sarga verduzca; completaba el mueblaje, dos toscas artesas y un reloj de pared dentro de una caja de madera esculpida, que con su lento y monótono tic-tac de la péndola, recordaba la vida en el silencio de la noche. La chimenea era muy ancha y elevada, guarnecía su campana una tira de tela parecida a la de las cortinas, pero en muy mal estado; veíanse, además, varios adornos de costumbre: una figura de cera, imagen del Niño Jesús, dentro de un globo de cristal, dos jarros de porcelana con flores artificiales, una escopeta de dos cañones y un ramo pascual.

Acababa Perico de despedir al dueño del cortijo, al marqués y a sus hijas, cuando un hombre abrió la puerta y se sentó al hogar; pero, al verla, apartóse respetuosamente para ofrecerla un sitio: pero Perico, apoyándose en una silla, le indicó con la mano que volviese a ocuparla, pero no dándose aquél por entendido, apartó la silla coleándola al lado de la chimenea. Perico tomó entonces un escabel y sentóse al otro extremo, enfrente de Juan Oullier, pues éste era quien ofrecía su asiento a la duquesa.

Una vez sentada, apoyóse la duquesa la cabeza en la palma de la mano y el codo en la rodilla, abismada en profunda reflexión, y agitaba el pie con un movimiento convulsivo que se comunicaba a todo el cuerpo, demostrando que Perico sufría una verdadera contrariedad. También Juan Oullier combatía su imaginación mil contrariedades, permaneciendo taciturno y distraído. Al entrar Perico en el aposento, el aldeano se había apresurado a quitarse la pipa de la boca, y hacía la rodar maquinalmente entre los dedos, sin interrumpir de otro modo sus meditaciones que exhalando algunos suspiros muy parecidos a amenazas, o inclinándose para reunir los tizones del hogar y avivar la lumbre. Perico fue el primero que rompió el silencio, preguntándole:

—¿No fumabais cuando habéis entrado, buen hombre?

—Sí —respondió lacónicamente el aldeano, con acento respetuoso.

—¿Por qué no seguís?

—Temo incomodaros.

—De ningún modo; si esto no es un vivac, poco le falta; y como, por desgracia, es el último, quisiera que estuvierais con entera libertad.

Por más enigmáticas que le parecieran tales palabras, Oullier no osó interrogar a Perico, y con aquel maravilloso tacto que distingue al labriego vendeano, sin dejar traslucir que supiese con quien hablaba, se abstuvo de usar el permiso que acababan de darle. A despecho de las ideas que le agitaban, Perico notó la desazón de Oullier y no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué tenéis, que tan abatido os veo? Creía encontraros muy contento, y me he

equivocado.

—¿Por qué he de estarlo?

—Porque un fiel y leal servidor como vos no puede menos de compartir la alegría de sus amos, y observo que de veinticuatro horas a esta parte nuestra joven amazona está muy gozosa.

—¡Quiera Dios que ese gozo no sea efímero! —dijo el vendeano alzando los ojos al cielo y sonriéndose con aire de duda.

—¡Cómo! A lo que veo, no sois muy partidario de los enlaces de amor; pues a mí me agradan muchísimo, y son los únicos negocios en que he tomado parte.

—Yo no tendría ninguna prevención contra este matrimonio, sino fuera por el marido.

—¿Y por qué?

Juan Oullier permaneció silencioso.

—Hablad —insistió Perico.

El vendeano meneó la cabeza.

—Os lo ruego, querido Oullier, me intereso mucho por esas niñas a quienes tanto queréis, y ya sabéis que sin ser Papa tengo potestad para atar y desatar.

—Ya sé que podéis mucho.

—Decidme, amigo, ¿por qué no os agrada este matrimonio?

—Porque la que tome el nombre de baronesa de La Logerie, tomará un nombre deshonorado, y para eso no había necesidad de dejar uno de los apellidos más ilustres del país.

—¡Ay, mi buen amigo! —replicó Perico con triste sonrisa—, ya pasaron los tiempos en que los hijos eran solidarios de las virtudes y faltas de los padres.

—Lo ignoraba —repuso Oullier.

—Y no obstante, es una realidad —continuó Perico—; para nuestros contemporáneos es una grande obligación la de responder de sí mismo, pues muchos sucumben antes de lograrlo. ¡Cuántos dejan de cumplirla! ¡Cuántos faltan en nuestras filas que por el nombre que llevan deberían figurar en ellas! Seamos, pues, agradecidos a los que a pesar del ejemplo dado por sus padres, de la situación de sus familias y de los incentivos de la ambición, han abrazado nuestra causa para continuar las caballerescas tradiciones de la abnegación y de la fidelidad en el infortunio.

Alzó Juan Oullier la cabeza, y con una expresión de odio que no trató de disimular, replicó:

—Ignoráis acaso...

—Nada ignoro —repuso Perico—, sé vuestros motivos de queja respecto al difunto barón; mas tampoco desconozco los deberes de gratitud que ligan a su hijo recién herido por mi causa. Respecto a los crímenes que haya cometido su difunto padre, eso Dios lo sabe mejor que nosotros, lo expió con una muerte violenta.

—Sí —contestó Juan Oullier bajando la cabeza a pesar suya—; es cierto.

—¿Os atreveríais a investigar los designios de la Providencia? ¿Osaríais suponer que no halló misericordia al presentarse bañado en sangre ante el Juez Supremo? Y cuando Dios acaso está satisfecho, ¿os mostraríais más rígido e implacable que Dios?

Juan escuchó sin replicar. Cada palabra de Perico le conmovía el corazón, evocando sus sentimientos religiosos y apartando sus rencorosas convicciones respecto del Barón, sin

que llegara a desarraigarse por completo.

—El señor Michel —prosiguió Perico— es un excelente mancebo, dócil, sencillo y pronto a sacrificarse por sus amigos; es rico, calidad que nunca está de más tratándose de matrimonio, y estoy seguro de que el carácter enérgico y los hábitos algo independientes de vuestra joven señora, son muy a propósito para hacerla dichosa con un hombre como él. Si ambos son dichosos, ¿qué más podemos desear? Creedme, Juan Oullier —añadió Perico lanzando un suspiro—, si tuviésemos que acordarnos del pasado, nos sería imposible querer a nadie.

—Señor Perico —contestó Oullier meneando la cabeza—, vos habláis a las mil maravillas y como excelente cristiano; pero hay cosas que no podemos quitar de la memoria por más esfuerzos que hagamos para alcanzarlo, y, por desgracia, mis relaciones con el padre del señor barón fueron una de ellas.

—No trato de saber vuestros secretos —respondió Perico—. Ya os he dicho que el barón ha vertido su sangre por mí, ha sido mi guía y me ha proporcionado un asilo, y no sólo le aprecio sino que debo estarle agradecida. Además, sentiría infinito que entrase la división en nuestro campo, y por lo tanto, mi buen Oullier, os suplico, en nombre de la adhesión que manifestáis a mi persona, no que olvidéis lo pasado, ya que como decís no es posible lograrlo, sino que reprimáis vuestro rencor hasta convenceros de que el hijo de quien tanto odiasteis, labra la felicidad de la niña que habéis educado.

—Creed que daré mil gracias al Altísimo, venga de dónde viniera la ventura; pero mucho dudo que entre en el castillo de Souday con el señor Barón.

—¿Por qué? Decídmelo, si lo tenéis a bien.

—Porque cada día dudo más del amor del señor Michel a la señorita Berta.

Perico se encogió de hombros con impaciencia y replicó:

—Amigo Oullier, permitid que os diga que desconfío de vuestra perspicacia en amor.

—Tal vez tengáis razón —contestó el vendeano—; mas si tanto desea el baroncito un enlace, que es la mayor honra que puede esperar, ¿por qué ha salido con tanta precipitación del cortijo, vagando por esos cerros como un loco toda la noche?

—Si su ausencia ha durado toda la noche, será indudablemente porque la felicidad le embarga los sentidos y no le dejaba un momento de reposo; por otra parte, casi afirmarí, sin temor de equivocarme, que si ha salido tan a deshora ha sido por atenciones al servicio mejor que por un simple capricho.

—¡Quiera Dios que así sea! No soy, felizmente, de los hombres que sólo piensan en sí mismos, puesto que el egoísmo no cabe en mi corazón; y aunque, estoy decidido a salir del castillo el día que en él entre el barón, no dejaré de rogar a Dios que bendiga a la que tan ciegamente le ama: siempre vigilaré todos sus actos y trataré de que no se realicen mis presentimientos.

—Gracias, querido Oullier; siendo así, ya puedo confiar que en lo sucesivo no pondréis mal gesto a mi pobre protegido. ¿Me lo prometéis?

—Os prometo guardar mi rencor y mi desconfianza en lo más recóndito del corazón y no manifestarlo sino en el desgraciado caso que vuestro protegido lo justifique con su proceder; pero no me pidáis un sacrificio superior a mis fuerzas; yo no puedo quererle ni apreciarle.

—¡Raza indomable! —murmuró Perico a media voz—, verdad es que eso te engrandece y vigoriza.

—Sí —replicó Oullier a esa especie de aparte—, sí, nosotros apenas tenemos más que un amor y un odio, ¿Seríais vos quien lo lamentara, señor Perico?

Y miró de hito en hito al joven como si le desafiara con respeto.

—No —repuso éste—, y líbreme Dios de hacerlo, pues la adhesión de los vendeanos es cuanto le queda a Enrique V de una monarquía de cuatro siglos, aunque esto no basta, según parece.

—¿Quién lo dice? —exclamó Juan Oullier levantándose con gesto amenazador.

—Más tarde lo sabréis; hemos hablado de vuestros asuntos, Oullier, y no me duele, pues esta conversación ha dado tregua a mis tristes pensamientos; horas es ya de dedicarme a mis negocios. ¿Han dado las cuatro?

—Las cuatro y media.

—Despertad a los amigos; a ellos la política no les roba el reposo a mí sí, mi política es el amor maternal. Id, amigo mío.

Juan Oullier salió, y Perico, cabizbajo, dio algunas vueltas por la pieza. Presa de la mayor impaciencia y desesperación, retorcióse las manos y golpeaba con el pie el suelo, y al sentarse nuevamente a la chimenea, con el pecho oprimido, dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. En seguida se arrodilló rogando al Señor, único dispensador de tronos, que le guiara y le diese fuerzas para dar cima a su propósito, o resignación para sobrellevar un infortunio.

IL

A LO HECHO, PECHO

Al cabo de algunos momentos, penetraron en la habitación de Gaspar y Juan Renaud, pero al ver la actitud y recogimiento de Perico, se detuvieron en el umbral, en tanto que el marqués de Souday que les acompañaba, interrumpía con el mayor respeto la diana que tarareaba, recordando su juventud. Perico, a pesar de estar abismado en sus preocupaciones, oyóles y les dirigió la palabra, diciendo:

—Acercaos, caballeros, y dispensad que haya turbado vuestro sueño. Tengo que comunicaros importantes resoluciones.

—Al contrario, señora —repuso Juan Renaud—, nosotros somos quienes debemos pedir mil perdones a Vuestra Alteza Real, por no habernos anticipado a sus órdenes, estando prontos a satisfacer sus deseos a la primera ocasión.

—Basta de cumplimientos, amigo mío —interrumpióle Perico—; mal sienta la lisonja, atributo de la monarquía victoriosa, cuando va a hundirse por segunda vez.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir —añadió Perico, apoyándose en la chimenea—, que os he llamado para devolveros vuestra palabra y despedirme de vosotros, amigos míos.

—¿Devolvernos nuestra palabra?... ¿Despediros de nosotros? —replicaron atónitos los caudillos—. ¿Es posible que Vuestra Alteza Real piense en abandonarnos?

Contempláronse unos a otros, exclamando sorprendidos:

—¡Señora, eso no puede ser, ni será ...

—Es preciso; me han aconsejado, o mejor dicho, me han pedido con insistencia que lo haga.

—¿Quién, señora?

—Personas de cuyo celo, inteligencia y adhesión no puedo dudar.

—¿Con qué pretexto, con qué razón?

—Según voz pública, la causa realista está completamente perdida hasta en la Vendée; la bandera blanca no es más que un girón despreciado por la Francia; ni siquiera se podrían encontrar mil doscientos hombres que por algún dinero se prestaran a alborotar en nuestro nombre las calles de París; es falso que tengamos simpatías en el ejército e inexacto que las tengamos entre los empleados del Gobierno, y absurdo que el Bocage se halle dispuesto a levantarse por segunda vez para defender los derechos de Enrique V.

—Pero sepamos —dijo el noble vendeano que había cambiado el ilustre apellido que llevó en la primera guerra por el de Gaspar—; ¿quién es ése que emite tan doctoralmente su opinión acerca de la Vendée y se atreve a aquilatar vuestro denuedo y abnegación hasta señalar sus límites y decir: «de aquí no pasará»?

—Varios comités realistas, que no es del caso nombrar y cuya opinión debemos tener en cuenta.

—¿Los comités realistas? —replicó el marqués de Souday—, ¡brava gente por vida mía! Si algo valiese mi parecer, propondría que se hiciese con sus mensajes y advertencias lo que el difunto marqués de la Charrette con los comités de su tiempo.

—¿Y qué hacía con ellos Charrette? —interrogó Perico.

—El respeto que debo a Vuestra Alteza Real —respondió el marqués con admirable sangre fría—, me impide explicar el uso a que los destinaba.

Perico, al oír esas palabras, no pudo disimular la sonrisa, y replicó:

—Desengañaos, querido marqués; Charrette era señor absoluto en su campo, y María Carolina nunca podrá ser más que una regente muy constitucional. Por lo demás, el alzamiento no puede dar resultados si no hay completa inteligencia entre cuantos están interesados en su éxito, y pregunto yo: ¿existe esta inteligencia cuando la víspera del combate se nos anuncia que faltarán tres cuartas partes de los combatientes?

—¡Tanto mejor! —exclamó el marqués—, cuantos menos seamos, mayor será la gloria.

—Señora —añadió con tono grave Gaspar—, todavía no pensabais venir a Francia, cuando ya os dijimos: «Los hombres que derribaron a Carlos X están alejados del Gobierno actual y no tienen ninguna influencia.

»El ejército, subordinado por el espíritu de la disciplina, lo manda un jefe que ha dicho que en política se debe tener más de una bandera.

»Venid sin dilación; vuestro regreso será como el de la isla de Elba; los pueblos se agruparán a vuestro alrededor para saludar a los vástagos de nuestros reyes, que el país ansia aclamar.»

Después de este recuerdo, Gaspar agregó: —Accediendo a estas instancias, vinisteis, señora, y al veros entre nosotros todos nos hemos abrazado animados de noble ardimiento, y si ahora retrocediésemos o evitásemos de cualquier manera la lucha, esa retirada sería un golpe fatal para nuestro partido y una deshonra para todos nosotros, pues desacreditaría vuestro tacto político descubriendo nuestra impotencia personal.

—Sí —repuso Perico, que por una coincidencia fatal se proponía defender mal de su grado la amarga verdad que oyera en su conferencia con el doctor Marco—; sí, es verdad cuanto acabáis de decir; es verdad que se me ha prometido todo esto; mas no es culpa vuestra, ni mía tampoco, si algunos insensatos han soñado imposibles y han creído realizable lo que realmente no lo era. La historia imparcial dirá que cuando me han acusado de ser mala madre, he contestado como debía. Estoy pronta al sacrificio: heme aquí. Dirá asimismo, que vosotros habéis sido fieles a vuestro Soberano a pesar de las adversidades, y que vuestra adhesión ha sido más decidida y heroica en los días de lucha y mala suerte; pero a mí el honor me manda no poner a prueba esa simpatía. Seamos prudentes, amigos míos; las cifras son lo más positivo. ¿Con cuántos hombres podemos contar en este momento?

—Con diez mil, a la primera señal.

—Muchos son; pero no bastan; el rey Luis Felipe puede disponer de cuatrocientos mil hombres, sin contar la guardia nacional.

—No importa —replicó el marqués—, ¿y las defecciones? ¿Y los oficiales que pedirán su retiro antes de combatirnos?

—Corriente —dijo Perico a Gaspar—; Voy a poner mi destino y el de mi hijo en vuestras manos; asegúradme con vuestra palabra de caballero, que tenemos dos probabilidades contra diez de conseguir el triunfo, y me comprometo a permanecer entre vosotros para compartir vuestros peligros.

Al oír Gaspar este llamamiento tan indirecto, no ya a sus sentimientos, sino a sus convicciones, inclinó la cabeza y no se atrevió a contestar.

—Ya lo veis —prosiguió Perico—. La razón y el corazón os dictan lo mismo; sería casi un crimen abusar de una hidalguía y un entusiasmo que el buen sentido no puede menos de condenar. Dejémonos, pues, de discutir sobre este punto, ya que, según parece, no ha sido tan descabellada la resolución; y roguemos a Dios que me permita reunirme con vosotros en circunstancias más favorables y no pensemos más que en la marcha.

Sin duda estaban tan convencidos como ella los principales caudillos de la revuelta, pues a pesar de sus belicosos alardes, no replicaron una palabra y volvieron el rostro para ocultar sus lágrimas. El marqués de Souday paseábase entretanto, presa de una impaciencia que no se tomaba la pena de disimular.

—Sí —prosiguió Perico, después de una pausa y con amargura—; si los unos dicen como Pilatos: «Yo me lavo las manos» y los otros se anticipan y declinan sobre mí la responsabilidad de la sangre inútilmente vertida, mi corazón ha desmayado a pesar de su entereza ante el peligro y ante la muerte.

—La sangre vertida en defensa de la fe, jamás será infecunda —contestó una voz desde el hogar—. Así lo ha dicho Dios, y por humilde que sea el que os habla, no vacila en repetir sus palabras. El creyente que sucumbe defendiendo su fe es un mártir, y la sangre de los mártires es un rocío fecundo que fertiliza la tierra y anticipa la cosecha.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Perico, alzándose sobre la punta de los pies.

—Yo —repuso sencillamente Juan Oullier, levantándose de su escabel y entrando sin ceremonia en el círculo de los jefes.

—¿Vos? —exclamó Perico, gozoso de tan inesperado auxilio, cuando ya todos le abandonaban—. ¿Según eso no pensáis como los señores de París? Hablad sin ambages: estamos en unos tiempos en que ni el mismo Buen Juan no estaría de más en un consejo de reyes.

—Tan ajeno estoy de pensar que debierais salir de Francia, que, si fuese caballero como esos señores, me habría puesto en la puerta para atajaros el paso, y os habría dicho resueltamente: salga lo que saliere, no os mováis de aquí.

—¿Por qué razón? Hablad, hablad.

—Es muy sencillo; porque vos sois nuestra bandera, y mientras en un ejército quede un soldado para llevarla, tiene derecho y obligación de hacerlo hasta que la muerte se la dé por mortaja.

—¡Tenéis razón! Me agrada escucharos, hablad, hablad, amigo Juan.

—Porque vos sois la primera de vuestra extirpe que habéis venido a combatir entre los campeones de ella y no sería digno ni loable que os retiraseis sin desenvainar la espada.

—Continuad, Juan, continuad —dijo Perico, restregándose las manos.

—Porque semejante retirada antes del combate tendría todos los visos de fuga, y nosotros no podemos permitir que huyáis.

—Es que —intervino Juan Renaud, alarmado por la atención con que Perico escuchaba al aldeano—; es que las considerables reflexiones mencionadas quitarán al movimiento su importancia.

—No, no, ese hombre tiene razón —exclamó Gaspar, que solamente había cedido a pesar suyo a los argumentos de Perico—. ¿Quién se acordaría de Carlos Eduardo sin Preston-Moor y Culloden? Os confieso ingenuamente, señora, que tengo grandes deseos de hacer lo que nos aconseja ese aldeano.

—Y tenéis tanta más razón, señor conde —repuso Oullier con una entereza que probaba

cuan a la altura estaba de aquella discusión a pesar de su rusticidad—; tenéis tanta más razón, cuanto que Su Alteza Real no logrará saliendo de Francia el objeto que se propone y al cual sacrifica el porvenir de la monarquía confiada a su tutela.

—¿Por qué? —interrogóle Perico.

—Porque apenas os hayáis retirado, comenzarán las persecuciones, y serán tanto más activas, cuanto mayor haya sido nuestra debilidad. Vosotros, caballeros, podréis evitar la tormenta, pues sois ricos, nada os importa la emigración, y tendréis buques que os aguardarán a la embocadura del Loira o del Charente; vuestra patria está casi en todas partes, mientras nosotros, infelices aldeanos, somos como la cabra adherida al suelo que nos alimenta, y preferimos la muerte al destierro.

—¿Y qué opináis de todo eso, amigo Juan?

—¿Qué opino, señor Perico? —repuso el vendeano—; a lo hecho, pecho; que hemos tomado las armas, y debemos batirnos sin gastar el tiempo en contar cuántos somos.

—Entonces, ¡a batirnos! —exclamó Perico, entusiasmado—; la voz del pueblo es la voz de Dios; yo tengo confianza en la de Oullier.

—¡Guerra, guerra! —repitió el marqués.

—¡Guerra! —agregó Juan Renaud.

—¿Qué día fijamos para el alzamiento? —preguntó Perico.

—¿No se había resuelto verificarlo el 24? —dijo Gaspar.

—Sí; pero esos señores han enviado contraorden...

—¿Quiénes? ¿De dónde?

—De París.

—¿Sin consultaros?... —exclamó el marqués de Souday—, ¿sabéis que por menos se fusila a un hombre?

—Yo les perdono —dijo Perico, extendiendo la mano—; además, es preciso considerar que los que lo han hecho no son militares.

—Este aplazamiento es una desgracia —observó Gaspar a media voz—, y si yo lo hubiese sabido, quizás no me habría adherido tan fácilmente al parecer de ese buen aldeano.

—Gaspar, recordad sus palabras: a lo hecho, pecho. ¡Buen ánimo, pues! Señor marqués de Souday, hacedme el favor de darme recado de escribir.

Apresuróse el marqués a buscar lo que Perico le pedía, y mientras revolvía mesas y cajones para encontrarlo, dijo a Juan Oullier, estrechándole la mano:

—¿Sabes que tienes un pico de oro y has hablado como un oráculo? Nunca me ha regocijado tanto el sonido de tu cuerno como el botasillas que acabas de tocar.

En seguida dio el marqués papel y pluma a Perico, y mojándola éste en un frasco de tinta, escribió con letra clara lo siguiente:

«Estimado Mariscal: me quedo con vosotros, y confío en que tendréis la bondad de venir a verme.

»Me quedo porque he comprometido con mi presencia a muchos de mis fieles servidores, y sería una infamia abandonarlos en las actuales circunstancias. Confío en que Dios nos dará la victoria a pesar de la malhadada contraorden.

«Adiós, Mariscal; no dimitáis, ya que no lo hace.

«PERICO.»

—Ahora —continuó, doblando la carta—, ¿qué día fijamos para el alzamiento?

—El jueves 31 de mayo —dijo el marqués, creyendo que el término más corto era el mejor.

—Dispensad, señor marqués —replicó Gaspar—, creo que es preferible señalar la noche del domingo 3 de junio. Los días festivos, después del oficio, se reúnen todos los feligreses bajo los pórticos del templo, y allí los jefes del levantamiento podrán darles órdenes sin infundir sospechas.

—Veo que estáis informado de las costumbres del país y sabéis sacar partido de ellas —dijo Perico—. Dejémoslo para la noche del 3 al 4 de junio.

Y, en seguida, escribió la siguiente orden del día:

«Habiendo tomado la firme resolución de no salir de las provincias del Oeste, cuya lealtad está bien probada, confío en que tomaréis todas las medidas conducentes al levantamiento, fijado para la noche del 3 al 4 de junio. Apelo a los hombres de corazón Dios nos ayudará a salvar la patria; no retrocederé ante ningún peligro ni fatiga, y me presentaré en la primera formación.»

—La suerte está echada —observó Perico—, es preciso vencer o morir.

—Ahora —añadió el marqués— el 4 hago tocar a rebato, aunque vengan veinte contraórdenes... Y, después de nosotros, el diluvio.

—Magnífico —exclamó Perico—; pero es necesario que esta orden llegue con seguridad y sin pérdida de tiempo a los jefes de división, para atenuar el mal efecto de las instrucciones procedentes de Nantes.

—¡Ah! quiera Dios —repuso Gaspar— que esta malhadada orden haya llegado a tiempo para paralizar el primer ímpetu y dejar toda su fuerza al segundo. Mucho temo que algunos infelices hayan sido víctimas de su arrojó.

—Por eso debemos procurar no perder el tiempo y no dar tregua a las piernas mientras los brazos permanecen ociosos —repuso Perico—. Vos, Gaspar, encargaos de avisar a los afiliados del alto y bajo Poitou; el señor marqués cuidará de advertir a los aldeanos de Retz y de Mauges; y vos, Renaud, a los bretones. ¿Quién se encargará de llevar un parte al Mariscal? No me atrevo a dar esta comisión a ninguno de vosotros, señores, pues en Nantes os conocen.

—Yo —dijo Berta desde la alcoba donde se hallaba descansando con su hermana y que al oír las voces se había levantado—. ¿Acaso no me toca hacerlo en calidad de ayudante de campo?

—Es verdad —contestó Perico—; pero vuestro traje, que tanto me gusta, podrá muy bien no ser del agrado de los señores nanteses.

—De consiguiente —dijo María—, en lugar de ir a Nantes mi hermana, iré yo, con vuestro permiso. Pondréme el vestido de la hija del colono, y así vos no os separaréis de vuestro primer ayudante de campo.

Berta intentó oponerse a este arreglo; pero Perico le habló al oído.

—Quedaos, querida Berta; hablaremos del barón Michel y formaremos proyectos a que él

no se opondrá, seguramente.

Ruborizóse la doncella e inclinó la cabeza, dejando que su hermana tomase el pliego dirigido al Mariscal.

DE COMO Y POR QUÉ SE RESOLVIÓ EL BARÓN MICHEL IR A NANTES

Por primera vez en su vida, había obrado el barón con doblez y astucia, anonadado por las palabras de Perico, y viendo que la inesperada declaración de María defraudaba las esperanzas que tanto le halagaban hasta en medio de las angustias que sufrió mientras estuvo en poder de maese Jaime. Comprendía que el amor de Berta le separaba de María más de lo que pudiera haberlo hecho la aversión de ésta; sentía haberla animado por su silencio y su torpe timidez, y enojado consigo mismo, considerábase incapaz de aclarar el enredo que le martirizaba; y como carecía de entereza para una explicación franca y categórica, parecía que nunca tendría valor para decir a la hermosa a quien pocas horas antes debió acaso la vida: «Señora, no sois vos el objeto de mi amor».

En consecuencia, aunque aquella misma noche no le hubiesen faltado ocasiones de manifestar sus sentimientos a Berta, quien quiso curarle una herida que, a tenerla ella, no le hubiera hecho pestañear a pesar de su sexo, Michel no se atrevió a salir de su embarazosa situación. Anhelaba hablar con María, y como ésta se apartaba de él cuanto podía, hubo de renunciar a valerse de su mediación, según intentaba, al paso que aún le parecía oír aquellas fatales palabras: «No os amo» que vibraban en sus oídos como el toque fúnebre de una campana.

Aprovechó, pues, un momento en que nadie reparaba en él para recogerse, y acostóse en el lecho de paja que Berta con sus blancas manos le había preparado; pero como no le dejara dormir el desasosiego de su ánimo, levantóse y con una toalla mojada se refrescó la frente. Entonces quiso aprovechar su insomnio, y a los tres cuartos de hora ocurriósele la idea de que si bien algunas cosas no son para dichas de viva voz, pueden escribirse; y Michel creyó que este proceder correspondería a la determinación de su carácter, juzgando al propio tiempo innecesario asistir a la lectura de la carta que revelaría a Berta el secreto del corazón del joven. Los tímidos temen ruborizarse y ruborizar a los demás.

Decidió, en consecuencia, ausentarse por algún tiempo de la Bouleavre, hasta que su posición estuviera bien despejada y pudiese, por lo mismo, volver sin temor al lado de su amada, creyendo el barón que, habiéndole el marqués de Souday otorgado tan fácilmente la mano de Berta, no había ningún motivo para temer le negase la de María.

Animado por este juicioso razonamiento, arrojó con ingratitud la toalla a la cual debía tal vez la claridad de entendimiento que le permitió concebir su idea, y bajó al patio de la granja. Había llegado al rastrillo de madera que le servía de puerta, y empezaba a descorrer el cerrojo, cuando de repente vio agitarse un montón de paja que debajo de un cobertizo próximo había, y asomar una cabeza que conoció ser la de Juan Oullier, quien le dijo con aspereza :

—¡Diablo! Mucho madrugamos, señor Michel.

En efecto, daban las dos en el campanario de la próxima aldea.

—¿Tenéis acaso que llevar algún mensaje? —añadió en seguida.

—No —repuso el joven barón, notando que la mirada sagaz del vendeano estaba fija en él, como tratando de escudriñar hasta los pliegues más recónditos de su corazón—. Tengo jaqueca y quiero probar si el aire fresco de la noche la mitigará.

—Os advierto que encontraréis centinelas y si no sabéis el santo pueden daros qué sentir.

—¿A mí? ¡Tendría gracia!

—¿Por qué no? Lo mismo que a otro cualquiera, ya podréis comprender que a diez pasos de distancia no sería fácil conocerlos.

—¿Sabéis vos el santo y seña?

—Claro que sí.

—Decídmelo.

Juan Oullier meneó la cabeza y contestó:

—Eso contádselo al señor marqués Subid a su cuarto, decidle que os conviene salir, y él os contestará lo que convenga.

Guardóse muy bien el barón de apelar a este recurso, y mientras Juan Oullier volvía a echarse en la paja, fue a sentarse en un tronco que había cerca de la puerta y entregóse a sus meditaciones sin hacer el menor movimiento, pues parecía que entre la paja había un claro por donde se veía brillar un objeto que, sin duda, era el ojo de Juan Oullier, y el mancebo sabía perfectamente cuan poco se engañaba el ojo de aquel nuevo cancerbero. Afortunadamente, Michel tenía acierto aquella noche para encontrar expedientes, y sólo se trataba ya de hallar un hecho razonable para salir de la Bouleuvre. Sin embargo, cuando salió el sol, dorando los tejados del cortijo y coloreando con sus reflejos de ópalo sus estrechas ventanas, hallóle ocupado todavía en buscar el pretexto en cuestión.

La Naturaleza comienza a despertar; mil rumores confusos, mil distintas manifestaciones denotaban la venida del nuevo día: los bueyes mugían pidiendo su pienso de guisantes y avena; las ovejas balaban sacando la cabeza por las rendijas de la puerta del aprisco, deseosas de salir al campo; las gallinas abandonaban la percha en que pasaron la noche y cloqueaban desperezándose sobre el estiércol; las palomas volaban a los tejados con amoroso arrullo, y los patos se alineaban frente a la puerta del patio parpando para expresar sin duda su admiración al verla tan herméticamente cerrada cuando tan impacientes estaban para ir a chapotear en el cenagoso charco del camino. Al oírse estos sonidos, cuyo conjunto forma el concierto matinal de toda granja bien organizada, abrióse una ventana situada perpendicularmente sobre la cabeza de Michel, y asomó el rostro de Perico, quien, ya por lo abstraído que estaba en sus reflexiones, ya dominado por el espléndido cuadro que a sus ojos le ofrecía, no vio al mancebo, que aún buscaba un pretexto sin poder encontrarlo. En efecto, deslumbrados debían quedar los ojos de la Princesa, poco habituada seguramente a semejantes espectáculos, al ver la pompa y majestad con que el rey del día asomaba al oriente entre nubes de púrpura, arrojando mares de llamas, haciendo irradiar con sus piedras preciosas las húmedas hojas de la selva que se agitaban a impulsos de la brisa, y levantando con pausa el flotante y vaporoso velo que cubría el valle, que, semejante a una púdica virgen, mostraba uno a uno todos sus hechizos y gracias. Permaneció así un gran rato, suspensa, contemplando fascinada aquel espléndido espectáculo, y apoyado el codo en el alféizar de la ventana y la cabeza en la palma de la mano; al fin, con voz melancólica, Perico exclamó:

—¡Ay de mí! Los habitantes de esta pobre morada son mucho más felices que yo.

Esas palabras fueron la varita mágica que hizo brotar en la mente del barón el pretexto que tan inútilmente buscara durante más de dos horas, y al oír que cerraba la ventana, dirigióse resueltamente al cobertizo bajo el cual se encontraba Juan Oullier, y dijóle:

—Amigo mío, Perico acaba de asomarse a la ventana.

—Lo he visto —repuso el vendeano.

—También ha hablado; ¿habéis oído lo que decía?

—Como no me importaba, no he tratado de escucharlo: no soy entremetido.

—Comprendo; pero yo, sin serlo ni quererme enterar de lo que estaba diciendo, lo oí a pesar mío.

—¿Qué dijo?

—Que halla incómoda y desagradable esta vivienda; y creo que tiene razón, pues carece de muchas cosas que sus hábitos aristocráticos han convertido para ella en objetos de primera necesidad. ¿No podríais vos (por supuesto, dándoos el dinero necesario), encargarnos de procurarnos estos objetos?

—¿Dónde podré encontrarlos?

—En el pueblo o en el caserío mas cercano; en Legé o en Machecoul.

—No es posible —contestó Oullier meneando la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque en los sitios que acabáis de nombrar están muy alarmados e interpretarían hasta los ademanes de ciertas personas, y si fuéramos allí a comprar objetos de lujo, nos expondríamos a excitar sospechas.

—¿Y si fuéramos a Nantes?

—Sería lo mismo —repuso Oullier con sequedad—; la lección que me dieron en Montaigu me enseñó a ser prudente, y estoy resuelto a no abandonar mi puesto... pero, ¿por qué no vais vos a Nantes, ya que tanta necesidad tenéis de tomar el aire para aliviaros la cabeza? —agregó irónicamente el vendeano.

Cuando vio Michel que su astucia tenía un éxito tan completo, se puso muy encendido, creciendo sus temores a proporción que se acercaba el resultado de aquella estratagema, y contestóle con acento inseguro:

—Tal vez tengáis razón; pero yo tampoco las tengo todas conmigo, pues francamente...

—Un valiente como vos no debe arredrarse por nada —dijo Oullier arrojando la manta y dirigiéndose a la puerta a fin de abrirla antes que el mancebo tuviese tiempo para retroceder.

—Vos os encargáis, pues, de disculparme con el señor marqués y con...

—¿La señorita Berta, no es cierto? —contestó Oullier con marcada ironía—; perded cuidado.

—Mañana estaré de regreso —añadió el Barón traspasando el umbral.

—No os preocupéis por eso; si no es mañana, será otro día.

Y diciendo esto, Oullier cerró la puerta.

Michel tenía el corazón oprimido, y olvidando por un momento su azarosa posición, le parecía que aquella carcomida puerta era un muro de bronce que en adelante debía siempre encontrar entre él y el hermoso rostro de María. Sentóse al borde del camino y se echó a llorar como un niño. Le ocurrió por un momento la idea de ir a llamar a la puerta del cortijo, aun a riesgo de sufrir los sarcasmos de Juan Oullier, cuya mala voluntad conocía perfectamente; pero detúvole un sentimiento de vergüenza muy fácil de comprender, y echó a andar a la ventura, sin saber a dónde encaminaba sus pasos. Al llegar al camino de Legé, oyó un carruaje y volvió la cabeza; vio que era la diligencia de Sables d'Olonne a Nantes, y comprendiendo que la pérdida de sangre que había experimentado al recibir la herida, no le dejaba fuerzas bastantes para proseguir el

camino a pie, subió a la diligencia, y con ella llegó al término de su viaje. Entonces dióse cuenta por vez primera de cuan triste era su situación, pues, acostumbrado desde su infancia a seguir ciegamente la voluntad ajena, y habiendo trocado esta servidumbre moral por una nueva sustitución dejando a su madre por la mujer a quien amaba, al verse abandonado a sí mismo y completamente dueño de su albedrío, no sólo no supo apreciar los encantos de esta libertad, sino que le afligió ese aislamiento a que estaba tan poco acostumbrado.

No hay soledad más cruel y dolorosa para los corazones lacerados que las grandes poblaciones, en las cuales crece aquélla tanto más cuanto mayor es el bullicio, pues la animación y la algazara de la gente que cruza las calles indiferente al pasar del que sufre en silencio, forma con su dolor un contraste que lo hace más agudo aún que el completo aislamiento. Así le sucedió a Michel. Cuando se hallaba en la carretera de Nantes creyó que en esta ciudad encontraría en la distracción un lenitivo a sus pesares; pero al llegar notó que se había engañado. La imagen de María le seguía por todas partes; en cada grupo, en cada pareja que encontraba al paso le parecía reconocer el rostro de su amada, y cada desengaño le causaba un dolor inexplicable. Conociendo que su angustia, en vez de disminuir, aumentaba considerablemente, determinó volver a la posada donde se había apeado del coche, encerróse en su cuarto, y como lo hiciera al salir del cortijo, se puso a llorar amargamente. Pensó, por un instante, regresar a la Bouleuvre, arrojarse a los pies de Perico y suplicarle que le sirviese de intermediario con las dos hermanas, pesaroso ya de no haberlo efectuado antes por temor de herir la susceptibilidad de Berta; pero al formar este propósito, recordó el objeto o pretexto de su viaje, que era el de comprar algunos objetos de lujo que debían explicar su partida, y luego escribió la carta fatal que había sido el único y verdadero fin de su viaje a Nantes. Encima de la mesa había recado de escribir, cobró valor y, mojando el papel con tantas lágrimas como palabras estampaba en él, escribió lo que sigue:

«Señorita:

«Debiera ser el hombre más feliz, y sin embargo, creo que es preferible la muerte al dolor que me desgarran el corazón.

»Me pregunto, ¿qué pensaréis, qué diréis cuando sepáis lo que no puedo ocultaros por más tiempo sin mostrarme completamente indigno de la bondad con que me tratáis? Y con todo, necesito acordarme de vuestra benevolencia, necesito la certeza de la generosidad que enaltece vuestra alma, necesito ante todo pensar que nos separa el ser que más amáis en el mundo, para atreverme a dar este paso.

»Sí, señorita, amo a María con todo mi corazón, la amo tanto que sin ella no quiero ni puedo vivir, y tanto que al hacer una declaración que otra persona de sentimientos menos elevados que los vuestros tomaría acaso por sangrienta injuria, tiendo a vos mis suplicantes manos para deciros: Dadme la esperanza de que podré adquirir el derecho de amaros como un hermano ama a su hermana.»

Cerrada la carta, cayó Michel en la cuenta de que sería algo difícil hacerla llegar a su destino, pues no pudiendo mandarla por ningún sujeto de Nantes, porque si era fiel el mensajero corría grave riesgo su pellejo, y si no lo era, no estaba muy seguro el que lo mandase; pensó que podría encontrar en las cercanías de Machecoul algún discreto aldeano a quien confiar el mensaje, cuya respuesta iría a esperar en el bosque, mientras el labriego cumplía su encargo. Tomada esta resolución, salió a comprar algunos objetos

que guardó en la maleta, y aplazó para el día siguiente la adquisición de un caballo que le faltaba para la próxima campaña. Efectivamente, a las nueve de la mañana del siguiente día, salía Michel de Nantes para el país de Retz, montado en un excelente caballo normando y con la maleta en la grupa.

**DONDE LA OVEJA CAE EN LA TRAMPA
CREYENDO ENTRAR EN EL REDIL**

Era día de mercado, y tan numeroso el concurso de campeamos en las calles de Nantes, que al llegar Michel al puente de Rousseau, lo halló literalmente obstruido por una compacta hilera de carros cargados de granos y hortaliza, de caballerías, de aldeanos con costales y cestos llenos de artículos para el abasto de la ciudad. El barón, que estaba lleno de impaciencia, penetró sin vacilar en aquella barahúnda, y entonces vio que por el lado opuesto pasaba en dirección contraria una joven cuyo aspecto le hizo estremecer pues aunque vestía, como las demás aldeanas, zagalejo con listas encarnadas y azules, capotillo de indiana y cofia con adornos de los más comunes, parecíase tanto a María, que Michel no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Intentó retroceder, y levantóse entre el gentío una tempestad de gritos y de denuestos que le obligó a dejar que su caballo siguiera el emprendido camino, quejándose de los obstáculos que le entorpecían. Cuando hubo pasado el puente se apeó y buscó con la vista a alguien a quien dar a guardar el caballo, para ir a cerciorarse de que sus ojos no le habían engañado e indagar el motivo del viaje de María a Nantes.

En aquel instante, dejóse oír una voz gangosa como la de los mendigos de todos los países, que le pedía limosna, y pareciéndole a Michel que no le era desconocida, volvióse y vio en el último guardacantón del puente dos fisonomías demasiado características para no habersele grabado hondamente en la memoria, la de Alain Pocogozo y la de Piojoso, asociados, a lo menos por entonces, para explotar la compasión de los transeúntes, cohonestando así un fin no extraño a los intereses políticos y mercantiles de maese Jaime. Dirigióse el barón a ellos y les dijo: —¿Me conocéis?

Pocogozo guiñó el ojo y repuso:

—Buen caballero, apiadaos de un pobre carretero a quien las ruedas de su carro rompieron las piernas en la cuesta de Baugé.

—Tomad, buen hombre —dijo Michel poniendo una moneda de oro en la manaza de Piojoso, y añadió en voz baja:

—He venido por orden de Perico; guardadme el caballo por algunos minutos; voy a un negocio urgente.

El mendigo hizo una señal afirmativa, y entregándole el barón la brida, echó a correr hacia la ciudad. Por desgracia, era tan difícil el paso para un pedestre como para un jinete, y por más que Michel dio al traste con su timidez codeando, empujando y exponiéndose a ser aplastado por algún carro, tuvo que resignarse a avanzar penosamente y con suma lentitud entre la muchedumbre, de modo que la aldeanilla debía llevarle considerable ventaja.

Le ocurrió entonces que, de igual manera que las demás, habría ido al mercado, y allá se dirigió mirando por el camino con gran curiosidad a todas las campesinas, lo cual le acarreó algunas zumbas y estuvo a punto de ocasionarle dos o tres reyertas. No viendo a la que buscaba, recorrió ansiosamente toda la plaza del mercado y calles adyacentes, sin encontrar ningún semblante parecido al de María.

Desalentado ya, resuelto a retroceder y montar otra vez a caballo, al doblar la esquina de la calle del Castillo, vio a poca distancia la saya encarnada y azul que tanto le llamó la atención en el puente de Rousseau. A pesar de la vulgaridad del traje, el paso de la aldeana descubría la elegante y aristocrática María; bajo su tosco vestido se adivinaba el esbelto y delicado talle de la señorita de Souday; admirábase bajo los pliegues de su capucha, su nevado y gracioso cuello, sobre el cual flotaban los rizos de su sedosa y dorada cabellera. No cabía ya ninguna duda; la aldeana era María, y estaba Michel tan convencido de ello, que no se atrevió a adelantársele para verla más de cerca, limitándose a atravesar la calle, con lo cual acabó de convencerse de que no se había engañado.

Michel no acertaba a explicarse por qué razón había ido la joven a Nantes, con semejante disfraz, hizo un esfuerzo de voluntad y se decidió a hablarla; pero cuando se dirigía a ella frente a la casa del número 17 de la misma calle del Castillo, María abrió la puerta de aquella casa y desapareció. El mancebo corrió hacia ella; pero la puerta había vuelto a cerrarse. Sin saber cómo explicarse lo que acababa de suceder, quedó un momento parado en la acera, no sabiendo si lamentar su desgracia o atribuir a un sueño cuanto había visto. En esta situación se hallaba el ánimo del baroncito, cuando de repente sintió que alguien le tocaba el brazo, y al volver estremecido la cabeza, vio al notario Lorient, que le preguntaba sorprendido: —¿Vos aquí, señor barón?

—¡Lo extrañáis, señor Lorient!

—Bajad la voz y no permanezcáis más tiempo en este sitio como si quisierais echar raíces en él; es un buen consejo que os ruego no echéis en saco roto.

—¿Qué avispa os ha picado, señor Lorient? No ignoraba que sois prudente, pero no creía que lo fueseis hasta tal punto.

—Nunca está de más la prudencia, amigo mío. Vamos andando, y podremos hablar sin ser notados.

El notario se enjugó el sudor de la frente y continuó: —¿Sabéis que me estoy comprometiendo de un modo espantoso?

—Que me enplumen si comprendo una palabra de lo que decís.

—¿No lo comprendéis? ¿Así, pues, ignoráis que os han inscrito en la lista de los sospechosos y que han dado orden de prenderos?

—¡No importa! que me prendan —replicó Michel con impaciencia y tratando de llevar al notario frente a la casa donde había entrado María.

—¡Diantre! ¡con qué gracia lo decís! podrá ser muy filosófico; pero vuestra madre está tan sobresaltada con esta noticia, que si el azar no os hubiese puesto en mi camino, después de mi regreso de Legé, os habría buscado en todas partes.

—¡Mi madre! —exclamó el mancebo profundamente conmovido—. ¿Qué le ha sucedido?

—Nada; gracias a Dios, está tan buena como puede estarlo una persona continuamente atormentada por la zozobra y los pesares, puesto no debo ocultaros que tal es su situación.

—¡Dios mío! ¿Qué decís?

—Lo que oís, señor barón; vos ya sabéis cuánto os amaba, cuántos cuidados pasaba por vos, cuánto os vigilaba antes que llegaseis a la edad de emanciparos de ella; y juzgad en esto cuál habrá sido su dolor al veros rodeado de peligros tan terribles como los que estamos corriendo cada día. Ya podréis figuraros que conociendo yo vuestras intenciones

debía manifestárselas.

—¡Cómo! ¿le habéis dicho?...

—Que os creía formalmente enamorado de la señorita Berta de Souday; ni más ni menos.

—¡También él! —murmuró entre dientes Michel.

—Y también le he dicho —continuó el notario—, que probablemente pensabais casaros con ella.

—¿Y qué ha contestado mi madre?

—Lo que contestan todas las madres cuando se les habla de un matrimonio que rechazan. Pero seamos sinceros, amigo mío; como notario de las dos familias, bien puedo pedirlos que me habléis sin ambages; ¿habéis pensado maduramente en lo que vais a hacer?

—¿Y vos —preguntó Michel—, participáis de las prevenciones de mi madre, o sabéis alguna cosa que perjudique la buena reputación de la señorita de Souday?

—Ni soñarlo, amigo mío —repuso Lorient, mientras Michel dirigía inquietas miradas a la ventana de la casa donde había entrado María—. Por el contrario, tengo a las señoritas de Souday, por las señoritas más puras y virtuosas del país, a pesar de las hablillas del vulgo y del necio apodo que las han dado.

—Pues ¿por qué desaprobáis mi intento?

—Tened entendido que yo no emito ninguna opinión, limitándome a aconsejaros que seáis precavido, pues más os costará conseguir lo que algunos calificarían tal vez (perdonad la expresión) de tontería, que para olvidar una pasión muy justificada por cierto.

—Querido Lorient —contestó el barón, que viéndose lejos de su madre estaba decidido a todo—; el señor marqués de Souday ha tenido a bien otorgarme la mano de su hija, y por consiguiente es ociosa toda discusión acerca del particular.

—Si las cosas han llegado a este punto —replicó el notario—, nada hay que decir; no obstante, debo advertiros que es muy grave contraer matrimonio a despecho de los padres. No seré yo quien os aconseje que desistáis de vuestro propósito; pero sí debo aconsejaros que veáis a vuestra madre y le deis a entender lo injusto de sus prevenciones.

—¡Sí! —exclamó el mancebo, comprendiendo cuan acertadas eran las observaciones del notario.

—Vamos —prosiguió éste—, ¿queréis que me encargue de hacerlo?

—Sí, sí —contestó vivamente Michel, para deshacerse de su interlocutor, pues creía oír ruido en la casa y no quería que María le viese hablando con el notario.

—Está bien —dijo Lorient—; pero tened entendido que en ninguna parte estaréis tan seguro como en La Logerie, pues sólo la reputación de vuestra madre puede evitaros las funestas consecuencias de vuestra conducta. ¡Por vida de Satanás! Confesad que desde hace algún tiempo estáis haciendo unas calaveradas de que nadie os hubiera creído capaz.

—¡Bueno, bueno! —replicó el joven con impaciencia.

—Enhorabuena, huélgame de que así lo comprendáis. Me voy; tengo que marchar a las once.

—¿Os vais a Legé?

—Sí, con una señora a quien acompañarán más tarde a mi posada y que ocupará un asiento en mi tálburi; a no mediar esta circunstancia, me habría apresurado a ofrecéroslo.

—No obstante, eso no os impedirá dar un rodeo de media legua para hacerme un favor.

—Con mucho gusto, amigo mío.

—Pues id a la Boulevre y hacedme el obsequio de entregar esta carta a la señorita Berta.

—¡Vive el Cielo, señor barón, que olvidáis muy fácilmente las circunstancias en que nos hallamos! ¿Sabéis que vuestra ligereza me espanta?

—Ya veo que estáis azorado, y que saltáis de la acera al arroyo y del arroyo a la acera, cuando se aproximan ciertas personas, que cualquiera diría que teméis os contagien al paso. ¡Ea! hablad, señor notario. ¿Qué os sucede?

—Que de muy buena gana cambiaría mi despacho por el más pobre de Francia, y que desde hace algún tiempo experimento conmociones que acabarán por quebrantar mi salud, y acaso por costarme la vida. ¿Qué os decía yo, señor Michel? —continuó el notario bajando la voz—. Ahora mismo me han introducido en el bolsillo cuatro libras de pólvora y tengo tanto miedo que la camisa no me llega al cuerpo; cada cigarro que veo pasar por mi lado me espanta. Adiós, señor Michel, creedme; volved a La Logerie.

Con la satisfacción de que la carta llegaría a su destino, casi no se dio cuenta el barón del temor con que se alejaba el notario, y en seguida fijó la vista con mayor atención que antes en la casa, observando muy particularmente una ventana cuya cortinilla le pareció oscilaba, en tanto que detrás de los cristales le estaban acechando. Creyó que la joven le miraba por su obstinación en permanecer frente a la casa, y tomando la dirección del muelle, ocultóse tras una esquina desde la cual podía observar cuanto pasaba en la calle del Castillo. Transcurridos algunos minutos, volvió a abrirse la puerta, y apareció la aldeana acompañada de un mozo que vestía humilde y holgada blusa afectando rústicas maneras.

A pesar de la rapidez con que pasaron por delante del baroncito, notó que el mozo cuya distinguida fisonomía contrastaba tanto con la sencillez de su traje, bromeaba con mucha franqueza con María, la cual se negaba, riendo, a entregarle el cesto que al brazo traía y que indudablemente él se ofrecía a llevar. A este espectáculo el barón sintió su pecho traspasado por el aguijón de los celos, y conociendo ya de que cuanto María le había dicho en voz baja, y de que aquellos disfraces denotaban una intriga más amorosa que política, no quiso ya ver más, y ciego de furor dirigióse apresuradamente al puente de Rousseau, esto es, en dirección opuesta. Al llegar al puente ya no encontró obstruido el camino por la muchedumbre, ni tampoco vio a su extremo a Pocogozo, a Piojoso ni el caballo. Hallábase tan agitado Michel, que ni siquiera pensó en buscarlos, y como por lo que le dijera el notario sabía cuan peligroso para él hubiera sido dar parte a la autoridad, pues podía motivar su arresto, resolvió continuar a pie su camino, y dirigióse a San Filiberto de Grandlieu.

Maldecía en su interior a María, llorando amargamente la traición de que era víctima, y estaba ya resuelto a seguir el consejo de Lorient de regresar a La Logerie y arrojarse a los brazos de su madre, más por lo que acababa de acontecerle que por instigación del notario. Había llegado a la altura de San-Colombin, abismado en sus reflexiones, cuando oyó tras sí el paso de los dos gendarmes que poco antes le siguieran.

—¿Queréis hacerme el favor de enseñarme vuestro pase? —díjole el cabo, examinándole atentamente.

—¿Cómo? —preguntó admirado el barón—; no lo traigo.

—¿Por qué?

—Porque no he creído necesario traerlo para venir de mi quinta a Nantes.

—¿Cuál es vuestra quinta?

—La de La Logerie.

—¿Cómo os llamáis?

—El barón Michel.

—¿El barón Michel de La Logerie?

—El mismo

—Si sois el barón Michel de La Logerie, daos preso.

Sin más ceremonias y antes de que el joven pensara en emprender la fuga, lo cual le habría sido muy fácil teniendo en cuenta la índole del terreno, el cabo le asió del cuello de la levita, en tanto que el otro gendarme, practicando el principio de igualdad ante la ley, le ponía las esposas sin despegar los labios.

Terminada esta operación en pocos segundos, merced al pánico del prisionero y la destreza del gendarme, los dos agentes de la autoridad llevaron al barón a Saint-Colombin, encerrándole en una especie de bodega o cárcel provisional, inmediata al cuerpo de guardia de la tropa allí acantonada.

LII

DONDE PIOJOSO DEMUESTRA QUE, EN EL PUESTO DE HÉRCULES, HUBIERA EJECUTADO VEINTICUATRO TRABAJOS EN VEZ DE DOCE

Serían próximamente las cuatro de la tarde, cuando fue encerrado el barón en la cárcel improvisada del cuartel de Saint-Colombin. No estando acostumbrado al principio a la densa oscuridad que allí reinaba, viose obligado a pasar un buen rato sondeando las tinieblas, para que sus ojos pudiesen observar los inconvenientes de su calabozo, el cual era una especie de bodega de unos doce pies cuadrados, reuniendo todas las condiciones de seguridad que a la sazón exigía su destino, cuya bodega hallábase situada debajo del nivel del terreno. Por paredes tenía los mismos cimientos del edificio, siendo, por consiguiente, más gruesas y macizas de lo regular: por piso la desnuda tierra, convertida en lodazal por la humedad. Penetraba antes la luz por un ancho respiradero que en atención a las circunstancias se había tapado por dentro con fuertes maderas y por fuera con una inmensa rueda de molino, por cuyo agujero penetraba un débil rayo de luz, que, amortiguado por las maderas, alumbraba muy escasamente el calabozo. Veíanse en el centro de éste, los carcomidos restos de una prensa de cidra con una pila redonda de piedra, esmaltada de plateados arabescos por los caprichosos paseos de las babosas y los caracoles. Cualquiera otro que Michel habríase desesperado al observar que no quedaba ninguna esperanza de evasión al encarcelado en aquella mazmorra: él sólo la había inspeccionado por mera curiosidad, y habíale abatido tanto la primera herida que recibió en el corazón, que, perdido por completo el ánimo, se encontraba en esa situación en que el hombre es insensible a cuanto pasa en rededor suyo. Cuando comprendió que le era imposible obtener el amor de María, poco le importaba habitar en un palacio o en un calabozo, pues su desventura no tenía límites. Sentóse en la pila y púsose a reflexionar sobre quién podía ser el joven de la blusa que acompañaba a María, dando solamente tregua a los arrebatos de sus celos para recordar en su triste abatimiento los primeros días de sus relaciones con las dos hermanas; estos recuerdos y las amargas reflexiones atormentaban su corazón, pues, como dice el poeta florentino, el gran cantor de los tormentos infernales: «El peor de los males es la memoria de los tiempos venturosos en medio del infortunio».

Dejemos al barón entregado a sus pesares, para explicar lo que acontecía en otro paraje del cuerpo de guardia de Saint-Colombin.

Esta guardia, materialmente hablando, hacía algunos días que se hallaba ocupada por un destacamento de tropa de línea, y consistía en un vasto edificio, cuya fachada daba al patio, y su trasera al campo de Saint-Colombin a San Filiberto de Grandlieu, a un kilómetro de aquella aldea y a unos doscientos pasos del camino de Nantes a Sables d'Olonne. Edificado sobre ruinas y con los restos de un antiguo castillo feudal, alzábase este edificio en un collado que dominaba los alrededores, y atendida su ventajosa posición, al regresar a Machecoul el general había dejado allí veinte hombres, destinando aquel sitio para centro de operaciones, en donde, en caso preciso, refugiasen las columnas, al propio tiempo que para depósito provisional de prisioneros hasta tanto que se los pudiese enviar a Nantes debidamente escoltados.

Los cuerpos del edificio consistían en una amplia sala y en una troje; situada aquélla encima del calabozo de Michel, y por consiguiente a cinco o seis pies del suelo, servía de

cuerpo de guardia, y ascendíase a ella por una escalera construida con los restos de la torre y paralela a la pared; la troje servía de cuartel, donde los soldados dormían sobre la paja. Guardando militarmente el puesto, había situado un centinela en la puerta del patio, que daba al camino, y un vigía en una torre coronada de hiedra, lo único que había quedado en pie del vetusto castillo feudal.

Serían las seis de la tarde; los soldados hallábanse sentados en algunos rodillos arrimados en la pared de la casa, disfrutando el grato calor que despide el sol al ponerse y del magnífico panorama del lago de Grandlieu, que a lo lejos se divisaba, en cuya rosada superficie reflejaba el astro del día pareciendo una gran plancha de hierro candente. A sus pies, se veía el camino de Nantes, atravesando la llanura como plateada cinta tendida sobre verde alfombra. Confesemos, empero, que nuestros héroes de pantalón encarnado observaban más atentos lo que en aquel camino pasaba que el magnífico espectáculo de la Naturaleza.

Los labriegos dejaban los campos, los rebaños volvían al aprisco, y el camino estaba bastante transitado, animando más el panorama cada carro de heno, cada grupo que regresaba del mercado de Nantes; en especial cada aldeana de corta saya, inspiraba a los ociosos combatientes reflexiones y chistes sin cuento.

—¡Hola! —dijo un soldado de repente—. ¿Qué es aquello?

—Algún músico ambulante.

—Imposible —repuso el que había hablado primero.

—¿Imposible? —exclamó otro—. ¿Te figuras que aun no estamos en Bretaña? Aquí no hay más que copleros. ¿Qué lleva, pues, a cuestras, sino un instrumento?

—Sí, un organillo —agregó otro.

—¡Vaya! ¿un organillo? —replicó el primero—; más tiene trazas de alforja. ¡Si es un mendigo! ¿No ves el uniforme?

—¿Has visto nunca alforjas con ojos y narices? —replicó otro—; míralo, Jorge.

—Jorge tiene los brazos largos y la vista corta; no se puede tener todo.

—El caso es —dijo el cabo—, que yo veo solamente un hombre que lleva otro a cuestras.

—Tiene razón el cabo —gritaron a la vez los soldados.

—Siempre la tengo —repuso el de los galones de lana—, primero, porque soy vuestro cabo y luego, porque soy vuestro superior; y si alguien duda de ello no tardará en convencerse por sus propios ojos, pues hacia aquí se dirigen.

El que era objeto de esta discusión, y en quien habrá conocido el lector a Piojoso, así como el organillo y alforjas a Alain Pocogozo, empezaba a subir el collado de Saint-Colombin.

—¡Habrá pícaros! —exclamó un soldado—. ¡Pensar que ese tunante si nos encontrase solos a la vuelta de su sendero nos largaría un balazo, y ahora... ¿No opináis lo mismo, cabo?

—Puede ser —repuso éste.

—Como ve que somos muchos el maldito hipócrita viene a pedirnos limosna...

—Que me den de palos si le doy un céntimo —dijo un soldado.

—Esperad —añadió otro, asiendo un guijarro—, voy a tirarle esto al sombrero.

—Te lo prohíbo —dijo el cabo.

—¿Por qué?

—Porque no lo lleva.

Los soldados acogieron con una carcajada ese chiste, reputándolo unánimes por muy agudo.

—Veamos —dijo un soldado—, cualquiera que sea su industria, debemos aprovecharnos de su habilidad; no abundan tanto las diversiones en esta casucha que desdeñemos el espectáculo que se nos ofrezca.

—¿Un espectáculo?

—O un concierto; todos los aventureros de este país tienen algo de trovadores.

Apenas dijo estas palabras, llegándose el mendigo le tendió la mano con un gesto de súplica.

—¿Qué tal? ¿No había dicho yo que era un hombre lo que llevaba?

—Y te equivocas —replicó el cabo—; no era uno, sino medio.

Los soldados reíanse al oír estas agudezas.

—Ese sí que no gastará mucho en pantalones.

—Menos en botas —añadió el cabo.

—¡Voto a tal! ¡y qué feos son! —exclamó Jorge—, parece un mono montado sobre un oso.

Piojoso permanecía indiferente a esas bromas y alargaba la mano cada vez con semblante más lastimero, mientras Pocogozo, en calidad de orador de la asociación, repetía con voz gangosa:

—¡Una limosna, hermanos, por el amor de Dios, una limosna a este pobre carretero, a quien su carro rompió las piernas en la cuesta de Ancenis!

—Cuidado que han de ser bobos —dijo un soldado—, para pedir limosna a unos tronados como nosotros. Sabed, amiguitos, que todos nuestros bolsillos juntos, no contienen la mitad de lo que lleváis en el vuestro.

Al oír Alain estas palabras modificó su fórmula, y dijo:

—Hermanos, un mendrugo de pan, ya que no podéis dar dinero.

—Pan, sí tenemos —dijo el cabo—, y también tenemos una tajada de carne, pero ¿y tú, qué nos darás en cambio?

—Rogaré a Dios por vosotros.

—Nunca sobra una buena oración; pero no es suficiente: vamos a ver, perillán; ¿no llevas algunas andróminas en tu zurrón?

—No os comprendo.

—Quiero decir, si, a pesar de ser tan feos, sabéis cantar algunas lindas coplillas; así, pues, venga música.

—Vale más otra cosa, cabo; decidles que el de las piernas de carne haga una voltereta sin soltar al de los palos.

—Ya caigo —dijo Alain.

—Me alegro —contestó el cabo.

—Queréis que os divirtamos.

—Eso es, diviértenos cuanto puedas, porque tu país es muy fastidioso.

—Pues os aseguro —dijo Alain—, que vais a ver cosas nuevas.

A pesar de la vulgaridad de esta promesa, exordio ordinario de los saltimbanquis, no dejó

de excitar la curiosidad de los soldados, que sin decir más palabras rodearon a los mendigos con interés casi respetuoso.

Hizo Alain un movimiento, indicando a su compañero que le dejase en el suelo, y con su pasiva obediencia, el gigante lo sentó en unos restos de almena cubierta de ortigas, a la derecha del rodillo que servía de asiento a los soldados.

—¡Caramba! ¡qué bien enseñado está! —dijo con sorpresa el cabo—, casi tengo ganas de echarle la mano y venderlo al mayor que no puede hallar un pavo a su gusto.

En esto, Alain puso en la mano de Piojoso un guijarro; apretóle éste entre sus dedos, y abriéndolos después, mostró la piedra desmenuzada.

—¡Diablo! es un Hércules; eso te atañe, Jorge —dijo el cabo.

—¿Sí? pues vamos a verlo —repuso éste corriendo al patio.

Sin hacer el menor caso de las palabras ni de las acciones de Jorge, continuó Piojoso flemáticamente sus ejercicios, y asiendo dos soldados por el cinturón, levantólos pausadamente con los brazos extendidos, y después de tenerlos algunos momentos en esta postura, los dejó en pie como si tal cosa, en medio de los aplausos de los soldados.

—¡Jorge! ¡Jorge! ¿Dónde estás?... Este sí que te da quince y raya.

Y como si siguiera su programa de antemano trazado. Piojoso añadió a los dos primeros soldados otros dos sentados a horcajadas en los hombros de aquéllos, levantándolos a los cuatro con sorprendente facilidad. Acabábalos de poner en el suelo, cuando llegó Jorge con dos fusiles.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡Jorge! —gritaron todos.

Y alentado éste por las aclamaciones de sus camaradas, dijo:

—Eso son tortas y pan pintado. Veamos, Fierabrás, si eres capaz de hacer lo que voy a enseñarte.

E introduciendo un dedo en el cañón de cada fusil, los levantó con los brazos extendidos a la altura de los hombros.

—¿Y qué? —dijo Alain, mientras Piojoso miraba al soldado con una contracción de labios que podía muy bien tomarse por una sonrisa desdeñosa—; id a buscar dos más.

Trajéronlos, y a dedo por cañón, levantó Piojoso con una sola mano los cuatro fusiles a la altura de los ojos, sin que sus músculos indicasen el menor esfuerzo, con lo cual quedó demostrado hasta la saciedad que su contrincante distaba mucho de competir con él; y sacando luego una herradura, doblóla como una correa. A cada uno de estos ejercicios miraba Piojoso a Alain con ojos que pedían una sonrisa, y éste le indicaba con la cabeza su satisfacción.

—Vamos —le dijo Alain—; hasta ahora sólo has ganado la sopa; a ver cómo te compones para ganar un asilo para esta noche. ¿No es cierto, hermanos, que si mi camarada hace algo más sorprendente nos daréis un poco de paja y un rincón en el establo para descansar esta noche?

—Lo siento mucho, camarada; pero no puede ser —dijo el sargento que llegaba en aquel instante atraído por las voces y algazara de los soldados—; es absolutamente imposible, pues la consigna es muy severa.

Esta respuesta pareció contrariar a Pocogozo, cuya cara de garduña se puso seria.

—¡Qué diantre! —añadió uno—, abriremos una suscripción para juntar dos reales, y con ellos podréis tener en cualquier posada una cama más blanda que la paja de centeno.

—Y por cierto —replicó otro—, que si ese bucéfalo tiene tanta fuerza en las piernas como en los brazos, no te debes apurar por un kilómetro más o menos.

—¡Ea! ¡ea! —gritaron impacientes los soldados—, vamos a ver la extraordinaria habilidad, el nuevo prodigio.

Consideró Alain que sería de muy mal amigo dejar que su compañero perdiera la oportunidad de merecer aquel entusiasmo, y accediendo a los ruegos de los espectadores con una condescendencia que probaba cuánta confianza merecíanle las fuerzas de Piojoso, dirigiéndose a los soldados, les dijo:

—¿Tenéis por ahí algún sillar, tronco o cosa por el estilo que pese cincuenta o sesenta arrobas?

—A no ser que queráis la piedra en que estáis sentado...

Alain se encogió de hombros y repuso: —Si tuviese asidero, Piojoso os la levantaría con una sola mano.

—¿O la rueda del molino que tapa el tragaluz del calabozo? —observó otro.

—¿Por qué no la casa entera? —preguntó el cabo—; recuerda que erais seis hombres para moverla con palancas, y al ver cuan poco adelantabais pateaba de ira, puesto que mi grado no me permitía ayudaros desahogadamente, y os llamaba haraganes.

—Bien se está la rueda en el tragaluz —observó el sargento—; la consigna prohíbe quitarla, pues hay un preso en el calabozo.

Alain guiñó el ojo a su compañero, mientras éste, sin hacer caso de las palabras del sargento, se dirigía a la muela.

—¿Habéis oído? —dijo el sargento, asiéndole del brazo—; no hay que tocar la rueda.

—¿Por qué? —interrogó Alain—, si la quita la volverá a poner en su lugar.

—Además —observó un soldado—, no hay temor de que se escape el preso; es un señorito que parece una mujer disfrazada; al principio creí que era la duquesa de Berry.

El cabo, que al parecer ardía en deseos de presenciar la hazaña de Piojoso, agregó:

—Perded cuidado, sargento—; está muy ocupado en llorar, para que piense en fugarse; cuando hemos ido Jorge y yo, es decir, yo y Jorge, a llevarle la comida, lloraba como una Magdalena.

—Adelante, pues —dijo por último el sargento, que acaso no le iba en zaga respecto a curiosidad—, que lo pruebe, se lo permito bajo mi responsabilidad.

Al oír Piojoso esas palabras, asió la muela por su base, y apoyando en ella las espaldas, por más que intentó no pudo moverla. Entonces hizo observar a los soldados que el enorme peso la había clavado en el suelo, lo cual hacía inútil sus esfuerzos; y tomando un canto apartó la tierra hasta dejar del todo la muela descubierta. Volvió de nuevo a la interrumpida tarea, y en seguida la levantó más de un palmo del suelo, sosteniéndola durante algunos segundos.

Los soldados quedaron admirados y rodearon al coloso dándole las más expresivas muestras de admiración; Piojoso permanecía impassible y aclamaronle frenéticamente; cabo y sargento se miraban sin poderse explicar la causa de aquella fuerza. Tratábase de llevarle en triunfo hasta la cantina, donde debía dársele el premio de su fuerza, mientras juraban con todos los votos conocidos y desconocidos del dios Marte, que no solamente se había hecho acreedor al pan, sopa y carne prometidos, sino que ni la mesa de un general o la del rey de los franceses estaría de más para sustentar a semejante atleta.

Piojoso no se mostraba muy ufano con su triunfo, y con la vista fija en Alain, parecía

interrogarle: —¿Estáis satisfecho, mi amo?

Alain, por el contrario, no cabía en sí de gozo, sin duda a causa de la impresión que causara entre los espectadores aquella fuerza que era más suya que de aquél a quien la Naturaleza la había concedido. Tal vez su contento dimanaba también del éxito de una acción que acababa de hacer con suma destreza en tanto que los demás estaban mirando a su camarada, acción que consistió en poner debajo de la muela el guijarro que en la mano tenía, de modo que la muela que cerraba la tronera de la prisión descansaba en equilibrio sobre aquél, bastando la fuerza de un niño para derribarla.

Los soldados acompañaron a los dos mendigos a la cantina, en donde Piojoso excitó nuevamente su admiración con otra proeza; tras una grandísima olla de sopa, le sirvieron cuatro raciones de carne y dos panes de munición, uno de los cuales se lo comió con las dos primeras raciones, y como si cambiando de sistema esperasen encontrar más sabrosos los manjares, partió el otro, quitóle la miga, que fue tragándose por vía de pasatiempo, puso la carne en el hueco que aquélla había dejado, e hincó el diente en el pan con una energía que le valió una salva de aplausos. Transcurridos cinco minutos, el pan había desaparecido con tanta presteza como si lo hubiese pulverizado la muela que antes levantara, y sólo quedaban algunas migas, que Piojoso recogía cuidadosamente con todas las trazas de estar dispuesto a comenzar de nuevo. Al notarlo, diéronle otro pan, y aunque duro, tuvo el mismo un que los anteriores.

Los soldados no cabían en sí de gozo. De muy buena gana habrían sacrificado todos sus víveres a trueque de llevar aquel experimento hasta el último punto; pero más previsora el sargento, consideró oportuno poner coto a su científica curiosidad. Por su parte, Alain volvió a ponerse tan malhumorado como poco antes; tanto, que llamó la atención de los soldados, y el cabo le dijo:

—¿Qué es eso, buena pieza? Comes y bebes a costa de tu camarada, lo cual no es justo, y se nos figura que es del caso que hagas algún mérito, cántanos alguna cosita.

—Lo mismo te digo —agregó el sargento.

—¡Que cante, que cante! —gritaron todos.

—¡Oh! algunas canciones sé —repuso Pocogozo.

—Pues tanto mejor.

—Acaso no os gusten.

—Con tal que no sea alguna de esas malditas canciones del país, que el diablo se lleve, lo demás poco importa; en Saint-Colombin somos indulgentes.

—Comprendo. Os fastidiáis, ¿no es eso?

—Muchísimo —contestó el sargento.

—No pedimos que cantes como Nourrit —dijo un parisiense.

—Lo esencial es que sea chusco —agregó otro.

—Me habéis dado pan y vino, y nada puedo negaros, pero os repito que puede que no os gusten mis canciones. En efecto, no bien acabó la primera estrofa, cuando a la sorpresa que excitaron sus primeras palabras sucedió un grito general de indignación; arrojáronse diez soldados sobre él, agarróle el sargento por el cuello, y haciéndole besar el suelo, le dijo:

—¡Tunante! yo te enseñaré a cantar las alabanzas de los bandidos.

Antes de que el sargento terminara la frase, en la cual había incluido alguno de sus adversarios que le eran familiares, abrióse paso Piojoso hecho un basilisco, y apartando a

los soldados, se puso delante de su compañero con actitud tan amenazadora, que todos permanecieron mudos e inmóviles.

—¡Mueran! ¡mueran! —gritaron los soldados—. Son chuanes.

—Me habéis pedido que cantase —exclamó con estentórea voz Alain y os he advertido que tal vez no os gustarían mis canciones. ¿Si habéis insistido, de qué os quejáis?

—Si no sabes otras que las que acabas de cantar —replicó el sargento—, eres un revoltoso, y, por lo tanto, te arresto.

—Yo sé las que gustan a los aldeanos de cuyas limosnas vivo. Un pobre lisiado como yo y un idiota como mi compañero no podemos ser peligrosos. Prendednos si queréis; pero no creo que os honre tal hazaña.

—¡Bueno, bueno! dormiréis en el cuerpo de guardia. ¡Ea! Sujetadlos y ponedlos en lugar seguro.

Como quiera que Piojoso continuase con su actitud amenazadora, nadie se apresuró a ejecutar la orden del sargento, el cual dijo:

—Si no queréis rendiros de grado, enviaré por algunos fusiles bien cargados, y veremos si tenéis el pellejo a prueba de bala.

—Vamos, Piojoso —dijo Alain—, conformémonos y pierde cuidado, que no será larga nuestra detención; no se construyen tan hermosas cárceles para unos infelices como nosotros.

—¡Eso es hablar! —dijo el sargento muy complacido del sesgo que tomaba la discusión—; vamos a registraros, y si no os encontramos nada sospechoso, si no dais ningún motivo de queja durante la noche, a la mañanita os pondremos en libertad.

Registraron a los mendigos, y halláronles tan sólo algunas monedas de cobre, lo cual confirmó al sargento en sus ideas de clemencia.

—Verdaderamente —dijo señalando a Piojoso—, ese bruto no es culpable, y no hallo razón para encarcelarle.

—Sin contar —añadió Jorge—, que si como a su abuelo Sansón, se le antoja sacudir las paredes, nos aplasta a todos.

—Tienes razón, Jorge —repuso el sargento—; veo que opinas como yo. ¡Ea! vamos, buena alhaja. ¡Vivo! ¡vivo!

—Por Dios y por la Virgen, caballero, no nos separéis —dijo Alain con tono plañidero—; yo me sirvo de sus piernas, y él de mis ojos.

—¡Cáspita! —dijo un soldado—, parecen dos amantes.

—Menos palabras —dijo el sargento—; pasarás la noche en el calabozo en castigo de tu osadía, y mañana se decidirá lo que debe hacerse de tu pellejo. ¡Ea, andando!

Mientras se aproximaban dos soldados para apoderarse de Alain, saltó éste a los hombros de su compañero con una agilidad algo extraña en un cuerpo incompleto como el suyo, y en tanto que el Hércules se encaminaba al cuerpo de guardia, Pocogozo le dijo algunas palabras al oído. Dejóle Piojoso a la puerta de la bodega, donde el lisiado penetró rodando como una bala, gracias al empujón que le dio el sargento. En seguida despidieron al idiota, el cual permaneció inmóvil y aturdido como si no supiera qué hacer, y viendo luego que el centinela no le permitía sentarse en el rodillo que antes ocuparan los soldados, alejóse con dirección a Saint-Colombin.

LIII

SUEÑO PRÓXIMO A CONVERTIRSE EN REALIDAD

Dos horas después de lo que acabamos de narrar, oyó el centinela el ruido de un carro que subía la cuesta, y fiel a su consigna, dio el «¿Quién vive?» Cuando el carro estuvo a corta distancia, el conductor se detuvo a la voz de «¡alto!» y salieron del puesto cuatro soldados y un cabo para reconocer carro y carretero. El carro estaba cargado de heno, y el conductor dijo que iba a San Filiberto para entregarlo a su dueño, agregando que había aprovechado parte de la noche para ahorrar un tiempo precioso en aquella estación. El cabo le dejó pasar, pero por más esfuerzos que hicieron caballo y carretero, el carro no pudo adelantar un paso, como si estuviese clavado en el punto más pendiente de la cuesta.

—Es una barbaridad —dijo el cabo—, agobiar de tal manera a ese pobre animal. ¿No veis que lleva doble carga de la que puede arrastrar?

—¡Lástima! —exclamó un soldado—, que el sargento haya despedido a aquel gigante. Lo habríamos enganchado junto al caballo, y de seguro habría sacado de apuros a ese pobre hombre.

—Ya lo creo —repuso otro—; el caso está en saber si se habría dejado enganchar.

Si el que acababa de pronunciar esas palabras hubiese visto lo que sucedía en la trasera del carro, habría notado que, efectivamente, tenía razón, hubiérase explicado la dificultad que el caballo experimentaba en arrastrarlo, pues la originaba el mendigo, quien, tirando de la barra que sostenía la carga por detrás, y envuelto en las tinieblas, oponía su fuerza a la del caballo con éxito superior al que obtuviera aquella tarde en sus asombrosos ejercicios.

—¿Queréis que os ayudemos? —interrogó el cabo.

—Dejad que pruebe otra vez —contestó el carretero ladeando el carro para disminuir la rapidez de la pendiente, y, asiendo de la brida, arreó violentamente de palabra y obra al caballo, mientras los soldados unían a las suyas sus excitaciones; después de un supremo esfuerzo que hizo brotar millares de chispas de los guijarros, cayó el animal, y como si las ruedas hubiesen tropezado con algún obstáculo que las hiciera perder el equilibrio, inclinóse el carro y acabó por volcar contra la pared de un edificio.

Empezaron los soldados a desenganchar el caballo, y gracias a su precipitación no repararon en Piojoso, el cual, satisfecho de haberse deslizado bajo el carro para hacerle perder el equilibrio con sus hercúleas espaldas, marchóse tranquilo, desapareciendo detrás de un vallado.

—¿Quieres que te ayudemos a levantar el carro? —preguntó el cabo al carretero—. Habrás de ir a buscar un caballo de refuerzo.

—No, ¡por vida mía! —repuso el carretero—; mañana será otro día: una vez que Dios no quiere que pase adelante, hágase su voluntad.

Echó el carretero los arreos sobre el caballo, y montando en él, se alejó después de dar las buenas noches a los soldados. A doscientos pasos del cuerpo de guardia se le aproximó Piojoso, y al verle le dijo:

—¿Qué tal? ¿lo hice bien?

—Sí —repuso el mendigo—; tal como lo había dispuesto Pocogozo.

—¡Buena suerte! Voy a volver el caballo al paraje de donde lo he sacado; cuando el amo del carro lo busque, quedará asombrado al verlo allá arriba.

—Dile que se ha hecho por el bien de nuestra causa, y verás como no replica.

Alejóse el aldeano y Piojoso continuó rondando por aquellos alrededores hasta que oyó dar las once en Saint-Colombin. Subió entonces al punto con los zuecos en la mano, y acercándose con cautela a la lumbrera del calabozo, sacó con mucho cuidado el heno del carro y, esparcido por el suelo para formar un lecho, sobre el cual derribó lentamente la muela e inclinándose en seguida, rompió la tablazón que cerraba el respiradero por dentro, tiró de Alain, a quien Michel impelía por detrás, y luego sacó al barón tendiéndole las manos; hecho lo cual, Piojoso se los cargó en hombros y alejóse descalzo del puesto sin que, a pesar de su corpulencia y de la doble carga que llevaba, hiciera más ruido que un gato andando sobre una alfombra. A unos quinientos pasos detúvose obedeciendo a la indicación de Alain. Bajó Michel, y sacando un puñado de monedas, algunas de oro, las puso en la ancha mano de Piojoso; éste iba a guardárselas en el bolsillo, cuándo Alain le contuvo diciéndole:

—Devuelve ese dinero al señor, nosotros no comemos a dos carrillos.

—¿Cómo? —preguntó Michel.

—No debéis estarnos tan agradecido como acaso creéis.

—No os comprendo —dijo el barón.

—Ahora que estamos fuera de la maldita bodega, puedo confesaros que falté a la verdad cuando os dije que me había hecho prender solamente con el objeto de libertaros; ya comprenderéis que necesitaba vuestro auxilio. Ya que, gracias a la buena voluntad y a la fuerza hercúlea de mi amigo Piojoso, hemos logrado evadirnos tan fácilmente, os declaro que no habéis hecho más que mudar de prisión.

—¿Qué queréis decir?

—Que hace poco os hallabais en una húmeda e insalubre cárcel, y si bien os veis ahora en el campo, no por eso dejáis de estar preso.

—¿Y de quién soy prisionero?

—¡Toma! de mí.

—¿De vos? —exclamó el barón lanzando una carcajada.

—Por ahora sí, y por más que os asombre, sois mi prisionero hasta que os haya puesto en manos de quien os reclama.

—¿Qué manos son esas?

—No tardaréis en saberlo; yo no puedo hacer más que cumplir mi encargo; sólo os diré que peor suerte os podía haber caído.

—Concluamos...

—A eso voy. Han invocado algunos beneficios que me hicieron, y dando una buena propina a nuestro amigo Piojoso, me han dicho: «Libertad al barón Michel de La Logerie y traedlo»; os he libertado y os llevo.

—Oíd —replico el joven, Sin comprender una palabra de cuanto le decía el posadero de Montaignu—; aquí tenéis mi bolsillo, y en cambio, acompañadme hasta el camino de La Logerie, a donde deseo regresar esta misma noche.

Michel creía que sus dos libertadores habían encontrado mezquina la gratificación,

considerando la importancia del servicio que le habían prestado.

—Señor —repuso Alain con toda la dignidad de que era capaz—, mi compañero no puede aceptar esa recompensa, porque le han pagado para hacer todo lo contrario de lo que pedís; y en cuanto a mí, si no me conocéis aún, voy a hacer que me conozcáis: soy un honrado negociante que por algunas diferencias de opinión con el Gobierno he tenido que abandonar mi domicilio; pero por muy pobres que sean mis apariencias, tened entendido que no vendo los favores.

—¿A dónde diablo vais a llevarme? —preguntó Michel, admirado de semejante réplica.

—Hacednos el favor de seguirnos, y os prometo que antes de una hora lo sabréis.

—¿Seguiros cuando me decís que soy vuestro prisionero? ¡Tendría que ver!

Sin responder, hizo Alain una seña a Piojoso y, antes que el mancebo acabase la frase, éste extendió el brazo y le asió por el cuello. El barón quiso gritar, prefiriendo estar en poder de los soldados que del mendigo; pero éste le puso la otra mano en la boca a guisa de mordaza y así corrieron unos setecientos pasos a través de los campos, de modo que medio suspendido Michel en el aire, pendía de la mano del coloso, rozando el suelo con la punta de los pies.

—Basta, Piojoso —dijo Alain que, como se comprenderá, permanecía sentado en los hombros del atleta—, el barón habrá desistido de su idea de volver a La Logerie, y, por otra parte, nos han recomendado mucho la mercancía para que la llevemos averiada. Vamos a ver —añadió, dirigiéndose al fatigado barón, mientras Piojoso hacía alto por un momento—: ¿seréis ahora más razonable?

—Forzoso es que me resigne, puesto que sois más fuerte que yo y no tengo armas para defenderme de vuestros malos tratamientos.

—¡Malos tratamientos! ¿Queréis callar? Si insistís en afirmarlo, os preguntaré si no es cierto que así en el calabozo de los azules como por el camino, no habéis cesado de decirme que queréis volver a La Logerie, y si no es cierto igualmente que esa obstinación es la que nos ha obligado a usar de la violencia.

—A lo menos, decidme quién os ha enviado para libertarme.

—Me está absolutamente prohibido, pero sin contravenir a las órdenes que he recibido, puedo aseguraros que es una persona muy amiga vuestra.

Helósele a Michel el corazón, pensando que Berta habría recibido la carta, y que la ofendida *Loba* le esperaba, y por más penosa que le fuese una explicación, la delicadeza le obligaba a no rehuirla.

—Ya sé quien me aguarda —repuso.

—¿De veras, señor barón?

—Es la señorita de Souday.

Alain no contestó y miró a su compañero con un aire que parecía decir: lo ha adivinado.

El barón, notando la mirada, agregó:

—Adelante.

—¿No intentaréis ya escaparos?

—No.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor —repuso Michel.

—Siendo así, os daremos un medio para que no os destrozáis los pies con los abrojos, ni

os atasquéis en ningún lodazal de esos que nos cargan las botas con media arroba de peso.

No tardó el joven en explicarse esas palabras, pues habiendo Piojoso atravesado el camino a cuya orilla se encontraban, apenas dieron cien pasos por el bosque, cuando oyó el barón un relincho.

—¡Mi caballo! —exclamó sorprendido.

—¿Creíais, por ventura, que os lo habíamos robado?

—Entonces, ¿por qué no os encontré en el paraje en que os lo dejé?

—Por una razón muy sencilla. Habíamos visto vagar a nuestro alrededor algunos pajarracos que nos miraban con mucho interés, y como no nos gusta la gente curiosa y pasaban tres horas sin que parecierais, nos hemos decidido a volver vuestro caballo a la Boulevre, a donde creíamos que regresaríais sino os prendían, y por el camino hemos visto que estabais en libertad todavía...

—¿Todavía?

—Sí; pero después os han detenido.

—¿Estabais cerca cuando me detuvieron los gendarmes?

—¿Sabéis, caballero —contestó Alain— que tenéis que ser muy inexperto, cuando de tal modo os ponéis a fantasear en mitad del camino, en vez de observar lo que pasa a vuestro alrededor? A larga distancia debíais haber oído el trote de sus caballos, puesto que nosotros lo oíamos muy distintamente, y hubierais podido ocultaros.

Pensando Michel en lo que tan absorto le tenía en el momento que Alain le recordaba, exhaló un gran suspiro, montó a caballo en tanto que Alain trataba de indicar a Piojoso la manera de tener el estribo. En seguida, volvieron al camino, y apoyando el mendigo la mano en el cuello del caballo, siguióle así hasta que al cabo de media legua tomaron por un atajo que, a pesar de las tinieblas que reinaban, conoció Michel por el aspecto de la arboleda. Pronto llegaron a una encrucijada, a cuya vista se estremeció el mancebo, acordándose de que la había atravesado la noche que por primera vez acompañaba a Berta. Dirigíanse los caminantes a la cabaña de Tinguy, donde, a pesar de lo avanzado de la hora; se veía brillar una luz, cuando de repente salió de un huerto, que con el sendero lindaba, un grito, al cual contestó Alain inmediatamente.

—¿Sois vos, Pocogozo? —preguntó una voz femenina, al propio tiempo que una forma blanca asomaba la cabeza por el vallado.

—Sí, y vos, ¿quién sois?

—Rosina, la hija de Tinguy. ¿No me conocéis?

—¡Rosina! —murmuró Michel, cuya presencia le confirmó en la idea de que era Berta quien le aguardaba.

Deslizóse Alain con su habilidad de mono a los pies de Piojoso, encaminóse al seto saltando como un sapo, y en tanto que su compañero vigilaba al barón, dijo, aproximándose a Rosina:

—¡Cáspita! la noche es oscura como boca de lobo, y lo blanco parece pardo.

—¿No es en tu casa la cita? —añadió bajando la voz.

—Sí; he venido porque hay gente en ella y no podéis ir con el señor barón.

—¿Cómo! ¿Así, pues, esos condenados azules están por todas partes?

—No son soldados, sino Juan Oullier y unos cuantos mozos de Montaigu.

—¿Qué hacen?

—Están hablando; entrad y echaréis un trago que os entonará el estómago.

—Con mil amores. ¿Qué haremos de este señorito?

—Dejadlo por mi cuenta; ¿acaso no lo habíamos convenido así?

—Cierto; pero en tu casa habríamos encontrado alguna bodega o granero para encerrarle fácilmente, pues es manso como un cordero; mientras que a cielo descubierto nos exponemos a perderlo, pues sabe escurrirse como una anguila

—Nada temáis —dijo Rosina con la sonrisa tan rara y tan triste que se observaba en ella desde la muerte de su padre y de su hermana—. ¿Creéis, por ventura, que se hará rogar mucho más para seguir a una linda muchacha que a dos vejestorios como vosotros?

—¿Y si el prisionero se lleva al guarda?...

—Perded cuidado; tengo los pies y los ojos buenos, y muy firme el corazón; por otra parte, el barón es mi hermano de leche, y hace ya mucho tiempo que nos conocemos. En fin, ¿qué encargo os han encomendado?

—El de libertarle, si podíamos, y llevarle de buen o mal grado a la casa de tu padre, donde debíamos encontrarle.

—¿Sí? pues heme aquí; la casa la tenéis delante y el pájaro salió de la jaula: con que nada más tenéis que hacer.

—¡Pardiez, claro está!

—¡Pues, ¡buenas noches!

—Di, Rosina, ¿no podríamos, para tenerlo más seguro, atarle un hilo a la pata?

—Gracias, Alain: podéis guardarlo para vuestra lengua.

A pesar de haber permanecido a alguna distancia de los dos interlocutores, Michel oyó el nombre de Rosina, lo cual le confirmó aún más en sus sospechas. Además, la conducta de Alain, la violencia con que se había conducido por medio de Piojoso, la discreción del posadero respecto al origen y causa de su abnegación respecto de un hombre a quien apenas conocía, concordaba perfectamente con la irritación que a su vez debía haber causado a la irascible Berta la carta que para ella entregó al notario Lorient.

—No sois como ese tonto de Alain que se obstinaba en no conocerme, ¿no es cierto, señor Michel? —dijo Rosina.

—No, por cierto. Ahora, decidme.

—¿Qué?

—¿Dónde está la señorita Berta?

—Lo ignoro —repuso Rosina con una sencillez que Michel apreció en su justo valor.

—¿No lo sabéis?

—No, señor.

—¿No la habéis visto?

—Tampoco; solamente sé que tenía que ir al castillo con el señor marqués; yo estaba en Nantes.

—¡En Nantes! —exclamó el mancebo. ¿Habéis estado hoy en Nantes?

—Seguramente.

—¿A qué hora?

—Daban las nueve, cuando cruzábamos el puente de Rousseau.

—¿No ibais sola?

—No; he acompañado a la señorita María; eso ha retardado el viaje, porque han tenido que irme a buscar al castillo.

—¿Y en dónde se encuentra ahora la señorita María?

—En el islote de la Jonchére, a donde voy a acompañaros. ¿Sabéis que me hacen gracia vuestras preguntas?

—¡Vais a llevarme a su lado! —exclamó Michel loco de alegría—. ¡Vamos, vamos pronto, querida Rosina!

—¡Y ese estúpido de Alain que decía que sería difícil llevaros! ¡Habrás visto animal!

—¡Rosina, por Dios, no perdamos tiempo!

—Pues por mi parte no deseo otra cosa; para ir más aprisa tendríais que llevarme a la grupa.

—Con mil amores —exclamó Michel, que a la sola idea de ver a María había desechado toda sospecha celosa, rebozando de júbilo al pensar que su amada se había ocupado con tanto interés de salvarle.

—Dadme la mano —dijo Rosina, apoyando el pie en el del mancebo.

Y, una vez sentada en la grupa, prosiguió:

—Tomad a la derecha.

Obedeció el joven sin pensar ya en Piojoso ni en Alain, pues en aquel momento todo lo del mundo para él se encerraba en María. A corto trecho, anhelando el barón hablar de ella, preguntó a su compañera:

—¿Cómo ha sabido la señorita que me habían preso los gendarmes?

—Es preciso tomarlo de más lejos.

—Tomadlo de tanto como queráis; pero responded, pues tengo deseos de saberlo. ¡Cuan hermosa es la libertad, sobre todo, cuando me proporciona ver a María!

—Debo deciros, señor barón, que hoy, al amanecer, ha venido la señorita María del castillo de Souday, y, pidiéndome que le prestase mi vestido nuevo, me ha dicho: «Rosina, vente conmigo». Entonces, hemos tomado el camino de Nantes, como dos verdaderas aldeanas, llevando dos cestas de huevos. Una vez llegadas allí, mientras yo los estaba vendiendo, la señorita ha ido a evacuar sus diligencias.

—¿Cuáles eran? —preguntó el barón recordando al joven disfrazado de aldeano, a quien había visto por la mañana con María.

—¡Cáspita! lo ignoro —repuso Rosina; y sin reparar en el suspiro que exhaló el mancebo, añadió—: como la señorita estaba muy cansada, pedimos al señor Loriot nos llevase en su carruaje; por el camino nos hemos detenido para dar pienso al caballo, y mientras el notario hablaba con el posadero sobre el precio de los granos, nosotras hemos ido al huerto, porque todos los aldeanos se hacían ojos mirando a la señorita, que por cierto era demasiado hermosa para aldeana. Entonces comenzó a leer una carta que le ha hecho llorar a raudales.

—¿Una carta?

—Sí, una que el señor Loriot la entregó por el camino.

—¡Mi carta! —exclamó el barón—; ¡ha leído mi carta a su hermana! ¡Oh!

Y detuvo repentinamente el caballo, no sabiendo si alegrarse o apesadumbrarse de los acontecimientos; pero Rosina, que ignoraba la causa de aquel alto, preguntó:

—¿Qué estáis haciendo?

—Nada, nada —contestó el barón, aflojando la rienda.

El caballo tomó el trote y Rosina continuó su relato:

—Llorando estaba con aquella carta a la vista, cuando de pronto oímos que nos llamaban del otro lado de la cerca, y al aproximarnos vimos que eran Pocogozo y Piojoso. Contaron el lance que os acababa de acontecer, y preguntaron a la señorita que habían de hacer de vuestro caballo. ¡Ah! ¡si la hubieseis visto, señor barón! demudóse mucho más que al leer la carta, y tanto le dijo a Alain que el pobre hombre, que debe algunos favores al marqués se decidió a tratar de libertaros. Excelente amiga tenéis, señor Michel.

Tan embelesado escuchaba el mancebo, que hubiera dado una moneda de oro por cada sílaba del relato de Rosina, y pareciéndole que el caballo marchaba con demasiada lentitud, rompió una rama de nogal para hacerle andar tan de prisa como los latidos de su corazón.

—¿Por qué no me habéis aguardado en casa de vuestro padre? —preguntó el barón.

—Así pensamos hacerlo y nos apeamos allí con el propósito de ir a pie a Souday: la señorita había encargado a Alain que os llevase al castillo y no os dejase regresar a la Bouleuvre antes de verme; pero no lo ha querido la fatalidad, pues nuestra casa tan solitaria desde la muerte de mi padre, ha estado tan llena de gente toda la noche como una posada. Al cerrar la noche, la señorita María, que se hallaba escondida en la bohardilla, me ha rogado que la acompañase a un sitio donde pudiera hablaros sin testigos, si Alain conseguía libertaros, y... Pero ya estamos a la altura del molino de San Filiberto, pronto veremos el lago de Grandlieu.

Esas palabras le valieron al caballo del barón un fuerte varazo, pues al oír que estaba ya cerca de María, comprendió Michel que se acercaba el desenlace de aquella extraña situación. Sabiendo María que por amor a ella había rechazado el barón el enlace que le propusieron, no se ofendía de ello, puesto que el interés que le profesaba la inclinaba a prestarle un gran servicio a costa de su reputación; respecto a Michel, por tímido y apocado que fuese, sus esperanzas rayaban tan alto como las pruebas de afecto que le parecía recibir de María; juzgaba imposible que la joven que arrostraba las murmuraciones del vulgo, el enojo de su padre y los reproches de su hermana para salvar a un hombre cuyo amor y esperanzas conocía, se negara a los deseos de este amor y a la realización de estas esperanzas; y columbraba el horizonte de un porvenir nebuloso todavía, aunque con rosados celajes; cuando el caballo empezó a bajar la colina que linda al sudoeste del lago de Grandlieu, cuya superficie brillaba en la oscuridad como un espejo de acero bruñido.

—¿Hemos llegado? —preguntó el barón a Rosina.

—Sí —contestó ésta, echando pie a tierra—, apeaos y seguidme.

Hízolo a su vez el barón, e internóse con la moza entre los juncales, donde ató el caballo al tronco de un sauce; anduvieron unos cien pasos hasta llegar a una especie de caleta, a cuya margen había una barquilla amarrada, y al entrar en ella quiso el barón asir los remos; pero conociendo Rosina que no era muy ducho en aquel ejercicio, púsose a bogar, diciéndole:

—Yo lo haré mejor que vos; con frecuencia llevé a mi padre, cuando iba a tender las redes en el lago.

Al decir la joven esas palabras, levantó sus hermosos ojos al cielo, como buscándole, y desprendiéronse de ellos dos gruesas lágrimas.

—Decidme —preguntó Michel, con el egoísmo propio del amor—, ¿sabríais encontrar el islote de la Jonchére en las tinieblas?

—Mirad —contestó Rosina, sin volver la vista—, ¿no veis algo en el agua?

—Sin duda alguna; desde aquí veo una cosa parecida a una estrella.

—Esa estrella la tiene en la mano la señorita María, que nos habrá esperado y viene a recibirnos.

El barón hubiera querido echarse a nado para llegar más pronto a la isla, pues la barquilla avanzaba con lentitud a pesar de la habilidad de Rosina, y parecíale que jamás iba a llegar. Sin embargo, cuando estuvo cerca del islote, para distinguir el único sauce que en él había, no vio a María en la orilla. La luz era una fogata de ramas de rosal que ella había encendido sin duda y que ardía lentamente en la orilla del lago.

—¡Rosina! —exclamó Michel fuera de sí, levantándose con tal ímpetu que estuvo a pique de zozobrar el bote—; yo no veo a María.

—Estará en la choza de acecho —repuso la doncella, saltando en tierra—; tomad una de esas ramas encendidas y hallaréis la choza en la parte más ancha de la otra orilla.

Hizo Michel lo que Rosina le indicaba y encaminóse presuroso hacia la choza.

El islote tendría unos trescientos metros cuadrados, y estaba cubierto de juncos en sus declives, inundados en invierno por las lluvias que hacían subir las aguas del lago. En el sitio más elevado había construido el viejo Tinguay una pequeña choza, donde, en las largas noches de invierno, acechaba los patos.

Cualquiera que fuesen sus esperanzas, al acercarse Michel a la choza sintió que el corazón le latía con tal violencia, que parecía querer saltársele del pecho, y no tuvo valor para poner la mano en el pestillo de la puerta. Mirando entonces por un cristal que en la misma había, vio a María sentada en un hacecillo de juncos, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y a la luz de una lámpara, que sobre un escabel ardía, parecióle divisar dos lágrimas en sus párpados. Creyendo que las vertía por causa suya, dominó su timidez, empujó la puerta, y echóse a los pies de la joven, exclamando:

—¡María, María! ¡os amo!...

LO PREVISTO Y LO IMPREVISTO

Aunque María estaba decidida a conservar su imperio sobre sí misma, fue tan súbita la aparición de Michel, tan suplicante y amorosa su invocación, vibrando su voz con tal acento, que el seno de la niña palpataba conmovido, sus manos temblaban, y las lágrimas que el joven creyó ver brillar en sus ojos se deslizaban y caían gota a gota, cual líquidas perlas, sobre las manos del barón, que estrechaba las suyas. Afortunadamente estaba Michel demasiado conmovido para observar la emoción de María, y reponiéndose ésta antes que él la hablase, desvióle suavemente y miró en torno, mientras el barón fijaba en ella la vista inquieta e interrogadora.

—¿Por qué habéis venido solo? —interrogó María— ¿Dónde está Rosina?

—Y vos —dijo el mozo con dolorido acento—, ¿por qué no os entregáis con todo corazón al júbilo de volverme a ver?

—Amigo mío —repuso la doncella, acentuando estas palabras, creo que ahora tenéis menos derecho que nunca a dudar del interés que por vos me tomaba.

—No —exclamó el barón, tratando de estrecharle otra vez las manos—; no, puesto que os debo la libertad y quizás la vida.

—No obstante —dijo María, haciendo un esfuerzo para sonreírse—, estamos solos, y por más *Loba* que sea, querido señor Michel, sé que no debo faltar a las leyes del decoro: con que hacedme el obsequio de llamar a Rosina.

Exhaló Michel un profundo suspiro y permaneció de hinojos derramando copiosas lágrimas, mientras María volvió el rostro para no verlas, y al ir ésta a levantarse, él la detuvo. El pobre mancebo conocía muy poco el corazón humano para darse cuenta de que otras veces no había manifestado ningún recelo de tener con él una entrevista tan solitaria como aquella, y para deducir de esa desconfianza de una misma consecuencia favorable a sus amorosas esperanzas; muy al contrario, sus deliciosos sueños se desvanecían como el humo, y encontrando de repente a María tan fría e indiferente como pocos días antes, exclamó con acento de dolorosa reconvención:

—¡Ah! ¿por qué me habéis salvado? los soldados tal vez me habrían fusilado, y a lo menos hubiera muerto con la ilusión que ahora acabo de perder. ¿Qué me importa la vida, si no me amáis?

—¡Michel! callad, por Dios.

—Lo he dicho y lo repito.

—Vamos, reportaos y no seáis niño —replicó María afectando un tono maternal—. ¿No veis que me estáis haciendo sufrir?

—Lo dudo —añadió Michel.

—¿Así, pues, dudáis de mi sinceridad?

—¿Creéis que me basta ese sentimiento?

—Amigo mío —dijo María, haciendo un poderoso esfuerzo—, lo que vos me pedís Berta os lo ofrece; estad convencido de que os ama como vos queréis y merecéis serlo.

La voz de María temblaba al decir esas palabras, y moviendo el barón la cabeza,

respondió con un suspiro:

—¡Si no es ella! ¡si no es ella!

—¿Por qué —prosiguió María fingiendo no haber reparado en aquella exclamación—; por qué le habéis escrito una carta que la hubiera desesperado?...

—¿Ha llegado, pues, a vuestras manos?

—Sí, y ha sido una gran felicidad, a pesar del dolor que me ha causado.

—¿La habéis leído toda?

—Sí —repuso la joven, tapándose los ojos ante la mirada suplicante del barón—; la he leído, y por lo mismo he querido hablaros antes de que vieseis a Berta.

—¿No habéis comprendido, María —exclamó el barón juntando las manos—, que a Berta solamente puedo amarla como a una hermana?

—No —contestó María—; lo que he comprendido es que sería para mí una gran desgracia al causar la de mi hermana, la de mi pobre hermana, a quien tanto amo.

—¿Qué queréis, pues de mí?

—Lo que quiero; lo que os suplico, es que sacrificuéis un sentimiento que aún no ha tenido tiempo de echar hondas raíces en vuestro corazón; os pido que renunciéis a una predilección injustificada y a una pasión que labraría la desdicha de los tres.

—Pedidme la vida, María; puedo matarme o hacerme matar, nada más fácil, pero no me pidáis que deje de amaros, porque es imposible, María.

—No obstante, es necesario, Michel —dijo María, con acento cariñoso—; nunca alentaré el amor de que habláis en vuestra carta: lo he jurado.

—¿A quién?

—A Dios ya mí.

—¡Oh! —exclamó Michel, rompiendo en sollozos—. ¡Y soñé que me amaba!...

Parecióle a María que cuanto más crecía la exaltación del mancebo, tanto más fría y reservada debía mostrarse, y contestó:

—No creáis que os hablo solamente en nombre de la razón, sino como buena y leal amiga, rogándoos que olvidéis a la que no puede ser vuestra y consagréis vuestro corazón y cariño a la mujer con quien estáis, por decirlo así, desposado.

—¡Oh! ya sabéis que esos desposorios son efecto de un error de Perico; por lo demás, no ignoráis cuáles son mis sentimientos, desde aquella noche en que los soldados penetraron en el castillo, y por cierto que entonces no los rechazasteis: vuestras manos apretaban las mías, yo estaba arrodillado ante veis como ahora vuestra cabeza se inclinaba hacia mí y vuestros hermosos cabellos me acariciaban la frente. Confieso el yerro que cometí al no revelar a Perico el nombre de mi amada; mas no podía suponer que se me creyese enamorado de otra que no fueseis vos, siendo mi maldita timidez la causa de que me vea separado para siempre de la mujer a quien idolatro, y para siempre unido a la que no puedo amar.

—La falta que tan ligera os parece, la encuentro irremediable, pues no puedo ser feliz a costa de la dicha de mi hermana.

—¡Dios mío! ¡Cuan desgraciado soy!

—Comprendo vuestro dolor; pero es forzoso tener entereza de ánimo en la adversidad. Valor, amigo mío, que ese amor irá desapareciendo poco a poco de vuestro tierno corazón, y si conviene me alejaré de vos.

—¡Separaros de mí! ¡jamás! El día que os vayáis, me iré también yo.

—Entonces me quedaré, y cuando seáis dichoso, cuando estéis casado con Berta...

—¡Nunca!

—Sí, amigo mío; Berta os conviene más que yo, os ama mucho más de lo que podéis figuraros, y estad seguro de que no tardaréis en obtener la recompensa digna de ese sacrificio.

Fingió María una calma que estaba muy lejos de sentir; su agitación y palidez revelaban el estado real de su ánimo, y habiéndola Michel escuchado con febril impaciencia, replicó:

—¡No habléis así! ¿Creéis, acaso, que el curso de las afecciones es como el río que un ingeniero encauza entre las orillas de un canal, o como la parra, cuyas ramas se extienden en la dirección que les da el hortelano? No, mil veces no; os amo a vos sola, María; no puedo olvidaros, y aunque me lo propusiera no lo conseguiría. ¡Ah, desgraciado de mí, si os casarais con otro! —exclamó Michel, alzando las manos al cielo con desesperación.

—¡Michel! —exclamó María, con exaltación—, haced lo que os pido, y os juro por lo más sagrado no pertenecer más que a Dios; nunca me casaré; vuestro será mi cariño, no un cariño pasajero que pueda el tiempo disipar o un hecho destruir, sino el cariño engendrado por el agradecimiento, porque os deberé la felicidad de mi hermana, y os bendeciré toda mi vida.

—El amor que profesáis a vuestra hermana os extravía —respondió Michel—; vos sólo pensáis en ella sin imaginar que al unir mi existencia a la de una mujer que no amo equivale a imponerme un eterno suplicio: no puedo resignarme a semejante desdicha.

—Sí, amigo mío, es resignaréis, pues por amarga que sea la fatalidad, llevaréis a cabo una acción noble y generosa y Dios recompensará tan doloroso sacrificio. Esta recompensa será la felicidad de las dos pobres huérfanas.

—Os repito que no me habléis así; ignorando la fuerza del amor, queréis que renuncie a vuestra mano sin pensar que sois mi corazón, mi alma, mi vida, y exigiendo que me arranque el corazón, reniegue de mí mismo y aniquile con mis propias manos mi felicidad y mi existencia. Para mí sois el faro que me guía por el proceloso mar de la vida y si me faltáis, me faltará todo; me veré sumergido en un abismo sin fondo.

—No obstante —exclamó María con desesperado acento—, ¿y sí Berta os ama y yo no?

—¡Ah! si no me amáis, si tenéis valor para decírmelo fijando vuestros ojos en los míos y estrechando en vuestras manos las mías, todo habrá terminado.

—¿Qué haréis?

—Una cosa muy sencilla; tan cierto como esas estrellas que brillan en el firmamento qué ven la pureza del amor que os profeso; tan cierto como Dios, que las huella, conoce lo eterno de este amor, ni vos ni vuestra hermana volveréis a verme.

—¿Qué decís, desdichado?

—Que atravesaré este lago, para lo cual necesitaré diez minutos, y montando en el caballo que tengo en los juncales, me dirigiré al destacamento más próximo, en que invertiré otros diez minutos, y bastará que diga que soy el barón Michel de La Logerie, para que dentro tres días me fusilen.

María lanzó un grito.

—Lo haré, María; tan cierto como las estrellas os miran y como Dios, que a sus pies las tiene, oye el juramento que hago.

—Disponíase el barón a salir de la choza, cuando María le cerró el paso asiéndole del brazo, cayó sin fuerzas a sus rodillas, exclamando:

—¡Michel! si me amáis como decís, oid mis súplicas, y en nombre de este amor no matéis a mi hermana; ceded a mis ruegos y a mis lágrimas, otorgadle la vida y la ventura, y Dios os lo tendrá en cuenta, pues mi corazón le pedirá todos los días que haga feliz a quien ayudó a salvar a la que amo más que a mí misma. Olvidadme, Michel, os lo ruego por lo que más amáis en el mundo.

—¡Dios mío! ¡cuan desgraciado soy! —exclamó Michel mesándose los cabellos—, ¿sabéis que no podré sobrevivir a semejante desdicha?

—Valor, amigo mío, valor —dijo la joven, sintiéndose desfallecer a su turno.

—Lo tendré para todo, menos para renunciar a vos; esta idea me espanta y desespera.

—¡Michel, amigo mío! haced lo que os pido —murmuró María con voz ahogada.

—¡Pues bien!...

Iba a decir que sí, pero se contuvo, y prosiguió:

—¡Ah! si a lo menos sufrierais como yo...

A esa exclamación de supremo egoísmo, aunque de supremo amor, fuera de sí María le estrechó entre sus trémulos brazos y con voz cortada por los sollozos le dijo:

—¿Te consolaría saber que mi corazón está tan desgarrado como el tuyo?

—¡Sí, sí!

—¿Crees que el infierno sería un paraíso si yo estuviese a tu lado?

—Estoy dispuesto a aceptar una eternidad de tormentos con esta condición.

—¡Pues bien! —exclamó la joven, delirante—, satisfecho estás, hombre cruel: yo también sufro como tú, también siento tus angustias, también muero desesperada al pensar en el sacrificio que el deber nos impone.

—¿Qué dices, María? ¿me amas?

—¡Ingrato! ¡ingrato! ¡Ve mis lágrimas, mi martirio, y me pregunta si le amo!

—¡María! ¡María! —exclamó Michel examiné—, ¿después de haber estado a punto de matarme de dolor, quieres hacerme morir de alegría?

—¡Sí, te amo! ¡te amo! hora es ya de que salgan de mi pecho estas dos palabras que hace tanto tiempo me ahogan. Te amo tanto que a la idea del sacrificio que hemos de llevar a cabo, moriría contenta en el momento de confesarlo.

Y mientras hablaba, como atraída a pesar suyo por una fuerza magnética, acercaba María su rostro al de Michel, quien la contemplaba extático... Pero, levantándose rápidamente, rechazó al barón, y sin transición alguna, prorrumpió en copioso llanto.

En aquel momento entraba Rosina en la cabaña.

**EN DONDE EL BARÓN MICHEL, CREYENDO APOYARSE
EN UNA CAÑA, ENCUENTRA UNA ENCINA**

Encontrándose María sin apoyo alguno y a discreción de su amante, comprendió que la Providencia venía en su auxilio y acudiendo precipitadamente al encuentro de Rosina, le preguntó:

—¿Qué ocurre, muchacha?

Y llevóse las manos a los ojos para enjugar las lágrimas y a la frente para ocultar su rubor.

—Señorita —repuso Rosina—, me pareció oír el rumor de unos remos.

—¿Hacia San Filiberto?

—Creí que sólo había una lancha y que ésta era la de tu padre.

—Hay, además, la del molinero de Grandlieu, y aunque está medio desfondada, de ella se habrán servido para llegar hasta aquí.

—Bueno —dijo María—, ya te sigo.

Y sin hacer caso de Michel, que le tendía las suplicantes manos, salió María de la choza para afirmarse en su primera resolución, y tras ella Rosina.

Quedóse sólo y anonadado Michel, comprendiendo que al alejarse María perdía su felicidad, puesto que no le quedaba esperanza alguna de retenerla, y que nunca más semejante embriaguez daría lugar a la declaración que acababa de oír.

En efecto, cuando María volvió, después de haber escuchado en todas direcciones, sin oír más que el murmullo del agua lamiendo mansamente la orilla, halló al Barón sentado encima de los juncos con la cabeza apoyada en las del agua lamiendo mansamente la orilla, halló al barón; acercóse al barón, quien, al oír sus pisadas, alzó la cabeza, y viéndola tan reservada como exaltada había estado antes, le tendió la mano, diciendo tristemente:

—¡María, María!

—¿Qué sucede, amigo mío?

—¡Oh, María! en nombre del cielo, repetidme estas tiernas y embriagadoras palabras; repetidme que me amáis.

—Os lo repetiré cuantas veces queráis, si la conciencia de que mi ternura sigue con solicitud vuestros sufrimientos y esfuerzos puede prestaros valor y energías.

—¡Cómo! —exclamó Michel desesperado—. ¿Aun pensáis en esa cruel separación? ¿Queréis que después de estar seguro de mi amor con la certeza de que me amáis, me entregue a otra?

—Deseo que los dos llevemos a cabo lo que juzgo nuestro deber, amigo mío, a cuyo efecto os he abierto mi corazón, para que me imitéis a sufrir conformándoos con la voluntad del Altísimo. Estamos separados por un conjunto fatal de circunstancias, las cuales imposibilitan nuestro enlace.

—¿Por qué? Yo no he contraído compromiso alguno, y jamás he dicho a Berta que la amase.

—Pero ella me dijo que os amaba la noche en que os encontrasteis en la cabaña de Tinguy.

—Las tiernas palabras que aquella noche le dirigí, iban encaminadas a vos.

—Amigo mío, Berta podía engañarse muy fácilmente, y por consiguiente, no es extraño que cuando regresó al castillo me dijese en alto voz: «le amo». Amaros no es más que un tormento; ser vuestra sería un crimen.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—El nos dará fuerzas para soportar las consecuencias de nuestra mutua timidez. No os la echo en cara, pues no estoy resentida de vuestra pusilanimidad cuando era tiempo de reparar el error, pero no me causéis el remordimiento de haber contribuido a labrar la desgracia de mi hermana.

—Sin embargo, ese proyecto es insensato, pues lo que tanto queréis evitar sucederá fatalmente. Berta notará algún día que no la amo, y entonces...

—Oid, amigo mío —dijo la joven dejando caer la mano sobre el hombro del barón—; aunque cuento pocos años, ya tengo idea formada respecto de lo que llamáis amor, pues aunque mi educación haya sido distinta de la vuestra, tiene sus defectos y cualidades, y la mayor parte de éstas es ser realista. Estoy acostumbrada a oír conversaciones, en las cuales se evoca el pasado en toda su desnudez, y por lo que he sabido de la vida de mi padre he llegado a comprender lo efímero de las pasiones como la vuestra. No dudo, por consiguiente, que Berta llegará a reemplazarme en vuestro corazón antes que se advierta de vuestra indiferencia: es la única esperanza que me resta; no me la quitéis.

—Me pedís una cosa imposible, María.

—Entonces, no cumpláis la palabra que tenéis empeñada con mi hermana, desoíd los ruegos que a vuestros pies os he dirigido y será una mancha más para dos desgraciados criaturas demasiado vilipendiadas, y con sobrada injusticia, por el mundo; juntas sufriremos, y exacerbadas por nuestro mutuo dolor tal vez llegue el día que os maldigamos.

—María, en nombre del Cielo, no pronunciéis esas palabras.

—Michel, el tiempo vuela, y no tardará en amanecer, tenemos que separarnos, y mi resolución es irrevocable. Ambos hemos tenido un hermoso sueño, que nos es preciso olvidar; ya os he dicho cómo podéis haceros digno, no de mi amor, pues ya lo tenéis, sino de mi gratitud eterna. Os juro —añadió con acento aún más suplicante, que si me otorgáis lo que os ruego y hacéis feliz a mi hermana, toda mi vida pediré al Señor que os haga dichoso; pero si me rechazáis, si vuestro corazón no puede alcanzar hasta donde raya mi abnegación, renunciad a verme, pues repito, y a la faz de Dios os juro, que nunca seré vuestra.

—María, no juréis; dejadme al menos una esperanza, los obstáculos que nos separan pueden vencerse.

—Daros una esperanza sería una falta; y puesto que la certidumbre de que comparto vuestro pesar, no puede infundiros la resignación y la fortaleza con que yo lo sufro, añadiré que siento muchísimo lo que esta noche ha mediado y que no debemos dejarnos alucinar por nuestras ilusiones. Ahora, Michel, despedámonos para siempre.

—¡No volver a veros, María! prefiero la muerte. ¿Qué queréis de mí? Ordenad...

La emoción enmudeció a Michel.

—Nada mando; os he pedido de rodillas que ya que me habéis destrozado el corazón no

hagáis otra víctima; y os lo suplico de nuevo.

E hincó una rodilla en el suelo.

—Alzad, María; haré cuanto queráis, pero vos no os alejéis de mí: cuando sufra demasiado, vuestras miradas me infundirán valor.

—Gracias, amigo mío: si pido y acepto ese sacrificio, es porque lo creo necesario para vuestra dicha y la de Berta.

—¿Y vos?

—No penséis en mí. Dios ha dado a la abnegación inefables consuelos: me bastará vuestra dicha.

Ocultóse María el rostro con las manos como temiendo que la desmintiera.

—¿Dios mío! —exclamó Michel, desesperado, mesándose los cabellos—. Estoy condenado, no me queda ninguna esperanza.

En esto penetró Rosina en la choza diciendo:

—Señorita, ved que ya amanece.

—¿Qué tienes, Rosina? —interrogó María—; estás demudada.

—Es que, así como antes me pareció oír ruido de remos en el lago, me ha parecido ahora que me seguían.

—Lo habrás soñado; ¿quién puede haberte seguido en este islote?

—Esa es la pregunta que me he hecho yo, pues por más que he observado, a nadie he visto.

Los sollozos de Michel hicieron volver el rostro a María, quien le dijo:

—Nos iremos solas; dentro de una hora, Rosina vendrá a buscaros con el bote. No deis al olvido vuestra promesa; cuento con ella.

—Contad con mi amor. La prueba que acabáis de exigirme es terrible, y crudísimo el sacrificio que me imponéis. No permita Dios que sucumba.

—Pensad que Berta os ama; pensad que está pendiente de vuestras miradas, y que prefiero la muerte antes que ella conozca el estado de vuestro corazón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Ea! ¡valor! ¡Adiós, amigo mío!

Y aprovechando la oportunidad de que Rosina abría la puerta para mirar, inclinóse y estampó en la frente del mozo un beso muy diferente del que media hora antes recibiera: uno, era la ardiente llama que va del corazón del amante al de la amada y el otro el casto adiós de la hermana al hermano. Comprendió Michel la diferencia, y sintió oprimirse el corazón y saltársele las lágrimas. Acompañó a la doncella hasta la orilla, y cuando entraron en la barca, sentóse en una piedra y la estuvo contemplando hasta que la niebla de la mañana las envolvió completamente.

Oía el rumor de los remos como un fúnebre tañido que anunciaba lo efímero de sus lisonjeras ilusiones, las cuales se desvanecían como otros tantos fantasmas, cuando sintió que le tocaban ligeramente en el hombro. Era Juan Oullier, cuyo rostro, más triste que de costumbre, no conservaba la expresión de odio que siempre había notado el Barón: tenía húmedos los ojos y gruesas gotas de agua en la barba. ¿Era el rocío de la noche o las lágrimas del veterano de Charrette? Oullier tendió la mano a Michel, lo cual nunca había hecho; y éste se la tomó titubeando y mirándole con extrañeza.

—Lo he oído todo —dijo Juan Oullier.

Bajó Michel la cabeza exhalando un suspiro.

—Sois dos excelentes corazones —prosiguió el vendeano—, tenéis razón, os habéis impuesto una tarea espantosa. ¡Dios os recompense esa abnegación! En cuanto a vos, si alguna vez sentís que vuestro ánimo decae, acordaos de mí, y os probaré que si Juan Oullier sabe odiar a sus enemigos, también sabe amarles.

—Gracias —respondió Michel.

—¡Ea! no lloréis, que las lágrimas no sientan bien al hombre; y si fuere preciso, trataré de hacer entrar en razón a esa testaruda Berta, aunque os declaro previamente que no es empresa muy fácil.

—Hay una cosa que lo será, si ella no cede, por poco que me ayudéis.

—¿Qué es ello?

—Hacerme matar.

Dijo el barón estas palabras con tanta naturalidad, que no dejaba la menor duda de su propósito.

—¡Diantre! —murmuró Juan Oullier— parece que lo hará como lo dice. Corriente —dijo al barón—; en ese caso, veremos

A pesar de lo triste de la promesa, Michel se animó al oírla.

—Vámonos —agregó Oullier—, no podéis quedaros aquí; tengo un bote en bastante mal estado; pero con algunas precauciones podrá llevarnos a la opuesta orilla.

—Rosina vendrá a buscarnos dentro de una hora.

—Será inútil; eso le enseñará a no contar los asuntos de los demás en las carreteras, como lo ha hecho con vos esta noche.

Al decir estas palabras que revelaban los motivos de Juan Oullier para seguirle, entraron ambos en el bote, y poco después alejaronse por el lado de San Filiberto, apartándose del camino que seguían María y Rosina.

LOS ÚLTIMOS DEFENSORES DE LA MONARQUÍA

No se engañaba Gaspar al decir a Perico en el cortijo de la Bouleuvre que el aplazamiento de la insurrección hasta el 4 de junio sería un golpe fatal para su éxito. No obstante la actividad con que los jefes del partido legitimista, tales como el marqués de Souday, sus hijas, Gaspar y otras caudillos presentes en la reunión de la Bouleuvre, recorrieron las aldeas que formaban parte de sus divisiones, a fin de comunicar la contraorden, llegó ésta demasiado tarde para que pudiese alcanzar a todos los puntos comprendidos en la sublevación.

Habíanse reunido los realistas entre Niort, Fontenay y Luzón; Biot y Rober salido de las selvas de Deux-Sevres al frente de las organizadas partidas, las cuales debían formar el núcleo de la sublevación; y advertidos los jefes de los destacamentos más cercanos, juntaron sus respectivas fuerzas y se encaminaron a la alquería de Armailloux, donde estaba el grueso de los labriegos, a quienes destrozaron por completo, cayendo en poder de las tropas muchos nobles y oficiales dimisionarios que habían acudido al fragor del combate, en tanto que otros experimentaban igual suerte cerca de Champ-Saint-Pére. Mientras tenían lugar estos sucesos, otra partida realista atacaba el destacamento de Port-la-Claie, y aunque rechazados, mostraron tal denuedo y bizarría, que claramente demostraron que no todos eran desertores, pues si no lograron su objeto, debióse solamente a su inferioridad numérica.

Esos ataques a diferentes puntos a una misma hora, una lista encontrada a uno de los prisioneros de Champ-Saint-Pére, de mozos para formar un cuerpo escogido, los arrestos practicados en personas exaltadísimas, alarmaron a las autoridades, las cuales, en vista de la gravedad de las circunstancias, adoptaron prudentes precauciones.

Si la contraorden no hubiese llegado a tiempo a algunos puntos de la Vendée y Deux-Sevres, Bretaña, Maine y Bocage, habríase enarbolado a la luz del día el estandarte de guerra.

En la primera de dichas provincias se batió la división de Vitré; alcanzó un triunfo en Bretonnières-en-Breal, triunfo que al día siguiente en la Gaudinière trocóse en desastre. Gaullier en la Maine recibió también demasiado tarde la contraorden, y empeñó en Chanay un sangriento combate que duró seis horas. En varios puntos había diariamente escaramuzas entre las columnas y los aldeanos que no habían querido regresar a sus hogares.

Debemos confesar que la contraorden del 22 de mayo, los movimientos intempestivos y aislados que originó la falta de confianza y unidad de miras, que fue su resultado inmediato, favorecieron más al Gobierno de Julio que el celo de todos sus agentes. Habíanse entibiado los bríos de las divisiones que en algunas provincias estaban sobre las armas desde el primer llamamiento; las poblaciones sublevadas tuvieron tiempo para contarse y reflexionar, y la reflexión suele ser tan favorable al cálculo como funesta al sentimiento.

Despertadas las sospechas del Gobierno, los caudillos fueron presos al regresar a sus hogares, y viéndose los aldeanos sin el apoyo de las divisiones con que contaban, gritaron «¡traición!» y volviéronse irritados a sus casas; de manera, que abortada en embrión la

insurrección legitimista, la causa de Enrique V perdía dos provincias antes de tremolar su bandera, y la Vendée iba a verse reducida a sus propias fuerzas, llegando a tal punto el esfuerzo de aquellos hijos de gigantes, que como se verá, aún les alentaba la esperanza.

Ocho días habían transcurrido desde que acaecieron los sucesos referidos en el capítulo precedente, y había sido tal la agitación política, que varios de nuestros personajes se vieron envueltos en ellos, a pesar de las distintas opiniones que los dominaban.

Inquieta Berta por la ausencia de Michel, tranquilizóse al verle otra vez a su lado, manifestando tan claramente su satisfacción, que el barón no pudo menos que mostrarse alegre para cumplir la promesa hecha a María; y ocupada cerca de Perico con los numerosos detalles de la correspondencia de que estaba encargada, apenas le quedaba tiempo para notar el abatimiento de Michel y el embarazo con que éste se prestaba a la familiaridad que los hábitos varoniles de Berta autorizaba con respecto al que consideraba novio suyo.

María evitaba encontrarse a solas con el barón, y cuando las obligaciones domésticas no le permitían esquivar su presencia, nunca desaprobaba la ocasión de realzar a la vista de Michel los encantos de su hermana; cuando sus ojos tropezaban con los del barón, miraba con una expresión suplicante que le recordaba tierna y cruelmente a la vez la promesa que le había hecho, y si por casualidad autorizaba al mozo con su silencio las atenciones de que le colmaba Berta, fingíase María tan gozosa, que a Michel se le destrozaba el corazón.

Por más que hiciera la infeliz, no podía disimular los estragos que aquella lucha interna causaban en ella, y su desfigurado rostro habría llamado la atención de cuantos la rodeaban a no hallarse embebidos Berta en su felicidad y Perico y el marqués en los trabajos políticos, pues sus profundas ojeras, sus macilentas mejillas y las leves arrugas de su hermosa frente, antes tan tersa, desmentían la sonrisa que casi siempre afectaban sus labios.

Muy difícil habría sido engañar a Juan Oullier, pero éste, por desgracia, estaba ausente, pues el mismo día que regresó de la Bouleuvre, fue enviado con una comisión al Este por el marqués de Souday; y como no era muy ducho en los achaques del corazón, marchóse tranquilizado sin sospechar que el mal fuese tan grave.

Había llegado el 3 de junio, y advertíase gran movimiento en el Moulin-Jacques, camino de Saint-Colombin: notábase desde la mañana que las mujeres y los mendigos iban y venían continuamente y al anochecer el vergel que precedía al cortijo parecía un verdadero campamento; a cada paso acudían hombres vestidos con blusas o chupas de caza, armados con escopetas, sable y pistolas, daban el santo a los numerosos centinelas apostados al efecto, y, formando pabellones con las armas a lo largo del vallado, sentábanse o se tendían debajo de los manzanos.

Aunque no tan numerosa como en las afueras, no estaba menos animada la concurrencia del Moulin-Jacques, donde los jefes recibían sus últimas instrucciones y concertaban las medidas que para el día siguiente debían adoptarse, en tanto que algunos nobles referían los acontecimientos del día, los cuales consistían en la reunión de los insurrectos en el erial de los Urgeins, y en algunas escaramuzas parciales con la tropa.

El marqués de Souday iba de grupo en grupo exaltado y elocuente como en los mejores tiempos de su juventud, y pareciéndole que nunca asomaría el sol del día siguiente, aprovechaba el tiempo dando algunas nociones de estrategia a los mozos que le escuchaban.

Michel, sentado junto al hogar, era el único a quien no interesaban aquellos preparativos, por cuanto habiéndole felicitado varios vecinos y amigos del marqués por su próximo enlace con la señorita de Souday, comprendía que no podía dar un paso sin enredarse cada vez más en la espesa red que le aprisionaba; y como a pesar de la promesa hecha a María, no podía borrar de su alma la imagen de su amada, aumentaba considerablemente su melancolía contrastando con la animación de cuantos le rodeaban.

En consecuencia, no pudiendo soportar tanta algazara, se escabulló entrando en el huerto del molinero, y siguiendo el curso del agua, fue a sentarse en el pretil de un arrojatelo a buen trecho de la casa. Allí estaba desde hacía una hora, cuando se le aproximó un hombre y le dijo:

—¿Sois vos, señor Michel?

—¡Juan Oullier! El Cielo os envía. ¿Hace mucho que habéis regresado?

—Apenas media hora.

—¿Habéis visto a María?

—Sí; la he visto.

Alzó Juan Oullier los ojos al cielo, y exhalando un suspiro dio a entender que conocía las causas del grave estado de María. Comprendiéndole Michel se cubrió el rostro con las manos, diciendo con voz apagada:

—¡Pobre María!

Escuchóle Oullier complacido, y luego le preguntó:

—¿Habéis tomado alguna determinación?

—No; confío que mañana una bala me ahorrará este trabajo.

—No lo creáis; las balas son muy caprichosas, y nunca van a donde las buscan.

—Somos muy desdichados, Juan.

—Mucho os desazona eso que llamáis amor y que para mí es locura. ¡Ah!.... ¡quién hubiera dicho que cuando esas muchachas sólo pensaban en correr por el bosque con su padre y conmigo, se enamorarían del primer mozo con que tropezaran!

—Todo ha sido obra de la fatalidad.

—No acuséis a la fatalidad, sino a mí... Veamos: si os falta valor para hablar claramente a eso loca de Berta, lo tendréis a lo menos para portaros con cordura.

—Haré cuanto sea posible para unirme con María.

—¿Quién os dice tal cosa? ¡Pobre niña! es más sensata que nosotros: comprende que no puede casarse con vos, y no se engañaba cuando así os lo decía la otra noche; pero extraviada por su cariño a Berta, se condenaba al suplicio de que desea librar a su hermana, y eso ni vos ni yo debemos consentirlo.

—¿Qué haremos, pues?

—Una cosa muy sencilla: no pudiendo casaros con vuestra amada, renunciad a la que no amáis, y de esa manera me parece que María acabará por consolarse, pues por más que diga, los celos también avasallan los corazones más puros.

—¡Renunciar a la esperanza de ser suyo y al placer de verla! ¡Jamás! para acercarme a María atravesaría el fuego del infierno.

—Esas son razones muy pobres, señor Michel; cuando los que salieron del Paraíso se consolaron, bien podéis a vuestra edad olvidaros de vuestra amada; además, lo que acaso os separaría de María no sería el fuego del infierno, sino el cadáver de su hermana, pues

vos no conocéis todavía el indomable carácter de Berta y de lo que es capaz. Yo, pobre campesino, no me explico vuestros grandes sentimientos: pero, a mi entender, los más resueltos deben cejar ante semejantes obstáculos.

—¿Qué debo hacer? Aconsejadme, amigo.

—Creo que todo el mal dimana de vuestra flaqueza de carácter: ya que no supisteis dominar la situación en que os colocó la casualidad, debéis abandonarla.

—¡Abandonarla! ¿No me ha dicho María que si yo renunciaba a su hermana, no volvería a verla jamás?

—¿Qué importa, si os ama?

—¿Y lo que sufriré?

—Lo mismo sufriréis de lejos que de cerca.

—Aquí, a lo menos, la veo.

—¿Creéis que el corazón conoce distancias? No, ni aun las que nos separan de los que para siempre se fueron. Mirad, hace ya treinta años que murió mi mujer, y hay días que la veo como os estoy viendo ahora: llevaréis en el corazón la imagen de María, y hasta creeréis oírla y que os da las gracias por todo lo que hayáis hecho.

—Preferiría que hablarais de mi muerte.

—Vamos, señor Michel, haced un esfuerzo; y, si es preciso, a pesar de la ojeriza que con justo motivo abrigo contra vos, me arrojaré a vuestros pies, diciendo: os lo ruego, devolved en cuanto quepa el sosiego a esas dos criaturas.

—En fin, ¿qué queréis que haga?

—Partid: ya os lo he dicho, y os lo repito.

—Ved que mañana será día de combate, y ausentarme hoy sería una deserción deshonrosa.

—No quiero yo deshonoraros; si partís, no desertaréis.

—Explicaos.

—Por ausencia de su capitán, debo mandar una compañía de la división de Clisson, y vos me acompañaréis.

—¡Ojalá me hiriera la primera bala!...

—Combatiréis a mi lado, y si alguien duda de vos, yo le contestaré. ¿Lo queréis?

—Sí —repuso Michel con voz casi imperceptible.

—Corriente; dentro de tres horas nos pondremos en camino.

—¡Sin despedirme de ella!

—Es necesario; en estas circunstancias, tal vez no tendría valor para dejaros marchar. ¡Valor, señor Michel!

—Lo tendré, Juan.

—¿Puedo contar con vos?

—Os doy mi palabra.

—Dentro de tres horas os esperaré en la encrucijada de la Belle-Passa.

—No faltaré.

Despidióse Oullier con un gesto casi amistoso, y atravesando el puente fue a reunirse en el vergel con los demás vendeanos.

LVII

EN DONDE JUAN OULLIER MIENTE POR EL BIEN DE LA CAUSA

Durante algunos minutos, permaneció el barón como anonadado, oyendo zumbar en sus oídos las palabras de Juan Oullier, cual si por su propia muerte doblaran las campanas; parecía estar soñando, y para recordar su desdicha, repetía:

—¡Marchar! ¡marchar!

La idea de la muerte que hasta entonces entreviera como un socorro del Cielo, pasóle pronto de la mente al corazón, helándole de espanto; viose separado de María por la insuperable barrera que encierra para siempre al hombre en su última morada, y fue tan agudo su dolor, que le pareció un presentimiento. Acusó a Oullier de duro e injusto, rebelándose a la idea de que el rígido vendeano le arrebatara el supremo consuelo de despedirse de su amada, y exasperado por esta exigencia, deseó verla a todo trance.

El barón estaba perfectamente informado de la distribución del molino; Perico ocupaba el cuarto del molinero, el cual era, naturalmente, la principal estancia de la casa; y las dos hermanas dormían en el aposento contiguo, cuya ventanilla daba sobre la rueda exterior del molino, parada a la sazón.

Cuando fue completamente de noche, acercóse Michel a la casa, y viendo luz en la ventanilla, puso una tabla sobre una pala de la rueda, trepó por ella, apoyóse en el puesto más alto, y levantando con precaución la cabeza, pudo mirar por los cristales. María se hallaba sola en su cuarto, sentada en su escabel, con el codo apoyado en el lecho y la cabeza en la mano, exhalando de vez en cuando un hondo suspiro, moviendo los labios como para murmurar una plegaria.

—Al oír el golpecito que el barón dio en el cristal, levantó ella la cabeza, y corrió a la ventana, exhalando una exclamación de asombro.

—¡Callad! —la dijo Michel.

—¡Vos aquí! —exclamó María.

—Sí, yo.

—¡Dios mío! ¿qué queréis?

—Hace ocho días que no os he visto, y vengo con objeto de despedirme de vos antes de ir a donde me llama el destino.

—¡A despediros! ¿Por qué?

—Vengo a despedirme de vos, María —repitió el barón con tono firme.

—¡Oh! supongo que ya no queréis morir, ¿no es verdad? Y no moriréis —prosiguió la doncella, viendo que Michel no respondía—; he orado tanto, que Dios me habrá oído; pero ahora que me habéis visto y hablado, idos, idos en seguida.

—¡Tan pronto! ¿Os repugna mi presencia?

—No lo digo por eso; Berta está en el aposento contiguo, puede haberos oído venir, puede oíros hablar; y, ¿qué sería de mí, cuando la he jurado que no os amo?

—Sí, sí, jurádselo; pero a mí me jurasteis lo contrario, y seguro de vuestro amor, consentí en ocultar el mío.

—Michel, os suplico que os vayáis.

—No, María, no me iré hasta que me hayáis repetido lo que me dijisteis en la Jonchére.

—Ved que ese amor es un crimen —exclamó María con desesperación—. Michel, amigo mío, me avergüenzo y lloro al pensar cuan débil fui en aquellos momentos.

—Yo os prometo, María, conducirme de manera que otra vez no tengáis semejantes pesar, ni derramáis más lágrimas por este motivo.

—¿Queréis morir? No me lo digáis ¡por Dios! no me lo digáis, que en mis tormentos abrigo la esperanza de que tendréis mejor suerte que yo... ¿No habéis oído? Vienen; idos, idos.

—Un beso, María.

—No.

—Será el último.

—Nunca, amigo mío.

—María, lo daréis a un cadáver.

Exhaló la joven una exclamación, y aproximando los labios a la frente del mancebo, cerró la ventana; abrióse en seguida la puerta y apareció Berta, quien al ver a su hermana demudada y vacilante, corrió a la ventana, impulsada por el instinto de los celos; abrióla con violencia, y notando que se escurría una sombra por la pared, preguntó, con los labios trémulos de ira:

—¿Era Michel?

—Hermana mía —dijo María, cayendo de rodillas—, te juro...

—No juréis, no mintáis, que he conocido su voz.

Y Berta rechazó a María tan rudamente que ésta cayó de espaldas; y pasando luego por encima de ella, furiosa como una leona a quien han robado los cachorros, salió y bajó precipitadamente al patio, a cuya puerta se hallaba el barón de La Logerie sentado junto a Juan Oullier.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —preguntó a Michel con aspereza.

A un gesto del joven, el vendeano respondió:

—Hace unos tres cuartos de hora que el señor barón me dispensa el honor de conversar conmigo.

—Es muy extraño —repuso Berta, contemplando de hito en hito a Oullier.

—¿Por qué?

—Porque hace poco me parece haberle oído hablar en la ventana con María, y luego bajar por la rueda del molino.

—¡Caramba! pocas trazas tiene el señor barón de arriesgarse a esos ejercicios gimnásticos.

—¿Pues quién habrá sido? —dijo Berta, impaciente.

—Algún borracho que habrá querido lucir sus habilidades.

—Sí; pero mi hermana estaba pálida, agitada, temblorosa...

—De miedo, señorita; la cosa no era para menos; ¿creéis que todos son tan valientes como vos?

Berta permaneció un momento pensativa, pues constábale que Juan Oullier no simpatizaba mucho con el barón y ni siquiera podía figurarse que se hubiese convertido en su cómplice; pensó en seguida en su hermana, y recordando que la había dejado casi

sin sentido, agregó:

—Tienes razón, Juan; la pobre se habrá asustado, y yo con mi brutalidad he acabado de trastornarla. Este amor me vuelve loca.

Y volvió apresuradamente al molino.

—No creáis que vaya a regañaros —dijo el vendeano a Michel que bajaba los ojos; ya veis que camináis sobre un volcán. Medrados estábamos si yo no me hubiese encontrado aquí para mentir ¡Dios me perdone! Como si en mi vida hubiese hecho otra cosa.

—Tenéis razón, Juan, y en prueba de ello estoy pronto a seguiros: demasiado veo que no puedo permanecer aquí más tiempo.

—Perfectamente; los nanteses marcharán dentro de poco, y el marqués debe incorporársele con su división; partid con ellos, y rezagaos un poco para esperarme, que yo iré a buscaros en el lugar convenido.

Fue Michel a ensillar su caballo, y Juan Oullier a pedir al marqués las últimas instrucciones. Los vendeanos estaban ya formados en el vergel, y las armas brillaban en la oscuridad, reinando en las filas una impaciencia templada por el respeto.

Poco después, salió Perico de la casa y avanzó hacia ellos, seguido de los principales caudillos; apenas le hubieron conocido, cuando prorrumpieron todos en entusiastas aclamaciones, desnudando las espadas y saludando a la heroína por quien iban a verter su sangre.

—Amigos míos —dijo Perico—, prometí que me veríais en la primera formación, y cumplo mi palabra; cualquiera que sea vuestra suerte, feliz o adversa, estaré siempre a vuestro lado; y aunque no pueda agruparos en torno de mi penacho como lo haría mi hijo, sabré morir con vosotros. ¡Id a pelear, hijos de gigantes, id a donde os llama el deber y el honor!

Frenéticos gritos de ¡Viva Enrique V! ¡Viva María Carolina! acogieron estas palabras; y habiendo Perico dicho algunas frases a los jefes que conocía, el escaso ejército defensor de la monarquía más antigua de Europa marchó a Vicillevique. Entretanto, Berta cuidaba con tierna solicitud a su hermana; habíala acostado en la cama, y la humedecía la cara con el pañuelo empapado en agua fría, cuando abrió María los ojos sin ver nada en torno suyo, balbuciendo el nombre de Michel, claro indicio de qué antes se había despertado de corazón que de entendimiento. Estremeciéndose Berta a pesar suyo, aguijoneada por los celos, expirando en sus labios las palabras en el momento de ir a suplicar a María que le perdonase su arrebato.

En aquel instante llegaron a sus oídos los vítores con que acogían los vendeanos la arenga de Perico; asomóse a la ventana, vio desaparecer entre los árboles la columna; pero al reflexionar que con ella se iba Michel, sin despedirse, sentóse, triste, pensativa y desasosegada a la cabecera del lecho donde descansaba María.

LVIII

DE CÓMO SE FUGAN JUNTOS EL PRESO Y EL CARCELERO

Al rayar el alba el día 4 de junio oíase tocar a rebato en los distritos de Clisson, Montaigu y Machecoul: el toque de rebato era la generala de los vendeanos, y en la época de la primera guerra, cuando retumbaba en el campo su áspero y siniestro clamor, corría el pueblo en persecución del enemigo.

Grandes cosas debió de realizar ese pueblo para que los demás se olvidaran de que su enemigo era la Francia; felizmente, empero, y esto prueba lo mucho que habíamos progresado en cuarenta años, en 1832 aquel toque parecía haber perdido su mágico poder, y si bien algún aldeano acudía a su impío llamamiento, dejando el arado para tomar el fusil oculto en el vecino seto, en cambio los más proseguían tranquilamente el comenzado surco, escuchando la señal del alzamiento con el aire grave y meditabundo que tan bien cuadra a la rústica fisonomía del labriego vendeano.

No obstante, a las diez de la mañana, una numerosa partida, fuertemente atrincherada en la aldea de Maidson, sostuvo el ataque de la tropa hasta que hubo de ceder a la fuerza numérica de sus adversarios, retirándose con mucho orden, cosa inusitada en los vendeanos aun después de una insignificante derrota. Esto consistía en que ya no peleaban por un gran principio, sino por pura abnegación, y en aquéllos hombres de ánimo generoso, que se creían encadenados por el pasado de sus padres, sacrificaban honra, hacienda y vida, fieles al antiguo proverbio: «Nobleza obliga». Sí, pues, la retirada se efectuó con tan buen orden, es porque los que la verificaron no eran ya simples aldeanos indisciplinados, sino esforzados y nobles campeones que combatían muy enorgullecidos de sus padres y algo, también, de sí mismos.

En Chateau-Thébaud fueron atacados por otro destacamento, y perdieron algunos hombres al pasar el Maine; después, lograron incorporarse con los nanteses que habían salido del molino, llenos de entusiasmo, reuniéndose con las divisiones de Legé y del marqués de Souday; este refuerzo elevaba a unos ochocientos hombres las fuerzas de la columna acaudillada por Gaspar.

A la mañana siguiente, encaminóse a Vicillevique con objeto de desarmar a la guardia nacional; pero habiendo sabido antes de llegar que guarnecían el punto fuerzas superiores a las suyas, y que en poco tiempo podían ser auxiliadas por las que el general tenía de reserva en Aigrefeuille, decidió atacar la aldea del Chéne, con ánimo de ocuparla y sostenerse en ella. Disemináronse, pues, los aldeanos, en los campos que la circuyen, y ocultos en las crecidas mieses molestaban a los azules con un vivo fuego graneado, siguiendo la táctica de sus padres; los nanteses y los nobles, formados en columna, dispusieron a tomar el pueblo por la calle principal que lo atraviesa. Separábales de la aldea un arroyo, cuyo puente habían destruido el día anterior, no dejando más que algunos maderos.

Atrincherada la tropa en las últimas casas de los pueblos, desde las ventanas parapetadas con colchones, rompieron sobre los blancos tan nutrido fuego, que éstos hubieron de retroceder dos veces; pero, animados por el ejemplo de sus caudillos, echáronse al agua, y, atacando a la bayoneta a los azules, hicieronles retroceder de casa en casa, hasta el extremo de la población, en donde se encontraron con un batallón de 44 de línea que el

general acababa de enviar en auxilio de la reducida guarnición del Chéne.

El estruendo de la lucha llegaba al molino, donde aún se encontraba Perico paseándose demudado por su aposento, encendidos los ojos y con el corazón agitado: de cuando en cuando, se detenía en el umbral, para escuchar el sordo estampido que cual lejano trueno en alas de la brisa llegaba, y entonces pasábase la mano por la sudorosa frente, dando grandes muestras de impaciencia, y sentábase con airado ademán frente al marqués de Souday, quien no menos impaciente se deshacía en hondos y dolorosos suspiros.

No estará demás explicar los motivos de hallarse el marqués de Souday en esa situación expectante, a pesar de sus vivísimos deseos de emprender hazañas como las de la gran guerra.

El mismo día en que tuvo lugar el encuentro de Maidson, fiel Perico a la promesa que hiciera a sus amigos, disponíase a tomar parte en la lucha; pero arredrados los jefes realistas al considerar la gravísima responsabilidad que sobre ellos pesaría, no permitieron que Perico arriesgara la vida en un choque insignificante, ni saliera al campo con sus defensores hasta que estuviese reunido un verdadero ejército; y como vieran desatendidas sus respetuosas insinuaciones, acordaron que uno de ellos le tuviera, por decirlo así, prisionero, para impedirle la salida, aunque para ello fuese necesario emplear la violencia.

Por más que el marqués intrigó en favor de sus colegas, con gran pesar suyo fue elegido por unanimidad, y tuvo que permanecer en el molino junto al fuego del hogar, en vez de encontrarse entre el de los combatientes.

Al llegar a la casa los primeros rumores de la pelea, hizo Perico reiterados pero inútiles esfuerzos para que el marqués le dejara salir, y al ver que no podía ocultar el despecho que le dominaba, díjole:

—Señor de Souday, según parece, no agrada mucho mi compañía.

—¡Cómo! —exclamó el marqués fingiendo, en vano, una grande indignación.

—Lo dicho: poco os satisface, según veo, la honorífica misión que os han confiado.

—Por el contrario, os aseguro que me enorgullece altamente, pero...

—Ya veis que hay un *pero* —dijo Perico, deseoso de conocer la opinión del noble anciano.

—¿Acaso no le hay en todas las cosas de este mundo? —repuso el marqués.

—¿En qué consiste el vuestro?

—En que siento con toda mi alma no poder al mismo tiempo mostrarme digno de la confianza que en mí tienen mis camaradas, y derramar mi sangre por vos, como ellos lo están haciendo.

Exhaló Perico un suspiro, respondiendo:

—Con tanta mayor razón, cuanto que seguramente sentirán vuestra ausencia, pues por lo bravo y experto les habríais sido de gran provecho.

—No digo lo contrario —respondió el marqués, halagado en su amor propio.

—¿Queréis que os diga lealmente lo que pienso?

—Sí.

—Creo que recelan un tanto de nosotros.

—Es imposible.

—Dejadme acabar. ¿Sabéis qué habrán dicho? De fijo no me equivoco: Una mujer es un

estorbo para la marcha, y sobre sernos sumamente embarazosa en una retirada, tendríamos que protegerla con fuerzas que pudiéramos emplear más útilmente. No se les alcanza que pueda yo dominar la flaqueza de mi cuerpo, ni que mi valor corresponda a la tarea que me he impuesto, y lo que de mí han creído, muy bien pueden haberlo creído de vos.

—¡De mí! tendría que ver... —replicó enojado el marqués al oír tal suposición—. ¿No he probado, por ventura, quién soy?

—Nadie lo ignora, querido marqués, pero tal vez han juzgado que por vuestra edad, lo mismo que yo por mi sexo, no tendríais tan esforzado el cuerpo como valeroso el ánimo.

—¡Voto a Satanás! —exclamó el marqués con un acento de indignación—; hasta hace poco tiempo he andado durante quince años seis u ocho horas diarias a caballo, y en ocasiones diez o doce; y a pesar de mis canas todavía no conozco el cansancio y soy capaz de...

Y asiendo el escabel en que estaba sentado, dio con él tan violento golpe a la campana de la chimenea, que le hizo astillas, dejando en ella una honda señal y levantando en seguida el pedazo que en la mano tenía, exclamó con ironía:

—¡Ah! ¡ah! ¿Creéis, maese Perico, que haya muchos de esos petimetres capaces de hacer otro tanto?

—¡Dios mío! —exclamó Perico—, yo no dudo, os creo capaz de todo, querido marqués; y no me explico cómo esos camaradas os han tratado como a un inválido.

—¡Yo inválido! —repitió el marqués fuera de sí, y olvidando en presencia de quien estaba—. ¡Un inválido! muy bien; esta misma noche voy a manifestarles que renuncio al honor de conservar un puesto más digno de un carcelero que de un noble como yo, pues nunca sufriré semejante ultraje.

—Os apruebo la determinación —repuso Perico.

—Hace ya dos horas que estoy reflexionando en ello —continuó el marqués paseándose agitado.

—¡Ah! ¡ah!

—Mañana mismo verán de lo que es capaz un inválido.

—¡Ah! ¿quién sabe lo que será de nosotros mañana?

—¿Qué queréis decir?

—Que el movimiento no se propaga como esperábamos, y tal vez los tiros que oímos en este instante son los últimos que saludan nuestra bandera.

—¡Voto a los diablos! —exclamó el marqués lleno de ira.

En aquel momento se oyó en el vergel un grito que les distrajo de su plática, y corriendo a la puerta vieron que Berta, a quien enviara el marqués a explorar los alrededores, regresaba con un joven aldeano herido en el hombro de un balazo y que apenas podía sostenerse.

A los gritos de Berta, acudieron María y Rosina: corrió Perico hacia el aldeano, hízole sentar, y el herido se desmayó en seguida.

—Retiraos, señora —dijo el marqués—; yo y mis hijas curaremos a este desgraciado.

—¿Por qué queréis que me retire? —interrogó Perico admirado.

—Porque no todos pueden ver semejantes heridas sin sentir flaquear su ánimo.

—¿Así, pues, suponéis que vuestros amigos tenían razón al formar de mí tan

desventajoso concepto?

—¿Cómo?

—Naturalmente, puesto que también dudáis de mi valor.

Y al ver que Berta y María se disponían a curar al herido, díjoles:

—Dejad a ese valiente, que yo le vendaré la herida, ¿oís?

—En seguida asió Perico las tijeras para cortar en toda su longitud la manga de la chupa del vendeano, adherida ya al brazo por la sangre coagulada, descubrió la herida, lavóla, y aplicando las hilas, la vendó; y al ver el marqués que el aldeano abría los ojos, no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué noticias traes?

—Al principio vencían los nuestros, pero acaban de ser rechazados.

Perico, que durante la operación no había perdido el color ni un solo momento, al oír esas palabras púsose tan blanco como la venda con que cubría la herida.

—Marqués —dijo asiéndole del brazo—, vos que visteis a los azules en la gran guerra, decidme, ¿qué se hace cuando la patria está en peligro?

—Todos corren a las armas.

—¿Todos?

—Hasta las mujeres, hasta los ancianos y también los niños.

—Marqués, hoy acaso caerá para siempre la bandera blanca: ¿me condenaréis a hacer estériles votos para su triunfo?

—¿Y si una bala os hiriera?

—¿Acaso quedaría comprometida la causa de mi hijo por ponerse mi vestido ensangrentado en la punta de una pica a la cabeza de nuestras huestes?

—No —repuso el marqués electrizado—; maldijera mi suelo natal si a semejante espectáculo no se alzarán hasta las piedras.

—¿Qué aguardáis, pues? Venid al combate.

—No obstante —replicó el marqués menos resuelto y cual si la idea de que le habían considerado como a un inválido hubiese quebrantado la firmeza con que cumplía su consigna—; no obstante, he prometido no dejaros salir del molino.

—Yo os relevo de la promesa; y como sé a dónde llega vuestro denuedo, os mando que me sigáis. Venid, marqués: si llegamos a tiempo, decidiremos la victoria en favor de nuestra bandera, y si es tarde, a lo menos moriremos con nuestros amigos.

Al acabar de decir estas palabras, atravesó presuroso el patio, salió del vergel seguido de Berta y su padre, quien, para cubrir el expediente, no cesaba de suplicarle que desistiera de su propósito, aunque en el fondo del corazón se alegraba extraordinariamente del giro que tomaban las cosas.

María y Rosina se quedaron pará asistir a los heridos.

EL CAMPO DE BATALLA

Como el molino se hallaba situado a una legua escasa de la aldea del Chéne, Perico tuvo que recorrer la mitad del camino a todo escape para llegar a tiempo, costándole al marqués gran trabajo detenerle cuando se acercaban al lugar de la pelea, para encomendarle que tuviera la prudencia de no entregarse a un arrojito temerario. El fuego de las guerrillas servía en aquel trance de guía, y a campo traviesa llegaron Perico y sus compañeros a la retaguardia de la hueste vendeana, que había perdido todo el terreno que había ganado por la mañana.

Al ver a Perico que, suelta la cabellera, subía jadeante la colina donde estaba el grueso de sus partidarios, prorrumpieron éstos en entusiastas demostraciones de júbilo; y Gaspar que, rodeado de sus oficiales, hacía fuego como un soldado raso, dijo irritado al marqués que por la rapidez de la carrera venía sin sombrero, y con los cabellos al aire:

—¿Así cumple el marqués de Souday su palabra?

—Caballero —repuso con bastante aspereza el marqués—, a un pobre inválido como yo, no se le han de pedir cosas imposibles.

Comprendiendo Perico que su partido no era bastante fuerte para que se pudiera permitir que entre los jefes reinara la discordia, intervino diciendo a Gaspar:

—Amigo mío, Souday debe obedecerme como vos, y aunque pocas veces reclamo este derecho, hoy reivindico mi título de generalísimo y os pregunto: ¿cómo están nuestros asuntos, mi teniente?

—Triste es decirlo —repuso Gaspar—, los azules son muchos, y a cada momento vienen mis exploradores a participarme que les llegan nuevos refuerzos.

—¡Mejor! —exclamó Perico—; cuantos más sean, tantos más habrá para decir a la Francia cómo hemos muerto.

—Desechad semejante pensamiento, señora...

—Aquí no soy señora, sino soldado; con que no os cuidéis de mí, y ordenad que avancen las guerrillas y redoble el fuego.

—Está bien; pero ante todo, ¡atrás!

—¿A quién lo decís?

—¡A vos! ¡Atrás, en nombre del Cielo!

—¡Adelante, queréis decir!

Y arrancándole la espada de las manos, clavó el sombrero en la punta y avanzó hacia la aldea, gritando:

—¡Sígame quien me ame!

En vano intentó Gaspar detenerla, pues Perico se escapó ágilmente, continuando su carrera hacia las casas, desde donde hacía la tropa un nutridísimo fuego, sobre todo al notar aquel rápido movimiento.

Al ver Gaspar el peligro que corría Perico, arrojáronse los suyos en masa, para escudarle con sus cuerpos, y efectuáronlo con tal ímpetu, que en un abrir y cerrar de ojos penetraron en la aldea, donde se trabó una encarnizada lucha, sin otro propósito que el de

salvar a Perico; alcanzóle Gaspar y consiguió rodearle con los suyos, y en tanto que para proteger la preciosa vida cuya custodia creía haber encomendado el Altísimo, comprometía su seguridad, apuntábale un soldado desde una esquina inmediata; aquel habría sido su último momento, indudablemente, si el marqués no hubiese advertido el peligro que amagaba a su compañero, y si corriendo a lo largo de la pared no hubiese levantado el arma en el preciso acto de disparar; la bala dio en una chimenea; lleno de ira el soldado, asestó al señor de Souday un bayonetazo, que éste esquivó hurtando el cuerpo con presteza. Iba el marqués a responder con un pistoletazo, cuando una bala fue a romperle el arma en la mano.

—¡Mejor! —gritó desnudando el sable y dando tan recia cuchillada al soldado que éste cayó a sus pies—; prefiero el arma blanca. ¡General Gaspar! —gritó en seguida blandiendo el acero—, ¿qué decís del inválido?

Berta había seguido a Perico, a su padre y a los vendeanos, y sin preocuparse apenas de los soldados, buscaba a Michel en el arremolinado tropel de hombres y caballos que junto a ella hervía.

La impetuosidad del ataque hizo que, sorprendidos los soldados, comenzaran a perder terreno; la guardia nacional de Vicillevique, que estaba batiéndose, había tocado retirada, y el suelo estaba sembrado de cadáveres; a causa de todo esto, los azules apenas contestaban al fuego de los vendeanos, situados en guerrillas en las huertas y viñedos inmediatos al pueblo; maese Jaime los reunió, y conduciéndoles por una callejuela contigua a las huertas, acometió a los soldados, que sostuvieron con bizarría este nuevo e inesperado ataque. Notóse después un movimiento de vacilación en los vendeanos y los azules lo aprovecharon para tomar a la bayoneta la callejuela por donde habían venido las fuerzas de maese Jaime, resultando que éste, Pocogozo, Piojoso y algunos otros se viesan separados del grueso de la partida. Reunió Jaime los pocos chuanes que con él se hallaban, y arrimándose a la pared de una casa a medio edificar, preparóse a la defensa resuelto a vender cara su vida. Pocogozo, con una escopeta de dos cañones no cesaba de disparar a los soldados matando uno a cada tiro, y Piojoso blandía con maravillosa destreza una hoz que hacía en sus manos las veces de lanza y sable.

El mendigo acababa de derribar de un revés a un gendarme cuando los soldados prorrumpieron en gritos de triunfo, y los blancos vieron una mujer vestida de amazona que los azules llevaban presa con grandes muestras de regocijo. Era Berta, que buscando continuamente a Michel, se había adelantado incautamente hasta que cayó en poder de los enemigos; y engañados éstos por su vestido, creían haberse apoderado de la duquesa de Berry; error en que también incurrió Jaime.

Ansioso entonces de reparar la falta que pocos días antes cometiera en la selva de Touvain, hizo Jaime una seña a los suyos y precedidos de Piojoso, que abría paso con su terrible arma, llegaron hasta la prisionera y la rescataron. Los soldados arremetieron denodadamente a Jaime, quien había vuelto a ocupar su posición junto a la casa y el pequeño grupo se convirtió en centro al cual convergían la punta de veinticinco bayonetas y los radios de los fuegos que a cada momento partían de la circunferencia del círculo.

Habían caído ya muertos dos vendeanos, y herido Jaime de un balazo en la muñeca, solamente se defendía con el sable en la mano izquierda.

Como Alain había agotado las municiones, la hoz de Piojoso era casi la única defensa con que contaban los cuatro vendeanos, hasta entonces eficaz, pues había hecho tantas víctimas que los soldados no osaban aproximarse al temible mendigo; sin embargo,

queriendo éste esgrimir la hoz contra un jinete, hízolo con tan poca suerte, que el arma chocó en una piedra y voló en mil pedazos: cayó el coloso de rodillas por la violencia del golpe y, rompiéndose la correa que a Alain sujetaba, dio éste consigo en el suelo, lo cual excitó la alegría de los enemigos, que la manifestaron con algazara estrepitosa. Iba un nacional a asestar un bayonetazo al lisiado, cuando Berta le disparó tan a tiempo la pistola, que aquel hombre cayó examine sobre el que había de ser víctima de su bayoneta. Levantóse Piojoso rápidamente, derribó a un soldado con el mango de la hoz, hendióle a otro las costillas, apartó de un puntapié el cadáver de un nacional y, tomando en brazos a su amigo, reunióse con Berta y Jaime bajo el andamio de la casa.

Mientras Alain permaneció tendido en el suelo, miró en torno suyo con la ansiedad del que estaba en peligro de muerte, buscando un medio de salvación, y vio unos montones de piedras que los albañiles tenían preparadas sobre el andamio.

—Arrimaos a la puerta —dijo a Berta cuando, merced a Piojoso, estuvo a su lado—, quizás voy a pagaros el servicio que acabáis de prestarme; y tú, Piojoso, deja que se acerquen.

A pesar de sus cortos alcances, comprendió el idiota el plan de su compañero, pues lanzó una sonora carcajada. Viendo la tropa desarmados a aquellos tres hombres, y queriendo a toda costa apoderarse de la amazona a quien tomaban por la duquesa, acercábanse diciéndoles que capitulasen; pero llegados debajo del andamio, Piojoso, que había dejado a su compañero junto a Berta, se arrojó a un madero en que aquél estribaba, y asiéndole con ambas manos, lo arrancó del suelo: en seguida bambolearon las tablas, y las piedras quejas cargaban cayeron cual espeso granizo, derribando a diez soldados. En esto llegaron los nanteses capitaneados por Gaspar, y el marqués de Souday y éstos, a pesar de las súplicas y órdenes de Perico, mandaron retroceder y tomar de nuevo la posición que una hora antes ocupaban al otro lado de la aldea. Mesábase Perico los cabellos de ira, y pedía con insistencia explicaciones a Gaspar, quien no se las dio hasta que ordenó hacer alto.

—Estamos rodeados de cinco o seis mil hombres —dijo—, y nosotros apenas contamos seiscientos; limpio queda el honor de la bandera.

—¿Estáis seguro de ello? —interrogó Perico.

—Mirad —dijo Gaspar conduciendo al aldeanillo a lo alto de una lona.

Desde allí vio Perico unas masas oscuras entre las cuales brillaban las bayonetas a la luz del sol que al ocaso descendía, y oyó el eco de las trompetas y tambores que llegaban de todos los pueblos de la comarca.

—Ya lo veis —continuó Gaspar—, antes de una hora estaremos cercados y sólo nos quedará el recurso de morir matando, si estos valientes son tan poco aficionados como yo a los calabozos de Luis Felipe.

Perico permaneció un breve rato triste y con silenciosa actitud, y convencido luego de la realidad, viendo defraudadas en un momento todas sus esperanzas, sintió desfallecer el corazón, volviendo a ser lo que realmente era, una mujer; y él, que con heroica intrepidez acababa de arrostrar el hierro y el fuego, sentóse en una piedra y rompió a llorar, sin que ni siquiera tratara de ocultar las lágrimas.

DESPUÉS DEL COMBATE

Aproximóse Gaspar a sus compañeros, agradeciéles su abnegación y bizarría, y citándolos para mejores tiempos, aconsejóles que se dispersaran para escapar más fácilmente; regresó en seguida a donde estaba Perico, quien se hallaba en el mismo sitio en compañía del marqués de Souday, Berta y algunos vendeanos que no querían separarse de ellos hasta que se vieran en salvo.

—¿Han marchado ya? —preguntó Perico a Gaspar.

—Sí; ¿qué más podían hacer?

—¡Pobre gente! —continuó el joven—, ¡cuántas desdichas la esperan! ¿Por qué me ha negado Dios el consuelo de abrazarles a todos? Pero quizá me hubiera faltado valor, y han hecho bien en dejarme de este modo: la vida no es para dos agonías, y en las jornadas de Cherburgo perdí la esperanza de volver a verles.

—Lo que ahora importa es ponerlos en seguridad.

—No penséis en mí —replicó Perico—; deploro solamente que no me haya alcanzado alguna bala, pues aunque mi muerte no os hubiera valido la victoria, a lo menos la lucha habría sido gloriosa mientras que ahora...

—Esperemos días más venturosos; habéis probado a los franceses que en vuestro pecho late un corazón animoso, y el valor es la principal virtud que a sus reyes exigen. Ya se acordarán, creedlo.

—¡Dios lo quiera! —dijo Perico levantándose.

Y apoyada en el brazo de Gaspar descendió la loma con dirección a la llanura, mientras las tropas, por no conocer el país, se veían obligadas a seguir los caminos trillados.

La comitiva siguió andando, guiada por Gaspar y maese Jaime, quien la llevó por veredas casi intransitables, hasta los alrededores del molino, sin tropezar con ninguna escarapela tricolor. Por el camino acercóse Berta a su padre y preguntóle si en el combate había visto a Michel; pero malhumorado el marqués por el desenlace de una insurrección con tanto afán promovida y tan pronto terminada, respondióla en durísimos términos, que desde hacía dos días nada se sabía del barón Michel de La Logerie, quien probablemente por miedo había renunciado a los laureles que en el campo del honor le aguardaban, y al enlace que en recompensa le valdría. Aunque afligida por aquellas palabras, a ninguna dio Berta crédito, estremeciéndose, empero, al pensar que el barón tal vez había sido muerto o herido, y determinada a practicar indagaciones hasta averiguar la suerte de su amado, preguntó a todos los vendeanos, quienes dijeron que no le habían visto, y algunos hubo que, llevados del inveterado odio que a su padre profesaban, se expresaron con la misma aspereza que el marqués respecto del hijo.

Loca de dolor, sin una prueba tangible e irrefragable, nunca hubiera Berta confesado que amaba a un hombre indigno de ella, y en los impetuosos arranques de su ardiente pasión calificaba de calumniosas las acusaciones de que hacían blanco a Michel, cuando más le condenaban las apariencias; poco antes, desgarrábasele el corazón y perdía el juicio a la idea de que el barón hubiese muerto en la lucha, y trocaba entonces esa gloriosa muerte en una esperanza, en un consuelo para su aflicción, afanábase para adquirir esa cruel

certidumbre, resolviéndose a volver al Chéne y buscar el cadáver del mancebo en el campo de batalla, como buscó Edith el de Harold, para vindicar su memoria de las odiosas suposiciones del marqués, y luego vengarle de sus matadores.

Mientras buscaba el modo de hallar un pretexto para quedarse atrás y regresar al Chéne, por una casualidad pasaron por su lado Alain Pocogozo y su compañero Piojoso, que cerraban la retaguardia, y respiró con la esperanza de que le darían noticias.

—¿Sabéis algo del barón Michel, amigos míos? —preguntóles tristemente.

—Sí, tal, señorita —repuso Alain.

—¡Gracias a Dios! ¿No es cierto que haya abandonado la división como suponen?

—Sí, señorita, la ha abandonado.

—¿Cuándo?

—La víspera del combate de Maidson.

—¡Dios mío! —exclamó Berta acongojada—; ¿estáis seguro de lo que decís?

—Yo mismo le vi reunirse con Juan Oullier en la cruz de Philippe, y hasta recorrimos juntos un trecho del camino de Clisson.

—¿Con Juan Oullier? tranquila estoy, porque Juan Oullier no huía, y si con él está el barón, no ha cometido ninguna acción deshonrosa.

De repente le asaltó una idea terrible: ¿por qué Oullier se tomaba por Michel un interés tan súbito? ¿por qué éste seguía a Oullier con preferencia a su padre?

Y, llena de mortal zozobra, interrogó a Alain:

—¿Decís que a entrambos les visteis alejarse camino de Clisson?

—Con mis propios ojos

—¿Sabéis qué ha sucedido allí?

—Clisson está muy lejos para que podamos tener detalles ciertos; pero un mozo de Saint-Lumine nos ha dicho que desde las diez de la mañana se oía un vivo tiroteo por la parte de la Sèvre.

La doncella permaneció silenciosa; sus ideas eran ya muy diferentes, pues recelaba que Michel había sido conducido a la muerte por el odio que Oullier le profesaba, pareciéndola ver al pobre mozo herido y abandonado en algún erial, que con moribunda voz le pedía socorro.

—¿Sabéis quién puede conducirme a donde se encuentra Juan Oullier?

—¿Hoy? —preguntó Alain.

—Ahora; al momento.

—Los caminos están cuajados de azules.

—Nos quedan las veredas.

—La noche se acerca.

—Mejor; así estaremos más seguros; procuradme un guía y marcharé sola.

—Yo lo seré, pues estoy muy agradecido a vuestra familia, señorita, sin contar que hoy mismo, cuando un nacional iba a ensartarme con su bayoneta, me habéis prestado un servicio que no he olvidado.

—Pues bien, esperadme entre aquellas mieses, y dentro de un cuarto de hora estoy con vosotros.

Alain y Piojoso se tendieron entre las espigas, y alejándose Berta a buen paso alcanzó a

Perico y los vendeanos, cuando iban a entrar en el molino; subió a su aposento, púsose un vestido de aldeana, y sin comunicar su proyecto a María, a quien al bajar encontró cuidando a los heridos, díjole que quizá no regresaría hasta el día siguiente, volviendo en seguida a tomar el andado camino.

A pesar de la reserva de Berta con María, ésta adivinó en el rostro de su hermana la ansiedad que la oprimía, y como no ignoraba la desaparición de Michel, adivinó los motivos de la súbita partida de Berta, sin atreverse a preguntárselo después de lo que había sucedido la víspera. Herido su corazón por otra aguda espada, cuando la llamaron para marchar con Perico en busca de otro asilo, prosternóse y rogó al Señor que no fuera inútil su sacrificio, y se dignara velar por la vida y la honra del novio de su hermana.

LO QUE QUEDABA DEL CASTILLO DE LA PÉNISSIÈRE

En tanto que los vendeanos combatían en la Chéne con gloria aunque sin resultado, cuarenta y dos de los suyos sostenían en el patio de la PéniSSIÈre una lucha de que la historia conservará un glorioso recuerdo. Esos pocos realistas pertenecían a la división de Clisson, y habiendo partido de este punto con el propósito de desarmar la milicia nacional de la aldea de Cujan, una tempestad espantosa asaltóles por el camino, obligándoles a refugiarse en el castillo de la PéniSSIÈre, acudiendo en seguida para atacarles un batallón del 29 de línea.

La PéniSSIÈre es un antiguo castillo, compuesto de bajos, un piso y el granero, con quince aberturas irregulares y un oratorio contiguo: los vendeanos aspilleraron una pared que rodeaba la casa, desde la que se extiende, hasta el próximo valle, una pradera cruzada de setos vivos, que se convierte en lago en la época de las lluvias.

El comandante del batallón, cuando hubo reconocido la posición, ordenó el ataque. Después de una corta defensa, abandonaron los realistas el muro exterior, replegándose en la habitación, formando en cada puerta una barricada; una vez preparados para la última defensa, se distribuyeron los vendeanos entre los bajos y el granero con un corneta arriba y otro abajo, que no cesaron de hacer oír sus ecos durante la lucha: entonces, comenzaron desde las ventanas un fuego tan bien dirigido que encubría su escasez numérica al enemigo. Sosteníanlo los mejores tiradores y sus camaradas iban cargando con diez o doce balas sus pesadas espingardas, disparando cinco o seis a la vez, de modo que causaban el estrago de una batería de cañones cargados con metralla.

Dos veces llegaron los soldados a veinte pasos del castillo, y otras tantas fueron rechazados: El jefe ordenó un nuevo ataque, y en tanto que se preparaban a ejecutar un movimiento, avanzaron cuatro hombres con un albañil hacia una pared sin defensa, pues no tenía ninguna abertura que diese al jardín: arrimáronle una escala, y subiendo al tejado arrojaron al granero materias inflamadas, de manera que a poco se levantó del tejado una densa humareda, a la cual siguieron luego las llamas.

Los soldados prorrumpieron en gritos de júbilo y atacaron de nuevo la casa, que parecía haber arbolado un estandarte de fuego. Aunque los sitiados advirtieron el incendio, no tenían tiempo para apagarlo, y como el fuego tiende siempre a elevarse, confiaban que se extinguiría cuando hubiese consumido el tejado, y respondieron al vocerío de los soldados con un terrible fuego mientras que los dos cornetas no cesaban de animar la pelea con alegres y bélicos sonidos.

Los blancos oían que sus enemigos decían:

—No con hombres, sino con demonios, estamos luchando.

Este elogio aumentaba sus bríos.

No obstante, habiéndoles llegado a los sitiadores un nuevo refuerzo de cincuenta hombres, el jefe ordenó el asalto, y los soldados se arrojaron con ímpetu a la casa: esta vez llegaron hasta la puerta, y los gastadores empezaron a derribarla. Los jefes de los vendeanos mandaron subiesen al granero los de abajo, y mientras la mitad de los sitiados continuaban haciendo fuego, los otros arrancaban los ladrillos del pavimento: de modo que al penetrar los soldados en la casa, fueron recibidos por una descarga a quema ropa,

viéndose obligados a retroceder por cuarta vez.

El jefe dispuso que se hiciese con el piso bajo lo que se había hecho con el granero: arrojáronse haces de leña y teas encendidas dentro, y a los diez minutos los vendeanos tenían fuego sobre sus cabezas y bajo sus plantas. No obstante, seguían batiéndose; a cada segundo los fogonazos cruzaban el humo que por las ventanas salía, si bien aquello antes era la venganza de la desesperación que la lucha de la defensa. Bajo sus pies crujían las vigas y empezaban ya a brotar del suelo las llamas, amenazando desplomarse de un instante a otro sobre sus cabezas el tejado, no pudiendo resistir el humo que les ahogaba; su muerte parecía inevitable.

Los jefes tomaron un partido desesperado, y concertaron una salida; pero como para verificarla con alguna probabilidad de éxito era necesario protegerla con un fuego que distrajese a los soldados, preguntaron quiénes se querían sacrificar por sus camaradas, y ocho se ofrecieron a ello. Dividióse la partida en dos pelotones: treinta y tres hombres y un corneta debían dirigirse a un extremo del huerto, cerrado tan sólo por un valladar, y los otros ocho, entre quienes se quedaba el segundo corneta, debían proteger la tentativa. En consecuencia de estas disposiciones, mientras los últimos hacían un fuego bastante vivo, corriendo de ventana en ventana, los otros se abrieron paso por la pared opuesta a la que los soldados atacaban, y salían en buen orden con el corneta a la cabeza, corriendo al valladar. Observando este movimiento, la tropa disparó sobre ellos, tratando de cercarles; pero los vendeanos la recibieron a tiros, derribando cuanto les cerraba el paso, dejando cinco muertos junto al cercado y dispersándose por el campo. El corneta, a pesar de haber recibido tres balazos, no había cesado de tocar un momento.

Los ocho que se habían quedado en la casa continuaban resistiéndose, y cada vez que los soldados intentaban acercarse, salía de aquel gran brasero una descarga que aclaraba sus filas. De esta manera se defendieron durante media hora, mezclándose el toque de la corneta con el estruendo de las detonaciones, el sordo rumor de las llamas y el chisporroteo del incendio, como un reto sublime que aquellos hombres enviaban a la muerte.

Oyóse, al fin, un espantoso crujido: elevóse por los aires una nube de chispas y pavesas, calló el clarín, y cesó el tiroteo. El piso había desaparecido, y la escasa guarnición quedaba, sin duda, sepultada bajo sus escombros, pues a menos de que se hubiera efectuado un milagro, los sitiados debían haber perecido en aquella hoguera.

Esta fue la creencia de los soldados, quienes después de contemplar un breve rato aquellas candentes ruinas sin oír ningún grito ni gemido que indicara la presencia de un vendeano vivo, alejáronse de aquella hoguera que devoraba a la vez amigos y enemigos; de manera que en breve no quedó en el teatro de tan animado y ruidoso combate, sino el abrasado y humeante cortijo, que iba apagándose silencioso, y algunos cadáveres iluminados por los últimos resplandores del incendio.

Todo permaneció en silencio hasta la una de la noche, a cuya hora llegó a las cercanías del cortijo un hombre de alta estatura; deslizándose a lo largo de los vallados y arrastrándose al través de los senderos, dio la vuelta a la casa, examinó todos los cadáveres que encontró, y en seguida desapareció en las tinieblas. A poco, volvió con otro hombre a cuestas y acompañado de una mujer vestida de aldeana.

El lector habrá reconocido ya a Berta, Alain y Piojoso. La doncella estaba pálida; su firmeza y resolución se habían trocado en una especie de desvarío, y a veces se adelantaba a sus guías a pesar de las exhortaciones de Alain Pocogozo.

Cuando llegaron los tres a la pradera que habían ocupado los soldados y divisaron las

quince aberturas que destacándose rojizas de la ennegrecida fachada semejaban respiraderos del infierno, la joven sintió que las fuerzas la abandonaban y cayendo de rodillas trató de pronunciar un nombre que el dolor trocó en sollozos. Levantóse como una leona, echando a correr por las abrasadas ruinas, y tropezó en un cadáver: llena entonces de congoja, alzó por los caballos la cabeza del muerto, miróle el lívido rostro, y viendo luego más cadáveres, echó a correr como una loca de uno a otro.

—¡Ay, señorita! —dijo Alain, siguiéndola—, no está aquí el que buscáis, separad la vista de este aterrador espectáculo. Ya había mandado a Piojoso, quien se nos ha anticipado a examinar los cadáveres, y aunque sólo haya visto una o dos veces al señor de La Logerie, mi pobre compañero, a pesar de ser idiota, le habría reconocido si hubiese estado entre los muertos.

—Sí, sí, tenéis razón —repuso Berta, señalando la Pénissière, y si está en alguna parte...

Y antes que los dos hombres pensarán siquiera en detenerla, saltó a una ventana del piso bajo; de pie en aquella vacilante piedra, dominaba, el abismo de fuego que aun mugía sordamente bajo sus pies, y al cual quería, al parecer, arrojarle.

A una señal de Alain, Piojoso tomó en brazos a la doncella y la dejó en el suelo, sin que ella hiciese la menor resistencia, pues acababa de cruzar por su mente una idea que parecía haber paralizado su voluntad.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó, como si exhalara el postrer suspiro de sus expirantes fuerzas—; no me has permitido estar a su lado para defenderle o morir con él, y ahora me niegas hasta el consuelo de sepultar su cadáver.

—Vamos, señorita —intervino el bodegonero—, confórmemonos con la voluntad de Dios.

—¡Oh! ¡nunca, nunca! —exclamó Berta con el frenesí de la desesperación.

—¡Ah! —replicó el lisiado—, yo también tengo un gran pesar, pues si el señor de La Logerie se encuentra aquí, también debe encontrarse el pobre Juan Oullier.

Berta lanzó un gemido al recordar que en el egoísmo de su dolor no había pensado en el buen vendeano.

—Es cierto —continuó Alain—, que ha muerto con las armas en la mano, como deseaba; pero eso no me consuela.

—¿No queda ninguna esperanza? —preguntó Berta—. ¿No puede haberse salvado de algún modo? ¡Oh! busquemos, busquemos.

Alain movió la cabeza, diciendo: —Difícil me parece, después de lo que nos ha contado uno de los treinta y tres que han salido: cinco de ellos han sido muertos.

—Pero, Juan Oullier y Michel estaban entre los ocho que se quedaron —observó Berta.

—Por eso tengo tan poca esperanza. Mirad —añadió Alain, señalando las paredes y el piso bajo, donde ardían los techos del primero y del granero con los escombros del tejado y paredes que amenazaban ruina—. Valor, señorita; porque hay cien probabilidades contra una de que vuestro novio y el desgraciado Oullier yacen sepultados bajo estos escombros.

—No, no —exclamó Berta, levantándose—, no, no puede ser, no debe haber muerto. Si ha sido preciso un milagro para salvarlo, Dios lo ha hecho. Quiero registrar estas ruinas, sondear estas paredes, quiero verle muerto o vivo, lo quiero, ¿oís, Alain?

Y haciendo con sus blancas manos una viga, cuyo extremo carbonizado asomaba por una ventana, hizo Berta sobrehumanos esfuerzos para sacarla, como si con aquella viga

hubiese podido levantar la inmensa masa de materiales y ver lo que ocultaba.

—¡No penséis en tal cosa! —exclamó Alain con frenesí—; esa empresa es superior a vuestras fuerzas, a las mías, a las de Piojoso mismo, y además tampoco nos la dejarían llevar a término, pues al rayar el alba vendrán los soldados, y no conviene que nos encuentren aquí. ¡Señorita! en nombre del Cielo, vámonos.

—Idos, si queréis—repuso Berta con un acento que no admitía réplica—; yo me quedo.

—¡Os quedáis!... —exclamó Alain, asombrado.

—Ya lo he dicho: si los soldados vienen, seguramente será para visitar las ruinas, y entonces me arrojaré a los pies de su jefe, y con mis lágrimas y súplicas lograré que los soldados me ayuden, y le encontraré. ¡Oh! le encontraré.

—¿Estáis soñando, sin duda, señorita? los soldados verán que sois la hija del marqués de Souday, y si no os fusilan, cuando menos os prenderán, venid, y si es preciso —añadió Alain asustado por la exaltación de la joven—, os prometo que mañana por la noche os volveré a acompañar a este sitio.

—No, no, por última vez —respondió Berta—; él me llama, me necesita: me lo dice el corazón.

Viendo luego que a una señal de Alain, Piojoso disponíase a sujetarla, subió de nuevo a la ventana, añadiendo:

—Si dais un paso más me arrojó al fuego.

Comprendiendo Pocogozo que nada obtendría de Berta por fuerza, iba a recurrir a los ruegos, cuando a una indicación de Piojoso, no desplegó los labios, pues sabía por experiencia la prodigiosa agudeza de los sentidos del pobre idiota.

—¿Vienen, por ventura, los soldados? —preguntó Alain.

—No es eso— repuso Piojoso.

Y desatando a Alain, a quien como de costumbre llevaba en hombros, echóse de bruces y pegó el oído al suelo.

Berta, sin bajar de la ventana, volvióse al mendigo instintivamente, y, al ver el movimiento y oír las palabras de Piojoso se quedó presa de la mayor ansiedad.

—¿Oyes alguna cosa extraordinaria? —preguntó Alain.

—Sí —contestó el mendigo.

Hizo en seguida seña a Alain y Berta de que escucharan como él: tendióse Alain, pegando el oído al suelo, y saltando la joven de la ventana imitó la acción de Pocogozo; pero apenas aplicó el oído, cuando exclamó, levantándose con presteza:

—¡Viven! ¡viven! ¡Oh, Dios mío! os doy gracias.

—No confiemos tan pronto —dijo Pocogozo—; en efecto, oigo un ruido sordo, que, al parecer, sale del centro de las ruinas; pero como eran ocho, no podemos asegurar que ese ruido lo hagan precisamente los ocho que buscamos.

—Me lo dicen mis presentimientos, Alain, mi corazón que no me ha permitido alejarme de aquí como queráis... Ellos son, no lo dudéis: ellos que se habrán refugiado en algún sótano, y la caída de estos escombros les obstruye la salida.

—Es posible —murmuró Alain.

—¡Oh! es cierto —dijo la joven—. ¿Y cómo los auxiliaremos? ¿cómo llegaremos al sitio en que se encuentran?

—Si están en un subterráneo, ese subterráneo tendrá una abertura; y si en un sótano, ese

sótano tendrá un tragaluz. Busquémosles y si es necesario, cavaremos la tierra hasta encontrarlos.

Al concluir estas palabras, las cuales fueron pronunciadas con una viveza imposible de describir, echó a correr en torno de la casa, apartando furiosa y frenética las vigas, piedras y tejas que, habiendo caído a lo largo de la pared, encuitaban el cimiento. De pronto, dio un grito, y Piojoso y Alain acudieron presurosos, andando éste como una rana, arrastrándose sobre sus manos.

—Escucha —dijo Berta, con ademán de triunfo.

Efectivamente, desde el punto donde se había detenido, oía claramente un rumor que salía de las profundidades de la casa, rumor sordo, continuo y parecido al de una herramienta que golpeará a compás los cimientos de la granja.

—Ahí —dijo Berta, indicando unos escombros, arrimados a la pared—; hay que buscar ahí.

Puso Piojoso manos a la obra, apartando un trozo de tejado y los morrillos allí amontonados por la caída de toda la parte superior de una ventana del primer piso; y después de prodigiosos esfuerzos descubrió una abertura por donde llegaba hasta ellos el ruido del trabajo de los infelices sepultados. Al verla, Berta quiso penetrar por ella; pero Piojoso la detuvo, y tomando una lata desprendida del techo, la encendió en las ruinas, sujetó luego por la cintura a Alain con la correa que servía para afirmarle en sus hombros, y lo descolgó por la abertura. Berta y Piojoso contenían la respiración, y oyeron que Alain hablaba con los trabajadores. A una señal del lisiado, el mendigo subió con la prontitud de una máquina bien sentada.

—¡Vivos, vivos! ¿no es cierto? —preguntó Berta con angustia.

—Sí, señorita; pero, por favor, no entréis en el subterráneo, pues no están en el sótano donde he bajado, sino en una especie de nicho contiguo, cuya abertura se hallaba obstruida, y para llegar a ellos es absolutamente forzoso horadar la pared; mucho me temo que al hacerlo se venga abajo una parte de la bóveda que amenaza desplomarse. Dejadme dirigir a Piojoso.

Berta se arrodilló y púsose a orar. Alain se proveyó de astillas y dijo a su compañero que le bajase al sótano y le siguiera.

A los diez minutos, que a Berta parecían siglos, oyó ésta un gran ruido de piedras que se desplomaban: escapósele del pecho un grito de angustia, y abalanzándose al respiradero vio a Piojoso que subía llevando sobre los hombros un cuerpo inerte, cuya pálida cabeza colgaba sobre el pecho del mendigo. Berta reconoció a Michel y se sintió acongojada :

—¡Muerto! ¡gran Dios, muerto! —exclamó la doncella, sin atreverse a dar un paso.

—No, no —gritó desde el fondo de la cueva una voz que Berta conoció ser la de Juan Oullier—; no ha muerto, no.

Al oír estas palabras, la doncella se lanzó hacia Piojoso, tomó en brazos a Michel, dejóle en el suelo, y tranquilizada por haber sentido latirle el corazón, esforzóse para hacerle volver en sí refrescándole la frente con el agua de un charco inmediato.

LXII

EL ERIAL DE BOUAIMÉ

Mientras Berta trataba de hacer recobrar el sentido al desdichado barón, cuyo desmayo debíase, en gran parte, a la falta de respiración, Juan Oullier salía de la cueva con ayuda de Pocogozo, a quien Piojoso sacaba de igual modo que le había bajado.

En aquel instante, estaban ya todos en salvo, y preguntó Alain a Oullier:

—¿Estabais solos allá dentro?

—Sí.

—¿Y los demás?

Se habían refugiado en la bóveda de la escalera, y el desplome del techo les sorprendió sin darles tiempo para llegar hasta nosotros.

—¿Han muerto acaso?

—No lo creo; al marcharse los soldados hemos oído rumor de piedras y voces; hemos gritado, y no nos habrán oído.

—¡No ha sido poca suerte que hayamos venido!

—Y tanto; a no ser vosotros, no hubiéramos logrado horadar la pared, sobre todo en el estado en que se hallaba el barón.

—¡Oh! brillante campaña, a fe mía —añadió Oullier mirando a Berta, quien con la cabeza de Michel en su regazo le había hecho volver en sí y le manifestaba el gozo que sentía al verle.

—Y todavía no ha terminado —dijo Alain sin comprender el sentido de las palabras del vendeano con los ojos fijos en levante, donde una ancha faja purpúrea anunciaba la próxima salida del sol.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Oullier.

—Quiero decir que no nos hubieran venido mal dos horas más de noche, pues con un herido, un inválido y una mujer, no es fácil andar sin tropiezos; eso sin tener en cuenta que los vencedores de ayer explorarán hoy los caminos.

—Sí; pero desde que no tengo sobre la cabeza aquella bóveda de fuego, respiro con más libertad y desahogo.

—Aun no estás completamente en salvo, amigo Juan.

—Por lo mismo, tomemos precauciones.

Y Oullier extrajo de la cartuchera de los muertos las municiones que contenían, cargó el fusil con tanta serenidad como lo hacía antes de salir a caza, y aproximándose a Michel, que estaba con los ojos cerrados, preguntóle;

—¿Podéis andar?

Michel no contestó: al abrir los ojos había visto a Berta y los cerró comprendiendo cuan difícil iba a ser la situación en que de nuevo se encontraba.

—¿Podéis andar? —repitió Berta a Michel de modo que éste no pudiera dudar de que a él iba dirigida la pregunta.

—Me parece que sí —contestó el barón.

En efecto, sólo tenía en el brazo una herida sin fractura de hueso. Berta la había examinado, y con la corbata planea de seda que llevaba le puso el brazo en cabestrillo.

—Si no podéis andar —dijo Oullier—, yo os llevaré.

A esta nueva prueba del cambio efectuado en los sentimientos del viejo vendeano con relación al barón, acercósele Berta diciendo:

—¿Me explicarás por qué te llevaste a mi novio (y recalcó el acento a estas dos palabras), haciéndole abandonar su puesto y exponiéndole, a pesar de los peligros que ha corrido, a graves e ignominiosas acusaciones?

—Si la reputación del señor barón de La Logerie ha sido lastimada por culpa mía —dijo Oullier amablemente—, yo la pondré en el lugar que le pertenece.

—¡Tú! —exclamó Berta, cuya admiración aumentaba.

—Sí, y diré el tesón y valentía que ese mozo ha desplegado a pesar de sus femeniles apariencias.

—¿Eso dirás, Oullier?

—No solamente lo diré, sino que si no basta mi palabra, apelaré a la de uno que a su lado combatía, pues ahora tengo empeño en que su nombre sea respetado y honrado.

—¡Y eres tú quien habla de ese modo!

Oullier se inclinó, y continuó Berta:

—¡Tú, que preferías mi muerte a verme llevar ese nombre!

—Sí, ahí veréis lo que son las cosas, señorita; ahora deseo con toda el alma que el señor Michel sea el yerno de mi amo.

Oullier pronunció esas palabras mirando a Berta con tanta expresión y con tan triste y tierno acento, que la joven sintió oprimírsele el corazón, y a pesar suyo pensó en María; iba a interrogarle cuando en alas de la brisa llegó a sus oídos el sonido de una trompeta por la parte de Clisson.

—Tenía razón Alain —observó el vendeano—, la explicación que me pedís, Berta, os la daré cuando lo permitan las circunstancias. Ahora urge ponerlos en salvo. ¡Ea! en marcha, el tiempo es corto.

Y viendo que Alain estaba ya montado en hombros de Piojoso, dio el brazo a Michel y rompió la marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alain.

—A la granja solitaria de San Hilario, pues el señor barón no podría andar las ocho leguas que distamos de Machecoul.

—Vamos, pues, a la granja —asintió Alain avivando el paso de su cabalgadura.

Estaban ya los fugitivos a poca distancia de aquella granja, cuando el mendigo enseñó con aire triunfante a su compañero una especie de maza que por el camino había escamondado con su navaja: era un tronco de manzano silvestre que Piojoso había visto en el huerto de la Pénissière y con el cual creyó que podría reemplazar la terrible hoz que en el encuentro del Chéne se le había hecho pedazos. Alain exhaló un grito de rabia, lo cual demostraba que no compartía la satisfacción con que su compañero empuñaba el nudoso tronco.

—¡El diablo te lleve a los infiernos, bestia! —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Oullier; dejando a Michel junto a Berta y apretando el paso para alcanzar a Piojoso.

—Sucede—dijo Alain—, que este cuadrúpedo habrá hecho que los azules den con nuestras huellas. ¡Lléveme el demonio por no haberlo advertido antes! Desde la Pénissière acá, ha llenado el camino de ramas, hojas y despojos, y si los azules llegan a conocer que ha salido alguien de los escombros, no seguirán fácilmente por culpa de ese animal: ¡Bestia! ¡mil veces bestia! —añadió Alain por vía de peroración.

Uniendo la acción a la palabra, dio un tremendo puñetazo sobre la cabeza del mendigo, el cual, por su parte, hizo tanto caso como si le hubiesen pasado la mano por la cabeza para acariciarle.

—¡Diantre! —exclamó Oullier—, ¿qué haremos?

—Dejar de ir a la granja, donde nos agarrarían como en una ratonera.

—Es que Michel no puede ir más lejos —observó Berta—, mirad cuan pálido está.

—Tomemos a la derecha —dijo Oullier—, vámonos al erial de Bouaimé y nos ocultaremos entre las peñas: para ir más aprisa, llevaré al señor Michel a cuestras. Andemos uno tras otro, y los pies de Piojoso borrarán las huellas de los demás.

El erial de Bouaimé está situado a una legua escasa de San Hilario, y para llegar a él era necesario atravesar el Maine; es de mucha extensión, tocando por el Norte en Remouillé y Montbert. Oullier guió a sus compañeros por aquel sitio, compuesto de grandes trozos de granito con una piedra llana encima, a cuya sombra holgadamente podían cobijarse diez o doce personas. Michel se desmayó, y hubiera caído de espaldas a no sostenerle Berta: arrancó ésta algunos puñados de hierba, extendióla bajo el monumento, y prescindiendo de la gravedad de la situación, apenas se tendió el mozo sobre aquel lecho, quedó profundamente dormido. Puesto Piojoso de atalaya sobre la roca, como rústica estatua sobre tosco pedestal, recordaba con sus colosales formas los gigantes que dos mil años atrás levantaron aquel altar, y mientras Alain descansaba al lado de Michel, quien Berta quería velar a pesar de lo rendida que estaba, Juan Oullier se alejó para explorar el terreno así como para traer algunas provisiones, de que estaban los fugitivos en extremo necesitados.

Hacía dos horas que Piojoso permanecía de observación, y a pesar de la atención con que escuchaba, sólo oía el monótono zumbido de las avispas y abejas que chupaban las llores de los serpoles y aliagas, empezando los vapores que el sol levantaba de la húmeda tierra a tomar matizadas tintas, lo cual, unido con el ardor de los rayos que caían sobre los grandes mechones de pelo bermejo, único gorro del mendigo, entorpecíale la cabeza de modo que estaba para dejarla caer de sueño, cuando el estampido de una arma de fuego le sacó súbitamente de su estupor. Miró Piojoso hacia San Hilario y distinguió la blanca nubecilla que produce un fogonazo y un hombre que venía huyendo a todo correr. Saltó del pedestal, mientras Berta despertaba a Alain, y levantóle a una altura de diez pies pronunciando estas dos palabras que no necesitan comentarios.

—¡Juan Oullier!

Alain vio que éste, en vez de aproximarse a ellos, había tomado a la derecha y seguía la cumbre de la colina opuesta a la del monumento druídico, dirigiéndose hacia Montbert, observando igualmente que en vez de hurtar el cuerpo, el viejo vendeano escogía los puntos más empinados para que pudieran verle los que exploraban aquellos lugares. Oullier era muy experto para obrar de ligero, pues había calculado que de aquella manera sólo él llamaría la atención del enemigo, apartándole de la pista que probablemente seguía; y habiendo el tabernero creído lo mismo, pensó que lo mejor era no moverse de aquel sitio y estar a la expectativa.

En aquel trance se necesitaba más inteligencia que sentidos. Alain no fió ya en Piojoso y haciéndose subir a la piedra, tendióse boca abajo con la cara vuelta a la colina por donde corría Oullier. A poco rato vio aparecer en el punto por donde éste último se presentara, uno, dos, tres, basta veinte soldados, que se escalonaron en el erial para cortar la retirada al fugitivo si éste intentase retroceder: táctica equívoca que excitó más y más la atención de Alain, pues indújole a suponer que aquéllos no eran los únicos soldados que perseguían al vendeano. La colina cuya cuesta superior seguían, terminaba en una cima rocosa que dominaba un pantano, a medio cuarto de legua del paraje donde Oullier se encostraba; y creyendo Alain que el vendeano iba a detenerse allí, concentró en ella toda su atención.

—¡Hum! —exclamó de repente Piojoso.

—¿Qué hay? —preguntó Alain.

Siguió Alain la dirección indicada por Piojoso, y vio el reflejo de un fusil entre los juncos, luego la forma de un soldado, seguido de otros veinte, los cuales se ocultaron entre los juncos como cazadores en acecho. La caza era Juan Oullier, el cual, al descender la cuesta, debía caer en la emboscada que le tendían.

Los momentos eran preciosos y no había que perderlos para avisarle. Alain descargó el fusil poniendo la boca del cañón al ras de la maleza, procurando ocultarse detrás de las peñas. Oullier oyó la señal, conoció el estampido del fusil de Alain, y comprendiendo al punto las razones que obligaban a sus amigos a descubrir su refugio, bajó volando más que corriendo la colina, evidentemente con ánimo de ejecutar sin dilación algún designio.

Sin embargo de que Alain había querido ocultar el humo a los soldados, éstos adivinaron de donde había partido el tiro, y así los de los matorrales como los del pantano se habían reunido y deliberaban o esperaban órdenes. Miró el tabernero en torno, alzó un dedo mojado en saliva, y viendo que el viento soplaba de la parte donde estaban los soldados, palpó la hierba para cerciorarse de si el sol y el viento la habían secado.

—¿Qué hacéis? —preguntó Berta que, atenta a las diversas fases de aquel prólogo, comprendía la inminencia del peligro y ayudaba a levantarse a Michel, el cual se hallaba, al parecer, más triste que enfermo.

—Voy a hacer una candelada, señorita —respondió el lisiado—, y podéis darla por bien empleada si esta noche os encontráis en seguridad. Pocas veces habréis visto otra igual.

Y dio a Piojoso algunos pedazos de yesca encendida que éste fue metiendo en otros tantos montones de hierba seca, y cuando a su poderoso soplo se hubieron inflamado, los colocó a trechos hasta una distancia de treinta varas.

En esto, llegó Juan Oullier gritando:

—¡Arriba! ¡arriba! ¡no llevo diez minutos de ventaja!

—Así tendremos veinte —respondió Alain mostrándole las aliagas que chisporroteaban en tanto que se elevaban aquí y allá densas columnas de humo.

—Este fuego no tomará suficiente incremento, y quizá no sea bastante vivo para atajarles —dijo Oullier.

Y observando en seguida el estado de la atmósfera, añadió:

—Además, el viento impulsará las llamas en la dirección que vamos a seguir.

—Sí, pero con las llamas impulsará el humo, Oullier —dijo Alain con aire triunfante—, y en eso confío, el humo les ocultará cuántos somos y a dónde vamos.

—¡Oh, Alain, Alain! —murmuró Juan—, si tuvieses fuerzas, qué gran cazador serías.

Y sin decir más, cargóse a Michel a cuestras no obstante su resistencia, pues el barón aseguraba que tenía bastantes fuerzas para andar, y no quería aumentar la fatiga del vendeano. Acto continuo siguió a Piojoso, que ya caminaba con su guía en hombros.

—Da la mano a la señorita —dijo Alain a Oullier—. Cerrad los ojos y contened el aliento —añadió dirigiéndose a Berta—, pues dentro de diez minutos ya no veremos, y sólo respiraremos lo preciso para no ahogarnos.

En efecto, apenas transcurrieron diez minutos cuando las diez columnas de humo se reunieron en una gran sabana de fuego de trescientas varas de ancho, que tras ellos comenzaba a rugir sordamente.

—¿Ves lo suficiente para guiarnos? —preguntó Juan a Alain—, ante todo importa que no nos extraviemos, y en seguida que no nos separemos.

—No tenemos más guía que el humo, el cual nos conducirá a donde queremos ir; sin embargo, no perdáis de vista a Piojoso.

Y como Juan Oullier era hombre que conocía el valor del tiempo y de la palabra, se limitó a decir:

—¡Adelante, pues!

Anduvieron durante un cuarto de hora sin que salieran de las nubes del humo que en torno de ellos amontonaba el incendio, propagándose con prodigiosa rapidez a impulsos del viento. De vez en cuando Oullier preguntaba a Berta, medio sofocada por el humo:

—¿Respiráis?

Y ella contestaba con un sí apenas articulado.

En cuanto al barón no se preocupaba de él, puesto que le llevaba a cuestras.

De pronto, Piojoso, que delante de todos y guiado por Alain no miraba a dónde iba, retrocedió un paso; había metido el pie en un charco muy hondo que el humo le había ocultado, hundiéndose hasta el muslo.

Alain Pocogozo exhaló una exclamación de contento.

—Henos aquí; el humo nos ha guiado mejor de lo que hubiera hecho el perro de caza mejor enseñado.

—¡Ah! —exclamó Oullier.

—Comprendes, ¿no es verdad, muchacho? —preguntó Alain ufano.

—Sí; pero ¿cómo llegaremos al islote?

—¿Cómo? ¿y Piojoso?

—Ya, pero no encontrándonos los soldados, ¿no es posible que descubran el ardid?

—Sin duda, si no nos encuentran; pero nos encontrarán.

—Acaba.

—No saben cuántos somos: ponemos en seguridad a la señorita y al herido; luego, como si hubiésemos equivocado el camino y el estanque nos lo cortara, salimos tú, Piojoso y yo y probamos con algunos tiros que somos los mismos a quienes han visto hace poco; enseguida, sin estorbo ni impedimento llegamos a los bosques de Gineston, de donde nos será fácil volver a buscarles.

—¿Y víveres?... ¡Pobres niños!

—Nadie se muere por estar veinticuatro horas sin comer —dijo Alain.

—Sea.

Y con una tristeza llena de desprecio por su debilitada inteligencia, Oullier añadió:

—Es preciso que la noche de ayer me trastornara la cabeza para que no haya pensado en todo eso.

—No os expongáis inútilmente —dijo Berta, casi gozosa de la entrevista que a solas tendría con su amado, merced a las circunstancias.

—Nada temáis —repuso el vendeano.

Piojoso tomó en brazos a Michel, sin dejar en el suelo al lisiado, lo cual le hubiera hecho perder tiempo, y entrando en el agua anduvo hasta que le llegó a la cintura; enseguida, como el agua subía levantó al mancebo sobre su cabeza para dejarle en manos de Alain si el agua seguía subiendo; pero ésta se detuvo al pecho del gigante, quien atravesó el estanque y llegó a un islote de unos doce pies cuadrados, que en las aguas muertas parecía un gran nido de ánades, y que se hallaba cubierto de un espeso juncal.

Dejó a Michel entre los juncos, y volvióse a buscar a Berta para transportarla de igual manera junto al barón de La Logerie.

—Agachaos en medio del islote —gritó Oullier desde la otra orilla—; enderezad los juncos que al pasar dobléis, y os prometo que nadie vendrá a buscaros aquí.

—Bien —repuso Berta—; ahora pensad en vosotros amigos.

LXIII

EN DONDE LA CASA ALAIN POCOGOZO Y COMPAÑÍA, HONRA SU RAZÓN SOCIAL

Convenía que los tres chuanes se alejasen, cuando antes mejor, de las orillas del pantano: las llamas se acercaban a él con prodigiosa rapidez, y cual vistosas aves de dorado y purpúreo plumaje, volaban rasando la florida cima de las aliagas, como si antes de consumirse hasta la raíz, sólo hubiesen querido chamuscar sus tallos.

El rumor del fuego, semejante al sordo rugido del Océano, aumentaba gradualmente es torno de los tres fugitivos, y el humo iba haciéndose por momentos más espeso y sofocante; pero las nervudas piernas de Juan Oullier y Piojoso iban más veloces que el incendio, y en breve lo dejaron muy atrás.

Se dirigieron a la izquierda, y llegaron a un punto del valle donde estaban casi libres de las espesas nubes que tanto les habían servido para ocultar su número y la dirección que seguían, así como la hábil estratagema merced a la cual Berta y Michel se hallaban en seguridad.

—Agachémonos, Piojoso —dijo Oullier—; conviene que los soldados no nos vean hasta que sepamos qué hacen y a dónde se dirigen.

Obedeció el mendigo esta indicación, y bien pudo felicitarse por ello, pues apenas acababa de ocultarse, cuando por encima de su cabeza silbó una bala que de seguro habría recibido en medio del pecho, si no hubiese obedecido a su camarada.

—¡Caramba! —dijo Alain—; el consejo ha sido tan breve como bueno.

—Han adivinado nuestro ardid —dijo Oullier—, y nos cercan, a lo menos por este lado.

Efectivamente, veíase una fila de soldados a cien pasos uno de otro, que empezando en las drúidicas piedras, ocupaban una extensión de media legua, aguardando que reaparesen los vendeanos, como acechan los ojeadores la aparición de la caza.

—¿Marchémonos de aquí? —preguntó Alain.

—Opino —dijo Oullier—, que antes debo causarles alguna baja.

Y sin dejar su posición horizontal, hizo fuego sobre el soldado que había disparado y estaba cargando el fusil, el cual recibió la bala en medio del pecho, cayendo de bruces, mientras Oullier apuntaba de nuevo con tanta calma como si cazase perdices; salió el tiro y cayó otro soldado.

—Y van dos —exclamó Alain—. ¡Bravo, amigo Oullier, bravo!

—Adelante! —dijo éste, y levantándose con la agilidad de la pantera, agregó—: apartémonos un poco, porque van a llover balas.

No se había equivocado el vendeano, pues al instante se oyeron siete u ocho tiros sucesivos, y una bala fue a dar en la clava que Piojoso llevaba en la mano. Por fortuna, los soldados que de distintos puntos acudían al ver caer a sus compañeros, llegaban sin aliento, y disparaban con pulso inseguro; pero no por eso dejaban de cerrar el paso, y no era probable que Oullier y sus compañeros pudiesen atravesar aquella línea sin trabar con ellos una lucha cuerpo a cuerpo. En efecto, cuando aquél se disponía a saltar un barranco de poca profundidad, vio que al lado opuesto se alzaba un soldado que le esperaba con la

bayoneta calada. La velocidad de su carrera no había permitido a Oullier cargar de nuevo el fusil; pero al ver que su adversario se limitaba a amenazarle con la bayoneta, calculó que probablemente se encontraba en el mismo caso, y como se trataba por el momento de jugar el todo por el todo, tiró del cuchillo, púsosele en la boca, y siguió avanzando a todo correr; al llegar a dos pasos del barranco, detúvose de repente y apuntó al soldado, cuyo pecho apenas distaba seis pies del fusil. Entonces sucedió lo que Oullier había previsto: creyendo su enemigo que el arma estaba cargada, se echó al suelo, e instantáneamente saltó Juan la quebrada como si en nada hubiese disminuido su vigor la evolución que acababa de hacer, pasando por encima del soldado rápido como una exhalación. Piojoso, por su parte, había atravesado fácilmente la línea, sin más daño que una leve lesión que en el hombro le causó una bala. Los dos fugitivos huyeron diagonalmente, el uno por la derecha y el otro por la izquierda, de modo que debían juntarse al extremo del ángulo. Al cabo de cinco minutos, hallábanse ya al alcance de la voz.

—¿Cómo va eso? —preguntó Oullier.

—¡Admirable! —repuso Alain—. Dentro de veinte minutos, si alguna bala de esos tunantes no nos lo impide, habremos salido del erial, y una vez hayamos pasado el primer vallador, trabajo les mando para que se apoderen de nosotros. Mala idea, amigo Oullier, hemos tenido al venir aquí.

—Sin embargo, los muchachos están mucho más seguros que en la selva más espesa. ¿Estás herido?

—No; ¿y tú, Piojoso? me parece haber sentido un estremecimiento en tu cuerpo.

Mostró el coloso la mella que el balazo había hecho en su maza, mostrándose más pesaroso del detrimento que ésta había sufrido, que del experimentado por su vestido y su músculo deltoide.

—¡Magnífico! —exclamó Alain—, ahí están los sembrados.

En efecto, a una corta distancia de los fugitivos y al extremo de una cuestecilla, asomaban las mieses sus doradas espigas, ondulando suavemente al soplo del viento.

—Deberíamos detenernos un poco para cobrar aliento —dijo Alain—, pues me parece que Piojoso empieza a estar cansado.

—Está bien —dijo Oullier—; vigila tú, mientras yo cargo el fusil.

Hízolo su compañero, y mientras Oullier atacaba la segunda bala, exclamó:

—¡Mil rayos!

—¿Qué sucede? —interrogó Oullier.

—En marcha ¡voto a Satanás! en marcha! nada veo, pero acabo de oír un ruido que no es de buen agüero.

—¡Caramba! —dijo Oullier—, ¿vas a hacernos el honor de cargar la caballería? ¡alerta! ¡alerta! ¡holgazán!... —añadió luego, dirigiéndose a Piojoso.

Éste, para aliviar sus pulmones y responder a la vez a aquel llamamiento, lanzó una especie de mugido, que hubiera enviado el toro más fuerte del departamento.

Y de un brinco salvó un peñasco que le obstruía el paso, deteniéndole un quejido de Oullier.

—¿Qué tienes? —preguntóle Alain, al ver que acababa de hacer alto, apoyándose en el fusil y con la pierna al aire.

—Nada —dijo Oullier—, no os preocupéis de mí.

Quiso andar otra vez, y exhalando un doloroso grito, vióse obligado a sentarse.

—¡Oh! —dijo Alain—, no podemos irnos sin ti. ¿Qué tienes?

—Repito que nada.

—¿Estás herido?

—¡Diantre! —dijo Oullier—, buena falta nos hace el cirujano de Montbert.

—¿Qué dices?

—Que he metido el pie dentro de un agujero y me *he* descoyuntado, de modo que no puedo dar un paso.

—Piojoso te llevará sobre un hombro y a mí sobre otro.

—No puede ser; de esa manera nunca llegaríamos a las cercas.

—Si te dejamos te matarán.

—Podría ser —dijo el vendeano—; pero antes caerán algunos; si quieres convencerte de ello, mira: ¿ves aquél que baja del cerro?

En efecto, se había adelantado a los demás un joven oficial de cazadores, mejor montado que los otros; aparecía por una pequeña colina, que se alzaba a un tiro de piedra de los fugitivos; apuntóle Oullier, disparó, y abriendo los brazos el oficial, cayó el desgraciado de espaldas.

El vendeano volvió acto continuo a cargar el fusil, y Alain le preguntó:

—¿De veras no puedes andar?

—No creo que pueda continuar andando más de quince pasos, y eso, cojeando.

—Si es así, alto, Piojoso.

—Nada de locuras.

—No; donde tú mueras, moriremos nosotros; pero, como hace poco dijiste, antes morderán el polvo algunos.

—No, Alain; conviene que vivas para velar por los que hemos dejado en el islote... ¿qué diablos haces, Piojoso? —preguntó, al observar que éste había bajado a una zanja y levantaba una enorme peña.

—Déjale—dijo Alain—, ya sabe lo que se hace.

—Aquí, aquí —gritó el mendigo, indicando una pequeña excavación que las aguas habían abierto debajo de la piedra.

—¡Toma, es verdad! hoy está más ladino que un mono. Anda, métete ahí, Oullier, aprisa, no hay que perder un instante.

Juan se llegó a la zanja, metióse en ella, y Piojoso volvió a colocar la piedra en su primitivo estado, de modo que pudiese penetrar en el interior la luz y el aire, para que una vez ocultado no se encontrase sepultado en vida. Casi inmediatamente aparecieron en la cumbre algunos jinetes, y al ver que el oficial había muerto, cargaron con furor a los fugitivos.

No obstante, quedaba aún alguna esperanza, pues a cincuenta pasos de Piojoso y su compañero estaba un vallado, a la otra parte del cual se hallarían en salvo, con tanta mayor razón, cuanto que, al parecer, la infantería había ya dejado de perseguirles. Alain oyó de repente los cascos de un caballo que les perseguía muy de cerca, y sintió en las espaldas un ardiente hálito. Era un teniente que llevaba alguna ventaja a sus camaradas, el cual, alzándose sobre los estribos, dio tal cuchillada al lisiado, que sin duda le habría hundido la cabeza, si aquél no hubiese tenido la precaución de recoger las riendas,

ladeando el caballo, mientras Piojoso saltaba instantáneamente hacia la derecha, lo cual hizo errar el golpe.

—¡De frente! —gritó Alain a Piojoso.

Obedeció éste como impulsado por un resorte; pasó el caballo rozándole con el pecho, y disparando Alain el fusil, mató al jinete.

—Uno —dijo Piojoso, en quien la inminencia del peligro acababa de desarrollar una inusitada locuacidad.

Duró este episodio un minuto, durante el cual los otros jinetes habían ido acercándose a los vendeanos, quienes apercibieron entre el ruido de los cascos el de los gatillos de las carabinas y pistolas que para ellos amartillaban. Bastáronle a Alain dos segundos para sacar partido de los recursos que podía ofrecerle el sitio en que se hallaban.

Habían llegado a un extremo del erial de Bouaimé, y a corta distancia de una encrucijada de la cual partían diferentes caminos. Esta tenía, como todas las encrucijadas vendeanas y bretonas, una cruz de piedra en muy mal estado, cuya base podía proporcionar un abrigo que muy pronto sería insuficiente; aunque a la derecha estaban las primeras vallas del sembrado, no había que pensar en ellas, pues tres o cuatro soldados les cerraban el paso por aquella parte. A la izquierda corría el Maine, formando en aquel punto un recodo; pero el río tampoco podía ofrecer un refugio, pues en la orilla opuesta se levantaban gigantescos peñascos cortados a pico, y antes de encontrar un vado para salir del agua, los dos vendeanos habrían sido acribillados a balazos. Hechas rápidamente estas reflexiones, Alain optó por la cruz, y mandó a Piojoso que se encaminara a ella.

Cuando la rodeaba éste para resguardarse de los tiros, una bala fue a dar en el improvisado parapeto, hiriendo de rebote la mejilla de Alain, quien, no obstante, contestó con un tiro. Desgraciadamente, la sangre que manaba de su herida cayó en las manos de su compañero, y lanzando éste un rugido como si sólo fuese sensible al mal de su amigo, apartóse de la cruz, y arremetió a los soldados, cual jabalí que acomete a los cazadores. Viéronse en seguida cercados, alzáronse diez sables sobre sus cabezas, diez pistolas les apuntaron, y un gendarme alargó la mano para asir a Pocogozo. Blandió entonces Piojoso la clava y rompió con ella la pierna del gendarme, quien lanzó un grito terrible, cayendo del caballo, en tanto que éste se escapaba a galope tendido por la llanura. Estallaron diez detonaciones; el mendigo recibió un balazo en el pecho, y el brazo izquierdo de Alain cayó inerte, roto por dos partes. A pesar de todo, el mendigo parecía insensible e hizo con su garrote un molinete que rompió dos o tres sables, apartando a los restantes.

—¡A la cruz, a la cruz! —gritó Alain—, allí debemos morir.

—Sí —repuso su compañero con voz sorda, oyendo que su amigo hablaba de la muerte, y levantando el garrote descargó tan fuerte golpe en la cabeza de un cazador, que le derribó del caballo.

Poniendo en práctica en seguida la orden que acababa de recibir, dirigióse retrocediendo hacia la cruz.

—¡Voto al diablo! —exclamó un cabo—: perdemos mucho tiempo, mucha gente y mucha pólvora, para acabar con un par de mendigos.

Hizo dar al caballo un salto prodigioso el cual chocó con el pecho de Piojoso, quien con la violencia del golpe cayó de rodillas, y aprovechando el jinete esta oportunidad, hendió de una cuchillada el cráneo de Alain.

—Déjame al pie de la cruz, y huye si puedes—dijo éste con voz desfallecida—: todo acabó para mí. Y, acto continuo, empezó a rezar la oración: —Dios mío, recibid mi

alma...

Pero el gigante no le escuchaba; ebrio de sangre y loco de furor, lanzaba roncós e inarticulados gritos, como el león acosado de cerca; sus ojos, ordinariamente fijos y empañados, centelleaban; sus crispados labios descubrían una dentadura apretada y amenazadora, capaz de destrozar un tigre. El empuje del caballo había arrastrado a alguna distancia al jinete que había herido a su compañero, y no pudiendo Piojoso alcanzarle, hizo voltear la tranca, midió con la vista la distancia, y se la arrojó con tanta violencia como lo hubiera hecho una catapulta. El jinete encabritó el caballo para evitar el golpe; pero el animal lo recibió en la cabeza y cayó hacia atrás, rodando por el suelo caballo y caballero.

Lanzó el mendigo un grito de júbilo más terrible que si hubiera sido de dolor, al ver que la pierna del jinete había quedado cogida bajo su cabalgadura; arremetióle, paró la cuchillada que le tendía su enemigo, asióle de una pierna, y haciéndole voltear en el aire, como hubiera podido hacerlo un niño con su honda, aplastóle la cabeza contra la cruz. La bizantina piedra vaciló en su base y se inclinó teñida en sangre.

Toda la partida prorrumpió en un grito de horror y de venganza: no obstante, como aquella muestra de la prodigiosa fuerza de Piojoso les había quitado las ganas de acercársele, los soldados cargaron las armas.

—Entretanto, exhalaba Alain el último suspiro, diciendo en alta voz:

—¡Amén!

Viendo entonces Piojoso que su querido amo había muerto, como si nada le importasen los preparativos que estaban haciendo los cazadores, sentóse al pie de la cruz, desató el cuerpo de su amigo, tomólo en brazos, y contemplando su rostro lívido, con la manga le enjugó la sangre, vertiendo abundantes lágrimas, quizá las primeras que en su vida había derramado.

Una gran detonación, dos nuevas heridas, el ruido sordo de tres o cuatro balazos que penetraron en el cadáver que Piojoso mantenía estrechamente abrazado, le arrancaron de su dolor e inmovilidad.

Irguióse cuan alto era, y creyendo los soldados, al ver este movimiento, que les iba a embestir, recogieron las bridas de sus caballos, y un repentino estremecimiento recorrió sus filas; pero el mendigo ni les miró siquiera, pues su única idea era no separarse de los inanimados restos de su amigo, para lo cual se dirigió al Maine, considerándole evidentemente un lugar muy a propósito para su objeto.

Derecho y con paso firme andaba el mendigo, a pesar de las cinco o seis heridas que había recibido, las cuales manaban copiosa sangre, regando el espacio que recorría; llegó a la orilla del río sin que a ningún soldado le hubiese ocurrido la idea de impedírsele, detúvose en un paraje donde el ribazo dominaba una agua negra y tranquila, indicios de su mucha profundidad, abrazó estrechamente el cadáver de su compañero y reuniendo todas sus fuerzas, arrojóse al río sin decir una palabra.

Oyóse un gran estruendo, hirvió espumeante el agua, y en seguida volvió a recobrar su calma anterior, formando en torno del lugar por donde había desaparecido el pordiosero una multitud de anchos círculos que iban a estrellarse en las riberas.

Acudieron los soldados, creyendo que el vendeano se había arrojado al Maine con intento de ganar la opuesta orilla y esperaban con las armas amartilladas que sacase la cabeza para respirar; pero aquél no volvió a aparecer; su alma había ido a reunirse a la del único ser a quien había amado en la tierra, y sus cuerpos descansaban blandamente en el fondo

del Maine, sobre un lecho de verdes y movedizas algas, sitio al cual denominan los aldeanos el abismo, porque no conocen su fondo.

LXIV

LOS SOCORROS VIENEN DE DONDE MENOS SE ESPERAN

Durante la semana que acababa de transcurrir, Courtin había permanecido quieto y tranquilo detrás de las paredes del cortijo de La Logerie.

Como buen diplomático sentía poquísimas simpatías por la guerra, y calculando razonablemente que el tiempo de los sablazos y de los tiros pasaría en breve, no se cuidaba sino de conservar su cuerpo ágil y robusto para obrar en pro de la causa y de sí mismo, según los débiles recursos que a la Naturaleza debía.

Por lo demás, no dejaban de alarmarle las consecuencias que podían tener el papel que representó en el arresto de Juan Oullier y en la muerte de Bonneville, y creía lógicamente que cuando tantas armas salían al campo en defensa y apoyo de tantos odios y opiniones diversas, no era político salirles al encuentro.

Tanto le preocupaban estas ideas, que hasta su amo, el barón Michel, a pesar de un carácter apacible e inofensivo, le intimidaba desde la noche aquella en que cortó la cincha del caballo, y al día siguiente en que llevó a cabo esta hazaña, metióse en cama, pareciéndole que el mejor medio de evitar la muerte era pasar por casi difunto, haciendo cundir la voz por los alrededores de que le había atacado una fiebre maligna, como la que llevara al sepulcro al desventurado Tinguay.

Sucedió entonces que la señora de La Logerie, inquieta y pesarosa por la prolongada y extraña ausencia de su hijo, llamo dos veces al colono, y como la enfermedad de éste paralizaba sus buenos deseos, la altiva baronesa, impulsada por la inquietud, fue en persona a visitar al labriego. Díjole que había llegado a su conocimiento que acababan de prender a Michel; que partía para Nantes con objeto de emplear toda su influencia para libertarle, y toda su autoridad para llevárselo consigo, pues de todos modos no pensaba ya regresar a La Logerie, por parecerle sitio muy peligroso en tan críticas circunstancias, y había ido a casa de Courtin para encomendarle la mayor vigilancia durante su ausencia.

Prometió el colono acceder a sus deseos con acento tan triste y bondadoso, que la baronesa salió del cortijo animada de los mejores sentimientos hacia él, y compadeciéndole con toda su alma.

Tuvieron lugar más tarde los combates de Chéne y de la Pénissière, y al oír el colono desde su aposento el estrépito de los tiros, aumentó singularmente su sobresalto y llegaron al colmo los celos que le atormentaban; es cierto que al saber los resultados de aquellos encuentros, se levantó de la cama curado enteramente de su dolencia.

De tal modo fue así, que, desoyendo el día siguiente los prudentes consejos de su criada, partió para Montaigu, cabeza de su distrito, a fin de ponerse a las órdenes del subprefecto y preguntarle cuál debía ser en lo sucesivo su conducta.

El buitre había olido la carnicería, y reclamaba su parte de presa.

Al llegar a Montaigu, supo Courtin que había hecho el viaje en balde, pues la autoridad militar acababa de tomar el mando del departamento, y, en consecuencia, díjole el subprefecto que debía dirigirse a Aigrefeuille, para recibir instrucciones del general que allí se encontraba.

Traíale a éste muy preocupado el movimiento de una columna y, como a fuer de valiente

y honrado militar miraba con repugnancia a los entes bajos y miserables como Courtin, escuchó muy distraído las denuncias que éste consideró oportuno hacerle a guisa de informe, y tratóle con tal frialdad, que el alcalde de La Logerie quedó mohíno y confuso.

No obstante, aceptó el general la proposición que Courtin le hizo de colocar un destacamento en el castillo, pareciéndole éste un buen punto para dominar aquella comarca, desde Machecoul hasta Saint-Colombin.

El Cielo debía al colono una compensación por la poca simpatía que el general le había mostrado, y como se verá, su justicia no se la hizo esperar mucho tiempo.

Al pasar Courtin los umbrales de la casa, transformada por las circunstancias en cuartel general, salióle al encuentro un personaje para él desconocido, y que, no obstante, le trató con exquisita cortesía y afectuosa obsequiosidad.

Era el tal un hombre de unos treinta años y vestía un traje completamente negro, cuyo corte se parecía bastante al de los que usan los clérigos de las ciudades. Su frente era estrecha, su nariz encorvada como el pico de las aves de rapiña, labios delgados y muy salientes a causa de la conformación especial de las mandíbulas, barba puntiaguda, pelo negro y pegado a las sienes, y ojillos grises que pestañeaban incesantemente.

Bastóle al desconocido decir a Courtin cuatro palabras en voz baja, para que éste depusiera al parecer todo recelo; de modo que sin hacerse de rogar aceptó una comida que le ofreció el incógnito en el mesón de San Pedro, donde pasaron dos horas en tan amistoso coloquio, que uniendo la simpatía sus corazones, acabaron por tratarse como antiguos camaradas; y al salir, después de darse grandes y cordiales apretones de manos, el alcalde de La Logerie se puso en camino, renovando su compañero la promesa de que no pasaría mucho tiempo sin que tuviese noticias suyas.

Serían las nueve de la noche; Courtin, montado en su cabalgadura, de cara a La Logerie y vuelta la grupa a Aigrefeuille, caminaba henchido de regocijo, aguijoneando de continuo al jaco con un desembarazo y travesura en él poco comunes.

Era indudable que cruzaban por la mente del alcalde ideas de color de rosa.

Ante todo, halagábale la de que el día siguiente, al despertar, tendría a un tiro de fusil del cortijo cincuenta soldados que no podían venir en ocasión más oportuna, pues semejante vecindad le quitaba toda inquietud, no sólo respecto a las consecuencias que podían tener sus actos pasados, sino además por sus acciones futuras, pensando que, atendido su cargo de alcalde, tal vez dispondría de aquella fuerza para satisfacer sus odios personales, lo cual lisonjearan sus rencores al par que su amor propio.

Sin embargo, por lisonjera que fuese la perspectiva de esa guardia pretoriana, que podía ser suya, valiéndose de su maña y destreza habituales, esta idea no bastaba por sí sola para comunicar un gozo tan expansivo a un hombre tan positivo como Courtin.

Evidentemente, el desconocido había hecho brillar a sus ojos algo más que el resplandor de una gloria pasajera y en efecto, Courtin veía al través de las nieblas del porvenir rutilantes cascadas de oro y plata hacia las cuales tendía maquinalmente las manos, en tanto que le contraía los labios la sonrisa de la codicia.

Así caminaba el colono entregado a tan deleitosas ilusiones, con el cerebro entorpecido por los vapores del vino con que el desconocido le había regalado el paladar con magnífica esplendidez; y tanto se dejó llevar por los ensueños que embargaban su mente, que se apoderó de él un sopor invencible, empezando su cuerpo a columpiarse, siguiendo los movimientos que le comunicaba la caprichosa andadura del jaco. De repente, tropezando éste en una piedra, cayó Courtin hacia adelante, y quedó con el cuerpo

doblado y sobre el pomo de la silla.

No obstante lo incómodo de la postura, no hizo el colono ningún esfuerzo para salirse de ella. Precisamente en aquel momento embargaba su imaginación un sueño tan delicioso, que por nada del mundo hubiera querido despertarse.

Parecíale que su amo, el barón, extendía la mano sobre la hacienda de La Logerie, diciéndole:

—¡Todo esto es tuyo!

Y ese regalo era mucho más considerable de lo que a primera vista parecía, pues Courtin contemplaba deslumbrado un inagotable y prodigioso manantial de riquezas.

Los manzanos del vergel hallábanse cargados de frutos de oro y plata, y todos los varales del país no bastaban para apuntalar las ramas que se doblaban, amenazando romperse bajo su peso.

Los rosales silvestres y los escaramujos, en lugar de sus bayas encarnadas y negras, ostentaban piedras preciosas de todos colores que chispeaban a los rayos del sol como carbunclos, y abundaban tanto, que a pesar de estar bien convencido de que eran valiosísimas, Courtin veía sin enojo a un pilludo que se llenaba de ellas los bolsillos.

Entraba después en el establo, y contemplaba una larguísima fila de vacas que se dilataba hasta perderse de vista, de manera que mientras la más próxima a la puerta le parecía del tamaño de un elefante, la última apenas podía distinguirse.

Junto a las vacas había una porción de muchachas que las ordeñaban, las cuales se asemejaban exactamente a las dos *Lobas*, a las dos hijas del marqués de Souday.

Bajo sus dedos, de la ubre de las dos primeras vacas, manaba un líquido alternativamente blanco y amarillo, y siempre brillante como metal fundido.

Al caer este líquido en las vasijas que las muchachas tenían en la mano, producía el sonido, para él deleitoso sobre toda ponderación, de una cascada de monedas de oro y plata, que se apilaban unas sobre las otras.

Tendía las manos codicioso para apoderarse de aquellas riquezas, cuando de pronto le arrancaron de su extático arrobamiento una fuerte sacudida, y un angustioso quejido.

Abrió los ojos el colono, miró en torno suyo, y vio en la oscuridad a una aldeana con el semblante y vestido descompuestos, desmelenado el cabello, que tendía hacia él las suplicantes manos.

Courtin la miró de hito en hito, levantó el palo con ademán amenazador, y con voz robusta y airado gesto, preguntóle:

—¿Qué queréis?

—Que me prestéis ayuda, buen hombre —repuso la aldeana—; os lo pido por el amor de Dios.

Viendo Courtin que era una débil mujer quien imploraba su auxilio, recobró en seguida su tranquilidad de espíritu y, ya sereno, le dijo:

—¿Sabéis, buena mujer, que es un delito detener a la gente en mitad del camino para pedirles limosna?

—¿Quién os habla de limosna? —replicó la desconocida con un acento cuya altivez dejó sorprendido al alcalde—. Solamente os ruego que me ayudéis a socorrer a un infeliz que está muriéndose de hambre y de fatiga, y me prestéis el caballo para llevarle a algún cortijo de estas cercanías.

—¿Y quién es el hombre a quien se trata de socorrer?

—Creo adivinar por vuestro traje que sois campesino, y del país; por lo tanto, no vacilaré en decíroslo, pues estoy segura de que, aunque no fueseis de los nuestros, seríais incapaz de traicionarnos: es un oficial realista.

Excitada la curiosidad del colono por el timbre de la voz de la desconocida, hacía vanos esfuerzos para sondear las tinieblas, y viendo la ineficacia de sus tentativas, resolvió salir de dudas a toda costa:

—¿Quién sois?

—¿Qué os importa? —contestó la aldeana.

—¿Pues qué, queréis que preste mi caballo a quien no conozco?

—Desgraciadamente, tengo esta noche mala estrella; vuestra pregunta me prueba que he hecho mal en dirigirme a vos como a un enemigo leal, y que, en consecuencia, me veré en la precisión de valerme de otros recursos. Entregarme el caballo al momento.

—Buena voz de mando tenéis.

—Os doy dos minutos de tiempo para pensarlo.

—¿Y si pasado éste, me niego a complaceros?

—Os haría saltar la tapa de los sesos —contestó la aldeana apuntándole una pistola en el pecho, para probarle que era tan capaz de hacerlo como de decirlo.

—Está bien —respondió Courtin—; en esa acción os conozco como si os hubiese visto: sois la señorita de Souday.

Y sin aguardar que su interlocutora insistiera de nuevo, el alcalde de La Logerie echó pie a tierra.

—¡Bien! —dijo Berta, pues ella era en efecto—, decidme cómo os llamáis y mañana se os devolverá el caballo.

—No necesito decirlo, porque quiero ayudaros.

—¿Vos? Me admira ese cambio.

—He adivinado que la persona a quien queréis socorrer es el dueño del cortijo que tengo en arrendamiento.

—¿Cómo se llama?

—El señor Michel de La Logerie.

—¡Ah! ¿sois por ventura, uno de sus colonos? ¡Mejor! vuestra casa podrá servir de asilo.

—Sí, pero... —y prosiguió balbuceando— ¡habéis de saber que yo soy alcalde!.

De pronto, le alarmó la idea de encontrarse cara a cara con el baroncito, sobre todo la de que cuando éste y Berta se encontrasen en su casa, Juan Oullier no dejaría de ir a ella.

—¿Teméis comprometeros por vuestro amo? —dijo Berta con menosprecio.

—No lo creáis; por el contrario, estoy dispuesto a derramar por él toda mi sangre; mas dentro de poco tendremos en el castillo de La Logerie una buena compañía de soldados.

—Mejor: nadie sospechará que un vendeano haya ido a refugiarse al lado de sus enemigos.

—Páreceme, sin embargo, y lo digo en bien del señor barón, que Juan Oullier podría encontrar un albergue más seguro que mi casa, donde los soldados entrarán y saldrán como en la suya.

—¡Ay! mucho me temo que la lealtad de Juan Oullier a estas horas sea completamente

inútil a sus amigos.

—¿Qué estáis diciendo?

—Esta madrugada hemos oído muchos tiros hacia el erial, y a pesar de que, según sus instrucciones, no nos hemos movido de nuestro sitio, en vano le hemos aguardado. Seguramente ha muerto o ha caído prisionero, pues Juan Oullier es incapaz de abandonar a sus amigos.

Si hubiese sido de día, difícil le habría sido a Courtin disimular la alegría que le causaba esa noticia, la cual desvanecía los temores que más cruelmente le atormentaban; pero si no era dueño de su fisonomía éralo por lo menos de sus palabras, y al oír las que Berta acababa de pronunciar con voz conmovida, respondió con una interjección tan lastimosa que bastó para reconciliarle algún tanto con la doncella, la cual dijo:

—Aceleremos el paso.

—Como queráis... ¡Diantre! ¡Aquí todo huele a chamusquina!

—Como que han pegado fuego a las zarzas.

—Es muy singular que el señor barón haya salido ileso del incendio, pues éste corría donde él se encuentra.

—Juan Oullier nos había llevado a los juncales del estanque de la Frémuse.

—He ahí por qué al asiros del brazo cuando tropezasteis, observé que estabais empapada en agua.

—En efecto, al ver que Oullier no volvía, atravesé el estanque para ir a pedir auxilio, y no hallando a nadie volví al islote, me eché a Michel auestas y trasládele a la orilla, creyendo poderle llevar así hasta la primera casa; pero me faltaron las fuerzas, y déjele sobre la hierba para venir sola al camino. Hace veinticuatro horas que no hemos comido.

—¡Oh! sois una joya, hermosa niña —dijo Courtin, quien ignorando la cara que le pondría su amo deseaba simpatizar con la señorita de Souday—. Os digo que escasean muchos ejemplos semejantes, y que vos sois digna de hacer feliz al señor barón.

—¿Acaso mi vida no le pertenece? —preguntó Berta.

—Sí —dijo con énfasis Courtin—, pero estoy pronto a juraros ante Dios, que nadie entiende como vos el deber de sacrificar la existencia. Tranquilizaos, y no andéis tan aprisa.

—Sí, pues sufre y estoy segura de que me llama si ha vuelto de su desmayo.

—¡Estaba desmayado! —exclamó Courtin viendo en esta circunstancia una probabilidad de evitar una explicación inmediata.

—Sí, ¡pobre joven! Está herido.

—¡Herido! ¡Dios mío!

—Figuraos que ha estado veinticuatro horas sin recibir más que auxilios casi inútiles.

—¡Cielos!

—Además, todo el día ha estado expuesto a los ardorosos rayos del sol entre esos juncales; y como esta noche, a pesar de todas mis precauciones, se ha mojado hasta los huesos, está muerto de frío...

—¡Dios divino!

—¡Ah! Si le sucediese alguna desgracia, consagraría toda mi existencia a expiar la falta de haberle expuesto a tantos peligros sabiendo cuan poco podía resistirlos —exclamó Berta con un profundo sentimiento causado por los sufrimientos de Michel.

En cuanto a Courtin, la noticia de que su amo se hallaba en un estado que debía privarle del uso de la palabra, parecía haber doblado la longitud de sus piernas. Berta no necesitaba estimularle, pues marchaba siempre a su lado y tirando de la brida con todas sus fuerzas para obligar al caballo a seguirles, mal de su grado, con desusada ligereza. Alegrábase también al colono la noticia de la desaparición de Oullier, y ocupábase durante el camino en forjar pretextos para cohonestar su conducta a los ojos del barón con objeto de llegar fácilmente a un arreglo.

Poco tardaron Berta y Courtin en llegar al sitio donde se hallaba Michel, y encontraronle apoyado de espaldas en una piedra, con la cabeza sobre el pecho, y si no completamente desmayado, aletargado a lo menos, con la postración general que entorpece los sentidos y permite ver sólo confusamente cuanto pasa alrededor. Por lo tanto, no reparó en Courtin, y cuando éste, ayudado de Berta, le montó en el caballo, el mancebo estrechó maquinalmente del mismo modo la mano del alcalde que la de la doncella.

Berta y Courtin colocáronse cada uno a un lado del enfermo, y anduvieron sosteniéndole durante el camino, pues sin esta precaución de seguro se habría venido al suelo.

De esta manera llegaron a La Logerie, donde Courtin llamó en seguida a la criada asegurando a Berta que podía fiar de ella como de todas las criadas del Bocage; quitó de su lecho el único colchón que había en la casa, y colocó al barón en una especie de camarachón situado debajo de su aposento, acompañando sus acciones con tales protestas y demostraciones de celo y abnegación, que Berta acabó por arrepentirse del juicio que de él formó al detenerle en el camino.

Vendada la herida de Michel y tendido en el improvisado lecho, Berta fue a acostarse en la cama de la criada para dar a su cuerpo el corto descanso que reclamaba imperiosamente.

En cuanto se vio solo Courtin, restregóse las manos alegremente pensando en lo útil que era para él aquella noche.

Hasta entonces había empleado en vano la violencia de sus fines, y lisonjeábase de que en lo sucesivo debían reportarle grandes beneficios la hipocresía y la astucia, pues no tan sólo acababa de penetrar en el campo enemigo, sino que lo había traído a su casa, y ninguna duda le quedaba que, gracias a esta singular y feliz combinación, no tardaría en poseer todos los secretos de los blancos, y especialmente los que concernían a Perico.

Acordóse de las recomendaciones que el desconocido le había hecho en Aigrefeuille, siendo la principal la de avisarles directamente si conseguía descubrir el paradero de la heroína de la Vendée, sin comunicarlo a los generales, que, además de ser personas poco aficionadas a los ardidés diplomáticos, eran ineptos para las grandes maquinaciones políticas.

Parecióle a Courtin que por conducto de Berta y Michel lograría su objeto; comenzó a creer que todos sus sueños eran puras realidades y que merced a los dos jóvenes, con facilidad: podría adquirir los frutos de oro y de plata, y que las visiones, que le habían acariciado durante el camino, no tardarían en hacerse tangibles.

EN NANTES

Desde la tarde en que Berta abandonó el Moulin-Jacques, manifestando a su hermana la resolución de buscar a Michel, María ignoraba lo que había sido de ella, y fluctuaba en un mar de conjeturas.

¿Habría hecho Michel alguna revelación? ¿En este caso, quién sabe si Berta, desesperada, había ejecutado algún acto funesto? ¿Quién sabe si el pobre mozo había sido herido o muerto; si Berta en alguna de sus correrías arriesgadas, había recibido algún balazo?

María reflexionaba que, con una vida tan errante como la que llevaba siguiendo a Perico, quien cada noche abandonaba el asilo que la noche anterior tuviera, no podía Berta hallarles tan fácilmente, pero también calculaba que a no privarles un grave percance, Berta no podía menos de averiguar su paradero.

Haciéndose estas reflexiones, sintió la infeliz que su corazón, demasiado postrado ya por los golpes que acababa de sufrir, se rendía agobiado a esta nueva pesadumbre; y se veía sola, privada de expansión, y de ver al joven que la fortaleciera con su sola presencia en el ardor de la lucha; dejóse dominar por su negra melancolía, y empezó a sucumbir lentamente al pesar que la devoraba. Las noches las pasaba sin descanso, y los días sin sosiego, aguardando siempre la llegada de Berta o de algún mensajero suyo; pero ni una ni otra llegaban, y María veía transcurrir las horas abismada en su dolorosa tristeza.

María amaba entrañablemente a su hermana, y nada lo probaba más que el cruelísimo sacrificio a que por ella se resignara; sin embargo, ruborizábase cada vez que trataba de sondear su corazón, pues entonces conocía que no era la muerte de su hermana lo que más la afligía, sino que, a pesar del profundo y sincero cariño que la profesaba, otro sentimiento mucho más fuerte e imperioso turbaba su corazón y dominaba su espíritu causándole tormentos espantosos.

En vano había hecho heroicos esfuerzos para desterrar de su corazón la imagen de Michel, creyendo al verse separada de él que podía muy bien tenerle en la memoria sin quebrantar la generosa resolución que de sacrificarse había formado, y complacíase tanto en su dolor y aislamiento al pensar que sufría por el objeto amado, que casi no se acordaba de la larga ausencia de su hermana.

Sumida en la desesperación, agotaba las más siniestras suposiciones sobre la suerte que podía haber cabido a aquellos dos seres idolatrados, experimentando las angustias alternativas de la incertidumbre en que la sumían las fugaces horas, después de contar con mortal ansiedad todos los minutos, comenzó María a sentir un pesar agudo no exento de remordimientos.

María recordaba los más insignificantes incidentes a que habían dado lugar sus relaciones con el barón y las de éste con su hermana, y preguntábase si no había sido un crimen destrozarse el corazón de Michel al destrozarse el suyo; si tenía o no derecho a disponer de su amor, y si no era responsable de la desgracia que ocasionara, acaso, haciendo que el pobre joven compartiese con ella y mal de su grado el mismo sacrificio que se había impuesto.

Volaba en seguida su imaginación al islote de la Jonchére, veía de nuevo sus orillas cubiertas de juncos, oía aquella voz armoniosa y dulcísima que allí le dijera un día: «¡Te

amo!»

Cerraba María los ojos y le parecía aún que el aliento del mancebo jugueteaba con sus cabellos, y sus labios ardientes tocaban los suyos al darla el único e inefable beso que de él había recibido.

Juzgaba entonces muy superior a sus fuerzas el sacrificio que su virtud y su amor fraternal le habían aconsejado; arrepentíase de haberse impuesto una tarea sobrehumana, y el amor volvía a esclavizarle de tal modo su corazón, que María, antes tan piadosa y acostumbrada a buscar la firmeza y la conformidad en la idea de la vida futura, no osaba ya levantar al cielo los ojos, rindiéndose agobiada al peso de su dolor.

Poco tardó el marqués de Souday en echar de ver la honda alteración que el pesar había hecho en la fisonomía de María; pero atribuyóla a las grandes fatigas que sobrellevaba. Pero no hacía caso porque el anciano estaba también bastante abatido y pesaroso viendo desvanecido uno tras otro sus dorados ensueños, a la par que realizadas las predicciones del general, y entristecióle sobre todo la idea de que acaso no tardaría en verse obligado a expatriarse de nuevo casi sin haber tenido el placer de combatir.

Pero el marqués se creía obligado a vencer con su fortaleza de ánimo a la adversidad; y adoptada esta resolución, antes había muerto que tratado de quebrantarla en lo más mínimo, pues consideraba esa fortaleza como un deber del soldado, y el buen hidalgo, tan descuidado en punto a conveniencias sociales, era intransigente y riguroso hasta lo sumo en lo que concernía a las exigencias del honor militar.

A pesar del profundo abatimiento que interiormente experimentaba, no podía leerse en su fisonomía el menor síntoma de desazón, y disimulando su pena, aprovechaba todos los incidentes de la vida aventurera, que él y sus compañeros políticos llevaban, para alegrar con agudos chistes los semblantes mohínos que le rodeaban.

Habíale participado María la partida de Berta, y el marqués no dejó de comprender desde luego que algo habrían influido en ella la conducta de su novio y la ignorancia del paradero de éste. Luego supo por testigos oculares que el baroncito de La Logerie, lejos de haber faltado a su deber, había tomado parte muy activa en la heroica defensa de la Pénissière, y creyendo que Juan Oullier, de cuya solicitud y prudencia no podía dudar, se hallaba con su hija y su futuro esposo, juzgó que no había para qué alarmarse por la ausencia de Berta, considerándola como la de un oficial a quien ha mandado su jefe a una expedición más o menos arriesgada. Lo único que le tenía un tanto meditabundo y un si es o no es resentido, era que Michel hubiese preferido señalarse por sus proezas al lado de Oullier y no al suyo.

La noche misma del día en que tuvo lugar el combate del Chéne partió Perico con algunos caudillos legitimistas del molino que hasta entonces les albergara, por no ofrecerles la seguridad conveniente. Encontrábase el camino a corto trecho de la casa, y gracias a esta circunstancia, pudiendo ver y oír a los soldados que pasaban con los prisioneros de la acción. Efectuóse la marcha durante la noche; pero, al querer atravesar la carretera, tropezaron los fugitivos con una partida, y viéronse obligados a ocultarse detrás de unos espesos matorrales, donde permanecieron más de una hora. Estaba todo el país tan atestado de columnas, que sólo pudieron evitar su encuentro siguiendo los más intrincados senderos.

Al día siguiente, fue preciso ponerse otra vez en el camino. Habían subido de punto las zozobras de Perico, y aunque a pesar de sus heroicos esfuerzos revelábase en su fisonomía los temores que la agitaban, sus labios permanecieron cerrados, digna y serena su actitud.

Era tan tenaz la persecución que sufrieron los jefes legitimistas, que ni una sola noche pudieron entregarse al descanso, y al despuntar el día, con ellos se levantaban los peligros y fatigas. Aquellas marchas nocturnas que se veían precisados a hacer por la imposibilidad de atravesar el país durante el día, eran a veces muy peligrosas, y siempre fatigosísimas para Perico. Pocas eran las ocasiones que podía efectuarlas a caballo; las más de las veces iban a pie, cruzando campos surcados de setos que a menudo era preciso saltar, pues en la oscuridad no era posible encontrar escalas; atravesando las viñas, en cuyos sarmientos tropezaba a cada paso. Comenzaban ya a inquietarse por la salud de Perico los caudillos vendeanos y deliberaban para adoptar los medios más idóneos para preservarle de toda persecución. Varios y encontrados fueron los pareceres: unos querían que fuese a París donde era más fácil ocultarse atendido el inmenso número de habitantes, otros que debía ir a Nantes donde se le tenía ya preparado un asilo; otros, que se embarcara lo más pronto posible, considerando que no podía contarse seguro si no abandonaba el país, pues las pesquisas iban a ser tanto más activas, cuanto que disminuía el peligro.

De esta, última opinión era el marqués de Souday, y se les objetaba la rigurosa vigilancia ejercida en la costa, así como la imposibilidad de embarcarse sin pasaporte en un puerto de mar, por insignificante que fuese.

Cortó Perico la discusión declarando que se trasladaría a Nantes disfrazado de aldeano, entrando en la ciudad a pie y en medio del día.

El cambio y abatimiento de María, no había pasado desapercibido para él; suponiendo Perico, como lo hiciera el marqués, que lo causaba las fatigas y penalidades inherentes a tan singular género de vida, rogó al señor de Souday que le permitiese llevar consigo a su hija, reflexionando que semejante existencia no podía en modo alguno cambiar, hasta que hallaran un asilo completamente seguro.

El marqués accedió gustoso y agradecido a esta petición.

No causó, sin embargo, el mismo efecto a su hija, pues ocurrióle desde luego que en una ciudad, cualquiera que fuese, la sería mucho más difícil tener noticias de Berta y Michel, y la pobre María les estaba esperando a todas horas con indescriptible ansiedad. Con todo, como no había medio de negarse a ella, accedió también a los deseos de Perico.

Al día siguiente, que era sábado y día de mercado, Perico y María, vestidas de aldeanas, pusieron en camino a las seis de la mañana.

Tenían que andar tres leguas y media. Al cabo de media hora, tenía Perico lastimados los pies por los zuecos y más aún por las medias de lana a las cuales no estaba acostumbrado; sin embargo, quiso seguir la marcha resistiendo el dolor en cuanto le fuese dable, pero convencido al cabo de que le era completamente imposible avanzar un paso más con semejante calzado, quitóse zuecos y medias, y con aquéllos en la mano y éstas en el bolsillo, siguió descalzo el camino.

A poco, viendo pasar algunas aldeanas, notó que la tersura de su cutis y la blancura aristocrática de sus piernas podían descubrirla, y apartándose a un lado del camino tomó un puñado de tierra y oscurecióse con ella la piel, continuando en seguida la marcha.

Al llegar delante de Sorinières, vieron la puerta de un mesón que había junto al camino a dos gendarmes de a caballo, conversando con un aldeano que también iba montado.

Iban entonces Perico y María acompañadas de cinco o seis aldeanas, y al parecer los gendarmes no se fijaron en ellas; pero María, que llevada de su incesante anhelo, fijaba la atención en todo el mundo, deseosa de encontrar quien la diese noticias de Berta y de

Michel, creyó observar que el labriego las miraba con extraña instancia.

Volvió la cabeza al cabo de algunos momentos, y vio que éste había dejado a los gendarmes y las seguía acelerando el paso para alcanzarlas.

—¡Alerta! —dijo entonces en voz baja a Perico—: he notado que un hombre a quien no conozco, nos miraba de una manera sospechosa, y ahora nos está siguiendo; no os acerquéis y ni deis a entender que nos conocemos.

—Bueno; ¿y si se dirige a vos?

—Ya sabré contestarle; perded cuidado..

—¿En dónde nos encontraremos, si nos vemos obligadas a separarnos?

—En la plaza del Mercado.

—¿Allí estarás?

—Sí; pero, creedme, alejaos, pues ya se acerca.

Oíase ya, en efecto, el trote del caballo. Separóse María de sus compañeras sin la menor afectación, y aflojó el paso.

Al oír la voz del labriego, estremeciósese María a pesar suyo.

—¿Vamos a Nantes, hija mía? —dijo aquél deteniendo el caballo junto a María y examinándola con atenta curiosidad.

—No es difícil adivinarlo —respondió la joven.

—¿Queréis que os acompañe?

—Mil gracias —repuso María, imitando el acento de las aldeanas de la Vendée—: voy perfectamente con mis amigas.

—¿Vuestras amigas? ¿Intentáis acaso hacerme creer que son todas de vuestra aldea aquellas lindas muchachas con quienes os he visto pasar?

—¿Y qué os importa que lo sean o no? —replicó María, para no contestar a tan insidiosa pregunta.

Comprendiólo Courtin y agregó:

—Permitid que os haga una proposición: ¿Queréis montar a la grupa de mi caballo?

—¡Vaya! ¡tendría gracia que una pobre aldeana como yo anduviese con un hombre que tiene casi el aire de caballero!

—No sería ésta la primera vez que os acompañaría un caballero.

—¿Qué queréis decir?... —preguntó María con cierta zozobra.

—Digo que podrá ser muy bien que a los gendarmes les parezcáis aldeana, mas yo creo que sois otra cosa. Os he conocido, señorita María de Souday.

—¿A qué nombrarme en alta voz, si no me deseáis ningún mal? —respondió deteniéndose la joven.

—¡Mal! ¡Toma! ¿Y qué mal hay en ello?

—Esas mujeres podrían haberos oído, y cuando visto este traje, bien se comprende que así lo exige mi interés y mi seguridad.

—¡Ya! —replicó el labriego, guiñando el ojo y fingiendo un aire bonachón—, esas mujeres estarán, seguramente algo enteradas del negocio.

—Os juro que no.

—Bien habrá una, a lo menos, ¿no es cierto?

María se estremeció a esas palabras, y respondió, haciendo un supremo esfuerzo:

—Ninguna; pero, ¿por qué me hacéis tales preguntas? Os ruego me expliquéis.

—Porque, si vais efectivamente sola, os suplico que os detengáis algunos instantes.

—Y ¿con qué objeto?

—Con el de ahorrarme algunos pasos que mañana habría tenido que dar, sino llego a encontraros.

—¿Para qué?

—¡Caramba! para buscaros.

—¿Quién os ha dado esa comisión?

—Los que os aman.

Y agregó, bajando la voz:

—La señorita Berta y el señor Michel.

—¡Berta!... ¡Michel!... Con que no ha muerto —exclamó María—. ¡Oh! hablad, decidme por favor lo que ha sido de ellos.

La terrible ansiedad que denotaba el acento con que María pronunció esas palabras y la alteración de su semblante al esperar la respuesta, como un reo su sentencia de muerte, no se ocultaron por cierto a Courtin, en cuyos labios vagó una de aquellas sonrisas burlonas, peculiares a los campesinos, complaciéndose en prolongar su silencio, como deseoso de martirizar a la joven, mientras se esforzaba en leer en su semblante lo que pasaba en su corazón, difícil de disimular.

—Perded cuidado —añadió—, volverá.

—¿Está herido? —preguntó ansiosamente María.

—¡Cómo! ¿No lo sabíais?

—¡Dios mío!... ¡Herido! —exclamó María, con los ojos llenos de lágrimas.

Al reparar en ello, ya no necesitó Courtin hacer nuevas preguntas; bastábale lo que había visto.

—Es poca cosa, no creo que le haga guardar cama mucho tiempo, ni tampoco le privará de ir a la boda.

María se turbó, pues esas palabras le recordaban que aún no había preguntado por su hermana.

—¿Y Berta? nada me habéis dicho de ella.

—¿Vuestra hermana? ¡Una joven valiente, por vida mía!

—¿No está enferma ni herida?

—Solamente algo indispuesta.

—¡Pobre Berta!

—Es que, a decir verdad, ha hecho travesuras, que a muchos hombres les habría costado la vida.

—¡Dios mío! —exclamó María—, ambos sufren y no tienen quien les cuide y consuele en su dolor.

—Eso no: se cuidan y consuelan mutuamente. Vuestra hermana, a pesar de hallarse enferma, le mima y le acaricia: hay hombres que nacen con muy buena estrella. Ahí tenéis el señor Michel, que toda su vida ha sido mimado y acariciado por su madre, y al salir de su regazo encuentra para reemplazarla una novia modelo. Mucho tendrá, que

amarla, si no quiere que le tache de ingrato.

Turbóse de nuevo María al oír tales palabras, y viendo su interlocutor el efecto que producían en ella, sonrióse otra vez con su habitual socarronería.

—Vamos —dijo—, ¿queréis que os diga una cosa?

—Decid.

—He observado que el señor barón prefiere, en punto a cabellos, el rubio claro al negro más lustroso.

—¿Qué queréis decir?... —preguntó María con indecible ansiedad.

—Si me obligáis a explicarme claramente, os diré una cosa que de seguro no será muy nueva para vos, esto es, que os ama; Berta tiene su mano, María su corazón.

—¡Ah!... —exclamó María—, eso es invención vuestra, pues no es posible que el señor barón de La Logerie os haya dicho semejante cosa.

—No me lo ha dicho; lo he comprendido, y como le quiero en el alma, desearía verle dichoso. ¡Pobre muchacho! Cuando me llamó ayer vuestra hermana encargándome que os diese noticias de ellos, me propuso para descargo de mi conciencia deciros lo que pensaba sobre el asunto.

—Os engañáis, Courtin —dijo María—. El señor Michel no piensa en mí; es el novio de mi hermana, y la ama con todas veras, creedlo.

—Hacéis mal en desconfiar de mí, señorita María; puesto que acabáis de llamarme por mi nombre, ya sabéis que soy el principal colono del señor Michel, y puedo añadir que tiene en mí ilimitada confianza. Si quisieseis...

—Señor Courtin —replicó interrumpiéndole—, ¿queréis hacerme el favor de mudar de conversación?

—Corriente, pero permitid que renueve mi ofrecimiento; montad a la grupa de mi caballo, y os ahorraréis mucha fatiga. ¿Vais a Nantes?

—Sí —repuso María, que a pesar de sus pocas simpatías por Courtin, no creía preciso ocultarle el verdadero objeto de su viaje.

—Pues yo también; podemos caminar juntos, a no ser que tengáis alguna diligencia que evacuar, en cuyo caso yo la haría por vos con el mayor gusto, y os ahorraríais esta molestia.

A pesar de la franqueza y rectitud de su carácter, María se vio precisada a responder con una mentira, pues importaba mucho que no llegase a traslucirse la causa de su viaje, y repuso:

—No puede ser; voy a reunirme con mi padre que está oculto en Nantes.

—¡Ah! —exclamó Courtin—, ¡bueno! Los otros, entretanto, andan buscándole y hablan de arrasar el castillo de Souday hasta dar con él.

—¿Quién os lo ha dicho? —interrogó María.

Vio Courtin que había cometido una torpeza, manifestando estar al corriente de los proyectos de los agentes del Gobierno, y procuró repararla del mejor modo posible.

—¡Diantre! si vuestra hermana me envía en busca vuestra, precisamente es para preveniros que no volváis al castillo de Souday.

—Ya veis, pues, que a nadie encontrarán allí.

—Se me ocurre una idea—dijo Courtin, con una ingenuidad perfectamente fingida—; si vuestra hermana y el señor Michel quieren daros noticias suyas, será preciso que sepan

vuestro paradero.

—Ni yo lo sé aún —respondió María—; al extremo del puente de Rousseau debo encontrar a un hombre que me acompañará a la casa donde reside mi padre: entonces les escribiré.

—Eso es —repuso Courtin—, y si tenéis que enviarles algún mensaje o ellos quieren venir aquí, estad tranquila, que yo me encargaré de todo.

Y sonriéndose luego de un modo significativo, añadió:

—Yo os aseguro que el señor Michel me hará repetir más de una vez el viaje.

—Ya os he dicho... —replicó María, interrumpiéndole.

—Perdonad, señorita, no creía que os incomodaseis tan fácilmente.

—Me incomodo, porque vuestras suposiciones ofenden tanto a vuestro amo como a mí.

—No tanto —repuso Courtin—. El señor barón es muy rico, y no creo que a diez leguas a la redonda haya ninguna señorita que desdeñara tan buen partido. Decid una palabra —prosiguió el colono, creyendo que todos tributaban culto al becerro de oro—, decir una palabra y la riqueza de mi amo es vuestra.

—Maese Courtin —dijo María, deteniéndose y contemplando al colono con inequívoca expresión de enojo y desprecio—; creed que a no ser por el afecto que profesáis al señor Michel me enfadaría de veras. Por última vez, os suplico no me habléis más del asunto.

Había creído Courtin hallar más frágil la virtud de María, atendida su reputación de *Loba*, así es que semejante respuesta le dejó confuso y sin saber qué decir, y temiendo frustrar sus propios planes si se propasaba demasiado, decidió que el pez cayese en la red antes de recogerlo.

Habíale dicho el desconocido de Aigrefeuille que los caudillos de la insurrección legitimista se refugiaron en Nantes, donde estaba el señor de Souday, según creía Courtin, y como María iba al mismo punto y Perico haría tal vez otro tanto, el amor de Michel a la doncella sería el hilo de Ariadna que le conduciría a su asilo y al de Perico, lo cual formaba el verdadero objeto de las preocupaciones políticas y ambiciosas del colono. Por consiguiente, insistir en acompañar a María era infundirle sospechas, y aunque deseaba llevar pronto a feliz cima su empresa, cedió a la prudencia, decidiéndose a dar a la joven alguna prueba que la tranquilizara por completo respecto de sus intenciones.

—¡Ah! despreciáis mi caballo, y en verdad siento que os lastiméis los pies con los guijarros.

—Es preciso —dijo María—. Yendo a pie seré menos notada que en la grupa de vuestro caballo, y es tanto el miedo que tengo de ser conocida, que me haríais un obsequio si no me acompañarais; dejadme alcanzar a mis compañeras, que están a un cuarto de legua.

—Tenéis razón —repuso Courtin—; tanto más, cuanto que vienen los gendarmes.

En efecto, veíanse a lo lejos los gendarmes.

—Nada temáis —prosiguió Courtin, notando un movimiento de María—; yo les detendré en una taberna; pero antes de alejaros, sepa yo qué le he de decir a vuestra hermana.

—Decidla que todos mis pensamientos y oraciones son para su felicidad.

—¿No tenéis que hacerme ningún otro encargo? —insistió Courtin.

Titubeó la doncella, miró al colono, e inclinando la cabeza, repuso:

—Ninguno.

No obstante, interpretando Courtin el silencio de María, conoció muy bien que la última palabra de su corazón había sido para Michel, aunque sus labios no la hubiesen pronunciado.

El colono detuvo su caballo.

María aceleró el paso, y habiendo alcanzado a las aldeanas, refirió a Perico la anterior entrevista, suprimiendo, por supuesto, la parte concerniente al barón de La Logerie.

Sin sospechar Perico del colono, cuyo nombre no le evocaba ningún recuerdo, consideró prudente eludir su curiosidad.

Dejaron adelantar a sus compañeras, y sin perderlas de vista miraron dónde se había quedado el colono, el cual, conforme lo prometiera, acababa de detener a los gendarmes a la puerta de una taberna. No bien hubieron desaparecido las aldeanas en una hondonada, penetraron ambas fugitivas en un bosque poco distante del camino, y desde donde podían ver a los que las seguían.

Al cabo de un cuarto de hora, vieron llegar a Courtin, aguijoneando cuanto podía el paso de su caballo. Desgraciadamente pasaba el alcalde de La Logerie muy lejos del sitio en que se hallaban para que Perico pudiese conocer que el huésped de Berta y su novio era el mismo sujeto visto por ella en casa de Picaut, y el mismo que había cortado la cincha del caballo de Michel.

Cuando perdieron de vista al colono, continuaron su interrumpido viaje. Perico habíase acostumbrado a su traje y ninguno de los labriegos que pasaban por su lado dio muestras de sospechar que las ropas de aldeanilla encubrían toda una Princesa. Mucho era haber engañado el sagaz instinto de los campesinos.

Por último, llegaron a la vista de Nantes: al entrar en la población, calzóse Perico las medias y los zuecos.

Temiendo María que Courtin hubiese decidido aguardarlas, en vez de entrar por el puente de Rousseau, las dos fugitivas pasaron el Loire en un bote.

Al llegar frente a Bouffay, sintió Perico que le daban un golpecito en el hombro, y volvió la cabeza, estremeciéndose.

La persona que acababa de permitirse tal familiaridad, era una buena vieja que iba al mercado, y habiendo puesto en el suelo un cesto de manzanas/no podía volver a cargárselo.

—Hijas mías —díjoles—, ayudadme a levantar la cesta, y os daré una manzana a cada una.

Perico asió la cesta en seguida, haciendo una seña a María para que agarrara la otra asa, y colocáronla sobre la cabeza de la vieja, quien al ver logrado su objeto se iba sin cumplir su promesa; pero Perico la detuvo, asiéndola del brazo, y la dijo:

—Buena vieja, ¿y la manzana?

La anciana se la dio.

Perico clavó el diente en la manzana con un apetito excitado por tres horas de camino; comíase el joven las manos tras la manzana, cuando, al levantar la cabeza, vio un cartel, en el cual se leían estas tres palabras: ESTADO DE SITIO

Era el decreto del Ministerio declarando en estado de sitio cuatro departamentos de la Vendée.

Acercóse Perico al edicto, y leyólo tranquilamente, a pesar de las instancias de María, quien le aconsejaba que fuesen sin dilación a la casa donde las estaban aguardando, a lo

cual contestó que valía la pena de enterarse por completo de una cosa para él tan interesante.

A poco, siguieron las dos aldeanas su camino, entrando en el laberinto de calles estrechas y oscuras que posee aquella ciudad bretona.

**EN DONDE VOLVEMOS A ENCONTRAR
A NUESTRO ANTIGUO AMIGO JUAN OULLIÉR**

Aunque era casi imposible que los soldados descubrieran a Juan Oullier en la guarida que Piojoso le había proporcionado con sus hercúleas fuerzas, muerto éste y su compañero Alain, el vendeano no había hecho más que cambiar la cárcel donde le hubieran encerrado los azules a caer en sus manos, por otra más espantosa todavía; y la muerte que sus balas le hubieran dado, por otra, aún mucho más terrible.

Estaba enterrado en vida, y en aquel vasto desierto no era de esperar que nadie oyese sus clamores.

A las pocas horas de haberse separado de él Pocogozo y Piojoso, y cuando vio que a pesar de ser tan entrada la noche no venían a buscarle, creyó que habían muerto o caído prisioneros.

La sola idea de la posición en que se hallaba Juan Oullier, era capaz de helar la sangre en las venas del hombre más valeroso; pero el vendeano era de aquellos varones llenos de fe que siguen luchando mientras los más valientes desesperan.

Encomendó su alma al Creador, en una breve y fervorosa oración, y puso manos a la obra con tanto afán como en medio de los abrasados escombros de la Pénissière.

A causa de lo reducido de la excavación había estado hasta entonces en cuclillas; quiso cambiar de postura, y después de prolongados esfuerzos logró ponerse de rodillas, tratando de levantar la piedra con las espaldas; pero todo fue en vano. Lo que hacia Piojoso jugando, era imposible a los demás. Reconoció Oullier el suelo y vio que era de piedra. ¡Fatalidad!

Reconociendo detenidamente la posición en que se encontraba, Oullier observó que la granítica piedra, que cual pesada losa cerraba el hueco, se descubría una rendija por la cual penetraba el aire; aprovechando esta circunstancia, rompió la punta del cuchillo para transformarlo en cincel, y con la culata de la pistola por martillo, trabajó para agrandar la abertura.

Veinticuatro horas empleó en este trabajo, sin otro sustento que el aguardiente que en su calabacilla tenía, y con el cual reparaba sus fuerzas a intervalos, en cuyo tiempo no decayeron un punto su valor y su firmeza de ánimo.

Por último, a la noche del segundo día consiguió sacar la cabeza por el agujero que había practicado en la base de su prisión.

Ya era hora: sus fuerzas se hallaban agotadas. Púsose de rodillas, luego de pie, y por último intentó andar; mas como el pie que se dislocara se había hinchado de una manera espantosa durante las últimas treinta y seis horas, al dar el primer paso sintió un retortijón de nervios y cayó exhalando un grito de dolor.

Acercábase la noche, y no oyendo Oullier rumor alguno, creyó que aquélla iba a ser la última de su vida. Encomendó su alma a Dios, rogándole que velara por las dos niñas a quienes tanto amaba, y no queriendo que la conciencia le acusara de haber omitido algún medio de salvación, arrastróse más que anduvo hacia el Occidente, donde se encontraban las casas más próximas.

De este modo anduvo unos tres cuartos de legua, y llegó a una loma desde la cual divisaba las luces de las casas aisladas que rodean el erial, luces que para él eran tantos faros de vida y de salvación; pero, a pesar de sus esfuerzos, no le fue posible adelantar un solo paso.

Hacía cerca de sesenta horas que no había comido.

Los troncos de los brezos y de las aliagas cortadas al bisel de la podadera en el año anterior habíanle maltratado las manos y el pecho, y la sangre que derramaba acababa de extenuarle.

Entonces renunció a ir más lejos, y echóse rodando a una zanja que había a la orilla del camino, resuelto a exhalar allí el último suspiro.

Acosábale la sed y bebió el agua cenagosa que halló en el fondo de la zanja.

Era tanta su debilidad, que a duras penas pudo llevar la mano a la boca; cubríale los ojos un tupido velo sobre el cual corrían millares de chispas que se apagaban y volvían a encenderse como si fueran ráfagas fosforescentes. Comprendió que se moría, y quiso gritar, sin curarse poco ni mucho que le oyeran amigos o enemigos; pero la voz se le anudó en la garganta, y apenas pudo oír él mismo el ronquido gutural que exhalaba.

Permaneció cerca de una hora en esa especie de agonía, y después de esperarse poco a poco el velo que le cubría los ojos y de afectar el zumbido de su cabeza extrañas modulaciones, perdió el sentimiento de lo que sucedía en torno suyo.

No obstante, era muy poderosa su organización para sucumbir sin luchar de nuevo, y la letárgica calma en que estuvo por algún tiempo permitió que el corazón regularizara sus movimientos y se le templara algún tanto la sangre; como su entorpecimiento no disminuía en lo más mínimo la agudeza de sus sentidos, oyó entonces el vendeano un rumor inequívoco para un batidor del campo como él: eran las pisadas de una persona que bajaba por la maleza, y por ellas vino a entender que pertenecía al sexo bello.

Aquella mujer podía salvarle, y así lo comprendió Oullier en medio de su crítica postración; pero, cuando quiso llamar o hacer algún movimiento para que le avistara, conoció aterrado que ya sólo vivía su inteligencia, mientras su cuerpo, paralizado por completo, se negaba a obedecerle.

Como el hombre que encerrado en vida en un ataúd hace esfuerzos sobrehumanos para romper el muro de bronce que le separa del mundo, puso Oullier en juego todos los recursos que la Naturaleza le había otorgado para domar la materia.

Vano fue su empeño.

Y, entretanto, los pasos se acercaban; a cada minuto, a cada segundo los percibía más distintos. Parecióle al desventurado Oullier que cada guijarro que aquellas pisadas hacían rodar, le hería el corazón, y a medida que iban aumentando sus esfuerzos, aumentaba también su angustia, erizábanse sus cabellos y bañábale la frente un sudor helado; situación más cruel que la muerte, porque los muertos no sufren.

Pasó la mujer. El vendeano oyó que los abrojos rozaban con su zagalejo rasgándolo como si hubiesen querido detenerla: vio su negra sombra en la zarza y cesó de oír sus pasos, que se confundieron con el susurro de la brisa en las secas aliagas.

El infeliz se dio por perdido, y cejando en la horrible lucha que consigo mismo empeñara, calmóse un tanto y mentalmente encomendó su alma al Altísimo.

Absorto en su plegaria, no advirtió la aproximación de un perro, hasta que oyó su ruidosa respiración entre el zarzal, y volviendo penosamente los ojos vio un gozquecillo que le

miraba con inteligentes y despavoridos ojos.

Al ver el animal el leve movimiento de Juan, empezó a ladrar.

Parecióle entonces al vendeano que la mujer llamaba al perro, pero éste no quiso moverse y continuó ladrando.

Eso le infundió nueva esperanza, que esta vez no quedó defraudada.

Cansada de llamar y deseosa de saber lo que detenía al perro, la aldeana, que casual o providencialmente era la viuda Picaut, aproximóse a la zarza y vio a un hombre, en quien conoció a Juan Oullier.

En un principio, creyóle muerto; mas luego vio que le miraba de hito en hito con los ojos desmesuradamente abiertos; púsole la mano en el corazón y sintió que aún latía; sentóle en la hierba, rocióle el rostro con agua, y dióle a beber unas gotas del mismo líquido, introduciéndosela en los apretados dientes.

Poco a poco, como si por una persona viviente volviese a la vida, sintió que se le quitaba de encima el gran peso que le oprimía, cobrando grato calor sus entumecidos miembros; y vertiendo algunas lágrimas de gratitud, asió la mano de la viuda y llevóla a los labios, mientras la regaba con su llanto.

La buena mujer estaba enternecida, pues aunque felipista, apreciaba mucho al viejo chuán.

—¿Qué es eso, amigo Oullier? —preguntó—. Creo que es muy natural lo que hago; lo mismo hubiera hecho por un cualquiera, y con más razón por vos, Juan, que sois un verdadero cristiano.

—Es cierto pero... —dijo Oullier no pudiendo acabar la frase.

—No hay pero que valga —contestó la viuda.

—¡Oh! os debo la vida, os lo aseguro; sin vos, iba a perecer aquí.

—Sin mi perro, queréis decir, Juan; así, pues, sólo a Dios debéis dar las gracias.

Al decir esas palabras, hizo un ademán horroroso al observar que Oullier estaba bañado en sangre, y prosiguió:

—Pero, ¿estáis herido?

—No; rasguños y nada más. Mi mayor mal es tener el pie dislocado y no haber comido en sesenta y cuatro horas, siendo la debilidad la que aniquilaba mi vida.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Pero, aguardad un momento: precisamente llevaba ahora de comer a los que siegan hierba para mí en el erial, y vais a probar un bocado.

Y dejando la viuda en el suelo lo que en la mano llevaba, desató las cuatro puntas de un mantel que contenía sopa y cocido caliente y dio algunas cucharadas a Oullier, el cual cobraba fuerzas a medida que engullía la succulenta sopa.

—¡Ah! —exclamó el vendeano y respiró con brío.

Brilló entonces una sonrisa de satisfacción en el grave y triste semblante de la viuda, quien, sentándose frente de Oullier le interrogó:

—¿Qué haréis ahora, perseguido como sois por los azules?

—¡Ay! —respondió el chuán—, con mi pobre pierna he perdido todo mi vigor, y pasarán muchos meses antes de que pueda correr por los bosques como me convendría, si no quiero consumirme en algún calabozo. Mirad —agregó suspirando—, lo mejor sería ir a buscar a maese Jaime, que me proporcionaría un asilo donde restablecerme.

—¿Y vuestro amo y sus hijas?

—Mi amo no volverá tan pronto a Souday, y hará perfectamente.

—Pues, ¿a dónde irá?

—Seguramente se embarcará con las señoritas.

—¡Pobre idea la vuestra, Juan, de ir a curaros entre aquella cáfila de bandidos que acompañan a maese Jaime! ¡Vaya que estaréis bien servido!

—Es el único que puede acogerme sin comprometerse.

—Pues, ¿y yo? Veo que no os acordáis de mí, y hacéis mal en ello.

—¿No sabéis, acaso, las penas en que incurren los que dan asilo a un chuán?

—¿Qué me importan a mí las penas? Amigo Juan, la gente honrada no debe temerlas.

—Además —añadió Oullier—, vos odiáis a los chuanes.

—No, yo odio a los malvados de todos los partidos, y entiendo por malvados los que asesinaron a mi pobre Pascual, y contra ellos vengaré su muerte, si puedo; pero vos, Juan, blanca o tricolor, lleváis la escarapela de la gente honrada, y por esa circunstancia os salvaré.

—¡Pero no puedo dar un paso!

—Ni aun que pudierais, me atrevería yo a estas horas a introducirlos en mi casa, no por miedo de comprometerme, sino porque desde la muerte del pobre mancebo, vivo preparada contra las traiciones. Ocultaos lo mejor que podáis, y de noche vendré a buscaros con un carro; mañana, el cirujano de Machecoul os pasará la mano por los tendones del pie, y dentro de tres días correréis como un galgo.

—Eso sería lo mejor, indudablemente; pero...

—¿No haríais lo mismo por mí?

—¡Oh! ya sabéis que por vos me arrojaría al fuego.

—Pues, asunto concluido: por la noche vendré a buscaros.

—Gracias, acepto, y creed que no favorecéis a un ingrato.

—No lo hago por merecer vuestra gratitud, Oullier, sino por cumplir mi deber de mujer honrada.

—¿Qué buscáis? —interrogó Juan viendo que la viuda miraba a todos lados.

—Pensaba que entre la maleza estaríais más seguro que en esta zanja.

—No puedo moverme —repuso el chuán enseñando a la viuda sus destrozadas manos, su rostro surcado de cicatrices y su pie hinchado—. Por otra parte, aquí no estoy mal: vos habéis pasado junto sin sospechar que ocultaba un hombre.

—Sí; pero puede pasar un perro y olfatearos como el mío. Pensad, Oullier, que en pos de la guerra vienen las delaciones y las venganzas.

—No os digo lo contrario, pero Dios es bueno y nos ayudará.

La piadosa viuda no replicó, y habiendo dado un pedazo de pan a Oullier, púsole después en un lecho de hojas, apartó de su lado los abrojos, y segura de que no podía ser visto de los transeúntes, se fue, encargándole que no se impacientara.

Acomodóse el chuán lo mejor que pudo, elevó frecuentes acciones de gracias al cielo, y habiéndose comido el pedazo de pan, cayó luego en el profundo sueño que originan las grandes postraciones.

Hacía algunas horas que descansaba cuando un rumor de voces le sacó de la especie de soñolencia posterior al entorpecimiento en que yaciera: creyó oír el nombre de sus

señoritas, y desconfiado en su cariño como lo son los hombres de su temple, pensó que algún peligro amenazaba a las niñas que tanto amaba, y cobrando a esta idea fuerzas para sacudir su postración, incorporóse sobre el codo, apartó con cuidado las espinosas ramas que le rodeaban, y miró al camino.

Había anochecido, pero no eran tan densas las tinieblas que no pudiese el vendeano distinguir dos bultos humanos sentados en un tronco derribado a la otra parte del camino.

—¿Por qué no continuasteis siguiéndola, ya que la habíais conocido? —preguntaba uno de ellos que por su acento alemán muy marcado daba a entender que era extranjero.

—¡Demonio! —respondió el otro—, no la tenía yo por tan loba, y con el chasco que me ha dado me prueba que soy un majadero.

—Podéis estar seguro que la que buscamos se hallaba en el grupo de aldeanas de que se apartó María de Souday para reunirse con vos.

—¡Oh! en cuanto a eso tenéis razón, pues cuando pregunté a aquellas mujeres por la moza que con ellas iba, respondiéronme que ella y su compañera se habían quedado rezagadas.

—¿Qué hicisteis entonces?

—¡Toma! dejé el jamelgo en la posada, y las esperé oculto al extremo del Pyrmille, pero inútilmente, y eso que estuve allí más de dos horas.

—Tomarían algún atajo para entrar en Nantes por otro puente.

—Sin duda alguna.

—Y es sensible, porque tal vez vuestra buena suerte nunca os depare una ocasión tan propicia.

—Sí, me la deparará, os lo fío.

—¿De qué modo?

—¡Oh! como diría mi vecino el marqués de Souday, o mi buen amigo Juan Oullier, que en paz descanse, en casa tengo el sabueso que necesito para esa caza.

—¿Un sabueso?

—Sí, y excelente: tiene algo lastimada una pata, pero en cuanto esté curada le atraillaré y nos pondrá en pista, sin que nos tomemos otra molestia que contenerle para que no rompa la traílla a fuerza de tirar de ella para alcanzar el venado.

—Ea, dejaos de broma, que el asunto es muy grave.

—¡Bromas! ¿Por quién me tomáis? ¿Pues qué, gastaré yo bromas cuando se trata de cincuenta mil francos?

—Sí, hombre sí, ya me lo habéis preguntado más de veinte veces.

—Es que jamás me cansaría de oírlo ni de contar el dinero, si lo tuviera.

—Entregadnos la persona y lo tendréis.

—¡Oh! ya oigo sonar los amarillos: ¡tin! ¡tin!

—Pero explicadme qué significa lo del sabueso.

—¡Oh! ya os lo diré, y de muy buena gana; pero... toma y daca.

—¿Qué significa toma y daca? Acabad

—Os he dicho, si mal no recuerdo, que deseo servir al Gobierno, primero porque le tengo simpatías, y después porque sirviéndole vejo a los nobles, a quienes aborrezco; pero, al cabo, no me desagradaría recibir dinero del Gobierno, ya que hasta hoy le he dado poco o

mucho. Además ¿quién os dice que cuando tenga en su poder a la persona por quien nos promete montes de oro, nos dé lo que nos ha... o mejor dicho, lo que os ha prometido?

—¿Estáis loco?

—Lo estaría, si no os dijera lo que os digo: me gustan más dos precauciones que una, y diez más que dos; y si he de hablaros francamente, en este negocio no veo que sobre ninguna precaución.

—Corréis los mismos riesgos que yo: un gran personaje me tiene prometido que si cumplo el compromiso que con él contraje, recibiré cien mil francos.

—¡Cien mil francos! Muy poco es para que hayáis venido de tan lejos; vamos, confesad que son doscientos mil, y que solamente me dais la cuarta parte porque no necesito ausentarme del país. ¡Caramba! ¡doscientos mil! ¡Cuan feliz sois! Es una suma redonda, y suena muy bien. Corriente, tengamos confianza con el Gobierno; pero, ¿puedo también tenerla en vos? ¿Quién me asegura que no os marcharéis con el dinero, y que a vos lo entregarán? Y en ese caso, ¿a qué tribunal acudiré contra vos?

—Amigo mío, en las asociaciones políticas la fe firma los contratos.

—Por eso, pues, se cumplen tan fielmente; pero, dicho sea con franqueza, más me agradecería otra firma.

—¿Cuál?

—La vuestra o la del ministro con quien os entendéis.

—Está bien; se procurará complaceros

—¡Chitón!

—¿Qué hay?

—¿No habéis oído?

—Sí, alguien viene; me parece que es un carro.

Ambos se levantaron a un tiempo, y a la claridad de la luna que entonces dio en sus personas, violes Juan Oullier el rostro, después de haber oído toda su plática.

—Vámonos —dijo el desconocido.

—No —replicó Courtin—, todavía tengo que deciros muchas cosas; ocultémonos en el matorral, y cuando haya pasado el importuno concluiremos nuestro negocio.

Y ambos se encaminaron a la zarza.

Oullier comprendió que estaba perdido; pero no queriendo ser agarrado como un conejo en su gazapera, púsose de rodillas y sacó su navaja, la cual, aunque despuntada, podía serle muy útil en una lucha a brazo partido.

No tenía ninguna otra arma y creía que los dos hombres no llevaban ninguna; pero al ver el colono que se le yantaba un hombre de la mata, retrocedió algunos pasos sin perder de vista la especie de fantasma que se le aparecía, y recogiendo el fusil que junto al tronco había dejado, hizo fuego sobre el bulto.

Tras el tiro oyóse un grito ahogado.

—¿Qué habéis hecho? —interrogó el desconocido.

—Nos espiaba un hombre —dijo Courtin pálido y temblando.

El extranjero fue a examinar la zarza. —Id con cuidado, que si es un chuán y no ha muerto, va a responder.

El colono se mantuvo apartado y con el arma preparada.

—Es un campesino —dijo el desconocido—, y parece muerto.

Asiendo entonces del brazo a Oullier sacóle de la zanja, y al observar Courtin la inmovilidad cadavérica de aquel hombre, acercóse más tranquilo.

—¡Juan Oullier! —exclamó reconociendo al vendeano—. ¡Juan Oullier! Nunca me hubiera podido figurar que moriría en mis manos, pues jamás he muerto a nadie; pero ya que ha llegado ese caso, prefiero a ese y no a otro. Os juro en verdad que es un tiro bien aprovechado.

—Pero, entretanto el carro se va acercando.

—Es cierto, ha subido ya la cuesta, y el caballo va al trote. Vámonos, no hay que perder un instante. ¿Estáis bien seguro de que ha muerto?

—Así parece.

—En marcha, pues.

Soltó el desconocido el cuerpo de Juan Oullier, que durante este diálogo había estado sosteniendo, y el herido dio con la cabeza en el suelo produciendo un ruido siniestro.

—No hay duda, muerto está —dijo Courtin. Y luego, sin atreverse a acercarse al cadáver y señalándolo con el dedo, agregó—: Sabed, por muy extraño que os parezca, que ese cadáver nos asegura el negocio mejor que la mejor firma del mundo: repito que ese cadáver vale doscientos mil francos.

—¿Cómo? Explicaos.

—Era el único hombre capaz de arrebatarme el sabueso de que os hablaba hace poco. Créle muerto, y acabo de ver que me equivocaba; pero ahora ya podemos estar seguros de que no nos estorbará; por consiguiente, ¡a la caza! ¡a la caza!

—Sí, que ya está cerca la carreta.

En efecto, sólo distaba unos cien pasos del matorral.

Internáronse entrambos en la espesura, desapareciendo en la oscuridad, mientras la viuda Picaut, que había oído el tiro, iba por Oullier, conforme se lo había prometido, llegaba despavorida corriendo al lugar de la escena que acabamos de relatar..

LXVII

DE COMO LA BARONESA DE LA LOGERIE, CREYENDO NEGOCIAR PARA SU HIJO, NEGOCIÓ PARA PERICO

Algunas semanas habían bastado para cambiar por completo la existencia de los personajes que tomaron parte en los sucesos que venimos relatando.

Acabábase de promulgar el estado de sitio en los cuatro departamentos de la Vendée. El general que los gobernaba publicó un edicto invitando a los montañeses a entregar las armas y a someterse al Gobierno, prometiendo que serían tratados con indulgencia y benignidad.

El fracaso de la insurrección había sido tan completo, que la mayor parte de los vendeanos temían sus consecuencias. Algunos se presentaron a las autoridades y otros, no creyendo en la fe de éstas, fueron a engrosar las filas de maese Jaime. Aprovechando tan propicia ocasión, el jefe de la pandilla, dióse tal maña en explotar la errada conducta de sus adversarios, que al cabo de poco tiempo, se encontró con fuerzas suficientes para resistirles en los bosques mientras la Vendée entera se entregaba a discreción.

Entretanto, Gaspar, Juan Renaud, Brazo de Acero y demás caudillos de la insurrección, excepto el marqués de Souday, pasaban el mar para ponerse a cubierto de las iras del Gobierno. Desde que había dejado a Perico, el desgraciado hidalgo había perdido el humor festivo y jovial con el cual se impusiera el deber de combatir la tristeza de sus compañeros. La derrota del Chéne, además de herirle en el corazón por sus simpatías políticas, desvanecía los hermosos ensueños que su mente se había complacido en forjar, quedábanle solamente de aquella aventurera vida cuyos pintorescos recuerdos le sonreían pocos días antes, los reveses y contrariedades imprevistas, las penas ignoradas, las privaciones mezquinas y triviales que constituyen la vida del presente. Tal era el aburrimiento y pesar, que aquel hombre que poco antes encontraba monótona y pesada la residencia del castillo, llegó a echar de menos aquellas veladas que tan agradables hacían el cariñoso agasajo y la amena conversación de Berta y María; halló a faltar ante todo sus entretenidos coloquios con Juan Oullier, y apesadumbrábale de tal modo su ausencia que constantemente preguntaba por él y trataba de averiguar su paradero con un afán tan laudable como poco habitual en el anciano marqués.

En tal disposición de ánimo se encontraba, cuando un día halló a maese Jaime, que andaba por las cercanías de Grandlieu, observando la marcha de una columna.

El marqués de Souday nunca había sentido grandes simpatías por el amo de los *conejos* cuyo primer acto de disciplina había sido emanciparse de su autoridad; este espíritu de independencia y aquel carácter revoltoso era un ejemplo fatal para los vendeanos. Éste, por su parte, aborrecía al marqués como a cuantos le eran superiores en alcurnia o jerarquía social. Sin embargo, no pudo menos de conmoverse al ver el lamentable estado de miseria en que se encontraba el anciano en la choza donde se había refugiado el día siguiente de la partida de Perico para Nantes. Maese Jaime le ofreció un asilo en la selva de Touvain, en la cual, además de la abundancia que reinaba en el reducido campamento, podía distraerse, batiéndose de vez en cuando con los soldados de Luis Felipe.

La última de estas consideraciones le decidió a aceptar la oferta de maese Jaime, pues ardía en deseos de vengar la ruina de sus esperanzas, haciendo pagar a algunos las

desgracias que experimentaba, el tedio que le consumía desde la ausencia de sus hijas, y el pesar de verse privado de la compañía de Juan Oullier.

En consecuencia, siguió el jefe de los *conejos*, quien de subordinado, o mejor de insubordinado, se trocó en protector, y conmovido por la bondad y llaneza del marqués, tratóle con más miramiento y deferencia de lo que era de esperar de su rudeza y malos precedentes.

En cuanto a Berta, después de dos días de permanencia en la casa de Courtin, algo recobradas sus fuerzas, comprendió que su estancia bajo el mismo techo que su novio, lejos de su padre y de Oullier, que en rigor hubiera podido reemplazarle, se prestaba a comentarios y salió por lo tanto del cortijo, yéndose a vivir con Rosina en casa de Tinguy. Distaba ésta media legua de la de Courtin, y la joven iba todos los días a ver a Michel, prodigándole los cuidados de una hermana con la ternura y el tacto exquisito le una amante.

El cariño y la completa abnegación que Berta le daba tantas pruebas, le conmovía hondamente; pero no alteraban por esto los sentimientos que le animaban respecto a María, antes al contrario, contribuían a embarazar más su posición.

Aunque no podía habituarse a la idea del sacrificio que María le exigía, a pesar de estar bastante resignado, contestaba a los cariñosos cuidados de Berta con sonrisas forzosamente afectuosas, y cuando ésta le dejaba, exhalaba un doloroso suspiro, único intérprete de su pesar, suspiro que oía Berta como la expresión de un sentimiento muy diferente. No obstante, a no ser por Courtin, que en cuanto veía desaparecer a Berta entre los árboles del vergel subía a la estancia de su amo y sentábase a la cabecera de su cama hablándole de María, el alma tierna e impresionable de Michel hubiera acabado acaso por resignarse a las exigencias de su situación, aceptando el destino que la fatalidad le imponía. ¡Pero el colono hablaba tan a menudo de María, demostrándole tan vivos deseos de verle feliz con el logro de lo que su corazón anhelaba!

Courtin hacía un trabajo análogo al de Penélope: deshacía de noche lo que Berta con tanto trabajo hiciera de día.

Teniendo en cuenta la debilidad y postración en que se encontraba Michel, poco le costó a Courtin alcanzar el perdón respecto de la conducta que con él había observado, disculpándose con la viveza de su cariño y la inquietud que le causara la fuga de su amo. En seguida, aprovechándose de la circunstancia de conocer su secreto, descubrimiento que había hecho con suma facilidad, de este modo logró adquirir nuevamente su perdida confianza, y como Michel sufría por no poder desahogar los pesares que le amargaban, y supo su colono fingirse tan compadecido de ellos, halagando sus ilusiones, mostrándose tan admirador de María, que fue poco a poco induciendo a Michel, si no a confiarle abiertamente sus secretos, a dejarle adivinar lo que había sucedido entre él y las dos hermanas.

Courtin se guardó muy bien de mostrarse hostil a Berta, procurando, por el contrario, obrar de modo que ésta le creyese de su parte en el proyecto por el cual debía unirse con el joven barón.

Cuando le hablaba lo hacía en términos, como si fuera su futura ama.

Fue tal la habilidad del colono, que, ignorando la doncella sus antecedentes, no cesaba de ponderar a Michel la adhesión que le tenía, y designábale siempre con estas palabras: «Nuestro buen Courtin».

Pero, por otra parte, cuando se encontraba éste con su amo, volvía como hemos

manifestado, a lisonjearle sus más recónditos sentimientos: hacía constante alarde de compadecerle en su infortunio, y animado entonces el mozo por la conmiseración del colono, desahogaba su corazón relatándole los incidentes de sus amores con María. Decíale: «María os ama», insinuándole que debía violentar en algún tanto el sentimiento de María, seguro de que ésta no podía menos de agradecerle semejante violencia. Anticipándose luego a sus deseos, prometíale que tan pronto como le viera restablecido, se consagraría por completo a realizar su dicha, y que él sabría arreglar las cosas de manera que sin faltar Michel a la gratitud que a Berta debía, renunciase ésta espontáneamente al proyecto de enlace.

La prolongada convalecencia de su amo, desazonaba extraordinariamente al colono, viendo que pasaban los días sin poder adquirir la menor noticia de Perico, y esperaba con impaciencia el momento de hacer seguir al barón las huellas de Perico.

Suponemos que ya se habrá comprendido que Michel era el sabueso del cual contaba servirse para lograr su objeto.

Viéndose Berta libre de los temores que al principio le inspiraba la herida de su novio, había ido varias veces acompañada de Rosina a la selva de Touvain, en donde la había hecho saber su padre que se hallaba oculto. Dos o más veces habían tratado al regreso entablar conversación sobre las personas por quienes las dos muchachas debían interesarse más vivamente; pero Berta había permanecido siempre muy reservada, y el alcalde se dio cuenta de que era aquél un terreno muy resbaladizo, y que la menor imprudencia podía despertar mal dormidas sospechas, provocando un conflicto; en consecuencia, aprovechó la mejoría de Michel, que adelantaba de un modo sensible, para instalarse de continuo a tomar una determinación, dándole a entender que, si quería confiarle un recado para María, él se encargaba de obtener de ella una respuesta y hasta un cambio favorable a sus ideas, haciéndola desistir de su propósito, excesivamente generoso.

En este estado siguieron las cosas por espacio de seis semanas, transcurridas las cuales Michel se encontró ya visiblemente mejorado. Privábale de salir durante el día la proximidad del destacamento que a la sazón hallábase colocado en La Logerie; pero, por la noche, paseábase bajo los árboles del vergel, apoyado en el brazo de Berta.

Estos paseos nocturnos contrariaban sobremanera a Courtin, pues cuando los diálogos de Berta y el barón tenían lugar en la casa, había más probabilidades de que pudiese alcanzar alguna palabra equivalente a un indicio de los que tanto anhelaba adquirir; y, por lo tanto, hacía todo lo posible para impedir que se verificasen, acostumbrándose entre otras cosas, para logro de su objeto, a leerles cada noche la lista de los condenados inserta en los periódicos que como alcalde recibía.

Un día, les participó que era absolutamente preciso renunciar a los paseos nocturnos, y al preguntarle la causa, comunicóles una sentencia en virtud de la cual condenábase por contumaz al señor barón Michel de La Logerie a la pena de muerte.

Esta sentencia, que afectó muy poco al barón, dejó aterrada a Berta, quien tuvo tentaciones de echarse a los pies del joven pidiéndole perdón por haberle arrastrado a semejantes desatinos.

Salió tan agitada del cortijo, que toda la noche estuvo soñando cosas tanto más terribles, cuanto que las soñaba con los ojos abiertos; veía a Michel descubierto, preso y fusilado.

En consecuencia, al día siguiente estuvo en el cortijo dos horas antes de lo acostumbrado. No había novedad, ni se notaba ningún síntoma que acrecentara los temores ordinarios.

El día transcurrió como de costumbre: lleno de delicias y angustias para Berta, de melancolías y aspiraciones exteriores para Michel. Llegó la tarde, hermosa tarde de verano, y reclinada Berta en el alféizar de la ventana que daba al vergel, contemplaba cómo se ponía el sol por encima de los corpulentos árboles de la selva de Machecoul, cuyas verdes copas ondulaban como un mar.

Michel se hallaba sentado en su lecho, aspirando las suaves emanaciones de la tarde, cuando de pronto oyeron el ruido de un coche que venía por la alameda. El mancebo se abalanzó a la ventana.

Entonces vieron penetrar un carruaje en el patio del cortijo. Acudió Courtin con el sombrero en la mano, y asomó una cabeza por la portezuela: era la baronesa de La Logerie.

Estremecióse el joven al ver a su madre, no dudando de que venía por él.

Berta dirigió una mirada a Michel, como consultándole, y éste le señaló un oscuro hueco, especie de gabinete sin puerta, en el cual podía esconderse y oírlo todo sin ser vista.

Confiaba Michel en que la ignorada presencia de la joven le infundiría aliento. No se había equivocado: cinco minutos después, oíase crujir la escalera bajo el peso de la baronesa.

Corrió Berta a esconderse, y Michel se sentó junto a la ventana, cual si nada hubiese oído.

Abrióse la puerta y entró la baronesa.

Tal vez había venido resuelta a ser áspera y severa, como de costumbre, mas al ver a Michel a la luz del crepúsculo, pálido como sus moribundos reflejos, olvidó sus propósitos, y no pudo hacer otra cosa que tenderle los brazos, exclamando:

—¡Desventurado! ¡por fin te vuelvo a hallar!

No esperaba Michel tal recepción, y arrojóse conmovido a sus brazos, exclamando:

—¡Madre querida; madre mía!

Ella, por su parte, hallábase también muy demudada: su rostro llevaba impresas las huellas de un llanto continuo y de muchas noches de insomnio.

Sentóse, o, mejor dicho, cayó en un sillón, tomando y besando la frente de Michel, que a sus pies estaba arrodillado.

La baronesa logró, al fin, serenarse, y le dijo:

—¿Cómo te encuentro aquí tan cerca del castillo lleno de soldados?

—Cuanto más cerca me encuentre de ellos, madre mía, menos me buscarán.

—¿Ignoras, por ventura, lo que ha sucedido en Nantes?

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Los consejos de guerra están fallando sin interrupción.

—Eso no me atañe, pues yo no estoy preso —dijo riéndose Michel.

—Atañe a todos —respondió la baronesa—, pues los que no lo están, pueden estarlo de un momento a otro.

—Menos los refugiados en casa de un digno alcalde conocido por sus opiniones felipistas.

—A pesar de todo, no dejas de estar...

Interrumpióse la baronesa, como si sus labios se negaran a proseguir.

—Acabad, madre mía.

—No dejas de estar condenado...

—Condenado a muerte, ya lo sé.

—¿Cómo, desventurado! ¿lo sabes y estás tranquilo?

—Os repito que mientras esté en casa Courtin, me parece que no corro peligro.

—¿Se porta, pues, muy bien contigo?

—Es una segunda Providencia. Me amparó encontrándome herido y muerto de hambre. Me ha traído a su casa y hasta ahora me ha encubierto y alimentado.

—Debo confesarte que no confiaba mucho en el tal Courtin.

—Pues no teníais razón, madre.

—Así sea; hablemos de nuestros asuntos, querido hijo. Por oculto que aquí estés, no puedes quedarte.

—¿Y por qué?

—Porque basta una imprudencia, una indiscreción para perderte.

Hizo Michel un gesto de duda.

—Tú no quieres que muera de espanto, ¿no es cierto?

—No, proseguid.

—Pues has de saber que mientras permanezcas en Francia no viviré tranquila.

—¿Habéis meditado en las dificultades de abandonarla?

—Sí; y las he vencido.

—¿De qué modo?

—Fletando un buque holandés que te está esperando en el río, enfrente de Coueron. Embárcate en él y parte. ¡Ah, quiera Dios que tengas fuerzas para resistir la travesía!

Michel no contestó.

—Irás a Inglaterra, ¿no es cierto? Saldrás de esta tierra maldita que ya regó la sangre de tu padre. Hijo mío, mientras te vea en Francia, no tendré un momento de sosiego. Siempre me parece ver la mano del verdugo que te agarra para arrancarte de mis brazos.

Michel continuó silencioso.

—Aquí tienes una carta para el capitán, y cincuenta mil francos en letras a tu orden sobre Inglaterra y América. Y, además, escríbeme donde quiera que estés y te mandaré cuanto me pidas; o, por mejor decir, a donde vayas, hijo mío, iré a reunirme contigo. Pero ¿qué tienes? por qué no respondes?

En efecto, Michel escuchaba estas palabras con una insensibilidad que casi rayaba en estupor. Partir, era alejarse de María, y a la idea de esa separación se le oprimió el corazón de tal manera que prefería oír la sentencia de muerte. Desde que Courtin había alentado su pasión, desde que gracias a él había concebido nuevas esperanzas, Michel pasaba noche y día pensando en el momento de unirse con la encantadora joven, sin comunicar nada al colono. No podía sufrir la idea de renunciar de nuevo a sus proyectos e ilusiones, y en vez de responder a lo que su madre le decía, afirmábase más y más en su propósito de casarse con María.

Tal era la causa del silencio que tan justificadamente inquietaba a la baronesa.

—Madre —díjole el joven—, si callo, es porque temo no responder a vuestro gusto.

—¿Qué quieres decir?

—Oid, madre mía —dijo su hijo con una firmeza que dejó admirada a su madre, y de la cual en otra ocasión él se hubiera creído incapaz.

—¿Confío que no te negarás a partir?

—No; pero con ciertas condiciones.

—¡Condiciones, cuando se trata de salvarte la vida! ¡Condiciones, cuando se trata de calmar las angustias de tu madre!

—Madre mía —dijo Michel—, desde que no nos hemos visto, he sufrido y he aprendido mucho: ahora sé que hay ciertos momentos que deciden de la felicidad o desgracia de toda la vida, y en uno de ellos me encuentro, madre mía.

—¡Y vas a decidir mi desgracia!

—No; voy a hablaros como un hombre, y nada más. No os admiréis, madre; yo entré en la lid niño aún, y salgo de ella hombre. No ignoro cuáles son mis deberes con vos: os debo respeto, ternura, gratitud, y estos deberes nunca los olvidaré. Pero, cuando el niño pasa a ser hombre, ve horizontes desconocidos que van ensanchándose a medida que adelanta, y al aparecer estos horizontes, aparecen también otros deberes que suceden a la mocedad, y le ligan, no ya exclusivamente a la familia, sino a la sociedad. Al llegar a este período de la existencia, si el hombre presenta todavía la mejilla a su madre, tiende ya la mano a la otra mujer que debe ser, a su vez, la madre de sus hijos.

—¡Ah! —exclamó la baronesa, retrocediendo al oír estas palabras, por un impulso superior a su voluntad.

—Ahora bien —prosiguió el joven, levantándose—, yo he tendido ya la mano, y otra la ha estrechado. Ambas están unidas indisolublemente, y si parto, no partiré solo.

—¿Partirás con tu novia?

—Con mi esposa.

—¿Y crees, por ventura, obtener mi consentimiento para realizar ese enlace?

—Dueña sois, madre mía, de otorgármelo o no, pero yo también lo soy de partir o quedarme.

—¡Infeliz! ¡Infeliz! ¿ése es el pago que das a veinte años de cuidados, de ternura y de cariño?

—Sí; esta recompensa, madre mía —repuso Michel con una firmeza aumentada por la conciencia de que no perdía ninguna de sus palabras para los oídos que ocultamente le escuchaban—; esta recompensa la encontraréis con el respeto que os tengo, en la cariñosa abnegación que confío en probaros cuando llegue el momento oportuno. El verdadero amor maternal no exige una recompensa usuraria, nos dice: seré tu madre durante veinte años, y después seré tu tirano. No dice: te daré la vida, la fuerza, la juventud y la inteligencia, para que con estos dones me obedezcas ciegamente. No, madre, el verdadero amor maternal, dice: te sostuve cuando eras débil, te instruí en tu ignorancia, y te guié en tu ceguedad.

»He ahí cómo comprendo la autoridad que tiene una madre sobre su hijo, he ahí cómo comprendo el respeto que el hijo debe a su madre.

La baronesa quedó petrificada al oír esas razones: menos la hubiera sorprendido la ruina del universo que aquel lenguaje firme y resuelto.

Miróle con profunda sorpresa, mientras Michel, ufano y satisfecho de sí, contemplábala tranquilo y con la sonrisa en los labios.

—¿Es decir, que nada te hará desistir de tu insensato propósito?

—Nada, madre mía, podrá hacerme faltar a mi palabra dada.

—¡Ah! —exclamó la baronesa, tapándose los ojos—, ¡madre desventurada!...

Arrodillóse Michel a sus pies, diciendo:

—¡Dichosa y muy dichosa la madre que hace feliz a su hijo!

—¿Qué tienen esas *Lobas* que de ese modo cautivan los corazones? —exclamó la baronesa.

—Como quiera que llaméis a mi amada —dijo su hijo—, os responderé: la mujer que amo, a pesar de las calumnias, reúne las cualidades para hacer dichoso a cualquier hombre.

—No, no —dijo la baronesa—, nunca consentiré en ese enlace.

—Entonces, madre, tomad las letras y la carta que me habéis dado para el capitán del *Joven Carlos*, pues para nada me sirven.

—Pero ¿qué piensas hacer, desventurado?

—¡Oh! una cosa muy sencilla; prefiero morir a vivir separado de la mujer a quien amo; como ya estoy bueno y me siento con sobradas fuerzas para empuñar el fusil, me reuniré con los últimos insurrectos que en la selva de Touvain capitanea el marqués de Souday, y batiéndome con ellos pereceré. Dos veces la muerte ha venido en mi busca y no me ha encontrado —añadió con amarga sonrisa—; confío en que a la tercera tendrá el ojo más certero y el pulso más seguro.

Y el joven dejó caer la carta y las letras en el regazo de su madre.

Comprendiendo ésta la inutilidad de esforzarse en persuadirle, cedió mal de su grado y repuso:

—Hágase tu voluntad, y Dios quiera olvidar que has violentado la de tu madre.

—Lo olvidará, y vos también, cuando veáis a vuestra hija.

La baronesa movió la cabeza con aire dudoso.

—Vete —replicó—, y cástate lejos de mi presencia con una extraña a quien no conozco, ni jamás he visto.

—Espero casarme con una mujer a quien vos sabréis conocer y apreciar, y ese gran día será para mí consagrado por vuestra bendición. Acabáis de decirme que vendréis a encontrarme doquiera que me encuentre, y prometo aguardaros, madre mía.

Levantóse la baronesa y se encaminó a la puerta.

—¿Os vais sin decirme adiós, sin abrazarme? ¡Ah! ¿no teméis, madre mía, que semejante despedida sea funesta para mí?

—Ven, pues, hijo desventurado, ven a mis brazos, a mi corazón.

Pronunció la baronesa esas palabras con aquel grito que tarde o temprano exhala siempre el corazón de una madre.

—¿Cuándo partirás, hijo mío? —le preguntó.

—Eso depende de ella —contestó Michel.

—Lo más pronto posible, ¿no es cierto?

—Creo que será esta noche.

—Abajo hallarás un traje de aldeano, disfrazate lo mejor que puedas, y parte pronto, pues de aquí a Coueron sólo hay ocho leguas, y puedes llegar allá a las cinco de la mañana. No olvides el nombre del buque: el *Joven Carlos*.

—Nada temáis, madre mía; sabiendo que encontraré la felicidad al término de mi viaje, haré todo lo posible para efectuarlo cuanto antes.

—Yo vuelvo a París, donde emplearé todo mi valimiento para lograr que se revoque esa fatal sentencia. Conserva la vida, no la expongas imprudentemente, y no olvides que, velando por ella, velas también por la mía.

A fuer de fiel servidor, estaba Courtin vigilando al pie de la escalera. Al volver Michel de cerrar la puerta, vio a Berta que, sonriendo de gozo y radiante de amor, estaba esperando el momento de encontrarse a solas con el barón para arrojarle en sus brazos.

Recibióla en ellos Michel; pero si el aposento no hubiera estado en aquel instante a oscuras, Berta no hubiera dejado de notar seguramente el embarazo que en su rostro se retrataba.

—Ahora, amigo mío —dijo la joven—, ya nada puede separarnos; nada nos falta, pues ya tenemos el consentimiento de mi padre y tu madre.

Michel no contestó.

—Esta noche partimos, ¿no es cierto?

El barón continuó silencioso, como momentos antes lo había hecho con su madre.

—¿Calláis? —dijo Berta—; ¿por qué ese silencio, amigo mío?

—Porque nuestra partida dista mucho de ser segura —repuso, al fin, Michel.

—Pero ¿no acabáis de prometer a vuestra madre que partiríais esta noche?

—Yo la he dicho: eso depende de ella.

—¿Y ella, no soy yo, por ventura?

—¡Cómo! Berta, tan realista, tan leal y generosa, ¿sería capaz de ausentarse de Francia, sin acordarse de los que en ella deja?

—¿Qué queréis decir?

—Que pienso llevar a cabo una acción mucho más grande, mucho más útil que mi propia libertad, que mi propia salvación.

Miróle Berta, sin llegar a comprender lo que estaba oyendo.

—Pienso en la manera de alcanzar la libertad y la salvación de madame —añadió el joven.

Berta lanzó un suspiro, pues principiaba a conocer la causa del silencio en que había estado sumido el barón, y éste agregó:

—El buque que mi madre ha fletado para mí, ¿no podría acaso llevarse de Francia a la princesa, a vuestro padre?...

Y añadió luego, en voz baja:

—¿Y a vuestra hermana?

—¡Ah! ¡Michel! —exclamó Berta—, perdonad que no me haya acordado de eso: hace poco os amaba, y ahora os amo y admiro. Sí, tenéis razón, la Providencia ha inspirado a vuestra madre; olvido las duras y crueles palabras que contra mí ha pronunciado, y veo solamente en ella un instrumento de que se ha valido el Altísimo para salvarnos a todos. ¡Oh! ¡cuan bueno, o mejor, cuan grande sois, amigo mío, por haberlo pensado!

El joven balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—¡Ah! bien sabía yo —prosiguió Berta entusiasmada—, que erais el hombre más bravo y leal de la tierra; pero hoy, Michel, habéis superado mis esperanzas. ¡Pobre muchacho!

herido y condenado a muerte, se olvida de sí mismo y sólo piensa en salvar a los demás. ¡Oh, amigo mío! si mi amor antes me llenaba de contento, ahora me colma de orgullo.

Si en aquel instante hubiese habido luz en la estancia, Berta habría visto ruborizado al joven.

En efecto, no era tan desinteresado el sacrificio del barón, como Berta creía.

Después de obtener el permiso de su madre para casarse con la mujer a quien amaba, habíale ocurrido una idea feliz, la cual consistía en hacer a Perico el servicio más importante que en aquel momento podía prestarle el más adicto de sus partidarios, y aprovechar tan buena ocasión para revelárselo todo, pidiéndole en recompensa la mano de María.

Fácilmente se comprenderán ahora el embarazo y el rubor de Michel.

En consecuencia, permanecía frío a pesar suyo a las demostraciones de la joven, limitándose a contestar:

—No perdamos un tiempo precioso, Berta.

—Tenéis razón, amigo —repuso la joven—; disponed, estoy pronta a obedeceros, pues acabo de conocer la superioridad de vuestro corazón y talento.

—¡Bien! —dijo Michel—, pues debemos separarnos.

—¿Por qué? —interrogó Berta.

—Vos iréis a la selva de Touvain, y después de participar a vuestro padre lo que ocurre, os dirigiréis a la bahía de Bourgneuf para embarcaros en el *Joven Carlos* en cuanto esté a la vista. Entretanto, yo iré a Nantes, para avisar a la duquesa.

—¡Vos a Nantes! ¿olvidáis acaso que estás sentenciado a muerte y que os están buscando? Yo soy quien debe ir a Nantes; id vos a Touvain.

—El *Joven Carlos* me espera, Berta, y no es probable que el capitán haga lo que otro diga. Podría suceder que, viendo llegar una mujer en vez de un hombre, temiese alguna asechanza, y nos viésemos en algún apuro.

—Reflexionad en los peligros a que os vais a exponer.

—Bien reflexionado, Berta, comprenderéis que quizás es el lugar más seguro para mí. ¿Quién irá a sospechar que condenado a muerte en Nantes, me atreva a presentarme en aquella ciudad? Por otra parte, no ignoráis que hay momentos que la audacia es prudencia; y debéis saber que ahora nos encontramos en uno de estos casos. Dejadme hacer.

—Os he dicho que os obedecería, Michel, y cumpliré mi palabra.

Y la arrogante joven aguardó sumisa como un niño las órdenes del que gracias a su aparente abnegación acababa de tomar a sus ojos gigantescas proporciones.

Nada más sencillo que el plan que se había propuesto, y más aún la manera como pensaba ejecutarlo. Berta debía indicar a Michel el asilo de la duquesa en Nantes, y las contraseñas necesarias para llegar hasta ella. Luego, disfrazada con el traje de Rosina, debía ir a la selva de Touvain, mientras Michel se encaminaba a Nantes con el vestido de aldeano que le había traído la baronesa.

A no ocurrir algún percance que lo estorbara, el *Joven Carlos* podía zarpar a las cinco de la mañana siguiente llevándose con Perico los últimos vestigios de la guerra civil.

A los diez minutos, cabalgaba Michel en el jaco de Courtin, y Berta, por su parte, se dirigía a la cabaña de Tinguay, para ir enseguida por senderos poco frecuentados al bosque

de Touvain.

LXVIII

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS

A pesar de los mil defectos y alifafes de que la edad y el trabajo habían dotado al caballo de Courtin, el pobre animal era todavía bastante fuerte para que a Michel le fuese dado llegar al término de su viaje antes de las nueve de la noche.

La primera parada debía efectuarse en el mesón del *Alba*.

Apenas hubo cruzado el barón el puente de Rouseau dióse a buscarlo.

Al conocerle por la muestra, que figuraba un cometa pintado con el ocre más hermoso que el artista pudo encontrar, detuvo el jamelgo delante de un poste de madera destinado a dar agua a las caballerías que iban de paso.

Nadie se presentaba a la puerta ante la cual acababa de detenerse Michel, y como olvidando el humilde traje que vestía y acordándose solamente de la amabilidad con que salían a recibirle los criados de La Logerie en cuanto llegaba, dio el barón repetidos golpes en el pilar con la vara que llevaba en la mano.

Al oír aquellos golpes, salió del patio de la casa un hombre en mangas de camisa, con un gorro de algodón azul metido hasta los ojos. Aquella cara parecióle a Michel que no le era completamente desconocida.

—¡Diantre! —dijo murmurando el hombre del gorro azul—, a lo que veo, sois muy señor para llevar vos mismo el caballo al establo; pues bien, vais a ser servido como un señorito.

—Servidme como queráis, pero decidme...

—Hablad —dijo el hombre cruzando los brazos.

—Deseo hablar al padre Eustaquio —agregó Michel a media voz.

A pesar de lo quedito que el barón habló, el del gorro hizo un gesto de impaciencia mirando en torno suyo, y aunque sólo vio algunos chiquillos que con las manos cruzadas a la espalda contemplaban al joven aldeano con ingenua curiosidad, asió vivamente del diestro al caballo y dirigióse al patio.

—Os he dicho que quería ver al padre Eustaquio —repitió Michel al apearse, y cuando llegaron al sotechado que servía de establo en la posada, volvióse el hombre que le guiaba y le dijo:

—De sobra que lo he oído, ¿creéis acaso que le tengo en la caja de la avena a vuestro padre Eustaquio? Pero, antes de deciros dónde le hallaréis, ¿de dónde venís?

—Del Sur.

—¿A dónde vais?

—A Rosny.

—Corriente; siendo así, tenéis que pasar por la iglesia de San Salvador. Id con Dios, señor de La Logerie, y cuando habléis en la calle otra vez, tratad de bajar más la voz, si deseáis llegar al término de vuestro viaje.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó un tanto admirado el barón—, ¿me conocéis?

—¡Sería lástima! —respondió el interlocutor.

—Haced, pues, que lleven el caballo a mi casa.

—Seréis complacido.

Puso Michel un luis de oro en la mano del mozo de la cuadra, quien, muy contento de la propina, le ofreció sus servicios; y en seguida entró en la ciudad sin vacilar un momento.

Cuando llegó a la iglesia de San Salvador, el sacristán estaba cerrando las puertas. La lección que el mozo de cuadra acababa de darle, la tenía aun impresa en su memoria y el barón se decidió a observar algunos momentos antes de hacer a nadie la menor pregunta.

Había cinco o seis mendigos que antes de dejar el pórtico donde pasaban el día entero implorando la caridad de los fieles, se habían arrodillado bajo el órgano para hacer la oración de la tarde.

No cabía duda que el padre Eustaquio se hallaría entre ellos, pues estaba encargado de presentar el hisopo.

—Sin embargo, era bastante difícil conocerle por esta circunstancia, pues además de dos o tres mujeres cubiertas con abigarradas mantas, había tres pordioseros, ninguno de los cuales llevaba hisopo.

Cualquiera de aquellos podía ser el que buscaba Michel. Por fortuna, el barón tenía otro medio para conocerle.

Tomó la ramita de acebo que llevaba en el sombrero, y que Berta le había indicado como una señal por la cual sería conocido por el padre Eustaquio, y dejóla caer en el umbral de la puerta.

La pisaron dos mendigos sin detenerse en ella. El tercero, que era un anciano de estatura baja, enjuto y de nariz descomunal, y llevaba un gorro de seda negro, hizo un movimiento al ver sobre las losas las verdes hojas de acebo, y tomó la rama mirando con inquietud en torno suyo.

Entonces apartóse Michel de la columna detrás de la cual se había ocultado.

El padre Eustaquio, pues él era, efectivamente, le dirigió una significativa mirada y, sin decir palabra, volvió a entrar en la iglesia andando como si se dirigiera al claustro.

Conociendo Michel que aún no le bastaba la seña de la rama al padre Eustaquio, llegóse a él diciendo:

—Vengo del Sur.

Estremecióse el mendigo.

—Y, ¿a dónde vais? —le preguntó.

—A Rosny —repuso Michel.

Detúvose el mendigo, retrocedió y, dirigiéndose a la calle, hizo una seña a Michel para indicarle que se habían comprendido, siguióle el barón a corta distancia.

Pasaron otra vez por delante de la iglesia y cruzaron parte de la población. Al atravesar un lóbrego y estrecho callejón, detúvose el mendigo algunos instantes ante una puerta baja y oscura practicada en la tapia de un jardín, y después siguió andando.

Observando entonces Michel que su guía había puesto la rama de acebo en la argolla que servía de aldabón, dióse cuenta que había llegado al término de su viaje, y llamó a la puerta.

Abrióse un postigo que en la misma había y una voz masculina le preguntó qué deseaba.

Repitió Michel la contraseña, y fue introducido en una sala baja, donde estaba sentado un caballero envuelto en una bata y con los pies apoyados en los morillos de la chimenea,

leyendo tranquilamente un periódico, a quien conoció en seguida recordando haberle visto en el castillo de Souday la noche en que el general Dermoncourt se comió la cena destinada a Perico, y también la víspera del combate del Chéne, en cuya ocasión le vio con un fusil en la mano.

A pesar de sus pacíficas apariencias, aquel caballero tenía un buen par de pistolas de dos tiros al alcance de la mano, sobre una mesita en la cual había recado de escribir.

Conoció desde luego a Michel, y levantándose a recibirle :

—¿Creo haberos visto en nuestras filas, caballero? —le dijo.

—Sí, caballero —repuso Michel—, me visteis sin duda la víspera del combate del Chéne.

—¿Y al día siguiente? —preguntó el de la bata sonriéndose.

—Me encontraba en el de la Pénissière en donde fui herido.

El desconocido inclinándose le preguntó:

—¿Queréis hacerme el obsequio de decirme vuestro nombre?

Michel le dijo su nombre, y consultando el interlocutor una agenda que sacó del pecho, dio muestras de satisfacción.

—Y ahora, caballero, ¿puedo saber el objeto de vuestra venida?

—Deseo ver a Perico para prestarle un gran servicio.

—Dispensad, caballero: pero a Perico no puede vérselo tan fácilmente; sé que sois de los nuestros y merecéis toda nuestra confianza, pero ya comprenderéis que las frecuentes idas y venidas en esta casa, que hasta ahora ha guardado felizmente su secreto, llamarían en breve la atención de la policía. Hacedme, pues, el favor de relatarme vuestros proyectos, y os daré la respuesta que deseáis.

Explicóle entonces Michel lo que con su madre había sucedido; que ésta había fletado un buque para libertarle, y que se le había ocurrido la idea de destinar este buque para libertar a Perico.

Escuchábale el de la bata con creciente atención, y después de haber hablado el barón, repuso:

—No parece sino que la Providencia es quien os envía; casi era imposible que, a pesar de las precauciones adoptadas y de las cuales vos mismo habéis podido juzgar, la casa en donde se oculta Perico pudiese por más tiempo escapar a las pesquisas de la policía. Interesa a nuestra causa, a Perico particularmente y a todos nosotros en general, en que parta cuanto antes, y puesto que la dificultad de encontrar un buque acaba de allanarse tan felizmente, voy ahora mismo a ver a Perico y a recibir sus órdenes.

—¿Debo seguiros? —interrogó Michel.

—No; el contraste de vuestro traje de aldeano con el mío os expondría a llamar la atención de los espías que nos rodean. ¿En dónde paráis?

—En la posada del *Alba*.

—Estáis en casa de José Picaut y nada tenéis que temer.

—¡Ah! —exclamó Michel—, bien decía yo que aquella cara no me era desconocida; pero yo creía que habitaba entre el Boulogne y la selva de Machecoul...

—No os equivocáis; es posadero sólo accidentalmente Id a esperarme en su casa; dentro de dos horas estaré allí solo o acompañado de Perico, según éste acepte o no vuestro ofrecimiento.

—¿Confíaís por completo en José Picaut?

—Como en mí mismo: si tuviese que tacharle de algún defecto, le reprocharía, por el contrario, de entusiasmo exagerado. Recordad qué durante la excursión de Perico en la Vendée más de seiscientos aldeanos supieron los puntos donde se refugiaba, y que ninguno de ellos pensó en enriquecerse delatándole, rasgo de lealtad que es el mejor título de gloria de aquella pobre gente. Decid a José que esperáis a alguien, previniéndole que, en consecuencia, esté sobre aviso; bastará que le digáis estas palabras: «calle del Castillo, núm. 3» para obtener de él y de los demás comensales del mesón que os obedezcan ciegamente.

—¿Tenéis que decirme algo más?

—Tal vez sea prudente que las personas que acompañen a Perico salgan aisladamente de la casa donde se oculta, y entren de igual modo en la posada; pedid un aposento con ventana al muelle; no tengáis luz en él, y dejadla abierta.

—¿No se os ha olvidado nada?

—No; adiós, caballero, o mejor dicho, hasta la vista. ¡Si conseguimos llegar sin novedad a vuestra embarcación, habréis prestado un gran servicio a nuestra causa. En cuanto a mí, os confieso que me aquejan vivos cuidados; hablase de importantes sumas ofrecidas a la traición y mucho temo que nos pierda la codicia de algún malvado.

Salió Michel por una puerta que daba a la otra calle y atravesando presuroso la ciudad, llegó al mesón, donde halló a Picaut, que estaba dando instrucciones a un muchacho para que llevase el caballo de Courtin a La Logerie, como el barón le había encargado.

Al entrar Michel en la cuadra, hizo a José una seña, que éste comprendió perfectamente, y despidiendo al muchacho, le dijo que su comisión quedaba aplazada para el día siguiente.

—¿No me habéis dicho que me conocíais? —dijo Michel apenas estuvieron solos.

—Algo más dije, señor de La Logerie, puesto que os llamé por vuestro nombre.

—Pues tengo el gusto de decirte que no me llevas mucha ventaja, pues yo también sé el tuyo: te llamas José Picaut.

—No lo niego —repuso el aldeano con socarrona sonrisa.

—¿Puedo fiar en ti, José?

—Si sois azul, no; si sois blanco, sí.

—¿Conque, según eso, eres blanco?

Picaut se encogió de hombros.

—Si no lo fuera, ¿me hallaría aquí; estando sentenciado a muerte? Ni más ni menos: me han hecho el honor de condenarme por contumaz, y somos iguales ante la ley.

—Y estás aquí...

—Como mozo de cuadra y nada más.

—Preséntame al amo de la posada.

Éste se hallaba durmiendo, y habiéndosele despertado, recibió a Michel con cierta prevención, por cuyo motivo se apresuró el mancebo a pronunciar las cinco palabras: «calle del Castillo, núm. 3».

Apenas las hubo oído el posadero, depuso toda su desconfianza, poniéndose en seguida y por completo a disposición de Michel, quien le preguntó:

—¿Tenéis viajeros en la posada?

—Uno —repuso el posadero.

—¿Qué clase de hombre es?

—De la peor posible; es un hombre de quien debemos desconfiar.

—¿Le conocéis?

—Es Courtin, alcalde de La Logerie y azul furibundo.

—¿Courtin? —exclamó Michel—, ¡Courtin aquí! ¿Estáis seguro?

—Yo no lo conocía; Picaut es quien me ha avisado.

—¿Y cuándo ha llegado?

—Hará poco más de un cuarto de hora.

—¿Dónde se encuentra?

—Ha salido después de tomar un bocado, diciéndome que no volvería hasta las dos de la madrugada, pues tenía que hacer en Nantes.

—¿Ignora que vos le conocéis?

—No lo creo; a menos que haya conocido a Picaut, lo cual dudo, pues la luz le daba de lleno en él rostro mientras Picaut permanecía en la sombra.

Michel reflexionó un instante.

—No creo a Courtin tan malo como suponéis —replicó Michel—, pero de todos modos, debemos recelarnos de él como decís, y conviene sobre todo que ignore mi presencia en la posada.

En esto, Picaut, que hasta entonces había permanecido en el umbral de la puerta sin tomar parte en la conversación, aproximóse a los dos interlocutores, y dijo al barón:

—Si os molesta demasiado, decidlo y haremos de modo que nada sepa, y si sabe algo, lo calle. Hace mucho tiempo que estoy quejoso de él y deseo ajustarle las cuentas.

—No, no —dijo vivamente Michel—; Courtin es mi colono, débole algunos favores y sentiría que le sucediera algún percance; por otra parte —añadió viendo que Picaut fruncía el entrecejo—, no es lo que suponéis.

Meneó José la cabeza sin que Michel lo viera.

—Nada temáis —dijo el posadero—, si vuelve le vigilaré.

—Bueno, tú, José, toma el caballo con que he venido, conviene que Courtin no le vea en la cuadra, pues es suyo y lo reconocería inmediatamente.

—Está bien.

—¿Conoces las riberas del río?

—No hay ningún sitio de la ribera izquierda que yo no conozca, aunque no suceda lo mismo con la derecha.

—No importa, basta que conozcas la izquierda, pues en ella es donde tienes qué hacer. Irás a Coueron, y frente a la segunda isla verás un buque anclado, el *Joven Carlos*, que tendrá izado el gallardete de mesana, ¿oyes?

—No lo olvidaré, estad tranquilo.

—Tomarás una lancha, irás a bordo y cuando te den el *¡quién vive!* responde *¡Hermosa isla en el mar!* Entonces te dejarán subir, entregarás al capitán este pañuelo tal como está, (no por tres puntas), y le dirás que apareje para zarpar a la una de la madrugada.

—¿Nada más?

—¡Ah! sí: me olvidaba decirte que si te portas bien te daré otra moneda como la de anoche.

—¡Vamos! ¡vamos! —dijo Picaut— aparte del peligro de ser ahorcado, no es un oficio tan malo el mío; y si pudiese mandar de vez en cuando algún balazo a los azules y vengarme de Courtin, aseguro que para nada echaría de menos a maese Jaime y sus gazaperas. ¿Y después?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué haré después?

—Te ocultarás en la orilla para esperar hasta que te avisemos con un silbido. Si todo va bien, te acercarás imitando el canto del cuclillo; si, por el contrario, has notado algo, nos avisarás con el grito de la lechuza.

—¡Diantre! señor de La Logerie —dijo José Picaut—, bien se ve que habéis estudiado en buena escuela: todo esto está bien claro, y mejor combinado. ¡Lástima que no podáis proporcionarme mejor cabalgadura! Entonces sí que despacharía el asunto pronto y bien.

Y José salió para cumplir su cometido.

Entretanto, el posadero condujo a Michel al primer piso, y habiéndole introducido en un aposento de humilde apariencia, accesorio al comedor, con dos ventanas que daban al camino, fue a ponerse en observación para acechar a Courtin.

Michel abrió una de aquellas ventanas, y sentóse en un taburete, de modo que no pudieron verle desde el camino por el cual tendía la vista.

EN DONDE LOS AMORES DE MICHEL TOMAN MEJOR SESGO

No obstante la aparente tranquilidad de Michel, hallábase dominado por una intensa zozobra. ¡Iba a ver a María!

Y a esta idea se le oprimía el pecho, dilatábase su corazón, la sangre le circulaba agitada en las venas, y trémulo de emoción, apenas preveía la consecuencia de todo aquello; mas como la firmeza que contra su costumbre desplegara delante de su madre y de Berta le había dado tan excelentes resultados, le propuso mostrar igual entereza delante de María, comprendiendo muy bien que había llegado al paroxismo extremo de la situación, y que de su resolución dependía una felicidad eterna o una irreparable desventura.

Hacía cosa de una hora que estaba allí, observando ansioso todas las formas humanas que veía venir en dirección a la posada, hacíasele el tiempo tan largo, que cada minuto le parecía una eternidad, y preguntábase si su corazón no se rompería cuando se encontrara frente de su amada.

De pronto, divisó una sombra que venía de la calle del Castillo, andando ligera, y a pesar de su femenino vestido, seguramente no era Perico ni María, pues no parecía probable que ninguno de ellas viniera sola.

Sin embargo, parecíale que la que iba acercándose alzaba los ojos para reconocer la casa, y después la vio detenerse ante la posada, oyendo en seguida tres golpecitos que daban en la puerta.

Bajó Michel apresurado, y al abrir la puerta conoció a María que iba envuelta con un manto.

Y al reconocerse ambos, sólo pudieron pronunciar sus nombres. El barón asió del brazo a la doncella, llevóla al aposento del primer piso, y no bien hubo entrado, arrojóse a sus pies, exclamando:

—¡María! ¡María! ¿Conque sois vos? ¡Oh! me parece un sueño. He pensado tantas veces en este venturoso instante, y tantas mi imaginación ha saboreado esta delicia, que aun me cuesta creer que no estoy soñando. ¡María! ¡ángel, amor y vida mía! ¡Oh! ¡dejad que os estreche contra mi corazón!

—¡Oh!, Michel, amigo mío—dijo la joven suspirando por no poder refrenar el sentimiento que la dominaba—. ¡Oh! yo también me alegro de veros; pero, decidme, ¿fuisteis herido?

—Sí, sí; pero no sufría a causa de mi herida, sino por estar separado de cuanto amo en el mundo. ¡Oh! creedme, María, muy sorda y tenaz es la muerte, pues no ha oído mi súplica.

—¡Michel! no habléis de ese modo, amigo mío, no olvidéis lo que por vos ha hecho la pobre Berta, ya lo hemos sabido y no me canso de admirarla, ¡pobre Berta! ¡yo que tanto la quiero, por los desvelos que os ha prodigado a cada momento!...

Al oír el nombre de Berta, decidido Michel a no acatar la voluntad de María, levantóse con presteza y anduvo por la estancia con agitado paso. Viendo María lo que en el corazón del joven pasaba, hizo un supremo esfuerzo, y prosiguió:

—Michel, os suplico en nombre de todo el llanto que he derramado en memoria vuestra,

os suplico que me habléis como a una hermana: no olvidéis que pronto vais a ser mi hermano.

—¡Vuestro hermano! ¡yo!, María —dijo el mancebo, moviendo la cabeza—, en cuanto a esto tengo tomado mi partido: jamás, os lo juro.

—¡Michel! ¡Michel! ¿olvidáis el juramento que me habéis hecho?

—Juramento que yo no hice, y que me arrancasteis cruelmente, abusando de mi amor para exigirme que renunciara a vos. Pero toda mi voluntad se subleva contra ese juramento, y ninguna fibra de mi cuerpo quiere que me cumpla. Oíd, María, oíd; en los dos meses que hace que no os he visto, sólo en vos he pensado; cuando iba a morir sepultado bajo las abrasadoras ruinas de la Pénissière, sólo en vos pensaba; cuando recibí un balazo en el hombro, sólo en vos pensé; y muerto de cansancio, de hambre y de debilidad, siempre, siempre he pensado en vos. Berta es mi hermana, María; vos sois mi amada, mi querida novia, porque vos, María, seréis mi esposa.

—¡Oh! ¡Dios poderoso, Dios mío! ¿qué decís, Michel? Habéis perdido el juicio?

—Lo perdí entonces, cuando creía que podría obedeceros; pero la ausencia, el dolor y la desesperación, han obrado en mí una gran mudanza. No contéis ya con el débil junco que a vuestro soplo se doblaba: por más que hagáis, María, seréis mía, porque os amo, porque me amáis, y, en fin, porque no quiero engañar por más tiempo a Dios y a mi corazón.

—Olvidáis, Michel, que mis resoluciones no cambian como las vuestras; yo juré, y cumpliré lo jurado.

—Conforme; de mí sé decir que me he separado de Berta para siempre.

—¡Amigo mío!...

—Vamos, formalmente, María; ¿para que suponéis que he venido aquí?

—Para salvar a la princesa a quien somos adictos.

—Yo estoy aquí, María, para veros. Yo soy adicto a vos y a nadie más: ¿quién me inspiró la idea de salvar a Perico? Mi amor. ¿Quién sabe si hubiera pensado en él de no haber estado seguro de veros, salvándole? No veáis en mí un héroe ni un semidiós, sino un hombre que os ama apasionadamente y por vos expondría la vida. ¿Qué me importan, decidme, las cuestiones dinásticas? ¿qué tengo que ver yo con los Borbones de la rama primogénita o con los de la segunda, cuando no reclaman mi nombre las páginas de la historia, ni me liga al pasado ningún recuerdo? Vos sois mi opinión y mi creencia; por vos hubiera defendido a Luis Felipe, como a Enrique V. Pedidme la sangre y os la daré; pero no pretendáis que me preste por más tiempo a una situación intolerable.

—Entonces, ¿qué pensáis hacer?

—Decir la verdad a Berta.

—¡La verdad! ¡oh, Michel! ¡imposible, no os atreveréis!

—María, os aseguro...

—¡No! ¡no!

—¡Sí tal! creed, María, que estoy muy lejos de ser el niño que un día encontrasteis herido y llorando, amedrentado al pensar en su madre; sí, y a mi amor debo mi fuerza: no hace mucho, he mirado sin bajar los ojos a la persona que con la vista me hacía humillar la cabeza y doblar la rodilla: todo lo he dicho a mi madre, y ella me ha respondido: «bien, veo que eres hombre, cumple tu voluntad». Y mi voluntad es consagrarme por completo a vos, y que seáis mi esposa: conque ya veis la cruel lucha en que me habéis lanzado. ¡Yo esposo de Berta! Suponedlo por un instante: no habría martirio igual al de la pobre

criatura, a no ser el mío. Cuando niño, me refirieron los casamientos republicanos que hacía Carrier, de sangrienta memoria, atando un cadáver a un cuerpo vivo y arrojándolos al Loire. Pues bien, María, tal sería nuestra unión; y vos que veríais nuestra agonía, María, ¿seríais más dichosa que nosotros? No, resuelto estoy, o no veré más a Berta, o la primera vez que la vea le explicaré que mi insensata timidez engañó a Perico, y que me faltó valor para confesarle la verdad, cuando aún era tiempo, y si no le digo que no la amo, le diré, a lo menos, que os amo a vos.

—¡Dios mío! —exclamó María—; ved que la matará el dolor, Michel.

—No, Berta se resignará —dijo a sus espaldas Perico, que había subido sin que le oyeran. Volviéronse ambos jóvenes, lanzando un grito, y Perico prosiguió, en estos términos:

—Berta es una noble y animosa doncella que comprenderá lo que le digáis y sabrá sacrificar su felicidad a las de los que ama; mas no tendréis que tomaros este trabajo; yo que cometí la falta o error, debo repararlo, rogando, no obstante, a Michel que otra vez sea más explícito en sus confidencias. Amaos sin remordimiento —añadió Perico—, pues habéis sido más generosos de lo que teníamos derecho a esperar de nuestra mísera especie humana, amaos sin reserva: ¡felices los que no llevan más allá su ambición!

Y asiendo del brazo a los dos jóvenes, juntóles las manos, y María bajaba ruborizada los ojos, estrechando la mano de Michel, e hincando éste la rodilla ante Perico, dijo:

—Necesito toda la dicha que me prometéis, para alegrarme de no haber muerto por vos.

—¡Morir! no digáis tal. ¡Ay! ahora comprendo cuan inútil es la muerte. ¿De qué me ha servido la abnegación de Bonneville? No, señor de La Logerie, debéis vivir para los que os aman, y vos me habéis dado el derecho de ser uno de tantos. Vivid, pues, para María, y os respondo de que ella vivirá para vos.

—¡Ah, señora! —exclamó Michel—; ¡si todos los franceses os hubieran visto como yo, y si como yo os conocieran!...

—Sí, tal vez algún día les debería el triunfo de mi causa, sobre todo si estuviesen enamorados. Pero ocupémonos de otra cosa, si os place, y antes de hablar de un nuevo ataque, pensemos en la retirada. Mirad si vienen nuestros amigos, pues debo dirigiros otra reconvencción; de tal manera había absorbido la señorita María vuestra atención, centinela amigo, que hasta mañana hubiera yo aguardado en la calle la señal convenida, a no ser que habíais tomado la precaución de no cerrar la puerta, pudiendo entrar aquí cualquiera que se le antojara.

Mientras hacía Perico, riéndose, estas reconvencciones llegaron las otras dos personas que debían acompañar a Perico en su fuga, y después de haber deliberado breves instantes, comprendieron que comprometerían su salvación si iban tantos y renunciaron a seguirle.

Cruzaron el puente sin novedad, y Michel siguió la orilla del río, precediendo a María y a Perico. Era la noche tan clara que no se atrevieron a andar tan al descubierto, y el barón propuso seguir el camino de la aldea de Pelerin paralelo al río, y así lo hicieron.

Con todos sus inconvenientes, la claridad de la luna ofrecía en cambio algunas ventajas, pues Michel estaba seguro de que, merced a ella, no se desviaría del camino, al propio tiempo que de más lejos podía divisar el buque.

Cuando hubieron pasado el pueblo de Pelerin, el joven barón ocultó a Perico y a María en una quebrada, y acercándose al río dio el silbido que debía servir de señal a José Picaut. Éste no respondió con el grito de alarma, lo cual empezó a calmar la inquietud que hasta entonces experimentaba Michel, quien, aguardando al chuán por espacio de cinco minutos y viendo que no comparecía, dio otro silbido más agudo, el cual tampoco obtuvo

respuesta.

Creyendo el mancebo que tal vez había equivocado el lugar de la cita, recorrió la orilla y hasta traspuso la isla de Coueron, más allá de la cual no existía ninguna isla donde pudiera abrigarse el buque, y sin embargo éste no se veía.

En consecuencia, debía aguardar en el mismo punto donde había hecho alto, y retrocedió hacia la isla. No sabiendo a qué atribuir la ausencia de José Picaut, a menos que le hubiese acontecido algún percance, sospechó que tal vez lo crecido de la suma prometida al que entregara la persona que se ocultaba bajo el nombre de Perico había tentado al chuán, cuya fisonomía no le había predispuesto en favor suyo.

Comunicó sus recelos a Perico y a María, y el primero movió la cabeza diciendo:

—No es posible; si ese hombre nos hubiese vendido, ya estaríamos presos; por otra parte, eso no nos explicaría la ausencia del buque.

—Tenéis razón, el capitán debía enviar un bote, y no le veo.

—Tal vez no ha llegado la hora.

En aquel momento el reloj de la aldea del Pelerin dio dos campanadas, como si estuviese encargado de responder a la objeción.

—¿Oís? las dos —dijo Michel.

—¿Había fijado hora el capitán?

—Como mi madre sólo pudo fundarse en probabilidades, le indicó las cinco.

—De ese modo, no ha podido impacientarse, puesto que llegamos tres horas antes.

—¿Qué hacemos? —interrogó Michel—; es tan grande mi responsabilidad, que no me atrevo a obrar por mi mismo.

—Tomemos un bote —repuso Perico— y busquemos ese buque, toda vez que sabe que conocemos su fondeadero, acaso confía que iremos a encontrarlo.

Anduvo Michel un buen trecho en dirección a Pelerin y vio delante una lancha amarrada a la orilla, y de la cual no hacía mucho rato que se habían servido, pues los remos estaban todavía húmedos.

Regresó a noticiarlo a sus compañeros e invitóles a ocultarse de nuevo mientras él atravesaría el río.

—¿Sabéis dirigir una lancha? —preguntó Perico.

—Confieso que no soy muy hábil para ello —repuso Michel, avergonzado de su ignorancia.

—Entonces —dijo Perico—, iremos con vos, y os serviré de piloto. Con frecuencia he ejercido por pasatiempo ese oficio en la bahía de Nápoles.

—Y yo —dijo María—, os ayudaré a bogar; con mi hermana, hemos atravesado a menudo el lago de Grandlieu.

Se embarcaron los tres, y cuando estuvieron en medio del Loira, Perico, que desde la popa miraba en dirección al curso del río, exclamó extendiendo el brazo en dirección a Paimboeuf:

—¡Miradlo! ¡miradlo! ¡ahí está!

—¿Qué? ¿qué? —preguntaron María y Michel.

—¡El buque! ¡el buque! allí, miradle.

—No —replicó Michel—, no puede ser el que buscamos.

—¿Por qué?

—Porque se aleja en vez de acercarse a nosotros.

Pocos momentos después llegaron a la isla; saltó Michel a tierra, y después de ayudar a bajar a sus dos compañeros, corrió sin dilación al otro extremo.

—¡Es nuestro buque! —gritó volviendo adonde estaban Perico y María—. ¡A la lancha! ¡a la lancha! y rememos con todas nuestras fuerzas.

Entraron otra vez en ella, y mientras Perico empuñaba de nuevo el timón, María, y Michel pusiéronse a bogar con gran energía. Ayudado por la corriente, el bote avanzaba ligero, y había probabilidades de alcanzar la goleta si ésta conservaba la misma marcha; pero de pronto vieron que el *Joven Carlos* desplegaba todas sus velas, aprovechando el viento que empezaba a soplar. Apoderóse Michel entonces de ambos remos y púsose a bogar con frenesí, pues en un segundo había calculado las consecuencias de la partida de la goleta. Quería llamar, gritar; pero Perico se lo impidió en nombre de la Providencia.

—Está visto —dijo éste, cuya jovialidad triunfaba de todas las vicisitudes de la fortuna—, la Providencia no quiere que me ausente de mi Francia.

—¡Ah! —exclamó el barón—, ¡con tal que fuese la Providencia; pero temo alguna negra maquinación!

—Abandonad tales ideas —dijo Perico—, amigo mío; habránse equivocado de fecha u hora, y nada más. Por otra parte, ¿quién nos dice que hubiésemos podido burlar la vigilancia de los cruceros que hay en la boca del Loire?

Pero Michel, que no cedía a las razones de Perico, continuaba lamentándose; quería arrojar al agua y llegar nadando a la goleta, que poco a poco iba desapareciendo entre las Sombras de la noche, y costóle trabajo a Perico calmar su afligido ánimo, para lo cual hubo de apelar a la mediación de María.

Al fin, Michel, desalentado, soltó los remos.

En aquel momento, el reloj de Coueron daba las tres, y dentro de una hora amanecería. Como no había tiempo que perder, dirigiéndose a la orilla y dejaron el bote casi en el mismo sitio donde le habían encontrado. Decididos ya a regresar a Nantes, importaba verificarlo antes de que clarease, y ya en camino golpeóse la frente Michel diciendo:

—Temo haber cometido alguna torpeza.

—¿Cuál? —preguntó la duquesa.

—La de no regresar a Nantes por la otra orilla.

—Todos los caminos son buenos cuando se siguen con prudencia; además, ¿qué habiéramos hecho con el bote?

—Lo habríamos abandonado después de habernos servido de él.

—Y los pobres pescadores a quienes pertenece hubieran perdido un día buscándolo. Vale más molestarnos un poco que costar un pedazo de pan a unos infelices que tal vez no lo tienen de sobra.

Llegados al puente de Rousseau, Perico insistió para que Michel le dejara entrar en la ciudad acompañado sólo de María, pero el barón de ningún modo quiso consentirlo: quizá se consideraba muy dichoso al lado de María para decidirse a dejarla tan pronto, y todo lo que de él pudieron obtener fue que, en vez de ir delante o en la misma línea, fuese detrás y algo apartado.

Al cruzar la plaza de Mouffay, cuando Michel doblaba la esquina de la calle de San Salvador, creyó oír pasos detrás de él y volviéndose con presteza, a la débil luz de los

faroles divisó a unos cien pasos un hombre que al notar su inesperado ademán arrimóse a una puerta. El primer impulso de Michel fue lanzarse en seguimiento de aquel hombre; pero reflexionando que entretanto Perico y María se alejarían y no sabría dónde hallarlos, corrió por el contrario, adelante y les alcanzó.

—Nos siguen —dijo a Perico.

—Bien, que nos sigan —repuso el joven con su serenidad acostumbrada—. No nos faltan medios de desorientar a cualquiera que nos aceche.

Entraron en una calle transversal, y a poco trecho se hallaron al extremo de la callejuela que Michel había seguido, lo cual conoció al ver la puerta donde el mendigo suspendiera la rama de acebo.

Dio Perico en dicha puerta tres aldabazos a intervalos desiguales, abrióse la puerta como por encanto, y cuando el barón, vio dentro a sus dos compañeros, dijo:

—Ahora veré si ese hombre nos espía.

—No, no —dijo Perico—, estáis condenado a muerte, no lo olvido, y como nos amenazan iguales peligros, tomemos iguales precauciones. Entrad pronto.

En esto apareció en la escalera el individuo que en la tarde anterior había recibido a Michel; llevaba la misma bata y casi podemos decir que aún dormía.

Al conocer a Perico alzó los brazos al cielo, y aquél le indicó la entreabierta puerta, diciendo:

—No la puerta de la casa, sino la del jardín; es probable que dentro de diez minutos esté cercada la casa. ¡A la campanilla! ¡a la campanilla!

—Pues, seguidme.

—Os seguimos, y lamento en el alma haberos molestado tan temprano, amigo Pascal; tanto más cuanto que mi visita tal vez os obligue a mudar de habitación si no queréis que os prendan.

Abrióse la puerta del jardín, y antes de trasponerla, el baroncito alargó el brazo para asir la mano de María. Vio Perico el ademán, y empujando a la doncella hacia el mancebo, le dijo:

—Vamos, abrazadle, o a lo menos dejad que os abrace: delante de mí está permitido, pues os sirvo de madre, y veo que el pobre mozo lo merece. ¡Así! Ahora vos vais por un lado y nosotros por otro. Descuidad que mis asuntos no me impedirán mirar por los vuestros.

—¿No podré volver a verla? —preguntó tímidamente el mancebo.

—Es peligroso, os lo aseguro —respondió Perico—; pero ¡qué diantre! dicen que hay un Dios que protege a los enamorados, y en él confío. Calle del Castillo, número tres. Os permito una visita, una sola ¿lo oís? Ya procuraré devolvéroslo.

Y, tendiendo a Michel una mano, que éste besó con respeto, dirigióse Perico con María a la ciudad alta, en tanto que el barón se encaminaba hacia el puente de Rousseau.

DONDE COURTIN, ECHANDO LA RED, SÓLO RECOGE PIEDRAS

Mala velada fue para maese Courtin aquella en que la señora de La Logerie le obligó a pasarla a su lado.

Con el oído pegado a la puerta, escuchó toda la conversación de la madre y del hijo, y, por consiguiente, toda la historia de la partida.

La marcha de Michel estorbaba todos los proyectos que durante tanto tiempo había acariciado; poco satisfecho de la honra que la baronesa le dispensaba, hubiera querido regresar pronto a La Logerie. Confiaba en que, evocando el recuerdo de María, retardaría a lo menos la fuga de su amo, pues no debemos olvidar que partiendo el barón, perdía el hilo con cuyo auxilio pensaba penetrar en el misterioso laberinto donde se ocultaba Perico. Sin embargo, al verse de nuevo en su casa la señora de La Logerie, había cambiado de ideas; al traer consigo a Courtin, sólo pensaba en ocultarle la marcha de su hijo y librar a éste de sus preguntas y espionaje: pero era tal el desorden en que halló su casa, abandonada por algunas semanas a una compañía de soldados, que en vista de lo que a sus ojos tomaba proporciones de catástrofe, olvidó sus primeras ideas respecto la poca confianza que el alcalde de La Logerie le merecía, y detúvole con empeño a su lado para que se hiciera eco de sus quejas.

Tanta era la desesperación de la señora de La Logerie, que expresándose con sincera energía, impidió a Courtin dejarla bajo cualquier pretexto para ir a ver lo que sucedía en la granja.

Por otra parte, el campesino era demasiado sagaz para dejar de comprender que la baronesa quería alejarle de su hijo; sin embargo, pareció tan verdadero el pesar que le causaba la vista de los platos hechos añicos, los espejos rotos, las alfombras manchadas, y el salón trocado en cuerpo de guardia e ilustrado con expresivos, aunque toscos dibujos, que dudó de su primera impresión, pensando por lo mismo que no habrían inspirado de desconfianza contra él a su ingenuo amo, y que con facilidad sabría alcanzarle antes de que se hubiese embarcado.

Serían las ocho de la noche cuando la baronesa volvió a subir a su coche, después de lamentar por última vez los atropellos cometidos en su habitación de La Logerie, y apenas Courtin hubo dicho al postillón: «Camino de París», dio vuelta al coche y echó a correr con dirección al cortijo, sin escuchar las últimas recomendaciones que su ama le hacía desde la portezuela. Al llegar, supo por su criada que a eso de las dos los señoritos Michel y Berta se habían marchado a Nantes, y creyendo alcanzarlos, corrió al establo para ensillar el caballo; su criada le enteró, a pesar de la precipitación, del modo que había salido el señorito. Viendo el establo vacío, animóse Courtin al pensar en el moderado paso de su cabalgadura, y proveyéndose de dinero y a todo evento de las insignias de su dignidad de alcalde, echó a andar más que de prisa tras el que consideraba como fugitivo y casi como ladrón de ciertos cien mil francos que su imaginación contaba ganar con el auxilio del novio de las *Lobas*.

Courtin corría, pues, como un hombre que ve arrebatados del viento sus billetes de Banco, lo cual equivale a decir que iba casi tan ligero como el viento, sin dejar de preguntar a cuantos encontraba en el camino.

Nuestro alcalde solía ser preguntón hasta la impertinencia, y claro está que en esta ocasión lo era en grado superlativo.

En San Filiberto de Grandlieu le dijeron que a las siete y media habían visto pasar su caballo, y preguntando quién lo montaba, el tabernero con quien hablaba no pudo darle razón por haber llamado toda su atención la resistencia del animal negándose obstinadamente a pasar más allá de la rama de acebo a la cual solía Courtin pagar tributo cuando iba a Nantes.

Algo más lejos tuvo mejor suerte, pues diéronle tan exactas señas del jinete, que no dudó de que era el joven barón aunque le afirmasen que iba solo.

Astuto en demasía, el alcalde de La Logerie creyó que los dos mozos se habían separado por prudencia para juntarse en otro punto. La fortuna estaba, pues, en su favor, ya que se los entregaba separados: si alcanzaba a Michel en Nantes había ganado la partida.

De consiguiente, siguió creyendo que el baroncito no se había desviado del camino, y estaba tan seguro de que había entrado o iba a entrar en Nantes, que al llegar a la posada del *Alba*, no se tomó la molestia de pedir informes al mesonero, sino que comió apresuradamente un bocado, y en vez de entrar en la ciudad, donde no hubiera podido encontrar a Michel, repasó el puente de Rousseau y se encaminó a la derecha con dirección al Pelerin.

Maese Courtin tenía un proyecto.

—Ya hemos dicho las esperanzas que en Michel fundaba. ¿Enamorado éste de María, un día u otro confiaría a él con una mira personal el secreto del retiro de su amada, y como María se hallaba al lado de Perico, al descubrir el barón el secreto de María, revelaría el de la duquesa, y si Michel salía de Francia llevábase las esperanzas de Courtin; conque era preciso a todo evento que Michel no partiese. Si Michel no encontraba en el lugar convenido al *Joven Carlos*, tendría que quedarse.

En cuanto a la señora de La Logerie, como entonces se encontraba camino de París, transcurriría mucho tiempo antes de saber que la fuga de su hijo no había podido efectuarse, y de encontrar otro medio de sacarle de la Vendée, plazo más que suficiente para Michel, gracias al estado de convalecencia, proporcionara al astuto colono el medio de conseguir sus fines.

Aunque Courtin ignoraba aún de qué modo llegaría hasta el patrón del *Joven Carlos*, cuyo nombre oyera pronunciar por la baronesa, confiaba en su buena estrella sin sospechar que en esto se asemejaba a un grande hombre de la antigüedad.

En efecto, la suerte le fue propicia.

Al llegar a la altura de Coueron, divisó entre las copas de los álamos de la isla los palos de la goleta.

La vela de gavia se mecía al soplo de la brisa.

No cabía duda, era el bergantín que buscaba.

Al débil resplandor del crepúsculo que comenzaba a confundir los objetos, al mirar Courtin la orilla vio a diez pasos una larga caña horizontal a la superficie del agua, de cuyo extremo pendía un bramante atado a un corcho que flotaba a la ventura.

La caña parecía salir de una prominencia, y aunque no se veía nada, suponía un brazo para asirla y un pescador, dueño de este brazo.

Encaminóse el colono al altillo y vio a un hombre agachado en una sinuosidad de la orilla absorto en la contemplación de las evoluciones que la corriente imprimía al pedazo de

corcho.

Aquel hombre vestía de marinero, esto es, con pantalón de lienzo, blusa encarnada y una especie de gorro escocés.

A dos pasos de él mecíase blandamente en el río la popa de un bote cuya proa descansaba en la orilla.

Al oír las pisadas de Courtin, no alzó el pescador la cabeza y aunque aquél tuvo la precaución de toser para anunciar su presencia y hacer de su tos significativa el prólogo de la conversación que entablar deseaba, no sólo guardó el pescador el más absoluto silencio, sino que permaneció inmóvil.

—Es, muy tarde para pescar —dijo el alcalde de La Logerie.

—Bien se conoce que no lo entendéis —respondió el pescador haciendo un ademán desdeñoso—; yo opino que es demasiado temprano, pues el pez que vale la pena sólo anda de noche, y solamente de noche se puede sacar otra cosa que pescado menudo.

—Sí; pero luego será tanta la oscuridad que no veréis el corcho.

—¿Qué importa? —replicó el pescador encogiéndose de hombros—, aquí tengo mis ojos nocturnos —añadió mostrando la palma de la mano.

—Ya entiendo: en el tacto conocéis cuando el pez muerde el cebo —dijo Courtin sentándose al lado del pescador—, a mí también me agrada la pesca, y, aunque digáis lo que se os antoje, tengo la pretensión de entender en la materia.

—¿Vos entendéis la pesca con caña? —preguntó el aficionado con aire dudoso.

—No, no, la pesca con red, a ella me dedico en los ríos de La Logerie.

Courtin aventuró ese detalle local con la esperanza de que lo recogería al vuelo el hombre de la caña, a quien tomaba por algún marino enviado por el capitán para conducir a Michel a bordo; pero el pescador no se dio por entendido, y repuso:

—Por más que me ponderéis vuestros conocimientos en el grande arte de la pesca, los pongo en duda.

—¿Por qué? ¿creéis acaso que lo monopolizáis?

—Porque, disimulad, mi querido caballero, me parece que ignoráis los primeros principios del arte...

—¿Qué principios son esos? —interrogó Courtin.

—En primer lugar, el buen pescador debe guardarse de cuatro cosas, y son: del viento, de los perros, de las mujeres y de los parlanchines: bien es verdad que pudiéramos decir de tres —agregó filosóficamente el de la blusa—, pues mujer y parlanchín son una misma cosa.

—¡Bueno! luego veréis que no he dicho nada de más, cuando trate de haceros ganar un escudito.

—Dejad que pesque media docena de merluzas y habré ganado más de medio escudo y me habré divertido por añadidura.

—Bien, pues os daré cuatro o cinco francos —prosiguió Courtin—, y al mismo tiempo habréis hecho bien al prójimo, ¿es algo eso?

—Veamos —dijo el pescador—. Menos circunloquios; ¿qué queréis de mí? Hablad.

—Que me llevéis con el bote al *Joven Carlos*, cuyas jarcias se ven desde aquí.

—¡El *Joven Carlos*! —exclamó el marinero con el aire más inocente del mundo—; ¿qué es el *Joven Carlos*?

—Esto —dijo el labriego presentando al pescador su sombrero que había recogido de la orilla y en cuya cinta veíase escrito en letras doradas: JOVEN CARLOS.

—Vamos, pescador sois, no lo niego, amigo; pues ¡qué diablo! para haber leído esto en la oscuridad es necesario que tengáis como yo la vista en los dedos. Veamos: ¿qué queréis del *Joven Carlos*?

—¿No os he dicho hace poco una palabra que os ha sorprendido?

—Buen hombre —respondió el pescador—, yo soy como los perros de caza, nunca ladro cuando me muerden; con que, largad vuestra corredera sin cuidaros de lo que sucede en mi carena.

—Sabed, pues, que soy el colono de la señora baronesa de La Logerie.

—¿Y qué?

—Y vengo de su parte —prosiguió Courtin cobrando audacia a medida que entraba en materia.

—¿Y qué? —replicó el marinero casi en el mismo tono, pero con marcada impaciencia—. Venís de parte de la señora baronesa de La Logerie, bueno: ¿y qué es lo que venís a decirnos de su parte?

—Vengo a decirnos que todo se ha frustrado, sorprendido, descubierto, y conviene que os alejéis cuanto antes.

—Basta —repuso el pescador—; eso no me incumbe, pues no soy más que el segundo del *Joven Carlos*, pero me habéis dicho lo bastante para concederos lo que me pedís, y vamos a navegar de conservar para arribar a las aguas del capitán, a quien relataréis vuestra historia.

Y el segundo del *Joven Carlos* arrolló tranquilamente el sedal a la caña, arrojó ésta a la barca, y, empujándola vigorosamente, púsola a flote.

Hizo en seguida seña a Courtin de que se sentara en la popa, y de un golpe de remo estuvo a quince varas de la orilla y a los cinco minutos la doblaba y luego se hallaron al costado del *Joven Carlos*, que estando en lastre salía unos doce pies del agua. Al rumor de los remos partió un silbido modulado de un modo particular, al cual respondió el pescador con otro silbido semejante; presentóse a proa un bulto, el bote atracó a estribor, y echaron un cabo a los que llegaban.

El hombre de la blusa trepó por el costado del buque con la agilidad de un gato, y luego izó a Courtin, menos acostumbrado a aquella escalera náutica.

Cuando, con gran satisfacción de su parte, se vio de pie a bordo, el alcalde de La Logerie se halló delante de una forma humana, cuyas facciones no podía distinguir por estar ocultas bajo los dobleces de una gran corbata de lana arrollada al cuello de su capote de encerado, si bien conoció que sería el capitán, atendida la humildad y sumisa actitud de un grumete que a su lado se encontraba.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el capitán al pescador aproximando al rostro del colono un farolito que tomó de manos del grumete.

—Viene de parte de quien sabéis —repuso el segundo.

—¡Voto a Satanás! —exclamó el capitán—. Pues, ¿para qué te sirven los ojos cuando has podido creer que éste era un mozo de veinte años?

—En efecto, no soy el señor de La Logerie —repuso Courtin—, sino su colono y confidente.

—¡Bueno! eso ya es algo, pero no todo.

—Me ha encargado...

—No te pregunto lo que te ha encargado, cotorra —replicó el capitán escupiendo para desfogar más libremente la cólera que comenzaba a animarle—, digo que ya es algo, pero no todo.

Contempló Courtin al capitán con extrañeza.

—¿Comprendes o no? —preguntó éste—; si no comprendes dilo pronto y te volveremos a tierra con todos los honores que mereces, o sea con las costillas molidas a palos.

Comprendió entonces Courtin que, según toda probabilidad, la señora de La Logerie había convenido con el capitán del *Joven Carlos* en una señal que acreditaría a su enviado, y como la ignoraba dióse por perdido, viendo frustrados sus proyectos y defraudadas sus esperanzas, amén de que, cazado en la trampa como un zorro, iba a manifestarse tal como era a los ojos del joven barón.

El alcalde de La Logerie intentó salir del aprieto aparentando aquella rústica candidez que a veces raya en idiotismo.

—¡Vaya! —dijo, yo no sé más, señor; mi buena ama me ha dicho: amigo Courtin, ya sabes que el señorito está condenado a muerte; me he entendido con un buen marino para sacarlo de Francia, y tengo motivos para creer que algún traidor nos ha denunciado: corre a decirlo al capitán, que está en Coueron, detrás de las islas. He venido, y no sé más.

En esto oyóse un agudo grito procedente de proa, y distraído el capitán de la enérgica respuesta que probablemente meditaba, volvióse al grumete que, con el farol en la mano, escuchaba boquiabierto el diálogo de su patrón y de Courtin.

—¿Qué haces aquí. Lascar, canalla, perro condenado? —exclamó acompañando estas palabras de una pantomima que debido a la rápida evolución del joven aspirante al almirantazgo le alcanzó las partes carnosas y le envió a rodar hasta la escotilla. ¿Así cumples tu obligación? ¡A tu puesto!

Y volviéndose al segundo, añadió:

—No dejes abordar sin haber reconocido al que viene.

Aun no había acabado, cuando saltó inopinadamente a bordo el recién venido, que se sirvió del cabo con que habían izado a Courtin.

El capitán tomó la linterna que había soltado el grumete y que por una casualidad providencial no se había apagado, llegóse al desconocido, y asiéndole por el cuello, exclamó:

—¿Con qué derecho subís a bordo sin pedir permiso?

—Subo a bordo porque conviene —repuso el hombre con el aplomo de una persona que ha cumplido su deber.

—¿Qué quieres, pues? habla y pronto.

—Soltadme primero; ya comprenderéis que no huiré, habiendo venido espontáneamente.

—¡Qué te he de soltar! —dijo el capitán— tenerte agarrado por el cuello no es taparte la boca.

—No puedo hablar cuando me aprietan de tal modo —replicó el recién venido sin intimidarse por el tono de su interlocutor.

—Capitán —dijo el segundo terciando en la cuestión—, entiendo que no sois justo. Al que se viene con andanadas le pedís pabellón, y al que está dispuesto a izar su bandera le amarráis la driza.

—Es cierto —respondió el capitán soltando a José Picaut, que tal era el recién venido.

Sacó éste del bolsillo el pañuelo que le había entregado el baroncito, y presentólo al patrón del *Joven Carlos*, el cual lo desdobló y contó los tres nudos con tanto escrupulo como si se tratara de una suma de dinero.

Courtin estaba muy atento.

—Bien —dijo el capitán—; estás en regla: después hablaremos; antes quiero despachar al sujeto de popa. Tú, Antonio —dijo al segundo—, lleva a este mozo a la despensa y dale un vaso de ginebra.

El capitán volvió a popa y encontró a Courtin sentado en un rollo de jarcias y con la cabeza apoyada en las manos, como si no hubiese prestado la menor atención a lo que acababa de pasar en la proa. El alcalde de La Logerie parecía estar abrumado, aunque a decir verdad no se le había ocultado ningún detalle de la escena habida entre el capitán y José Picaut.

—¡Oh! ordenad que me lleven a tierra, señor capitán —exclamó al verle venir—; no sé lo que tengo, hace rato que me siento muy malo, y paréceme que me voy a morir.

—¿Estas tenemos? si te quejas ya de mareo, ¡qué será antes de que hayas atravesado la línea!

—¡La línea! ¡Jesús!

—Sí, buen hombre; encuentro muy sabrosa tu conversación, y quiero tenerte a bordo durante el viajecito que voy a emprender.

—¡Quedarme aquí! —exclamó el labriego, aparentando más terror del que realmente experimentaba—. ¿Y mi granja? ¿y mi buena ama?

—En cuanto a tu granja, te prometo que verás países donde podrás estudiar granjas modelos, y tocante a tu buena ama, yo me encargo de reemplazarla ventajosamente.

—¿Por qué, buen señor? ¿a qué obedece la súbita resolución de llevarme con vos? Ved que sólo por este mareillo, ya se me va la cabeza.

—Así aprenderás a burlarte del capitán del *Joven Carlos*, gran bribón.

—¿En qué os he ofendido, señor capitán?

—¡Ea! —dijo el marino, decidido a cortar el diálogo—, responde francamente, y así no tendrás que ir a mil leguas de aquí para que te almuercen los tiburones. En fin, ¿quién te envía?

—La señora de La Logerie, ¡caramba! ¡Cuando os digo que soy su colono! ¡tan cierto como hay Dios!

—Acabemos —respondió el capitán—, si te envía la señora de La Logerie, te habrá dado algo para darte a conocer: una esquila, una carta, un pedazo de papel. Si nada de eso tienes, no vienes de su parte, eres un espía, y, en ese caso, ¡cuidado! porque te trataré como se trata a los espías.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó el labriego, afectando afligirse más y más—; yo no quiero que formen de mí tan mal concepto. Mirad, aquí tenéis unas cartas dirigidas a mí que por casualidad llevo encima, y ellas os probarán que soy el mismo colono que os he dicho; aquí está mi banda de alcalde... ¡oh! ¿qué más deseáis para convencersos de que os he dicho la verdad?

—¡Tu banda de alcalde! —exclamó el capitán—. ¿Cómo es posible bellaco, que si eres funcionario público y has prestado juramento al Gobierno, seas cómplice de un hombre que ha hecho armas contra él y está sentenciado a muerte?

—¡Ah, señor! porque quiero tanto a mis amos, que por ellos faltó a mi deber. Y si he de confesaros toda la verdad, a mi dignidad de alcalde debo el haber sabido que esta noche iban a molestaros, y habiendo advertido a la señora de La Logerie el peligro que corríais, me ha dicho: «Toma este pañuelo, ve a ver al capitán del *Joven Carlos*...»

—¿Te ha dicho: toma este pañuelo?

—Eso me dijo; a fe de hombre honrado.

—¿Dónde está ese pañuelo?

—En mi bolsillo.

—¡Imbécil!, ¡idiota!, ¡gaznápiro!, dame ese pañuelo.

—¿Que os lo dé? ¡oh! con mucho gusto, tomad, tomad.

Y Courtin sacó el pañuelo.

—¡Pero condenado! —exclamó el capitán—. ¿No te ha dicho la señora de La Logerie que me dieses este pañuelo?

—Si, tal —repuso Courtin con aire más y más estúpido.

—Pues, ¿por qué no me lo has dado?

—¡Toma! porque al llegar a bordo he visto que os sonabais las narices con los dedos, y he dicho entre mí: ¡Bueno! si el capitán se suena con los dedos, no hay para qué darle el pañuelo.

—¡Ya! —dijo el capitán, rascándose la cabeza con aire cada vez más dudoso—; o eres un solemne trapacero o muy cerrado de mollera; en todo caso, prefiero tenerte por un imbécil. Vamos a ver, dime la causa de tu venida y el encargo que te ha dado para mí la persona que te envía.

—He aquí, palabra por palabra, las de mi buena ama, señor; me ha dicho:

»—Courtin, puedo fiarme de ti, ¿no es cierto?

»—¡Oh! sí, sí —la he respondido.

»—Has de saber, pues, que mi hijo a quien recogiste y ocultaste en tu casa arriesgando tu vida, debía fugarse esta noche a bordo del *Joven Carlos*; pero como he oído decir, y como tú mismo dices, parece que todo se ha descubierto. Corre sin tardanza a prevenir al digno capitán que no espere a mi hijo y huya cuando antes, pues esta noche deben prenderle por haber contribuido a la evasión de un condenado político, y también por otras muchas causas.

Courtin ponía ese apéndice a la frase que había preparado, presumiendo, a juzgar por la fisonomía del capitán del *Joven Carlos*, que tal vez tendría cargada la conciencia de algunos otros pecadillos; y acaso no iba errada su perspicacia, pues el digno marino permaneció pensativo algunos instantes.

—Sígueme —dijo por fin a Courtin.

El colono obedeció pasivamente, condújole el capitán a su camarote y guardóle en él bajo llave.

Quedó Courtin a oscuras, bastante inquieto por el sesgo que tomaba el asunto, y a poco oyó pasos que se dirigían al camarote.

Abrióse la puerta y entró el capitán seguido de José Picaut y del segundo, que llevaba un farol en la mano.

—Vamos a ver —dijo el patrón del *Joven Carlos*—, concluyamos de una vez, desenredemos esa enmarañada madeja, o por el casco de mi buque os mando dar una de

chicotazos hasta que el mismo diablo llore de compasión.

—Yo he dicho cuanto que decir tenía, capitán —repuso Courtin.

Estremeciéndose Picaut al oír esta voz, no sabiendo que el colono estuviese a bordo, y dio un paso para ver que era él.

—¡Courtin! —exclamó—; ¡el alcalde de La Logerie! Cáspita, si este hombre sabe nuestro secreto estamos perdidos.

—¿Y por qué? —interrogó el capitán.

—Es un traidor, un espía, un soplón.

—¡Voto al diablo! —dijo el capitán—, no me lo habrás de repetir muchas veces para que te crea. El pícaro tiene una cara de camastrón que me da mala espina.

—No os engañáis —continuó Picaut—; yo os aseguro que es el tunante más descarado del país de Retz.

—¿Qué respondes a eso? —preguntó el capitán—. Di, ¡voto a bríos!

—¡Oh! nada —dijo Picaut—, le desafié a ello.

Courtin quedó silencioso.

—Está visto —dijo el capitán—, habré de emplear otros medios para sacarte el alma del pecado, buena pieza.

Y con un silbato de plata suspendido a una cadena del mismo metal, despidió el patrón un agudo y prolongado sonido.

Entraron en el camarote dos marineros y asomó una diabólica sonrisa en los labios de Courtin.

—¡Bueno! —exclamó éste, ahora sí que hablaré.

Y llevando al capitán a un rincón del camarote, le dijo dos palabras al oído.

—¿Es verdad lo que decís? —preguntó el patrón.

—Fácil es averiguarlo —respondió el colono.

—Tienes razón.

Y a una señal del capitán, el segundo y los dos marineros asieron a José Picaut, quitáronle la chupa y le rasgaron la camisa.

Aproximóse entonces el capitán, dióle una fuerte palmada en el hombro, y las dos letras con que habían marcado al chuán al entrar en el presidio, aparecieron del todo visibles en sus carnes.

Tanta había sido la violencia y rapidez de los tres hombres, que Picaut no había podido defenderse, y no bien advirtió de qué se trataba, hizo inauditos esfuerzos para rechazar a los que le sujetaban; pero, domado por aquella triple fuerza, ya sólo podía retorcerse y blasfemar.

—Atadle de pies y manos —gritó el capitán, juzgando de la moralidad del hombre por el certificado que en el hombro llevaba—; y encerrádmelo en la bodega entre dos toneles.

Y volviendo a Courtin, que ya respiraba con desahogo, díjole:

—Perdonad, digno magistrado, si os he confundido con un bribón de ese jaez; perded cuidado, yo os prometo que si antes de tres años pegan fuego a vuestra granja, no será él quien lleve a cabo tal hazaña.

En seguida, sin perder un momento, subió a cubierta, donde Courtin le oyó dar la orden de aparejar.

Una vez convencido del peligro que corría, dábale tanta prisa el digno marino para huir de la justicia, que pidiendo mil perdones al alcalde de La Logerie por no haberle siquiera agasajado con un vasito de aguardiente, hízole bajar al bote deseándole un feliz viaje y dejándole dueño de tocar tierra en el punto que más tuviese por conveniente.

Courtin cruzó como pudo la corriente del río, y cuando la lancha tocaba la arena de la orilla, vio que el *Joven Carlos* iba ya desplegando velas.

Ocultóse entonces Courtin en la misma sinuosidad de la margen donde había visto al pescador, y después de una espera de media hora escasa, vio que llegaba Michel, extrañado que no le acompañase Berta, sino María, y al mismo tiempo alegrándose con doble motivo de su astucia, tan felizmente favorecida por la casualidad, la cual había llevado allí a José Picaut como para contribuir al logro de sus fines.

Dispuesto, pues, a aprovechar la buena suerte que el Cielo le deparaba, es de concebir que no perdiera de vista a Michel, María y Perico, mientras permanecieron en la orilla, que cuando los tres se embarcaron en busca del buque, observara todos los rodeos y vueltas que dieron con el bote; y que al regresar a Nantes les siguiera con tanta cautela que ninguno de los tres fugitivos notó que les espiaban.

No obstante, a pesar de todas sus precauciones, él era el que Michel había visto en la esquina de la plaza de Bouffay, pues él era quien había seguido a los proscritos hasta la casa donde entraron.

Cuando hubieron desaparecido ya no tuvo la menor duda de que sabía dónde se ocultaba Perico, y al pasar por delante de la puerta sacó un pedazo de yeso, hizo una cruz en la pared, y seguro de tener el pez en la red, creyó que ya sólo faltaba tomarlo y tender la mano para cobrar los cien mil francos.

**DONDE VOLVEMOS A ENCONTRARNOS CON EL GENERAL,
QUE CONTINUA SIENDO EL MISMO**

Maese Courtin estaba muy conmovido: al desaparecer por la puerta el último de los tres personajes a quienes seguía desde Coueron, tuvo como en el páramo, cuando regresaba de Aigrefeuille, una visión que le pareció la más hermosa de todas. Había visto relucir a sus deslumbrados ojos una pirámide de monedas amarillas y blancas, que despedían brillantes y embelesados reflejos, con la diferencia, no obstante, de que la pirámide era mucho más elevada que la que antes concibiera, pues cumple confesar que al ver su presa en la red, lo primero, lo único en que pensó Courtin, fue que sería un gran majadero si hacía partícipe de tan magnífica recompensa al hombre de Aigrefeuille, y un torpe insigne si no despreciaba su cooperación. En consecuencia, resolvió no avisarle, como habían convenido, e ir inmediatamente a dar parte a las autoridades del descubrimiento que acababa de hacer.

Sin embargo, preciso es hacerle justicia; en medio de su alegría y satisfacción pensó Courtin en su joven amo, a quien sus interesadas miras iban a cortar la libertad y acaso la vida, si bien es cierto que ahogó *in continenti* este intempestivo remordimiento, y, para que su conciencia no levantara otro grito, apretó a correr en dirección a la prefectura.

Pero, apenas había dado veinte pasos, cuando al doblar la esquina de la calle del Mercado, dio con él con tanta violencia un hombre que corría en dirección opuesta que le derribó contra la pared.

Maese Courtin lanzó un grito, no de dolor, sino de sorpresa; era nada menos que el barón de La Logerie, a quien creía haber dejado tras la puerta verde que señaló con una cruz.

Era tal su asombro, que Michel de seguro lo hubiera advertido a no estar tan sumamente preocupado; mas en aquel momento, alegrándose el barón de ver al que tomaba por amigo y creer por consiguiente que le llegaba un auxilio, hablóle en esta forma:

—Dime, Courtin, ¿has seguido la calle del Mercado?

—Sí, señor barón.

—¿Habrás visto, pues, un hombre que huía?

—No, señor barón.

—Pero sí, Courtin, sí; es imposible que no le hayas visto; un hombre que al parecer estaba espiando.

Courtin púsose como la grana, y serenándose luego, dijo decidido a no perder aquella inesperada probabilidad de alejar de sí toda sospecha:

—Sí, sí, es cierto: delante de mí iba un hombre que se ha detenido en frente de aquella puerta verde que desde aquí veis.

—¡Eso es! —exclamó el mozo poseído de la idea de descubrir a quien los había espiado—. Courtin, es absolutamente preciso encontrar a ese hombre, y necesito que me pruebes tu fidelidad y adhesión; ¿qué dirección ha tomado?

—Creo que por aquella —dijo Courtin, indicando con la mano la primera que se le ocurrió.

—Ven, pues, y sígueme.

Michel echó a correr precipitadamente en la dirección que su colono le indicara, y éste, siguiéndole, se puso a reflexionar. Por un momento, tuvo la idea de dejar que el señorito corriese a su placer e irse a donde se había propuesto; pero después se alegró de no haber seguido esta primera inspiración.

Era evidente para Courtin que la casa tenía dos puertas, y pues Michel había notado que espiaban sus pasos, estaba seguro de que se habían servido de ellas para desorientar al espía, y que Perico había salido, como Michel, de la casa de la calle del Mercado, en cuya esquina tropezó con el baroncito.

Maese Courtin encontraba a Michel, a Michel que probablemente ya sabía el retiro de su amada. Con Michel, el alcalde de La Logerie estaba seguro de conseguir el objeto que se proponía. Atropellando las cosas podía malograrlas, y por lo tanto resignóse a perder el lucro de tan buena redada y tener un poco de paciencia.

Apresuró el paso, y alcanzando al joven, díjole:

—Señor barón, os encargo la prudencia; ya es de día, las calles van llenándose de gente, llamáis la atención de todos con vuestro vestido salpicado de fango y humedecido por el rocío, y si os vieran los agentes de la autoridad, podrían concebir sospechas y prenderos. ¿Qué diría entonces vuestra señora madre, que ha querido que yo la acompañe hasta aquí para darme sus últimas instrucciones?

—¿Mi madre? A estas horas me cree embarcado para Inglaterra.

—¿Debíais partir para Inglaterra? —preguntó Courtin con el aire más cándido del mundo.

—Sí. ¿No te lo había dicho ella?

—No, señor —respondió el labriego fingiendo amarga y honda tristeza—, no, ya veo que a pesar de todo lo que por vos he hecho, la baronesa desconfía de mí, y esto me destroza el alma.

—¡Vaya! ¡vaya! No te aflijas, buen hombre; es que, bien mirado, se advierte en ti una mudanza tan brusca y repentina que apenas se explica, y cuando recuerdo que una noche cortaste las cinchas de mi caballo, extraño a fe que te hayas vuelto tan bueno, tan atento y leal.

—¡Caramba! señor, eso se concibe; entonces yo defendía mis opiniones políticas; hoy que ya han triunfado, hoy que ya no me cabe duda de que no se cambiará el gobierno veo solamente en las *Lobas* y los chuanes a los amigos de mi amo, y siento que me paguen tan mal.

—Vamos, no te apesadumbres, buen Courtin —repuso Michel—, me alegro de que abrigues ya ideas más generosas, y voy a probártelo confiándote un secreto que tenías presentido. Courtin, es probable que la baronesa de La Logerie no sea la que hasta ahora has creído.

—¿No os casáis ya con la señorita de Souday?

—Sí, pero en vez de llamarse Berta, mi esposa se llamará María.

—¡Oh! ¡cuánto me alegraría por vos! pues ya sabéis todo lo que he hecho para que así fuese, y si no he hecho más es porque no habéis querido. Pero, sin embargo, ¿habríais visto a la señorita de Souday?

—Sí, la he visto, y los pocos minutos que he permanecido en su compañía creo que serán suficientes para asegurar mi dicha —dijo Michel en el colmo de la alegría—. ¿Tienes que

regresar hoy mismo a La Logerie?

—El señor barón sabe que estoy a sus órdenes.

—Bien; pues también la verás, Courtin, porque esta noche debo ir a verla.

—¿A dónde?

—En el sitio donde me has encontrado.

—Mejor —dijo el colono, en cuyo semblante brilló una satisfacción igual a la de su amo—; mejor: me alegraré infinito de veros casado a vuestro gusto, pues ya que vuestra madre consiente, vale más que sea con la que amáis. Ahora podéis juzgar si eran acertados mis consejos.

Y restregóse el labriego las manos como si no cupiera en sí de gozo.

—Querido Courtin, ¿dónde te veré esta noche? —preguntó Michel profundamente conmovido por los simpáticos ademanes del colono.

—Donde gustéis.

—¿No te hospedas en el mesón del *Alba*, como yo?

—Sí, señor barón.

—Tanto mejor, allá pasaremos el día, y por la noche me esperarás mientras vaya a ver a María, pues saldremos juntos.

—Es que yo —repuso Courtin bastante confuso—, he de hacer varias diligencias en la ciudad.

—Yo te acompañaré, y eso me ayudará a matar el tiempo, que me parecerá largo de aquí a la noche.

—¿No haréis tal cosa! Mi cargo de alcalde me obliga a presentarme en las oficinas de la prefectura, y no podéis ir conmigo; no, volveos a la posada y descansad, que esta noche, a las diez, nos pondremos en camino, vos muy alegre probablemente y yo también al ver que vos lo estáis.

Courtin quería deshacerse por el momento de Michel. La idea de que la recompensa prometida a quien entregara a Perico podría ganarla él solo, andábale de continuo por la mente y estaba resuelto a no marcharse de Nantes sin saber a qué atenerse acerca de la misma ofrenda y de los medios de no compartirla con nadie.

Comprendiendo Michel el peso de las razones que el colono le daba, y mirando además el estado de su traje, decidió despedirse de él para volverse a la posada.

Apenas se separó de su amo, Courtin se encaminó a casa del general, dijo su nombre al ordenanza, y a poco le introdujeron a presencia de aquél.

Hallábase el general muy descontento del giro que tomaban los negocios políticos: había enviado a París unos planes de pacificación sugeridos por los que tan buenos resultados dieron al general Hoche, y habían sido desaprobados; veía por todas partes que la autoridad civil se arrogaba las facultades que el estado de sitio concedía a los militares, y herida la susceptibilidad del veterano a la par de sus sentimientos patrióticos, estaba altamente disgustado.

—¿Qué quieres? —dijo a Courtin, fijando en él toda su atención.

El labriego hizo la mayor reverencia que pudo y contestó:

—Mi general, ¿os acordáis de la velada de Montaigu?

—¡Diantre! como si fuera ayer, ¡y sobre todo de la noche inmediata! Poco faltó para que mi expedición tuviese feliz éxito, y a no ser por un pícaro guarda que sobornó a uno de

mis cazadores, yo hubiera sofocado la insurrección en sus comienzos. A propósito, ¿cómo se llama aquel hombre?

—Juan Oullier.

—¿Qué ha sido de él?

Courtin no pudo menos de inmutarse y dijo:

—Ha muerto.

—Es lo mejor que podía hacer; y, no obstante, es lástima porque era un valiente.

—Si os acordáis de quien hizo abortar la expedición, ¿por qué habéis olvidado, mi general, a quién os facilitó los informes.

El general miró al colono.

—Porque Juan Oullier era soldado, era camarada, y en esos siempre pensamos; mientras que a los otros, los espías y traidores, les olvidamos apenas podemos.

—Bien —dijo Courtin—; en ese caso, mi general, permitid que os ayude a hacer memoria, y os diga que soy aquel hombre que os descubrió el albergue de Perico.

—¡Ah! sí. Y hoy, ¿qué deseas? Habla y sé breve.

—Deseo prestaros exactamente el mismo servicio que entonces.

—¡Ah! muy bien; pero los tiempos han cambiado mucho; ya no estamos en las hondonadas del país de Retz, donde se observa un piececito, un cutis blanco y una voz suave, atendida la escasez de todas estas cosas. Aquí todas las mujeres parecen más o menos grandes señoras, y hace un mes que más de veinte bribones de tu calaña han venido a venderme la piel del oso. Nuestros soldados están ya cansadísimos, hemos registrado cinco o seis barrios, y el oso todavía no ha parecido.

—General, tengo derecho a que deis crédito a mis noticias, ya que una vez os probé que las que doy son ciertas.

—A la verdad —dijo el general a media voz—, sería chistoso que yo sólo encontrase lo que el personaje de París no ha conseguido descubrir con toda su cáfila de soplones, espías y agentes de policía. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Estoy seguro de que mañana a estas horas tendré lo que deseáis saber, la calle y el número.

—Pues, ven a verme.

—Es que yo desearía, general...

Courtin se detuvo.

—¿Qué? —preguntó el veterano.

—Se ha hablado de una recompensa y desearía...

—¡Ah! sí —dijo el general apartándose y mirando al colono con el mayor desprecio—; me había olvidado de que, aunque funcionario público, eres de los que miran mucho por sus intereses privados.

—¡Caramba! vos lo habéis dicho, general: a nosotros pronto se nos olvida.

—Y el dinero que os dan lo consideraréis como la gratitud pública; realmente, es lógico; con que, tú no das; tú vendes, traficas, eres negociante en carne humana, digno colono, y siendo hoy día de mercado, has venido al mercado como los otros y con los otros.

—Soy todo eso. ¿Qué le hemos de hacer, general? los negocios son negocios, y no me abochorno de cuidar de los míos.

—Mejor; pero no debes dirigirte a mí: ha venido de París una persona a propósito para arreglar ese asunto, y con ella habrás de entenderte cuando tengas tu presa.

—Así lo haré, mi general; pero ya que una vez os di tan buenos informes, ¿no tendríais la bondad de recompensarme?

—Buen hombre, si crees que te debo alguna cosa, estoy pronto a satisfacerte. Habla.

—Y os será muy fácil, pues no pido mucho. Decidme la suma destinada a quien ponga a Perico en vuestras manos.

—Unos cincuenta mil francos, según creo —dijo general.

—¡Cincuenta mil francos! —exclamó Courtin como si le hubiesen herido en el corazón—; cincuenta mil francos son muy poca cosa.

—Tienes razón, no vale la pena de ser infame por tan poco. Estás pagado, ¿no es verdad? Pues, quítate de mi presencia; anda con Dios.

El general continuó el trabajo que había interrumpido para recibir a Courtin, sin prestar la menor atención a las reverencias que al salir le hacía él alcalde de La Logerie, quien se iba la mitad menos satisfecho de lo que había venido.

Convencido estaba el colono de que el general sabía la suma destinada al precio de la traición, y no conciliando lo que acababa de oír con lo que le había dicho el sujeto de Aigrefeuille, y figurándose, además, que este sujeto era el mismo hombre que el Gobierno había enviado a París, renunció por completo a la idea de obrar sin él y propúsose enterarle cuanto antes de lo que había sucedido.

Hasta entonces este hombre se había presentado siempre a Courtin sin que éste le llamara; pero el colono había recibido sus señas por si tenía que escribirle para comunicarle alguna cosa de importancia.

Courtin no escribió, sino que fue en persona, y con algún trabajo halló una tienda en el barrio más bajo de la ciudad, y en el fondo de un callejón húmedo, lleno de barro, poblado de casas sucias y lleno de baratillos, en cuya tienda, habiendo preguntado por el señor Jacinto, según se lo tenía prevenido, hiciéronle subir una escala y le introdujeron en una pieza más aseada de lo que prometía la apariencia exterior de la casa.

Allí encontró maese Courtin al hombre de Aigrefeuille, quien le recibió mucho mejor que el general, y con el cual tuvo una larga conferencia.

NUEVO CHASCO DE COURTIN

Si largo debía parecer el día a Michel, no se lo pareció menos a Courtin, quien en su aburrimiento llegó a creer que nunca llegaría la noche, y aunque tuvo gran cuidado de no ir a la calle del Mercado ni a ninguna de las adyacentes, no pudo menos de buscar distracción en las cercanías.

Llegada la noche, Courtin no olvidó la cita de Michel y María, regresó al mesón del *Alba*, donde encontró al barón que impaciente le aguardaba.

En viendo el mozo al labriego, le dijo:

—Me alegro mucho de verte, Courtin; he descubierto al hombre que nos siguió anoche.

—¿Qué decís? —interrogó el colono retrocediendo a pesar suyo.

—Te digo que le he descubierto —repitió Michel.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un sujeto de quien creí que podía fiarme y de quien también te hubieras fiado tú en mi lugar: José Picaut.

—¿José Picaut? —repitió Courtin, aparentando suma extrañeza—. ¿Y dónde le habéis encontrado?

—En esta posada, querido Courtin, pues sirve de mozo en ella.

—¡Bueno! ¿Y por qué os ha seguido? ¿Habríais cometido la ligereza de confiarle vuestro secreto? ¡Ah, joven! ¡cuan cierto es que la juventud y la imprudencia se dan la mano! A un ex presidiario...

—Precisamente por eso. ¿Sabes tú por qué fue a presidio?

—¡Toma! por robo a mano armada en el camino real.

—En fin, yo le había hecho un encargo.

—Si yo os preguntara cuál, diríais que soy curioso, y no obstante sólo hablo por interés.

—¡Oh! ninguna razón tengo para ocultarte el encargo que le hice: encomendéle que fuese a decir al capitán del *Joven Carlos* que a las tres de la madrugada me tendría a bordo; y nadie ha vuelto a ver al hombre ni el caballo, de manera que si es Picaut quien nos siguió, estará de acecho en los alrededores.

—¿Para qué? si hubiese querido entregaros, nada más fácil que enviar aquí a los gendarmes.

Michel hizo con la cabeza un ademán negativo.

—¿Cómo que no?

—No se trata de mí, Courtin, ni por mí nos espió ayer.

—¿Por qué?

—Porque no han puesto a mi cabeza tan alto precio que baste para pagar una traición.

—¿Pues a quién espiaban? —preguntó el labriego, apelando a toda la candidez que podía prestar a su acento y a su rostro.

—A un jefe vendeano, que yo desearía salvar conmigo —repuso Michel, notando que se propasaba en la conversación; pero congratulándose de enterar a medias de su secreto al

colono para servirse de él en un momento dado.

—¡Ah! ¿por ventura ha descubierto el refugio de ese jefe vendeano? Sería una desgracia, señor Michel.

—No; hasta ahora sólo ha vencido la primera dificultad, y es una felicidad para nosotros; pero me temo que si vuelve a espiarnos sea más afortunado que la primera vez.

—¿Y por qué había de espiaros?

—¡Toma! si esta noche me siguiera, vería que tengo una cita con María.

—¡Diantre! tenéis razón.

—Así es que estoy inquieto.

—Haced una cosa: llevadme con vos esta noche, y si veo que alguien os sigue, os lo avisaré con un silbido, y podréis emprender la fusca.

—¿Y tú?

Echóse a reír Courtin y respondió:

—¡Oh! yo nada arriesgo; conocidas son mis opiniones, a Dios gracias, y a fuer de alcalde no he de temer que mis amigos y conocidos sean gente sospechosa y comprometida.

—Por mucho pan, nunca es mal año —dijo riendo a su vez Michel—; pero, dime: ¿qué hora es?

—El reloj de Bouffay está dando las nueve.

—Sígueme, pues, Courtin.

—Marchemos, pues.

Tomaron ambos el sombrero, salieron, y en breve llegaron a la esquina, donde Michel había encontrado al colono.

Tenía Courtin a la derecha la calle del Mercado, y a la izquierda la callejuela a la que daba salida la puerta que él había señalado con una cruz.

—Quédate aquí, Courtin —dijo el Barón—, mientras yo permanezco al otro extremo de esta callejuela; no sé todavía por qué lado vendrá María: si viene por el tuyo, encamínala a mí; si por el mío, acércate a fin de auxiliarnos si es preciso.

—Perded cuidado —dijo Courtin.

Y situóse en su puesto.

El colono estaba que no cabía en sí de contento al ver que su plan salía a las mil maravillas, pues de uno o de otro modo iba a ponerse en contacto con María, a quien seguiría cuando dejara a Michel, y creía firmemente que no abrigando la doncella ninguna sospecha de que la siguiesen, descubriría el retiro de la Princesa al reunirse con ella.

Oyendo Courtin ligeras pisadas, adelantóse a reconocer quién venía, y vio a María transformada en una moza aldeana con manta y con un lío en la mano envuelto en un pañuelo.

Viendo la joven un hombre que al parecer guardaba la calle, detúvose titubeando; mas llegándose a ella, Courtin se dio a conocer.

—Bien, bien, señorita María —dijo en respuesta a las alegres demostraciones de la doncella—; ya sé que no me buscáis a mí, sino al señor barón, ¿no es cierto? allá os está aguardando.

Y señaló con el dedo al otro extremo de la callejuela. Agradecióselo la joven con un

ademán, y aceleró el paso en la dirección inmediata.

En cuanto a Courtin, creyendo que la plática sería larga, sentóse filosóficamente en un guardacantón, desde el cual podía ver a los dos jóvenes, mientras pensaba en su próspera fortuna que en tan buen camino suponía.

En efecto, con María tenía un cabo del hilo del laberinto, y confiaba que este hilo ya no se rompería.

Pero no pudo mecerse mucho tiempo en las doradas nubes de su imaginación, porque, habiéndose dicho los amantes algunas palabras, se acercaron a donde estaba. El baroncito daba alborozado el brazo a su novia, y tenía en la mano el lío que el colono había visto llevar a María.

Michel le hizo una seña con la cabeza.

—¡Oh! —dijo entre sí el colono—: muy fácil se presenta la cosa, y realmente no tendrá mérito.

Mas como esa prisa le venía de perlas, no se hizo de rogar para obedecer la seña de su amo, y siguió a los dos amantes a corta distancia.

No obstante, en breve se apoderó cierta inquietud del digno colono.

En vez de subir a lo alto de la ciudad, donde Courtin conocía instintivamente que debía estar el nido, los dos jóvenes bajaban al río.

El colono seguía con grande inquietud todos sus movimientos; pero ocurriósele de pronto que María tenía que evacuar alguna diligencia por aquella parte, y que Michel la acompañaba; pero al ver que los dos jóvenes se dirigían al mesón del *Alba* y luego penetraron por su puerta cochera, fue tal su zozobra, que no pudo contenerse, y alcanzó corriendo al baroncito.

—¿Qué hay? —preguntó Courtin.

—Amigo mío —repuso el mancebo—, soy el hombre más dichoso del mundo.

—¿Sí?

—¡Pronto! ¡pronto! ayúdame a ensillar dos caballos.

—¡Dos caballos! ¿Y la señorita no vuelve allá?

—No, Courtin, me la llevo.

—¿A dónde?

—A la Bouleuvre, donde procuraremos arreglarnos para huir todos juntos.

—Y la señorita María abandona de esa manera...

Courtin no quiso decir más, comprendiendo que se propasaba.

Michel sentíase demasiado feliz, para mostrarse desconfiado, y respondió:

—La señorita María no abandona a nadie, Courtin; Berta irá en su lugar, pues ya comprenderás que no seré yo quien diga a Berta que no la amo.

—¿Pues quién se lo dirá?

—Uno u otro, Courtin; no te dé cuidado.

—¡Pronto! ¡pronto! ensillemos dos caballos.

—¡Ah! ¿tenéis caballos?

—No son míos; pero ya se sabe que los que viajan por las necesidades de la causa, como nosotros, tienen caballos a su disposición.

Y Michel condujo a Courtin a la cuadra, donde los caballos estaban comiendo avena,

como si efectivamente les hubiesen preparado para los dos mozos.

El barón estaba ensillando uno, cuando bajó el posadero acompañado de María.

—Vengo del Sur y voy a Rosny —díjole Michel, en tanto que Courtin ensillaba lentamente el otro caballo.

—Está bien —repuso el mesonero, haciendo una señal de asentimiento.

Y ayudó a Courtin.

—Pero, señor —dijo éste, haciendo otro esfuerzo—, ¿por qué hemos de ir a la Boulevre y no a La Logerie?... Creo que en La Logerie no os ha ido tan mal.

Michel interrogó a María con la vista.

—¡Oh! no, no —repuso ésta—, no vayamos a La Logerie. Considerad, amigo, que Berta volverá pronto allá para saber de vos y para averiguar por qué el buque se ha dado a la vela sin ellos, y no quiero verla antes de que la persona que sabéis le haya hablado. Me moriría de vergüenza y de dolor al encontrarme delante de ella.

Al nombre de Berta, por segunda vez pronunciado, irguió Courtin la cabeza como un caballo al oír el clarín.

—Sí, la señorita tiene razón —observó—; no vayáis a La Logerie.

—Hay un inconveniente, María —dijo Michel.

—¿Cuál? —interrogó la joven.

—¿Quién entregará a vuestra hermana la carta en que se le encarga que venga a Nantes?

—No será difícil encontrar un mensajero —dijo el colono—, y si no hay otro obstáculo que ese, señor Michel, yo me encargo de llevar la carta.

El barón titubeaba; lo mismo que María, temía presenciar los primeros arrebatos de Berta, y consultó con los ojos a la doncella, quien respondió con un ademán afirmativo.

—Vamos a la Boulevre —dijo Michel, entregando la carta al colono—. Si algo tienes que decirnos, Courtin, allí nos encontrarás.

—¡Pobre Berta! —exclamó María, montando a caballo; nunca me consolaré de mi dicha.

Michel también acababa de montar, y después de encomendar una vez más la carta a Courtin, saludaron ambos jóvenes con la mano al posadero, saliendo del mesón del *Alba*.

Al llegar al extremo del puente de Rousseau, por poco derriban aun hombre que, a pesar del calor de la estación, estaba embozado en una manta.

Esa sombría aparición asustó a Michel, que hizo apretar el paso a su caballo diciendo a María que hiciera lo mismo.

A corta distancia el barón volvió el rostro, y a pesar de la oscuridad vio que el hombre se había detenido y les estaba mirando.

—Nos espía, nos espía —dijo Michel, adivinando instintivamente que acababa de salvarse de un peligro.

Perdióles el hombre de vista y siguió camino de Nantes.

Detúvose a la puerta del mesón, y buscando a alguien con los ojos, vio a un hombre que en la cuadra y a la luz del farol leía una carta.

Acercóse, y al rumor de sus pisadas volvió la cabeza.

—¡Ah! sois vos —exclamó Courtin—, por vida mía que si llegáis un momento antes me hubierais encontrado en compañía que os habría gustado.

—¿Quiénes son los dos jóvenes que de poco me hacen medir el suelo a la entrada del

punte?

—Los mismos que hacen poco rato estaban conmigo.

—¿Qué hay de nuevo, sepamos?

—Bueno y malo; pero más que malo, bueno.

—¿Es para esta noche?

—Todavía no; se ha demorado el golpe.

—Frustrado, queréis decir, torpe.

Sonrióse Courtin, y repuso:

—Cierto, desde ayer estoy de desgracia; pero, ¡qué diablo! caminemos y no corramos, que quien menos corre vuela, y por más infructuosos que en cuanto al resultado inmediato han sido mis pasos de hoy, valen, cuando menos, veinte mil libras.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Sí, y la prueba es que ya tengo algo.

—¿Qué?

—Esto —repuso Courtin, enseñando la esquila que había abierto y leído.

—¿Una esquila? ¿Y qué dice? —preguntó el de la manta, alargando el brazo, para apoderarse del escrito.

—No, la leeremos juntos, pues debo guardármela yo para llevarla a su destino.

—Veamos —dijo el hombre.

Aproximáronse ambos al farol y leyeron:

«Servíos pasar a mi lado cuanto antes. Ya sabéis las señas.

«Vuestro afectísimo,

»*Perico.*»

—¿A quién va dirigida esta carta?

—A la señorita Berta de Souday.

—No veo su nombre en el sobre ni al pie del escrito.

—Porque esa esquila puede extraviarse.

—Tenéis razón, ¿sois vos quien está encargado de entregársela?

—Sí.

El hombre examinó la esquila por segunda vez, y dijo:

—Es su misma letra.

Guardó un instante de silencio, y luego preguntó a Courtin:

—¿Cuándo os veré?

—Pasado mañana.

—¿Aquí o en el campo?

—En San Filiberto de Grandlieu, que se halla a la mitad del camino de Nantes y de mi casa.

—¿Y entonces nada me impedirá obrar como quiera?

—Os lo prometo.

—Procurad hacer honor a vuestra palabra; yo sé cumplir la mía, y aquí tenéis el dinero que no os hará esperar.

Y diciendo eso, abrió el hombre su cartera y enseñó al colono un legajo de billetes de Banco cuyo valor era de unos cien mil francos.

—¡Ah! —dijo éste—, ¡papel!

—Sí, papel, pero con la firma de Garat, que es muy buena.

—No importa —replicó Courtin—, prefiero el oro.

—Bien, os pagaré en oro —dijo el otro metiéndose la cartera en el bolsillo y terciándose la manta al hombro.

Si los dos interlocutores no hubiesen estado tan preocupados en su conversación, habrían visto indudablemente que hacía dos o tres minutos les estaba escuchando un aldeano que, con el auxilio de una carreta, se había encaramado a la pared y miraba los billetes con un aire que significaba que en el puesto de Courtin no estaría tan disgustado como él y se concentraría con la firma de Garat.

—Con que, hasta pasado mañana en San Filiberto —repitió el de la manta.

—¿A qué hora?

—Al anochecer.

—Fijemos las siete: el que llegue primero aguardará al otro.

—¿Creéis que pasado mañana habremos logrado nuestro intento?

—¡Toma! siempre es bueno creer, pues nada cuesta.

—Pasado mañana, a las siete, en San Filiberto —dijo el aldeano saltando de la pared a la calle—... No faltaré.

Y con sardónica sonrisa, agregó:

—Ya que estoy marcado... debo ganar la marca.

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY TIENDE LA RED Y PESCA A PICAUT

Habiendo Berta salido de La Logerie al mismo tiempo que Michel, a las dos horas de camino estuvo al lado de su padre.

Berta encontró a éste profundamente abatido y fastidiado de la solitaria vida que llevaba en la madriguera que maese Jaime había dispuesto para su uso personal y en la que se instalara.

Lo mismo que Michel, si bien por un sentimiento puramente caballeresco, nunca se hubiera resuelto el marqués de Souday a salir de la Vendée mientras Perico corría en ella algún peligro; pero habiéndole Berta participado la marcha probable del jefe de su partido, el hidalgo vendeano se aventuró sin entusiasmo a seguir el consejo del general, e ir a vivir por tercera vez en suelo extranjero.

Salieron, pues, del bosque de Touvain, y maese Jaime, cuya mano estaba casi curada aunque con dos dedos menos, quiso acompañarles hasta la costa para favorecer el embarque.

Seguían los tres viajeros el camino de Machecoul, y a eso de la media noche encontráronse en una altura que dominaba el valle de Souday.

Al ver las cuatro veletas de su castillo, en las que rielaba la luna en medio de la verde alfombra que lo rodeaba, el marqués no pudo reprimir un suspiro.

Oyólo Berta, y aproximándose preguntóle:

—¿Qué tenéis, padre? ¿En qué pensáis?

—En muchas cosas, hija mía —respondió el marqués moviendo la cabeza.

—No os aflijáis, padre; todavía sois joven y robusto, y volveréis a ver vuestra casa.

—Sí —repuso el marqués suspirando—; pero...

Y anúdesele la voz en la garganta.

—Pero, ¿qué?... —interrogó Berta.

—No veré más a mi pobre Juan Oullier.

—¡Ah! —exclamó la doncella.

—¡Oh, casa! ¡oh, casa! —exclamó el marqués—; ¡pobre casa! ¡Cuan vacía me parecerás!

Aunque los ojos del marqués expresasen más egoísmo que cariño a su servidor, si el pobre Oullier hubiese oído aquel lamento de su amo, habríase conmovido profundamente.

—¿Pero, qué hacer, querido padre? No sé por qué, pero no puedo creer por más que digan que nuestro infeliz amigo haya muerto; algunas veces lo lloro, es verdad, pero pareceme que si realmente hubiese muerto lo lloraría más, y siempre me enjuga las lágrimas una secreta esperanza que no acierto a explicarme.

—Es singular —dijo maese Jaime—; yo también pienso lo mismo que la señorita. No, Juan Oullier no ha muerto, y tengo más que presunciones, pues vi el cadáver que decían ser el suyo y no lo conocí.

—Pues, ¿qué habrá sido de él? —preguntó el marqués.

—¡Pardiez! no lo sé, a fe mía —repuso maese Jaime—; pero cada día espero tener noticias tuyas.

El marqués exhaló otro suspiro. En este momento atravesaban un extremo del bosque, y tal vez pensaba en las hecatombes de caza que había hecho por sus frondosidades, las que ya no creía ver más; quizás las pocas palabras que había pronunciado maese Jaime le habían animado con la esperanza de ver un día a su fiel servidor. Ésta es la suposición más probable, pues el anciano encargó varias veces al jefe de los *conejos* que tomara informes precisos sobre la muerte de Juan Oullier y le participara su resultado.

Llegados a la orilla del mar, el marqués no adoptó por completo el plan que Michel y su hija habían trazado para el embarque; temía que navegando la goleta de conserva para esperarles delante de la bahía de Bourgneuf, según estaba convenido, llaman la atención de los escampavías que vigilaban la costa; y como no quería perjudicar a Perico por un sentimiento personal, decidió ir con su hija al encuentro del buque que debía conducirles.

Maese Jaime, que tenía relaciones en todo el litoral, halló un pescador que por algunos luisés consintió en llevarles al *Joven Carlos*.

La barca estaba varada a la orilla del mar y, dirigido el marqués por maese Jaime, entró en ella con Berta, burlando la vigilancia de los aduaneros de Pornic que andaban por la costa. Una hora después puso la barca a flote el patrón, y sus dos hijos se embarcaron para hacerse mar a dentro.

Como aún faltaba media hora para amanecer, el marqués no aguardó que la embarcación estuviese lejos para salir del entrepuente, donde se encontraba peor que en la gazapera de maese Jaime.

Al verle el pescador le preguntó:

—¿Decís, señor, que el buque que esperáis ha de venir del río?

—Sí —contestó el marqués.

—¿A qué hora debe salir de Nantes?

—De las tres a las cinco de la mañana —repuso Berta.

El pescador consultó al viento, y dijo:

—Con este viento necesitará cuatro horas para llegar aquí —y calculando, continuó—: El viento es del Sudeste, la pleamar ha sido a las tres, y debemos verle a eso de las ocho; entretanto, para que no se nos eche encima el guardacostas, convendría tender de cuando en cuando las redes, que nos servirá de pretexto para correr bordadas delante del río.

—¿Cómo de pretexto? —exclamó el marqués—, lo mejor será pescar real y efectivamente; toda mi vida he anhelado dedicarme a este ejercicio, y ya que este año no puedo cazar en los bosques de Machecoul, quiero aprovechar la ocasión que el cielo me depara.

Y el marqués, a pesar de las observaciones de Berta, temerosa de que la alta estatura de su padre le diese a conocer de lejos, ayudó a los pescadores en su tarea. Tendieron la red, tuviéronla algún tiempo sumergida, y el marqués de Souday, que había halado vigorosamente para recogerla, experimentó una pueril alegría al contemplar los congrios, rodaballos, platijas y rayas de la redada.

Olvidó en seguida sus pesares, sus recuerdos y esperanzas, el castillo y el bosque de Machecoul, los pantanos de San Filiberto y los grandes páramos, y con ellos los jabalíes, corzos, zorros, liebres, perdices y becardas, para pensar solamente en la población de piel lisa o escamosa que a cada redada se ofrecía a sus ojos.

Amanecía ya, y Berta estaba meditabunda, sentada a proa y absorta en sus pensamientos, contemplando la luminosa estela de la barquilla; y al clarear subió a un rollo de cables para interrogar al horizonte.

Entre la niebla matinal, muy densa a la entrada del río, divisó los palos de algunos buques, ninguno de los cuales llevaba el gallardete azul en que debía conocerse al *Joven Carlos*, y habiéndolo hecho observar al pescador, tranquilizóla éste jurando que si la embarcación había zarpado de noche de Nantes, no podía haber llegado tan pronto al mar.

Por otra parte, el marqués no dejó prolongar la conversación de su hija con el digno pescador, pues aficionábase de tal modo al oficio de aquella buena gente, que entre redada y redada no dejaba más que el tiempo estrictamente necesario, y hasta aprovechaba los intervalos de una a otra para oír de boca del marinero los primeros rudimentos de la ciencia náutica.

En esto, el pescador le advirtió que si continuaban tendiendo la red tendrían que desplegar las velas de modo que formaran con la quilla un ángulo tan pequeño como lo permitiera el aparejo, y estaban ambos en lo más embrollado de la demostración, cuando Berta exhaló un gran grito.

Acababa de ver la joven a pocas brazas de la barca un gran buque navegando a todo trapo, en el cual no había parado la atención porque no llevaba la señal convenida, y cuya aproximación le habían encubierto los focos.

—¡Cuidado! ¡cuidado! —gritó—, ¡viene un buque sobre nosotros!

Volvióse el pescador, y dándose cuenta, en un abrir y cerrar de ojos, del peligro que les amenazaba, arrancó bruscamente el timón de manos del marqués, quien rodó por la cubierta, y sin cuidarse de éste, maniobró a toda prisa para ponerse a barlovento del buque que venía sobre ellos y salir ileso de sus aguas. Sin embargo, por rápida que fuese la maniobra, el guía de la cangreja rozó con el costado del buque y enredóse un momento con el bauprés: la barca se inclinó y si el pescador no la hubiese sacado pronto de allí, no se hubiera levantado tan ligera o tal vez se hubiera ido a pique.

—¡Vaya al diablo el barco! —exclamó el viejo pescador—. Medrados estábamos si no me doy tanta prisa.

—¡Virad! ¡virad! —gritó el marqués, irritado por su caída—; alcanzadle, y que me emplumen si no subo a bordo para pedir satisfacción al capitán de su impertinencia.

—¿Cómo queréis que con nuestros dos focos y nuestra pobre cangreja alcancemos a esa especie de gaviota? —replicó el pescador.

—Pues, es preciso —exclamó Berta—, porque es el *Joven Carlos*.

Y mostró a su padre una ancha faja blanca en la ropa del buque, en la cual se leía en letras doradas: JOVEN CARLOS.

—Por vida mía, tienes razón, Berta; virad, virad, amigo. Pero, ¿por qué no lleva la señal convenida con el señor barón de La Logerie? ¿Por qué dirige la proa al Oeste y no a la bahía de Bourgneuf, donde debíamos aguardarle?

—Tal vez ha sucedido algún percance —dijo Berta demudada.

—Con tal que no sea a Perico —murmuró el marqués.

Berta admiró el estoicismo de su padre, y dijo también para sí:

—Con tal que no sea a Michel.

—No importa —dijo el marqués—, sepamos a qué atenernos.

Entretanto la barquilla había orzado, y ganando el barlovento aumentó su celeridad. Esta

rápida maniobra en una embarcación de tan poco porte no permitió que la goleta se alejara sensiblemente a pesar de la superioridad de su velamen.

El pescador llamó al buque, y el capitán apareció en el puente.

—¿Sois el *Joven Carlos* y venís de Nantes?

—¿Qué te importa? —replicó el capitán, que aún estaba de mal humor a pesar de haberse escapado, como creía, de las manos de la justicia.

—Es que aquí tengo gente para vos.

—¿Son comisionados también? ¡Voto a cribas! Si me los traes del calibre de esta noche, te echo a fondo antes de que subas a bordo, viejo gárrulo.

—No, que son pasajeros: ¿no esperáis a unos pasajeros?

—Sólo espero un buen viento para doblar al cabo de Finisterre.

—Dejadme atracar —dijo el pescador a instancias de Berta.

El capitán del *Joven Carlos* inspeccionó el mar, y no viendo, entre la costa y su buque, cosa alguna que legitimara sus recelos, deseoso, además, de saber si los pasajeros de que le hablaban eran los mismos cuyo embarque había sido el objeto de su viaje, accedió al ruego del pescador, mandando amainar las velas mayores a fin de disminuir la rapidez de la marcha.

Pronto estuvo el *Joven Carlos* bastante cerca de la barca para poderla echar un calabrote con que atracarla a la goleta.

—Y bien, ¿qué hay? —interrogó el capitán inclinándose hacia la barca.

—Rogad al señor de La Logerie que venga a hablaros —dijo Berta.

—El señor de La Logerie no está a bordo —replicó el capitán.

—Pues, si él no está —repuso Berta con voz turbada—, ¿están a lo menos dos señoras?

—En cuanto a señoras —respondió el capitán—, sólo tengo un perillán aherrojado que jura y blasfema como un condenado en la bodega.

—¡Cielos! —exclamó Berta con angustia—, ¿sabéis si ha sucedido alguna desgracia a las personas que debíais embarcar?

—A fe mía, hermosa señorita —dijo el capitán—, si podéis explicarme ese enredo me haréis un gran favor, pues lléveme el demonio si entiendo una jota. Anoche vinieron dos hombres de parte del señor barón de La Logerie, con dos encargos diferentes: el uno, que zarpase inmediatamente, y el otro me decía que me esperara. Uno de ellos era un honrado colono, un alcalde, según la banda tricolor que me enseñó; éste me decía que levantara anclas y me largara cuanto antes; y el otro, el que no quería que me diese a la vela, era ex presidario. Di crédito a lo que me decía la persona más respetable, lo cual, después de todo, era lo que menos me comprometía, y zarpé.

—¡Gran Dios! —exclamó Berta—, Courtin es quien vino; habrá sucedido algún contratiempo al señor barón de La Logerie.

—¿Queréis ver a ese hombre? —interrogó el capitán.

—¿A cuál? —respondió el marqués.

—Al que está encadenado, tal vez le conozcáis, y lleguemos a saber la verdad, aunque ya sea demasiado tarde para que saquemos algún provecho.

—Podemos sacarle para partir —dijo el marqués—, y para salvar de algún peligro a nuestros amigos; dejadnos ver a ese hombre.

Dio el capitán una orden, y a poco trajeron a José Picaut, todavía aherrojado. A pesar de

sus ligaduras y sus cadenas, en divisando Picaut las costas de aquella Vendée natal que estaba amenazado de no volver a ver, sin calcular la distancia y la imposibilidad en que estaba de nadar, hizo un movimiento para escaparse de los que le conducían y arrojarle al agua.

Eso pasaba a estribor, de suerte que los pasajeros de la barquilla, arrimada a la popa, no podían verlo; pero al grito que dio Picaut y al ruido que se promovió a cubierta, comprendieron que se trataba alguna lucha en el *Joven Carlos*.

El pescador impulsó la barca por el costado del buque, y vieron a José que luchaba entre cuatro hombres.

—Dejadme que me arroje al agua —gritaba—; prefiero morir en seguida a consumirme aquí.

Y, en efecto, quizá iba a conseguir precipitarse al mar, cuando conoció al marqués de Souday y a Berta, que presenciaban aquella escena estupefactos.

—¡Oh! señor marqués, ¡ah! señorita Berta —gritó José Picaut—, vosotros me salvaréis, pues por haber cumplido las órdenes del señor de La Logerie, este bestia de capitán me ha tratado de esta suerte; pero de todo tiene la culpa el infame Courtin.

—Veamos lo que hay de verdad en todo eso —dijo el capitán—, pues si me desembarzáis de ese bribón os declaro que me hacéis un gran favor. No soy fletado para Cayena ni para Botany-Bay.

—¡Ah! —dijo Berta—, todo es verdad, caballero; no sé qué motivo ha tenido el alcalde de La Logerie para haceros dar a la vela; pero aquí está indudablemente el que os decía la verdad.

—Pues desatadle, ¡mal rayo! y vaya a que le ahorquen donde quiera, y ahora, ¿qué hacéis vosotros? ¿Sois de los nuestros o no? ¿Os quedáis u os vais? De buen grado os conduciría, pues me habían pagado anticipadamente, y en descargo de mi conciencia me alegraría de conducir a alguien.

—Capitán —dijo Berta—, ¿no podíais volver al río y diferir para esta noche el embarque que debía tener lugar la anterior?

—No, no, es imposible —repuso el capitán—; ¡y la Aduana! ¡Y la Sanidad! No; pero os repito que si queréis pasar con mi buque a Inglaterra, estoy a vuestra disposición: nada os costará.

Miró el marqués a su hija, la cual hizo con la cabeza una señal negativa.

—Gracias, capitán, gracias, es imposible.

—De ese modo, separémonos; pero antes permitidme que os pida un favor.

—Os lo haré con mucho gusto, capitán.

—Encargaros de dar una buena paliza al pícaro que se ha burlado de mí esta noche.

—Así se hará —asintió el marqués.

—No digo que no, si le quedan fuerzas para pegarme la cuenta que me debe.

Y oyóse al mismo tiempo el ruido de un cuerpo pesado que caía al agua, y a poca distancia apareció en la superficie del mar la cabeza de José Picaut, quien se puso a nadar vigorosamente hacia la barca.

Una vez libre el chuán de sus pesadas cadenas, temió que alguna circunstancia imprevista le obligase a permanecer en el buque, y al verse suelto se había arrojado al agua.

El patrón y el marqués le tendieron la mano y con su auxilio José Picaut subió a la barca.

Entretanto, el capitán mandó largar el calabrote que la detenía, y la goleta se alejó viento en popa.

Mientras el pescador hacía rumbo a la costa, Berta y su padre tuvieron consejo.

A pesar de las explicaciones de Picaut, no acertaban con el motivo de la Conducta del alcalde de La Logerie, la cual les parecía muy sospechosa; y aunque Berta describía a su padre la solicitud de Courtin por Michel y el cariño que le había oído expresar por su amo, el marqués creyó que aquella torcida conducta encubría un proyecto peligroso, así para la seguridad del barón como para la de sus amigos.

Tocante a Picaut, declaró simplemente que sólo respiraba venganza, y que si el señor de Souday quería proporcionarle un vestido de marinero, así para disfrazarse como para sustituir la ropa desgarrada en la lucha que había sostenido, se pondría en camino para Nantes apenas saltara a tierra.

Persistiendo el marqués que la traición de Courtin podía haber tenido por víctima a Perico, quería también trasladarse a la ciudad; mas no dudando Berta en que al ver Michel frustrada su evasión habría regresado inmediatamente a La Logerie con la idea de que ella iría a encontrarle allá, aplazó este proyecto para cuando se tuvieran más noticias de lo que había sucedido.

El pescador dejó sus aparejos al abrigo de la punta de Pornic, y uno de sus hijos entregó la blusa y el sombrero de hule a Picaut, quien se encaminó a Nantes a todo correr, jurando que se vengaría de Courtin.

Pero antes de despedirse del marqués, rogóle que enterara de su aventura al jefe de los *conejos*, no dudando que maese Jaime se asociaría fraternalmente a su venganza.

De este modo y gracias a su conocimiento del terreno, pudo llegar a Nantes a las nueve de la noche, yendo, naturalmente, a ocupar su puesto en el mesón del *Alba*. Al entrar, con las precauciones que exigía su posición, pudo presenciar la entrevista de Courtin y del hombre de Aigrefeuille, oír parte de lo que decían, y ver el dinero o los billetes de Banco a que Courtin prefería el oro.

En cuanto al marqués y su hija, por mucha que fuese la impaciencia de Berta, hasta la noche no pudieron ponerse en camino para el bosque de Touvain, y no sin profundo disgusto pensó el anciano hidalgo que no se repetiría la alegre mañana de aquel día, y que sólo Dios sabía el tiempo que debía permanecer encerrado en aquella gazapera.

LO QUE PASABA EN DOS CASAS INHABITADAS

Maese Jaime no se había engañado en sus presunciones: Juan Oullier no había muerto.

La bala que Courtin le envió a la ventura en el matorral, le dio en el pecho, y la viuda Picaut, cuyo carro oyeran el colono y su acólito, creyó al llegar que levantaba un cadáver.

Por un sentimiento de caridad, muy natural en una campesina, no quiso que el cuerpo de un hombre por quien su marido manifestara tan marcada simpatía, a pesar de sus contrarias opiniones políticas, fuese pasto de las aves de rapiña o de los animales carnívoros; y deseosa de que el infeliz vendeano descansara en tierra sagrada, púsole en el carro para llevárselo a su casa. No obstante, en vez de ocultarle debajo de la litera que a este efecto había traído, colocóle encima, y varios labriegos que encontró por el camino pudieron ver y tocar el cuerpo aún caliente y ensangrentado del viejo servidor del marqués de Souday.

He aquí cómo se esparció por la comarca la noticia de la muerte de Juan Oullier, cómo llegó a oídos del marqués de Souday y sus hijas, y, finalmente, por qué a la mañana siguiente, queriendo Courtin cerciorarse por sí mismo de que ya no existía el hombre a quien más temía, creyó, como todos, que había muerto.

La viuda Picaut condujo el cuerpo de Oullier a la casa en que había vivido con su esposo, y de la cual se había trasladado a la posada de San Filiberto, donde residía sola su abuela. Aquella casa estaba más cerca de Machecoul, parroquia de Juan Oullier, y del erial de Bouaimé, donde le encontró, que la posada donde había pensado ocultarle, si le hubiese hallado vivo.

En el momento en que la carreta atravesaba la encrucijada que ya sabemos y de donde arrancaba el camino que llevaba a la casa de los dos hermanos, el fúnebre cortejo encontróse con un hombre a caballo que seguía el camino de Machecoul.

El señor Roger, médico de Legé, que tal era aquel hombre, interrogó a uno de los pilludos que con la persistencia y curiosidad de sus años seguía el carro, y habiendo sabido que éste conducía el cuerpo de Juan Oullier, lo acompañó hasta la morada de los Picaut.

La viuda Picaut puso a Oullier en el mismo lecho mortuorio donde había colocado, uno junto a otro, a su marido y al pobre conde de Bonneville, y mientras limpiaba el rostro del vendeano, cubierto de sangre y de polvo, vio al médico.

—¡Ah! señor Roger —exclamó la infeliz—, no necesita ya vuestros cuidados, y es lástima; hay tantos que valen menos que él y aún viven, que su muerte causa doble sentimiento.

Pidió el médico a la viuda que le refiriera lo que sabía de esa muerte. La presencia de su cuñada y de los niños y mujeres que habían acompañado el carro, impidió a la viuda referir que pocas horas antes había hablado con Juan Oullier, y que al volver con la carreta había oído un tiro y pasos de hombres que huían, por lo cual presumía que Oullier había sido asesinado. Por el contrario, díjole simplemente que al volver del erial había encontrado el cadáver en el camino.

—¡Pobre hombre! —exclamó el doctor—. Bien mirado, vale más esta muerte, que a lo menos es la del soldado, que la suerte que le aguardaba si hubiese vivido: estaba

gravemente comprometido, y a caer en manos del Gobierno seguramente hubiera ido a parar, como los otros, en los calabozos del monte San Miguel.

Diciendo esas palabras, acercóse maquinalmente el médico a Juan Oullier, asió su inerte brazo y aplicóle la mano al pecho. El doctor se estremeció.

—¿Qué hay? —interrogó la viuda.

—Nada —repuso fríamente el médico—; este hombre ha muerto, y sólo reclama los últimos deberes.

—¿Qué necesidad teníais —dijo ásperamente la mujer de José— de traer acá ese cadáver, que puede acarrearos una visita de los azules?

—¿Qué os importa, cuando ni vos ni vuestro marido habitáis lacasa? —replicó la viuda.

—No la habitamos, precisamente —dijo la esposa de José—, por temor que vengan los azules y nos expusiéramos a perder lo poco que nos queda.

—Haríais bien en hacerlo reconocer antes de enterrarlo —interrumpió el médico—, y si eso ha de causaros alguna molestia, yo me encargaré de su trasladación a casa del marqués de Souday, cuyo médico soy.

En seguida, aprovechando el instante en que la viuda pasaba por delante de él, díjole el doctor en voz baja:

—Despedid a toda esa gente.

Como era cerca de medianoche, eso no fue difícil.

Cuando estuvieron solos, el médico le dijo:

—Juan Oullier no ha muerto.

—¿Cómo! ¿No ha muerto?

—No; y si he callado delante de todos, es porque opino que lo primero que hay que hacer es asegurarse de que nadie vendrá a molestaros en la asistencia que le prestéis.

—¿Dios os oiga! —repuso gozosa la buena mujer—, y si puedo coadyuvar a su voluntad, creed que lo haré con muchísimo gusto, pues nunca olvidaré la amistad que mi difunto esposo le profesaba y siempre me acordaré de que no quiso que yo fuese víctima de la bala de un asesino, a pesar de que yo estaba haciendo mal a los suyos.

Y cerrando la puerta y las ventanas de su cabaña, la viuda encendió lumbre, calentando agua, y mientras el doctor sondaba la herida para ver si estaba afectado algún órgano necesario a la vida, ella despidióse de algunas mujeres que venían demasiado tarde, pretextando que regresaban a San Filiberto.

En seguida, rodeando el camino, se internó en el bosque y volvió por el huerto.

La casa de José Picaut estaba cerrada. Escuchó a la puerta y nada oyó. Era evidente que la mujer y los hijos de su cuñado se habían retirado al lugar donde se ocultaban mientras el marido y el padre continuaban guerreando, según hemos visto.

La viuda entró en su casa por la puerta del patio. El médico había vendado la herida, y los síntomas de existencia eran cada vez más manifiestos.

Ya no latía solamente el corazón, sino también el pulso, y poniendo la mano en su boca, se la sentía humedecida por el aliento.

La viuda escuchó esos detalles con alegría.

—¿Le salvaréis? —preguntó ella.

—En cuanto a eso, es un secreto de Dios —respondió el médico—. Lo que puedo deciros es que no ha sufrido ningún órgano esencial; no obstante, ha perdido muchísima sangre, y

no he podido extraerle la bala.

—Yo he oído decir —prosiguió la viuda—, que algunos hombres han vivido largos años con una bala en el cuerpo.

—Es muy posible —le respondió—; pero, ahora, ¿qué haréis con él?

—Mi intención es de conducirle a San Filiberto y ocultarle hasta que muera o se cure.

—A estas horas es difícil. Se habrá salvado por lo que nosotros llamamos el coágulo, y todo sacudimiento pudiera serle fatal: además, en San Filiberto, en la posada de vuestra madre, en medio de tantas idas y venidas, os será imposible ocultar su presencia en vuestro aposento.

—¡Dios mío! ¿Creéis que le prenderían en este estado?

—No le meterían en la cárcel, eso no; pero sí en un hospital, en donde saldría para ir a esperar en algún calabozo una sentencia de muerte, o, a lo menos, infamante. Juan Oullier es uno de esos jefes oscuros, por su extremada modestia, pero peligroso por su influjo en el pueblo, y para quienes el Gobierno obrará con todo el rigor de la ley.

¿Por qué no confiáis el secreto a vuestra cuñada? ¿No profesan las mismas opiniones?

—¿No lo habéis oído?

—Sí, y comprendo que desconfiáis de su compasión; no obstante, Dios sabe si debiera ser caritativa con el prójimo, sobre todo ella, pues si prendiesen a su marido podría salirle la cuenta todavía peor que a Oullier.

—Sí, ya lo sé—repuso la viuda con voz sombría—: corre peligro de muerte.

—Veamos —prosiguió el médico—, ¿podréis ocultarle aquí?

—Sí, por cierto; y aun estaría aquí mejor que en otra parte, pues todos suponen la casa inhabitada; ¿pero quién le cuidará?

—Juan Oullier no es una mujercilla delicada, y dentro de dos o tres días, cuando la fiebre haya calmado un poco, podrá quedarse solo durante el día. En cuanto a mí, prometo visitarle cada noche.

—Bien; y yo pasaré a su lado todo el tiempo que pueda, sin infundir sospechas.

Y, ayudada del doctor, la viuda trasladó el herido al establo, contiguo al cuarto; cerró cuidadosamente la puerta, puso el colchón sobre la paja, y, habiendo citado al médico para la siguiente noche, como el herido sólo necesitaba agua fresca en los primeros momentos, echóse sobre un montón de paja a su lado, esperando que Oullier manifestara volver en sí con algunas palabras o bien con algún suspiro.

Al día siguiente, fue a San Filiberto y todos los que se interesaban preguntáronle por Oullier; a todos respondió que había seguido el consejo de su cuñada, volviendo el cadáver al erial por temor de que le molestaran. Al instante, regresó a su casa con el pretexto de arreglarla, y al anochecer cerró la puerta con afectación y volvió a San Filiberto antes de que se hiciera de noche, a fin de que la viesan bien.

Por la noche, regresó al lado de Juan Oullier.

De este modo, le veló tres días y tres noches, encerrada con él en el establo, temiendo hacer el menor ruido que descubriese su presencia; y aunque al cabo de aquellos días se encontrase todavía Oullier en el estado de entorpecimiento consiguiente a las grandes conmociones físicas y a los copiosos derrames de sangre, el médico la exhortó a permanecer en San Filiberto durante el día y a no venir a cuidar al enfermo sino de noche. Era la herida tan grave, que Juan Oullier estuvo quince días entre la vida y la muerte.

Algunos fragmentos de ropa que con la bala se habían clavado en el cuerpo, enconaban la llaga, y cuando, al fin, la fuerza de la naturaleza los hubo rechazado, el doctor respondió a la viuda de Picaut de la vida del vendeano.

La buena mujer le asistió con la mayor solicitud a medida que le veía convalecer, y aunque el herido estaba tan débil que apenas podía articular algunas palabras, manifestaba su mejoría con las muestras de agradecimiento que daba a la viuda.

Entretanto, apenas el pecho de Juan Oullier quedó desembarazado de los cuerpos extraños que en la herida se habían introducido, comenzó una supuración regular, y el herido fue restableciéndose rápidamente; pero, a medida que recobraba sus fuerzas, preocupábase por las personas que amaba, y habiendo suplicado a la viuda que procurase averiguar la suerte del marqués de Souday, de Berta y María, y hasta de Michel, que al fin había triunfado de la antipatía que el vendeano le profesaba, captándose su afecto, la bondadosa enferma pidió noticia a los viajeros realistas que se hospedaban en la posada de su madre, y pronto pudo asegurarles que todos vivían y estaban libres, participándole que el marqués de Souday se encontraba en el bosque de Touvain, y Berta y Michel en casa de Courtin, y María, según todas las probabilidades, en Nantes.

Pero apenas la viuda hubo pronunciado el nombre de Courtin, cuando se demudó extraordinariamente la fisonomía de Oullier, quien se pasó la mano por la frente como para aclarar sus ideas, incorporándose por vez primera.

Su primer pensamiento había sido de amistad y cariño, pero ahora le asaltaban ideas de odio y de venganza, sobreexcitándole con tanta violencia como largo había sido su entorpecimiento.

La viuda, aterrorizada, escuchó a Oullier repetir frases que en su fiebre pronunciaba, y que ella había tomado por desvarío; oyóle acusar a Courtin de traidor, infame y asesino; oyóle hablar de sumas fabulosas que habrían sido el precio del crimen, y hablando de este modo se hallaba poseído de la más viva exaltación; con ojos centelleantes de furor y con voz trémula de emoción, rogó Oullier que fuese a buscar a Berta.

La pobre mujer creyó que sobrevenía un recargo de fiebre, y entró en gran zozobra, porque el médico había dicho que no volvería hasta la noche subsiguiente. Sin embargo, prometió hacer cuanto el herido solicitaba.

Juan Oullier, algo tranquilizado, durmióse poco a poco, rendido por la violencia de las impresiones recién experimentadas.

Sentada la viuda en la paja junto al lecho del enfermo, y abrumada de fatiga, iba también a dormirse, cuando de repente creyó oír un ruido insólito en el patio.

Prestó atención y percibió las pisadas de un hombre, y al mismo tiempo que una mano movía el pestillo de la puerta de la casa, oyó una voz, que reconoció ser la de su hermano, que decía:

—¡Por aquí! ¡por aquí!

Y los pasos se dirigieron al aposento de José.

La viuda de Picaut sabía que la casa de su cuñado estaba desocupada, y aquella visita nocturna llamó vivamente su curiosidad, dándole a sospechar que se trataba de maquinarse algún golpe de mano, a los que tan aficionado era el chuán.

Abrió silenciosamente una de las ventanillas por donde las vacas, cuando las había en el establo, sacaban la Cabeza para comer el pienso en el mismo piso del cuarto, y por aquella estrecha abertura pasó a la pieza principal de la casa; en seguida, subiendo con grandes precauciones la escala en que el conde de Bonneville recibiera la herida mortal,

penetró en el granero, que como sabemos era común de las dos casas, y aplicando el oído al suelo, que daba sobre el cuarto de su cuñado, púsose a escuchar.

Llegaba en medio de una conversación ya entablada.

—¿Y tú has visto la suma? —decía una voz que, sin serle completamente desconocida, no pudo ella calcular de quién era.

—Como os veo a vos —repuso Picaud—; era en billetes de Banco, pero él ha pedido oro.

—Mejor, pues los billetes no son muy de mi gusto, y aunque circulan mucho, tienen muy poca aceptación en nuestra comarca.

—Os digo que traeré oro.

—¡Bueno! ¿Y dónde deben avistarse?

—En San Filiberto, mañana, al anochecer; así, pues, os sobra tiempo para avisar a vuestra gente.

—¿Estás en tu juicio? ¡Mi gente! ¿Cuántos has dicho que serían?

—Dos: el infame y su compañero.

—Pues bien, dos contra dos en guerra, como decía Jorge Cadoudal, de gloriosa memoria.

—Ved que sólo tenéis una mano, maese Jaime.

—¿Qué importa cuando es buena? Yo me encargaré del más fuerte.

—Alto, no consiento en esa condición.

—¿Por qué?

—Yo quiero habérmelas con el alcalde.

—Exigente eres.

—¡Oh! he jurado que el malvado me pagaría lo que me ha hecho sufrir.

—Si tienen la suma que dices, no faltará con qué indemnizarte, aunque te hubiesen vendido como un negro. ¡Veinticinco mil francos! Tú no los vales, amigo, créeme.

—Es posible, pero yo quiero además vengarme y hace mucho tiempo que le tengo ojeriza a ese vil labriego; él ha sido la causa...

—¿De qué?

—Nada, nada: Dios me entiende.

José Picaud había contestado de un modo ininteligible para todos, menos para la viuda, quien se estremeció al suponer que el recuerdo ante el cual retrocedía el chuán se relacionaba con la muerte de su infeliz marido.

—Corriente —dijo el interlocutor de José Picaud—; te las entenderás con él; pero antes de poner manos a la obra, júrame que has dicho la verdad, y que el dinero en cuestión es del Gobierno, pues de otro modo no me convendría el negocio.

—¡Por Cristo! ¿Creéis, por ventura, que aquel sujeto sea bastante rico para hacer semejantes regalillos a un villano de aquel jaez? Y aun no es más que una cantidad a cuenta, lo he oído perfectamente.

—¿Y no has podido saber lo que pagan tan caro?

—No, pero lo sospecho.

—Habla, pues.

—Paréceme, maese Jaime, que, desembarazando la tierra de esos dos pícaros a un tiempo, haremos dos buenos negocios: uno privado y otro político. Mañana os daré más detalles.

—¡Por vida de...! ¿Sabes que al oírte se me hace la boca agua? Retiro mi palabra: te entenderás con él, si puedes.

—¿Cómo si puedo?

—Sí; antes de que ajustes cuentas con él, quiero que ambos tengamos un momento de conversación.

—¿Acaso creéis que os revelará su secreto?

—¡Oh! cuando sea mi prisionero, estoy seguro de ello.

—¡Es muy taimado!

—¿Cómo! ¿No sabes que hay medios de hacer hablar a los que no quieren por taimados que sean? —preguntó maese Jaime con siniestra sonrisa.

—¡Ah! sí, el fuego a las plantas de los pies. ¡A fe que tenéis razón; de ese modo mi venganza será más sabrosa.

—Y de ese modo sabremos fácilmente por qué envía el Gobierno esos cincuenta mil francos al alcalde, lo cual acaso valga más que el oro.

—Poco a poco, que el oro es muy precioso, sobre todo para los que vivimos en la Vendée y nos arriesgamos a dejar la cabeza en el Bouffay. De mí sé decir que con mi parte de veinticinco mil francos iré a vivir a donde nos acomode.

—Como gustes. Pero sepamos: ¿dónde han de verse estos dos sujetos? Tengo interés en que no se nos escapen.

—En la posada de San Filiberto.

—Pues mejor que mejor: ¿no es de tu cuñada la posada? Entrará a la parte, y todo se quedará en casa.

—¡Oh! no, no allí —replicó José—; ella no es de los nuestros, y no nos tratamos desde...

—¿Desde cuándo?

—Desde la muerte de mi hermano.

—¡Ah! ¿con que es cierto lo que me dijeron? ¿Es cierto que si no le diste la puñalada, a lo menos ayudaste a...

—¿Quién lo dice? —gritó José—, ¿quién lo dice? Nombradle, maese Jaime, y lo haré trizas como este escabel.

Y la viuda oyó que al terminar su cuñado esas palabras, Estrellaba el taburete contra la piedra del hogar, haciéndole mil pedazos.

—Cálmate, hombre —dijo maese Jaime—. ¿Qué me importa? Ya sabes que nunca me entremeto en asuntos de familia. Volvamos a los nuestros; ¿qué decía?

—Decía que no conviene dar el golpe en casa de mi cuñada.

—Lo daremos en el campo; pero falta saber dónde, pues sin duda llegarán por dos caminos diferentes.

—Sí, pero se irán juntos. Para regresar a su casa, el alcalde seguirá el camino de Nantes hasta el Tiercet.

—Pues bien; embosquémonos en el cañaveral que hay contiguo al camino de Nantes.

—Conforme. ¿Dónde nos veremos? Yo me voy de aquí mañana a la madrugada.

—Entonces acude al bosque de Machecoul, encrucijada de los Raibons —dijo el jefe de los *conejos*.

José aceptó el lugar de la cita, prometiendo no faltar, y la viuda le oyó ofrecer su casa por

aquella noche; pero el viejo chuán prefería a todas las casas del mundo las guaridas que tenía en las selvas de los alrededores, donde estaba más seguro, si no más cómodo. Salió, pues, y la casa de José Picaut quedó sumida en el más profundo silencio.

La viuda bajó al establo, y viendo que Juan Oullier dormía profundamente no quiso despertarle; la noche estaba muy avanzada, y como para ella era hora de volver a San Filiberto, luego de preparar todos los objetos que el vendeano podía necesitar al siguiente día, salió, como solía, por la ventana del establo.

La viuda Picaut caminaba pensativa.

Convencida de que su cuñado era cómplice en la muerte de su hermano, profesábale un odio profundo y abrigaba un deseo de venganza que su viudez y aislamiento enardecían hasta el frenesí.

Parecióle que al llamarle el cielo de un modo tan providencial a descubrir el secreto de una nueva fechoría de José, participaba de sus sentimientos, creyó que se asociaría a sus planes, si al par que se saciaba el odio, impedía que se consumara el crimen, y evitaba la ruina y la muerte de los que suponía inocentes: de modo que, renunciando a la primera idea de delatar a Jaime y a José, bien a la justicia, bien a los mismos que ellos querían asesinar y robar, decidió mediar ella sola entre la Providencia y las víctimas de la proyectada fechoría.

**DONDE, AL FIN, COURTIN TOCA CON LA PUNTA
DE LOS DEDOS LOS CINCUENTA MIL FRANCOS**

Lo único que pudo traslucir Courtin de la carta de Perico a Berta, era que aquél le aguardaba en Nantes; pues ni en ella se citaba el domicilio ni se indicaba el medio de reunirse con Perico.

Pero el colono poseía un dato de importancia con el descubrimiento de la casa con dos puertas, y al principio tuvo la idea de continuar su espionaje, de seguir a Berta cuando ésta se trasladara a Nantes como Perico se lo prevenía, y sacar partido de la turbación que en el ánimo de la doncella produciría la noticia del desenlace que iban a tener los amores de María y Michel, desenlace que el se proponía hacerlo presentir como su interés lo exigiera; mas el labriego había llegado a dudar de la eficacia de los medios que hasta entonces empleara, y comprendiendo que perdería sin remedio la última probabilidad de alcanzar su objeto si la casualidad o la vigilancia de los que iba a espiar burlaba una vez más su sagacidad y astucia, resolvió probar otro medio y tomar la iniciativa.

¿La casa que tenía una puerta a un callejón sin nombre y otra a la parte del Mercado, estaba habitada? ¿Quién era la persona que en ella vivía? ¿No se podría llegar hasta Perico mediante aquella persona? Tales fueron las primeras preguntas que en pos de sus reflexiones se hizo el alcalde de La Logerie.

Para resolver el problema que esas preguntas entrañaban, era indispensable quedarse en Nantes, y Courtin renunció desde luego regresar a su granja, donde era probable que ya habría ido Berta para reunirse con Michel, y donde estaba casi cierto de que ella le esperaría.

Tomó, pues, resueltamente su partido. Al día siguiente a las diez de su mañana, llamó a la puerta de la misteriosa casa, esto es a la que daba a la calle del Mercado, y no a la que él había hecho la señal, cuando siguió y espío a Michel. Al presentarse por aquella puerta, trataba de cerciorarse de que por ambas se entraba a la misma casa. Cuando el que acudió al aldabazo vio por su postiguillo enrejado que el sujeto que había llamado venía solo, entreabrió la puerta. Los dos personajes se encontraron frente a frente.

—¿De dónde venís? —prosiguió el hombre que había abierto la puerta.

Sorprendido por la aspereza de la pregunta, Courtin respondió:

—¡Diantre! de Touvain.

—A nadie esperamos de allá —repuso el otro.

Y empujó la puerta, a la cual se agarraba el colono.

Acordándose éste entonces de las palabras que Michel había pronunciado en el mesón del *Alba* para que le diesen los caballos, adivinó que era una consigna, y dijo:

—¡Esperad, pues, esperad! Cuando he dicho que venía de Touvain, era para asegurarme de que estabais en el secreto. Nunca se toman bastantes precauciones ¡qué diablo! y bien sabéis que no vengo de Touvain, sino del Sur.

—¿Y adonde vais? —continuó el interlocutor, sin abrir una línea la puerta.

—¿A dónde queréis que vaya, sino a Rosny, viniendo del Sur?

—En buena hora —repuso el doméstico—; habéis de saber, amigo de mi alma, que aquí nadie entra sin enseñar su patita blanca.

—A los que todo lo tienen blanco, poco les cuesta —replicó Courtin.

—¡Mejor! tanto mejor —contestó el hombre, especie de bajo bretón, que tenía un rosario en la mano.

Y como Courtin había contestado según la consigna a las preguntas hechas, introdújole con cierta repugnancia en una piececita, y, mostrándole una silla, le dijo:

—El señor está ocupado, y os llevaré a su presencia apenas haya despedido a la persona que está en su despacho. Sentaos, pues, a menos que tengáis el medio de pasar el tiempo más provechoso.

Courtin no había contado, como vulgarmente se dice, con la huéspeda, pues ocupada la casa por algún agente subalterno de quien confiaba recabar las noticias que necesitaba, bien por astucia, bien por cohecho; y al oír que el que le había abierto la puerta, trataba de introducirle a presencia de su amo, conoció que el caso era mucho más serio, y que debía forjar un cuento para hacer frente a las exigencias de la situación, renunciando desde luego a interrogar al criado, cuya grave y austera fisonomía denotaba ser la de uno de los fanáticos acérrimos que aún se encuentran en la península céltica.

Courtin, que comprendió en seguida el papel que debía representar, tomando una actitud humilde y edificante, dijo:

—Sí; aguardaré que el señor haya terminado, y orando aprovecharé el tiempo. ¿Me permitís que tome uno de esos breviarios? —preguntó, indicando los volúmenes que había sobre la mesa.

—No toquéis esos libros, si tan sanas intenciones abrigáis, pues son profanos —repuso el bretón—. Voy a prestaros mi Ejercicio Cotidiano —continuó el criado, sacando del bolsillo de su bordada chupa un librito cuyas tapas y corte estaban mugrientos por el uso y el tiempo.

Y en el ademán que hizo para llevar la mano al bolsillo, descubrió el colono la reluciente culata de dos pistolas, atravesadas en un ancho cinto, y alegróse infinito Courtin de no haber atentado a la fidelidad del bretón, por parecerle hombre capaz de responder con alguna puñalada.

—Gracias —dijo recibiendo el libro, y arrodillándose tan devotamente, que el bretón, edificado se quitó el sombrero, santiguóse, y cerró poquito a poco la puerta para no distraer de su meditación a tan santo hombre.

Al verse solo, si bien experimentó el colono la necesidad de examinar minuciosamente la estancia en que se hallaba, contúvole el temor de que le observaran por el ojo de la llave, y permaneció como absorto en sus oraciones.

No obstante, al paso que rezaba a media voz, Courtin lo miraba todo con disimulo. La piececita en que se hallaba tendría unos doce pies cuadrados, y separábale de otro aposento un tabique con una puerta; componían su ajuar modestos muebles de nogal, y recibía luz por una ventana que daba al patio y cuyos cristales inferiores estaban guarnecidos de un finísimo enrejado de alambre pintado de verde, el cual impedía que desde el exterior pudiesen ver quién había dentro.

Escuchó por si oía algún rumor de voces; mas sin duda se habían tomado bien las precauciones, pues aunque Courtin aplicó sucesivamente el oído a la puerta de comunicación y a la chimenea, junto a la cual estaba arrodillado, no percibió el más leve ruido.

Al inclinarse sobre la chimenea para escuchar, vio Courtin en medio de la ceniza un montón de papeles estrujados y dispuestos a ser entregados a las llamas. Tentáronle aquellos papeles: alargó insensiblemente el brazo, y apoyando la cabeza en la campana, recogió uno por uno todos los papeles, desdoblóles sin abandonar su portura, seguro de que la mesa colocada en medio de la estancia bastaba para ocultar por completo todos los movimientos que hacía, dado caso de que le estuviesen observando.

Había ya examinado y desechado muchos que ningún interés le ofrecían, cuando al dorso de un papel que sólo contenía notas insignificantes, vio algunas líneas de una letra elegante que le llamó la atención, y leyó estas palabras:

«Si os molestan, venid en seguida; por encargo de nuestro amigo os participo que podéis disponer de un aposento en nuestro asilo.»

La esquila llevaba la firma de M. de S. Por las iniciales, no había que dudar; la había escrito María de Souday.

Guárdese la Courtin en el bolsillo, comprendiendo la importancia de semejante dato, y por las cuentas que entre los demás papeles halló, supo que el personaje que habitaba en aquella casa estaba encargado de pagar los gastos de Perico.

En esto, oyó rumor de voces y pasos en el corredor.

Levantóse Courtin apresuradamente, asomóse a la ventana y vio que el lacayo acompañaba un hombre a la puerta, el que antes de salir plegó su ancho talego vacío, y guardólo en el bolsillo.

Courtin conoció a maese Loriot.

—¡Hola! ¡hola! ¡Ése también, y les trae dinero! ¡Cuánto me alegro de haber venido a esta casa!

Y, diciendo eso, situóse Courtin otra vez en la chimenea, creyendo que había llegado el turno de audiencia.

Cuando el criado abrió la puerta, encontró a Courtin inmóvil, y como entregado a sus oraciones, y acercándose le dio un golpecito en el hombro, diciéndole que le siguiera. Levantóse el colono, santiguándose, en lo cual le imitó devotamente el bretón, y fue introducido en el aposento donde maese Pascal había recibido a Michel la primera tarde.

Maese Pascal tenía ante sí una mesa atestada de papeles, y Courtin creyó haber visto relucir oro bajo un montón de cartas abiertas. Sorprendió Pascal la mirada del labriego, y aunque la atribuyó a la curiosidad y asombro con que suelen los campesinos contemplar el oro y la plata, no quiso que aquella curiosidad tomara creces, y aparentando que buscaba algo en el cajón dejó caer el tapete de bayeta verde que hasta el suelo llegaba.

Volviéndose en seguida al de la visita, preguntóle con aspereza:

—¿Qué queréis?

—Vengo a cumplir un encargo —repuso Courtin.

—¿Quién os envía?

—El señor de La Logerie.

—¡Ah! ¿sois su criado?

—Su colono, su confidente.

—Entonces, hablad.

—Pero no sé si puedo —replicó Courtin con aplomo.

—Y, ¿por qué?

—El señor de La Logerie no me envía a vos.

—¿A quién, pues, buen hombre? —interrogó Pascal frunciendo el ceño con inquietud.

—A otra persona a quien debéis presentarme.

—Ignoro lo que queréis decir —respondió Pascal sin poder disimular la impaciencia que le causaba lo que tenía por una imperdonable ligereza de Michel.

Observó Courtin su contrariedad, y si bien comprendió que se había precipitado, consideró peligroso efectuar una brusca retirada.

—Concluyamos —dijo Pascal—, ¿queréis decirme el encargo que traéis? No puedo perder tiempo.

—¿Diantre! yo no sé, respetable señor —dijo Courtin—, quiero tanto a mi amo, que por él me arrojaría al fuego. Cuando me dice: «Haz esto o aquello» trato de cumplir sus órdenes merecer su confianza, y no me ha dicho que debía hablar con vos.

—¿Cómo os llamáis, buen hombre?

—Courtin, para serviros.

—¿De qué parroquia sois?

—De La Logerie, ¡por Cristo!

Maese Pascal hojeó su agenda, y después clavó una escrutadora mirada tan recelosa sobre el colono, preguntándole :

—¿Sois alcalde?

—Sí, desde mil ochocientos treinta.

Y observando la creciente frialdad de maese Pascal, Courtin agregó:

—Hízome nombrar mi ama, la señora baronesa.

—¿No os ha dado el señor de La Logerie más que una comisión verbal para la persona a quien os envía?

—Sí, aquí tengo algunos renglones; pero van dirigidos a otra.

—¿Puedo verlos?

—¿Por qué no? La esquila no está cerrada.

Y Courtin tendió a maese Pascal el papel que le entregara Michel para Berta, y en el cual Perico le indicaba que pasara a Nantes.

—¿Por qué está aún en vuestras manos esta esquila? Paréceme que tiene más de veinticuatro horas de fecha.

—No todo puede hacerse a un tiempo, y cumplida ésta mi última diligencia, volveré a nuestra granja, donde he de hallar a quien debo entregarla.

Pascal no separaba los ojos del alcalde de La Logerie, desde que había visto no figuraba el nombre de Courtin entre los que se habían señalado por su realismo, el cual afectaba el idiotismo que le diera tan buen resultado con el capitán del *Joven Carlos*.

—Buen hombre —dijo el labriego—, no puedo designaros a otro que a mí para recibir el recado que traéis. Hablad, pues, si lo creéis conveniente, o sino, id a decid a vuestro amo que venga en persona.

—No haré tal, querido señor —repuso Courtin—, mi amo está condenado a muerte, y Dios me libre de traerle a Nantes; mejor está en nuestra casa. Voy a decíroslo todo, vos

haréis lo que os acomode, y si el señor no está satisfecho se enojará conmigo. Prefiero esto.

La aparente ingenuidad de esas palabras tranquilizó un tanto a maese Pascal, inquieto en extremo por las primeras respuestas del colono.

—Hablad, pues hablad, buen hombre, y os respondo de que vuestro amo no os reñirá.

—Poco tengo que decir. El señor Michel me ha encargado que os diga, o mejor, que diga al señor Perico, pues así se llama la persona a quien me envía...

—Bien —interrumpió sonriéndose Pascal.

—Que había descubierto al que hizo partir el buque pocos momentos antes de que Perico, la señorita María y él acudiesen a la cita.

—¿Quién es?

—Un tal José Picaut, que últimamente era mozo de la posada del *Alba*.

—Sí, ese hombre que habíamos colocado allí desapareció ayer por la mañana —dijo Pascal—; proseguid, buen Courtin.

—Que se desconfíe de ese Picaut en la ciudad, y que él iba a hacer que le vigilaran en el Bocage y en la Plaine; nada más.

—Bien. Dad gracias de la noticia al señor de La Logerie, y ahora que la he recibido, puedo confirmaros que no habéis equivocado la dirección.

—Pues, es cuanto deseaba —repuso Courtin levantándose.

Maese Pascal acompañó al colono hasta la puerta de la calle con mucha urbanidad y cortesía, haciendo así por él lo que éste no le había visto hacer por maese Lorient.

Courtin era demasiado listo para tomar en serio aquella distinción, y cuando hubo dado algunos pasos, ninguna extrañeza le causó oír abrirse y cerrarse tras él la puerta de la casa de Pascal; en consecuencia, seguro de que le seguían, sin volver la cabeza anduvo lentamente como un hombre ocioso, parándose embobado delante de todas las tiendas, leyendo todos los rótulos y evitando con cuidado cuanto podía confirmar las sospechas que no había logrado desvanecer por completo en el ánimo de Pascal.

Poco sentía esa contrariedad: daba por bien empleada la mañana, y veíase al fin a punto de recoger el fruto de sus afanes.

En el momento que llegaba frente a la fonda de las *Colonias*, divisó a maese Lorient que hablaba a la puerta con un forastero.

Andando de esta manera, Courtin burló de medio a medio al criado bretón que le seguía.

Éste le siguió hasta la otra margen del Loira sin que él alcalde de La Logerie se volviera una sola vez para manifestar la inquietud tan natural de las personas que no tienen tranquila la conciencia, de modo que el bretón retrocedió y dijo a su amo que sin razón había sospechado del digno campesino, el cual dedicaba sus ratos de ocio a las distracciones más inocentes y a las más devotas prácticas; en consecuencia, Pascal comenzó a hallar a Michel menos culpable por haber depositado toda su confianza en tan fiel criado.

LXXVI

LOS DOS JUDAS

Antes de seguir adelante, necesitamos decir algunas palabras respecto a la situación topográfica de la aldea de San Filiberto, pues sin ellas sería difícil enterarse circunstancialmente de las escenas que vamos a referir.

La aldea que nos ocupa está situada al extremo del ángulo que forma el Boulogne al desembocar en el lago de Grandlieu, y a la margen izquierda de este río.

La iglesia y las principales casas del pueblo se encuentran a un kilómetro, próximamente, del lago. La ancha y única calle sigue el curso del río, y cuanto más se aleja, más diseminadas están las casas, siendo muy escasas y humildes, de modo que cuando se divisa la gran sabana de agua azul rodeada de cañaverales, adyacente a la calle, ya sólo se alzan en torno tres o cuatro chozas de paja y cañas donde se albergan algunos pescadores.

No obstante, hay, o entonces había, una excepción en aquel decrecimiento del floreciente estado del lugar de San Filiberto.

A corto trecho de las mencionadas chozas, se encuentra una casa de piedra de sillería y ladrillo, con contraventanas verdes, rodeada de gavillas de paja y heno como un campamento lo está de centinelas, y poblada de un sinnúmero de vacas, cabras, gallinas y patos, que mugen y balan en el establo las unas, y los otros cacabean y parpan delante de la puerta picando el polvo del camino.

Este camino sirve de patio a la casa, que si bien carece de esa útil dependencia, posee, en cambio, los huertos más hermosos y productivos del país.

Desde el camino, por encima de los tejados y al nivel de las chimeneas, divísanse copas de árboles cargados en la primavera de la rosada nieve de sus flores, en verano de frutos de todas clases, y de verdor durante nueve meses del año; y estos árboles, formaban, al Sur, un anfiteatro de unos doscientos metros, se extienden hasta una altura coronada de ruinas que al Norte dominan las aguas del lago de Grandlieu.

La casa es la posada propiedad de los parientes de la viuda Picaut, y las ruinas son las de San Filiberto de Grandlieu.

Los altos muros, las gigantescas torres de una de las más célebres Baronías de la provincia, edificada para imponer respeto y temor a la comarca y señorear las aguas del lago, con sombrías bóvedas cuyos ecos respondían al rumor de las espuelas del conde Gil de Retz cuando pisaba sus baldosas meditando sus monstruosas obscenidades, cubiertas entonces de hiedra y alélies silvestres, y hendidas por todos lados, han llegado al más lamentable extremo de decadencia; de grandes, imponentes y terribles que eran, vinieron a degenerar humildemente a militares, viéndose por fin reducidas a hacer la fortuna de una familia de aldeanos, descendientes de pobres siervos que, en otra época, seguramente les miraban temblando.

Estas ruinas resguardan los huertos del cierzo, viento fatal a la floescencia, y hacen que aquel pedazo de tierra sea un verdadero paraíso donde todo brota, todo medra, desde el peral indígena hasta la vid, desde el serbal de áspero fruto hasta la higuera.

Y no era ése el único servicio que la antigua fortaleza feudal prestaba a sus nuevos propietarios: en los bajos, oreados por impetuosas corrientes de aire, tenían paseras donde

los productos del huerto, conservándose hasta pasada su estación ordinaria, adquirirían doble precio; y en las mazmorras donde Gil de Retz sepultaba a sus víctimas, habían establecido una lechería cuya manteca y queso gozaban de merecida fama.

Esto es lo que el tiempo había hecho de la titánica obra de los señores de San Filiberto.

Ya que acabamos de ver lo que era en la época a que se refiere nuestra historia, digamos algo de lo que era en sus mejores tiempos.

El castillo de San Filiberto consistía primitivamente en un vasto paralelogramo cercado de muros, bañado de un lado por las aguas del lago, y por otro defendido por un ancho foso practicado en las rocas, el cual se inundaba con las propias aguas del lago.

Cuatro torres cuadradas flanqueaban los ángulos de aquella grandiosa mole de piedra, un castillejo con rastrillo y puente levadizo defendía la entrada, y frontero al castillejo, otra torre más elevada e imponente que las demás dominaba el edificio y el lago que por sus lados lo rodeaba. A excepción de esta última torre y del castillejo, la fortaleza estaba casi derruida, y aun el tiempo solamente había respetado a medias la torre, pues las vigas carcomidas del techo del primer piso, incapaces de sostener las piedras que de día en día se amontonaban sobre ellas, habían caído al piso bajo, no dejando otro paso a la torre que el de la plataforma.

En aquellos bajos había establecido su pasera principal el abuelo de la viuda de Picaut.

Las puertas y ventanas de aquella parte de la torre encontrábanse en muy buen estado, pero las otras y la muralla del principal cuerpo del edificio estaban en completa ruina.

El castillejo, casi intacto como la susodicha torre, hallábase coronado de espesa hiedra, la cual le servía de tejado, y encerraba dos piececitas, que, a pesar de la colosal apariencia del edificio, nunca habían tenido más de ocho o diez pies en todos sentidos, pues tal era el grueso de las murallas.

El patio interior, que antes sirviera de plaza de armas a los defensores del castillo, obstruido por los escombros que los años habían amontonado, sembrado de columnas, de almenas enteras, de arcos, estatuas y figuras, estaba completamente intransitable.

Huelga decir que, a excepción de la época en que estaba provista la frutería, nadie habitaba ni frecuentaba las ruinas de San Filiberto: sólo entonces se ponía un guardián que pernoctaba en la torre, permaneciendo la puerta cerrada el resto del año, tiempo durante el cual las ruinas quedaban a merced de los aficionados a recuerdos históricos y de los muchachos del pueblo que allí acudían en busca de nidos, flores y peligros, cosas todas que son gratas a la infancia.

Aquellas ruinas eran el lugar de la cita que Courtin había dado al extranjero, quien sabía que en aquella hora señalada estarían desiertas, pues al declinar el día, su mala reputación ahuyentaba a los que, mientras el sol brillaba en el horizonte, corrían como lagartos por sus dentelladas aristas.

El alcalde de La Logerie había salido a pie de Nantes a eso de las cinco, y caminaba tan aprisa, que una hora antes de anochecer atravesaba ya la selva que conduce a San Filiberto.

En aquel pueblo, maese Courtin era un personaje: verle faltar una vez al *Santiago el Mayor*, a cuya puerta solía dejar su caballo *Jolicoeur*, habría sido un suceso que todos habrían extrañado. El alcalde de La Logerie se detuvo, según costumbre, delante de la puerta de *Santiago el Mayor*, donde tuvo con los habitantes de San Filiberto, reconciliados con él desde el doble revés del Chéne y de la Pénissière, una conversación que, en la situación en que se encontraba, no carecía de importancia.

—¿Es cierto lo que dicen, maese Courtin? —preguntó uno de ellos.

—¿Qué dicen, Mateo? —repuso el colono—; sepamos.

—¡Nada! que os habéis vuelto la casaca y sólo mostráis el forro, por cuya razón, de azul se ha tornado blanca.

—¡Vaya una tontería! —exclamó Courtin.

—Es que así lo dais a conocer, buen hombre, y desde que vuestro amo se pasó a los blancos, ya no se os oye hablar como antes.

—¡Hablar! —exclamó Courtin con socarronería—, ¿y para qué? Deja hacer, que mejor es obrar, y... ya verás, muchacho, ya verás.

—¡Tanto mejor! Estos disturbios matan al comercio, Courtin, y si los patriotas no permanecen unidos, en vez de morir peleando como nuestros padres, moriremos de hambre y de miseria. Por el contrario, si conseguimos deshacernos de una cáfila de tunantes que vagan por ahí, los negocios seguirán adelante, y eso es todo lo que deseamos.

—¡Que vagan! —repitió el alcalde—; pareceme que ya ahora sólo vagan como aparecidos.

—¡Ya! decídmelo a mí: no hace diez minutos que he visto pasar el mayor pícaro del país con el fusil en el hombro y las pistolas al cinto, y eso tan audazmente como si no hubiese ningún soldado en toda la comarca.

—¿Quién era?

—José Picaud ¡diantre! el que mató a su hermano.

—¡José Picaud aquí! —exclamó el alcalde poniéndose lívido—. ¡Diablo! ¿Sería posible?

—Tan cierto como vos estáis aquí, Courtin; tan cierto como no hay más que un Dios; aunque llevaba blusa y sombrero de marinero, le he conocido perfectamente.

Courtin reflexionó un momento: el plan que había meditado y se fundaba así en la existencia de la casa con dos puertas como en las relaciones diarias que maese Pascal tenía con Perico, podría frustrarse y en ese caso no le quedaba más recurso que Berta. Para descubrir el albergue de Perico no podía valerse de otro medio que el que le fracasó con María: seguir a la doncella cuando fuese a Nantes. Si Berta veía a José Picaud, todo estaba comprometido; pero peor era si ponía en contacto el chuán con Michel, pues entonces se descubriría todo; el barón conocería el paso que su colono había dado en la noche de la partida abortada, y Courtin estaba perdido.

Pidió éste papel y pluma, escribió algunas líneas, y entregando el papel a su interlocutor, le dijo:

—Toma, Mateo, aquí está la prueba de que soy un buen patriota y no una veleta que gira al viento de la voluntad de los amos. Tú me has acusado de que me he vuelto la casaca con mi amo el barón, y en prueba de que estás en un error, hace solamente una hora que sé dónde se oculta; mientras pueda, aprovecharé ocasión de perder a los perturbadores de la paz, sin mirar si lo hago en provecho o perjuicio propio, y sin cuidarme de si son amigos o enemigos.

El aldeano, que era un azul exaltado, estrechó con entusiasmo la mano de Courtin.

—¿Tienes piernas? —preguntó éste.

—Ya lo creo —repuso el aldeano.

—Pues bien, lleva esto a Nantes al momento, y como todavía tengo muchas gavillas

fuera, confío que guardarás el secreto, pues si supieran que soy yo quien hace prender al barón, mis gavillas correrían gran riesgo de no entrar en la granja.

El aldeano dio su palabra a Courtin, y como iba anocheciendo, éste abandonó la posada y salió de la aldea, dio una vuelta por el campo, y retrocediendo, se encaminó a las ruinas de San Filiberto.

Llegado a la orilla del lago, siguió el foso exterior, y penetrando en el patio interior por el puente de piedra que había reemplazado al levadizo, silbó ligeramente.

A esta señal, un hombre que estaba sentado al abrigo de unas piedras desmoronadas se levantó y acercó al recién venido.

Era el desconocido.

—¿Sois vos? —preguntó aproximándose con cierta precaución.

—Sí —respondió Courtin—, no hay cuidado.

—¿Qué noticias traéis hoy?

—Buenas, pero no conviene decirlas aquí.

—¿Por qué?

—Porque está oscuro como boca de lobo, y de poco os piso sin veros, y alguien podría estar oculto a nuestros pies y oírnos sin que lo supiéramos: venid, pues el negocio va muy bien para echarlo a perder.

—Pero, ¿dónde hallaremos un lugar más solitario que éste?

—Necesitamos otro; creedme, si supiera que hay por ahí cerca un desierto, os llevaría a él, y aún allí os hablaría en voz baja; mas a falta de un desierto, hallaremos un sitio donde a lo menos tendremos la certeza de estar solos.

—Vamos pues, ya os sigo.

Courtin guió a su compañero a la torre del centro, no sin detenerse a escuchar una o dos veces, pues sea en realidad, sea preocupación, parecíale oír pasos y ver sombras; mas como el señor Jacinto le tranquilizaba a cada pausa, al cabo confesó que era un efecto de su medrosa imaginación, y llegado a la torre, empujó una puerta, entró primero, sacó del bolsillo una vela y una pajuela fosfórica, y encendida la vela, registró todos los rincones y escabrosidades para cerciorarse de que no había nadie escondido en la antigua frutería.

Una puerta que había en la pared de la derecha medio hundida en las ruinas del piso, despertó la curiosidad y la inquietud de Courtin, quien la empujó y hallóse delante de una abertura de donde salía un vapor húmedo.

—Mirad —dijo el desconocido, que se había acercado a la gran brecha abierta en la pared, y por la cual se veía el lago que relucía a los plateados rayos de la luna—, mirad.

—Ya lo veo —repuso Courtin, riendo—; la lechería del tío Campo necesita reparaciones: desde que estuve aquí la última vez se ha agrandado mucho este agujero, por el cual pasaría ahora una lancha.

Courtin dirigió entonces la luz hacia la bóveda, trató de iluminar las profundidades del sótano inundado, y no lo consiguió; arrojó una piedra al agua, y oyóse el rumor de la profundidad del lugar hacía siniestro, mientras las alteradas aguas respondían al rumor con el monótono murmullo de sus ondas que azotaba los muros y los peldaños de la escalera.

—Es evidente —dijo Courtin— que aquí sólo podrán oírnos los peces del lago, y hay un proverbio que dice: «Mudo como el pez».

En aquel momento, una piedra desprendida de la plataforma rodó a lo largo del muro exterior, y cayó al patio.

—¿Habéis oído? —preguntó a su vez el desconocido con inquietud.

—Sí —respondió Courtin, quien al contrario de su compañero que se intimidaba a la gigantesca sombra de las ruinas, había cobrado cierto valor al asegurarse de que no había nadie oculto en el patio—; mas no es la primera vez que veo semejantes cosas y oigo tales ruidos: yo he visto caer de estas viejas torres paredes al solo contacto del ala de un pájaro nocturno.

—¡Oh! —exclamó el desconocido, con su risa gangosa de judío alemán—, precisamente hemos de temer los pájaros nocturnos.

—Sí, a los chuanes —dijo el alcalde—; pero no, estas ruinas están muy próximas al pueblo, y aunque vague por estos contornos un bribón de quien me figuraba que nos habíamos desembarazado, y contra quien acabo de efectuar ciertas pesquisas aquí mismo, no se atrevería a venir.

—Apagad la luz, pues.

—No lo haré, porque si bien nos es inútil para hablar, pareceme que todo no ha de ser conversación.

—¿De veras? —preguntó el desconocido con muestras de alegría.

—Ni más ni menos. Vamos a aquella hondura, donde estaremos a cubierto y podremos ocultar la luz.

Y el alcalde de La Logerie llevó al desconocido al arco que conducía a la puerta del subterráneo, puso la vela delante de esta puerta junto a una piedra y sentóse en las gradas.

—¿Decíais, pues? —preguntó el desconocido, poniéndose enfrente de Courtin— que ibais a comunicarme el nombre de la calle y el número de la casa donde se oculta Perico?

—O cosa parecida —respondió el colono, cuyos ojos brillaban de codicia, desde que, a un movimiento del desconocido, había oído el metálico rumor de las monedas de oro que en el cinto llevaba.

—No perdamos el tiempo en vanas palabras. ¿Sabéis dónde vive?

—No.

—Entonces, ¿por qué me habéis molestado? ¡Ah! cuánto siento haberme querido entender con un posma de vuestra calaña, os lo aseguro.

Por toda respuesta sacó Courtin el papel que había recogido en la chimenea de la casa de la calle del Mercado, mostrándolo al señor Jacinto, mientras le alumbraba, para que pudiese leer.

—¿Quién ha escrito esto? —preguntó el judío.

—La doncella de quien os hablé y que estaba con la que buscamos.

—Sí; pero ya no está con ella, y no veo qué partido podemos sacar de esta carta.

Encogió Courtin los hombros y dejó la vela, diciendo:

—Verdaderamente que, para un señor de la ciudad, no sois muy sagaz.

—¿Y por qué me decís eso?

—¡Pardiez! ¿No veis que Perico ofrece un asilo a la persona a quien va dirigida la carta, en el caso de que la persigan?

—Sí, y ¿qué más?

—Que basta perseguirla y registrar la casa donde se refugie para que todos caigan prisioneros.

El desconocido reflexionó.

—Sí, el medio es bueno —repuso, volviendo y revolviendo la esquila en sus manos, y mirándola al trasluz para asegurarse de que no contenía otro escrito.

—Vaya si es bueno —dijo Courtin.

—¿Y dónde vive esa persona? —interrogó con indiferencia Jacinto.

—¡Ah! aquí está el *quid*. —dijo Courtin—; ahora ya tenéis el medio, según decís vos mismo, y lo halláis bueno; pero no os diré el modo de emplearlo, hasta que...

—¿Y si ese sujeto no aprovecha el asilo que le ofrecen? ¿si no se refugia al lado de la que buscamos? —preguntó el desconocido.

—¡Oh! obrando de la manera que os indicaré, es imposible que deje de hacerlo. La casa tiene dos puertas; nos presentamos a una de ellas con soldados, huye él por la otra que, a propósito, le hemos dejado libre, y como nosotros estamos uno a cada extremo de la calle, le seguimos para no perderle de vista. Ya veis que el golpe no puede frustrarse; vamos, abrid el cinto.

—¿Vendréis conmigo?

—Seguramente.

—¿Y hasta entonces no me dejaréis un minuto?

—Ni soñarlo, puesto que sólo me dais la mitad.

—Os prevengo —dijo el desconocido, con una firmeza de que se le hubiera creído incapaz, atendida su pacífica apariencia—, os prevengo que, una vez recibida la mitad, si hacéis un ademán sospechoso, si advierto que me engaños inmediatamente os hago saltar la tapa de los sesos. Y así diciendo, sacó del pecho una pistola, y la enseñó al alcalde de La Logerie; y aunque permaneció con rostro frío e impassible, el siniestro brillo de sus ojos daba a entender que no dejaría de cumplir su palabra.

—Como gustéis —repuso Courtin—, y os será fácil, pues voy sin armas.

—No tal —replicó el desconocido.

—¡Ea! dadme lo que me prometisteis, y jurad que si el asunto sale bien me daréis otro tanto.

—Eso es sagrado, y podéis contar con ello; o somos o no somos honrados; pero ¿qué necesidad tenéis de cargaros con ese oro, ya que no debemos separarnos? —continuó el desconocido a quien al parecer le dolía tanto aflojar el cinto como a Courtin no recibir en seguida su precioso contenido.

—¡Cómo! —exclamó Courtin—, ¿no veis que deliro por tocar ese oro, y que me muero de impaciencia al saber que está ahí, sin poder tenerlo en las manos? Por el momento de gozo que voy a disfrutar al palparlo, pues me lo daréis o de lo contrario no hablo; por ese momento lo he arrostrado todo, me he armado de valor, yo que tenía miedo de mi sombra, yo que temblaba al atravesar de noche el bosque. ¡Dadme el oro! ¡dádmelo!, señor, ved que todavía hemos de correr muchos peligros, y ese oro me dará ánimos. Dadme, pues, ese oro, si queréis verme tranquilo e implacable como vos.

—Sí —replicó el desconocido, que había visto brillar el descolorido y desmayado rostro del labriego al proferir esas palabras—; sí, os lo daré por las señas de ese nombre. ¡Vengan, pues, las señas!

Ambos deseaban con igual ansia la cosa esperada. Levantóse el desconocido, desató el cinto, y embargado Courtin por el metálico rumor que de nuevo oía, alargó la mano para asirlo,

—Poco a poco —dijo el desconocido—, toma y daca.

—Sí; pero, ante todo, veamos si es oro lo que contiene.

Encogió a su vez el judío los hombros y cediendo a los deseos de su asociado, tiró de la cadenita de hierro que cerraba la bolsa de cuero. Deslumbrado por el brillo del oro, estremeciósese de pies a cabeza, y alargando el cuello, fijos los ojos, trémulos los labios, pasó con inefable fruición la mano por aquel montón de monedas, diciendo:

—Vive en la calle del Mercado, número veintidós y la segunda puerta da a la calle paralela a la del Mercado.

Soltó el desconocido la bolsa, y asíóla Courtin, exhalando un hondo suspiro de satisfacción.

Pero, al propio tiempo alzó la cabeza con aire despavorido.

—¿Qué hay? —preguntó el desconocido.

—He oído pasos —dijo el labriego, con ademán trastornado.

—Yo no —dijo el judío—; veo que he hecho mal en daros el oro.

—¿Por qué? —exclamó Courtin apretando el cinto contra su pecho, cual si temiera que se lo arrancaran.

—Porque parece que aumenta vuestros temores.

Courtin apoyó rápidamente la mano en el brazo de su socio.

—¿Y bien? —preguntó el judío, comenzando a sentir zozobra.

—Os digo que oigo pasos encima de nosotros —replicó el alcalde, alzando los ojos a la oscura bóveda.

—¡Vaya! parece que os ponéis malo —replicó el judío, esforzándose para reír.

—El caso es que no me siento bueno.

—Pues vámonos; nada tenemos que hacer aquí, y hora es ya de marchar a Nantes.

—No, ocultémonos y escúchenos; si han dado pasos, es porque nos acechan y nos aguardan a la puerta. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Querrán ya robarme el oro? —murmuró el labriego, tratando de apretar el cinto en medio del temblor que le agitaba.

—Vamos, está visto que perdéis el juicio —dijo el desconocido, más animoso que su compañero—; apaguemos la luz y escondámonos en el subterráneo, desde donde veremos si os equivocáis.

—Tenéis razón, tenéis razón —dijo Courtin, soplando la bujía.

Abrió luego la puerta del inundado subterráneo y bajó el primer peldaño.

Pero sin ir más lejos, lanzó un grito de espanto, en el cual se percibieron estas palabras.

—¡A mí, socorro, señor Jacinto!

Llevaba éste la mano a su pistola, cuando un robusto brazo asíó el suyo, retorciéndole con fuerza.

Fue, tan agudo el dolor, que el judío cayó de rodillas, bañada en sudor la frente y gritando:

—¡Perdón!

—Ni una palabra, ni un gesto, o te mato como un perro que eres —dijo la voz de maese

Jaime—. ¿Y bien? —preguntó—, ¿le tienes? ¡habla! —añadió dirigiéndose a Picaut que le acompañaba.

—¡Oh! ¡malvado! —respondió éste con voz entrecortada y fatigosa a causa de los esfuerzos que hacía para sujetar a Courtin, a quien había agarrado en el instante de abrir la puerta del subterráneo, y quien forcejeaba, no para salvar su persona, sino su oro—; ¡oh!... ¡malvado! me muerde, me araña... ¡Ah! si no me hubiereis prohibido matarle, ya no resollaría.

Acto continuo oyóse el ruido de dos cuerpos que caían juntos al suelo.

—Si respinga por más tiempo, mátales, mátales —repitió maese Jaime—. Pues sé lo que quería saber, ya no me opongo.

—¡Ah! ¡Dios mío! haberlo dicho antes, maestro, y no hablaríamos más de ello.

Y, en efecto, José Picaut no deseaba otra cosa: gracias a un esfuerzo supremo había derribado a Courtin, y poniéndole la rodilla sobre el pecho, sacó un afilado puñal cuya hoja vio el colono brillar en las tinieblas.

—¡Perdón! ¡perdón! —gritó Courtin—, lo diré todo, no me matéis.

La mano de maese Jaime detuvo el brazo de José en el momento que iba a herir, a pesar de la promesa que acababa de hacer Courtin.

—No —dijo Jaime—, no es tiempo todavía; bien mirado, puede servirnos. Átale de pies y manos.

Era tal el terror del infeliz Courtin, que él mismo presentó las manos a José, quien se las ató fuertemente con un cordel; no obstante, aún no había soltado la bolsa repleta de oro, que, con ayuda del cordel, tenía apretada contra el estómago.

—¿Acabarás de una vez? —preguntó el chuán.

—Dejad que le sujete esta pata —respondió José.

—Bueno, y después harás otro tanto con éste —continuó el jefe de los *conejos*, designando a Jacinto, que se había incorporado sobre una rodilla y permanecía mudo e inmóvil en aquella postura.

—Si yo pudiese ver, acabaría más pronto —dijo José, despechado de no poder desenredar el cordel.

—Bien considerado —dijo, maese Jaime—, no veo razón para molestarnos tanto y estar a oscuras. Encendamos, pues, la linterna, y veámosles la pinta a esos negociantes en reyes y príncipes.

Y sacando una linternita, púsose a encender luz con la misma tranquilidad que si estuviera en el bosque de Touvain, y en seguida acercó la luz al rostro del judío y de Courtin.

Entonces vio José el cinto de cuero que el colono tenía sobre el pecho, y echóse sobre él para quitárselo. Persuadido maese Jaime de que, cediendo el chuán a su odio contra el alcalde, quería asesinarle, abalanzóse para contenerle, al mismo tiempo que una línea de fuego, procedente de la bóveda superior, rasgaba la oscuridad, oyendo una sorda explosión: maese Jaime cayó sobre Courtin, bañándole el rostro con un licor caliente e insípido.

—¡Ah! bandido —gritó el jefe de los *conejos*—, me has tendido, un lazo; te perdoné la mentira, pero pagarás la traición.

Y de un pistoletazo a boca de jarro, derribó al hermano de Pascual Picaut.

La linterna se había apagado, rodando por la escalera hacia el lago, y el humo de los dos tiros hizo aún más densas las tinieblas.

Al ver por tierra a maese Jaime, levantóse el judío, y pálido, mudo, aterrado, huyó corriendo en torno de la torre sin hallar salida, hasta que por una estrecha ventana vio las estrellas que fulguraban en la oscura bóveda celeste : entonces, con el vigor que el terror presta, sin cuidarse de su cómplice, trepó a la ventana, y no calculando la altura ni el peligro, arrojóse de cabeza al lago.

El agua fría calmó la sangre que con gran violencia se le agolpaba a la cabeza, y devolvióle toda la razón.

Subió el judío a flor de agua, y nadando miraba a todos lados para ver a dónde debía dirigirse, cuando reparó en una lancha amarrada en la excavación por la cual penetraba en la torre el agua del lago: lancha de que, sin duda, se habían servido los dos hombres para entrar en el inundado subterráneo.

El judío, trémulo de espanto, se guardó muy bien de hacer el menor ruido cuando se asió a la barca, y, bogando como pudo, se dirigió a la orilla.

Encontrábase a corta distancia del sitio de la escena, cuando se acordó de su compañero.

—¡Calle del Mercado, número veintidós! —exclamó el judío—; ahora el éxito depende de la prisa que me dé en llegar a Nantes. ¡Pobre Courtin! me parece que puedo ya considerarme como heredero de los cincuenta mil francos que debía entregarle; pero cometí una gran simpleza en entregarle el cinto: a estas horas tendría las señas y el dinero. ¡Qué falta! ¡qué falta!

Y, para ahogar sus remordimientos, púsose a remar con una fuerza incompatible, al parecer, con su débil aspecto.

OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE

Para seguir al judío en su casi milagrosa fuga, hemos abandonado a nuestro antiguo conocido Courtin, tendido en el suelo, atado de pies y manos, rodeado de una oscuridad profunda, y entre los dos bandidos heridos.

El rumor de la anhelosa respiración de maese Jaime, y los gemidos de José le causaban tanto pavor como antes sus amenazas: temiendo de que uno u otro se acordara de que él también estaba allí y quisiera matarle no osaba respirar por temor de que le oyeran.

Sin embargo, prevalecía en él otro sentimiento más poderoso que el instinto de conservación, quería hasta el último instante ocultar a los que podían ser sus verdugos el precioso cinto que continuaba apretado contra su corazón, y para ello se atrevió a lo que quizá no habría hecho para salvar su vida. Dejándolo resbalar poco a poco sobre el pecho, ahogando el rumor metálico que podía producir gracias a una presión hábil y a un instinto magnético, como si sus nervios hubieran comunicado con el oro, hízolo llegar al suelo, y arrastrándose insensiblemente consiguió cubrirlo con su cuerpo.

Apenas acababa de realizar tan difícil maniobra, oyóse la puerta de la torre que rechinaba al girar en sus mohosos goznes, y volviendo los ojos hacia aquella parte vio una especie de fantasma vestido de negro, que avanzaba pálido, con una tea en la mano y arrastrando con la otra por la bayoneta un pesado fusil, cuya culata resonaba al chocar en las baldosas.

Al través de las sombras de la muerte que ya se extendía ante sus ojos, José Picaut vio la aparición, y exclamó con angustiada voz:

—¡La viuda! ¡La viuda!

La viuda de Picaut, pues ella era, en efecto, adelantóse despacio, y sin mirar al alcalde de La Logerie ni a maese Jaime, quien, aplicada la mano izquierda a la herida que le traspasaba verticalmente el pecho, procuraba incorporarse sobre la derecha, detúvose delante de su cuñado y le contempló con expresión amenazadora.

—¡Un sacerdote! ¡un sacerdote! —exclamó el moribundo espantado por aquel sombrío fantasma, y sintiendo a su vista un remordimiento.

—¡Un sacerdote!... ¿De qué te serviría un sacerdote? ¿Devolvería, por ventura, la vida del hermano que asesinaste?

—No, no asesiné a Pascual —exclamó Picaut—, lo juro por la eternidad a donde voy a pasar.

—No le asesinaste; pero dejaste obrar a los asesinos, si no les impulsaste al crimen, y no contento con eso, hiciste fuego sobre mí, en términos que, a no ser la mano de un buen hombre que desvió el tiro, en una sola noche habrías sido dos veces fratricida. Pero has de saber que no he vengado el mal que quisiste hacerme, sino que la mano de Dios te hiere por la mía, Caín.

—¡Cómo! —exclamaron a la vez José Picaut y maese Jaime—, ¿ese tiro?...

—Yo lo he disparado; yo, que estaba segura de sorprenderte otra vez en el crimen: sí, José, sí, tú, tan valiente y seguro de tu fuerza, humíllate ante el decreto de la Providencia: mueres por mano de una mujer.

—¿Qué me importa la mano que me hiere! puesto que muero, de Dios viene el golpe. Te suplico, mujer, que me dejes aprovechar mi arrepentimiento; haz qué pueda reconciliarme con el Cielo que he ofendido; tráeme un sacerdote, mujer, te lo suplico.

—¿Tuvo tu hermano un sacerdote en su última hora? ¿Le diste tiempo para reconciliarse con Dios, cuando cayó asesinado por tus cómplices en el vado de Boulogne? No: ojo por ojo, diente por diente. Muere de muerte violenta, muere sin auxilio espiritual ni temporal, como ha muerto tu cómplice; y todos los malhechores que en nombre de cualquier bandera labran la ruina de su patria y llevan el luto al seno de las familias, bajen contigo a lo más profundo del infierno.

—¿Mujer! —exclamó maese Jaime, incorporándose—: cualquiera que sea su crimen y por más daño que os haya hecho, no es prudente que le habléis de esa manera; perdonadle, por el contrario, a fin de que también os perdonen.

—¿A mí? —exclamó la viuda—, ¿quién puede acusarme?

—El que habéis muerto sin quererlo, el que ha recibido la bala que destinabais a él, el que os habla, en fin, yo, herido por vuestra mano.

Exhaló la viuda una exclamación de asombro y casi de espanto, al oír lo que acababa de decir Jaime.

Como se adivinará fácilmente, habiendo sorprendido la viuda el proyecto de los dos cómplices, había acechado la llegada de Courtin, y viéndole entrar en la torre, fue por la galería exterior a la plataforma, donde, por la abertura del techo, hizo fuego sobre su cuñado.

Ya hemos visto que, a causa del movimiento que hizo maese Jaime para proteger a Courtin, aquél había recibido el tiro.

Por el pronto, la viuda quedó aturdida al saber que había equivocado el blanco de su odio; pero recordando luego con quién se las había, dijo:

—Aunque así fuese, aunque hubiese herido a uno por otro, ¿no os he herido cuando ibais a ejecutar un nuevo crimen? ¿No he salvado la vida de un inocente?

A esta última palabra una siniestra sonrisa crispó los descoloridos labios de maese Jaime, cuya mano buscó en el cinto la otra pistola.

—Tenéis razón —dijo—, ahí hay un inocente en quien yo no pensaba. ¡Pues bien! puesto que me lo recordáis, voy a expedirle el diploma de mártir; no quiero morir sin dejar mi obra terminada.

—No mancharéis de sangre vuestra última hora, como habéis manchado toda vuestra vida, maese Jaime —exclamó la viuda, poniéndose entre Courtin y el chuán—; yo sabré impedirlo.

Y caló a maese Jaime la bayoneta del fusil.

—¿Bien! —dijo el jefe de los *conejos*, como resignándose—. Si Dios me concede tiempo y fuerzas, pronto os diré quiénes son los dos bribones que tomáis por inocentes. Por ahora, dejo la vida a éste; pero, en cambio, perdonad a vuestro pobre hermano y mereceréis el perdón que os he otorgado hace un momento. ¿No oís su respiración? Dentro de diez minutos, tal vez sea tarde.

—No, no; ¡jamás! ¡jamás! —replicó sordamente la viuda—. No a mí, sino a Dios, hay que implorar perdón.

—No —repuso el moribundo con débil voz y moviendo la cabeza—; no me atrevo a rogar a Dios, mientras sobre mí pese vuestra maldición.

—Pues ruega a tu hermano y pídele perdón.

—¡Mi hermano!... —murmuró José, cerrando los ojos, como si entreviera la terrible sombra—, ¡mi hermano! ¡voy a verle, voy a encontrarme cara a cara con él!

Y trataba de rechazar con la mano el sangriento fantasma que parecía atraerle.

En seguida, en voz apenas inteligible, dijo: —¡Hermano! ¡hermano! ¿por qué apartas la cabeza, cuando te imploro? en nombre de nuestra padre, Pascual, déjame abrazar tus rodillas; acuérdate de las lágrimas que juntos vertimos en la niñez, combatiendo ya contra los primeros azules; perdóname por haber seguido la terrible senda a que nos arrastró nuestro padre. ¡Ay de mí! yo no sabía entonces que algún día nos encontraríamos en ella como enemigos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! no respondes, Pascual, y continúas desviando la cabeza. ¡Oh, dios mío! ¡oh! ¡pobre Luisito, que ya no te veré más —continuó el chuán—, ruégale por mí, ruégale por tu padre! Él te amaba como a hijo propio: suplícale en nombre de tu padre moribundo, que permita llegar hasta el trono de Dios a un pecador arrepentido. ¡Oh, hermano, hermano! —balbuceó con una expresión de gozo que rayaba en éxtasis—; te enterneces, perdonas, y tiendes la mano al niño. ¡Dios mío, dispóned ahora de mi alma, que ya mi hermano me ha perdonado!

Y cayó inerte al suelo, del cual se había levantado con un supremo esfuerzo, para tender los brazos a la visión.

Durante aquel tiempo, habíanse calmado poco a poco el odio y la sed de venganza que respiraba la fisonomía de la viuda; cuando José habló del niño a quien el desventurado Pascual amaba como a un hijo, asomáronsele las lágrimas a los ojos; y cuando al resplandor de la tea vio que el rostro del moribundo se iluminaba con cierta aureola divina, cayó de rodillas y asiendo la mano del herido le dijo:

—Ya te creo, ya te creo, José. Dios abre los ojos del moribundo y entreabre ante ellos las celestes alturas. Como Pascual te ha perdonado, yo te perdono; cómo él ha olvidado, yo olvido; sí, y lo olvido todo, para acordarme solamente de que eres hermano suyo; hermano de Pascual, muere en paz.

—Gracias, gracias —balbució José, cuya voz se enronquecía más y más, y cuyos labios empezaban a teñirse de rojiza espuma—; gracias. Pero ¿y mi mujer? ¿y mis hijos?...

—Tu esposa es mi hermana, y tus hijos son mis hijos —dijo solamente la viuda—. Muere en paz, José.

Llevóse el chuán la mano a la frente como para santiguarse: sus labios aún murmuraron algunas palabras que nadie comprendía, y abriendo desmesuradamente los ojos, exhaló el último suspiro.

—¡Amén! —dijo maese Jaime.

La viuda permaneció un rato arrodillada y orando junto al cadáver; pero admirada de que sus ojos tuviesen lágrimas que derramar, por quien tanto le había hecho llorar a ella.

Al cabo de una larga pausa, que sin duda a maese Jaime no le convenía, rompió el silencio, exclamando:

—¡Voto al diablo! Nadie diría que aquí hay todavía un cristiano vivo; y digo uno porque no llamo cristianos a los judas.

Estremecióse la viuda, pues al lado del muerto habíase olvidado del moribundo.

—Me voy a casa y os enviaré socorro —le dijo.

—¡Socorro! ¡para qué lo quiero! Me curarían para llevarme a la guillotina; gracias, pues, Buena Picaut, prefiero la muerte del soldado: la tengo y no la suelto.

—¿Quién os dice que yo pienso entregaros?

—¿No sois azul y mujer de azul? ¡Diantre! la captura de maese Jaime vale la pena de figurar en vuestra hoja de servicios, viuda.

—Mi marido era patriota, y heredé sus opiniones, no lo niego; pero ante todo me repugnan los traidores y la traición, y por todo el oro del mundo no entregaría a nadie, ni a vos siquiera.

—Os repugna la traición, ¿oyes tú, bellaco? ¡Pues bien! esa es también mi opinión.

—Vamos, Jaime, dejad que llame.

—No —respondió éste—, tengo lo que me basta, lo siento y lo sé; he causado tantas heridas como ésta, que las entiendo: dentro de dos o tres horas a lo más, habré pasado al grande erial, al último, el bueno y magnífico, al erial de Dios. Pero, oídmme: éste que aquí veis —continuó empujándole con el pie—, este infame, por un puñado de oro ha vendido una cabeza que para todos debía ser sagrada, no sólo por ser una de las destinadas a ceñir corona, sino porque su corazón es noble y generoso.

—Esa cabeza se refugió en mi casa —dijo la viuda conociendo a Perico en el retrato que Jaime acababa de trazar.

—Sí, vos la salvasteis una vez, y eso os engrandece a mis ojos, buena Picaut, inspirándome la idea de pedir os una cosa.

—Veamos, decidla, hablad.

—Acercaos y prestad oído; vos sola debéis oír lo que voy a deciros.

Pasó la viuda al lado opuesto de Courtin e inclinóse hacia el herido, quien la dijo en voz baja:

—Es preciso que aviséis al hombre que tenéis en casa.

—¿A quién? —preguntó la viuda con estupor.

—Al que ocultáis en vuestro establo, al que cada noche asistís y consoláis.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—¡Toma! ¿creéis, acaso, que se oculta algo a maese Jaime? Os digo la pura verdad, buena Picaut, y maese Jaime el chuán, maese Jaime el bandido, os dice que a pesar de la manera que tratáis a vuestros parientes, se envanecería de serlo.

—Ved que está convaleciente, y apenas puede tenerse en pie.

—Es hombre, y no hay cuidado, ya tendrá fuerzas; es hombre, repito, y habrá pocos o ninguno que se le parezcan —dijo el vendeano con fiero orgullo—. Seguro estoy de que sabía el infame proyecto de esos dos pícaros, y creyendo vivir, proponíase hacer con ellos un escarmiento; pero el hombre propone y Dios dispone: en cuanto a éste, el dinero le ha tentado; a propósito, en alguna parte lo hallaréis.

—¿En qué lo emplearemos?

—Dad la mitad a los huérfanos de los blancos y los azules que han muerto en la guerra: esa es mi parte, lo que a mí me corresponde; la otra es de José y podéis entregarla a sus hijos.

Exhaló Courtin un suspiro de angustia, pues las últimas palabras fueron pronunciadas demasiado altas para que dejara de oírlas.

—No —dijo la viuda—, no, es el oro de Judas y les sería fatal; gracias, no quiero ese dinero para los niños, por más inocentes que sean.

—Tenéis razón, dadlo todo a los pobres; las manos que reciben la limosna lo purifican

todo, incluso el crimen.

—¿Y él? —interrogó la viuda señalándole con el dedo, pero sin mirarle.

—¿Él? está bien sujeto, bien atado, ¿no es verdad?

—Así parece;

—Pues el otro decidirá de su muerte.

—Corriente.

—A propósito, tomad, buena Picaut, regaladle este tabaco que ya no necesito. Creo que lo recibirá con mucho gusto. ¡Vaya! —continuó el jefe de los *conejos*—, no parece sino que voy a morir de mala gana. ¡Ah! diera mis veinticinco mil francos por asistir a su entrevista. ¡Será graciosa! ¡Pero!... lo mismo da un millón que cuatro sueldos cuando uno se muere.

—No permaneceréis aquí —dijo la viuda—; os trasladaremos a una estancia del castillo, y allí a lo menos podréis recibir a un sacerdote.

—Como queráis, viuda; pero antes hacedme el favor de mirar si el perillán está bien atado, pues aseguro que moriría muy descontento a la sola idea de que pudiera escaparse del zafarrancho que le espera.

La viuda inclinó la tea hacia Courtin: estaba éste tan estrechamente atado que tenía las carnes hinchadas y amoratadas, y en su rostro, más lívido que el de maese Jaime, se retrataba la angustia que sufría.

—No, no puede moverse —repuso la viuda—; por otra parte, le encerraré bajo llave.

—Sí ¿pero, no obstante, volveréis pronto? Idos en seguida.

—Estad tranquilo.

—¡Gracias! ¡Oh! las gracias que os doy no son tan expresivas como las que va a daros el otro, ya veréis.

—Bueno, dejad que os traslade al castillo, donde recibiréis los auxilios que vuestro estado reclama. Descuidad; tanto el médico como el confesor no dirán una palabra.

—¡Qué me place! No dejará de ser chistoso que Maese Jaime muera en una cama, siendo así que toda su vida ha dormido sobre la hierba o entre la maleza.

Tomó la viuda en brazos al vendeano, y llevándolo al aposento de que hemos hablado, acostóle en una cama.

Maese Jaime, a pesar de los dolores que debía experimentar, permanecía alegre y burlón al aproximarse la muerte; su carácter era muy diferente al de sus compatriotas, y no se desmentía un solo momento.

Sin embargo, en medio de los sarcasmos que dirigía tanto a lo que había defendido como a lo que había atacado, no cesó de rogar a la viuda Picaut que cuanto antes llevara a Juan Oullier el recado que le diera.

Instada de este modo por él, apenas la viuda hubo encerrado a Courtin en la antigua frutería, atravesó el huerto y entró en la posada, donde encontró a su anciana madre llena de susto por los tiros que había oído, y temerosa de que su hija hubiese sido víctima de alguna asechanza de su cuñado.

La viuda Picaut no la dijo nada de lo acontecido, y rogóla que no dejara entrar a nadie en las ruinas. Disponíase a salir cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Madre —dijo entonces—. si algún forastero pide posada para esta noche, decid que no tenemos ningún aposento; nadie debe entrar aquí esta noche. La mano de Dios está sobre

la casa.

Llamaron otra vez.

—¿Quién va? —interrogó la viuda abriendo la puerta y cerrando el paso con su cuerpo.

Apareció Berta en el dintel y dijo:

—Señora, esta mañana me habéis dicho que teníais que comunicarme un asunto de importancia.

—¡Ah! tenéis razón —dijo la viuda—; lo había olvidado.

—¡Jesús! —exclamó Berta al ver grandes manchas de sangre en el vestido de la viuda—, ¿ha sucedido tal vez alguna desgracia a María, a mi padre o a Michel?

Y a pesar de la fortaleza de ánimo de la doncella, trastornóla tanto esta última idea, que hubo de apoyarse en la pared para no caer.

—Tranquilizaos —repuso la viuda—, no quería participaros una desgracia; al contrario, quería deciros que un amigo vuestro a quien creíais muerto, vive y desea veros.

—¡Juan Oullier! —exclamó Berta adivinando en seguida de quien se trataba—; ¡Juan Oullier! de él queréis hablar, ¿no es cierto? ¡Vive! ¡oh! ¡bendito sea el Cielo! Cuánto se alegrará mi padre! Llevadme al instante a su lado, señora, os lo suplico.

—Esa era mi intención esta mañana; pero desde entonces han pasado muchas cosas, y tenéis que cumplir un deber más urgente.

—¡Un deber! ¡cuál? —preguntó Berta admirada.

—El de ir a Nantes sin demora, pues dudo de que, encontrándose tan postrado el pobre Juan Oullier pueda hacer lo que esperaba maese Jaime.

—¿Para qué he de ir a Nantes?

—Para decir a la que llamáis Perico que han vendido el secreto de su refugio. ¡Ojalá lleguéis a tiempo para que pueda encontrar otro asilo!

—¿Quién ha sido el traidor? —preguntó Berta.

—El que una vez ya mandó los soldados a mi casa para prenderle; el alcalde de La Logerie.

—¡Courtin! ¿le habéis visto?

—Sí —repuso lacónicamente la viuda.

—¡Oh! —exclamó Berta juntando las manos—, ¿no podría verle?

—¡Joven, joven! —exclamó la viuda sin responder a la pregunta—; los partidarios de aquella mujer me dejaron viuda, y os digo que os apresuréis: ¿vacilaríais en partir, vos que os preciáis de servir su casa?

—Tenéis razón: no vacilo y parto.

Y en efecto, la doncella hizo ademán de salir.

—No podéis ir a pie, pues no llegaríais a tiempo: id al establo y decid al mozo que os ensille el caballo que queráis.

—Lo ensillaré yo misma —dijo Berta—. ¿Y qué podrá hacer por vos, pobre viuda, la que por segunda vez habéis salvado?

—Decidla que se acuerde de lo que la dije en mi cabaña, junto al lecho donde yacían dos hombres que por ella murieron; decidla que es un crimen traer el desorden y la guerra a un país donde sus mismos enemigos la defienden de los traidores. ¡Id, pues, señorita, id con Dios y que él os guíe!

Y así diciendo, salió la viuda de la casa, dirigióse a la del cura de San Filiberto, suplicándole que pasara al castillo, y en seguida encaminóse apresuradamente al cortijo.

LXXVIII

LAS LOBAS

Durante veinticuatro horas, Berta permaneció presa de una inquietud extrema. Las sospechas que José Picaut había despertado con sus revelaciones recaían no sólo sobre Courtin, sino también sobre Michel.

El recuerdo de la velada anterior al día del combate del Chéne y de la aparición de un hombre en la ventana de María, no había podido borrarse de su imaginación, causándole de vez en cuando tormentos que la pasiva actitud de Michel ante ella, mientras su convalecencia, difícilmente lograba calmar; pero cuando Berta supo que Courtin, de quien estaba ajena de suponer que hubiese obrado sin orden de nadie, había hecho partir el buque; cuando al volver radiante de amor a La Logerie no encontró al que buscaba, aviváronse más y más sus celosas sospechas.

No obstante, todo cedió ante el deber que acababa de imponerle la viuda, incluso las consideraciones de su amor; así es que al momento corrió al establo, eligió el caballo que le pareció más veloz, dióle doble ración, ensillólo, y con la brida en la mano aguardó que el animal acabara su pienso.

Entonces llegó a sus oídos un rumor muy conocido en aquellos tiempos de disturbios: era el paso acompasado de una partida de tropa.

Poco después llamaron fuertemente a la puerta del mesón.

Al través de una puerta vidriera que comunicaba del establo a un horno, por el cual se entraba en la cocina, vio soldados, a cuyas primeras palabras comprendió que pedían un guía.

En aquella ocasión, nada carecía de importancia para Berta; temía a un tiempo por su padre, Michel y Perico, y no quiso marchar sin saber lo querían: segura de no ser conocida bajo el traje de aldeana que llevaba, pasó del establo al horno y penetró en la cocina.

Un teniente mandaba la partida.

—¿No hay ningún hombre en la casa? —preguntó a la dueña.

—No, señor —repuso la vieja—; mi hija es viuda, y el único mozo que tenemos se ha ido no sé dónde.

—Precisamente hubiera querido encontrar a vuestra hija —añadió el oficial—; si estuviese aquí, nos serviría de guía como en la famosa noche de la cuesta de Baugé, y si ella misma no pudiera, nos elegiría uno del cual podríamos fiarnos, mientras que con esos tunantes campesinos que son medio chuanes, es difícil viajar con seguridad.

—Si la viuda Picaut está ausente, quizás haya un medio de reemplazarla —dijo Berta avanzando con paso seguro—: ¿Vais lejos, señores?

—¡Pardiez! —exclamó el teniente aproximándose—. Mirad, ¡que guapa y arrogante joven! Guiadme a dónde queráis, hermosa criatura, y os seguiré con mucho gusto.

Berta bajó los ojos, y se puso a retorcer la punta de su delantal, como lo hubiera hecho una sencilla aldeana.

—Si no vais muy lejos, señor, y el ama lo permite, puedo acompañaros, pues conozco

perfectamente las cercanías.

—Acepto —dijo el teniente.

—Pero con la condición de que no he de volver sola —prosiguió Berta—, pues tendría miedo.

—Os acompañaré, reina mía —dijo el oficial—, aunque esa condescendencia haya de costarme la charretera. Veamos—continuó—, ¿sabéis dónde está la Bouleuvre?

Al oír el nombre del cortijo propiedad del barón, en el cual había ella permanecido dos días con el marqués y Perico, estremeciéndose Berta, un sudor glacial bañó su frente y su corazón palpitó con violencia.

—¿La Bouleuvre? —repitió dominando su emoción—. ¿Es lugar o quinta?

—No, es una granja.

—¿Y a quién pertenece?

—A un caballero de esta comarca..

—¿Queréis alojaros en la Bouleuvre?

—No, vamos a una expedición.

—¿Qué significa expedición? —interrogó la doncella.

—¡Hola! muy bien —dijo el teniente—; he aquí una muchacha deseosa de instruirse.

—Es muy natural: si os acompaño u os hago acompañar a la Bouleuvre, a lo menos debo saber para qué vais allá.

—Vamos —dijo el subteniente terciando en el diálogo para echarla de bromista—, vamos a pasar un blanco por la lejía de plomo, a fin de que se vuelva azul.

—¡Ah! —exclamó Berta no pudiendo reprimir una exclamación de terror.

—¡Diablo! ¿qué tenéis? —interrogó el teniente—. Si os hubiesen dicho el nombre del que vamos a prender, creería que estáis enamorada de él.

—¡Yo! —exclamó Berta apelando a toda la energía de su carácter para ahogar el espanto que le oprimía el corazón—; ¡yo enamorada de un caballero!

—Se han visto reyes que se han llegado a casar con pastoras —observó el subteniente.

—¡Vaya! —exclamó el teniente—, no parece sino que la pastora va a desmayarse como una gran señora.

—¡Yo! —volvió a exclamar Berta con forzada sonrisa—, ¡para qué me desmayaría! Esas son cosas que se aprenden en la ciudad y no en el campo.

—La verdad es que os habéis puesto muy pálida, hermosa niña.

—No es extraño, puesto que habláis de fusilar a un hombre como de matar un conejo en el bosque.

—Y no es lo mismo, no —dijo el subteniente—: un conejo fusilado puede asarse, mientras que un chuán no es bueno para nada.

Berta no pudo ocultar el disgusto que le causaba la pesada broma del oficial.

—¿Acaso no sois patriota como vuestra ama? —interrogó el teniente.

—Soy patriota; pero aunque aborrezco a mis enemigos, todavía no he podido acostumbrarme a mirar su muerte con indiferencia.

—Os aseguro que os acostumbraríais —dijo el oficial—. Nosotros también hemos tenido que acostumbrarnos a pasar las noches al raso en lugar de pasarlas en la cama; hace poco, cuando el maldito campesino ha llegado al puesto de San Martín y por su culpa tuve que

ponerme en marcha, he dado al diablo la carrera, pero ahora veo que tiene sus compensaciones, de modo que en este momento en vez de maldecirla la encuentro excelente.

Y sin duda para acrecentar las delicias de la situación, el oficial se inclinó y quiso besar el cuello de la doncella.

No esperaba Berta esa agresión, y al sentir en su rostro el hálito del joven, irguióse roja como la grana, trémulos de ira los labios y centelleantes de indignación los ojos.

—¡Oh! ¡oh! —prosiguió el teniente—, ¿por un besito os enfadáis, hermosa?

—¿Por qué no? ¿creéis acaso que porque soy una pobre aldeana puede cualquiera insultarme impunemente?

—¡Insultar impunemente! ¡Cómo habla la mocita! —dijo el subteniente—. ¡Y dirán todavía que estamos en un país de salvajes!

—¿Sabéis —dijo el teniente—, que me vienen ganas de prenderos por sospechosa y no soltaros hasta que paguéis el rescate que exigiré por vuestra libertad?

—¿Qué rescate sería ese?

—El beso que me negáis.

—No quiero que me lo deis, pues no sois mi padre, mi hermano, ni mi marido.

—Es decir que nadie más que ellos tienen derecho a besar esas lindas mejillas.

—Sin duda.

—¿Por qué motivo?

—No quiero faltar a mis deberes.

—¿Vuestros deberes? ¡vaya una gracia!

—¿Creéis, por ventura, que no tenemos deberes como vosotros? vamos a ver (Berta procuró sonreírse): si yo, por ejemplo, preguntara el nombre del que vais a prender y hubieseis de faltar a vuestro deber por decírmelo, ¿por ventura me lo diríais?

—¡A fe mía! —repuso el oficial—, tendría poco mérito, pues no creo que haya grande inconveniente en que lo sepáis.

—¿Y si lo hubiese?

—¡Oh! entonces no sé lo que haría. Es tanto lo que vuestros ojos me enloquecen, que no me atrevo a decir lo que haría, de veras. Y mirad, la prueba es que si no hay otro remedio, si sois tan curiosa como yo débil, os diré ese nombre y seré traidor a la patria; pero quiero el beso, lo exijo.

Tanto era el temor y sobresalto de Berta, y estaba, por otra parte, tan íntimamente convencida de que era Michel a quien amenazaba el peligro, que olvidó toda prudencia, y con la impetuosidad de su carácter, sin hacer caso de las murmuraciones a que su insistencia podría dar margen, presentó la mejilla al teniente, quien estampó en ella dos sonoros besos.

—Toma y daca —dijo sin poder contener una sonrisa—; el que vamos a prender se llama el señor de Veirée.

Retrocedió Berta, y miró al oficial.

Un presentimiento decíale que la había engañado.

—Vamos, vámonos; ¡en marcha! —dijo el teniente—, voy a pedir al alcalde lo que no he podido encontrar aquí.

Y dirigiéndose hacia Berta, agregó:

—Sea cual fuere el guía que proporcione, ninguno me gustará tanto como vos, ¡hermosa criatura!

Exhaló un suspiro afectado, y dirigiéndose a la tropa, ordenó:

—¡Ea! soldados, en marcha.

El subteniente y algunos soldados que habían entrado con el oficial, salieron a reunirse con los que habían permanecido fuera.

El teniente pidió candela para encender un cigarro, y viendo que Berta buscaba en vano una pajuela, sacó un papel y encendiólo en la lámpara. La doncella que estaba observando todos sus movimientos, miró el papel que la llama empezaba ya a abrasar, y entre las amarillentas arrugas leyó distintamente el nombre de Michel.

—¡Ahí ya había dudado —dijo para sí—: ha mentido; sí a Michel es a quien quieren prender.

Y como el oficial había arrojado al suelo el papel a medio quemar, puso ella el pie encima con tanta turbación, que el teniente la aprovechó para darle otro beso.

En el momento en que la joven se volvía a él, díjola, poniéndose un dedo en la boca:

—¡Chito! ya sé que no sois aldeana: velad por vos si tenéis que ocultaros, pues si con los que os buscan desempeñáis tan mal el papel como conmigo, que no tengo orden de buscaros, estáis perdida.

Y dicho eso, salió apresuradamente, sin duda para no perderse a sí mismo.

Ni siquiera esperó Berta que se hubiese cerrado la puerta para recoger el pedazo de papel.

Era la denuncia que Courtin había enviado a Nantes por conducto de un aldeano y que éste, para abreviar el viaje, había entregado al jefe del primer destacamento que encontró en el camino, el cual era el de San Martín, próximo al de San Filiberto.

Bastó lo que había escrito en el parte del alcalde de La Logerie, para dar a conocer a Berta el destino de la gente armada que se encaminaba a la Bouleuvre.

La doncella pensó enloquecer en aquel momento. Si la sentencia pronunciada contra el barón era ejecutoria para los soldados, y la broma del subteniente parecía dárselo a entender, Michel habría muerto antes que transcurriesen dos horas.

Viole ensangrentado, acribillado el pecho a balazos, y regando la tierra con su sangre; y fuera de sí preguntó a la vieja:

—¿Dónde está Juan Oullier?

—¿Juan Oullier? —interrogó la anciana con estupor—; no sé lo que queréis decir.

—Os pregunto: ¿dónde está Juan Oullier?'

—¿Y qué? ¿Juan Oullier no murió?

—Y vuestra hija, ¿dónde ha ido?

—¡Toma! no lo sé. A su edad puede ser dueña de sus acciones, y nunca me dice a dónde va.

Berta pensó en la casa de Picaut; pero para ir allí necesitaba una hora, y entretanto podían matar a Michel.

—Pronto volveré —exclamó—; decidla que no he podido ir en seguida a dónde sabe, pero que iré antes de que amanezca.

Y corriendo al establo, montó a caballo y partió al trote largo, de modo que podía muy

bien adelantar a los soldados en más de media hora.

Al cruzar la plaza de San Filiberto, oyó a la derecha los pasos de la partida que se alejaba, y saliendo del pueblo pasó con el caballo el Boulogne a nado, y tomó el camino más allá del bosque de Machecoul.

Por fortuna para Berta, su cabalgadura era mejor de lo que aparentaba; era un cuartago bretón que, cuando estando parado, tenía un aspecto triste y abatido como el de los hombres de su país, pero que como ellos también se enardecía con la acción, y de minuto en minuto cobraba bríos; abiertas las narices y sueltas al viento sus largas crines pasó del trote al escape, y acelerando la carrera devoraba el camino, y llanos, valles y setos, pasaban y desaparecían tras él con fantástica, velocidad, mientras Berta, inclinada sobre el pescuezo y aflojando toda la rienda, le aguijaba continuamente a latigazos.

Los aldeanos que al paso encontraba, al ver que el caballo y el jinete se desvanecían en la oscuridad tan rápidamente como aparecían, les tomaban por fantasmas y se santiguaban.

Pero su veloz que fuese aquella carrera todavía no lo era tanto como habría deseado Berta, para quien cada segundo era un mes y cada minuto un año, pues conocía la terrible responsabilidad que sobre sí pesaba, responsabilidad de sangre, de muerte y de ignominia a la vez. ¿Salvaría a Michel? Y habiéndole salvado, ¿llegaría a tiempo para conjurar el peligro que amenazaba a Perico?

Agolpábanse a su mente mil confusas ideas. Sentía no haber dado suficientes instrucciones a la madre de la viuda de Picaut, y acometíanla vértigos al pensar que después de la velocísima carrera del caballo bretón, este sucumbiría probablemente en el trecho del Bouleuvre a Nantes.

Reconveníase por emplear en provecho de su amor los recursos que podía preservar una cabeza tan preciosa a la nobleza de Francia. Sabía que nadie, sin las señas y contraseñas que ella sabía, podía llegar hasta el ilustre proscrito, y combatida por mil sentimientos diversos, fuera de sí y presa de una especie de embriaguez sólo acertaba a precipitar la carrera del caballo, la cual a lo menos refrescaba su cerebro enardecido por los terribles pensamientos que le agitaban.

Al cabo de una hora, llegaba al bosque de Touvain, donde le fue forzoso renunciar a aquella rapidez, pues estaba el camino tan lleno de baches, que el pobre jamelgo cayó dos veces. Púsole al paso, calculando que llevaba bastante ventaja para que Michel pudiera huir a tiempo; cobró esperanzas y respiró satisfecha al pensar que el barón iba a deberle por segunda vez la vida.

Preciso es haber amado y experimentado las inefables fruiciones del sacrificio, para comprender el gozo que por algunos momentos sintió Berta, y lo satisfecha que se puso a la idea de que la existencia de Michel, por ella conservada, le costaría tal vez muy cara.

Estaba completamente sumida en sus pensamientos, cuando, a la claridad de la luna, vio las blancas paredes del cortijo, por entre algunas ramas de avellanos.

La puerta del patio estaba abierta. Apeóse Berta, ató el caballo a una de las argollas de la pared de la fachada, y entró sin hacer ruido, amortiguados sus pasos por la capa de estiércol que había en el patio.

Con gran sorpresa de Berta estaba a la puerta de la casa un caballo ensillado, caballo que lo mismo podía ser de Michel que de otro cualquiera, y la joven quiso averiguarlo antes de traspasar sus umbrales.

Al ver entreabierta una de las ventanas de la misma estancia en que Perico había pedido en nombre de Michel su mano al marqués de Souday, Berta acercóse lentamente y miró

al interior, cuando exhaló un grito ahogado, sintiendo que le abandonaban las fuerzas.

Acababa de ver a Michel a los pies de María. Uno de los brazos del mancebo rodeaba el talle de su hermana, cuya mano acariciaba los cabellos del barón; ambos contemplábanse sonriendo, con aquella expresión de felicidad inequívoca para el que una vez ha amado.

El desaliento de Berta duró un segundo, tras el cual se precipitó a la puerta, y empujándola con violencia, presentóse en el umbral, suelta la cabellera, centelleantes los ojos, lívido el rostro y jadeante el pecho, como la estatua de la Venganza.

María exhaló un grito y cayó de rodillas, tapándose la cara con las manos.

Habíalo adivinado todo a la primera ojeada, tal era el trastorno que Berta mostraba.

Aterrado Michel por las miradas de ésta, habíase levantado de pronto, y como si se encontrara delante de un enemigo, había echado maquinalmente mano a sus armas.

—¡Herid! —exclamó Berta al ver su ademán—, ¡herid, desgraciado! y así coronaréis dignamente vuestra infidelidad y bajeza.

—Berta —balbució Michel—, oíd, dejad que os explique...

—¡De rodillas, de rodillas, vos y vuestra cómplice! —exclamó Berta—. De rodillas debéis pronunciar las odiosas mentiras que vais a forjar para disculparos. ¡Oh! ¡infame! yo que corría para salvarle la vida; ¡yo, que loca de terror y desesperación porque le amenazaba un gran peligro lo olvidaba todo, honor y deber! ¡yo que ponía mi vida a sus pies, yo que no tenía más que una dicha, un placer, yo, que sólo anhelaba decirle: mira, Michel, mira si te amo! Llego y le encuentro faltando a sus juramentos y promesas, infiel a los sagrados lazos de gratitud, cuando —no del amor, a los menos por el reconocimiento; ¿y con quién y por quién? ¡Por la que yo amaba más en el mundo después de él, por la compañera de mi infancia, por mi hermana! ¿No podías seducir a otra mujer, di, miserable? —prosiguió Berta, siendo el brazo del joven y sacudiéndolo con violencia—; ¿acaso queréis arrebatarme en mi desesperación los consuelos que se hallan en el corazón de una hermana?...

—¡Escuchadme, Berta, os lo ruego! —dijo Michel—. Por fortuna, no somos tan culpables como creéis. ¡Oh! ¡si supierais, Berta, si supierais!

—Nada quiero oír, sólo oigo mi corazón, traspasado de dolor y lleno de desesperación; ¡oigo solamente la voz de mi conciencia que me dice que eres un infame! ¡Dios mío! ¿Gran Dios! —exclamó mesándose con las crispadas manos los cabellos—; ¡Señor! y éste es el pago de mi ternura, de una ternura tan ciega, que cerraba los ojos y los oídos cuando me decían que este niño, que este niño femenil, pusilánime e irresoluto no era digno de mi amor... ¡Insensata de mí! ¡Yo creía que, aunque solo fuera por agradecimiento, amaría a la que se compadecía de su debilidad, a la que arrastraba las preocupaciones y la opinión pública para levantarse del vilipendio y lavar las manchas de su nombre deshonorado!

—¡Ah! —exclamó Michel irguiéndose—, ¡basta! ¡basta!

—Sí, las manchas de tu nombre —repitió Berta— ¡Ah! te indignas, ¡mejor! te lo repito, sí: las manchas más odiosas, más negras, más infames; las de la traición. ¡Oh! ¡familia de traidores! el hijo continúa la obra del padre; así debía esperarlo.

—¡Señorita, señorita! —dijo Michel—, abusáis del privilegio de vuestro sexo para insultarme, y es tal el insulto, que me ofendéis en lo más sagrado: en la memoria de mi padre.

—¿Por ventura tengo ahora sexo? ¡Ah! no lo tenía cuando ahora mismo te burlabas de mí

a los pies, de esta pobre loca; no lo tenía cuando hacías de mi hermana la más miserable de las criaturas. Y porque no me lamento, porque no me arrastro a tus pies, mesándome los cabellos y golpeándome el pecho, he aquí que de repente descubres que soy mujer, un ser a quien se debe respetar por su timidez, a quien no se debe hacer sufrir por su debilidad. No, no, para ti no tenía ni tengo sexo. Desde ahora, estás delante de una criatura que has ofendido mortalmente y que por esta razón te insulta. Barón de La Logerie, no sólo eres infame y traidor, sino que eres hijo de traidor e infame. Tu padre fue un malvado que vendió a Charrette, y a lo menos expió su crimen con la vida. Barón de La Logerie, te han dicho que tu padre se suicidó en la caza o que fue muerto casualmente; mentira benévola y que yo desmiento. Matóle el que presencié su negra acción, matóle...

—¡Hermana mía! —gritó María, levantándose y tapando con la mano la boca de Berta—, vais a haceros culpable de una de esas faltas que reprocháis a los demás: vais a divulgar un secreto que no os pertenece.

—¡Sea! pero que hable este hombre, que el desprecio que me inspira le haga alzar la cabeza, y que halle en su vergüenza y su orgullo el valor de quitarme una vida que me es odiosa, que no será más que un largo delirio, un martirio eterno: que acabe a lo menos lo que ha empezado. ¡Dios mío! —dijo Berta, de cuyos ojos comenzaba a brotar lágrimas— ; ¡y permites que los hombres desgarran de esta manera los corazones de tus criaturas! ¡Señor! ¡Señor! ¿quién me consolará en adelante?

—Yo —dijo María—, yo, buena y querida hermana, si quieres oírme y perdonarme.

—¡Yo perdonaros a vos! ¡Jamás! —exclamó Berta rechazando a María—, sois la compañera de este hombre, y ni siquiera os conozco; pero mirad uno por otro, pues vuestra traición debe seros funesta.

—¡Berta! ¡Berta! no hables de ese modo, no nos maldigas; no nos insultes.

—¿Y qué queréis? —dijo Berta—, ¿no han de tener razón los que nos apellidan las *Lobas*? ¿qué queréis que digan? Las señoritas de Souday han amado al señor Michel de La Logerie, y luego de dar palabra de casamiento a entrambas (pues como a mí, también os la habrá dado el señor de La Logerie) se ha casado con otra. Sabed que eso sería monstruoso hasta para unas lobas.

—¡Berta! ¡Berta!

—Si he desdeñado ese epíteto, como también la vana consideración del decoro superficial —continuó la doncella cada vez más exaltada—; si en mi salvaje independencia, me he burlado de las conveniencias de la sociedad, es porque ambas, ¿oís bien lo que digo? ambas teníamos el derecho de levantar la frente en nuestra independencia virtuosa y llena de honradez; es porque nuestra conciencia nos colocaba a tal altura, que nuestro desdén dominaba siempre las miserables calumnias; pero hoy declaro que lo que no me dignaba hacer por mí, lo haré por vos, María, matando a ese hombre si no se casa con vos. Basta y sobra un baldón en el nombre de nuestro padre.

—Este nombre no será deshonorado, te lo juro, Berta —exclamó María, arrodillándose de nuevo a los pies de su hermana que, sucumbiendo por último, había caído en una silla.

—¡Mejor! será un dolor menos para la que no veréis más.

Y, retorciéndose las manos con desesperado ademán, continuó:

—¡Dios mío! ¡haberles amado tanto y tener que aborrecerles!

—No, no me aborrecerás, Berta; tu dolor y tus lágrimas me duelen más que tu ira. ¡Perdóname! ¡Oh! Dios mío, ¿qué digo? Vas a creerme culpable porque te abrazo las

rodillas y te pido perdón. No lo soy, ¡te lo juro! Yo te diré... pero no quiero que sufras, no quiero que llores. Señor de La Logerie —prosiguió María, volviendo a Michel su rostro bañado en llanto—, señor de La Logerie, olvidad lo pasado que es un sueño; es de día, idos, alejaos y olvidadme; partir en seguida.

—Cuidado con lo que haces, María —dijo Berta, cuya mano besaba y cubría de lágrimas su hermana—, mira que es imposible.

—Sí, sí, es posible, Berta —repuso María mirando a su hermana con desgarradora sonrisa—. Berta, ambas tomaremos un esposo, cuyo nombre desafiará todas las calumnias del mundo.

—¿Cuál, pobre niña?

—¡Dios! —exclamó María, señalando al cielo.

No pudo Berta responder, pues el dolor le ahogaba; pero estrechó fuertemente a su hermana contra su corazón, mientras que Michel, anonadado, se dejaba caer en un escabel que había en un rincón de la estancia.

—Perdónanos —murmuró María al oído de su hermana—; no le acuses. ¡Ah! ¿tiene él la culpa de que su educación le haya hecho tan tímido que no se atrevió a hablar cuando debía hacerlo? Ha tiempo que quiso advertirte, y yo sola se lo impedí, con la esperanza de llegar a olvidarle. ¡Ay! el corazón es más fuerte que la voluntad. Pero ya no nos separaremos, querida hermana. Muéstrame los ojos y deja que te los bese. Nadie puede ya interponerse entre nosotras, nadie vendrá nunca a turbar y a desunir dos hermanas. ¡Vamos, pues! los extraños sólo son buenos para eso. No, no; estaremos solas, y solas nos amaremos, solas con Dios, a quien nos habremos consagrado. ¡Oh! todavía seremos felices en nuestro retiro, rogaremos por él, sí, rogaremos por él.

María pronunció estas palabras con desgarrador acento. Michel se había arrodillado ante Berta, sin que ésta le rechazara, distraída como estaba, oyendo a su hermana.

En esto se presentaron algunos soldados en el umbral de la puerta, que Berta había dejado abierta de par en par, y el oficial que hemos visto en el mesón de San Filiberto, aproximándose al barón le puso la mano en el hombro.

—¿Sois el señor Michel de La Logerie? —preguntó.

—Sí, señor.

—En nombre de la ley, daos preso.

—¡Gran Dios!... —exclamó Berta abriendo los ojos a la realidad—, ¡gran Dios! yo lo había olvidado. ¡Ah! ¡yo soy quien le mata! Y allá abajo, ¿qué sucede?

—¡Michel, Michel! —gritó María olvidándolo todo ante el peligro que corría—; Michel, si mueres, moriré contigo...

—No, no morirá, te lo juro, hermana; seréis felices. Paso, caballero, paso —prosiguió Berta, dirigiéndose al oficial.

—Señorita —replicó éste con dolorosa cortesía—; ¿cómo queréis que transija con mis deberes? Aunque en San Filiberto fueseis para mí una desconocida sospechosa, nada tenía que deciros, pues no soy comisario de policía; pero aquí os encuentro en flagrante rebelión contra la ley y os prendo.

—¿Prenderme en este momento? pues no me prenderéis viva, caballero.

Y antes de que el oficial hubiese vuelto de su sorpresa, saltó Berta por la ventana al patio y corrió a la puerta, guardada por los soldados. La doncella dirigió una rápida mirada en torno de la casa, y vio el caballo de Michel que, espantado por la aparición de la tropa y

por el ruido, corría por el patio, y aprovechando la confianza del teniente en las medidas adoptadas para cercar la casa, saltó sobre el caballo y pasó como un rayo por delante del asombrado oficial, llegó a un punto donde la tapia estaba algo desmoronada, y aguijó tan fuertemente con la brida y los talones al animal, excelente caballo inglés, que le hizo franquear el obstáculo, el cual tenía cerca de cinco pies, y lanzóse en la llanura.

—¡No tiréis! ¡no tiréis a esa mujer! —gritó el oficial, no considerando tan importante la captura que se decidiera a tomarla muerta no pudiendo hacerlo viva.

Los soldados que rodeaban la casa, no oyeron o no comprendieron la orden, y una granizada de balas silbó en torno de Berta, la cual, contando con la rápida carrera del caballo inglés, huía en dirección a Nantes.

LA PLANCHA DE CHIMENEA

Veamos ahora lo que acontecía en Nantes durante la noche que comenzó con la muerte de José Picaut y continuaba con la captura del señor Michel de La Logerie.

A eso de las nueve habíase presentado en la casa del prefecto un hombre con el traje empapado en agua y lleno de barro, y como el portero se negase a introducirle en el despacho de aquel funcionario, le había hecho entregar una carta al parecer muy poderosa, pues el prefecto dejó en seguida sus ocupaciones para recibir al recién venido, quien no era otro que el judío.

Dos minutos después de ésta entrevista, una fuerte partida de gendarmes y agentes de policía se dirigía a la casa que maese Pascal habitaba en la calle del Mercado, y se presentaba a la puerta de la misma calle.

No se había tomado ninguna precaución para disimular el rumor de los pasos de aquella fuerza y encubrir sus intenciones, de manera que maese Pascal pudo cerciorarse de que la puerta de la callejuela no estaba guardada y salir por ella antes de que los agentes de la autoridad acabaran de derribar la de la calle del Mercado.

Dirigióse a la calle del Castillo y penetró en la casa número 3.

El judío, a quien no había visto por hallarse oculto en una esquina, siguióle con toda la cautela de un cazador que acecha la codiciada presa.

Durante está operación preliminar, para cuyo éxito probablemente había tomado el judío enérgicas disposiciones militares, y tan pronto como hubo enterado al señor prefecto de lo que había visto, mil doscientos hombres se dirigieron a la casa en la cual el espía había visto desaparecer a maese Pascal.

De los mil doscientos hombres se formaron tres columnas: la primera bajó la calle del Curso, dejando centinelas a lo largo de la tapia del jardín del Obispado y de las casas próximas, siguió la orilla de los fosos del castillo y hallóse en frente de la casa número 3, donde se desplegó. La segunda, se dirigió por la calle del Obispo, atravesó la plaza de San Pedro, bajó por la calle Mayor, y fue a juntarse con la primera por la calle baja del Castillo; la tercera, se incorporó con las otras dos por la calle alta del Castillo, dejando, como éstas, en pos de sí un largo cordón de bayonetas.

La circunvalación era completa: estaba cercada toda la manzana de casas en que se hallaba la del número 3.

Entraron los soldados en el piso bajo precedidos de comisarios de policía que iban pistola en mano, y la tropa se distribuía por el interior guardando todas las salidas. Procedieron los comisarios al registro, y arrestaron a cuatro señoras que vivían en la casa, pertenecientes a la alta aristocracia nantesa, y tan respetables por su honradez como por su posición social.

En la calle, el pueblo que acudió en tropel formaba una segunda muralla en torno de los soldados: toda la ciudad había bajado a las calles y plazas, sin que se manifestara ningún síntoma realista; era una curiosidad grave, y nada más.

Las pesquisas comenzaron en el interior. El primer resultado confirmó a la autoridad que la duquesa de Berry estaba en la casa. Encontróse sobre una mesa una carta abierta

dirigida a Su Alteza Real, y la desaparición de maese Pascal, a quien habían visto entrar y no encontraba, ponía de manifiesto que había un escondrijo. Todo consistía en hallarlo.

Abriéronse los muebles en que estaban las llaves, y los que no las tenían fueron descerrajados; los gastadores y los alhamíes sondeaban a martillazos el suelo y la paredes los arquitectos declaraban que, vista la conformación interior comparada con la exterior de los aposentos, era imposible que encerrasen un escondrijo, o bien hallaban los que contenían.

En uno de éstos se encontraron varios objetos, y entre otros, impresos, joyas y vajilla del dueño de la casa, los cuales en aquel momento dieron más peso a la creencia de que en ella se hospedaba la princesa.

Llegados a las guardillas, los arquitectos declararon que allí menos que en ninguna otra parte podía haber un escondrijo.

Pasaron entonces a las casas inmediatas y continuaron las investigaciones, sondeándose con tal fuerza las gruesas paredes, que se desprendieron grandes trozos de fábrica, y hasta llegó a temerse que se desplomaran los muros por completo.

Entretanto, las señoras arrestadas habían mostrado gran serenidad y aunque con centinelas de vista, habíanse sentado a la mesa.

Otras dos mujeres, cuyos nombres debe la Historia sacar de la oscuridad para transmitirlos a los siglos venideros, eran todavía objeto de especial vigilancia por parte de la policía; estas mujeres eran las criadas de la casa, las cuales se llamaban Carlota Boreau y María Boni; fueron conducidas al castillo y de allí al cuartel de la gendarmería, se intentó de sobornarlas al ver que resistían a toda clase de amenazas, ofreciéndoles cantidades muy crecidas; pero ellas respondieron una y otra vez que ignoraban dónde estaba la señora duquesa de Berry.

Después de inútiles pesquisas, el prefecto mandó suspenderlas, dejando por precaución los hombres suficientes para ocupar todas las piezas de la casa, y algunos comisarios de policía se instalaron en los bajos. La circunvalación prosiguió, y la guardia nacional relevó parte de la tropa, que fue a tomar algún descanso.

Por la distribución de centinelas, en una de las guardillas registradas había dos gendarmes que, no pudiendo resistir el intenso frío que hacía, encendieron un buen fuego en la chimenea. A los diez minutos, la lumbre iba creciendo y al cuarto de hora se caldeó la plancha del fondo y casi al mismo tiempo, aunque no hubiese todavía amanecido, los gastadores y albañiles continuaron su investigadora tarea.

A pesar del gran ruido que causaban con las herramientas, uno de los gendarmes se había dormido, y su compañero, que ya no tenía tanto frío, había cesado de echar leña al fuego. Al fin, los gastadores y albañiles abandonaron aquella parte de la casa después de escudriñarla minuciosamente, y aprovechando el gendarme que velaba aquel momento de silencio, despertó a su camarada para dormir a su turno.

El otro abrió los ojos tiritando de frío y sólo pensó en calentarse: así es que reanimó la lumbre, y como la leña no ardiese bastante, arrojó unos paquetes de periódicos que había en la habitación debajo la mesa.

El fuego producido por los periódicos echó denso humo, y el gendarme sacudía el tedio leyendo algunos de ellos cuando de pronto se derrumbó su edificio pirotécnico, rodando en medio de la guardilla la leña que había arrimado a la plancha. Al mismo tiempo, oyó detrás de la indicada plancha un ruido que le sugirió una idea bastante singular: figuróse que había ratas en la chimenea y que el calor iba a echarlas. Despertó a su camarada,

preparándose ambos a perseguirlas con los sables, y mientras concentraba toda su atención en aquel acecho de nuevo género, uno de ellos observó que la plancha se había movido.

—¿Quién está ahí?

Y una voz fúnebre repuso:

—Nos rendimos; apagad el fuego y abriremos.

Los dos gendarmes desparramaron el fuego a puntapiés, giró en sus goznes la plancha, descubrió una abertura, y una mujer de semblante desencajado, cabellos erizados en la frente como los de un hombre y con un sencillo vestido de *napolitana*, de color oscuro y lleno de quemaduras, salió doblegándose, de aquel escondrijo poniendo pies y manos en el abrasado hogar.

Era Su Alteza Real la señora duquesa de Berry. Siguiéronla sus compañeros. Hacía dieciséis horas que estaban allí escondidos sin haber tomado alimento.

El agujero que les diera asilo había sido practicado entre el cañón de la chimenea y la pared de la casa contigua, bajo el tejado.

En el momento en que las tropas se ponían en movimiento para cercar la casa, Su Alteza Real estaba escuchando a maese Pascal, quien refería riendo la alarma que acababa de arrojarle de su casa. Por las ventanas del aposento donde se hallaba la duquesa veía brillar la luna en el limpio y sereno firmamento, y a su deslumbradora claridad destacarse las pardas torres macizas, inmóviles y silenciosas del vetusto castillo.

Momentos hay que la Naturaleza nos parece tan plácida y amiga que no podemos creer que en medio de aquella calma nos amenace un peligro. Acercándose de pronto maese Pascal a la ventana, vio relucir las bayonetas, y en seguida retrocedió gritando:

—¡Huid, Madame, huid, salvaos!

La duquesa corrió inmediatamente a la escalera, y llegada al escondrijo, llamó a sus compañeras; primero entraron los hombres que acompañaban a Su Alteza Real, y luego, viendo Madame que la señorita que había venido a encontrarla no quería pasar antes que ella, dijo riendo:

—En buena estrategia, cuando se lleva a cabo una retirada, el jefe debe ir detrás.

Los soldados abrían la puerta de la calle cuando se cerraba la del escondrijo. Ya hemos visto con que cuidado y escrupulosidad se realizaron las pesquisas.

Cada golpe dado en las paredes retumbaba en el asilo donde se hallaban la duquesa de Berry y sus compañeros, y los ladrillos se desprendían, el yeso caía hecho polvo, y los prisioneros hallábanse en inminente peligro de quedar sepultados bajo los escombros.

Cuando los gendarmes encendieron lumbre, calentándose la plancha de la chimenea, comunicaba en el reducido asilo un calor que iba tomando incremento. El aire del escondrijo era cada vez más sofocante, y los allí encerrados tenían que aplicar la boca a las pizarras del tejado para cambiar por el aire exterior su encendido aliento. La duquesa era la que más sufría, pues habiendo entrado la última, estaba inmediata a la plancha, y a pesar de que sus compañeros le ofrecieron repetidas veces mudar de sitio, no quiso dejar el que ocupaba.

Al peligro de asfixiarse que corrían los prisioneros añadíase al de abrasarse vivos, pues la plancha se había caldeado, y el fuego amenazaba los trajes de las señoras, habiendo prendido ya dos veces en la ropa de madame, quien lo había apagado con las manos a costa de dos quemaduras, cuyas señales conservó durante largo tiempo. A cada minuto se

rarificaba más y más el aire interior, pues el exterior penetraba en muy escasa cantidad por los intersticios del techo para ventilar el escondrijo.

Los prisioneros respiraban ya con suma dificultad, y considerando que si la duquesa permanecía diez minutos más en aquel horno perecería sin remedio, suplicáronla que saliera sola, a lo cual no accedió, derramando gruesas lágrimas de cólera que el abrasado ambiente secaba en sus mejillas.

Habiéndose prendido por tercera vez fuego en su traje, lo apagó, y con el movimiento que hizo al levantarse, abrió el pestillo de la plancha, la cual entreabriéndose llamó la atención de los gendarmes.

Suponiendo que ese accidente bastaba para descubrir su retiro, dolida de los sufrimientos de sus amigos, consintió entonces Madame en rendirse, y salió de la chimenea en la forma ya indicada.

Sus primeras palabras fueron para preguntar por el general.

Uno de los gendarmes descendió a los bajos, de donde aquél no había querido moverse.

En cuanto le anunciaron su llegada, abalanzóse a él la duquesa diciendo vivamente:

—General, me rindo a vos, acogiéndome a vuestra lealtad.

—Madame —le contestó el anciano general—, Vuestra Alteza Real está bajo la salvaguardia del honor francés.

Hízole entonces tomar asiento, y estrechándole fuertemente el brazo, díjole la princesa:

—General, nada tengo que reprocharme; he cumplido los deberes de una madre para recobrar la herencia de mi hijo.

Su voz era breve y enérgica.

La duquesa parecía estar muy sobresaltada, y aunque pálida, hallábase animada como si hubiese tenido fiebre. Mandó el general traerle un vaso de agua, en el cual introdujo ella los dedos, calmándole un tanto su frialdad.

Entretanto, avisados de lo ocurrido el prefecto y el jefe de la columna, primero llegó aquél y pidió a la duquesa sus papeles.

Entonces Madame dijo que en el escondrijo hallarían una cartera blanca, y cuando el prefecto la presentó, abrióla la duquesa, diciendo:

—Caballero, aunque poco importantes, yo misma quiero entregaros las cosas que contiene esta cartera y manifestaros su destino.

Y le entregó, acto seguido, todo lo que contenía la cartera.

—Caballero, en el escondrijo debe haber unos treinta y seis mil francos, doce mil de los cuales pertenecen a las personas que designaré.

Aproximóse el general a la princesa y díjola que si se encontraba algo mejor, sería oportuno salir de la casa.

—¿Adonde vamos? —preguntó mirándole fijamente.

—Al castillo, Madame.

—¡Ah! bien; y de allí a Blaye, ¿no es verdad?

—General —dijo entonces uno de los compañeros de la princesa—, Su Alteza Real no puede ir a pie, pues no sería decoroso.

—Caballero —replicó el general—, un carruaje nos estorbaría. Madame puede muy bien ir a pie, poniéndose un sombrero y una capa.

Entonces el secretario del general y el prefecto, que esta vez quiso blasonar de galante, descendieron al segundo piso y trajeron tres sombreros.

La princesa escogió uno negro, porque su color, dijo, era análogo a la circunstancia, y tomando en seguida el brazo del general, miró por última vez la entreabierta chimenea.

—¡Ah! general —dijo ella sonriéndose—, si no me hubieseis hecho una guerra a lo San Lorenzo, lo cual, entre paréntesis, desdice de la generosidad militar, no me tendríais a estas horas asida a vuestro brazo. ¡Vamos, amigos míos! —añadió, dirigiéndose a sus compañeros.

Bajó la princesa la escalera, y al poner los pies en el umbral de la casa oyó los gritos del gentío apiñado detrás de los soldados. La duquesa pudo creer que el vocería se dirigía a ella, y, a pesar de todo, no dio otra muestra de temor que apretar más el brazo del general.

Cuando la princesa avanzó entre las filas de los soldados y milicianos que formaban calle desde la casa hasta el castillo, los murmullos y gritos de la multitud fueron en aumento.

Tendió el general los ojos hacia donde el tumulto tomaba más creces, y vio a una joven vestida de aldeana, que intentó abrirse paso entre las filas de los soldados, mientras éstos, maravillados de su hermosura y de la aflicción retratada en su rostro, sin apelar a la violencia para rechazarla, la oponían la consigna.

El general conoció a Berta, y en seguida la señaló a la princesa, quien exhaló un grito, diciendo vivamente:

—General, me habéis prometido que no me separaríais de ninguna de mis amigas: ordenad que venga aquella muchacha.

A una señal del general abrióse la fila de los soldados, y Berta pudo llegar hasta Madame.

—Perdonad —le dijo—, perdonad a una desgraciada que podía salvaros y no lo ha hecho. Quiero morir maldiciendo este fatal amor que me ha hecho cómplice involuntaria de los traidores que han vendido a Vuestra Alteza Real.

—Ignoro lo que queréis decir, Berta —dijo la princesa, levantándola y dándole el brazo que la quedaba libre—. Lo que hacéis ahora prueba que, haya sucedido lo que quiera, no debo acusar una lealtad de que me acordaré toda la vida. Quería hablaros de otra cosa, hija mía: deseaba pedir os perdón por haber contribuido a un error que tal vez ha causado vuestra desgracia. Quería deciros...

—Lo sé todo, *Madame* —dijo Berta, alzando a la princesa los ojos hinchados por el llanto.

—¡Pobre niña! —prosiguió la duquesa, estrechando la mano de la doncella—. Seguidme, pues; el tiempo y mi afecto calmarán vuestro dolor, que concibo y respeto.

—Perdón pido a Vuestra Alteza Real si no puedo obedecerla, porque he hecho un voto y debo cumplirlo. Dios es el único a quien mi deber sobrepone a mis príncipes.

—Id, pues, querida niña —dijo la duquesa, presintiendo el proyecto de la joven—; id, y el Señor sea con vos. Cuando le invoquéis, acordaos de Perico, que Dios acoge los ruegos de los corazones lacerados.

Habían llegado a la puerta del castillo. Contemplo la princesa sus ennegrecidos muros, tendió en seguida la mano a Berta, la cual se arrodilló besándola y murmurando la palabra perdón; y después de un momento de vacilación, traspuso la duquesa la puerta, enviando una sonrisa de despedida a la señorita de Souday.

El general soltó el brazo de la duquesa para dejarla pasar, y volviéndose a Berta, le interrogó:

—¿Y vuestro padre?

—Está en Nantes.

—Decidle que vuelva a su castillo; estése allí quieto, y nadie le incomodará. Antes rompería mi espada, que dejar perder a mi antiguo enemigo.

—Gracias por él, general.

—Bien; y si en algo puedo servirlos, mandad, señorita.

—Quisiera un pasaporte para París.

—¿A dónde queréis que os lo envíe?

—Al puente Rousseau, posada del *Alba*.

—Dentro de una hora lo tendréis, señorita.

Y haciendo una señal de despedida a la doncella, el general se internó a su vez en la sombría bóveda.

Traspuso Berta la apiñada multitud, detúvose a la primera iglesia que de camino encontró, y permaneció largo rato arrodillada sobre las frías losas del atrio. Cuando se levantó, las losas estaban regadas por su llanto; atravesó la ciudad y al acercarse a la posada del *Alba*, vio a su padre sentado en el umbral de la puerta.

En pocas horas el marqués de Souday había envejecido diez años: sus ojos habían perdido aquella expresión chocarrera que tanta viveza le prestaba, y vélasele cabizbajo, como un hombre agobiado de un gran peso.

Advertido en su retiro por el cura que había oído las últimas revelaciones de maese Jaime, el anciano se había puesto en camino para Nantes, y a media legua del puente Rousseau había encontrado a Berta cuyo caballo acababa de caer y romperse un tendón en la impetuosa carrera a que ella lo lanzara.

La hija confesó a su padre lo que había acontecido, y aunque el anciano no la reconvino poco ni mucho, desfogó su ira haciendo astillas contra las piedras del camino el bastón que en la mano llevaba.

A las siete de la mañana, al llegar al puente de Rousseau, oyó circular el rumor de que iban a prender a la duquesa, si ya no estaba presa. Entonces, Berta, sin atreverse a mirar a su padre, corrió a Nantes, mientras él se sentaba en el guardacantón donde todavía le encontramos al cabo de cuatro horas.

Aquel dolor era el único contra el cual era impotente su epicúrea y egoísta filosofía. Hubiera perdonado a sus hijas muchas faltas; pero no podía pensar sin desesperarse que Berta había mancillado su nombre con un crimen de lesa caballería, y que al fin los Souday habían contribuido a la perdición de la duquesa.

Cuando Berta se acercó a su padre, tendióle en silencio un papel doblado, que un gendarme acababa de entregarla.

—¿No me perdonáis como ella, padre? —díjole en un tono suave y humilde, que contrastaba con sus desembarazadas maneras de antes.

Movió el anciano hidalgo tristemente la cabeza, y dijo:

—¿Dónde encontraré a mi pobre Juan Oullier? Ya que Dios me lo ha conservado, quiero verle, y que me siga lejos de este país.

—¿Abandonaréis a Souday, padre mío?

—Sí.

—¿Y adonde iréis?

—A donde pueda ocultar mi nombre.

—¿Y la pobre e inocente María?

—Se casará con el que también es causa de que se haya consumado esa infamia. No, no volveré a ver a María.

—¿Os iréis solo?

—No; con Juan Oullier.

Inclinó Berta la cabeza y entró en la posada, donde se puso un vestido de luto que acababa de comprar.

Al salir, vio a su anciano padre que, cabizbajo y cruzadas las manos a la espalda, se encaminaba tristemente a San Filiberto.

Berta sollozó, y contemplando por última vez la campiña del país de Retz, que en lontananza se divisaba junto al azulado horizonte del bosque de Machecoul, exclamó:

—¡Adiós, todo lo que amo en la tierra!

Y, dichas estas palabras, entró en la ciudad de Nantes.

LA MANO DE DIOS

Durante las tres horas que Courtin pasó atado de pies y manos y tendido en el suelo en las ruinas de San Filiberto, al lado del cadáver de José Picaut, su corazón sufrió todas las angustias que pueden herir y desgarrar un corazón humano.

Aquel oro, para él más querido que la vida, ¿no iba a perderlo? ¿Quién era el desconocido de que maese Jaime había hablado a la viuda? ¿Cuál era la misteriosa venganza que debía temer? El alcalde de La Logerie iba haciendo memoria de las personas por él agraviadas en el transcurso de su vida, y su lista era muy larga, y sus rostros amenazadores poblaban la oscuridad de la torre.

De vez en cuando, no obstante, brillaba un rayo de esperanza entre sus siniestros pensamientos, el cual, vago e indeciso al principio, tomaba poco a poco una forma. ¿Acaso podía morir un hombre que poseía tan hermosas monedas? Si ante él se levantara la venganza, ¿no podía aplacarla, echándola un puñado de oro? Entonces contaba y recontaba en su imaginación la suma que poseía, que era muy suya, y la apretaba deliciosamente contra sus carnes, como si el oro llegara a integrarse con su persona; luego, pensaba, si conseguía escaparse, en los cincuenta mil francos que iba a reunir con los cincuenta mil que ya poseía, y atado como estaba, víctima condenada a la muerte, esperando tan sólo aquella espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, y que de un minuto a otro, al caer, podía quitarle la vida, su corazón se espaciaba en una fruición regaladísima que adquiriría las proporciones de la embriaguez. En seguida sus ideas tomaban otro sesgo: preguntábase si su cómplice, en quien no tenía más que una confianza muy limitada, como de cómplice, no aprovecharía su ausencia para arrebatarle la parte que le correspondía. Veíale huir abrumado bajo el peso de la suma que se llevaba, sin querer compartirla con el único autor de la traición; y entonces dispuso para esa circunstancia unas súplicas que le llegaran al corazón. Sin embargo, cuando reflexionaba que el extranjero era probablemente tan aficionado como él al otro, a fuer de judío, cuando comparaba consigo a su asociado, cuando sondeaba en su alma lo inmenso del sacrificio que iba a pedir a su cómplice, considerando muy posible que resultaran inútiles los ruegos y las lágrimas, los reproches y las amenazas, entonces tenía accesos de rabia, lanzaba rugidos que hacían temblar la bóveda del feudal edificio, retorciase en sus ligaduras, mordíalas y trataba de romperlas con los dientes; pero el delgado cordel parecía animarse bajo sus esfuerzos, y Courtin creía sentirlo luchar con él redoblando sus lazos: los deshechos nudos parecían que volvían a formarse por sí mismos, no ya sencillos como antes, sino dobles, cuádruples, como en castigo de sus inútiles tentativas. Entonces, cual nube al soplo del huracán, desvanecíanse todas las esperanzas, todos los sueños de riquezas y felicidades, reapareciendo las terribles sombras de los que había perseguido; piedras, vigas, robustos maderos, vacilantes cornisas, todo se animaba, y aquellas amenazadoras formas mirábanle con ojos que lucían en la Oscuridad cual millares de chispas que hubiesen corrido por un negro sudario; perdía la razón y, loco de terror, desesperado, se dirigía al cadáver de José Picaut, ofreciéndole hasta la mitad de su oro, si quería desatarle; pero solamente le respondía el lúgubre eco de aquellas bóvedas, y anonadado por la emoción, el colono recaía en una insensibilidad momentánea.

Encontrábase en uno de esos momentos de postración, cuando le estremeció un ruido;

alguien andaba en el patio del castillo, y pronto oyó Courtin el chirrido de los cerrojos de la frutería.

El corazón de Courtin palpitaba con violencia; el alcalde estaba helado, de espanto y ahogábale la angustia, pues adivinaba que iba a entrar el vengador de quien hablara maese Jaime.

Abrióse la puerta, y la rojiza llama de la tea alumbró la bóveda con sus reflejos. Courtin tuvo un momento de esperanza, suponiendo que la viuda venía sola; pero cuando vio un hombre tras ella, erizóronse los cabellos, y sin atreverse a mirarle cerró los ojos y permaneció callado.

El hombre y la viuda avanzaron, y después de entregarle ésta le tea, señalándole con el dedo a Courtin, indiferente sin duda a lo que iba a suceder, se arrodilló a los pies del cadáver de su cuñado para rogar por su eterno descanso.

En cuanto al hombre, siguió aproximándose al colono, y como para cerciorarse de que era él mismo, aproximó la tea a su rostro.

—¿Duerme, acaso? —se preguntó en voz baja—. ¡Oh! no, es muy cobarde para dormir; no está demasiado pálido, no duerme.

Entonces, fijó la tea en una grita de la pared, sentóse en una gran piedra desprendida de la bóveda, y dirigiendo la palabra a Courtin, le dijo:

—¡Veamos! abrid los ojos, señor alcalde; tenemos que hablar, y me agrada ver los ojos de los que conversan conmigo.

—¡Juan Oullier! —exclamó Courtin poniéndose lívido y haciendo un desesperado esfuerzo para romper las ligaduras y huir—, ¡Juan Oullier!

—Aunque no fuera más que su sombra, paréceme, señor Courtin, que aun debería espantaros, pues tendríais que rendirle terribles cuentas.

—¡Ah! ¡Dios mío! —balbució Courtin, dejándose caer en el suelo, como un hombre que se resigna a su suerte.

—Nuestro odio es de larga fecha, ¿no es cierto, Courtin? y no nos engañaba en sus instintos; él os ha ensañado contra mí, y hoy, moribundo como me encuentro, me trae a vuestra presencia.

—Yo nunca os he odiado —dijo Courtin, quien al ver que Oullier no le mataba en el acto, sentía renacer la esperanza en su corazón y columbraba la posibilidad de salvar la vida en la discusión—; nunca os he odiado, nunca, y si mi bala os hirió, no la destinaba a vos, pues ignoraba que estuviéseis en el matorral.

—¡Oh! mis quejas contra vos, proceden de más lejos, señor Courtin.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Courtin, sintiendo afirmarse aún más su esperanza—; os juro que antes de aquel percance, el cual deploro, nunca os puse en peligro ni os causé daño alguno.

—Poca memoria tenéis, y según parece, las ofensas pesan más en el corazón del ofendido, pero yo me acuerdo...

—¿De qué? Veamos; ¿de qué os acordáis? hablad, señor Juan Oullier. ¿Queréis condenar a un hombre sin oírle, matarle sin permitirle decir algo en su defensa?

—¿Quién os dice que yo quiero mataros? —exclamó Oullier, con la misma calma glacial que no le había abandonado un instante—. ¿Vuestra conciencia, acaso?

—¡Oh! hablad, hablad, señor Juan; decid de qué me acusáis, fuera de aquel malhadado tiro, y estoy cierto de justificarme por completo. ¡Oh! sí, os probaré que nadie ha amado

más que yo a los habitantes del castillo de Souday: que nadie les ha respetado tanto como yo, ni tanto como yo se ha alegrado de este casamiento que debía enlazar las familias de nuestros amos.

—Señor Courtin —dijo Oullier—, justo es que el acusado se defienda, y por consiguiente, defendeos, si podéis. Escuchad bien, pues ya empiezo.

—Decid cuanto queráis, que nada temo.

—Eso es lo que vamos a probar. ¿Quién me entregó a los gendarmes en la feria de Montaigu, para llegar más seguramente a los huéspedes de mi amo, a quienes suponíais lógicamente que yo defendería? ¿Quién se emboscó después villanamente en el vallado del último huerto de Montaigu, y habiendo pedido una escopeta al dueño de aquel cortijo, mató de un balazo a mi perro, a mi pobre compañero?... ¿Quién sino vos? Contestad, señor Courtin.

—¿Quién se atrevería a decir que me vio disparar? —exclamó Courtin.

—Tres personas que así lo han declarado, y entre ellas el dueño de aquella escopeta.

—¿Sabía yo, por ventura, que el perro era vuestro? No, señor Juan, por mi honor, lo ignoraba.

Juan Oullier hizo un gesto de desdén.

—¿Quién penetró en la casa de Pascual Picaut y luego reveló a los azules el secreto de la santa hospitalidad de aquel hogar, secreto que él había sorprendido?

—Yo lo testifico —intervino con voz sorda la viuda de Pascual, saliendo de su silencio e inmovilidad.

Estremecióse el colono y no osó disculparse.

—De cuatro meses a esta parte, ¿quién me ha salido siempre al paso, tramando a escondidas infames maquinaciones, y tendiendo sus redes escudado con el nombre de su amo, cubriéndose con la capa de la fidelidad y adhesión, virtudes que ha mancillado el contacto de sus criminales propósitos? Y en el erial de Bouaimé. ¿a quién oí discutir el precio de la sangre y pesar el oro que le ofrecían por la traición más negra y odiosa? ¿A quién, sino a vos?

—Os lo juro por lo más sagrado —dijo Courtin, figurándose aún que el principal agravio de Oullier era la herida que le había causado—; os lo juro, ignoraba que fueseis vos quien estaba en el matorral.

—Si no es eso lo que os echo en cara; ni os he hablado ni os hablaré de tal cosa; sin ella, es bastante larga la lista de vuestros espantosos crímenes.

—Habláis de mis crímenes, Oullier, y parecéis olvidar que el señor Michel me debe la vida; si yo hubiese sido un traidor, como decís hubiérale entregado a los soldados que cada día pasaban por delante de mi casa; os olvidáis de todo eso, mientras que por el contrario os valéis de las circunstancias más insignificantes para abrumarme.

—Si salvaste a tu amo —continuó Oullier en el mismo tono irrevocable—, es porque esa fingida generosidad favorecía tus planes, y más hubiera valido para él, así como para las dos pobres señoritas, dejarles perecer a todos con honor y gloria, que mezclarles en esas infames intrigas: de eso te acuso, Courtin, y esta idea acrecienta mi odio.

—La prueba de que no quise perjudicaros, Juan —repuso Courtin—, es que si hubiera querido, hace tiempo que no estaríais en este mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando el padre del señor Michel fue muerto, o, mejor dicho, asesinado, no muy lejos

de él había un ojeador que se llamaba Courtin.

Irguióse Juan Oullier con altivez.

—Sí —continuó el colono—, y aquel ojeador vio que era de Juan Oullier la bala que mató al traidor.

—Y si el ojeador lo refiere —dijo el viejo vendeano—, dirá la verdad, pues aquello no era un crimen, sino una expiación, y me glorío de haber sido el que la Providencia eligió para castigar al infame.

—Sólo Dios puede castigar y maldecir, señor Oullier.

—¡Oh! no me engaño; Él me inspiró aquel odio profundo a la maldad, aquel recuerdo indeleble a la traición; su dedo era el que tocaba mi corazón, cuando este corazón se estremecía cada vez que oía pronunciar el nombre del judas. Cuando le herí, sentí pasar por mi rostro el soplo de la divina justicia que lo refrescaba, y desde aquel instante hallé la tranquilidad y el sosiego que me huían mientras a mis ojos prosperaba el crimen impune. Ya veis que Dios estaba conmigo.

—Dios no puede estar con el matador.

—Siempre está Dios con el verdugo que levanta la espada de su justicia. Los hombres tienen el suyo, Dios también, y aquel día yo era la espada de Dios como lo seré hoy.

—¿Vais, pues, a asesinar me, como al barón de La Logerie?

—Voy a castigar al que ha vendido a Perico, como castigué al que vendió a Charrette; y voy a castigarle sin temor, sin cuidado, sin remordimientos.

—Ved que os acosarán los remordimientos, cuando vuestro amo os pida cuenta de la muerte de su padre.

—El joven barón es justo y leal, y si está llamado a juzgarme, le diré lo que vi en el bosque de la Chabotterie, y juzgará.

—¿Quién atestiguará que decís la verdad? Un solo hombre, y éste soy yo. Dejadme vivir, Juan, y como ahora mismo lo ha hecho esta mujer, cuando sea preciso me levantaré para decir: testifico.

—El miedo os hace desvariar, Courtin. El señor Michel no invocará ningún testimonio cuando Juan Oullier le diga: esa es la verdad; cuando Juan Oullier, descubriendo el pecho, le diga: si queréis vengar a vuestro padre, herid; cuando se postre a sus pies e implore a Dios que le envíe la expiación, si Dios juzga que debe expiarse aquel acto. No, no; en el terror que te hiela, has hecho mal en evocar ese sangriento recuerdo. Tú, Courtin, has obrado peor aún que el padre de Michel, pues la sangre que has vendido es todavía más noble que la de Charrette; la cabeza que has entregado al verdugo es más sagrada. No perdoné a Michel, ¿y te perdonaría a ti? ¡Nunca! ¡nunca!...

—Juanito Oullier, no me matéis —exclamó el miserable, sollozando.

—Implora a estas piedras, demándales compasión, tal vez te comprendan; pero nada variará mi resolución y mi voluntad. Courtin, morirás.

—¡Ah! ¡Dios Todopoderoso! —exclamó el colono—, ¿nadie vendrá en mi auxilio? ¡Socorro, viuda Picaut, socorro! ¿Permitiréis que me maten así? Defendedme, os lo suplico, y si queréis oro, os lo daré, pues no me falta. Pero, ¿qué digo? si no tengo, no, deliro —dijo el malvado, temiendo agujinear el afán de herir que veía brillar en los ojos de su enemigo—; no, no tengo; pero poseo tierras, os las daré, y os enriqueceré a entrambos... ¡Gracia, Juan Oullier! ¡viuda Picaut, defendedme!

La viuda permaneció inmóvil, sin el movimiento de sus labios, al verla pálida como el

mármol, inmóvil y callada delante del cadáver, y con su vestido de luto, cualquiera la habría tomado por una de las estatuas que vemos arrodilladas junto a los antiguos sepulcros.

—¿Cómo! —prosiguió Courtin—; ¡y me mataréis sin que yo pueda levantarme para huir o mover las manos para defenderme! ¡y me degollaréis atado, como una res que llevan al matadero! ¡Ah! Juan Oullier, esas no son hazañas de soldado, sino de carnicero.

—¿Quién te dice que haré tal cosa? No, no, Courtin; mira la herida que me causaste en el pecho, aun no está cerrada; todavía estoy débil, y han pregonado mi cabeza; no obstante, tan cierto estoy de mi causa que no vacilo en apelar al juicio de Dios. Te dejo libre, Courtin.

—¿Me dejáis libre?

—Sí, te dejo libre; pero no me lo agradezcas, pues no lo hago por ti, sino por mí: no quiero que se diga que Juan Oullier ha herido a un hombre tendido inerte en el suelo; pero no olvides, Courtin, que si ahora no te quito la vida espero matarte otro día, te lo aseguro.

—¿Dios mío!

—Courtin, voy a desatarte y saldrás de aquí sin el menor embarazo; pero te lo prevengo, anda con cuidado, pues luego que hayas traspuesto el umbral de estas ruinas, te perseguiré sin perderte de vista hasta que te haya muerto. Guárdate, Courtin, guárdate.

Y Oullier cortó las cuerdas que sujetaban los pies y las manos del colono, quien reprimió un arranque de frenética alegría, cuando, al levantarse, se acordó del cinto. Juan Oullier le devolvía la vida con la esperanza; pero, ¿qué eran su esperanza y su vida sin el oro?

Volvió Courtin a tenderse con tanta viveza como se levantara, y Oullier, que había entrevisto el repleto cinto, y adivinando lo que pasaba en el corazón del colono, díjole:

—¿No te vas? Ya entiendo: temes que al verte libre y más fuerte que yo se enardezca mi ira; temes que te eche otro cuchillo y con éste en la mano te diga: Defiéndete, Courtin. No, Juan Oullier sabe cumplir su palabra; date prisa, huye, pues si Dios está contigo, te libraré de mis golpes, y si te ha condenado, nada me importa la ventaja que te doy. Vete, vete con tu oro maldito.

Levantóse el alcalde sin responder, y vacilando como un hombre ebrio quiso ceñirse el cinto y no pudo lograrlo, pues las manos le temblaban como agitadas por la fiebre; y antes de marcharse volvió con terror los ojos a Juan Oullier; el traidor temía una traición, no pudiendo creer que la generosidad de su enemigo no encubriera alguna asechanza.

Indicóle Oullier la puerta con el dedo, y cuando Courtin trasponía precipitado la del patio, oyó la voz del vendeano que, sonora cual bélico clarín, le decía:

—¿Guárdate, Courtin, guárdate!

Estremecióse el colono, y tropezando turbado en una piedra, cayó de espaldas y exhaló un grito de angustia: parecíale que el vendeano iba a echársele encima, y creía sentir que la fría hoja de un puñal se clavaba en su pecho.

Sólo era un mal presagio. Levantóse Courtin, y poco después corría por el campo, mientras la viuda Picaut tendía la mano a Oullier, diciendo:

—Al oíros, Juan, pensaba en cuánta razón tenía mi pobre Pascual en decirme que en todos los partidos hay hombres de bien.

Estrechó Oullier la mano de la que le había salvado la vida.

—¿Cómo os sentís ahora? —preguntóle.

—Mejor; siempre se cobra fuerza en la lucha.

—¿Y a dónde vais?

—A Nantes, pues según lo que vuestra madre me ha dicho, Berta no ha ido, y temo que haya acontecido allá alguna desgracia.

—Bien; a lo menos tomad un bote, y así os ahorraréis el cansancio de la mitad del camino.

—Corriente —dijo Oullier.

Y siguió a la viuda hasta donde estaban las barcas de los pescadores, atracadas a la orilla del lago.

EN DONDE SE VE CUAN FATALES SON CINCUENTA MIL FRANCOS

Apenas Courtin hubo traspuesto el puente levadizo del castillo de San Filiberto, echóse a correr como un insensato. El terror le restaba alas; huía por huir, y si sus fuerzas hubiesen correspondido a sus terrores, hubiera puesto el mundo entre él y las amenazas del vendeano, las cuales resonaban en sus oídos como el fúnebre tañido de una campana.

Después de haber caminado una media legua en dirección a Machecoul, sintióse extenuado, jadeante y ahogado por lo rápido de su carrera; antes cayó que se detuvo, y poco a poco volvió en sí, reflexionando sobre lo que iba a hacer.

Su primer proyecto fue ir inmediatamente a su casa, pero lo abandonó en seguida, pues en el campo, por más disposiciones que tomara la autoridad para proteger la vida del alcalde de La Logerie, Juan Oullier se entendía con los aldeanos, y como conocía a palmos todos los caminos, selvas y retamales, ayudado por la simpatía que le profesaban y por el odio que tenían a Courtin, era más probable que Oullier ganara la partida.

En Nantes era donde debía ocultarse, en Nantes, donde una policía diestra y numerosa guardaría su vida hasta que se prendiera a su mortal enemigo, resultado que Courtin se lisonjeaba de obtener muy en breve, merced a las noticias que suministraría sobre los asilos ordinarios de los rebeldes y sentenciados.

En esto, llevó la mano al cinto para sostenerlo, pues el gran peso del oro le rendía y no había contribuido poco a su cansancio.

Aquel ademán decidió de su suerte.

¿No debía encontrar en Nantes al judío? Si el complot había tenido buen éxito, de lo cual no dudaba, recibiría de él una suma igual a aquélla cuya posesión le hacía olvidar las horrosas amarguras que acababa de experimentar, y a ésta idea se le henchía el corazón de gozo que compensaba con creces sus recientes tribulaciones.

No vaciló un segundo más, y acto seguido retrocedió en dirección a Nantes.

Habría querido Courtin volverse pájaro en aquel momento; tanto era el temor que tenía de dar con Juan Oullier. Al principio trató de ir en derechura a campo traviesa, pues en un camino se exponía a ser espiado, y en la llanura había de ser una gran casualidad que Juan Oullier diera con su huella; pero su imaginación, exaltada por las pasadas peripecias, pudo más que su razón.

A pesar de que corría a lo largo de los setos, a la sombra, amortiguando la hierba el rumor de los pasos y no entrando en los terrenos cultivados hasta después de haberse cerciorado que estaban desiertos, a cada momento era presa de terrores pánicos.

En los podados árboles que se elevaban sobre los setos, creía ver asesinos que le acechaban, y en las nudosas ramas que sobre su cabeza se extendían, amenazadores brazos armados de puñales prontos a herirle.

Entonces sentíase helado de espanto, sus piernas se negaban a llevarle más lejos, como si se hubiesen clavado en el suelo; corríale en el cuerpo un sudor glacial, sus dientes castañeteaban convulsivamente, sus crispadas manos apretaban el oro, y necesitaba mucho tiempo para reponerse de su pavor.

Siguió el camino que creyó más seguro, allí encontraría transeúntes que, si bien podían

ser enemigos, tal vez le auxiliarían si alguien llegaba a atacarle; y bajo la impresión, del espanto que le dominaba, creía que un ser viviente, cualquiera que fuese, le parecería menos terrible que los espectros negros, amenazadores e implacables en su inmovilidad que su terror le presentaba a cada instante.

Por otra parte, en el camino podía hallar un carruaje que se dirigiera a Nantes, y, en este caso, subiría a él para llegar más pronto a la ciudad.

Cuando hubo andado unos veinte minutos, estuvo a la calzada que sirve de camino al par que de dique al lago de Grandlieu.

Courtin se detenía a cada instante para escuchar, y creyendo percibir, en una de estas detenciones, el paso de un caballo, agachóse en el cañaveral que hay entre el camino y el lago, experimentando otra vez todas las angustias que hemos descrito.

Entonces oyó a su izquierda un suave rumor de remos, y mirando al lago, columbró en la oscuridad una barca que se deslizaba pausadamente a lo largo de la orilla.

Sin duda era un pescador que iba a recoger las redes que había tendido la víspera.

El caballo se aproximaba, atemorizando a Courtin con sus ruidosos pasos, y el colono dio un ligero silbido para llamar la atención del pescador, quien cesó de remar prestando oído.

—Aquí, aquí —dijo Courtin.

A esa indicación, de dos golpes de remo se puso a pocas brazas del colono, y éste preguntó:

—¿Queréis conducirme al puerto de San Martín? Ganaréis un franco.

El pescador, que llevaba una especie de blusa cuya capucha le ocultaba el rostro, contestó con una inclinación de cabeza, hizo entrar la barquilla en el juncal, y en el momento que el caballo que tanto inquietaba a Courtin llegaba en frente del lugar donde se encontraba, el labriego saltó al bote.

Como si el pescador hubiese participado de los temores del colono, alejóse presuroso de la orilla, y Courtin respiró con desahogo.

A los diez minutos la calzada y los árboles ya sólo aparecían como una línea negra en el horizonte.

Courtin no cabía en sí de gozo. Aquella barca que se había encontrado allí tan a propósito colmaba todos sus deseos y excedía a todas sus esperanzas. Una vez en el puerto de San Martín, no le faltaba más que una legua para llegar a Nantes, una legua por un camino transitado a todas las horas de la noche; y una vez en Nantes estaba en salvo.

Era tal el júbilo de Courtin, que a pesar suyo y por efecto de la reacción de los temores experimentados, lo manifestaba a las claras; sentado a la popa del bote, contemplaba con fruición al pescador que bogando le alejaba de la peligrosa orilla, y en seguida oraba entre dientes palpando el cinto. Estaba ebrio de contento.

No obstante, comenzó a pensar que el pescador le había apartado bastante de la orilla, y que podía dirigirse al puerto de San Pedro. Por algunos momentos aguardó creyendo que aquélla era una maniobra propia de la pesca, para buscar alguna corriente de agua que facilitara la tarea; pero aquel hombre continuaba bogando lago a dentro.

—¡Eh, muchacho! —dijo, al fin, el colono—, habéis comprendido mal; no quiero ir al puerto de San Pedro, sino al de San Martín. Dirigíos, pues, allá, y habréis ganado más pronto el dinero.

El pescador permaneció silencioso.

—¿Me habéis oído? —preguntó Courtin impaciente—. Buen hombre, el puerto de San Martín está a la derecha. Bueno que no boguemos demasiado cerca de la calzada; mejor aún que nos pongamos fuera del alcance de las balas que pudieran enviarnos desde la orilla; pero rememos por este lado, si os place.

Las objeciones de Courtin no sacaron al pescador de su mutismo.

—¡Ea! ¿no me habéis oído? ¿acaso sois sordo? —exclamó Courtin empezando a enojarse.

Y viendo que el pescador seguía remando en la misma dirección, abalanzóse hacia él, echóle atrás la capucha, miróle el rostro, y exhalando un grito ahogado cayó de rodillas en la barca.

Soltó el hombre los remos, y sin levantarse dijo:

—Está visto, Courtin, Dios ha fallado en tu contra; yo no te buscaba, y él te envía. Dios quiere que mueras, Courtin.

—No, no me mataréis, Juan Oullier —balbució el alcalde volviendo a sus primeros temores.

—Vaya si te mataré, tan cierto como ves lucir las estrellas. Con que, si tienes alma arrepíentete y ora para que el juicio no sea demasiado severo.

—¡Ah! no haréis tal cosa, Juan, ¡ved que vais a matar a una criatura de ese Dios bondadoso cuyo nombre pronunciáis! ¡Señor! ¡Señor! ¡no ver nunca más la tierra tan hermosa cuando el sol la ilumina! ¡yacer en un sepulcro helado, lejos de las personas amadas! ¡Ah! no, es imposible.

—Si fueses padre, si tuvieses una esposa, una madre o una hermana que esperase tu regreso, tus ruegos llegarían a ablandarme; pero no: inútil a los hombres, sólo has vivido para servirte de ellos y devolverles mal por bien; también blasfemas en tu mentira, pues tú a nadie has amado, nadie te ha amado en el mundo, y al clavarse en tu pecho mi puñal sólo herirá tu corazón. Courtin, vas a comparecer delante de tu juez; encomiéndale tu alma.

—No basta para ello algunos minutos. Un culpable como yo necesita años enteros para que el arrepentimiento corresponda al pecado. Vos que sois tan piadoso, Juan Oullier, me dejaréis vivir para llorar mis culpas.

—No, no; te aprovecharías de la vida para cometer otras infamias, y la muerte será la expiación. ¿La temes? preséntate angustiado a los pies del Señor, y te recibirá en su misericordia. Courtin, el tiempo vuela, y tan cierto como Dios está sobre esos astros, dentro de diez minutos estarás en su presencia.

—¡Diez minutos! ¡Dios mío! ¡Ah! ¡piedad! ¡piedad!

—El tiempo que empleas en ruegos inútiles es perdido para tu alma, piénsalo, Courtin, piénsalo.

El colono no respondió; había puesto una mano sobre un remo, y un rayo de esperanza acababa de cruzar por su mente.

Asió con disimulo el remo, y levantándole bruscamente, lo blandió con fuerza sobre el vendeano, quien evitó el golpe ladeando la cabeza, de modo que el remo dio en la borda y saltó en astillas.

Lanzóse Oullier como un rayo sobre Courtin, que por segunda vez cayó de rodillas, y paralizado por el miedo rodó al fondo de la barca, murmurando con voz ahogada:

—¡Gracia! ¡Gracia!

—¡Ah! el temor de la muerte te ha infundido algún valor —dijo Oullier—; ¡has hallado un arma! Mejor, mejor, defiéndete, Courtin, y si no te gusta la que empuñas, toma la mía —exclamó el vendeano echando su navaja a los pies del colono.

—¡Dios mío! —exclamó Oullier—, no quiero dar una puñalada a este cadáver.

Entonces el vendeano miró a su alrededor como buscando alguna cosa. Tranquila estaba la Naturaleza y la noche era silenciosa; una ligera brisa rizaba apenas la superficie del lago, y tan sólo se oía el grito de la salvajina que saltaba delante del bote, y cuyo cuerpo manchaba de negro la purpúrea faja de la aurora que asomaba ya en el oriente.

Volvióse de repente Oullier a Courtin y asiéndole el brazo, le dijo:

—Maese Courtin, no quiero matarte sin arriesgar mi vida; Courtin, te obligaré a defenderte; si no contra mí, a lo menos contra la muerte. Mira que se acerca; Courtin, defiéndete.

El colono respondió con un gemido, mirando de nuevo en torno suyo con ojos vagarosos, pero veíase fácilmente que no distinguía ninguno de los objetos que le rodeaban, pues todos se los borraba la muerte horrible, espantosa y amenazadora.

Dio Oullier una fuerte patada en la borda, cedieron las tablas medio carcomidas, y el agua entró arremolinada en la barquilla.

Courtin salió de su estupor al sentir la frialdad del agua, y arrojó un grito horroroso que no tenía nada de humano.

—¡Estoy perdido! —exclamó.

—¡Es el juicio de Dios! —exclamó Oullier alzando el brazo al cielo—; antes no te maté porque estabas atado, y ahora tampoco lo haré, Courtin; si tu ángel bueno quiere salvarte, en sus manos pongo tu vida, y yo no habré tenido las mías con tu sangre.

Mientras Juan Oullier pronunciaba esas palabras, el colono se había levantado y andaba de acá para allá en la barca.

El vendeano, tranquilo e impasible, arrodillóse en la popa y se puso a orar.

El agua seguía subiendo.

—¡Oh! ¡quién me salvará! ¡quién me salvará —gritaba Courtin poniéndose lívido al contemplar con espanto las seis pulgadas de madera que apenas quedaban a flor de agua.

—Dios, si quiere. Nuestras vidas están en sus manos; tome una u otra, la tuya o la mía, sálvenos o condénnenos a entrambos; en su diestra estamos. Courtin, acepta su juicio.

Al acabar de decir el vendeano esas palabras, crujió el bote: el agua había llegado al extremo de la borda; el bote se arremolinó, flotando un segundo más, y hundióse en seguida en las profundidades del lago con un rumor siniestro.

Courtin fue arrebatado por el remolino; pero no tardó en subir a la superficie, y asióse del segundo remo que cerca de él flotaba. Aquel seco y ligero pedazo de madera le sostuvo bastante tiempo para que pudiese dirigir la postrer súplica a Juan Oullier.

Éste no le contestó; habíase puesto a nadar y avanzaba poco a poco hacia el Oriente.

—¡Socorro! ¡socorro! —gritaba el desventurado Courtin—; ayúdame a llegar a la orilla, Juan Oullier, y te doy todo el oro que llevo encima.

—Arroja ese oro maldito al fondo del lago —dijo el vendeano que había visto al colono asido al remo—; es la única probabilidad de salvación que te queda; este consejo es lo único que quiero hacer por ti.

Llevóse Courtin la mano al cinto, y al punto la apartó como si se hubiera quemado al

contacto del oro; parecía como si el vendeano le hubiese mandado que se abriera las entrañas y le sacrificara su sangre.

—No, no —murmuró—, lo salvaré, y yo con él—y probó nadar; pero, además de no tener la fuerza y habilidad de Juan Oullier en este ejercicio, el oro pesábale demasiado, y cada brazada se hundía en el agua, tragándola a pesar suyo.

Llamó todavía a Juan Oullier; pero éste se hallaba ya a cien brazas.

En una de aquellas inmersiones, más larga que las otras, sobrecogido de un vértigo, descibió el cinto por un movimiento rápido e instintivo, y antes de soltarlo, quiso tocar otra vez el oro, lo apretó y palpó entre sus crispados dedos.

Esa última comunicación con el metal, que para él era más que la vida, decidió de su suerte; no pudo resolverse a soltarlo, estrechólo contra el pecho e hizo un esfuerzo más para salir del agua; pero el peso de la parte interior de su cuerpo arrastró las extremidades; sumergiósese, y después de permanecer algunos segundos dentro del agua, Courtin, medio ahogado, reapareció lanzando una suprema imprecación al cielo que por última vez veía; luego se sumergió en las profundidades del lago, arrastrado por su oro, como por el demonio de la codicia.

Juan Oullier, que volvía la cabeza en aquel momento, divisó algunos círculos que surcaban la superficie del agua, era la última señal que el alcalde de La Logerie daba de su existencia; era el último movimiento que debía efectuarse en torno suyo y sobre él, en el mundo de los vivos.

Levantó el vendeano los ojos al cielo y adoró a Dios en la justicia de sus decretos.

Juan Oullier era un buen nadador, pero su reciente herida, junto con las fatigas y emociones de aquella terrible noche, le habían extenuado: así es que a un tiro de piedra de la orilla sintió que a pesar de su valor le abandonaban las fuerzas, lo cual sin embargo, no obstó para que, tranquilo y resuelto en aquel momento supremo como había estado toda su vida, decidiera luchar hasta el extremo.

Nadó, pero pronto sintió una especie de desfallecimiento; se le entumecían los miembros y parecía que se le clavaban mil alfileres en el cuerpo; dolíanle los músculos, al paso que la sangre agolpábasele con violencia al cerebro y zumbaba en sus oídos un confuso rumor, como el del mar que azota las rocas; delante de sus ojos vagaban nubes negras y llenas de chispas; conocía que iba a morir, y, sin embargo, sus miembros, obedientes en su impotencia, aún procuraban moverse al impulso de su voluntad.

Y continuó nadando.

Se le cerraban los ojos mal de su grado, y envaráronsele del todo los miembros. Entonces pensó en las personas con quienes había vivido, en los niños, en la mujer, en los ancianos que habían embellecido su juventud y en las dos señoritas que habían reemplazado a su familia. Quería que su última oración fuese para ellos, como su último pensamiento.

Pero en este instante le asaltó una idea y cruzó una sombra por sus ojos: vio a Michel, padre, bañado en sangre, tendido en el musgo de la selva, y alzando los brazos, exclamó : —¡Dios mío! ¡Si me hubiese engañado! ¡Si fuese un crimen! Perdóname, no en este mundo, sino en el otro.

Y como si esa suprema invocación hubiese agotado sus fuerzas, pareció que el alma abandonaba aquel cuerpo, que flotaba entre dos aguas, en el instante en que el sol, asomando por encima de las montañas del horizonte, doraba con sus primeros rayos la superficie del lago...

Era el momento en que Courtin, hundido en el limo del lago, exhalaba el postrer suspiro...

"¡Era el momento en que prendían a Perico!...

Entretanto, Michel era conducido a Nantes por los soldados. Después de media hora de marcha, el teniente que mandaba la partida se aproximó a él y le dijo:

—Caballero, tenéis trazas de hidalgo; tengo el honor de serlo, y siento veros las esposas en las manos. ¿Queréis que las troquemos por una palabra?

—Con mucho gusto —repuso el barón—, y os doy las gracias, caballero, jurándoos que no me apartaré de vuestro lado sin vuestro permiso, véngame de dónde me viniera el auxilio.

Y continuaron el camino asidos del brazo, de modo que para quien les hubiese encontrado habría sido difícil acertar cuál de los dos era el preso.

La noche era hermosa, y la salida del sol fue magnífica; en todas las ramas, en todas las flores brillaban como diamantes las gotas del rocío; el aire estaba impregnado de perfumes, y los pajarillos cantaban en las enramadas.

Llegado al extremo del lago de Grandlieu, el teniente detuvo al preso, con quien se había adelantado bastante a la columna, y mostrándole un cuerpo negruzco que flotaba en la superficie del lago a corta distancia de la orilla.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

—Parece un hombre —repuso Michel.

—¿Sabéis nadar?

—Un poco.

—¡Ah! si yo supiera, ya habría ido —dijo el oficial lanzando un suspiro y mirando con inquietud al camino para llamar a su gente.

Michel no escuchó más, y desnudándose en un abrir y cerrar los ojos, se arrojó al lago.

A los pocos momentos arrastraba a la orilla un cuerpo al parecer examine y en el cual acababa de conocer a Juan Oullier.

Entretanto, los soldados habían llegado y se agrupaban en torno del ahogado.

Abrió uno de ellos su cantimplora, y le introdujo en la boca algunas gotas de aguardiente.

Juan Oullier abrió los ojos.

Su primera mirada fue para Michel que le sostenía la cabeza, y hubo en ella tal expresión de angustia, que engañó al teniente.

—Aquí tenéis a vuestro salvador, buen hombre —dijo indicando a Michel.

—¡Mi salvador! ¡Su hijo! —exclamó Juan Oullier— ¡Oh! gracias... ¡Dios mío! eres tan grande en tu misericordia como terrible en tu justicia.

EPILOGO

A las siete de una hermosa tarde del año 1843, detúvose un carruaje a la puerta del convento de las carmelitas de Chartres.

Iban en el coche cinco personas: dos niños de ocho a nueve años, un hombre y una mujer de treinta o treinta y cinco años, y un campesino de edad avanzada, robusto a pesar de sus canas, quien, no obstante lo humilde de su traje, ocupaba al lado de la señora el testero del coche, teniendo en sus rodillas uno de los niños que jugaba con la cadena de acero de su reloj, mientras él acariciaba con su arrugada mano la sedosa cabellera del niño.

Al detenerse el carruaje, la señora asomó la cabeza por la portezuela, y retiróla con dolorosa expresión, cuando vio las oscuras paredes que circuían el convento y el pórtico sombrío que le servía de entrada:

El postillón, apeándose de su caballo y acercándose a la portezuela, dijo:

—Es aquí.

La señora estrechó la mano de su marido, que estaba sentado enfrente de ella, y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

—¡Vamos, María, valor! —díjola el joven, en quien ya habrá conocido el lector al barón Michel de La Logerie—; siento que la regla del convento me impida compartir contigo ese triste deber: después de diez años ésta será la primera vez que sufriremos separados uno de otro, ¿no es cierto, María?

—Le hablaréis de mí, ¿no es verdad? —preguntóle el anciano campesino.

—Sí, Juan —respondió María.

Apeóse ésta y llamó a la puerta.

Al aldabonazo que resonó lúgubrementemente en la bóveda, vino a abrir la hermana tornera.

—¿Sor Marta? —preguntó la señora.

—¿Sois la persona a quien espera nuestra superiora?

—Sí, hermana.

—Pues vais a verla; pero acordaos que la regla exige que la habléis en presencia de una hermana, prohibiendo especialmente que la recordéis el mundo.

María inclinó la cabeza.

La tornera la condujo a través de una oscura y húmeda crujía con diez o doce puertas, empujando una de las cuales se apartó a un lado para dar paso a la baronesa de La Logerie.

Vaciló ésta conmovida un momento, y cobrando en seguida fuerzas, traspuso el umbral y hallóse en una celda de ocho pies cuadrados próximamente, cuyo ajuar consistía en una cama, una silla y un reclinatorio, viéndose por únicos adornos algunas santas imágenes pegadas a las desnudas paredes, y un crucifijo de ébano y cobre sobre el reclinatorio.

Nada de eso vio María.

En el lecho había una mujer, cuyo semblante había tomado el color y la transparencia de la cera, y cuyos descoloridos labios parecían próximas a exhalar el último suspiro.

Aquella mujer era, o más bien, había sido Berta. Entonces sólo era sor Marta, superiora del convento de carmelitas, y pronto no sería más que un cadáver.

Al ver que entraba una extraña, abrió la moribunda los brazos, a los que se arrojó María. Largo rato permanecieron ambas en aquella postura, bañando con sus lágrimas el rostro de su hermana, y Berta, anhelante, pues en sus ojos, hundidos por la austeridad de la vida del claustro, parecía que las lágrimas se habían secado para siempre.

La tornera, que sentada en la silla leía el breviario, no estaba tan entregada a sus oraciones, que no advirtiera lo que a su lado pasaba, y encontrando sin duda que aquel abrazo se prolongaba más de lo que permitía la regla, tosió para avisar a las dos hermanas.

Sor Marta rechazó suavemente a María sin dejar de estrechar su mano.

—¡Hermana! ¡hermana! —exclamó ésta—, ¿quién hubiera dicho jamás que nos veríamos de este modo?

—Ha sido la voluntad de Dios, conformémonos a ella —respondió la carmelita.

—¡Ah! esa voluntad es algunas veces muy severa.

—¿Qué dices, hermana? Al contrario; para mí su voluntad es benigna y misericordiosa: Dios hubiera podido dejarme largos años en la tierra, y se digna llamarme a sí.

—En el cielo verás a nuestro padre —dijo María.

—¿Y a quién dejaré en la tierra?

—A nuestro fiel amigo Juan Oullier, que vive y te ama, Berta.

—Gracias, ¿y a quién más?

—Mi esposo y dos niños que se llaman Pedro y Berta, y que de mí han aprendido a bendecirte.

Las mejillas de la moribunda se tiñeron de un ligero carmín.

—¡Niños queridos! —murmuró—, si Dios me concede un lugar a su lado, te prometo que rogaré por ellos allá arriba.

Y la moribunda comenzó en la tierra la plegaria que debía terminar en el cielo.

En medio de esa oración y en el silencio que guardaban los circunstantes oyóse la vibración de una campana, poco después el tañido de una campanilla, y por último, en el corredor, unos pasos que se aproximaban a la celda.

Era el Viático.

Cayó María de rodillas a la cabecera de la cama, y entró el sacerdote con el sagrado copón en la mano izquierda y la hostia consagrada en la derecha.

En este instante, sintiendo María que la mano de Berta buscaba la suya, creyó que solamente se la quería estrechar; y se equivocaba, pues Berta le puso en la mano un objeto, que no era otra cosa que un medallón.

María quiso mirarlo.

—No, no —dijo Berta—, hasta que haya muerto.

María manifestó con un ademán que se conformaba con la prescripción, inclinando su cabeza sobre sus manos cruzadas.

La celda y el corredor se habían llenado de religiosas, que oraban arrodilladas.

La moribunda se animó un tanto para recibir a su Criador, e incorporándose un poco, murmuró:

—¡Heme aquí, Señor!

Púsola el sacerdote la hostia en los labios, y la moribunda volvió a caer en el lecho con

los ojos cerrados y cruzadas las manos.

Quien no hubiere visto, el movimiento de sus labios hubiera creído que era cadáver, tan pálida estaba y tan débil su respiración.

El cura acabó las ceremonias de la Extremaunción, sin que la moribunda abriera los ojos, y luego salió seguido de los asistentes.

Aproximóse entonces la tornera a María, y tocándola ligeramente el hombro, dijo:

—Hermana, la regla de nuestra orden prohíbe que permanezcáis más tiempo en esta celda.

—¡Berta! ¡Berta! —exclamó María sollozando—, ¿oyes lo que me dicen? ¡Gran Dios! ¡Haber vivido veinte años sin separarnos un solo día, once separadas, y no poder estar dos horas juntas en el momento de abandonarnos para siempre!

—¡Puedes permanecer en la casa hasta el momento de mi muerte, hermana mía, y moriré contenta, sabiendo que estás cerca y rogando por mí!

Trató María de inclinarse para abrazar por última vez a la moribunda; pero la religiosa, presente a la entrevista, la detuvo, diciendo:

—Hermana, no desviéis con recuerdos mundanos a nuestra santa madre del celeste camino que está siguiendo.

—¡Oh! no quiero abandonarla —exclamó María arrojándose sobre el lecho y juntando sus labios con los de Berta, quien los movió ligeramente al sentir el beso de su hermana, y luego la apartó con la mano.

Pero esta mano ya no tuvo fuerzas para reunirse con la otra y cayó inerte sobre el lecho.

La religiosa se acercó, y sin una lágrima, sin un suspiro, sin que su rostro revelara la menor emoción, cruzó las manos de la moribunda sobre su pecho, empujando en seguida suavemente a María hacia la puerta.

—¡Oh, Berta! ¡Berta! —exclamó ésta, sollozando amargamente.

Pareció que la moribunda respondía, murmurando el nombre de María. Ésta se hallaba ya en el corredor y cerróse la puerta tras ella.

—¡Ah! —exclamó María—, dejad que la vea otra vez, una sola vez más.

Pero la religiosa extendió los brazos, cerrándola el paso.

—Está bien —repuso María, cegada por las lágrimas—, guiadme, hermana.

La tornera condujo a la baronesa a una celda desocupada. La que la habitaba había fallecido la víspera.

Arrodillóse María en un reclinatorio, sobre el que había un crucifijo, y estuvo orando una hora, pasada la cual volvió la religiosa, diciendo con la misma voz fría e impasible:

—Sor Marta acaba de morir.

—¿Puedo verla? —interrogó María.

—La regla de nuestra orden lo prohíbe.

María exhaló un suspiro y dejó caer su cabeza entre sus manos, en una de las cuales tenía el objeto que la entregara Berta en el momento de comulgar.

Sor Marta había fallecido, y de consiguiente, la baronesa podía examinarlo a su gusto.

Era, en efecto, un medallón que contenía cabellos y un papel.

Los cabellos eran del mismo color que los de Michel, y el papel decía:

«*Cortados mientras dormía en la noche del 5 de junio de 1832.*»

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbuceó besando el crucifijo—. ¡Oh! ¡Dios mío recíbela en tu misericordia!

En seguida, guardándose el medallón en el pecho, la baronesa bajó la fría y húmeda escalera del convento.

El coche estaba aún en la puerta.

—¿Y bien?... —preguntó Michel, abriendo la portezuela.

—¡Ay! todo acabó —dijo María, arrojándose en sus brazos—; ha muerto, prometiendo rogar por nosotros en el cielo.

—Dichosos niños —exclamó Juan Oullier, poniendo una mano sobre la cabeza del niño y la otra sobre la de la niña, ambos hijos de tan feliz enlace—; ¡dichosos niños! Vivid sin cuidados, que un mártir vela por vosotros desde el cielo.

FIN